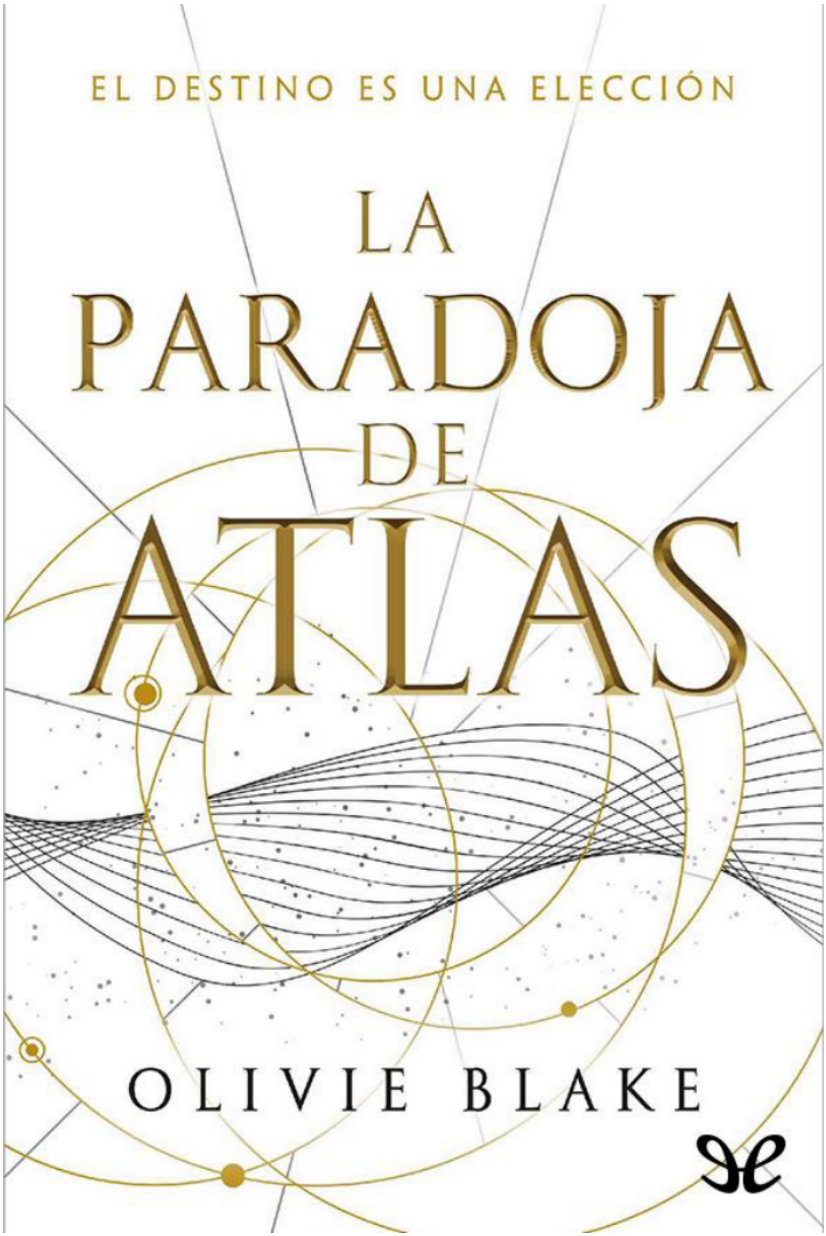
EL DESTINO ES UNA ELECCIÓN

LA PARADOJA DE ATLAS



OLIVIE BLAKE

En esta secuela de la novela *Los seis de Atlas*, se pondrán a prueba las alianzas, se romperán corazones y se presentará a la Sociedad Alejandrina como lo que es: una orden secreta con un poder capaz de cambiar el mundo, encabezada por un hombre cuyos planes de cambiar la vida tal y como la conocemos ya están en marcha.

En su último año en la residencia, los reclutados restantes de la Sociedad están desatados. Los tratos que creían entender no son tan sencillos. Las alianzas que un día se forjaron empiezan a tambalearse y en su lugar aparecen amistades extrañas e incluso tal vez peligrosas.

En *La Paradoja de Atlas*, el precio del poder exige que todos los personajes escojan un bando. ¿Qué más se verán forzados a sacrificar los iniciados de la Sociedad a cambio de conocimiento?

Olivie Blake

La paradoja de Atlas

El destino no es una elección

La Sociedad Alejandrina: 02

ePub r1.0
Titivillus 22.03.2023

Título original: *The Atlas Paradox*
Olivie Blake, 2022
Traducción: Natalia Navarro Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Personas de interés

PRINCIPIO

CONMOCIÓN

INICIADOS

ORÍGENES

ENTROPÍA

DUALIDAD

EGO

ALMA

DESTINO

OLIMPO

AGRADECIMIENTOS

Sobre el autor

LA PARADOJA DE ATLAS

OLIVIE BLAKE

A mi niño físico y mi niña soñadora.
Y a lord Oliver, por todos los golpes

PERSONAS DE INTERÉS

CAINE, TRISTAN

Tristan Caine es el hijo de Adrian Caine, jefe de un sindicato criminal mágico. A Tristan le molestaría tener a su padre como inicio de su presentación, pero hay pocas cosas que no molesten a Tristan. Nació en Londres y se formó en la Escuela de Magia de Londres. Trabajaba en una empresa de capital de riesgo para la Corporación Wessex y estaba también comprometido con Eden Wessex. Se entrenó en la escuela de ilusión, pero se desconoce cuál es la verdadera especialidad de Tristan, aunque entre sus talentos está ver más allá de las ilusiones. (Ver también: teoría cuántica; tiempo; ilusiones: ver más allá de las ilusiones; componentes: componentes mágicos). Según los términos de eliminación de la Sociedad Alejandrina, Tristan tenía que matar a Callum Nova. Por razones aparentemente relacionadas con su conciencia, no lo logró.

FERRER DE VARONA, NICOLÁS (también referido como DE VARONA, NICOLÁS o DE VARONA, NICO).

Nicolás Ferrer de Varona, comúnmente llamado Nico, nació en La Habana, Cuba, y se marchó a Estados Unidos a una edad temprana, donde se graduaría en la prestigiosa Universidad de Nueva York de Artes Mágicas. Nico tiene un talento poco común como físico y posee muchas habilidades ajenas a su especialidad. (Ver también: proclividad litosférica; sismología: tectónica; cambio: humano a animal; alquimia; corrientes: alquímicas). Nico mantiene una amistad estrecha con sus compañeros graduados de la UNYAM Gideon Drake y Maximilian Wolfe, y a pesar de compartir una larga enemistad, tiene una alianza con Elizabeth «Libby» Rhodes. Aunque

Nico tiene una gran destreza en el combate cuerpo a cuerpo, esto no evitó que perdiera al final a su aliada.

KAMALI, PARISA

Se sabe poco de la infancia de Parisa Kamali o de su verdadera identidad más allá de las especulaciones. (Ver también: belleza, maldición de; Callum Nova). Parisa nació en Teherán, Irán, y asistió a la École Magique de París. Es una telépata muy competente con varias asociaciones conocidas (Tristan Caine; Libby Rhodes) y experimentos (tiempo: cronometría mental; subconsciente: sueños; Dalton Ellery). Se desaconseja confiar en ella, aunque, sin duda, lo harás.

MORI, REINA

Si se sabe poco de Parisa Kamali, todavía se sabe menos de Reina Mori. No se trata de una competición, pero, si lo fuera, ganaría Reina. Nació en Tokio, Japón, posee unas habilidades asombrosas en el naturalismo y, sin embargo, asistió al Instituto de Magia de Osaka y estudió literatura clásica, especializándose en mitología. Sólo para Reina, la tierra le ofrece fruta, y sólo a Reina, la naturaleza le habla. Sin embargo, hay que mencionar que, según su propia opinión, tiene otros talentos. (Ver también: amplificación: energía; experiencia en combate: Nico de Varona).

NOVA, CALLUM

Callum Nova, de la empresa de medios de comunicación Nova, con sede en Sudáfrica, es un manipulador cuyos poderes abarcan lo metafísico, lo que es, en términos de la calle, un émpata. Nacido en Ciudad del Cabo, Sudáfrica, Callum cursó tranquilamente sus estudios en la Universidad Helenística de Artes Mágicas antes de unirse al negocio familiar de la venta rentable de productos de belleza medellanos e ilusiones. Solo una persona en la Tierra sabe con seguridad cuál es el aspecto real de Callum. Por desgracia para él, esa persona lo quería muerto. Por desgracia para Tristan, no lo quería lo suficiente. (Ver también: traición, no hay destino tan definitivo).

RHODES, ELIZABETH (también referida como RHODES, LIBBY)

Elizabeth «Libby» Rhodes es una física con talento. Nació en Pittsburgh, Pensilvania, Estados Unidos. Su infancia estuvo marcada por la pérdida de su hermana mayor, Katherine. Libby estudió en la Universidad de Nueva York de Artes Mágicas, donde conoció a su rival, posteriormente aliado, Nicolas «Nico» de Varona, y a su exnovio, Ezra Fowler. Como recluta de la Sociedad, Libby llevó a cabo numerosos experimentos (ver también: tiempo: cuarta dimensión; teoría cuántica: tiempo; Tristan Caine) y dilemas morales (Parisa Kamali; Tristan Caine) antes de desaparecer; al principio el resto de su grupo la creyó muerta. La ubicación actual de Libby es desconocida (Ver también: Ezra Fowler).

MÁS INFORMACIÓN

SOCIEDAD ALEJANDRINA

Archivos: conocimiento perdido.
Biblioteca: (ver también: Alejandría; Babilón; Cartago; bibliotecas antiguas: islámicas; bibliotecas antiguas: asiáticas).
Rituales: iniciación. (Ver también: magia: sacrificio; magia: muerte).

BLAKELY, ATLAS

Sociedad Alejandrina. (Ver también: Sociedad Alejandrina: iniciados; Sociedad Alejandrina: cuidadores).
Infancia: Londres, Inglaterra.
Telepatía.

DRAKE, GIDEON

Habilidades: desconocidas. (Ver también: mente humana: subconsciente).
Criatura: subespecies. (Ver también: taxonomía: criatura; especies: desconocida).
Afiliaciones criminales: (ver también: Eilif).

Infancia: Isla del Cabo Bretón, Nueva Escocia, Canadá.
Educación: Universidad de Nueva York de Artes Mágicas.
Especialidad: viajero. (Ver también: reinos del sueño: navegación).

EILIF

Alianzas: desconocidas.
Hijos: (ver también: Gideon Drake).
Criatura: sirena. (Ver también: taxonomía: criatura; cambiaformas: sirena).

ELLERY, DALTON

Sociedad Alejandrina. (Ver también: Sociedad Alejandrina: iniciados; Sociedad Alejandrina: investigadores).
Animación.
Afiliaciones conocidas: (ver también: Parisa Kamali).

FOWLER, EZRA

Habilidades: (ver también: viajar: cuarta dimensión; físico: *quantum*).
Sociedad Alejandrina. (Ver también: Sociedad Alejandrina: no iniciado; Sociedad Alejandrina: eliminación).
Infancia: Los Ángeles, California.
Educación: Universidad de Nueva York de Artes Mágicas.
Alianzas conocidas: (ver también: Atlas Blakely).
Empleo anterior: (ver también: UNYAM: consejeros residentes). Relaciones personales: (ver también: Libby Rhodes).
Especialidad: viajero. (Ver también: tiempo).

PRÍNCIPE, EL

Animación: general.
Identidad: (ver también: identidad: desconocida).
Afiliaciones conocidas: (ver también: Ezra Fowler, Eilif).

SOCIEDAD ALEJANDRINA CURSO DE ESTUDIO

PRIMER AÑO

Directrices:

Los candidatos para la iniciación en la Sociedad Alejandrina aportarán de forma rigurosa información nueva e innovadora a los archivos de la biblioteca. Asimismo, protegerán y cuidarán de los archivos en el periodo de duración de su residencia, a la espera de completar de forma satisfactoria los términos de la iniciación.

Plan de estudios:

Espacio.
Tiempo.
Pensamiento.
Intención.
Se darán más detalles acerca del estudio próximamente, a la espera de los términos de iniciación.

Los módulos del primer año de estudio y el fin de los requisitos de la iniciación concluirán el 1 de junio.

SEGUNDO AÑO

Los iniciados aportarán un tratado de importancia a los archivos cuyo tema será de su elección.

Propuesta de estudio independiente:

Requisitos obligatorios indicados con *

Título del tema de investigación*……
Propósitos:……
Metodología (cita textos relevantes):……

Horario:

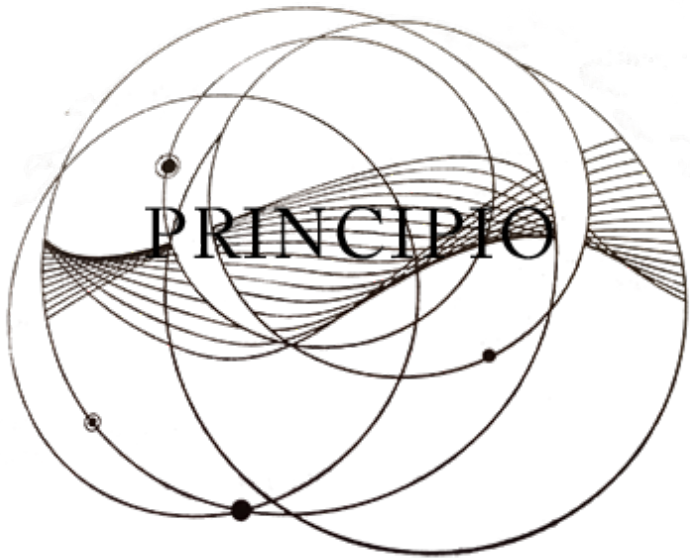
Entrega de la propuesta: indicar el plazo para cualquier recopilación de información, reseña y/o análisis. Entregar no más tarde del 1 de junio.

Firma del iniciado:

Aprobado por:

Aprobado por:

Atlas Blakely



Gideon Drake se protegió los ojos del sol ardiente y recorrió con la mirada las colinas achicharradas y ennegrecidas. El calor ondeaba en el aire entre las nubes de cenizas. En su visión limitada flotaban pequeñas motas de escombros. El humo era espeso, lo bastante denso para pegársele a la garganta, y si algo de eso fuera real necesitaría ayuda médica allí mismo.

Pero no lo era.

Miró al labrador negro que tenía al lado y frunció el ceño. Se volvió entonces hacia la imagen desconocida y se subió la camiseta para taparse la boca e inspirar un velo delgado de aire semirrespirable.

—Qué interesante —murmuró para sí mismo.

En los reinos del sueño, estos incendios sucedían de vez en cuando. Él los llamaba «erosiones», aunque si alguna vez conocía a alguien de su especie, no le sorprendería enterarse de que ya había un nombre para tal suceso. Era bastante común, aunque no que fuera tan… inflamable.

Si Gideon tenía una filosofía, era esta: no tiene sentido

desesperarse.

No había forma de saber qué era real y qué no para Gideon Drake. Su percepción del páramo del sueño podía ser del todo diferente a la escena de quien estaba soñando. Los incendios eran un recordatorio de algo que había aprendido tiempo atrás: se puede encontrar muerte en todas partes si es muerte lo que buscas.

—Vamos, Max —le dijo al perro, que casualmente era también su compañero de piso. Max olisqueó el aire y aulló para mostrar su oposición mientras se dirigían al oeste, pero los dos entendían que los sueños eran el terreno de Gideon, y, por ello, el camino a tomar era en última instancia decisión de Gideon.

Hablando en términos mágicos, los reinos del sueño eran parte de un subconsciente colectivo. Aunque todo ser humano tenía acceso a un rincón de estos reinos, muy pocos eran capaces de atravesarlos igual que Gideon.

Ver dónde terminaba la conciencia de una persona y dónde empezaba la de otras requería una serie de habilidades, y Gideon, que conocía los patrones cambiantes de los reinos igual que los marineros conocían las mareas, tenía ahora los sentidos incluso más aguzados.

Para el resto del mundo, Gideon era una persona más o menos normal que sufría narcolepsia. Comprender su magia, sin embargo, no era fácil en absoluto. En lo que a él respectaba, la línea entre la conciencia y la subconciencia era muy delgada en su caso. Podía identificar el tiempo y la ubicación en los reinos del sueño, pero su habilidad de caminar por ellos a veces le impedía llegar erguido al desayuno. En ocasiones parecía que pertenecía más al reino de los sueños que al mundo de los vivos. No obstante, el aparente defecto sonámbulo conllevaba que podía hacer uso de los límites a los que otros se enfrentaban. Una persona normal podía volar en un sueño, por ejemplo, pero sabría que estaba soñando y, por consiguiente, sería consciente de que no podía volar de verdad en la vida real. Gideon Drake, por otra parte, podía volar, punto. Si estaba despierto o soñando era la parte que no sabía identificar.

Él no era técnicamente más poderoso que otra persona dentro de un sueño. Sus limitaciones corporales eran similares a las de la telepatía: ningún tipo de magia usada en los reinos oníricos podía hacerle un daño permanente a menos que su forma física sufriera

algo como un derrame cerebral o una convulsión. Gideon sentía dolor igual que podía sentirlo cualquier otra persona en un sueño… lo imaginaba y desaparecía cuando se despertaba, a menos que estuviera sufriendo una cantidad inusual de estrés que pudiera causarle una de las reacciones físicas arriba mencionadas. Pero eso nunca le preocupaba. Solo Nico se preocupaba por ese tipo de cosas.

Al pensar en Nico, Gideon sintió una punzada habitual, como si hubiera extraviado una zapatilla y hubiera seguido caminando sin ella. En el último año se había entrenado (con diferentes grados de éxito, dependiendo del día) para dejar de obsesionarse con la ausencia de su compañero de piso. Al principio fue complicado; el pensamiento de Nico solía regresar a él de forma refleja, como si formara parte de su memoria muscular, sin anticipación ni premeditación, y con la consecuencia imprevista de interrumpir su curso intencionado. A veces, cuando los pensamientos de Gideon iban hacia Nico, también lo hacía Gideon.

Al final, el obstáculo y la providencia de conocer a Nico de Varona era que no podía olvidarlo de inmediato ni apartarse fácilmente. Añorarlo era como añorar una extremidad amputada. No se sentía del todo completo ni entero, aunque a veces notaba el dolor fantasma.

Gideon se permitió sentir las cosas que (en otras circunstancias) trataba de evitar y, como si fuera un suspiro de alivio, notó que el sueño cambiaba bajo sus pies. La pesadilla se disipó poco a poco y dio paso a la atmósfera de los sueños de Gideon, por lo que siguió el camino que se presentó ante él más fácilmente: su propio camino.

El humo del sueño se esfumó mientras su mente vagaba. Tanto Max como él se movieron por la percepción consciente del tiempo y el espacio. En lugar de tierra calcinada, se atisbaba ahora un leve indicio de palomitas para microondas y detergente industrial para la colada, detalles inconfundibles de los dormitorios de la UNYAM.

Y con esto, el rostro familiar de un adolescente al que Gideon conocía.

—Soy Nico —se presentó el chico de ojos salvajes y pelo alborotado que tenía la camiseta levantada por un lado a causa de la mochila que llevaba colgada—. ¿Eres Gideon? Pareces agotado —añadió, lanzando la mochila a la segunda cama. Miró la habitación

—. Tendríamos mucho más espacio si dispusiéramos las camas como literas.

¿Era un recuerdo o un sueño? Gideon Drake no lo tenía claro.

Era complicado de explicar qué le había hecho Nico exactamente al aire de la habitación; ni siquiera el propio Nico parecía haberlo notado.

—No sé si nos permitirán mover los muebles —contestó Gideon con un poco de claustrofobia—. Podemos preguntar, supongo.

—Podemos, pero si preguntamos disminuyen las posibilidades de conseguir un resultado favorable. —Se quedó callado y lo miró —. ¿Qué acento es, por cierto? ¿Francés?

—Más o menos. Acadiano.

—¿Quebequés?

—Cerca.

La sonrisa de Nico se ensanchó.

—Excelente. Tenía ganas de expandirme lingüísticamente. Ahora pienso demasiado en inglés, necesito algo diferente. No confíes nunca en una dicotomía, me digo siempre. Piensa en algo relevante, ¿quieres arriba o abajo? —preguntó y Gideon parpadeó.

—Elige tú —contestó con dificultad, y Nico movió una mano y reordenó los muebles sin ningún esfuerzo, en un suspiro. Gideon había olvidado ya el aspecto inicial de la habitación.

En la vida real, Gideon aprendió muy rápido que, si no había espacio, Nico lo hacía. Si las cosas se quedaban paradas demasiado tiempo, él las alteraba. Los administradores de la UNYAM consideraron que la única adaptación necesaria para la presencia de Gideon era ponerle la etiqueta de «con necesidad de servicios para discapacitados» y dejarlo así, pero después de todo lo que Gideon había captado de su nuevo compañero de habitación en tan solo unos minutos, estaba seguro de que solo era cuestión de tiempo que Nico descubriera la verdad acerca de él.

—¿A dónde vas? —le preguntó Nico, demostrando que Gideon tenía razón—. Cuando duermes, digo.

Llevaban dos semanas de clases, Nico se bajó de la litera de arriba, se colocó al lado de Gideon e hizo que se despertara sobresaltado. Gideon ni siquiera sabía que estaba durmiendo.

—Sufro narcolepsia —señaló.

—Chorradas —respondió Nico.

Gideon se quedó mirándolo y pensó que no podía contárselo. No era que creyera que Nico fuera un cazador de criaturas o alguien cuya presencia allí hubiera orquestado su madre (aunque ambas eran opciones remotas), pero siempre había un momento en el que las personas empezaban a mirarlo de forma diferente. Odiaba ese momento. El momento en el que los demás encontraban algo, tal vez muchos «algo», para reforzar sus sospechas de que Gideon era repulsivo. Una intuición; una presa reconociendo una amenaza; lucha o huye.

No puedo contárselo a nadie, pensó Gideon, pero mucho menos a ti.

—Hay algo raro en ti —continuó Nico como si nada—. No es raro en plan malo, solo raro. —Se cruzó de brazos, pensativo—. ¿Cuál es tu historia?

—Ya te lo he dicho. Narcolepsia.

Nico puso los ojos en blanco.

—Menteur.

«Mentiroso». Así que planeaba aprender francés de verdad.

—¿Cómo se dice «cállate» en español? —preguntó una versión antigua de Gideon en la vida real y Nico esbozó una sonrisa que Gideon descubriría después que era excepcionalmente peligrosa.

—Sal de la cama, Sandman —dijo Nico, apartando las sábanas —. Vamos a salir.

De vuelta en el presente, Max frotó el morro contra la pierna de Gideon lo bastante fuerte para que perdiera el equilibrio.

—Gracias —le dijo y sacudió la cabeza para librarse del recuerdo.

La habitación universitaria se desvaneció en la ladera ardiente y lejana y Max le dedicó una mirada expectante.

—Nico está por aquí. —Señaló la masa espesa de árboles humeantes.

Max le dedicó una mirada de desconfianza y Gideon suspiró.

—Bien. —Conjuró una bola y la lanzó al bosque—. Ve a buscarla.

La bola se iluminaba conforme adquiría velocidad, proyectando en el bosque un brillo suave y seguro. Max le lanzó otra mirada molesta, pero echó a correr, siguiendo el camino que había creado la magia de Gideon.

Todo el mundo tenía magia en los sueños. Las limitaciones no eran las leyes de la física, sino más bien el control del soñador. A Gideon, una criatura que deambulaba constantemente entre la conciencia y la inconciencia, le faltaba memoria muscular en lo que respectaba a los límites de la realidad. (Si no sabes dónde comienza y termina lo imposible, entonces, por supuesto, no puede limitarte).

Si Gideon tenía magia o era magia era un tema de debate perpetuo. Nico era firme con la primera opción, Gideon no estaba tan seguro. Apenas podía realizar brujería, ni siquiera mediocre, cuando se lo pedían en clase, razón por la cual se había ceñido principalmente a los estudios teóricos de cómo y por qué existía la magia. Nico era un físico y por ello veía el mundo en términos de construcción seudoanatómica, pero a Gideon le gustaba pensar en el mundo como una especie de nube de información. Al fin y al cabo, eso eran los reinos del sueño, un espacio compartido para la experiencia humana.

El Nico real estaba ahora más cerca, y el borde del bosque en llamas daba a un espacio vacío de playa. Gideon se agachó para pasar los dedos por la arena y luego metió el brazo. Aquí no se estaba quemando nada, pero el brazo desapareció de forma instantánea, engullido hasta el hombro. Max gruñó.

—¿Por qué no te quedas aquí? —le sugirió—. Volveré en una hora más o menos.

Max lloriqueó.

—Sí, sí, tendré cuidado. En serio, empiezas a sonar como Nico.

Max ladró.

—De acuerdo, sí. Lo retiro.

Gideon puso los ojos en blanco, se arrodilló en la playa y sumergió de nuevo la mano, esta vez agachándose en la arena hasta que esta le rebasó el cuerpo y pasó por completo al otro lado. Notó enseguida un cambio de presión, de más a menos, y fue a dar de cabeza en más arena; cayó del cielo a las montañas de un desierto árido.

Aterrizó de cara en la arena y escupió por un lateral de la boca. Gideon no era precisamente un amante de la naturaleza, pues había estado expuesto a muchos de sus lados menos agradables. ¿Había cosas peores que la arena? Sí, por supuesto, pero no le pareció fuera de lugar pensar en sus efectos negativos. La sentía ahora por todas

partes, en las orejas y los dientes, instalándose en las ondas de su cuero cabelludo. No era agradable, pero, como siempre, no servía de nada desesperarse.

Se arrastró para ponerse en pie, esforzándose por mantener el equilibrio en los infinitos surcos de arena que le llegaban hasta las pantorrillas. Miró las dunas de su alrededor, buscando algo. El qué, no tenía ni idea. Siempre era diferente.

Un zumbido en el oído derecho le hizo volverse de forma brusca (o intentarlo) con un aullido, braceando a ciegas en el aire. Solo eran mosquitos, a Gideon no le molestaban los insectos. Otro zumbido y lo apartó, pero esta vez notó un aguijonazo en el antebrazo. Ya empezaba a aparecer una roncha y una torpe lágrima de sangre brotaba del pinchazo. Gideon levantó el brazo para inspeccionar de cerca la herida y retiró un exoesqueleto de metal, un rastro insignificante de pólvora.

Ajá. Entonces no eran insectos.

Saber cuál era el tipo de obstáculo que venía a continuación siempre suponía un alivio, pues significaba que Gideon tenía ahora tanto la habilidad como la necesidad de idear su defensa. A veces, entrar en esta subconciencia particular era una cuestión táctica. Había un combate, a veces laberintos. De vez en cuando, escape rooms, persecuciones y peleas; esto era lo preferible debido al éxito habitual (hasta el momento) de Gideon a la hora de eludir a la muerte y a todos sus jinetes. Otras veces requería sudor, esfuerzo, que era otra cuestión simple, pero de una terrible resistencia. Gideon no podía morir en los sueños (nadie podía), pero sí podía sufrir. Podía sentir miedo o dolor. A veces la prueba consistía simplemente en apretar los dientes y aguantar.

Este sueño, desafortunadamente, iba a ser uno de esos.

Las armas diminutas que estaban disparando a Gideon ahora eran demasiado pequeñas para esquivarlas y demasiado rápidas para combatirlas, probablemente no eran nada que pudiera existir en la Tierra o que pudieran usar los humanos. Recibió los disparos como los mordiscos inevitables que eran y se zambulló en el látigo del viento, cerrando los ojos para protegerse del aguijón de la arena. Se mezclaba con sus heridas abiertas y le caía sangre por los brazos. Veía manchas rojas por los ojos entrecerrados, brillantes y relativamente benignas, pero feas de todos modos. Como las

lágrimas en las estatuas de mártires y santos.

El telépata que había apostado estas protecciones era sin duda el mayor y más problemático de los sádicos.

Algo le perforó el cuello y se instaló en su garganta, y de inmediato vio comprometido el flujo de aire. Ahogándose, fue a aplicar presión para intentar regenerarse más rápido. Los sueños no eran reales, el daño no era real; lo único que sí era real era el esfuerzo y le costaría mucho, sin duda. Siempre le costaba, siempre, porque en las cavernas más profundas de su corazón, sabía que estaba justificado. Que no solo era justo, sino necesario.

Aumentó la intensidad del viento, la arena se le metía en los ojos y en los labios y se le adhería al sudor de los pliegues del cuello. Gideon absorbió toda la cantidad de dolor y soltó un alarido primitivo. De ese tipo de gritos en los que el que grita se entrega por completo, lo suelta todo. Gritó y gritó e intentó desde algún lugar en el interior de su agonía ofrecer la rendición adecuada, la contraseña secreta. El mensaje correcto. Algo como «moriré antes de abandonar, pero todo lo que hay dentro de tu protección está a salvo de mí».

Solo soy un hombre con dolor, solo soy un mortal con un mensaje.

Debió de funcionar porque en el momento en el que se le vaciaron los pulmones, llenos de súplica y tensión, el suelo cedió debajo de él. Cayó emitiendo un sonido de succión y aterrizó, por suerte, en una habitación vacía.

—Ah, bien, estás aquí —dijo Nico con alivio. Se puso de pie y se acercó a los barrotes de la protección telepática que los separaba—. Creo que estaba soñando con la playa o algo parecido.

Gideon se miró de forma instintiva los brazos en busca de sangre o arena y se permitió una inspiración de prueba para comprobar que los pulmones le funcionaban. Todo parecía en orden, y eso significaba que había penetrado en la seguridad de la Sociedad Alejandrina ya ciento dieciocho veces con esta.

Cada vez era un poco más horrible que la anterior. Y, sin embargo, siempre merecía la pena.

Nico sonrió y se apoyó en los barrotes con su pose engreída de siempre.

—Tienes buen aspecto —señaló con aprobación—. Muy descansado, como siempre.

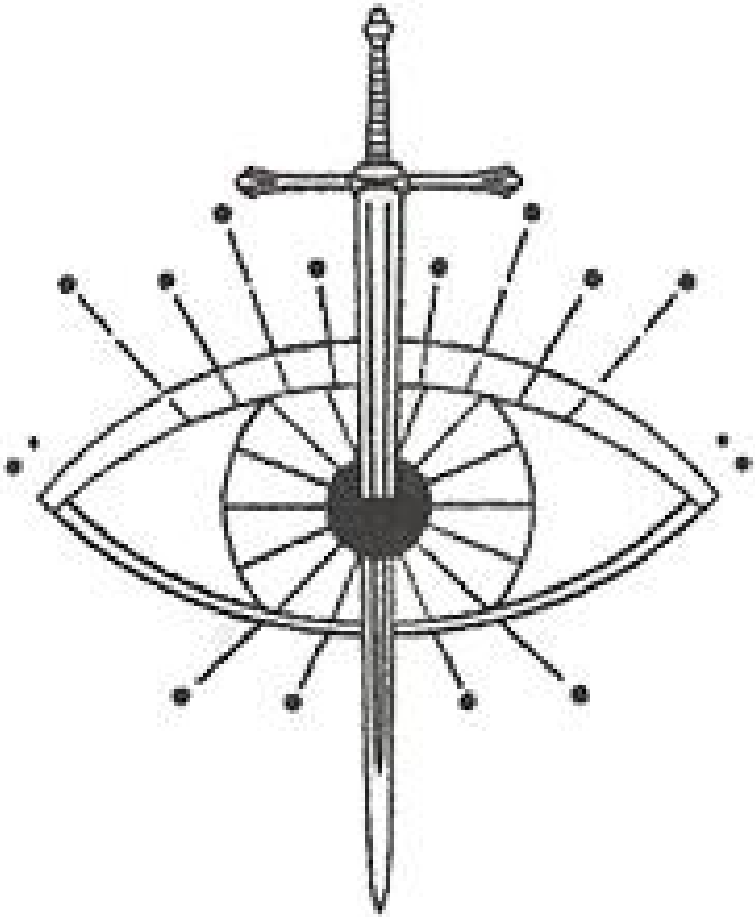
Gideon puso los ojos en blanco.

—Estoy aquí —confirmó, y entonces, como era lo que había venido a decir, añadió—: Y puede que esté cerca de encontrar a Libby.

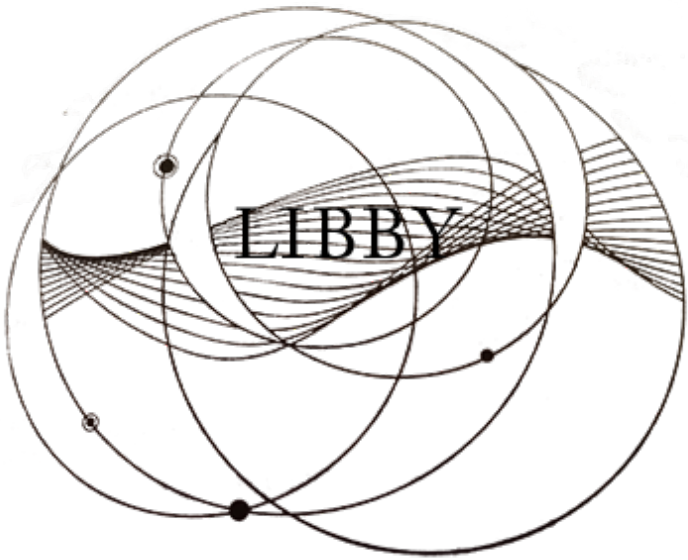
LA PARADOJA:

Si el poder es algo que se ha de poseer, debe de ser susceptible a la posesión. Pero el poder no es de un tamaño ni de un peso definido. El poder es continuo. El poder es parabólico. Digamos que recibes algo de poder y eso incrementa tu capacidad de acumular más poder. Tu capacidad para el poder aumenta de forma exponencial en relación al poder actual que has recibido. Por lo tanto, recibir poder es ser cada vez más impotente. Si cuanto más poder tiene uno, menos tiene, ¿es entonces la cosa o eres tú?

I



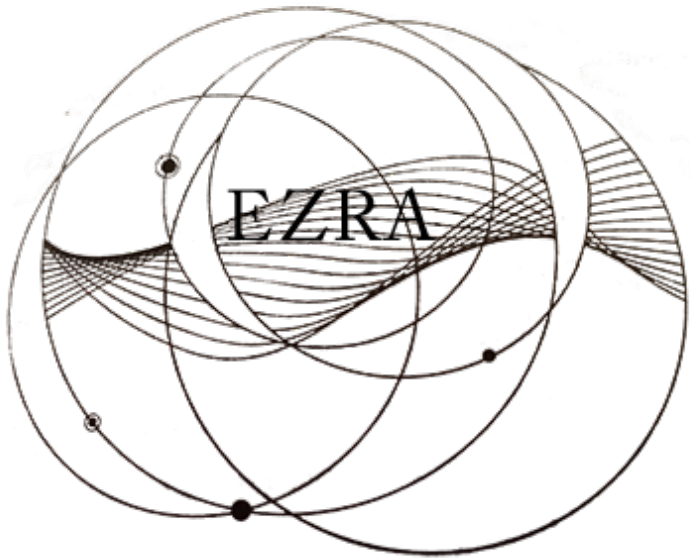
CONMOCIÓN



El instante en el que Ezra Fowler la dejó sola, tuvo dos cosas claras.

La primera era que la habitación (con la cama hecha, la ropa cuidadosamente doblada y la comida precocinada) estaba dispuesta para que alguien viviera allí meses, tal vez años.

La segunda era que la propia Libby Rhodes era la ocupante prevista para esa habitación.

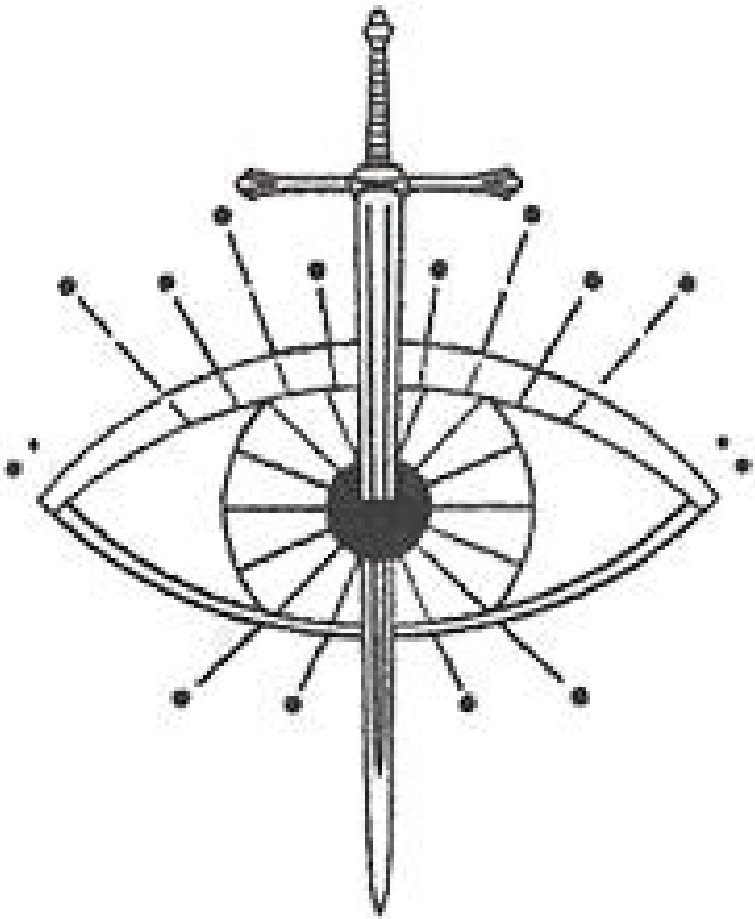


Lo perdonaría, pensó Ezra.

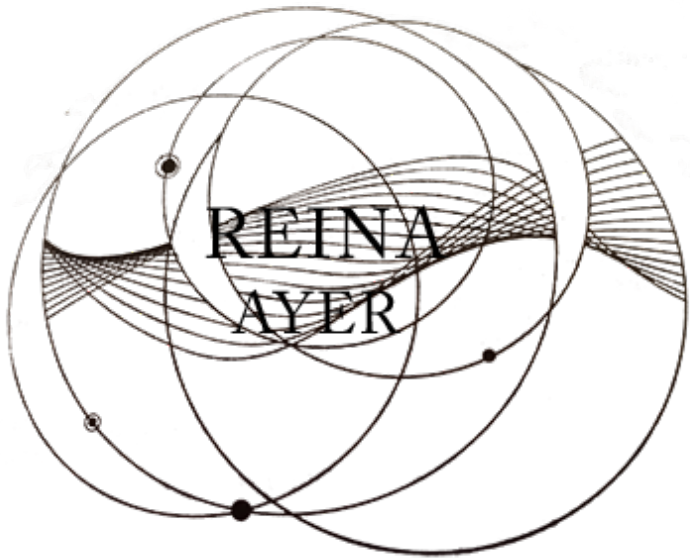
Y, aunque no lo hiciera, la alternativa era el fin del mundo a manos de Atlas Blakely.

Por lo tanto, tal vez fuera mejor no pedir perdón.

II



INICIADOS



Hacía casi un año del día en que los seis llegaron a la mansión de la Sociedad Alejandrina con la esquiva promesa del poder. Todo el conocimiento del mundo bajo un único tejado. Una vida entera de prestigio, el privilegio de contar con acceso a los secretos más increíbles del universo.

Y lo único que tenían que hacer era sobrevivir un año, hasta la fecha de su iniciación.

Había unión entre ellos, como la había habido en el transcurso del año en el que habían acabado modificados, mutados y cambiados, y donde antes eran seis, ahora eran, irreversiblemente, uno.

O algo así.

Reina echó un vistazo a la habitación y pensó en cuánto tiempo duraría esa unidad. Seguramente menos de una hora. La energía de la habitación ya había empezado a cambiar cuando Atlas Blakely, el supuesto cuidador, accedió en silencio a la sala pintada y se quedó mirándolos.

Al lado de Reina, Nico de Varona se removía, como siempre, y

lanzaba miradas a Atlas. Tristan Caine rumiaba detrás de ellos. Por la visión periférica, vio que los rasgos de Parisa Kamali permanecían serenos, inmutables, al ver al cuidador, mientras que Callum Nova, detrás de Parisa, ni siquiera notó la entrada de Atlas. Callum permanecía a cierta distancia del resto, con la barbilla ligeramente hacia fuera, como si tuviera la mente en otras cosas.

—Tratad de pensar en lo que sigue como si fuera un juego —sugirió Dalton Ellery, el investigador con gafas que en ese momento asumía el papel de encargado de la iniciación. Asintió en dirección a Atlas y continuó, dirigiéndose a los otros cinco. Estaban junto a una estantería, esperando mientras Dalton dirigía su atención al centro de la sala.

Habían retirado los muebles de la sala pintada, tan solo quedaban varias sillas normales. Las cinco sillas, dispuestas a unos metros de distancia entre ellas, miraban hacia dentro, hacia un círculo de espacio vacío.

La pérdida del sexto miembro ya no estaba tan fresca. Pero seguía resultando evidente. Como una vieja herida de guerra que les dolía solo cuando llovía, el zumbido distante de Libby Rhodes y su nerviosismo parecían extenderse por el espacio que había entre los cinco iniciados, silencioso, existente solo en las promesas que se habían hecho ellos. El latido de su ausencia se alzaba desde algún lugar debajo del suelo.

—Habéis llegado hasta aquí —continuó Dalton, deteniéndose en el centro del círculo vacío—, y ya no estáis a prueba. No se trata de aprobar o suspender. No obstante, sentimos la obligación ética de advertiros que, aunque estaréis a salvo de cualquier daño corporal, eso no garantiza vuestro confort en el transcurso de esta ceremonia. No moriréis —concluyó—, pero es posible que ocurran otros desenlaces.

Al lado de Reina, Nico se movió incómodo junto a las estanterías. Tristan se cruzó de brazos con ímpetu y Parisa lanzó una mirada a Atlas, que aguardaba junto a la puerta. La expresión del cuidador no había cambiado.

O tal vez sí. Era posible que se tratara de la imaginación de Reina, pero la mirada de atención habitual en Atlas parecía un poco más fría de lo normal. Estaba fija, era más bien una mirada calculadora.

—¿Todos los otros desenlaces son posibles? —preguntó Callum, dando voz a la duda colectiva que invadía el espacio vacío—. Es decir, no moriremos, pero ¿podríamos despertar a una cucaracha gigante?

—Escarabajo —murmuró Reina, pero Callum no le hizo caso.

—No es un desenlace del que se tenga conocimiento —respondió Dalton—, pero nada es técnicamente imposible.

Hubo otro movimiento intangible entre los futuros iniciados. Nico percibió la posibilidad de desavenencia y miró a Reina antes de hablar.

—«Iniciación» significa «más acceso», ¿no? Y está claro que todos hemos tomado decisiones para estar aquí. —Dirigió con cautela los comentarios a la sala en lugar de a ningún candidato específico, aunque se quedó mirando un instante a Atlas antes de pasar a Dalton—. Creo que el factor intimidatorio ya no es necesario a estas alturas.

—Es más bien una exención de responsabilidad —indicó Dalton —. ¿Alguna otra pregunta?

Muchas, por supuesto, pero Dalton no era conocido por ser especialmente sociable. Reina miró a Parisa, que era la única persona que podía saber si había algo sospechoso en todo esto. No parecía preocupada. Reina no solía ponerse nerviosa, pero no pensaba malgastar el tiempo con miedos si no notaba primero a Parisa inquieta.

—La ceremonia de iniciación requiere que abandonéis este plano —prosiguió Dalton—. Se definirán las limitaciones de vuestra transición.

—¿Todo estará en nuestra cabeza? —preguntó Tristan con voz ronca.

Nico frunció el ceño en un gesto de aflicción. Desde que habían presenciado la muerte de Parisa a manos de Callum, a todos, excepto a Parisa, por irónico que pareciera, les resultaban inquietantes las ilusiones telepáticas.

Dalton hizo una pausa.

—No y sí, definitivamente sí.

—Ah, bien —murmuró Nico en dirección a Reina—. Y yo que estaba preocupado porque él no fuera de mucha ayuda.

Antes de que pudiera responder Reina, habló Parisa:

—¿Qué vamos a hacer exactamente en el plano astral de la Sociedad? Y no, eso no me da ninguna ventaja —añadió para evitar cualquier pregunta impaciente en la sala—. Si hay limitaciones, yo también estaré limitada —le indicó a Reina a modo de conclusión, aunque seguramente no era la única que lo estaba pensando—. Solo porque se trate de mi especialidad no significa que yo vaya a tener ninguna ventaja significativa.

Reina apartó la mirada. *Qué quisquillosa*, pensó en dirección a Parisa.

Notó que Parisa se tensaba como respuesta. *No me agrada la acusación.*

¿De pronto te importa lo que pienso?

Parisa no respondió. El ficus que estaba en el extremo de la sala se rio.

Dalton carraspeó.

—El constructo de vuestra iniciación no es un secreto…

—Qué encantador —murmuró Tristan—. Algo nuevo y diferente.

—… es simplemente una simulación —terminó Dalton—. Dentro de la simulación, os enfrentareis a una proyección de otra persona de vuestra clase de iniciación. No tal y como es, sino como la percibís vosotros.

Se detuvo para observar la expresión del resto, que variaba desde la indiferencia marcada (Callum) hasta la ambivalencia resignada (Nico). Si alguien sentía un ápice de aflicción, no estaba dispuesto a exteriorizarlo. Atlas, por su parte, tan solo se llevó una mano a la barbilla y se la rascó. Podía parecer extraño fijarse en algo así, pero Reina estaba segura de que su traje tenía un aspecto más impoluto y resplandeciente de lo normal. Dispuesto así a propósito, como si supiera que alguien iba a fijarse. O tal vez solo se tratara de un efecto de la luz.

—Esto no es un examen sobre lo que habéis aprendido —añadió Dalton—. No es una prueba, tan solo una formalidad. Este último año habéis estudiado lo que os hemos pedido. Pronto tendréis derecho a solicitar lo que gustéis a los archivos, según dónde os lleven vuestros caminos de estudio. —Reina notó un escalofrío profético—. Como miembros iniciados de la Sociedad, el contenido de la biblioteca estará a vuestra disposición para que lo uséis y contribuyáis a él como deseéis hasta que vuestras obligaciones con

los archivos queden satisfechas y vuestro ejercicio llegue a su fin. Os habéis ganado vuestra plaza aquí, pero cada puente tiene dos lados. Cruzadlo.

Sacó un archivo de la nada, tomándolo como si se lo hubieran lanzado.

—El orden será del más joven al mayor, y eso significa que el señor de Varona será el primero. —Dalton miró a Nico, que asintió. Él siempre tendría preferencia para ser el primero. Estaba hecho así, siempre apresurándose a todo. Sin Libby que compensara, no había nada que calmara su temeridad. Nada que lo contuviera.

Nico no era el único inestable. Todos estaban un poco diferentes sin Libby Rhodes. Sin que ellos fueran conscientes, Libby se había establecido como el «pero» en su conciencia colectiva, su medida de la moralidad. *Pero y si pasa esto, pero y si algo va mal, pero y si alguien resulta herido*. El efecto de la retirada de Libby de su anatomía como grupo parecía imperceptiblemente agravante, como una infección sin diagnosticar. Podían seguir sin ella, por supuesto, pero la pérdida se volvería significativa con el tiempo. Un sangrado interno, la intoxicación de un riñón. Un diminuto pinchazo en alguna parte de la constitución de un pulmón que de otro modo estaría sano.

Un helecho suspiró: *muertemuertemuerte*, un comentario que solo podía oír Reina y que, francamente, no le gustó.

—De acuerdo. —Nico dio un paso hacia Dalton—. ¿A dónde voy?

—A ninguna parte. Siéntate. —Dalton le señaló las cinco sillas y lo llevó a una que estaba aproximadamente a las doce en punto—. Sentaos todos —aclaró—. En orden.

Eso hicieron. A la derecha de Reina estaba Tristan; a la derecha de Tristan se sentaba Callum, y a su derecha, Parisa. Nico cerraba el círculo a la izquierda de Reina.

Hubo un momento breve después de que tomaran asiento en el que todos, de forma colectiva, aguardaron a que sucediera algo, a que cayera algo del techo o se alzara del suelo. No sucedió nada de eso. Las plantas de la sala se rizaron y bostezaron, Atlas se sentó junto a una estantería, fuera de la vista de Reina, y Dalton lo hizo detrás de la silla de Nico con una carpeta en la mano.

Nico, nervioso, miró primero a Reina y luego por encima del

hombro.

—¿Qué se supone que tengo que hacer exactamen…?

—Empieza —le interrumpió Dalton.

La cabeza de Nico cayó hacia delante como una cerilla apagada, una desconexión corporal, y su conciencia se escapó por debajo de él. El aire de la habitación crepitó momentáneamente, con magia o vida o una ola intangible del propio Nico. La insólita energía les empañó la piel, erizándoles el vello de los brazos y la nuca.

En unos segundos, la sensación de electricidad se convirtió en una condensación palpable, una niebla fina al principio, después una nube, y entonces, como un latigazo, la imagen espectral de Nico se alzó en el centro del círculo. Su concepción de la sala pintada envolvió a los iniciados cuando se puso en pie en una proyección de la sala con sus muebles habituales: la mesa junto a la estantería, el sofá frente a la chimenea. Parecía incapaz de ver a los cuatro compañeros y dos guías que estaban sentados en la habitación. En la proyección era mediodía, el calor del sol entraba por las ventanas. Las cortinas estaban descorridas y era un día claro, un fuerte contraste con la penumbra estival húmeda de su realidad física.

Reina notó por la visión periférica que Tristan se inclinaba hacia delante y se abrazaba las rodillas con aprensión y desagrado.

—¿Vamos a ver los rituales de iniciación de los demás?

—Sí —contestó Dalton y, mientras hablaba, en la proyección de Nico se materializó una versión espectral de Reina y el chico sonrió.

—Excelente —dijo Nico. Apartó los muebles de la sala proyectada con un movimiento de la mano. Como todo en la magia de Nico, costaba ver la secuencia correcta. Un parpadeo y los muebles estaban en el perímetro de la habitación. Como si fuera ese el diseño que siempre había habido.

Nico tendió la mano a la proyección de Reina para que se la estrechara. Era el comienzo de un combate. Incluso ahora, después de un año de combates recreativos, seguían empezándolos todos de ese modo.

Al otro lado de la proyección translúcida, Reina vio que Parisa ponía los ojos en blanco.

¿Qué?, le preguntó.

La mirada oscura de Parisa se encontró con la suya.

Si quisiera pasar el tiempo viéndoos cómo os comportáis como niños, ya lo habría hecho.

Pero antes incluso de que hubiera completado el pensamiento, la proyección de Reina ya se había puesto en acción. Nico echó la cabeza ligeramente hacia un lado al girar y asestar un golpe para probar el alcance. La Reina de verdad habría esperado ese movimiento (y probablemente también habría hecho lo mismo), pero la proyección esquivó el golpe como si lo hubiera lanzado con toda su fuerza. Bajó la mano lo suficiente para que Nico le diera un golpecito suave en la mejilla a modo de advertencia, un recordatorio para que se mantuviera en pie.

La proyección de Reina lanzó varios golpes sencillos; uno, dos y tres, luego un cuarto, que Nico bloqueó con la mano derecha, agarrándola por el antebrazo. El movimiento hizo que la proyección se balanceara hacia delante y perdiera el equilibrio; Nico aprovechó para ponerse a su altura y asestar un gancho en el lado de la cabeza que ella se apresuró a bloquear con el antebrazo en lugar de rodar por debajo (*una mala elección*, pensó Reina con una mueca). La proyección consiguió evitar la mayoría de los impactos, pero recibía la mitad de la fuerza prevista en los golpes, si no más.

Nico y la proyección se movían en círculos, probando los puntos de apoyo del otro. Nico se movió hacia ella y luego giró para esquivar el gancho cuando Reina mordió el anzuelo. Le golpeó con los nudillos el riñón al apartarse de su trayectoria. Ella respondió con un golpe a ciegas con la cabeza y acertó en la punta de su oreja. Nico se rio. La proyección, no.

Parisa se sentó de repente más recta y frunció el ceño.

¿De pronto te interesan las estrategias de combate? Reina puso una mueca, mirándola. Desde donde estaba sentada, no veía a Atlas, estaba oculto por una de las estanterías de la sala, pero tuvo la sensación de que él también lo había notado.

Parisa le lanzó una mirada irritada. *Por favor. Esto no es un combate. Como siempre, no entiendes lo importante*.

¿Qué era lo importante? Era muy obvio que nada de esto era importante. Reina podía contemplar esta misma imagen en la vida real en cualquier momento, aunque preferiría no hacerlo. Resultaba incómodo verse luchando, ser testigo de sus defectos habituales. De este modo, con público, sus errores parecían más exagerados. En el

caso de Nico, los movimientos eran fluidos, naturales. Su ritmo, su órbita del espacio, era siempre ligero, nunca rígido. Jamás estaba en el mismo lugar dos veces. Reina, por el contrario, parecía rígida, inmóvil, un acantilado que se desprendía con la marea de Nico. Reina apartó la mirada del ritual en repetidas ocasiones; al hacerlo, comprobó que Parisa observaba con atención a su homóloga en el ritual.

¿Qué es lo que te interesa tanto?, preguntó, malhumorada, y Parisa la miró desde el otro lado del combate simulado, no menos molesta que ella por tener que contestar.

¿Es que no lo ves? Esto es una proyección de lo que él piensa de ti, le respondió Parisa en su cabeza.

A Reina le pareció verla mirar en dirección a Atlas. Si lo hizo, fue rápidamente, sin intención comunicativa. La principal preocupación de Parisa era la proyección de Reina, no Atlas, quien era, en cualquier caso, el aspecto más desconcertante que estaba teniendo lugar en la sala pintada. Convertirte en el objeto de concentración de Parisa no podía ser bueno. (El ficus estaba de acuerdo).

¿Y?, pensó Reina.

Y antes que nada, nadie ha dicho que no podamos usar la magia, pero Nico no la está usando, y tampoco su versión de ti. Una sonrisa fugaz apareció en los labios de Parisa. *Y no sé si te has dado cuenta, pero parece que no te considera en absoluto peligrosa, ¿no te parece?*

De nuevo: *¿Y?*

Durante un año, nos han encargado la tarea de matar al alguien. Acabamos de enterarnos de a quién. ¿Parece alguien preocupado porque puedas resultar una amenaza para su vida?, preguntó, lanzando una mirada al cuerpo de Nico.

La proyección de Reina se tambaleó, víctima de una de las trampas de Nico, haciendo que no viera el gancho de su contrincante. Nico le lanzó un potente cruzado derecho y luego un gancho; al último Reina no lo pudo esquivar. Había muchos errores, todos ellos errores de Reina. Errores que había cometido antes.

Ah, ahora lo ves, observó Parisa con satisfacción, y aunque Reina hizo todo lo posible para apartar cualquier comentario de su

mente, Parisa era como un ruido blanco, la estática de una radio.

Te considera vulnerable.

Y luego con sorna:

Te considera débil.

Reina se enfadó y se obligó a no pensar en nada. Se concentró en la melodía de un anuncio de pasta de dientes de su infancia. La sonrisa de Parisa se convirtió en una mueca que decía: «de acuerdo, idiota», y entonces su atención se alejó de ella, sin duda hacia otro de sus jueguecitos de aficionada de psicoanálisis. La proyección de Reina esquivó un cruzado derecho de Nico y le castigó con un *jab* doble, aunque él contratacó con una combinación de puñetazos que ella no pudo bloquear lo bastante rápido. Reina, la Reina de verdad que cada vez estaba más incómoda, mantuvo una expresión neutra tras reparar en que Parisa no era la única pendiente de su reacción. Al otro lado de Nico, la mirada de Callum se había desviado hacia ella y la observó un buen rato antes de apartarla.

Reina se preguntó qué habría estado sintiendo en ese momento en particular. Normalmente no le preocupaban estas cosas, se consideraba una persona que no experimentaba grandes sentimientos. (Fastidio, irritación, impaciencia, no contaban. Eso eran picaduras de mosquitos en la escala de Richter emocional). No obstante, notaba que estaba luchando contra algo. No era angustia, ni miedo… y por supuesto no se trataba de traición, porque a pesar de la declaración tácita de Parisa de que comprendía todos los matices de toda la humanidad, definitivamente estaba equivocada en esto.

Aunque, al más puro estilo Parisa, no estaba lo bastante equivocada. Reina, que, al contrario de algunas personas (Libby), no era víctima de sus inseguridades, sabía que Nico no la consideraba débil. Sabía que, en la mente del chico (que Reina ya había comprendido que era un lugar sin reglas y desordenado), nadie era un enemigo real como para tratar de destruirlo. Esto era un aspecto encantador y también irritante de él: una confianza que era también arrogancia. Recriminarle eso era malinterpretar del todo quién era él. Preocuparte por su arrogancia era únicamente un ejercicio de fragilidad emocional y una pérdida del tiempo de ambos.

Así y todo, al verse a través de sus ojos, parecía que Nico

consideraba a Reina… predecible. Un tanto inferior. Buena, pero no lo bastante buena. Una impresión que, para ser justa, era acertada en ciertas áreas, entre ellas combate y magia física. Reina nunca fingió que no fuera así. Su interés en la Sociedad había sido siempre acceder, no tener que darse tortazos con otros.

¿Había valorado que el resto considerara la ambivalencia obvia de sus habilidades como un reflejo de su falta de destrezas? Sí. Pero si fueran Tristan, Callum o Parisa quienes la vieran de ese modo, no le importaría. Había conseguido no desvelar nada sobre ella. Tampoco a Nico, en realidad, pero él había pasado mucho más tiempo con ella que cualquiera de los demás. ¿No había estado prestando atención?

La mente de Reina era en ese momento una serie de recuerdos no deseados. Un té con su abuela que tuvo lugar después de una comida especialmente infructuosa con su madre. Algún día lo verán, le dijo su baba con su habitual calma que fácilmente dio paso al olvido, y luego a una banalidad distraída que a veces conectaba con la realidad y a veces no. Un día te mirarán y verán todo lo que veo yo.

¿Madremadre?, la llamó con vacilación un helecho de una esquina.

A regañadientes, Reina coincidía.

Su madre, en quien no solía pensar y de quien no hablaba nunca, era la mediana de tres hijas y dos hijos. (Un problema en la juventud, le dijo siempre su abuela con cariño, como si lo considerara un drama entretenido pero nada realista de la vida de su hija). Baba, una mujer excéntrica con una curiosa inclinación por la bondad, no quería que la vida entera de su hija se viera destruida por una única indiscreción, así que se hizo cargo de Reina en un acto de aparente generosidad. En uno o dos años, la madre de Reina estaba bien casada con un empresario mortal, un hombre cuya familia se había beneficiado del auge de la electrónica que dio lugar a la era de la tecnomancia medellana. Reina pensaba siempre en sentido formal: el Empresario, que no tenía un nombre ni un significado real fuera de su profesión. No era su padre, tan solo el hombre que se había casado con su madre después de que naciera ella. Sabía que Reina vivía en la casa de su suegra y hacía muchas preguntas sobre ella. Al principio pensó que era hija de alguna

empleada, tal vez del ama de llaves y, por lo tanto, alguien a quien podría controlar. A menudo Reina pensaba en la conversación que habría tenido su madre como resultado del irónico giro de los acontecimientos. (A lo mejor no hablaron nada. La madre de Reina no hablaba mucho. Tenía el aire de alguien que había visto mucho y había decidido, simplemente, cerrar los ojos y dejar de mirar).

No debieron de informar al Empresario sobre la verdadera identidad de Reina porque fue él quien comenzó la costumbre de reunirse con ella para cenar una vez al mes. Por entonces ya había otros hijos que eran de él, aunque ellos, como su padre, eran mortales y no tan poderosos como Reina. El hombre no era desagradable. Contestaba a las llamadas de negocios en la mesa, pero no gritaba. Era muy muy transparente. En esas cenas, cuando felicitaba a Reina por sus *kanji* elegantes o su excelente actuación en el colegio antes de pasar al tema del naturalismo, la madre de Reina removía la comida en el plato y practicaba su habitual costumbre de no decir nada.

Su madre murió dos años antes que su abuela, cuando ella tan solo tenía catorce años. En el funeral, describieron a la madre de Reina como una esposa y madre solícita. (No como madre de Reina, claro. Ella estaba sentada en la última fila, inadvertida, y si alguien tenía alguna pregunta sobre quién era, nadie la verbalizó). Reina no conoció muy bien a su madre, pero estaba segura de que ese discurso era una manera muy triste de que terminara su historia, que todo cuanto pudieran decir de su vida ordinaria fuera que era competente en dos de sus trabajos. Nada acerca de que cantaba desafinada en la ducha o que le daban miedo las serpientes del jardín, nada que le diera forma de verdad.

Poco después, el Empresario volvió a casarse. La vida continuaba, como siempre.

Recordar era como adentrarse en unas arenas movedizas, caías cada vez más profundo y no había forma de escapar. Reina estaba inmersa en otra serie de recuerdos desagradables, la invadía la repulsión del vacío de su subconsciente.

Poco antes de la visita de Atlas, el Empresario entró por casualidad en la cafetería donde trabajaba Reina. Estaba enfadado por algo, hablando por teléfono. Estaba tan ocupado que, a pesar de muchos años de reuniones familiares, no reconoció a Reina. Era

cierto que llevaban más de una década sin verse, pero a ella no se le escapó la ironía del asunto. Durante muchos años, una vez al mes, se sentaba frente a ella a la mesa de su madre y fingía que la encontraba interesante; unas semanas antes, consiguió encontrar a la antigua compañera de piso de Reina y le pidió su número de teléfono que, tras comprarse un teléfono nuevo, la chica ya no tenía. Pero ese día, el Empresario estaba ocupado gritándole a alguien, a un extranjero. El nombre sonaba difícil en su boca. «¡Lo ha hecho antes, puede hacerlo ahora!», gritaba el Empresario, que miraba más allá de Reina cuando esta le pasó el café. En ese momento, ella era más que invisible, lo que supuso una dosis amarga de triunfo. Cierta validación de la peor parte de sí misma. Su transparencia tangible era prueba de que las cosas eran justo como siempre había pensado.

Reina supo siempre que había un motivo oculto por el que el Empresario estaba interesado en ella. No quería quedar con ella porque añorara su personalidad o sus palabras. Era también la razón por la que los lirios de su madre parecían alejarse de él cuando estaba comiendo. De pequeña, Reina pensaba que la aversión que sentían las plantas por él era síntoma de su desagrado, pero aquel día en la cafetería, había algo sobre él que le hizo revisar sus pensamientos de la infancia.

No, sobre él, no. En él.

Destrucción. Ahora estaba claro en sus recuerdos, como una delgada película que le alterara la lente, que le hacía ver su experiencia de la infancia de nuevo. Estaba inevitablemente en los tonos sepias de la mirada retrospectiva, algo de polvo en sus hombros, como caspa o pelusa. Reina sabía que su trabajo era más pérfido que los beneficios en el ámbito de la agricultura que normalmente buscaban de ella las personas. Pero lo era cualquier cosa que produjera tanta riqueza. La naturaleza destructiva de su trabajo lo cubría como una colonia particularmente arriesgada.

Se removió para deshacerse de los efectos persistentes de la habitual espiral de vergüenza que le producía recordar cualquier cosa de su pasado. Su abuela siempre había dicho que alguien la vería algún día, y era verdad, o verdad en su mayor parte, aunque no del modo en el que ella imaginaba. La gente acababa viendo. El Empresario simplemente fue el primero. La atención era inevitable

de un modo siniestro porque, en cierto momento de su adolescencia, lo que era Reina, lo que podía hacer, no se podía ignorar, por mucho que una persona decidiera no mirarla. Pero entonces Reina ya no quería que la vieran.

El poder que poseía no era el propio de una naturalista, ella era el naturalismo en sí mismo. Solo eso debería de haberla hecho valiosa, o al menos útil. Pero ¿por qué tenía siempre que demostrar su valía a la gente? Ella no había pedido las circunstancias de su nacimiento. Tampoco había pedido sus poderes. Si su familia no podía ofrecerle la dignidad de la aceptación, mucho menos amor, entonces no merecía los frutos de su valía. Al menos esto era lo que se decía a sí misma cuando se sentaba frente al Empresario en sus cenas mensuales.

Con el tiempo se hizo más fácil negar a otros el derecho a conocerla, a mirarla demasiado. Desarrolló un talento para aislarse. No necesitaba representar sus propias habilidades para demostrar lo que valía. Sabía que pasaría justo lo que su abuela le había dicho: la verían. Verían, sobre todo, poder. Oportunidad. Naturalismo sin restricciones, magia de una magnitud sin precedentes. Cuando Reina se reconoció como un objeto, una herramienta para que otros la usaran cuando tuvieran la oportunidad de sacar provecho, se preocupó por aislarse, esconderse, mantenerse protegida. Nunca pasó demasiado tiempo siendo ella misma donde otros podían verla porque siempre daba como resultado su cosificación para satisfacción de la gula ajena.

Excepto para Nico. Nico, a quien había escogido para pasar tiempo de forma más sincera que con nadie más, y quien Reina creía que no deseaba nada de ella. ¡Qué extraño! Qué bendición. Excepto ahora, mientras lo veía pelear con su proyección débil; la arrogancia del chico había negado una de las verdades fundamentales de Reina: que había algo en ella que merecía ser visto.

Estaba construida sobre los cimientos de la discreción por el bien de su protección, pero, intencionadamente o no, a él le había abierto una ventana.

Él había visto sus debilidades, sus inflexibilidades, sus defensas y errores. Las había anotado y las recordaba. Había hecho uso de ellas, de esas cosas a las que nadie había tenido el privilegio de

acercarse, y lo había hecho muy bien. Su percepción de ella era mediocre. No tenía la ambición de usarla por ningún motivo. La única utilidad para él de lo que había descubierto sobre ella era para preservar su propio ego, para beneficiar sus fortalezas.

Reina se removió en la silla.

Ah, así que este sentimiento era decepción.

Para entonces, en la simulación de Nico ya habían expandido su repertorio de artes marciales. Habían progresado de bloqueos y puñetazos a patadas y agarres conforme la proyección de Reina elevaba las apuestas de combate, eligiendo maniobras más desafiantes a partir de una sensación de insuficiencia que le atribuía Nico. (Ah, pero ¿no lo estaba proyectado ella? Reina miró fugazmente a Parisa en busca de confirmación, pero apartó rápido la mirada, furiosa consigo misma). Nico fue a agarrarla tras fallar un rodillazo en la cara de la proyección de Reina, y cuando ella se tambaleó, fuera de su alcance, él le hizo perder el equilibrio asestándole una patada en el punto débil de su muslo. En resumen: Reina había caído en otra de las habituales trampas de Nico y la verdadera Reina, que hervía de rabia, sintió otra oleada de resentimiento. Algo suave e insistente, como el roce de un tentáculo o de una enredadera.

(¿Qué diferencia había entre Reina y el amigo de Nico, el de los sueños? ¿Cómo no había visto Nico que Reina, igual que la persona por la que había venido aquí tan desesperado por proteger, era otra herramienta en las manos equivocadas? Aunque eso no importaba, claro. Ella no lo necesitaba, ni a él ni a nadie, para sentirse valiosa. No estaba molesta).

Por lo que ella sabía, este ritual de iniciación estaba diseñado para castigar a la persona proyectada, no al que hacía la proyección. Lo había dicho Dalton: no había restricciones. Y eso significaba que Reina podría haber aparecido en un vehículo y haber secuestrado a Nico. Podría haber peleado con magia, podría haberlo atacado con un rayo en el centro del pecho. Podría haberlo estrangulado con una planta, y eso solo en el reino de la realidad. ¿Qué podría haber hecho fuera de este, en una proyección mágica dentro de una biblioteca mágica en la que la realidad tal y como ellos la conocían no existía?

Pero Nico no había considerado tal cosa. La posibilidad de que

ella lo venciera o lo sorprendiera no se le había ocurrido. Y era Reina quien sufría por ello, no él.

Apretó un puño y el helecho de la esquina se abrió con el sonido de un latigazo, las ramas se extendieron como tentáculos. Dentro de ella crecía algo, se enconaba. Algo más suave que la traición, pero en estado de putrefacción, como la pelusa translúcida del moho. Puede que sí estuviera molesta con él. Una picadura fastidiosa, como una etiqueta que te pica o el zumbido de un insecto que no ves. A lo mejor estaba irritada por el descubrimiento de que, al parecer, Nico de Varona no veía nada de importancia en ella.

En la simulación, Nico volvió a colocarse a corta distancia de ella, acercándose a la proyección de Reina. Lucharon un momento antes de que ella lo tirara, y entonces Nico, como de costumbre, se apartó de ella con una serie de pasos exagerados y los ojos chispeantes.

Reina no necesitaba a Nico para verse de ningún modo en particular. Eran amigos, o tal vez colegas, nada más. Nunca había pensado en él en términos románticos y, por supuesto, tampoco sexuales. Nunca había pensado en nadie en términos sexuales. Que tuviera órganos sexuales le resultaba de poco interés, igual que cualquier otra planta sin germinar. Y no había motivo para que Nico la imaginara de ese modo, aparte de por el hecho de que habían pasado prácticamente todo el tiempo juntos y, al parecer (¡al parecer!), lo único que había aprendido de ella era la probabilidad de que pudiera vencerla con un golpe exacto.

Reina puso una mueca y se cruzó de brazos. Seguro que Parisa había insertado ese pensamiento de algún modo. No era un pensamiento propio de Reina. No le importaba en absoluto lo que otros pensaran de ella y no necesitaba bajo ningún concepto el interés ni la aprobación de Nico. Sí, había confiado en él más que en ninguna otra persona de la casa y, cierto, nunca se había cuestionado si podía fiarse de él. Él había sido el primero en contarle las especificaciones para la iniciación, ¿no? El jueguecito del asesinato que aparecía en la letra pequeña. Y sabía que él no la mataría y él no le había preguntado si ella había considerado matarlo a él, pero…

Nico asestó a la proyección de Reina un golpe fuerte que la dejó tambaleante, aturdida.

No se lo había preguntado. Claro que no, porque ya sabía que no lo había considerado.

Porque tal vez no la considerara débil, pero sí sabía que contaba con su lealtad, como le pasaba con todo aquel que estaba en su vida.

(Sabía que Nico tenía la de Reina, pero ¿tenía ella la de él?).

Volvió a removerse en el asiento, incómoda, sospechando de pronto de sus propias sospechas mientras la simulación continuaba. ¿Cuál era el objetivo de este ritual? Dalton había dicho que no se trataba de una prueba, ¿cuál era entonces el propósito? ¿Se suponía que se trataba de una revelación, una especie de perspectiva interesante sobre quién era cada uno de ellos? ¿O era una trampa?

Y si así era, ¿era Reina la atrapada o era Nico?

La proyección de Reina retrocedió, aturdida, y Nico se detuvo de inmediato.

—¿Estás bien? —le preguntó. Se había olvidado de la lección que le había enseñado previamente su proyección, que no esperaría a que le dijeran cuándo comenzar, que no dudaría en aumentar sus apuestas. Nico abandonó de inmediato todo el temor a cualquier venganza por parte de ella y no mostró otra cosa más que preocupación, como si ella no supusiera amenaza alguna para él—. Reina, ¿estás bien?

La proyección de Reina no atacó. Se puso derecha y lo miró a los ojos.

—Estoy bien —respondió sin más. Sin entonación. De forma mecánica.

(¿Así sonaba ella para él?).

—No tenemos que continuar —le aseguró Nico, con los ojos llenos de compasión—. No sé qué diablos estamos haciendo aquí, pero no quiero hacerte daño.

¿Hacerle daño? ¿Como si ella no supiera lo que estaba haciendo? ¿Como si no llevaran casi un año haciendo exactamente eso? Su primera interacción había sido en un combate, ¿se preocupó tanto por ella entonces? ¿Pensó que rodaría y moriría si no se hubiera mostrado piadoso?

Pero no estaba enfadada, por supuesto que no.

Al otro lado del círculo, Parisa le sonrió de una forma espantosa.

—No puedes hacerme daño —señaló la proyección de Reina.

Menos mal que lo decía al menos. (Aunque ¿no había algo raro en el «no puedes hacerme daño», algo falso y en cierto modo ilusorio, y, por como sonaba, algo para discutir con un profesional clínico? ¿Y «no vas a hacerme daño» no implicaba al menos cierto grado de destreza para evitar dicho daño?).

(En este punto, Parisa ya se reía en la palma de la mano).

—Lo sé —insistió Nico—. Pero no lo iba a hacer tampoco.

La imagen de ellos distorsionada, disolviéndose. Nico se despertó en su cuerpo con un resuello, el efecto de la conciencia renovada volviendo a él como agua en sus pulmones.

Por primera vez, habló Atlas:

—Sesenta segundos y pasamos a la señorita Mori.

Dalton asintió y miró el reloj.

Reina, sin embargo, se volvió hacia Nico y le susurró tan bajo como pudo para que la oyera con el sonido de sus exhalaciones. (Era evidente que el esfuerzo físico de la simulación se transfería a su estado corporal, por lo que, al menos, humillarla de ese modo lo había hecho sudar).

—¿Sabías que sería yo? —le preguntó—. Es decir, ¿pensaste en mí antes o…?

—¿Lo has podido ver todo? —preguntó él, desconcertado, pero sin sentirse culpable. Entonces no sentía vergüenza. No le sorprendía, Reina sabía cómo era, pero la idea empezaba a irritarle —. No, no estaba pensando en ti específicamente. En realidad, estaba pensando en.

Pero Reina no llegó a oír en qué estaba pensando Nico. Dalton se movió detrás de su silla y, con una sensación menos tangible que quedarse dormida, notó que una parte de ella se soltaba. En un momento estaba mirando a Nico, que seguía resollando mientras hablaba, y al siguiente solo veía la abertura de un abismo infinito, que se convirtió, tras otro instante de reajuste, en la sala pintada.

Su ritual estaba teniendo lugar de noche, las cortinas de la sala pintada estaban echadas y el fuego crepitaba en la chimenea.

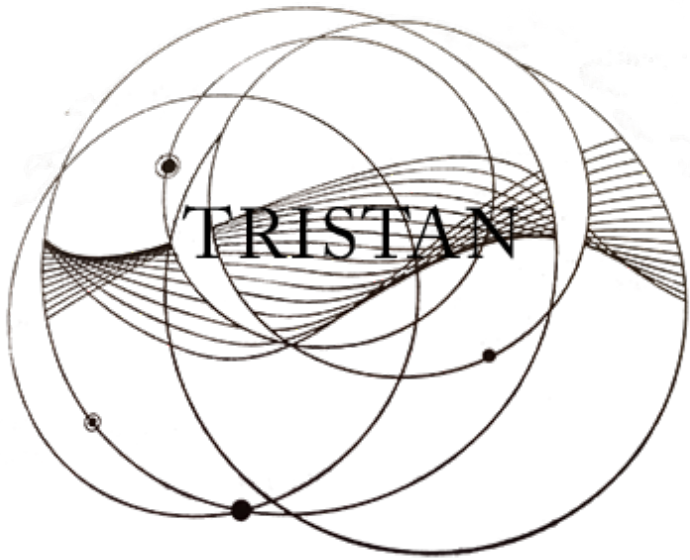
Notaba el aire sofocante por el calor. Pegajoso.

Unos segundos después, de la oscuridad cavernosa emergió un vestido blanco brillante.

—Hola, Reina —murmuró Parisa.

Mierda, pensó Reina, y la proyección de Parisa sonrió y se

desprendió del vestido blanco.



—Interesante —señaló Callum mientras observaba el espectro de Parisa desde su punto ventajoso entre la silla de ella y la de Tristan. La proyección de Parisa que había conjurado Reina estaba completamente desnuda tras haberse quitado el vestido. Se encontraba totalmente expuesta, una de las posibilidades de iniciación en las que «no vais a morir», y por lo tanto Dalton no tenía que interferir ni, por extensión, Atlas, que tenía el mismo aspecto lisonjero de siempre.

Tristan no respondió y se apartó de Callum, acercándose sin querer a Nico. La expresión de este se tensó por un momento, parecía tener algo en la punta de la lengua, pero Tristan apartó la mirada. Fuera lo que fuere lo que quisiera Nico, no era importante y podía esperar.

La verdadera Parisa se contempló en la simulación de Reina y se encogió de hombros.

—Las tetas están mal —comentó.

—Cierto —coincidió Callum—. Y si no estoy equivocado, no es el único detalle desacertado. —La miró de reojo—. ¿No tienes una

cicatriz en la parte alta del muslo?

Sí, pensó Tristan. *Con la forma arrugada de un rayo de sol*. Sin quererlo, recordó haber deslizado los dedos por ella, haber palpado los bordes suavemente con el pulgar.

—Es una quemadura. Y eres muy desagradable —le dijo Parisa a Callum sin expresar ningún sentimiento en particular.

Callum se agachó un poco en la silla, sonriendo.

—¿Acaso tengo que limitar mis poderes de observación? Tú no te molestas en ocultarla.

La proyección de Parisa avanzó hacia Reina, quien retrocedió.

—Al contrario que tú —le dijo Reina a su versión de Parisa—. Yo no necesito sexualizarme solo para sentir algo.

—Cierto —contestó la proyección de Parisa—. Tú necesitas mucho más que eso para sentir algo.

—Vaya —murmuró Callum.

—Cállate —espetó la verdadera Parisa aunque, de nuevo, su tono sonaba vacío. En absoluto beligerante. Tristan evaluó la posibilidad de sopesarlo, pero la descartó. Cualquier cosa que pensara, Parisa seguramente la oiría.

Ella lo miró.

Compláceme igualmente, le pidió en su cabeza.

Tristan miró hacia donde estaba sentada con la vista fija en Reina y los brazos cruzados. El matiz divertido de su tono de voz estaba reservado para sus pensamientos.

—Parece un poco decepcionante, ¿no? —fue lo que comentó en voz alta.

—¿Por qué? —preguntó Callum—. ¿Porque en esta casa todos hemos visto ya esto?

—No —respondió ella—. Porque Reina va a parar antes de que vaya más allá.

—Cierto —coincidió Callum—. ¿Entonces por qué…?

—Esa es la cuestión, ¿no? —lo interrumpió Parisa.

—Ah. —Callum asintió.

Últimamente habían estado haciendo eso. Asintiendo. Hablando. Coincidiendo. Ponía a Tristan de los nervios. Él nunca se había detenido a considerar qué habría pasado si Callum y Parisa hubieran decidido hacer uso de sus habilidades complementarias y resultaba que era muy molesto. No, estresante. También estaba

seguro de que Atlas lo estaba observando. Probablemente esperando a ver qué hacía él en su proyección. Lo que fuera que se suponía que podía hacer, pero obviamente aún no era capaz de hacer, para su frustración.

Cruzó la pierna izquierda por encima de la derecha.

No. Mal.

Descruzó las piernas, se removió. La derecha por encima de la izquierda. No. Peor. Apoyó ambos pies en el suelo antes de fijarse en un hilo suelto junto a la manga. Y luego una picazón. También una punzada en el cuello. Se llevó la mano derecha a la boca y tiró del extremo seco de una cutícula.

A su lado, Callum torció los labios.

—Interesante —repitió.

Al principio no estaba claro si Callum se refería a que los movimientos de Tristan eran interesantes, a que Parisa era interesante o a que la proyección de Reina era interesante, o si se refería justo a lo contrario y estaba totalmente aburrido con todo ello, aunque existía la posibilidad de que Callum sí que encontrara esto muy interesante porque parecía el tipo de juego que él disfrutaba. Un conflicto psicológico, como una invitación. Tristan volvió a moverse y entonces se dio cuenta de que Callum lo estaba mirando.

—¿Qué? —murmuró.

La sonrisa de Callum relució como la llama de un mechero.

—Puedo arreglarlo —le sugirió.

Sí, pensó Tristan; definitivamente sentía la mirada de Atlas.

Los códigos entre Tristan y Callum llevaban establecidos tiempo suficiente para que Tristan no necesitara una aclaración. Callum se refería a que podía arreglar su inquietud. La ansiedad. Solo lo había dicho porque era un capullo, por supuesto, porque en ausencia de Libby Rhodes, Tristan ocupaba el puesto de la persona con más posibilidades de sufrir una combustión espontánea. A lo mejor lo había sabido todo este tiempo, que la persona más parecida a Libby no era su homólogo Nico, sino Tristan, con quien compartía esa sensación perpetua de insuficiencia. Al pensar en ello, el picor del cuello empeoró.

Apretó un puño. Lo relajó.

—Pensaba que me estabas castigando —le dijo a Callum, quien

se encogió de hombros—. ¿Ahora quieres ayudarme?

—Por supuesto que no te estoy castigando —respondió con tono suave—. Aunque supongo que si lo estuviera haciendo, está funcionando bastante bien.

Últimamente, Tristan, el asesino fracasado de la casa, había estado teniendo sueños. Eran más bien fantasías. En las que no dudaba. En las que simplemente mataba a Callum con el cuchillo en el salón por el bien del grupo, como le habían asignado. Había pasado un mes desde aquella noche, la misma noche en la que desapareció Libby Rhodes (¿coincidencia? Hablando en términos cósmicos, Tristan lo dudaba mucho), y todavía seguía imaginando cosas. Ocasiones en las que, aunque su peor amigo y mayor enemigo no moría, le sucedía algo desagradable. Como una especie de forma de cuasimeditación, Tristan reproducía escenas en las que se ponía en pie y le asestaba a Callum un golpe brutal en la mandíbula.

Todas las veces, sin embargo, imaginaba a Callum riéndose o volviendo la cabeza y escupiendo sangre en el suelo, diciendo algo como: «Resulta que sí que tiene agallas», y en ese momento pensaba: bien, dame el cuchillo, vamos a intentarlo de nuevo, pero entonces recordaba que no, podía sentir aún el mango en la mano. Recordaría el resto de su vida la suavidad bajo el pulgar, la frecuencia exacta de sus dudas.

Le pareció ver que Atlas se movía en la silla.

—Deja en paz a Tristan —le dijo Parisa a Callum—. Se está descomponiendo.

—Soy consciente —señaló Callum.

—Eres de mucha ayuda, Parisa, gracias —murmuró Tristan.

—Por supuesto —contestó ella todavía con la mirada fija en la proyección de su cuerpo.

Frente a la forma inconsciente de Reina, o medio consciente, Nico levantó la vista y lanzó una mirada interrogante a Tristan, como preguntándole «¿estás bien, colega?». Pero no eran colegas y Nico no había sido de gran ayuda tras la desaparición de Libby. Porque, al parecer, sugerir que formaban un equipo y que iban a vengarla suponía que Tristan tendría que haber hecho más, o haber expresado sus sentimientos de forma más convincente, o simplemente haber renunciado a la vida para entregarse al ritual

nocturno de aullar a la luna, destrozado por su ausencia. O esa era la impresión que le daba la mirada de Nico. Por supuesto, existía la posibilidad de que Nico se estuviera mostrando compasivo porque Tristan tenía aspecto de necesitar compasión. Decidió que tal vez también tendría que golpear a Nico en la mandíbula.

Las cosas iban bien, sí.

Y no iban mucho mejor en la proyección de Reina de sí misma. Al contrario que en el ritual de iniciación de Nico, Reina no había hecho ningún movimiento. Ni amenazas ni violencia. Tal vez por esa razón era mucho peor. Tristan tenía que quedarse allí sentado y observar.

—Dime la verdad —dijo la proyección de Parisa—. Quieres saber por qué no me interesas.

—No —contestó Reina, e incluso Tristan pudo ver que era mentira.

—Sí me interesas —siguió la proyección de Parisa—. ¿Crees que no me doy cuenta de que eres poderosa?

—No necesito que me digas cómo soy —replicó Reina.

—En realidad, sí. —La proyección de Parisa rodeó a Reina con movimientos lentos, acechante como un gato montés—. Estás loca por saberlo. Y te aterra descubrirlo.

—Suena igual que tú —le comentó Callum a la Parisa real que estaba a su lado.

Esta no dijo nada. Tristan veía su expresión calculadora, la maquinaria en funcionamiento. No por vez primera, se preguntó cómo sería leerle a ella la mente.

Tristan sacudió la rodilla. Volvió a tirar de la cutícula. Vio la mirada interrogante de Nico y decidió que era lo más molesto que le estaba sucediendo en ese momento. En realidad, costaba decidir cuáles de todas esas cosas le molestaban. Callum probablemente siguiera tratando de matarlo. Parisa lo acusaba a diario por tener una crisis existencial. Reina, al parecer, no tenía ningún problema en decir que no a Parisa, y eso puede que la hiciera la persona más poderosa de la habitación.

Y también estaba él. Tristan, como siempre, encabezaba su propia lista de cosas que le molestaban. Una parte de él sentía que la desaparición de Libby era su culpa. Si hubiera matado a Callum, ¿estarían así? Prefería cómo había sido durante el último mes,

cuando Nico le había estado recriminando sin palabras la desaparición de Libby, diciendo con la cara y el tono y las cejas que Tristan había fracasado. Este cambio de opinión, la sensación de que Tristan merecía compasión, era insoportable o irritante. Era un sentimiento conocido. Casi reconfortante. Saborearlo prácticamente lo calmaba. Maldito Nico. Maldito Callum. Maldita Parisa también. Maldita Reina, ¿por qué no? Sinceramente, ¿qué hacía todavía aquí? Ellos habían estado a punto de conseguir que matara a una persona y aquí estaba él, convertido en la víctima. Así lo había llamado Callum: una víctima.

¿Vas a callarte? Intento prestar atención, le dijo Parisa.

—Que os jodan —exclamó Tristan en voz alta y se puso en pie. Nico lo siguió con la mirada. Callum, no. Dalton, que estaba sentado en la esquina observando, abrió la boca, pero Tristan se le adelantó.

—Que te jodan, Dalton, ya lo sé.

Y Dalton no dijo nada. A Tristan no se le pasaba por alto que Atlas estaba en la sala, se comportó como si así fuera.

Se puso a caminar por el exterior del círculo de sillas, observando el holograma de Reina. La proyección de Parisa estaba peligrosamente cerca de Reina. Tan cerca que si Reina bajaba la mirada, vería la piel de gallina en el torso desnudo de Parisa.

—Di la verdad —susurró la proyección de Parisa—. ¿Tienes miedo?

—¿De qué? —preguntó Reina con el ceño fruncido—. ¿De ti?

—Podrías desaparecer —murmuró el espectro de Parisa—. ¿Eres consciente? Nada de lo que hagas tendrá un impacto nunca. Como mucho harás muy rica a alguna persona. Lo más probable es que te conviertas en una mascota adorable y decorativa. No me tienes miedo, Reina, tienes miedo de convertirte en mí. —Su carcajada le acarició la mejilla a Reina. En la proyección, tenían las dos la misma altura. En la vida real, Parisa era bastante más baja.

»Crees que te estás rebelando —prosiguió la proyección de Parisa—. Pero no es así. Simplemente no importas.

—¿Qué tiene esto que ver con el sexo? —murmuró Reina con la vista fija al frente.

—No tiene nada que ver con el sexo. Ya lo sabes, nunca se ha tratado del sexo.

—¿Entonces de qué?

La proyección de Parisa torció los labios hacia arriba.

—Poder.

Tristan miró a la Parisa de verdad, que ahora parecía preocupada.

—En ese caso… —dijo Reina. Bajó la mirada para contemplar la proyección de Parisa centímetro a centímetro. Estaba catalogando el paisaje de su cuerpo, primero con los ojos, después con un suave movimiento de la mano. La extendió despacio, con la vista ahora fija en la curva del cuello de Parisa. Se produjo un silencio pesado cuando la proyección de Parisa inspiró profundamente.

Y entonces vio un destello plateado en los dedos de Reina. Una hoja delgada, apenas más grande que su palma, rozó la cadera de Parisa.

Un cuchillo.

(El pulso alargado y profundo del reloj de la repisa de la chimenea).

Desde una distancia de días y semanas y pesadillas recurrentes, Tristan apartó de la mente un destello similar y se concentró en contener un profundo dolor.

—Hay otras clases de poder —advirtió Reina. Presionó el cuchillo despacio en la piel de Parisa.

Esta sonrió y se inclinó hacia delante para tocar con los labios la garganta de Reina. Con un movimiento rápido hacia arriba, Reina clavó el cuchillo y…

Tristan se giró, asqueado por el inconfundible sonido de la hoja atravesando la carne.

(Ahí estaba de nuevo: el recuerdo del acero frío. El sabor a vino y angustia. El momento exacto para acercarse y luego dudar. El latido de su corazón. El reloj de la repisa).

Y entonces la simulación se oscureció.

—Siéntate, Caine —le pidió Dalton.

Tristan, que había olvidado que estaba en pie, miró a la Parisa real cuando el cuerpo de Reina despertó y llenó los pulmones de aire de forma tan abrupta que se ahogó. Reina levantó una mano, que estaba vacía, sin cuchillo a la vista, y se la llevó a la mandíbula. Cerró los dedos suavemente alrededor de la curva del cuello, como para comprobar que era real.

(El destello del cuchillo de Tristan. El latido de su corazón).

(Tic).

(Tac).

(Tic).

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Tristan y los demás se volvieron para mirarlo. Por una vez, Parisa no parecía saber que iba a reaccionar así, probablemente porque él tampoco lo sabía.

Reina frunció el ceño.

—¿Qué?

—Caine —le advirtió Dalton—. Siéntate.

—El cuchillo —espetó Tristan, haciendo caso omiso del cambio en la expresión de Atlas—. ¿Es una broma?

—Tristan —murmuró Callum. Otro tono irritantemente cauteloso.

Reina se cruzó de brazos.

—Si es una broma, ¿cuál es el final? No ha sido como lo que pasó con ellos dos. —Señaló con la barbilla donde se encontraban sentados Callum y Parisa—. No era real. Y en la ceremonia advertí a Parisa.

—Caine —dijo Dalton—. Tengo que pedirte que tomes asiento.

—No. ¿Sabes qué? No —se negó Tristan, aumentaba su agitación. (Tic)—. ¿Es que intentáis demostrarme algo? ¿Que soy débil? —(Tac)—. ¿De eso va esto? —¿Esto pensaron? ¿Que era un cobarde? ¿Que si no hubiera hecho lo que hizo, si no hubiera fracasado como lo hizo, tal vez la noche, el año, su misma existencia podría haber sido diferente?

(Tic. Tac. Tic. Tac).

—Tú has hecho que se trate de poder, ¿no? —preguntó y Reina frunció el ceño. (Tictactictac)—. Era tu proyección. No lo ha hecho Parisa —bramó, extendiendo un brazo hacia el centro del círculo, donde se había producido el ritual de iniciación de Reina—. Has sido tú. Tú has elegido un cuchillo. ¿Qué intentas…?

—No lo saben, hombre —lo interrumpió Callum con calma. Con tanta calma que Tristan colapsó mentalmente y lo invadió otro arranque de violencia improvisada. Darle una patada a la silla de Callum y que cayera despatarrado en el suelo eduardiano. No, levantarlo de la silla y lanzarlo y.—. No estaban allí —siguió—. No lo saben.

Cayó sobre Tristan como una guillotina. Reina frunció el ceño.

Parisa lo miró con vergüenza, o tal vez con preocupación.

—¿Qué es lo que no sabemos? —preguntó Nico.

—De acuerdo —dijo Tristan, girándose hacia él—. Y en cuanto a ti…

Captó el destello en los ojos vigilantes de Atlas antes de que cayera sobre él algo de hierro.

—Te he dicho que te sentaras —dijo Dalton, que de pronto tenía la mano en la nuca de Tristan.

Al momento, Tristan se cayó hacia delante y parpadeó en la luz blanca.

—Hola, Tristan.

La visión de Tristan tardó un momento en enfocarse. Tenía la sensación de que había perdido el equilibrio, que había caído a ciegas hacia delante. Oyó la voz, la reconoció, y luego pensó:

Oh, no.

Su imagen apareció ante él, cada vez más clara. El tono del cabello. La forma de los labios. Sabía que salía de su memoria, que manaba de él como si emergiera por un grifo, pero esa era la parte increíble, más increíble que la posibilidad de que fuera ella de verdad.

No se había dado cuenta de lo clara que seguía viéndola.

De cómo seguía imaginando cosas como los huesos de sus muñecas.

El hueco de su garganta.

El hueso de su clavícula.

Esa mirada inmaculada de desaprobación que siempre marcaba su ceño fruncido.

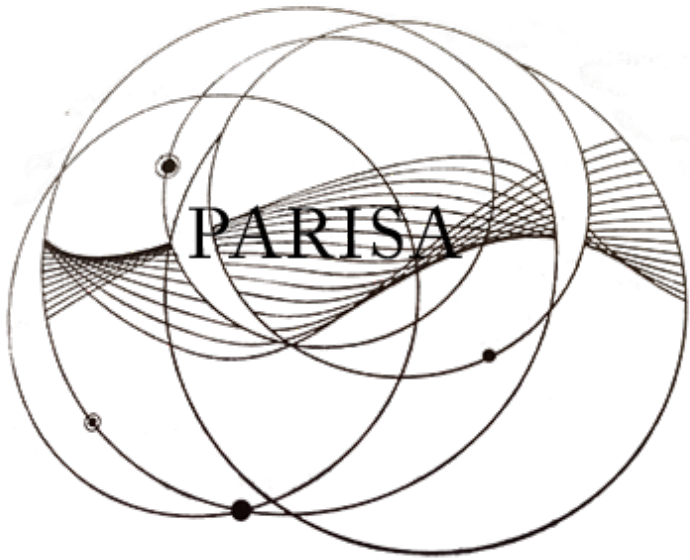
—Rhodes —dijo con calma, y luego—: Tienes buen aspecto.

Ella levantó las comisuras de los labios y, por un momento, Tristan se preguntó si estaría recibiendo algo. Absolución. Por muy falsa que pudiera resultar. ¿No había elegido eso mismo él? Un momento de paz.

Pero no, por supuesto que no. Dalton lo había llamado «juego», ¿no? Tal vez era eso para los demás. Pero esta era la cabeza de Tristan. Esta era la prisión que su mente había construido para él y aquí nada era tan indulgente.

—Que te jodan también a ti —espetó Libby con tono neutro y

expelió una ráfaga de fuego del centro de la palma de la mano abierta.



Tristan, bendito sea, se agachó.

—Santo cielo —maldijo en voz alta, tropezando para esquivar la ira de Libby Rhodes que parecía haber inventado él mismo, como si su propio tropiezo con la moralidad hubiera requerido de alguna forma divina su ausencia. Si Parisa hubiera estado prestando menos atención al ritual en cuestión, podría haber encontrado graciosa la absurda culpabilidad del superviviente que experimentaba Tristan. Pero algo le decía que lo que estaba pasando no tenía nada de divertido.

Miró a Reina, cuya frente estaba cada vez más arrugada por sus pensamientos desde que había despertado de su ritual de iniciación. ¿Era «despertar» la palabra correcta? ¿Parecía el ritual un sueño? Parisa se acercó un poco con su magia, arrastrándose como la luz a través de una grieta.

Pero Reina la miró de inmediato al reconocer las huellas de la magia de Parisa en su mente. Buen intento, le dijo mentalmente, e hizo un gesto que solo podría describirse como tosco y se cerró a ella.

Bien. Precisamente por esto Parisa nunca pasaba mucho tiempo con nadie. Era inevitable que una persona pudiera aprender cómo pensaba otra. En otras versiones de la misma situación, se lo podría considerar intimidad, o amistad. En esta era un fastidio.

Vio por el rabillo del ojo la sonrisa diminuta en la boca de Atlas.

¿Te parece divertido?, le preguntó.

Él no respondió, ni de forma telepática ni tampoco mostró ninguna indicación visible de que la hubiera escuchado. Desde que el hombre había entrado en la sala, se había mostrado particularmente estoico; incluso se había colocado a la sombra de una estantería.

Parisa consideró la opción de rebuscar en sus pensamientos, pero sabía que los esfuerzos serían en vano. Hoy estaba especialmente bien blindado y lo había estado desde la desaparición de Libby.

(Algo sospechoso, claro. Pero había un momento y un lugar para esas cosas).

Parisa devolvió la atención a Reina, que estaba enfurruñada. Parecía sentirse cohibida por haber conjurado a Parisa, aunque era una tontería. Primero, no era la primera vez que Parisa se veía desnuda. Por una parte porque a algunos de sus amantes les gustaba grabarse en ciertos momentos clandestinos, pero también porque, al contrario de lo que le había contado a la gente, o más bien al contrario de lo que permitía que creyeran los demás, Parisa había ganado la mayor parte de sus ingresos como modelo artística durante sus años universitarios. Hacía mucho tiempo que había aceptado su valor como objeto de belleza, igual que una flor o una estatua. Había aprendido a colocarse de forma que resaltaran los mejores ángulos, las miradas más expresivas, todo para mejorar la percepción que los demás tenían de ella.

Verse reflejada en los ojos de otros no le importaba en absoluto. En cualquier caso, le ofrecía más material con el que trabajar. Durante esa época, muchos artistas y estudiantes, algunos más atrevidos que otros, se le acercaron con el propósito de enseñarle lo que habían visto en ella. Esta luz en sus ojos y estas sombras en sus pechos. El misterio de su media sonrisa de Mona Lisa y la forma de reloj de arena de su cintura. Para ellos, el propósito era «mira lo perfectamente que he encapsulado tu belleza», pero después de

fijarse en algún detalle divergente, una cosa que aprendió Parisa fue que la visión que tenían otros de ella decía mucho más de ellos que de sí misma.

Estaba muy acostumbrada a verse con los ojos de otras personas, no como Reina, quien se había sentido muy incómoda al contemplarse a través de Nico. ¿Se habría imaginado alguna vez cómo la percibirían los demás? Probablemente no, y eso divertía mucho a Parisa.

Reina era un caso un tanto interesante, ya que atisbaba la verdad de las personas fácilmente, aunque de forma simplista. Reina veía a las personas como una cuestión de sus descriptores más básicos: manipuladora (Parisa), narcisista (Callum), inseguro (Tristan) o leal a algo que no era ella (Nico). Reina los veía con claridad, pero sin entender del todo el corazón de las cosas, el cómo o el porqué, y, por lo tanto, esperaba que actuaran racionalmente acorde a su propio código de razonamiento.

Esto era su ruina, claro. Reina Mori no se había dado cuenta aún de que las personas tenían la exasperante tendencia a ser precisamente aquello menos predecible y errático posible.

Una parte de Parisa lamentaba que Libby Rhodes no estuviera aquí para experimentar este ritual; Libby se habría sentido encantadoramente avergonzada por lo que pudiera ver aquí. Ella no entendía a la gente de verdad. Por eso confiaba en Parisa, a pesar de que no debería, y por eso se mostraba precavida con Tristan, a pesar de que él era la única persona que nunca habría hecho nada en su contra. Era curioso que, a pesar de todo lo que Libby Rhodes no sabía ni entendía, tenía más razón sobre todos ellos de la que tendría jamás Reina.

Al recordar la ausencia de Libby, Parisa notó una punzada. Incluso un mes después, era un recuerdo incómodo. Como regla general, a Parisa no le gustaba lidiar con la pérdida. Le faltaba dominio con la tristeza y a menudo sentía en su lugar frustración, agitación, como un calambre en las piernas. A sus ojos, que los demás sucumbieran a la tristeza era una exhibición detestable de debilidad, pero, por desgracia, formaba parte del territorio del ser humano. Reconocía la presencia de malestar en sí misma, pero no se permitía sentirlo de verdad; era al menos lo bastante inteligente para saber que si dejaba que la pena se instalara, aunque solo fuera

una vez, nunca podría deshacerse de ella. Incluso Callum era lo bastante listo para ver eso en Parisa.

En el interior de la burbuja del rito de iniciación de Tristan, la proyección de Libby estaba sacando lo mejor de él. Quedaba claro que se culpaba a sí mismo por la ausencia de la chica, y eso era una pérdida total de tiempo. Aunque, para ser justa, Tristan había perdido mucho el tiempo últimamente.

Callum miró a Parisa y señaló la proyección de Libby, que había estado a punto de sacarle un ojo a Tristan.

—Qué triste.

Parisa le devolvió la mirada y reconsideró en silencio la escena que tenía lugar delante de ellos. Tristan había intentado hacer un poco de magia física, y había ido como podría esperarse dado que su oponente era una mitad de los dos físicos con más talento de su generación. La proyección de Libby lanzó a Tristan una especie de petardo y este consiguió disipar la pequeña bola de fuego y cayó con una mano en el suelo.

Como siempre, muy hábil, Tristan. A Parisa le gustaba eso de él.

Se volvió hacia Callum y se fijó en su expresión jovial mientras observaba los intentos débiles de Tristan por enfrentarse a Libby.

Era obvio que Tristan sentía un gran conflicto con Libby como para efectuar nada que se acercara remotamente a un golpe fatal, y en ese sentido sí, era un poco triste. Pero Callum había estado experimentando muchas fantasías últimamente y la mayoría de ellas eran mucho más tristes que la perspectiva muy plausible de acabar achicharrado por Libby Rhodes.

Específicamente, Callum había estado soñando. Más específicamente, había estado soñando con la muerte de Tristan. En los sueños de Callum, Tristan moría siempre bajo las mismas circunstancias. Se parecía un poco a quedar atrapado en una pesadilla, o en un bucle temporal, con el comedor como escenario. Callum probaba diferentes escenas en sus sueños, distintas armas. Aporreaba a Tristan con un candelabro una noche, lo asfixiaba con el cojín tapizado de la silla del comedor la siguiente. Lo estrangulaba, por supuesto. Siempre tenía un tinte un poco sexual. Envenenaba su sopa, lo que era ridículo. Todos sabían que Tristan sentía una especie de aversión persistente por el caldo. Metodología aparte, lo que no quedaba claro era si Callum entendía por qué

tenía estas fantasías. Parisa no lo creía. Probablemente, Callum pensara que estaba experimentando algo muy varonil y poderoso, como ira o traición. En realidad, era como un niño que se sentía solo.

—Muy triste —contestó al fin.

Callum le lanzó una mirada interrogante y luego se dio la vuelta.

Tristan seguía luchando con la proyección de Libby. Nico estaba inclinado hacia delante con los antebrazos apoyados en las rodillas, como si quisiera hacer un resumen del combate. Seguía con la mirada la proyección de Libby mientras bloqueaba golpes, atacaba, escupía fuego… las cavilaciones habituales y penetrantes que lo habían perseguido el último mes.

Reina, la única persona interesante que quedaba, seguía bloqueando los pensamientos, y eso era un fastidio.

¿No te parece raro que no sea un requisito que ganemos? Esto no es un juego de verdad. Es solo… una simulación. ¿Cuál es entonces el propósito? Parisa lanzó el pensamiento en dirección a su compañera.

Reina le volvió a hacer un gesto obsceno con la mano y Parisa exhaló un suspiro hondo y abandonó. Se giró entonces hacia Dalton, que la estaba mirando.

Te veo conspirando desde aquí, pensó él en su dirección. Era muy raro que se dirigiera directamente a ella cuando estaban los demás presentes. En realidad, no se le ocurría ninguna ocasión en la que lo hubiera hecho con anterioridad, en especial teniendo en cuenta la presencia de Atlas en la habitación. Aunque, si lo pensaba, tal vez precisamente por eso lo había hecho.

Yo nunca conspiro. Ni maquino. Aunque a veces tramo. Era consciente de que Atlas podía estar escuchándola.

No es nada, le aseguró Dalton, señalando con un leve movimiento donde Tristan había conjurado una especie de escudo defensivo que se quebró con un impacto. *Solo otro ritual.*

Parisa miró a Atlas, que no le estaba prestando atención o al menos no lo parecía. *Seguro que no te lo crees ni tú.*

No se trata de lo que yo creo, sino de lo que sé, respondió Dalton.

Y entonces también él dejó la mente en blanco.

Parisa volvió a suspirar. Sin Libby allí, el equilibrio de todo

estaba trastocado. Tristan era ahora el nervioso y, al parecer, Parisa estaba paranoica. La situación entre Nico y Reina ya se estaba crispando, aunque, muy típico de Nico, solo uno de ellos parecía ser consciente de ello. ¿Y había algo extraño entre Tristan y Nico? Tal vez fuera la sensación incómoda de haber estado una vez los dos de acuerdo. Parisa tampoco anticipó eso.

Pensó en el día que descubrieron el cuerpo de Libby Rhodes que, según Tristan, no era un cuerpo, aunque nadie más podía ver lo que él veía, por supuesto. Excepto Parisa, que, técnicamente, sí podía, pero en este caso «ver» era bastante diferente a «entender». Fue la primera vez que fue consciente de cómo era ver el mundo desde la perspectiva de Tristan. Por lo general, le gustaban las pequeñas incursiones extravagantes en la observación de Tristan, como ver el color real de pelo de Callum (el rubio solo como tecnicismo) y las entradas en la cabeza (la genética lo golpearía pronto, tal vez al principio de la treintena). Lo desconcertante era el potencial auténtico de su percepción y lo ajeno que era a él.

La triste verdad era que, mientras que Tristan radiaba un hambre poderosa, el poder en sí mismo parecía fuera de su alcance. Por ejemplo, ¡míralo ahora! Ni siquiera era la Libby Rhodes real y él apenas podía soportar lastimar un pelo de su cabeza, estaba prácticamente encogido por la vergüenza y la culpa. Pero cuando vieron el cuerpo de la chica un mes antes, Parisa vio el interior de la cabeza de Tristan. Para él no era un cuerpo, no como lo veían los otros, como la escena de un espantoso asesinato, cubierta de sangre. Para él era algo intangible, irreal. Un cúmulo de luces, como las auroras boreales. Observar el cuerpo de Libby Rhodes a través de los ojos de Tristan era como mirar por un telescopio el rastro de mil estrellas fugaces.

Fue Dalton quien le contó que esa cosa, el cuerpo (la colección de estrellas), era una animación. Callum confirmó sus sospechas: que las animaciones parecían una ilusión, pero contenían más… sustancia. Algo que albergaba una chispa de vida. La obra de un animador era a menudo burda, como un dispositivo animatrónico mortal, sin posibilidad de confundirse con un humano vivo, pero el concepto fundamental persistía. Las animaciones no eran sencillamente mágicas, sino magia en sí mismas.

Dejando de lado la cuestión de la animación de Libby y el

dominio de su creador, esto era lo que molestaba a Parisa. Si Tristan podía ver la magia en algún tipo de forma molecular, ¿qué más podía ver?

Parisa sabía que existía algo entre Tristan y Libby antes de que ella interfiriera. Compartieron algo que no podía deshacerse, algo que los perseguía, que los unía incluso en la ausencia del otro. La historia hacía eso en las personas. Proximidad. Amor en algunos casos, odio en otros. La clase de intimidad que afirmaba que cada enemigo fue un día un amigo.

¿Qué pasó exactamente el día que encontraron el cuerpo de Libby Rhodes y en el que Parisa no dejaba de pensar? Había algo insistente en sus pensamientos que hacía que corrieran en círculos. Demasiado tiempo con las mismas personas, las mismas mentes y sus defensas cada vez más precisas contra ella estaban mermando los efectos de su magia, suavizando sus bordes. Se sentía como Callum en sus incansables bucles temporales en los sueños. ¿Cuál era el inconveniente? ¿Cuál era la trampa? Historia, moléculas, Tristan y Libby, Tristan viendo el cuerpo de Libby en el suelo.

En ese momento se le ocurrió.

Lo que vio Tristan en el dormitorio de Libby no lo hizo desde su propia perspectiva.

Él no era el público de la proyección. Él era el escenario. Ese era el engaño de todo, ¿no? Lo que hacía que Parisa enloqueciera ahora, el hecho de que estuvieran actuando para un público que no podían ver. Nico conjuró antes a una Reina falsa, Reina conjuró a una Parisa falsa, ahora Tristan y su Libby falsa… pero ¿por qué? Las proyecciones que estaban creando de los demás no iban a enseñarles nada sobre sus competidores reales, si era que seguían siendo competidores. Sus opiniones sobre los demás no eran más auténticas que la conjuración imprecisa de Reina de los pechos de Parisa.

Pero era información valiosa. No sobre la proyección, sino sobre la persona que las conjuraba. Que Nico considerara a Reina fácil de derrotar revelaba algo sobre él, sobre sus procedimientos, su magia. Había mostrado su mano, igual que Reina en el momento en el que la proyección de Parisa se desvistió. Cada iniciado revelaba sus inclinaciones, su conocimiento imperfecto sobre los demás, y si seguían compitiendo a muerte (¿lo estaban haciendo?

Supuestamente no, pero por si acaso), serían puntos débiles. Fracturas para deshacer el conjunto. Pero como ya no había necesidad de seguir efectuando eliminaciones, este no era un ejercicio para el beneficio de los otros cuatro.

Entonces este ritual estaba siendo representado para alguien, y tal vez no debería de haber supuesto una sorpresa. Después de todo, la misma Sociedad que exigía una vida podía controlar fácilmente una mente. Parisa desvió la mirada brevemente hacia Atlas, que parecía impasible.

Si los cinco iniciados se mostraban ahora como simples patrones de hábitos, una serie de comportamientos rastreables objeto de observación de los demás, entonces tal vez ese fuera el propósito, el verdadero juego. Quizá no se trataba de si podían derrotarse entre ellos, sino de lo predecibles que podían ser.

Pero ¿por quién y para qué?

Parisa volvió a centrarse en Tristan, agachado bajo un hilo de humo conjurado. Su proyección de Libby parecía más poderosa de lo que la habría imaginado nunca Parisa, y Tristan, pobre hombre, parecía aterrado. Estaba intentando hacer algo. Algo que ni siquiera él comprendía del todo por su mirada de concentración y miedo. Tal vez la Sociedad no podría sacar nada de él aparte de su extraño sentimiento de caballerosidad y su desconfianza en sí mismo.

La proyección de Libby lanzó otra bola de fuego y esta vez rozó el bíceps de Tristan. Parisa se inclinó hacia delante con el ceño fruncido cuando Tristan maldijo en voz alta y se alisó la manga con una mano, gritando de nuevo. Así que las llamas eran de verdad, o al menos lo bastante reales para que las percibiera. Interesante.

—¿Cuáles son las jodidas normas? —bramó Tristan, mirando a su alrededor desde el interior de la burbuja de su proyección. No estaba claro si podía ver más allá de la simulación en la que estaba participando, pero, en su desesperación, parecía estar equiparando su actuación para un público con el derecho a que lo escucharan. Dalton, a quien por lo visto esto no le resultaba importante, anotó algo en el margen de su cuaderno.

—Es una pregunta justa —observó Callum en voz baja.

Nico se giró para mirar a Atlas, quien se limitó a sacudir la cabeza como si tan solo quisiera recordarles que él era un mero observador y que era Dalton quien estaba al cargo.

—Os he explicado las reglas —respondió Dalton sin levantar la mirada—. No hay.

—¿Un juego sin ganadores, sin perdedores y sin reglas? —intervino Parisa, vacilante, preguntándose si Atlas la contradiría.

No lo hizo.

—No es una competición —aclaró Dalton—. Solo un ritual. —Lanzó una mirada recelosa en su dirección justo cuando Tristan abandonaba la idea de que fuera a recibir una respuesta. Al parecer, decidió que era hora de dejar de perder el tiempo y hacer algo por primera vez en los veinte minutos que habían transcurrido desde que había comenzado su ritual.

Era de lejos el ritual más largo comparado con los de Reina y Nico, lo que también resultaba muy interesante. La simulación no terminaría hasta que no sucediera algo significativo y, al parecer, que se le quemara a Tristan la manga no contaba.

¿Seguro que no puede morir?, le preguntó Parisa a Dalton en silencio.

Él respondió sin inmutarse.

Seguro. Solo uno de los participantes de la proyección es real.

Entonces solo una persona estaba usando magia de verdad.

La proyección de Libby continuó con su pirotecnia y el resplandor de la magia de la simulación bañaba la sala pintada con tonos ambarinos y rojos. Tristan esquivó la explosión de su palma y fue a esconderse debajo de la mesa para cubrirse de la metralla. Su versión de Libby era vengativa. Destructiva. Ella volcó la mesa con una mano, y arrastró a Tristan del suelo con un impresionante cambio de la gravedad. Él, las sillas, los libros de las estanterías, se alzaron flotando hacia arriba con el objetivo de que colisionaran contra el techo.

Tristan logró liberarse del abrazo de la magia de Libby y eso le supuso un importante esfuerzo. Tenía la frente perlada de sudor y se le pegaba la tela de la camiseta al pecho. Al apartarse de la furia de Libby Rhodes, cayó con fuerza en el suelo, cerca de los pies de la chica.

—Rhodes… —comenzó, pero ella no lo oía por muy patético que sonara. Solo lo salvó de otro ataque despiadado que rodó rápidamente hacia la estantería, pero sus opciones de huida eran limitadas. Las cortinas estaban en llamas, el tapizado desprendía

humo. La proyección de Libby dio un paso hacia él y Tristan volvió a rodar, y esta vez colisionó con fuerza con los tobillos de ella, que se tambaleó, pero solo eso.

Un movimiento de la pierna de Tristan lanzó al suelo a Libby, que renunció a su control sobre las fuerzas de la habitación. La mesa aterrizó con fuerza y las patas viejas se astillaron. Tristan, que había rodado por encima del vientre, se alzó justo antes de que la silla cayera en el punto aproximado donde se encontraba su cabeza. La proyección de Libby se giró de espaldas y apuntó a su columna algo que parecía una onda translúcida.

Dio en su objetivo. Tristan soltó un grito angustioso y furioso y la rodeó como un hombre recién traicionado. Ella se puso en pie y levantó una mano cuando Tristan, de pronto temerario, se lanzó hacia delante y la derribó al suelo.

La habitación se movió, o esa fue la sensación que dio. Era la proyección de Libby controlando de nuevo las fuerzas de la sala, alterando la energía para su beneficio. Tristan estaba tirado en el suelo, como un muñeco de trapo, pero volvió a levantarse y conjuró algo que logró, al menos, limitar la oportunidad de regresar de Libby. La sala estaba ahora oscurecida por el humo, tan solo eran visibles para ellos meros atisbos de extremidades en el cúmulo pesado mientras Tristan, ignorando sus limitaciones mágicas, aprovechaba la pausa de Libby para empujarla hacia la biblioteca, que se vino abajo. El impacto de su cuerpo colisionando con el de ella fue casi poético por la familiaridad, como si recordara cada centímetro de su forma.

La proyección de Libby extendió el brazo y rodeó con la mano el cuello de Tristan. Él soltó una carcajada estrangulada como respuesta, perturbado, y tiró de su mano con tanta fuerza que ella tropezó a un lado y se agachó junto a su cintura. Chocó contra su pecho, con un aspecto febril por el esfuerzo, velado, con la piel resbaladiza. Tenía el pelo empapado por el sudor y lleno de ceniza. La verdadera Libby Rhodes estaría exhausta en este momento. Pero esta era la versión de Tristan y, en su mente, era incansable, resistente a sus propias limitaciones. Tal vez merecía volar él entonces por los aires.

El aterrizaje fue duro, un golpe en las ventanas del ábside, y cuando se tambaleó para ponerse en pie, tenía fragmentos de cristal

clavados en los hombros. Escupió a un lado y le goteaba sangre de la comisura de los labios.

—Buena chica, Rhodes —dijo con voz ronca—. Bien hecho.

Ella respondió como lo habría hecho Parisa: con un lanzallamas a su pecho. Tristan lo apartó con un revés y el impacto le quemó la piel de los nudillos emitiendo un silbido. Tristan reunió un fragmento de cristal, lo lanzó y falló. La proyección de Libby desintegró el cristal en el aire y las piezas quedaron reducidas a polvo que voló a los ojos de Tristan, cegándolo momentáneamente. Él maldijo en voz alta, tenía los ojos rojos cuando los abrió con esfuerzo, y conjuró algo débil y chispeante. Libby lo apartó y contratacó con una bola de fuego que era su equivalente astronómico. Tristan se tambaleó hacia atrás, derribado como por una bola de cañón. Cuando Libby se aproximó lentamente a los bordes externos del ábside, cayeron unos pequeños copos del techo pintado que formaron un halo alrededor de su cabeza.

Estaba anocheciendo rápido. Había un silencio inquietante y perfecto en el interior de la proyección del ritual. Las estrellas empezaban a parpadear en el cielo, indistinguibles de los copos de ceniza. Tristan tenía las dos opciones habituales: luchar o huir. De acuerdo, una opción, teniendo en consideración lo mucho que lo superaba ella en armas. Podía correr. ¿Lo seguiría la simulación? Parisa dudaba de que Tristan quisiera descubrirlo. El único movimiento en la simulación era el caminar lento de Libby y el subir y bajar del pecho ensangrentado de Tristan.

La proyección de Libby se cernió sobre él, quien seguramente fuera capaz de más en la vida real, igual que Libby debía de ser capaz de menos. En el mundo de la simulación del ritual, la realidad era irrelevante. Lo único que existía aquí era el tormento de Tristan, su dolor y su culpa. Parisa se preparó para un impacto espantoso (peor que cualquier cosa que sucediera en la cabeza de Tristan sería seguramente la simulación de Callum, en la que sin duda aparecería él acosando a la proyección de Tristan para lograr el mismo resultado que buscaba siempre Callum cuando se enfrentaba a cualquier incapacitación emocional) y a punto estuvo de apartar la mirada cuando la proyección de Libby se agachó y buscó un fragmento de cristal del largo y el ancho de su antebrazo.

Algo emergió de la garganta de Tristan. Probablemente «perdón»

o «piedad», y luego cerró los ojos. Parisa puso una mueca cuando Libby bajó el cristal. Tristan, todavía con los ojos cerrados, soltó un gemido, el principio de un aullido, y…

La proyección parpadeó. Como si hubiera un problema técnico en la simulación. La imagen de Tristan se disolvió y…

Cuando Parisa se inclinó hacia delante, concentrada, Tristan despertó jadeando en su cuerpo, que seguía en el suelo, donde había caído al inicio de su ritual. Estaba resollando por el esfuerzo y dentro de la simulación la proyección de Libby cayó también y examinó el caos, como si pudiera encontrar el cuerpo de Tristan.

El chico tardó un momento en levantarse. Parecía aturdido y dolorido, aunque ninguna de las heridas infligidas en el ritual aparecía en su forma corpórea.

Había algo extraño, pensó Parisa con el ceño fruncido. La forma en la que había terminado la simulación. La de Nico había acabado en empate, la de Reina con la supuesta muerte de Parisa, pero la de Tristan continuaba sin él.

Miró a Atlas, quien se había movido hacia delante.

—¿Por qué sigue Rhodes ahí si ha matado a Tristan? —preguntó al fin Nico en voz alta.

En ese instante de silencio, Dalton se había puesto en pie, ocultando rápidamente lo que parecía una mirada perpleja en la dirección de Atlas.

—No es significativo —respondió, desestimando la proyección del ritual—. Un pequeño retraso, nada más.

Mentira. Parisa lo conocía lo bastante bien para verlo. Reina la miró de reojo en busca de confirmación, pero ella se la ocultó. Sobre todo para molestar a Reina, como venganza.

—Rhodes no ha matado a Tristan —comentó Callum.

—No hemos visto a Reina matar a Parisa —señaló Nico—. Pero la simulación debe haber terminado porque tenía esa intención, ¿no?

Reina le lanzó una mirada fulminante.

—Rhodes es la proyección en este caso, no el proyector —dijo Callum.

—Sí —afirmó rápidamente Dalton. Demasiado rápido—. Sí, precisamente.

—Ah. —Nico parecía solo convencido en parte—. Pero…

—Señor Nova. —Dalton se volvió hacia Callum—. ¿Estás preparado?

¿Qué has hecho?, le preguntó Parisa a Tristan, que la miró con un profundo resentimiento.

Como siempre, el interior de la cabeza de Tristan era un borrón de rabia percutora, atronadora, mezclada como de costumbre con el despecho, el dolor y el resentimiento. Pero había algo más. Una textura que Parisa no reconocía. Una chispa de algo, más parecido a un titileo que a una llama, la frustración que precedía al clímax. Vio algo ordenado, en una cuadrícula, solo accesible a él en momentos de desesperación. Escena uno: el cuerpo de Libby Rhodes en el suelo de su dormitorio. Escena dos: el reflejo de Libby Rhodes en un fragmento de cristal.

Era como si, en la cabeza de Tristan, la imagen de Libby pudiera convertirse de repente en fracturas, en partículas que siguieran un camino familiar. Parisa sentía la falta de autenticidad en la Libby proyectada, la simulación desde el punto de vista de Tristan. Eran réplicas, aproximaciones, ondas. Tenían los mismos marcadores que cualquier otra imperfección que podía ver Tristan: la magia que todos usaban para ocultar sus imperfecciones. La energía que manaba de Nico. Las ondas de Callum que cegaban.

Tristan podía ver la magia en uso, eso ya lo había comprendido Parisa. Pero esto, lo que vio justo antes de la inminente muerte de su proyección, era distinto. Una especie de portal, un túnel, como si al cerrar los ojos la sala hubiera cambiado a su alrededor, se hubiera reubicado. Había perdido sus características definibles, sus colores, líneas y solidez básica, pero Tristan… había hecho algo. Había movido algo.

Había caído a través de algo.

Del tiempo, pensó Parisa con una claridad repentina.

Parpadeó al darse cuenta de que lo estaba mirando.

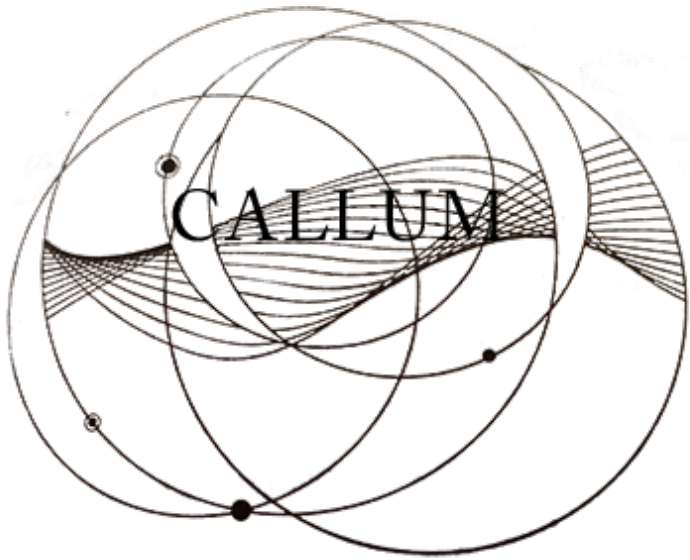
—¿Qué? —murmuró Tristan con tono enfadado.

Menudo idiota omnipotente. Ella no era la única que lo miraba, Atlas también tenía la vista fija en él, y de las grietas de su mente cuidadosamente protegida manó un pensamiento momentáneo. Punzante, para que no se moviera. La luz al final de un túnel lúgubre. Algo traicionero como la esperanza.

En el mismo instante en el que Parisa lo vio, Atlas se sacudió y

le lanzó una mirada, como si supiera que lo había visto. Había algo que ver entonces. Una desgracia terrible había caído sobre su cuidador y Tristan era la respuesta. O al menos una señal.

—Nada —dijo Parisa, volviéndose hacia Callum, que hundió los hombros. Su proyección estaba a punto de comenzar—. Todo va bien.



Se había preparado para encontrarse a Tristan tras dar por hecho que el juego, el ritual, era una manipulación emocional. Una parte de él quería que fuera Tristan. Se sentía preparado para eso, ya que, para entonces, había revivido mentalmente el día en el que su único aliado (¿amigo? Un experimento mental sin sentido ya) determinó que era prescindible, o al menos que estaba mejor muerto. Todas las noches, desde entonces, habían sido ensayos filosóficos interminables sobre qué podría hacer esta vez Callum si se le presentaba la oportunidad. Podía mostrarse noble, idealista. La mejor persona. No, Tristan, yo nunca podría. ¿Hacerte daño? Preferiría morir. ¿Cómo has podido imaginarlo siquiera? La audacia. Etcétera. En cierto modo, sería divertido. Contribuiría a la batalla de Tristan con su propia ineptitud, y eso le vendría bien a Callum. Los sentimientos de Tristan estaban empañados ahora y no en el buen sentido. Se marchó del comedor tras su encuentro y no dijo nada, se derrumbó por dentro, eligió sentarse solo en un trono de justicia que convertía a Callum en el único villano de todo esto.

Como si la resolución de Tristan de matar a Callum no fuera una

traición porque había cambiado de opinión al final. Como si todo lo que Callum había compartido con él, cada pensamiento íntimo, cada confesión privada, hubiera sido falso, o si no falso, sí tan irrisorio que bien podría apartarse, rescindirse, deshacerse.

Sería peor tener que enfrentarse a Nico en el ritual, pensó Callum. Él poseía muy poco control sobre las fuerzas físicas y no podía competir con ninguna clase de actividad sísmica. Y peor aún, Nico no tenía ningún trauma emocional que pudiera explotar. Estaba la ausencia de Libby, pero no era algo con lo que pudiera sufrir un colapso mental. Nico también estaba seguro de que ella seguía existiendo en algún otro lugar, lo que no era de gran ayuda si quería sacarle partido. Reina al menos se aferraba a algo más oscuro, algo de su pasado que había encerrado en una jaula cuidadosamente construida y había preservado en hielo. Nico era un futuro completamente brillante, un horizonte que resplandecía conforme te acercabas.

Así pues, Callum se preparó para soportar un incordio o para la agitación mientras la proyección se desplegaba a su alrededor. Le pareció que estaba esperando mucho tiempo para descubrirlo. Tanto que se sirvió una bebida y se acomodó en el sofá de la sala pintada de la proyección.

—Bien —oyó una voz detrás de él—, ¿vas a contárselo tú o lo hago yo?

Callum se atragantó con el whisky al oír la voz familiar. Era un tono de voz que oía constantemente en los confines de su cabeza, insistente y chillón. Acento sarcástico, pretencioso.

—Lo haré rápido —dijo la proyección. Por la visión periférica, vio la cachemira de color salvia.

La favorita de su madre.

Ella opinaba que el color le resaltaba los ojos.

—Bueno —volvió a hablar la proyección de sí mismo tras haberse servido otra copa y haberse acomodado frente a Callum—, seamos honestos con nosotros mismos, ¿no?

Se produjo una larga pausa mientras su proyección aguardaba, expectante. Después resopló.

—¿Tengo que decirlo yo entonces? Bien. Nadie cree que debas existir. Y tú el que menos.

Notó el ardor del whisky en la garganta al encontrarse cara a

cara con el peor escenario posible, que ni siquiera había considerado: él mismo. Las ilusiones esperadas eran todas presentes y las aguardaban, aunque parecían más imperfectas de lo habitual. Los retoques de su cara eran insuficientes, tan claramente falsos que cualquiera vería que no era real. Se aproximaba a la belleza sin llegar a alcanzarla, tal y como Callum se veía la cara a sí mismo.

Recordó que Atlas Blakely estaba observando y pensó: Ah.

Lo que no me mata intentará inevitablemente hacer la siguiente cosa mejor.

—El caso es que —continuó su versión proyectada, cruzando una pierna por encima de la otra— tienen razón. No deberías existir. Hay algo muy malo en ti y siempre lo has sabido. —Se calló un instante para dar un sorbo y consideró entonces el silencio de Callum—. ¿Vas a detenerme? Si no lo haces descubrirán que eres un fraude —le advirtió—. Aunque no importa, ya te odian.

Soltó la odiosa carcajada de Callum y se bebió el resto de la copa. Sonaba peor incluso fuera de su cabeza.

—El problema que hay en ti es justo lo que dijo Atlas. No tienes imaginación —le informó la proyección, poniéndose en pie de forma abrupta—. ¿Cada castigo que has infligido a alguien? Te lo haces a ti cada día. Cada minuto. Tu dolor es crónico. Tu existencia no tiene sentido. Cuando tu conciencia se apague, y lo hará —añadió con un guiño irreverente y un brindis con la copa vacía—, será como si no hubieras existido nunca. No quedarán amores, ni familia, ni amigos que piensen con afecto en ti el día que tu control sobre ellos colapse. No habrá recuerdos de nadie que atesorar, solo los que tú has creado, que se disolverán en el mismo momento en el que tu vida acabe. Serás olvidado de inmediato y esto, la inmensidad de tu poder, la magnitud de tus habilidades —aclaró con una sonrisita, como si experimentara un placer especial al hundir este cuchillo en particular—, que no es poca cosa, quedará eclipsado por la jodida enormidad de tu futilidad. Cuando ya no existas, no dejarás nada atrás.

La proyección de Callum puso una mueca de repulsión y soltó el vaso vacío. En lugar de romperse de golpe, se separó fragmento a fragmento, desintegrándose como si fuera una brisa.

—Todo aquel que te mira está presenciando el resultado de una tragedia —se burló la proyección—. Y ni una sola persona se

pondrá triste.

El Callum real se quedó mirando un momento su propio vaso.

—Parece que te estás esforzando por dar la impresión de que esto es nuevo para mí.

—¿Esforzándome? No, me parece muy fácil —contestó la proyección con tono chistoso, muy propio de Callum.

—¿Qué quieres entonces? —musitó Callum—. ¿Que me destruya yo mismo?

—Por supuesto que no. ¿No lo entiendes? No me importa lo que te hagas a ti mismo. A nadie le importa. Me da igual si vives o mueres. ¿No te parece obvio?

—¿Y cómo gano entonces? —preguntó con tono neutro.

—No ganas. Esto no es un juego. No es una prueba. Solo es tu vida. —Su versión alternativa se alejó del sofá a la chimenea y tocó el borde del reloj de la repisa—. No hay ganadores, Callum. Ni perdedores. Tú mejor que nadie entiendes esto. Todo el mundo muere. —Miró por encima del hombro—. Todo termina al final.

—Debo de ser terriblemente divertido en las fiestas —señaló Callum con sarcasmo.

—Oh, sí que lo eres —confirmó la proyección y se volvió para mirarlo de nuevo—. Todos lo sois. Divertidos en las fiestas. Sois naturales, el espíritu de vuestra época con vuestra indisposición y aburrimiento y resentimiento indiscriminado… ¿no es eso terriblemente divertido? —se mofó la proyección—. Vuestro desinterés, vuestra obsesión con el mundo… es todo muy divertido, ¿a que sí? Oh, la gente es increíble. —Se pasó una mano pálida por la falsa ceja rubia. Aunque la proyección era Callum, tenía una voz petulante y nasal—. Son débiles, tienen defectos y resultan interesantes solo porque son caóticos, y los odiamos, pero no porque sean aburridos o predecibles. —Esa sonrisa tan única de Callum apestaba a insinceridad. Bajó la voz y miró a Callum a los ojos para lanzar el remate—. Es porque, por muy pequeños que sean, anodinos y miserables y simples y estúpidos, no te prestan ni un solo atisbo del amor que tanto te gustaría.

Callum dio un sorbo con aire distraído.

—Claro que no te quieren —se rio—. Y aunque así fuera, ¿cómo ibas a estar seguro de que no has sido tú quien ha depositado esos sentimientos ahí?

Callum entrelazó los dedos de las manos en el regazo. A este ritmo, Parisa iba a disfrutar de un banquete con él. Mirando el lado bueno, tal vez esto animaría las aventuras de Tristan en su decadencia existencial.

—Cuéntales cómo funciona —sugirió la proyección con un brillo imprudente en sus ojos demasiado azules—. Cuéntales lo que duele. Es tu oportunidad. —Su expresión estaba marcada por la malevolencia—. O puedes contarles la verdad. Cómo lo sabes todo sobre ellos. Cómo te ofreció la biblioteca sus secretos, sus fantasmas y trivialidades. Cuéntales lo que le contaste a Tristan. —Otra carcajada—. También puedes ser honesto por una vez, Callum. Si van a escucharte algún día, es hoy.

Esto era una trampa, por supuesto. Callum entendía de un modo profundamente desinteresado que los demás no pensaban mucho en sus capacidades, que lo consideraban muy limitado en la magia física. Pero todo era en parte físico, ¿no? Eran seres físicos y no masas amorfas. Estar sujeto a las demandas de un cuerpo o a las leyes de la física era una cuestión de trascendencia, y trascender de forma natural implicaba cierta limitación de base. Era todo muy sencillo en realidad, que alguien no podía crear algo de la nada ni tampoco no crear nada de algo.

Ni siquiera cuando los demás veían a Callum en acción podían saber lo que estaban presenciando. Durante un año solo habían visto los efectos: la ansiedad de Libby, la destrucción de Parisa, el odio de Tristan, esas eran las únicas cosas que demostraban que Callum poseía magia. El resto era simplemente una historia detallada que les había contado. Para reducir la ansiedad de Libby, Callum la absorbió él mismo. Para reducir o alterar el dolor de Tristan, tuvo que encontrar la fuerza para soportarlo. En el caso de Parisa…

En realidad, no fue en absoluto difícil trabajar con Parisa cuando se enfrentaron el año pasado. Ella no era muy distinta a él y lo que otros no pudieron ver en la batalla fue lo poco que tuvo que presionarla Callum para encontrar un punto débil. Los demás pensaron que estaban presenciando su influencia cuando, en realidad, estaban viendo la versión limpia de la verdad de ella, la clase de verdad con la que nadie podría vivir, una verdad opresiva, de la clase más tenaz y apta.

La magia de Callum tenía un precio. Para construir el vacío de espacio necesario para proteger la magia de la casa, por ejemplo, Callum había tenido que vaciarse a sí mismo. Solo para crear la membrana fluida en las protecciones de la Sociedad había tenido que absorber todo lo que había de antemano. Terror, angustia, anhelo, aislamiento, envidia, orgullo. El coste de ese tipo de magia radiaba entre sus costillas hacia los barrotes de su contenedor, y daba igual quién fuese Callum Nova, solo podía regenerarse a una velocidad mortal. Solo podía repararse despacio con el tiempo.

Fue Callum quien se desmoronó, aunque nadie lo supiera ni le importara. Y él no esperaba que lo descubrieran. Prefería el odio antes que la pena, la desconfianza antes que la caridad. Lo último era una gasa insustancial, como acabar envuelto en una capa fina de algodón. Asfixiarse lentamente con el tiempo.

Al notar el sentimiento de Callum, su proyección prosiguió:

—¿Crees que saben lo que significa de verdad el amor? —murmuró—. Que no es la sencilla felicidad del afecto. En realidad, es violento, destructivo. Significa sacarte el corazón del pecho y dárselo a otra persona. —Le lanzó una mirada de reojo a Callum, que no levantó la vista—. Que te importe algo o alguien conlleva, inevitablemente, sufrir. ¿Qué es la compasión, a fin de cuentas? —La proyección hizo una pausa para el remate, como si fuera una broma, que en cierto modo lo era—. Percibir los sentimientos de otra persona supone agotarte con el doble de dolor —terminó alegremente, como un brindis en una fiesta—. Todos esos pequeños sentimientos insignificantes, las molestias de la existencia que tanto afirmas odiar. Cuando las alteras, tienen que ir a alguna parte, ¿no es así?

—Alguna parte —repitió Callum simplemente para mostrarse educado.

—Oh, y es una carga, por supuesto —le aseguró su proyección —. Los sufrimientos naturales de la ordinariez y la existencia. Querer cosas que no puedes tener, asignarte un destino que nunca podrás lograr, etcétera. Se trata de obediencia a nuestra mente colectiva, un patrón atávico en nuestra sangre. Como la migración de las ballenas —murmuró—, o esa obsesión que tenemos de vez en cuando por emparejarnos.

Callum se quedó mirando el vaso.

—Ya veo que estar hasta arriba de mierda no parece que nos pase mucha factura —comentó.

—No tanta —coincidió la proyección y se detuvo—. ¿Intentas ejercer influencia sobre mí?

—¿Eso hago? —Callum flexionó los dedos para aligerar los calambres. Como sucedía con cualquier condición crónica, su supervivencia era una cuestión de ponerse más cómodo y no una irrealidad elusiva de estar totalmente libre de dolor. El truco estaba en controlarlo hasta que ya no mordiera ni picara con tanta rabia.

—No va a funcionar —le avisó su proyección con una mirada condescendiente.

—Bueno. —Callum atrajo la botella de whisky, acabando así con la risible insustancialidad de su vaso—. Tienes que admitir que merecía la pena intentarlo.

La proyección esbozó una sonrisa falsa.

—¿Les has contado cómo aprendiste a usarlo?

—¿El qué? —preguntó de forma retórica, aproximándose a un grado seguro de ignorancia. (Había normalizado en su vida fingir un poco).

—Tu magia. —La proyección sonrió con desprecio—. Tus… habilidades.

—La empatía se enseña. Compartir es cuidar lo que tienes.

Su otra versión chasqueó la lengua, impaciente.

—Estás perdiendo el tiempo.

—Ah, ¿sí? —Callum señaló con la botella a su alrededor—. A mí me parece que tengo mucho.

—Sabes lo que quiero decir.

—Sí, lo sé. Siempre sé lo que todo el mundo quiere decir. —Le dio un largo sorbo a la botella y cerró los ojos—. Igual que Parisa siempre sabe lo que piensan todos los hombres cuando la miran sin importar la mentira que ella elija contar. ¿Sabes? La admiro —añadió con firmeza. Ella lo estaba escuchando—. Saber quiénes son de verdad las personas y no destruirlas es muy remarcable. Requiere un control excepcional. —Aunque, según ese estándar, probablemente debería de admirar igual a Reina. De los cinco, ella parecía ser la única capaz de ignorarlo todo.

—Tú sabes cómo son las personas —observó su versión proyectada—. ¿No?

Era otra pregunta retórica y probablemente una trampa, pero Callum respondió de todos modos. A estas alturas, ¿por qué no?

—Pensar como piensa otra persona y sentir como siente otra persona son actividades dispares. En términos recreativos, se trata de retos diferentes.

—¿Porque sentir es menos poderoso que pensar? —bromeó su versión alternativa—. No puedes decir eso.

—No, porque sentir es más humano que pensar —lo corrigió, cerrando los ojos y espirando—. Y cuanto más humano es algo, más débil es —murmuró.

Silencio. Tras un segundo o dos para deleitarse en la monotonía del ejercicio, Callum abrió los ojos.

Su proyección lo estaba mirando. Esperando.

—¿Esperas que admita mis limitaciones ante el público? Son muy simples —dijo con tono neutro—. Son las mismas limitaciones de un ordenador: sobrecargar un sistema con demasiadas aplicaciones abiertas. Si hay demasiado, todo choca, falla, muere. —Se acomodó en los cojines y le dio otro sorbo a la botella—. Los límites de mi magia son los mismos que los límites de mi cuerpo —explicó, haciendo lo que consideraba un esfuerzo loable por explicarse—. Es cuestión de elegir entre sentir el poder o permanecer vivo.

—Pero tú nunca has usado de verdad tu poder —le recordó su versión proyectada—. A lo mejor olvidas que bajo tu talento natural subyace alguien con muy poca inspiración —añadió.

Callum se miró los nudillos, contemplando el dolor que seguía notando de vez en cuando. En particular desde su experimento aquella noche en el comedor con Tristan, cuando se extralimitó un poco en la conversación para llegar, de forma muy poco práctica, al punto importante. Al someter a Tristan a lo mejor (y lo peor) de sus habilidades, Callum adoptó la enorme cantidad de dolor de toda una vida y luego retrocedió de forma precaria.

A veces sufría artritis como resultado, aunque con más frecuencia desarrollaba una inmunodeficiencia. Lo más inteligente era aislarse al menos unos días, en general una semana o dos, lo que resultaba ahora muy factible, ya que nadie soportaba verlo.

Por extraño que pareciera, Rhodes (y probablemente Varona) entenderían mejor que nadie a qué se enfrentaba Callum cada vez

que se excedía con el uso de su magia. Libby comprendería la naturaleza de imponer tanta fuerza, de crear orden en el caos. Por lo tanto, ella sería consciente de qué cantidad de esfuerzo requeriría ese grado de inverosimilitud termodinámica, si era que lo había considerado en esos términos. La cantidad de entropía que invertía Callum con el fin de crear una emoción que no existía previamente era lo bastante física, era energía enviada hacia afuera, caos aceptado dentro.

Sin embargo, asegurar la sofisticación de un ariete humano no era exactamente elegante. No para ganar una batalla invencible por la compasión de cuatro idiotas a los que no les importaba vivir o morir.

—Sé claro —lo invitó Callum—. No sé a dónde quieres llegar.

—Sé claro tú —repuso su proyección.

Callum volvió a cerrar los ojos y resopló.

—¿Y terminamos este delicioso intercambio?

—No —dijo su otra versión—. Yo nunca terminaré. Desapareceré para los demás, sí, pero…

Con los ojos cerrados, Callum sintió que su proyección se arrodillaba a sus pies.

—Nunca desapareceré para ti —afirmó la voz de Callum en su oído.

Qué dramático. Callum tenía la garganta seca y dio otro sorbo.

—Dilo —le pidió la proyección.

Callum suspiró, cansado. Todo esto era agotador. Con razón la gente no podía soportar escucharlo.

—Supongo que no habrás envenenado esto, ¿no? —comentó, señalando lo poco que quedaba en la botella.

—Dilo —repitió la proyección.

Menuda farsa de ritual. ¿Cuál era el objetivo de esto aparte de la humillación pública? No había ganador ni tampoco perdedor. Ni siquiera había magia. Tan solo había una imagen de sí mismo y la certeza de que no, no le importaba tenerse a sí mismo como compañía, por muy terriblemente divertido que resultara saberlo con seguridad. Nadie elegía pasar tiempo consigo mismo de forma voluntaria. (También esto lo comprendería Libby Rhodes, seguro).

Callum dio otro sorbo largo, esperando poner fin a esa monotonía. ¿Tan difícil sería expirar aquí y ahora? Esperaba una

cuenta atrás, deslizarse sin más a la inexistencia.

En ese momento atisbó algo. Un destello delante de sus ojos, como un repentino rayo de luz estelar. El destino intervenía en su beneficio con una forma familiar. Un favor, al fin.

Callum vio el cuchillo que aguardaba de forma inocente sobre la mesa. Entonces era una decisión. Habla ahora o calla para siempre, una escena muy teatral. Muy típico de él que su única salida fuera una comedia de errores y exquisito dolor.

Se inclinó hacia delante, tomó el cuchillo por el mango y contempló su reflejo en la hoja. A la luz danzante del fuego, pasó la yema del pulgar por el filo, admirando la marca que dejaba en su piel.

Su otra versión tenía un aspecto engreído. Cómplice.

—No durará mucho —dijo.

No, no lo haría. Al parecer, solo había una forma de acabar con esto.

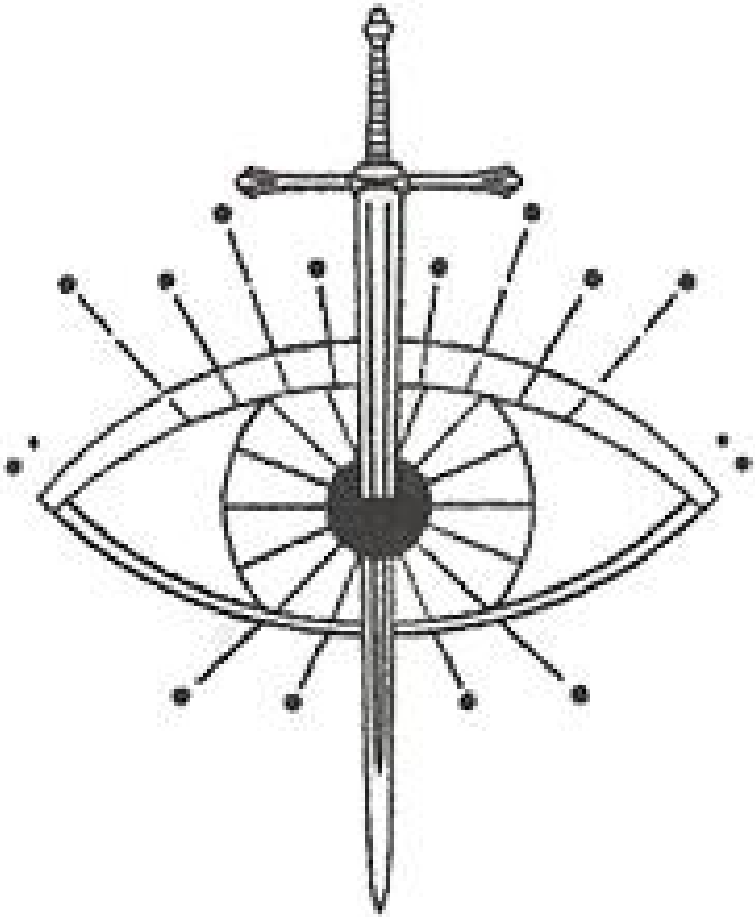
—Duele —admitió en voz alta Callum por fin. La humillación era punzante, la alegría de su otra versión pinchaba—. A mí —aclaró, cerrando de nuevo los ojos, como si no quisiera ver su propio vacío, la hipocresía en su propio rostro—. A mí me duele.

Seguía con los ojos cerrados cuando oyó que su proyección se ponía de pie. Le quitó el cuchillo de la mano, después la botella y le dio un sorbo antes de colocarse a la derecha de Callum. Saboteadores y despilfarradores.

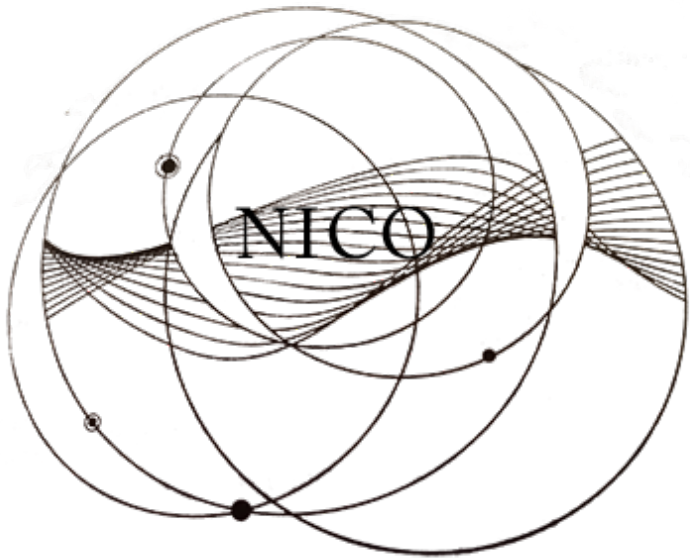
—A nadie le importa —se dijo a sí mismo. Su tono no era cruel ni tampoco amable.

Y entonces, por fin, Callum despertó.

III



ORÍGENES



Era asombroso lo rápido que podían convertirse las largas horas en días, y después en semanas que se acumulaban. Tras la desaparición de Libby, el tiempo que tanto se había estirado y bostezaba como un gato renuente parecía ahora transcurrir a toda velocidad y desaparecer sin que Nico se hubiera dado cuenta. Lo que resultaba relativamente felino si lo pensabas.

Con la excepción del ritual de iniciación de ayer, Nico dormía, se despertaba, comía, leía. No era nada y, aun así, los días mermaban y el descubrimiento de la desaparición de Libby se volvía microscópico. Primero se dedicó a acosar a los demás, luego hizo peticiones con educación, después realizó sugerencias académicas, y todos abandonaron cuando quedó claro que nadie era de ayuda. Libby había pasado años colmándolo de insultos y correcciones horribles y ahora Nico no deseaba otra cosa que girar en una esquina y verla acomodada con su horrible postura leyendo un libro. Lo que daría por interrumpir su sesión de lectura con un comentario pérfido, o echar los pies sobre la mesa de estudio solo para ver su reacción. Casi podía oírse: «Rhodes, esto es demasiada

volubilidad para la mañana. Piensa en la capa de ozono. En los árboles».

Pero ella no estaba en ninguna parte. O al menos en ningún lugar donde pudieran encontrarla. Y no había nada que decir. A lo mejor nunca volvía a haber nada que decir.

Cuando Nico empezó a preguntarse si podría descubrir algo más, Gideon, siempre el príncipe más inteligente de la escuela, apareció de nuevo en sus sueños.

—Bien —dijo Nico tras pensar un momento en cómo lo hacía. (¿Cómo lo hacía? ¿Cómo? Responder le dejaba exhausto)—. Me has tenido mucho tiempo en suspense, Gideon, ¿no te parece?

—Porque para mí es muy divertido —respondió él, dando golpecitos en la celda del sueño de Nico. Desde donde se encontraba Nico, al otro lado de los barrotes, le parecía que Gideon estaba casi renovado, como si las aventuras para ayudar a su imprudente amigo pudieran haber mejorado su aspecto—. Por eso —añadió— o porque llevas diez minutos despotricando de alguien que imagino que es uno de los otros iniciados de la Sociedad. ¿Quién es Tristan?

Solo el idiota más malhumorado que pisaba la faz de la Tierra. Nico llevaba semanas intentando pensar en un modo de iniciar una conversación con Tristan que no derivara en la inconfundible conclusión (transmitida por medio de Miradas Asesinas) de que más bien le valía a Nico meterse en la grieta más cercana. ¿Tan poco razonable era que Nico quisiera intentar establecer una comunicación entre ellos ya que Tristan parecía el aliado más natural tras la desaparición de Libby? Pero por supuesto que no, Nico, qué ingenuo, la única respuesta razonable era que Tristan mordiera de forma repetida y sin explicación la mano que no le había hecho nada, tan solo ponerse de su parte. Aunque esa no era la cuestión.

—Se supone que no puedes saber nada de eso. —Nico suspiró al darse cuenta, de nuevo, de que Gideon siempre escuchaba sus divagaciones al menos diez veces más atento que cualquier persona normal.

—¿El qué? ¿Que conoces a alguien llamado Tristan o que ya sois todos iniciados? —preguntó Gideon con tono neutro. (Peligro).

—Nada de eso —gruñó Nico, lanzando una mirada rápida a la cámara de seguridad que había en la esquina superior de la celda.

Incluso en el sueño, había protecciones de seguridad que servían para que la Sociedad los vigilara y estaba monitoreadas por alguien. (¿Parisa? A Nico le parecía improbable, pero puede que ella dispusiera de más tiempo del que él creía, o tal vez cierta inclinación por el *voyeurismo*, lo que no le parecía del todo imposible).

—¿Qué tuviste que hacer en la ceremonia de iniciación? —se interesó Gideon—. ¿Un ritual de sacrificio humano?

Esta vez no.

—Una especie de juego de simulación.

—¿Un juego? —Gideon enarcó una ceja en una muestra clara de escepticismo y Nico, quien francamente no merecía (hoy) este trato, exhaló un suspiro hondo.

—¿De verdad desconfías de mí, Sandman?

—¿De ti? No, Nicky, nunca. —Lo imaginaba, pensó Nico, quien, según Parisa, era incapaz de pensar en estratagemas o cualquier otra afirmación insultante sobre su desagradable fragilidad humana —. Pero sí tengo ciertas reservas sobre tu Sociedad —aclaró Gideon —. ¿Algún detalle de este proceso te ha llevado a creer que los requisitos para ser miembro pueden depender de un juego?

—Bueno, antes que eso ha habido otras cosas —murmuró Nico.

—Ah —respondió con tono neutro Gideon—, ¿te refieres al juego del asesinato? Para que los seis se conviertan en uno —entonó de forma dramática—, uno debe… —Realizó una pausa melodramática—. ¿Morir?

—*Arrête* —le pidió Nico.

—Nunca —respondió Gideon en español.

—No fue un juego de asesinato… —dijo con un suspiro.

—No he venido a juzgar sus aficiones —comentó Gideon, que se estaba mostrando petulante sin piedad.

—Lo importante es… —Nico se quedó callado—. Perdona, ¿qué es lo importante?

—¿Para ti? No tengo ni la más remota idea. Para mí era que lo que tuviste que hacer ayer para la iniciación tuvo que significar algo para la Sociedad.

—Lo dudo. —Nico se encogió de hombros—. A mí me pareció una prueba.

—¿Una prueba de qué?

—Yo… —Nico volvió a mirar la cámara de seguridad y de pronto decidió dejar de preocuparse—. Mira, si quieres saberlo, fue una simulación. Nosotros contra la proyección de un miembro de nuestra clase de iniciación.

Gideon frunció el ceño.

—¿Y fuiste tú contra Tristan?

—¿Qué? No.

Fue Parisa quien se enfrentó a la proyección de Tristan en la ronda final. Fue un final anticlimático para el día teniendo en cuenta que en cuanto Parisa accedió a la simulación para su ritual de iniciación, se limitó a sentarse sobre las piernas cruzadas en el suelo de la sala pintada y a meditar. Su versión de Tristan hizo… algo… Algo que a Nico no le pareció nada claro y que supuso la misma confusión para Tristan. Pero Parisa, que era la proyectora, no hizo más que meditar y, tras unos minutos, la simulación terminó sin indicación alguna de que Parisa hubiera realizado magia.

—Fui yo contra… una amiga —añadió, y esta vez logró callarse el nombre de Reina—. Mi compañera de combates, en realidad.

—¿Y… os batisteis en combate?

—Sí. —Fue bastante normal—. Y todo fue bien.

—¿Sí? —preguntó Gideon, de nuevo con tono desconfiado.

—¿Por qué no paras de acusarme? Fue bien —insistió Nico—. Y después nos pidieron que preparáramos una especie de presentación sobre nuestra investigación independiente…

—Y luego os dieron un beso en la frente y os desearon buenas noches —concluyó Gideon.

—Sí, básicamente —confirmó Nico.

—De acuerdo. Estoy seguro de que todo fue exactamente tan divertido como imaginas y que no se trata de ningún experimento para adoctrinaros y que entréis en el culto de su academia homicida.

—Sí, gracias, estoy de acuerdo. Y, por cierto, Reina estaba perfectamente bien después, así que… —Ah, mierda.

—Reina —repitió Gideon, observando la mirada de Nico de «santo cielo, lo he vuelto a hacer» y su decisión de que era el momento adecuado para mostrar una apariencia del todo inocente —. Apuntado.

Nico suspiró. Ahora que Gideon sabía de la existencia de la Sociedad, Nico se olvidaba continuamente de mantener secretos con él. Lo siguiente que haría sería confesar haberse tomado lo que quedaba de Nutella aquella vez en segundo curso durante los exámenes finales. (¡Ja! Nunca. Moriría antes de admitir eso). Pero sus opciones eran contarle cosas a Gideon y dejar que le ayudara a encontrar a Libby o…

—Bueno, olvida que he dicho nada —le recordó y Gideon se encogió de hombros de forma sutil, como diciendo que ya se le había olvidado—. Está claro que deliro con este empleo a jornada completa como académico homicida.

—Sí, está claro. —Gideon se quedó contemplándolo un momento en silencio—. Supongo que nunca te he preguntado esto. ¿A quién habrías matado si hubieras tenido que hacerlo?

—¿Das por hecho que no fui yo el que cometió el asesinato? —preguntó él, fingiendo sentirse ofendido.

—Puedes pensar que ha sido una suposición. Aunque lo consideraré una certeza absoluta, en realidad.

—Yo podría matar a alguien —insistió Nico. Ya lo había hecho antes. En esta casa, incluso.

—¿A alguien a quien conoces? —Gideon se quedó mirándolo.

Esto era muy insultante. No sabía por qué, pero se lo parecía.

—Yo podría…

—Pero no lo hiciste —terminó Gideon.

—Yo… Mira, lo que importa es que yo no tendría ningún problema en matar a la persona a la que se suponía que íbamos a matar. —Nico nunca había sido fan de Callum—. Aunque si hubiera sabido que seguiría con vida… oh, mierda —siseó al darse cuenta de que acababa de revelar otro detalle importante.

—Interesante —dijo Gideon, cuya mirada petulante estaba ahora acompañada de una sonrisa cariñosa—. ¿Entonces sigue vivo? Continúa.

—De acuerdo, digamos, por el bien de esta conversación, que no está vivo —probó Nico con optimismo, a lo que Gideon respondió encogiéndose de hombros para decir «naturalmente»—. No me hubiera importado que… continuara no estando vivo.

—Eso no suena igual que elegirlo para que muera —apuntó Gideon.

—Bueno… —Vale, Nico estaba muy seguro de que si todo esto fuera una cuestión de quién merecía formar parte de la Sociedad, lo que parecía ser la clave al principio, entonces había una persona en particular que daba la impresión de no poseer un talento útil y esa persona no era Callum—. No importa —concluyó, apartando por el momento de su cabeza el desagrado por Tristan Caine (y su misterio continuo).

Tristan no solo estaba vivo, también era más útil de lo que pensaba Nico (o menos, dependiendo de si se consideraba útil ver la verdad del cuerpo muerto de Libby si esa persona en cuestión no hacía absolutamente nada al respecto), pero no importaba.

—Lo importante es que ahora puedo estudiar lo que quiera —afirmó Nico.

—¿Qué es? —preguntó Gideon.

—A ti, idiota.

Gideon enarcó una ceja.

—¿Vas a presentarme al resto de la clase?

—No exactamente. No con palabras.

Había sido Reina quien le había sugerido que echara un vistazo a la biología de la evolución. Sacó el tema una semana más o menos después de que llevaran a cabo su experimento creando una chispa de vida, lo que le recordó a Nico que tenía que preguntarle qué quería decir. No parecía el paso siguiente natural a lo que habían hecho. ¿Le resultaría a ella más interesante estudiar una materia oscura? ¿Algo que pudiera usar de verdad? Reina era muy intelectual por naturaleza. Nico llevaba desde el ritual de iniciación queriendo hablar con ella, pero Reina se había mostrado distante y distraída, como si tuviera que estar en otro lugar.

—Bueno, da igual. —Nico se aclaró la garganta y cambió de tema para tratar el que llevaban queriendo hablar todo este tiempo —. ¿Me dijiste que casi la habías encontrado? A Rhodes.

Un momento de silencio. Gideon estaba considerando la idea de insistir en el tema de la Sociedad, por supuesto. Nico contuvo la respiración hasta que, al fin, Gideon abandonó el tema.

—Eso creo —respondió, asintiendo—. No conozco la forma externa.

—Oh. —Los reinos del suelo no tenían, en su mayoría, forma. Gideon ya había intentado explicarle esto con anterioridad: que los

suelos eran una actividad de conciencia colectiva, blablablá. Nico no escuchaba nunca la explicación completa antes de acordarse de pronto de que tenía hambre, lo que le recordó que últimamente tenía un antojo extraño por las tartaletas de crema de huevo de una pastelería a la que solía ir con Gideon y Max los miércoles (en alguna parte había leído sobre el exceso de yemas de huevo en un monasterio y, desde entonces, los miércoles le habían parecido un día sagrado), pero, volviendo al tema… hummm—. Un momento, ¿qué?

—Sé que es la conciencia de Libby —aclaró Gideon—. Pero no sé dónde está. Si es que se trata de una cuestión de dónde —añadió.

—Ah. Bueno, al menos es algo. —Y lo era, teniendo en cuenta que Parisa estaba convencida de que no había ningún rastro de Libby Rhodes que pudieran encontrar—. ¿Y ahora, cuál es el plan? —preguntó, con la emoción de que existiera un posible plan de acción—. ¿Vas a meterte en sus sueños o algo así?

Gideon ladeó la cabeza, probablemente pensando si valía la pena ofrecer a Nico la explicación completa.

—No es tan sencillo —respondió—. No puedo entrar así como así y decirle que la estamos buscando. Podría asustarla.

—¿Y no sería tranquilizador? —repuso Nico—. ¿Saber que hay alguien buscándola?

Gideon negó con la cabeza.

—No es ella misma en un sueño —le recordó. Nico probablemente sabía ya eso, pero se encogió de hombros—. No tiene la misma práctica que tú actuando en su subconsciente. Y no hay forma de saber si es de verdad consciente de que ha sido, ya sabes… —Gideon vaciló.

—¿Raptada? —sugirió Nico—. Hablar de secuestro parece algo más propio de la juventud.

—Ya. —Nico se encogió de hombros—. La situación requiere sutileza.

Sí, ese no era el fuerte de Nico.

—¿Sutileza cómo?

—Es mejor que no… ya sabes. —Volvió a encogerse de hombros —. Que no le destroce el cerebro.

—Ah, claro. —Esa parecía una posibilidad lejana. A pesar de que Libby Rhodes solía ser resistente como medellana, era una causa

perdida en el terreno de la preocupación innecesaria. (Y este grado de preocupación era posiblemente merecido)—. ¿Cómo sabes entonces que es ella?

—Gajes del oficio. —Esa era la respuesta habitual de Gideon para «mi magia no es completamente humana y por lo tanto no se puede explicar; por favor, deja de hacer preguntas, gracias»—. Puede que tarde un poco más de tiempo en llegar a ella.

—¿Por qué? ¿Es difícil?

—No exactamente. —Otra pausa para pensar—. Es solo que tiene que… aceptarme.

—¿Aceptarte?

—Sí, aceptarme como una posibilidad. En su sueño.

—Pero eso es. —Nico se desanimó—. Imposible.

—No es imposible, Nicolás. Olvidas que tengo mucho talento.

—Nunca me olvido de eso, *mon ami* —respondió Nico de corazón—. Digo que es imposible porque Rhodes es una neurótica que nunca se cree nada.

—Ah, sí, eso sí. —Por un momento, Gideon parecía preocupado —. Supongo que entonces puede que tarde más que un poco de tiempo. Dependiendo de la frecuencia con la que sueñe.

—Bueno, al menos te mantendrá ocupado —comentó Nico, haciendo lo posible por no hundirse en la sensación de fatalidad que residía detrás de su ventrículo izquierdo—. Odiaría creer que te quedas sentado, sin rumbo e incómodo, sin que yo esté a tu lado.

Se quedó callado después de haberlo dicho, inesperadamente atrapado. Percibido de forma involuntaria era, en realidad, la mejor palabra para describirlo. Estaba demasiado cerca de la verdad, que era que Nico estaba sin rumbo y se sentía incómodo sin Gideon, y que desde que no estaba Libby se encontraba especialmente mal. Ahora se sentía aislado y, para una persona que evitaba cuidadosamente estar solo, era lo más cerca que había estado nunca de estar solo. La ausencia de Libby había abierto un agujero en el tejido de la realidad de Nico, permitiendo que se derramaran por ahí sus pequeñas vulnerabilidades.

Gideon y él parecieron comprender lo que ninguno había dicho en voz alta en el mismo instante, y Gideon adoptó una mirada dulce, insoportable como solía ser la dulzura de él.

Por eso, en un esfuerzo desesperado por equilibrar la balanza del

universo, Nico preguntó:

—¿Has hablado con tu madre?

Lo dijo en broma, aunque era algo que merecía la pena preguntar. A fin de cuentas, Gideon se había puesto en contacto con Eilif, una sirena delincuente (en retrospectiva, el término «madre» resultaba inmerecido), para hallar dónde había ido Nico, por lo que, a pesar de la insistencia de Gideon de que no le había supuesto un gran precio, la posibilidad de que la información hubiera sido gratuita no era válida. Teniendo en cuenta la asociación de Eilif con criminales que matarían por poseer el acceso de Gideon a los reinos de los sueños, un favor de su parte era la clase de caballo regalado al que uno no podía mirarle el diente sin llevarse un ineludible mordisco.

—Vuelvo a tener tus protecciones —respondió Gideon con cautela. Demasiada cautela—. No puede alcanzarme.

En opinión de Nico, era una respuesta muy mal redactada, y no descartaba la posibilidad de que alguien muy estúpido (Gideon) pudiera decidir hacer algo igual de estúpido (llamar a su madre).

—Eso no es una respuesta, Gideon.

—Se acerca lo bastante —fue su contestación poco amable, algo muy poco propio de él.

Eso no se lo esperaba Nico. Por primera vez desde que se había marchado, Nico tenía la sensación de que tal vez este año ocultándole la verdad a Gideon había compensado algo fundamentalmente transaccional entre ellos. Sí, a veces intercambiaban medias verdades (o no verdades) con el fin de asegurar su felicidad colectiva, pero sintió que se había ganado este descuido. Connotación negativa. Nico no le había hablado de la Sociedad a Gideon y ahora que había desaparecido Libby, a Nico le quedaba claro que las opciones que se había guardado (que incluían pero no se limitaban a la posibilidad de su propia muerte, desmembramiento y/o desaparición) habían sido un secreto demasiado grande. Le había parecido algo de poca importancia, una gran necesidad que era en sí misma poca cosa, pero tal vez sí fuera demasiado. Puede que hubiera demasiado entre ellos ahora que Gideon sabía exactamente lo mucho que no le había contado.

—*Je suis désolé* —murmuró Nico. De pronto sintió la necesidad imperiosa de chocar el hombro con el de Gideon, o de darle un

golpe con la rodilla. ¿Qué decían de las personas que habían vivido pérdidas extraordinarias pero no habían disfrutado de lo ordinario? Las pequeñas cosas, las muestras insignificantes de consuelo que constituían su lenguaje principal. La cultura de su propia nación diminuta que había resistido a las bombas.

—No tienes que disculparte —le dijo Gideon—. Sé por qué lo has hecho. Por qué te has guardado para ti la verdad sobre la Sociedad. No era un secreto tuyo que pudieras contar.

Nico puso una mueca. Había demasiados secretos que no le pertenecían y, aun así, los había compartido con él.

—Saber por qué no significa que me perdones.

—¿Quién ha dicho que necesites mi perdón?

Nico aunó toda la ofensa que pudo conjurar en una sola mirada y Gideon suspiró, sacudiendo la cabeza.

—No se trata de perdón —añadió con tacto—. Es más bien… resolución.

—¿Qué puedo hacer?

—Tú, no. Yo. Y no hay mucho que decir sobre mi madre. Me está presionando para que haga el trabajo del que te hablé, y ya te lo he contado. Le dije que lo haría.

—Pero no tienes intención, ¿no? —Como Gideon parecía reacio a responder, frunció el ceño—. No vas a hacerlo, ¿verdad?

Gideon vaciló.

—Bueno…

—Gideon. —Nico alcanzó todo el registro de la decepción en esas tres sílabas.

—Es algo diferente a nada que me haya pedido antes —admitió Gideon—. No voy a robar nada. Ni a depositar nada donde no corresponde. No es nada de eso.

—Pero ¿cuánto sabes del…? Ya sabes. Encargo. Por lo que sabemos, tu madre no te lo cuenta todo —se apresuró a señalar.

—Ya. Y, sinceramente, aún no he decidido si voy a hacerlo. —Parecía totalmente indeciso—. Es solo que… no parece una cosa mala, ¿no? ¿Liberar a alguien que está atrapado en su propia conciencia? Me cuesta creer que se trate de algo que suceda por elección propia.

—Eso es solo lo que te ha contado Eilif —le recordó Nico—. No es necesariamente la verdad.

—Sí, ya, ya lo sé. Claro, pero… —Hizo una pausa—. Sería… interesante.

Oh, no.

—Gideon.

—Solo después de que encuentre a Libby, claro…

—Gideon, no creo…

—Te prometí que te ayudaría a encontrarla y lo haré, esa es mi prioridad, pero como tú sigues encerrado con tu Sociedad.

—Ah, que te den —respondió Nico, crispado ante la posibilidad (certeza) de que esto fuera culpa de él—. Tú y yo sabemos que tienes un problema con el aburrimiento, con o sin mí. —No era verdad, claro, porque era imposible que se aburriera cuando estaba con Nico. Incluso él sabía esto y la mirada de Gideon se lo confirmó —. Ah, ya veo —comentó con una sensación mareante de culpa—. Estás castigándome por haberme marchado, por haberte ocultado algo por una vez, ¿es eso?

—¿No me estás castigando tú a mí? —contratacó Gideon—. Tú eres quien me tratas como si fuera una especie de huevo de Fabergé, Nicky. No voy a romperme solo porque no estés aquí para preocuparte por mí.

Estaban acercándose peligrosamente a algo que Nico llamaría «desacuerdo razonable» pero que para Max sería una «riña de enamorados».

—He venido aquí —dijo Nico con frustración— para mantenerte a salvo.

Gideon le lanzó una mirada impasible.

—¿Sí?

La insinuación de que podría haberlo hecho por otro motivo lo enfadó.

—Sí…

—Bien —lo cortó Gideon con su irritante forma de retroceder antes de que la situación se volviera demasiado acalorada—. Si eso es verdad.

Nico lo miró con la boca abierta.

—¿Si es verdad?

—… entonces ¿qué necesidad hay de estar a salvo si tú ni siquiera estás aquí?

Se quedaron mirándose un segundo.

Después, Nico vio a Gideon tragar saliva con dificultad, arrepentido.

No merecía ese arrepentimiento. Nico sacudió la cabeza, quería ser mejor, ser menos… él y más Gideon.

—Si esto es una llamada de atención —señaló—, voy a enfadarme mucho por haberme robado la jugada.

La tensión se disipó entre ellos, Gideon relajó los hombros con fingido agotamiento. O agotamiento real. (¿Quién podía saberlo con Gideon?).

—Te prometo que no voy a dejar que me hagan daño, me maten ni me mutilen —comentó Gideon con un suspiro.

—Ni tampoco daño psicológico —advirtió Nico—. Cuesta horrores eliminar los traumas.

—Te odio —le espetó en español—. Con cariño.

—Con razón —respondió él en el mismo idioma—. Y yo a ti.

Volvieron a mirarse, esta vez con un tono menos combativo. Pero con algo, pensó Nico. Algo triste, como una ventana de oportunidad que llegaba y se iba.

Ya había pasado antes, pensó Nico. Volvería a pasar.

—Cuando encuentre a Libby te avisaré —le prometió Gideon.

—Puedes venir antes —musitó Nico. Notaba algo pesado en el pecho, parecido a la pérdida.

Gideon tenía aspecto compasivo.

—Descansa, Nicky —respondió y chasqueó los dedos, haciendo que Nico despertara en la cama con un gemido.

Nico se volvió en la oscuridad hacia el teléfono. La luz era demasiado brillante, cegadora. Escribió tan rápido que se equivocó dos veces.

¿Estamos bien?

El teléfono vibró unos segundos después.

Siempre, Nicolás, siempre.

Nico bajó la mano y cerró los ojos.

Tardó un rato en calmársele el pulso. Últimamente le pasaba a menudo, estaba sobrecargando algo crítico para su existencia. Tardaba más en calmarse o despertarse. Incluso la simulación de la iniciación lo había puesto más a prueba físicamente que de costumbre, lo que era una noticia terrible para su magia y todavía peor para su mente. Apretó un puño y le crujieron los nudillos,

haciendo que cediera la presión que no quería sentir.

¿Lo verían los demás? ¿Notarían algo en él? Esta… debilidad. Algo que Nico no estaba acostumbrado a sentir y que apenas podía identificar siquiera como un sentimiento. Por un tiempo pensó que Tristan lo había visto, o que a Tristan le estaba sucediendo algo similar. Que, desde que Libby no estaba, que se la hubieran llevado tenía un efecto debilitante en ellos. Ligeramente diferente en cada uno, pero presente de todos modos.

Aunque, por supuesto, Tristan era un bodrio total bajo las mejores circunstancias, así que no importaba. Nico se giró a un lado y se quedó mirando la pared vacía, esperando a que el corazón le latiera más despacio.

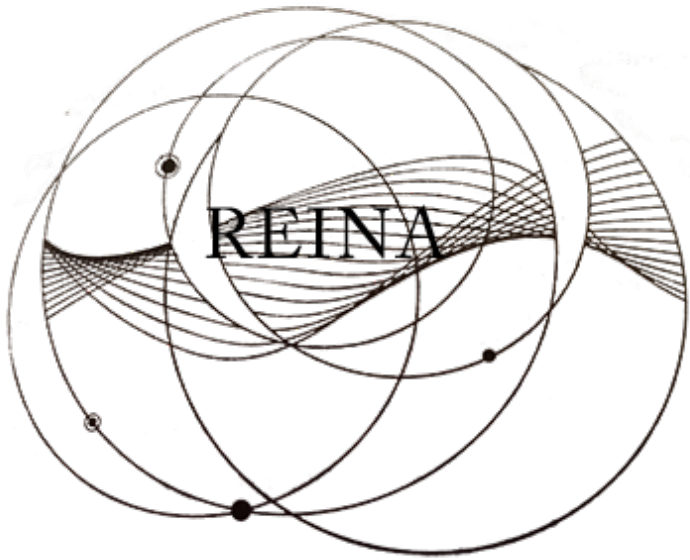
A punto estuvo de quedarse dormido de nuevo cuando oyó un golpe en la puerta, definido y preciso. Pensó en ignorarlo para lanzarse al precipicio del descanso, pero se puso en pie con un gruñido. Le crujieron los tobillos y notó un pellizco raro cerca de los discos inferiores de la columna.

Abrió la puerta con la intención de decirle a Reina que las seis de la mañana no era una buena hora para un combate, al contrario de lo que dijera la opinión popular, y que por favor volviera después, cuando no estuvieran librando una carrera con el sol.

Pero no se trataba de Reina, por impredecible que pareciese.

—Necesito que me ayudes a morir —dijo Tristan Caine.

Y fue entonces cuando Nico decidió que probablemente ya había dormido suficiente por el día.



Parisa estaba sola en la sala de lectura cundo llegó Reina para solicitar un manuscrito en los archivos. Lo que estaba haciendo exactamente Parisa no estaba claro, porque no tenía ningún libro. Sencillamente estaba allí sola, en medio de la habitación, mirando los tubos neumáticos responsables de entregar los libros y los manuscritos que solicitaban a los archivos.

—¿Vas a convertir esto en una costumbre? —preguntó Reina. Parisa se mostró disgustada por tener que pausar su importante tarea de contemplar la nada. Analizó a Reina con la mirada antes de dignarse a responder.

—¿Una costumbre con qué?

—Esto. —Reina la señaló. Y luego los tubos vacíos—. La inactividad. ¿Estás perdiendo la cordura?

—Sí. —Parisa puso los ojos en blanco—. Estoy sucumbiendo a la locura, gracias. ¿Y tú?

—Hago progresos.

Parisa sonrió como respuesta y se produjo un momento tenso por la idea repulsiva de que casi se habían mostrado cordiales.

—Supongo que no te estás lamiendo las heridas del ritual —indicó rápidamente Reina, antes de que nadie cometiera el error de pensar que estaban socializando.

—¿Las heridas? —repitió Parisa y volvió a aparecer la tensión—. Tú eres quien está evitando a Nico.

—No lo estoy evitando.

—Ah, ¿no? —Parisa arqueó una ceja—. Es que de pronto estás muy ocupada, ¿no?

—¿Y tú? —contratacó ella, pues Parisa había sido casi invisible durante al menos las últimas veinticuatro horas—. Diría que estás perfeccionando tu tema para el estudio independiente, pero seguro que se trata de algo un tanto más… —comentó con cierto desinterés, como la guinda que se pone en el pastel— extracurricular.

—Ja, ja —respondió Parisa. Se apartó la melena oscura por encima del hombro en lo que parecía un incremento del malestar—. ¿Te das cuenta de que no es un método efectivo para hacerme daño? Personas que me importaban mucho más me han llamado cosas peores. —Le lanzó una mirada asesina.

—No intento hacerte daño. —Reina se encogió de hombros—. Solo señalo lo obvio.

—Igual que yo. —Parisa se cruzó de brazos y se volvió hacia Reina con un suspiro—. No merece tu enemistad.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Varona. —Se encogió de hombros—. Teniendo en cuenta la calidad de la gente que hay aquí, podrías hacerlo mucho peor.

—No siento ninguna enemistad hacia él. No siento nada por él.

—Hum. —Parisa apretó los labios—. Ojalá fuera cierto.

Se volvió entonces, como si fuera a marcharse de la sala, pero Reina se estaba cansando de que siempre dijera ella la última palabra.

—¿Por qué no hiciste nada? —preguntó, haciendo que se detuviera—. En tu ritual de iniciación. Cuando te emparejaron con Tristan. —Fue un encuentro de Parisa con la proyección de Tristan, lo que debería de haberle supuesto una victoria fácil. Reina no consideraba a Parisa piadosa, pero, por algún motivo, esta no levantó un solo dedo para defenderse. La perturbación del carácter

de Parisa le molestaba a Reina desde que sucedió esto, pero lo estaba ocultando ahora recitando mentalmente a Homero.

—¿Emparejarme? —Parecía divertida—. ¿Eso es lo que pensabas que estabas haciendo conmigo? ¿Emparejarte?

—No, eh… —Maldita sea—. Cuando te enfrentaste a él. Luchaste con él o lo que sea.

La mueca de diversión en la boca perfecta de Parisa se hizo más intensa.

—¿Entonces crees que estabas luchando conmigo? Deprimente.

Reina lamentó haber abierto la boca.

—Da igual, yo solo…

—No, no. Dime —la animó Parisa, medio riendo—. ¿Estabas preocupada por mí, Reina? Qué encantadora. No creía que fueras de esas.

—No, solo… —Muy bien, a la mierda—. Tendrías que haberlo vencido. —Eso tomó a Parisa por sorpresa, porque parpadeó—. Nos emparejaron así por un motivo, ¿no? Con alguien a quien se supone que deberíamos de haber destruido, pero no.

—¿Así lo ves tú? —Su voz era contemplativa. Sincera incluso. O al menos no lo bastante burlona. Era irritante, pues tenía el efecto de aumentar su belleza lo que hacía que su cara tuviera ese aspecto —. Interesante.

—¿Qué más se puede ver? —Reina se detuvo—. Nico tendría que haberme vencido, yo debería…

—¿Haberte acostado conmigo? —adivinó Parisa.

—Haberte apuñalado con más fuerza —murmuró Reina para el disfrute de Parisa—. Tristan debería de haber sido capaz de matar a Rhodes y Callum. —Esa era una anomalía que ninguno de ellos podía descifrar—. Lo que sea que tuviera que ver con Callum, pero entonces tú…

—Interesante —repitió Parisa y desvió la atención de Reina hacia los archivos una vez más. Parecía decirlo de verdad, que el punto de vista de Reina le interesaba, lo que, por un momento, resultó encantador.

—¿Por qué? —Reina frunció el ceño—. ¿Cuál crees que es el propósito de emparejarnos de ese modo?

—Ah, me da igual —respondió de forma frívola—. A mí me resultó del todo aleatorio.

Reina se quedó anonadada.

—¿Crees que fue aleatorio?

Parisa se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Tú no sientes nada diferente por mí que el resto, ¿no? —Reina parpadeó, no sabía si se trataba de una trampa, aunque, por suerte, Parisa ya había perdido el interés y añadió—: Yo no siento nada diferente por Tristan.

Su afirmación parecía totalmente falsa, pero al admitirlo era como si perdiera una conversación totalmente distinta a la que estaba manteniendo.

—¿Entonces para qué piensas que armaron esas parejas?

—Parece una pregunta propia de Callum. —Le lanzó una mirada de desinterés—. No me importa quién o qué nos emparejó así. No quise involucrarme.

Había algo fuera de lugar en su afirmación.

—¿Quién o qué? —repitió Reina, frunciendo el ceño—. ¿Qué significa eso?

Parisa desvió la mirada a un lado un instante. Algo se alzó en la superficie de los pensamientos de Reina, aunque no pudo identificar qué. Nada, en realidad. Nada concreto. Un vistazo familiar de los archivos, aunque estaba mezclado con el repentino impulso de apretar los dientes, similar a lo que sintió mientras observaba la proyección de Nico.

¿Estaba Parisa intentando invocar los pensamientos de Reina sobre… los archivos? Reina volvió a echar un vistazo a los tubos neumáticos. Su vacío y la vigilancia de Parisa.

—Nada —respondió Parisa y se volvió—. Una hipérbole.

—No ha sido eso —repuso Reina, de repente frustrada—. ¿A qué te refieres con «qué»? ¿Crees que fue otra cosa y no Atlas o Dalton?

—Claro que no.

—Pero entonces ¿por qué…?

Detrás de ellas, alguien carraspeó suavemente. Las dos mujeres dieron media vuelta hacia la puerta. Reina se sobresaltó, Parisa no se sorprendió.

—Señorita Kamali —dijo Atlas—. ¿Tienes un momento?

Estaba vestido de una forma más informal que de costumbre. Había desaparecido el traje inmaculado de ayer y en su lugar llevaba unos pantalones inusitadamente arrugados y una camisa

holgada. Más extraño incluso que la ausencia de formalidad era el par de mocasines que se había puesto, que parecían unas zapatillas de andar por casa, y la taza que tenía en la mano, que sugería que se había tomado el té de camino. Se trataba de un cambio tan discordante que Reina pensó, primero, que había hecho bien al sospechar que ocultaba algo. Y segundo, que tenía que destruir inmediatamente ese primer pensamiento.

—Bien —dijo Parisa y lanzó una mirada molesta a Reina, como si ella fuera quien lo hubiera traído hasta aquí—. Descansen —añadió por encima del hombro cuando pasó junto a Reina y se acercó a Atlas en la puerta.

Este se hizo a un lado para permitir que saliera al pasillo y se detuvo para dirigirse a Reina antes de seguir a Parisa.

—Disfruta de tu búsqueda, señorita Mori —señaló con su habitual tono hospitalario, como si no estuviera A) en pijama y B) sumido en un estado obvio de angustia—. Todo va bien.

—Alentador —respondió ella con tono frío.

Atlas al menos fue capaz de tomarse su duda con calma y le ofreció el equivalente a una sonrisita.

—Estoy de vacaciones. —Se inclinó y desapareció en el pasillo.

Reina se quedó mirándolos un momento y lamentó por un instante la ausencia de plantas en la sala de lectura. Le resultaba raro ser la única testigo de semejante interacción tan extraña, aunque el helecho de la sala pintada seguramente no le ofreciera ningún tipo de consuelo. Terminó por olvidarse del tema e hizo su petición a los archivos.

Había preparado cuidadosamente una lista de los temas que tenía en mente. El primero era otro lote de mitos sobre la creación, los orígenes de la humanidad según (insertar aquí una cultura antigua), y ese tipo de cosas. Había empezado con lo obvio: los clásicos, la mitología grecorromana y por supuesto la mitología egipcia, el Antiguo Testamento, los mitos taoístas de la creación… y ahora empezaba a retroceder a la cuna de la humanidad, los mitos sumerios y las epopeyas antiguas.

Suponía que, a su manera, estaba llevando a cabo una investigación sobre la cosmología. «Al principio solo había oscuridad», etcétera, aunque sin el toque Nico-Libby que hacía que pareciera todo matemáticamente inaccesible. Quería entender la

vida desde su perspectiva naturalista, con el entendimiento de que era una forma de energía, una llama, y no un esquema arquitectónico misterioso de moléculas y espacio vacío.

Desde el ritual de iniciación, tenían que llegar aún a una conclusión significativa sobre Viviana Absalon, la mortal y medellana cuya autopsia mostró los órganos internos de una mujer de veintiún años donde debería de haber los de una mujer de cuarenta y cinco años, sugiriendo un don de longevidad de nivel medellano. La base para sus estudios sobre la muerte, Viviana Absalon los dejó sin una conclusión significativa, tan solo los proveyó de un tema experimental de discusión: ¿podría haber vivido para siempre si el destino no hubiera intervenido? La introducción de Dalton al tema (con la insinuación de que tal vez la muerte de la medellana con el don de la vida era, en cierto modo, inevitable o un resultado predestinado) había desencadenado algo en Reina, una idea a la que no podía dar nombre.

Según ella, la teoría de Dalton implicaba que el universo era irónico en cierto modo, o que las catástrofes eran merecidas. Parecía un método simple y en última instancia mortal (en el sentido de «destinado a acabar») de mirar el mundo. También había egocentrismo en esta teoría: el concepto de un plan mayor en el que ellos no eran granos de arena o mil millones de átomos en un abrigo, sino que cada uno de ellos poseía un significado importante e irremplazable.

(Reina era de la opinión de que esto no podía ser verdad. Y si existía un dios, un Dios, lo respetaba aún menos por tener el tiempo, la capacidad o el interés de fastidiarla personalmente a ella).

Al final, todo lo que su unidad sobre la longevidad y la muerte había provocado en Reina era lo mismo que había intentado recrear con Nico: el concepto sin probar y a medio formar de que la vida era algo que podía crearse de forma espontánea y por lo tanto destruirse al azar. (Anteriormente, la hipótesis ligeramente diferente de Reina era que Viviana Absalon fue una persona cuya vida había terminado, no porque hubiera nacido con un destino mágico, sino porque había nacido y esas cosas sucedían a veces). Su interés en abordar los mitos de la creación venía de la sospecha fundamental de que, si la vida no era aleatoria, entonces los

humanos, fueran lo que fueren, eran estupendos tomando notas. El universo era anterior a la humanidad, cierto, pero ¿cuándo había empezado la vida a tener el significado que tenía? Alguien debió de presenciar lo que significaba para el mundo tal y como lo conocían, y si eso tenía algún tipo de diseño, Reina necesitaba una retrospectiva excepcional para encontrarlo.

Los libros aparecieron delante de ella en orden. *Gilgamesh, Enkidu* y el *Inframundo. Enuma Elish. El mito de Adapa*. Reina ya sabía que estas obras trataban temas similares: humanos a los que los dioses les concedían la inmortalidad para su grandeza. (Un reflejo de una aversión generalizada de todas las especies al abismo desconocido más allá de la muerte). Había un elemento de divinidad generacional también. Dioses antiguos y nuevos. Este era el aspecto que más intrigaba a Reina. La aparición del Antropoceno suponía el supernaturalismo de la geoingeniería, la marca indeleble de la humanidad sin interferencia de lo divino. (A menos que, por casualidad, alguien se hubiera olvidado de mencionar que la madre de James Wessex fue inseminada por una lluvia de monedas de oro).

Reina revisó los títulos con cuidado, la parte inferior de la capa protectora le acariciaba los dedos como hojas. Llegó al final de la pila antes de lo que esperaba y estaba intentando recordar si se había dejado fuera algo de la lista cuando salió otro fragmento de papiro del sistema de entrega.

ALGUNAS SOLICITUDES HAN SIDO DENEGADAS

Reina parpadeó y le dio la vuelta al papel para comprobar si los archivos especificaban qué títulos le estaban rechazando. No era así, y ya no tenía su lista. ¿Qué era lo que la biblioteca no le concedía? Habría jurado que todas las obras pertenecían en esencia a la misma categoría de mitología. Además, ella ya era una iniciada. ¿Qué más iban a denegarle en este punto?

—Ah, hola —la saludó Nico, mirándola por encima del hombro. Reina siseó, sorprendida—. Perdón —añadió él con una sonrisa, como si no pudiera haber nada mal entre ellos—. ¿Un nuevo botín?

—¿Qué? —Reina parpadeó y entonces Nico miró fijamente la pila de libros—. Ah, sí.

—Parece largo —observó, señalando *Gilgamesh*—. Aunque imagino que no lo llaman «epopeya» sin motivo, ¿eh?

Parecía desesperado por hacerla reír. Probablemente era su método para buscar el perdón, y tenía sentido. ¿Por qué, en el mundo de Nico, iba alguien a molestarse en admitir sus fallos cuando podía simplemente sonreír alegremente y derramar un poco de luz del sol de la punta del pelo alborotado?

—¿A qué has venido? —le preguntó ella, porque sucumbir a otro de los caprichos de Nico de Varona le parecía una pérdida de dignidad insoportable por el momento. (Pero no estaba enfadada, por supuesto. Nada de lo que había pasado en el ritual de iniciación era real, por lo que era una pérdida de tiempo sentirse de ningún modo por ello).

—Eh… Es una larga historia —respondió—. ¿Sabes mucho sobre Schopenhauer?

—¿El filósofo alemán? —Reina no sabía nada de filosofía, un tema que le parecía una pérdida de tiempo por muchas razones. ¿Acaso no se había dado cuenta Nico todavía? Además, ella le había sugerido que eligiera la biología evolutiva para su investigación independiente, pero al parecer no pensaba aceptar su consejo—. ¿No es el que dice que la vida trata sobre el sufrimiento?

—¿Sí? Qué alegre —comentó él, jocoso. Rellenó la solicitud y la introdujo en los archivos—. Estoy deseando leerlo.

—¿Es para… ya sabes? ¿Tu amigo?

—Oh, no. Ni por asomo. —Puso una mueca y de pronto sacó de alguna parte una manzana y le dio un mordisco. El sonido rebotó en el techo de la sala de lectura y reverberó en alguna otra parte. Reina se tensó—. La verdad es que no me creerías si te lo contara —añadió Nico, poniendo los ojos en blanco.

—Ah, bien. —Estupendo, pensó Reina. Qué uso más productivo de su tiempo manteniendo una conversación—. Bueno, debería. —Señaló por encima del hombro e hizo un movimiento para salir, pero Nico se volvió para mirarla antes de que pudiera escabullirse e hizo eso que solía hacer de vibrar a una frecuencia demasiado aguda en la distancia limitada que había entre ellos.

—Eh, ¿qué libros te ha rechazado esto? —Esa fue la pregunta que al parecer no podía resistirse a formular. Le dio otro mordisco ensordecedor a la manzana y masticó mientras hablaba—. No pensaba que pudiera pasar esto.

Ella tampoco, pero eso no era lo que tenía en mente.

—Esto —repitió Reina.

—Sí, esto. O ellos, supongo. Lo que sea. —Nico señaló los tubos del archivo con los dedos—. El sistema divino de entrega y sus pequeños mensajeros.

—Ah. —Así que Nico estaba mostrándose gracioso, solo eso. Pero algo en la palabra «esto» golpeó a Reina de un modo que se le quedó en la punta de la lengua, como un sueño a medio recordar—. Nada importante. Unos mitos sobre la creación que he solicitado para la investigación.

—¿Eso? —preguntó él. Reina se encogió de hombros en una confirmación ambigua—. ¿No te los ha dado? Qué raro. ¿Crees que teme que vayas a intentar convertirte en dios o algo así?

—Ja —replicó Reina y se dio la vuelta—. Bueno, tengo que…

—Vale, perdona. —Le hizo un saludo militar—. Pásalo bien. ¿Luchamos después en el jardín?

Oh.

—Puede. —Si no encontraba una forma de evitarlo—. Tengo mucho trabajo, pero.

—Vale, vale. Si te va bien. —Los archivos completaron la petición de Nico con la clase de tomo grueso y encuadernado que solía odiar, y si Reina hubiera tenido un talante más conciliador, se habría reído por cómo había muerto por dentro el chico—. Hasta luego.

Reina, cuya intención era ponerse a leer en la sala de lectura, salió con el montón de manuscritos y un humor sombrío y se dirigió a la sala pintada (a menos que hubiera alguien allí, en cuyo caso declararía el día perdido y se iría a comer chocolate en la cama). Alguien tenía que regar las plantas. Fuera hacía calor y los cornejos se movían hacia el sol. *¡Madre! ¡Aquí! Madre miramiramira bendícenos con tus preciosos ojos Madre, dinos hola madre…*

Reina se detuvo en seco y su mente formó con retraso una respuesta justo cuando pasaba junto al despacho cerrado de Atlas.

Parisa había dicho «qué», como si el resultado del ritual de iniciación no estuviera determinado por una persona, sino por una cosa.

Nico había llamado a los archivos «esto».

Dalton, al hablar sobre Viviana Absalon, se había referido a la magia casi como un dios.

Atlas habló de los requisitos para la iniciación como un sacrificio ante el altar del conocimiento, un conocimiento que era consciente, una conciencia que llenaba indudablemente esta casa.

Pero tal vez la magia, o la propia biblioteca, fuera menos intelectual.

Reina no sabía a dónde iba hasta que llegó al comedor y se detuvo en la puerta. Callum, que estaba en la esquina, registró su presencia con una mirada fugaz desinteresada.

Él estaba junto a la barra, sirviéndose una bebida. Eran las nueve de la mañana.

—Noto tu desaprobación —le dijo Callum sin levantar la mirada y se vertió todavía más líquido en el vaso como castigo por su silencio—. Y también la rechazo.

—Dime una cosa, tu ritual de iniciación… —comenzó Reina.

—Sí, estoy jodido, es patético, fin. —Callum levantó el vaso para beberse el contenido.

—No —repuso Reina y Callum se detuvo a medio sorbo—. Bueno, sí. Pero me refería a… —Tragó saliva—. Dijiste algo. El otro tú. Algo sobre saberlo todo de nosotros.

Callum la miró de soslayo y procedió a terminarse la bebida. Mantuvo la nariz metida en el vaso durante lo que a Reina le pareció una eternidad.

—Sí —terminó diciendo.

—¿Sí? —repitió ella.

—Sí —volvió a afirmar.

—¿Te importaría profundizar?

—Bien. —Se volvió hacia las botellas y se sirvió más whisky del que le gustaba—. ¿Bebes?

Reina negó con la cabeza.

—No.

—Ahora sí. Dame el gusto.

—Podrías haber ejercido influencia sobre mí para aceptar —señaló ella.

Callum la miró por encima del hombro y se puso a servir un segundo vaso.

—Escucha. —Le puso el tapón a la botella y llevó los dos vasos donde se encontraba ella, junto a la mesa. Dejó uno con poco cuidado junto a la silla—. No me importa una mierda lo que os pase

a ninguno de vosotros aparte de esto. Si tenéis alguna clase de obligación moral rhodesiana de destapar lo que los archivos han elegido mostrarme, bien. Me da igual. No tengo tiempo para malgastarlo hablándote de mis intenci…

—Así que fueron los archivos —lo interrumpió Reina, asintiendo —. ¿Te han dado información sobre nosotros?

Él se encogió de hombros y levantó el vaso.

—Un brindis —sugirió—. Por esta vida que carece de sentido.

Demasiado dramático para el gusto de Reina.

—Solo trato de preguntar si…

—Bebe —le pidió Callum. Cuando Reina abrió la boca, le repitió —: Beeeeeebe. —Esto le dejaba claro que tal vez esta no fuera su primera indiscreción del día. Se llevó el vaso a los labios y se atragantó de inmediato por el vapor. Decidió no moverse hasta que Callum no hubiera terminado su copa—. De acuerdo. —Soltó el vaso vacío—. Tienes treinta segundos. ¿Qué cojones quieres?

—¿Puedes ejercer influencia sobre los archivos?

—No —respondió Callum con tono amargado—. La biblioteca tiene conciencia, sí, pero a esa magnitud…

—Entonces quiero que me uses.

Callum parpadeó.

—Quiero que uses mi magia —aclaró Reina— para ejercer influencia sobre los archivos y que me den los libros que quiero.

Callum se quedó mirándola.

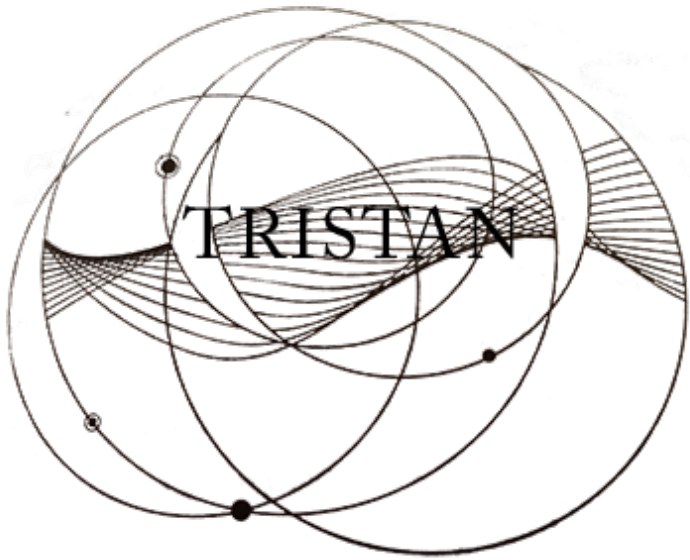
—Creo que eran treinta segundos —comentó ella—. Que, sinceramente, es tiempo más que suficiente para mí, así que…

—Un momento. —Callum la detuvo cuando se disponía a dar media vuelta—. Espera, espera. ¿Hablas…? ¿Hablas en serio o…?

Esto era ridículo. Reina no tenía todo el día. Era una pregunta muy sencilla y tenía muchos libros interesantes esperando en el tiempo que tardaban las neuronas de Callum en cobrar vida.

Esto, pensó irritada. Esto era por lo que no bebía.

—Deja de beber —le sugirió por encima del hombro. Callum seguía mirándola cuando llegó a la puerta—. Cuando estés sobrio ven a buscarme.



—Necesito que me ayudes a morir —le pidió a Nico. Porque en su mente esa era la forma de arreglarlo.

Era una solución muy sencilla en realidad. El proceso de deducción de Tristan comenzó durante el ritual de iniciación. En el momento en el que Libby estuvo a punto de matarlo (la Libby de verdad, no, claro, aunque no le extrañaría que algún día decidiera intentarlo) pudo de pronto conjurar el uso de magia que tan solo había logrado hasta ahora por medio de largos periodos de tiempo mirando el vacío y disasociándose de sí mismo. Y era duro, la verdad. Mucho trabajo. Y molesto. Y una pérdida del preciado tiempo de Tristan.

Pero entonces, cuando Libby estuvo a punto de matarlo, su perspectiva de la situación cambió. De pronto podía verlo todo, lo que, en la práctica, significaba que podía ver una cosa con una gran calidad. Vio la magia limitando la simulación y una vez que advirtió ese… cambio, como sucedió la primera vez que vio la animación de Libby (que de nuevo no se trataba de la Libby real, sino una segunda Libby irreal. Qué confuso, ¿no? Todas estas Libbys falsas

acumulándose en su almacén mental, que era perfectamente lógico, pero posiblemente no estaba bien) muerta en el suelo. Parpadeó una vez, ¡Libby Rhodes! ¡Muerta! ¡Qué horror! Parpadeó dos veces y la energía cambió de dirección, siguiendo de pronto un camino organizado.

En la sala pintada, cuando se enfrentó a la ira de Libby Rhodes, con la muerte en los talones, la visión de Tristan volvió a formar un caleidoscopio, igual que la última vez, para mejorar sus sentidos. Pudo saborear el peligro inminente y este le concedió claridad, liberándolo de la fastidiosa estupidez habitual que soportaba en cualquier momento. Su imaginación era demasiado limitada allí sentado, perfectamente a salvo, despotricando sobre cosas como la opinión que tenía su padre de él o si su alma seguiría existiendo una vez que muriera. No, el truco era aclarar la mente, o probablemente abandonarla.

Cuando despertó de la proyección, los ojos de Atlas Blakely fue lo primero que vio y se preguntó si los grados que había cambiado la postura de Atlas eran una coincidencia o no.

De ahí el «necesito que me ayudes a morir», que no fue recibido con entusiasmo precisamente.

—¿Qué cojones? —exclamó Nico.

—Lo sé.

—Ya sabía que eras un masoquista, pero eso es ir demasiado lejos, incluso para ti —añadió Nico.

—Sí —confirmó Tristan con tono amable—, pero no te lo pediría si no creyera que fuera a funcionar, hablando en términos de magia.

—¿Por qué yo? —Era una pregunta justa que el propio Tristan se había hecho ya varias veces en los segundos que habían pasado entre que había llamado a su puerta y se había encontrado con el físico desaliñado.

—Porque, por desgracia para todos nosotros, me gusto lo suficiente como para no querer morir de verdad —comenzó Tristan.

—Ah. —Nico parpadeó—. Es una buena noticia, sinceramente…

—… lo que significa que no puedo hacerlo yo solo —continuó con tono agrio—. Y como eres el único con la capacidad mágica para intentar lo que tengo en mente, también eres la única persona a la que puedo pedírselo.

No mencionó el resto de factores obvios: porque no podía

pedírselo a Callum. Porque Parisa se echaría a reír. Porque a Reina no podría apartarla de sus libros y Tristan tampoco estaba convencido de que fuera una psicópata total. Si hubiera alguien a quien pudiera acudir en lugar de a él, lo haría, pero no había nadie, así que nada. Ni siquiera estaba convencido de si debería estar aquí ahora, pero la solución le parecía muy sencilla. Tanto que por un momento le pareció más importante que otras cosas, como el desagrado que sentía por el hombre sin camiseta que había de pie en la puerta.

Nico se mordió la mejilla por dentro, pensativo, o tal vez con desconfianza.

—¿Y si no me apetece ayudarte?

«Entonces, tal y como sospechaba, no eres de utilidad para mí», fue lo que Tristan decidió, sabiamente, no decir.

En cambio, se encogió de hombros.

—Qué triste. No una tristeza como para que se acabe el mundo. Solo inconveniente. —Se dio la vuelta, ya había empleado más tiempo del que pretendía al tocar a la puerta, pero Nico lo detuvo con un suspiro hondo.

—Bien —dijo—. Dime qué es lo que quieres.

—La voluntad de vivir de Schopenhauer —respondió.

—Muy bien, usa unas palabras mejores —sugirió Nico, cruzando los brazos sobre el pecho desnudo. No era atípico mostrarse a medio vestir, pero por primera vez parecía sentirse cohibido—. O más cantidad.

Había en el pecho de Nico una fina capa de sudoración, y a Tristan le pareció de pronto algo anormal. Al pensar un segundo en ello (los humanos a veces sudaban), comprendió que era porque nunca antes había visto a Nico ni a Libby teniendo que regular su temperatura. Mientras que los demás ajustaban sus comportamientos y armarios al tiempo, Nico no solía hacerlo así. Y Libby, que parecía enamorada de las prendas de punto a un nivel estético, solo se mostraba físicamente alterada cuando había llevado a cabo una cantidad significativa de magia, un grado de esfuerzo que, para bien o para mal, Tristan comprendía bien.

—Estás sudado —observó y lo lamentó de inmediato cuando en la cara de Nico apareció una sonrisilla.

¿Cómo llamó Atlas a Tristan en una ocasión? ¿Erudito? Eso era

demasiado.

—Mis ojos están aquí arriba —le dijo Nico con tono irritante. Tristan no tenía tiempo para esto.

—Solo… No importa. —Le lanzó una mirada fría. Por ninguna razón en particular, solo porque parecía que tenía que expresar su opinión sobre el tema de su interacción antes de que ninguno se confundiera—. La voluntad de vivir de Schopenhauer afirma que hay algo innato en cada uno de nosotros. Algo como la supervivencia que sale a relucir en el momento de una muerte inminente.

—De acuerdo. —Nico frunció el ceño y se apoyó en el marco de la puerta—. ¿Entonces crees que podrás acceder a algo justo antes de morir?

—No lo creo. Lo sé. —A fin de cuentas, lo había experimentado recientemente, y a menos que estuviera del todo equivocado, Atlas también lo había visto. El silencio de Atlas era más revelador que la propia sospecha de Tristan—. Solo necesito algo para acelerar el proceso.

—¿El proceso de qué?

—De… verlo. Cosas. No lo sé. —Esto iba rápidamente cuesta abajo—. Tengo algo —dijo con tono irritado—. Una habilidad que no comprendo. Pero no puedo usarla a menos que las cosas sean muy…

—¿Urgentes?

—Sí. —Tristan tenía la sensación de que al fin habían llegado a un momento de sincronicidad: los dos contemplando el cuerpo muerto de Libby Rhodes en el suelo de su dormitorio, que fue también el momento en el que los dos hombres repararon en que había algo en la ausencia de la joven que solo ellos comprendían—. Lo he probado varias veces antes —añadió Tristan—. Creo… Creo que hay algo a lo que puedo acceder. Algo que cambia la forma en la que veo la realidad. Pero… —Se detuvo.

Nico esperó.

—Pero no puedo hacerlo lo bastante rápido —confesó con un gruñido—. A menos que mi supervivencia esté en juego. Y como tú ya has muerto antes…

—Perdona, ¿qué? —dijo Nico antes de que Tristan recordara que el dosier sobre los demás que le había mostrado Callum, la

información que había sacado de los archivos de la biblioteca que incluía el detalle de que la magia de Nico de Varona lo había resucitado en una ocasión de esfuerzo intenso, no era de dominio común.

—Perdona, ha sido un lapsus, yo… —Estupendo. Primero lo del sudor y ahora esto—. La cuestión es que haces muchas estupideces con regularidad —aclaró con tono gruñón.

—Ah, sí. Cierto. —Nico frunció el ceño en un gesto de concentración—. Aunque no suelo intentar matar a la gente.

—Es maravilloso por tu parte. —Eso lo dijo con malevolencia—. Supongo que habrás notado que cuando lo intento, tengo tendencia a fallar.

Nico al menos pareció reconocer el traspié.

—No me refería…

—No me importa a qué te referías. —Y era verdad, o probablemente lo fuera—. Pero quiero empezar a intentarlo pronto. Ahora.

—¿Ahora? —Nico parpadeó y luego lo fulminó con la mirada—. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Ir a buscar la escopeta y llevarte atrás?

—Eso seguro que requiere muchos productos cosméticos. Intenta dejarme la cara bonita, por favor.

—Ah, que ahora importa la vanidad, estupendo. —Pero era obvio que estaba contemplando las posibilidades—. ¿Piensas en… electrocución? ¿Asfixia? ¿Ahogo?

—¿Exactamente cuánto tiempo has dedicado a imaginar mi muerte? —le preguntó Tristan.

—No más que en la de cualquier otro, seguro. —Se puso a darse golpecitos en el muslo. También parecía haberse refrescado un poco, aunque Tristan no se había fijado—. Vale, vale. —Asintió—. Voy a buscar a Schopenhauer.

Tristan se esforzó mucho y sin éxito por no gruñir.

—Bien.

—Y quiero… pensar. Las formas de hacerlo. —Parecía sincero y casi serio—. Porque si algo va mal.

—Eres un físico —le interrumpió Tristan—. Si algo va mal, es mejor que lo arregles. —Las palabras, como la mayoría de sus palabras últimamente, salieron más duras de lo que pretendía.

—Si no puedo, no podrás hacer nada —le respondió Nico con la misma dureza.

Los dos se tensaron, Nico se apoyó en el lado opuesto del marco de la puerta y Tristan cambió el peso de la pierna izquierda a la derecha.

—Mira —dijo Nico, pasándose una mano por el pelo rebelde y, al parecer, buscando una ofrenda de paz—, Rhodes confiaba en ti. Lo sé.

Esa era precisamente la razón por la que Tristan había acudido a Nico.

—Sí.

—Y tú… sea lo que fuere lo que puedes hacer. —Nico lo contempló en silencio—. Obviamente, se trata de algo que merece la pena explorar.

—Sí. —Claramente—. Creo que podría ser…

Pero entonces se quedó callado, porque no quería estar equivocado.

—Creo que podría entenderlo mejor si llegara en el momento adecuado. —Eligió las palabras con cuidado.

Nico lo consideró un momento.

—Bien —concluyó—. Pero no vuelvas a despertarme tan temprano.

Haré lo que me plazca, pensó Tristan, aunque tras un momento de indignidad, le pareció una petición justa. Tenía la costumbre de perder la noción del tiempo en esa casa abismal.

—Muy bien.

—Y mejor lo hacemos cuando Parisa esté dormida —añadió Nico—. No quiero que nadie me esté leyendo la mente y gritándome por ello.

—De acuerdo. —También era un detalle válido. No era que Parisa fuera a gritarle, pero sí se reiría de los dos. Eso si Tristan sobrevivía—. Esta noche entonces.

—Estupendo. Adiós. —Nico retrocedió de la puerta y la cerró con firmeza. Dejó a Tristan en el pasillo.

Antes de que pudiera darse la vuelta hacia su dormitorio, se abrió una puerta a su derecha.

—Vaya —oyó una voz y se tensó.

Se volvió despacio hacia Callum, que lo miraba con algo que

bien podría ser diversión.

—¿Haciendo nuevos amigos? —le preguntó. Estaba sorbiendo de una taza que no parecía contener manzanilla. Aunque ¿quién sabía? Callum no lucía ni más ni menos preocupado que de costumbre. A lo mejor dormía como un bebé. O como los muertos.

—Creo que me he hartado de amigos —respondió con tono tenso Tristan.

En el rostro de Callum apareció una sonrisa amplia y burlona.

—Es comprensible. —Se movió para regresar al interior de su habitación, pero se detuvo—. Yo… —comenzó, pero se quedó callado y se encogió de hombros—. Puede que quieras considerar encargarte de todo esto —comentó, señalando a Tristan—. De un modo más sano que urdiendo planes peligrosos con un niño hiperactivo.

Tristan experimentó otra oleada de rabia.

—¿Entiendo que tienes comentarios?

—Sugerencias amigables, tal vez. Por mi parte, encuentro el yoga increíblemente refrescante. —Callum se llevó la taza a los labios con la vista fija en la de Tristan—. Pero no me atrevería a ofrecer comentarios.

Maravilloso.

—¿Eso es todo?

—Sí. —Se apartó del pasillo—. Buenas noches.

—Es de día —señaló Tristan.

—Solo para los que no tienen imaginación —respondió Callum por encima del hombro y entró de nuevo en su habitación.

Fue una suerte para Tristan que tuviera asuntos más urgentes que tratar. Se dirigió a su cuarto pensando en dormir un poco, pero renunció a lo absurdo de semejante concepto y decidió salir a los límites de los terrenos. Bajo el brazo llevaba una libreta en la que había estado escribiendo desde la conclusión de su ritual de iniciación y que supuestamente estaba destinada a contener la investigación de su tema de estudio independiente (su programa para el segundo año en los archivos de la Sociedad ocupaba una página escasa —los iniciados aportarán un tratado de importancia a los archivos cuyo tema será de su elección—, seguido de una única línea que Tristan, supuesto académico y poseedor de palabras, aún no podía completar de forma satisfactoria) y que incluía, en su

lugar, diagramas incomprensibles de nada.

Bueno, de nada no. Tristan comprendía unas cuantas cosas críticas. Una: sabía que podía ver el tiempo. Eso estaba probado, ratificado por Rhodes incluso. Dos: sabía que podía ver la forma y el estado de la magia, que tenía para él el aspecto de ondas granuladas de energía. Esto era un tema de conversación para mantener con un físico, aunque no podía imaginarse consultando con Nico ningún tema intelectual aún. Cada cosa a su tiempo. Primero el asesinato y después las investigaciones académicas.

Se rio de sí mismo, disgustado. ¿En esto se había convertido? ¿En una especie de bufón insensato enamorado del peligro? Podía sentirlo como el destello de un cuchillo, el cambio que se había producido en su interior. Siempre había estado enfadado, pero era la clase de rabia que no tenía liberación, pues la sentía por cosas intangibles: la vida. El destino. Las circunstancias. Estaba enfadado por haber nacido para lo que había nacido, por quién era. Pero ahora todo era mucho más concreto, una noticia fantástica. Estaba enfadado con Callum, que había amenazado con matarlo y, también, había insinuado por diversión que Tristan era débil, insignificante y un idiota.

Y lo era. De ahí su rabia.

Pero ahora era diferente. Fructífera. La rabia se estaba volviendo productiva. Porque Tristan se había dicho a sí mismo que Callum no era propietario de la valía de Tristan, no era propietario de él, y que él, Tristan, era valioso de forma innata, predestinado, porque podía ver, sentir, hacer cosas que los demás no podían. Y ahora tenía la oportunidad de demostrar que era verdad.

Momentos antes de que la proyección de Libby Rhodes lo matara, Tristan fue capaz de crear una estrategia de huida. Había visto su final y, al hacerlo, había cambiado su comprensión de la realidad. De nuevo. Porque estaba empezando a comprender que la realidad no era objetiva y que nunca lo había sido. La realidad objetiva afirmaba que si un medellano usaba una ilusión para ocultar con magia su apariencia real, el efecto de la magia debería de permanecer. Los ojos de Callum probablemente deberían de tener un riguroso tono azul celeste para Tristan, pero no era así; poseían un tono normal y humano de azul. Había algo que decir sobre esto, sobre la relatividad, y la relación entre el observador y

el observado, pero la teoría solo podía ir tan lejos. Tristan no veía lo que otros llamaban «realidad», pero veía algo más útil. Su definición de «realidad» suponía identificar las estructuras del tiempo y el espacio, pero su experiencia del mundo estaba obstruyendo continuamente su habilidad para acceder a ello. Solo cuando sentía que su conciencia estaba en riesgo de fractura o expiración, era capaz de desasociarse de ella, de abrir otro ojo a la verdad más amplia, más cierta.

Estaba en los límites de los terrenos de la casa, más allá de los cornejos; recordó aquella vez en la que había conseguido acceder a otro plano. El otro hombre, el viajero (Ezra, si no recordaba mal), se encontró con él aquí, y Tristan cerró los ojos en un intento de alcanzar el mismo grado de… ¿podía llamarlo «nirvana»? Tal vez sí, si quería ser un completo pretencioso. Pero no importaba, porque algo había cambiado en las protecciones del terreno.

Tristan volvió a abrir los ojos, decepcionado. El patrón granulado de las protecciones parecía más tirante, o tal vez era que habían desaparecido los pequeños fragmentos de permiso por los que había vagado con anterioridad. Las ventanas de fluidez habían sido succionadas por el vacío, aunque al parecer se debía a algún defecto que no había previsto. Las protecciones que alguien había quebrado, que supuestamente nadie debía de quebrar nunca, estaban ahora reparadas. Y eso significaba que Tristan ya no podría maniobrar dentro de ellas, por muy minúsculas que fueran sus maniobras.

Tristan pensó en la posibilidad de hablar con Parisa sobre esto. Ella había notado algo en su magia, eso estaba claro, y por lo que él sabía, lo había hecho de forma acertada. Como resultado, su proyección de él durante el ritual no era poderosa; su proyección de él había visto algo. Un patrón, una progresión de energía. Era la misma cosa que había visto antes su yo real, pero no sabía que Parisa también lo supiera. Sin embargo, lo que le molestaba no era que ella lo hubiera visto, sino que hubiera elegido no hacer nada. En una simulación en la que solo ellos dos podían ver lo que sucedía de verdad, ella decidió desentenderse por completo.

¿Era eso un reflejo de lo que pensaba de él, de que no lo consideraba importante?

—Eh —dijo una voz detrás de él. Tristan abrió los ojos a la

niebla intensa y oscura.

A eso, y a Nico de Varona.

—Te estaba buscando —le dijo y le lanzó un libro que atrapó al vuelo. Era una recopilación de notas de Schopenhauer sobre el trascendentalismo.

Tristan miró el libro y apartó luego la vista. Ya sabía todo lo que necesitaba sobre el trascendentalismo y la teoría.

—¿Y?

—Y el concepto es sólido. —Nico se acercó a su lado—. ¿Qué se supone que va a pasar si acepto?

—Ya te lo he dicho. Me matarás, pero no del todo. —No eran unas instrucciones complicadas y Tristan empezaba a preguntarse si había exprimido ya la capacidad de Nico de pensamiento inteligente.

—No, me refiero a qué va a pasar en el momento antes de que mueras. —Nico se volvió para mirarlo—. Esa es la parte que no entiendo. Sí, vale, pasa algo. Adrenalina o algo así. ¿Magia? —preguntó, y Tristan se encogió de hombros—. ¿Qué ves exactamente?

Esa era la cuestión, ¿no? La que se había pasado todo el día preguntándose. Cuál era el propósito de este ejercicio, porque en este momento se le estaba escapando un tiempo precioso en la Sociedad y no tenía días que desperdiciar.

Tristan estaba cansado de hacerse preguntas. Cansado de estar con personas que ya entendían sus límites o la falta de ellos. Había perdido un año de su vida en medio de la confusión cuando le habían prometido la grandeza, que él era grande. Solo le quedaba un año para demostrarse a sí mismo que Atlas Blakely, y por extensión él mismo, no estaba equivocado al creer que había algo singular en él. Que este era su lugar, esta casa, junto a los medellanos más increíbles de su generación, si no de su era.

—Lo veo todo —dijo—. Y pienso —añadió, aclarándose la garganta— que puedo usarlo también. Que cuando me enfrenté a Rhodes en esa simulación, yo…

Podía sentir la mirada de Nico y fijó la suya al frente, en el horizonte.

—Usé el tiempo —siguió—. Fue como si me expandiera más allá de mí mismo. No sé cómo explicarlo, pero fue como… en ese

momento, pasé de ser yo mismo, de tener un comienzo y un fin, a plegarme sobre mí mismo, una y otra vez. A existir dentro de mí mismo y fuera de mí, replicándome continuamente. Como poder moverme por otra.

—Dimensión —murmuró Nico.

—Sí. —Tristan mantuvo la mirada fija en el vacío de la noche—. Lo curioso es que lo he visto antes. Mi padre… —Inspiró profundamente. No le gustaba hablar del tema y Nico no dijo nada —. No es una persona paciente —añadió al fin—. Y también es violento por naturaleza. Solía tener unos episodios. «Explosiones», los llamábamos mi madre y yo. Ella tenía un sexto sentido, sabía cuándo pasar de puntillas por su lado, qué decir para calmarlo. Pero entonces ella murió. —Tragó saliva—. Sigo sin saber cómo. Yo no era muy mayor. Pregunté a mi padre y me pegó tan fuerte que te juro que saboreé las estrellas.

Nico no dijo nada y Tristan sintió la habitual mezcla de amargura y deslealtad que lo invadía cuando hablaba de su padre. La dualidad de su relación era que su amor no podía existir sin rabia, y su odio era igual de ineficaz porque era frágil y estaba poroso por el anhelo.

—El agua me daba miedo —continuó—. No sé por qué. Bueno, el agua no, las profundidades. Entonces él me sujetó por el cuello encima del Támesis.

Silencio.

Una vez que había comenzado, le resultaba más fácil hablar.

—Lo extraño fue que se calmó un poco después de aquello. Yo crecí, supongo. O él se cansó. O puede que viera a Dios, yo qué sé. Sigue siendo un ser despreciable, no te confundas. —Soltó una carcajada—. Un capullo, y no creo que haya alguien que no esté de acuerdo. Pero escondió muy bien las otras partes. La oscuridad. Cómo actuaba… como si algo se apoderara de él. Posesión demoníaca o algo así.

»Y ahora es más viejo —dijo un segundo después—. Más suave. No levanta la voz mucho. Piensa que es demasiado sabio para eso, que ha visto demasiado, que sabe demasiado. Y tiene razón. Ha mejorado con el tiempo, es cierto. No solo es mejor. Es más respetado, más considerado. Habla más despacio. Es justo —señaló, riéndose—. Hace que me pregunte si aquello fue real o si lo soñé,

porque no pudo ser tan malo como yo creía. Porque si fue tan malo, si de verdad fue tan malo que vi a través del maldito tiempo cuando tenía siete años y luchaba por mi vida encima del río Támesis, entonces alguien más debería de haberlo visto, ¿no? Alguien tenía que saberlo. Pero nadie lo sabía, por lo que tal vez haya sido un sueño.

Se quedó con la boca seca.

—A lo mejor fue una pesadilla extraña. Él siempre decía que yo tenía mucha imaginación, que veía las cosas como las veía porque me las inventaba. Y es una locura que lo crea, ¿no? Porque es así, lo creo. Y esa es la peor parte, que cuando se suponía que tenía que estar aprendiendo cómo ver el mundo, cómo formar parte de él, él me enseñaba a tener miedo todo el tiempo. Estoy tan jodidamente asustado que no veo las cosas con claridad a menos que vuelva ahí, a sentir que puedo morir. Y en el momento en el que tenga que pensar que sí, que muy bien, que lo conseguiré, en ese momento —exhaló un suspiro—, el momento más duro, el momento por el que, hasta que llegué aquí, lo he hecho todo para no tener que volver a vivirlo… en ese momento tengo que ver lo imposible, lo increíble, y entonces encontrar la energía para decir que no, que no. No caeré, no me ahogaré, no me romperé y no…

Suspiro.

—No lo perdonaré —dijo—. Y no perdonaré a nadie que me haga preguntarme a mí mismo si merezco vivir.

Tras varios segundos de silencio, se dio cuenta de que Nico no le había preguntado, que no le importaba. Porque todos tenían sus tragedias personales y ¿quién cojones sabía si Nico de Varona entendía este tipo de dolor? Estas dudas. Y tras otros segundos de silencio, le dieron ganas de retirarlo todo, porque no podía soportar la idea de enfrentarse a la compasión de Nico. No podía soportar verla, la mirada en los ojos de Nico que le decían que lo sentía. Que Tristan era justamente lo que había dicho Callum: una víctima. Si Nico le ofrecía una palabra amable, Tristan estaba seguro de que le daría un puñetazo en la boca.

Notó, más que ver, la boca de Nico abrirse y se tensó. Nada, pensó, ni una palabra, ni una disculpa y…

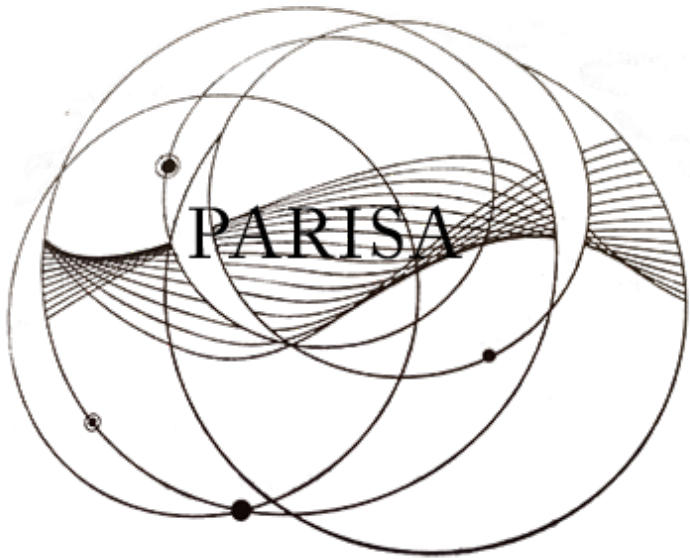
—Creo que deberíamos de intentar que sufrieras un ataque al corazón —señaló Nico con calma—. Mantener intacta esa cara

bonita que tienes.

Era tan improbable y sorprendentemente la única cosa que valía la pena escuchar que, por un momento, Tristan estuvo a punto de vomitar.

—Sí. —Exhaló un suspiro lento de alivio—. Sí, de acuerdo. Pero no puedes avisarme —añadió, volviéndose hacia Nico—. Porque si sé que se aproxima.

Y los nudillos de Nico conectaron con el pecho de Tristan justo antes de que todo se volviera negro.



No le sorprendió que Atlas apareciera por primera vez en semanas para ir a buscarla a la sala de lectura. Lo sorprendió sin su máscara después del ritual de iniciación de Tristan y los dos lo sabían, ¿por qué no iba a elegir hoy, un martes normal, para interrumpirla de forma inconveniente a menos que fuera porque al fin Parisa sabía algo?

—Señorita Kamali. —La presencia inoportuna de Atlas en ocasiones como estas estaba volviéndose demasiado predecible—. ¿Tienes un momento?

Maldita Reina. La habría fulminado con la mirada de haber sabido que el fastidio hubiera merecido la molestia. Esperaba que Atlas no hubiera escuchado la última pregunta de Reina, aunque, si lo había hecho, era enteramente por culpa de Parisa. Estaba demasiado ocupada prestando atención a sus bloqueos telepáticos, por lo que se había olvidado de no decir idioteces en voz alta.

Al parecer, Atlas tenía algo que decir sobre el escrutinio de Parisa de la conciencia de los archivos. (O, como Reina lo había llamado, «mirar la nada». Idiota. Ponle un aro en la nariz y un poco

de obstinación deliberada a una chica sexy con destreza con el cuchillo y de pronto la posibilidad de atracción se esfuma). Eso, o Atlas estaba al fin dispuesto a acabar con Parisa, que parecía más inevitablemente prescindible con cada día que pasaba.

¿Voy a necesitar testigos?, le preguntó en silencio.

Me encantan nuestras charlas, fue la respuesta de Atlas.

Reina estaba siendo muy poco útil, como de costumbre (mirando la ropa de estar por casa de Atlas), así que Parisa aceptó. Al menos Atlas la esperó para salir de la sala de lectura y le hizo un gesto por el pasillo antes de asaltarla con su usual desfile de sutilezas.

—¿Estás bien?

—Depende de a dónde vayamos —murmuró ella. Se fijó en las protecciones para comprobar dónde estaban todos en la casa. Callum se movía hacia el comedor. Tristan estaba fuera, llevaba ya varias horas allí. Nico avanzaba despacio hacia ellos de camino a la sala de lectura, mucho mejor que pasarse la mañana metido en la cama.

Atlas parecía haber realizado el mismo barrido de investigación. Dirigió los pensamientos de Parisa a una de las puertas del jardín para evitar que se encontraran con Nico.

—Prefiero no tener que dar explicaciones. —Ofreció una respuesta a la mirada interrogativa de Parisa y señaló su estado desaliñado.

Parisa le miró la ropa: los pantalones arrugados, las zapatillas de casa.

—¿Disfrutando de un día de cuidado personal?

—Necesito tu ayuda —le dijo Atlas, ignorando su tono sarcástico y haciéndole un gesto hacia la casa una vez que sus caminos no se habían cruzado con el de Nico—. Y he tomado la decisión bastante halagadora de anteponer tu pericia de forma urgente ante cualquier formalidad respecto de mi atuendo, si te parece bien.

—¿Mi pericia? —Parisa enarcó una ceja. Estaba muy segura de que algo preocupaba al cuidador, pero no esperaba que lo compartiera con ella.

—¿Tan improbable es? —La llevó a su despacio en el ala sur. La animó a entrar y cerró la puerta después—. Eres preocupantemente buena en tu especialidad, como estoy seguro de que recordamos ambos.

Parisa soltó una risa burlona.

—Si estás probando la psicología inversa para ganarte mi parabién…

—No. Tu parabién puede seguir encadenado si quieres. Siéntate —le pidió, señalando una silla que había detrás de la mesa—. Ponte cómoda.

¿En su silla? Lo miró en busca de una confirmación y él se encogió de hombros en una ausencia de respuesta.

—Esto no me gusta nada —advirtió Parisa con un murmullo, aunque hizo como le pidió. Se acomodó en la silla del cuidador y frunció el ceño al ver que Atlas permanecía de pie en medio de la habitación. *Cuéntame la verdad, ¿qué hacemos aquí?*

Era difícil mentir telepáticamente. Podía hacerlo si quería, pero sería más duro.

Necesito tu ayuda y te juro que es la verdad.

—Bien. —Parecía decirlo de verdad—. ¿Qué necesitas?

—Hay un agujero en las protecciones.

—¿Telepático? No —respondió. Lo sabría si fuera así.

—No, no es telepático. —Atlas se rascó la barbilla que, según atisbó Parisa, no tenía afeitada. Qué curioso. Siempre lo había considerado un presumido, o al menos un hombre consagrado a las apariencias.

—¿De qué clase? —Y añadió: *Ve al grano. Tengo cosas que hacer.*

¿Te refieres a cuestionar una biblioteca consciente? No espero que recibas ninguna respuesta importante hoy.

No estaba equivocado. Todo cuanto tenía hasta el momento era una sensación generalizada de deterioro por parte de Reina (y, a menos que estuviera muy equivocada, de Nico) y la advertencia de Dalton que le resonaba en los oídos: «Parisa, el conocimiento es muerte, no puedes conseguirlo sin sacrificio». La cuestión era: ahora que no tenían que matar a nadie, ¿qué tendrían que sacrificar esta vez?

Siempre quedará mañana, respondió.

Atlas le lanzó una mirada impaciente, pero comprobó que estaban en un punto muerto.

—Se trata de una protección física —admitió.

Parisa lo miró con los ojos entrecerrados.

—Entonces busca a un físico. Como bien recordarás, aún te queda uno.

—El señor de Varona no puede saberlo. —Una conclusión razonable en la mayoría de los tramos de la imaginación, aunque poco clara aplicada a este caso específico. Atlas se sentó en la silla que habría frente a ella, donde tendría que estar Parisa si se siguiera la jerarquía de la conversación—. Ni nadie más —advirtió.

Interesante, aunque no pensaba arruinar la diversión diciéndolo en voz alta.

—¿Lo sabe Dalton?

—El señor Ellery no lo sabe —contestó Atlas—. Él es un investigador, esto no pertenece a su ámbito.

—¿Pero sí lo pones en mi ámbito?

—Solo porque no veo otro modo. —De nuevo, parecía decirlo en serio. La necesidad de acudir a ella no le generaba ningún placer, y Parisa lo veía porque él no se había tomado ninguna molestia por ocultarlo.

—¿Y si se lo cuento a alguien?

Atlas se acarició los nudillos con el pulgar.

—Pues se lo habrás contado a alguien.

—¿Está tu carrera en juego?

—Supongo. —Sonaba cansado.

—¿Estarás en deuda conmigo? —decidió preguntarle, moviéndose para colocar los pies, cruzados por los tobillos, encima de la mesa.

Atlas siguió el movimiento con una mueca. Parisa sonrió.

—No. No estaré en deuda contigo. Solo te estoy pidiendo un favor, que puedes aceptar o no, como prefieras. Y después volveremos a nuestros papeles habituales como cuidador e investigadora.

—Parece que asumes un papel bastante activo con Dalton —lo desafió.

—Señorita Kamali. —Una advertencia—. ¿Hay un agujero en las protecciones o no?

Ella suspiró y lamentó que se hubiera cansado tan rápido del juego. Se lo estaba pasando deliciosamente bien.

—De acuerdo. —Cerró los ojos y se concentró en la conciencia de la casa y sus protecciones. Esta se relajó como un gatito bajo su

caricia—. ¿Qué estoy buscando?

—Algo de un metro ochenta aproximadamente de alto.

Abrió un ojo.

—¿Con qué forma?

—Forma de hombre. —Atlas se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas—. Parece que estás familiarizada con estas dimensiones —murmuró, y Parisa consideró sentirse ofendida, pero prefirió mostrarse encantada.

—¿Es una broma, señor Blakely? Qué sorpresa. —Cerró los ojos y se movió por las texturas de la magia de la casa, pidiendo el favor. Podría llamarlo: vigilancia del vecindario por medio de las artes medellanas—. Nada —determinó un momento después—. A prueba de balas.

—Bien. —Atlas exhaló lo que parecía un suspiro de alivio—. Gracias. —Se puso en pie—. Ahora fuera de mi silla.

—¿Lo has arreglado, entonces? —adivinó Parisa. No tenía ninguna prisa por dejar su puesto de autoridad, particularmente cuando había tanta agitación en el ambiente. Al ver la mirada de advertencia del cuidador, añadió—: ¿Para qué me necesitabas si ya lo has solucionado tú?

—Para una evaluación profesional. —Arriba, señorita Kamali. *Tengo trabajo que hacer*.

Seguro que sí. Estaba claro que había más que no le estaba diciendo.

—Qué mal, ¿no? Alguien ha debido de cometer un terrible error —señaló con tono solemne.

—Alguien —coincidió Atlas— lo ha cometido, sí.

Se miraron otro instante antes de que Parisa, que se aburría con la situación, exhalara un suspiro. Se puso en pie y señaló la silla.

—Toda tuya.

—Sí. —Atlas se detuvo junto a la mesa, esperando.

También lo hizo Parisa.

—Imagino que habrás escuchado lo que Reina y yo estábamos…

—Estás buscando algo que esté mal —la interrumpió Atlas, acariciándose la sien—. O alguna clase de plan siniestro. No me imagino por qué.

—Será mi naturaleza —sugirió Parisa—. O el hecho de que todo el mundo tenga un plan y que siempre haya algo mal. ¿Quién sabe?

Tal vez al reparar en que Parisa no tenía ninguna prisa por salir, Atlas tomó asiento tras la mesa y encendió la pantalla del ordenador para regresar a sus tareas. Parisa se fijó en que nunca antes lo había visto utilizar un ordenador, pero su trabajo era claramente más ordinario de lo que había imaginado.

—¿Nos estás rastreando? —preguntó.

—No —respondió él sin levantar la mirada.

—Pero algo lo está haciendo, ¿verdad? —*El conocimiento es muerte. Dalton lo dijo por una razón*.

No tengo ni la más remota idea de lo que estás hablando.

—Buen día, señorita Kamali.

—La simulación. La ceremonia del ritual… ¿Cómo la llamó Dalton? Una prueba, no. —Abandonó sus esfuerzos por mostrarse sutil y se colocó delante de la mesa, proyectando una sombra sobre ella—. No fue para nuestro beneficio. Nosotros ya nos hemos ganado nuestra plaza aquí, como bien dijiste… por lo que conocer las debilidades de los demás ya no es de utilidad. —Él no la contradijo—. A menos que otra cosa estuviera intentando saber sobre nosotros. Observarnos. —Algo o tal vez alguien.

Atlas tecleó algo antes de mirarla.

—¿Y qué crees que quiere saber esta cosa elusiva?

—Nuestros patrones —respondió de inmediato—. Nuestro comportamiento.

—¿Para qué? ¿De verdad te consideras tan interesante que cualquier cosa que hagas merece un análisis?

Sí, así era. Y además él estaba mostrándose intencionadamente complicado.

—¿Esto es lo que obtengo por ayudarte? —preguntó con un suspiro de decepción.

—Sí. —Atlas se retrepó en la silla—. Me temo que mi almacén de eterna gratitud necesita un reabastecimiento.

Parisa notó la burbuja de una carcajada en la garganta por lo que le pareció un cambio sorprendente. Este tipo de juego no era propio de él y casi había conseguido que fuera divertido.

—¿Sabes? Me gustas así —comentó en voz alta Parisa—. La ausencia de seriedad es muy refrescante.

—Suelo gustar mucho, señorita Kamali. —*¿O cómo crees que llegué aquí?*

Punto válido.

—¿Entonces tiene esto que ver con Libby Rhodes? ¿Por eso me has llamado para comprobar el agujero en las protecciones?

Esta vez, la miró fijamente. *¿Qué te hace pensar eso?*

Fue un error catastrófico que Rhodes desapareciera como lo hizo sin tu conocimiento. Y solo una catástrofe te traería hasta mí.

Atlas le sostuvo la mirada unos segundos más. El pequeño reloj de la pared marcó la hora, ambos permanecían quietos y atentos.

—¿Dónde piensas que está? —preguntó Parisa.

—No lo sé.

Consideró su tono al responder. *Pero sí sabes quién se la llevó.*

—Tengo mis sospechas —respondió él con tono ambivalente. Era agotador.

Respóndeme aquí, lo retó.

Él tensó la boca, impaciente. *Sí, sé quién se la llevó.*

Era obvio. *¿Un hombre de aproximadamente un metro ochenta?*

Sí.

¿Un físico?

Más o menos.

¿Y no se lo vas a contar a los demás?

Los demás no necesitan saberlo.

Parisa difería. *Pero ¿crees que está viva?*

Eso espero.

¿Sabes que Varona va a seguir buscando? Tal vez incluso Tristan…

Y espero que la encuentren. Porque yo no puedo.

Todo eso parecía cierto, casi totalmente sincero.

¿Dónde crees que está?, volvió a preguntar Parisa.

No lo sé, respondió él una vez más.

Pero esta vez fue diferente. La respuesta era amorfa. No sabía la respuesta de forma concreta, pero sí sabía algo, y lo que sabía era una traición de tal magnitud que incluso él, Atlas Blakely, cuidador de la Sociedad Alejandrina, se había hecho pequeño y humano por saberlo. El esfuerzo por sellar las protecciones le había supuesto un coste enorme, y no solo físico. Algo dentro de él había quedado alterado para siempre, destrozado, olvidado.

Atlas Blakely había perdido algo, Parisa lo entendía bien. Algo muy próximo a su propósito en la vida, algo que no era lo bastante

libre para tratarse de la pasión, pero más intenso, más denso y más puro que la felicidad o la dicha.

A dónde había ido Libby Rhodes era una cuestión menor, diminuta, empequeñecida por una cantidad más amplia de cosas que ahora sabía Atlas. Todo lo que sabía, en realidad. El suyo era un mundo salido de su órbita, o desequilibrado.

Por eso había necesitado a Tristan, o algo que había hecho Tristan, para devolverlo al éxtasis. Porque donde Atlas se encontraba indefenso, Tristan era la respuesta. Ahora Atlas volvía a tener potencial. Ímpetu. Había acudido a Parisa porque había perdido algo, algo que antes definía todo su ser, su yo completo. Ahora ya no importaba lo que ella supiera o viera porque Atlas tenía a Tristan. Su órbita había cambiado.

En algún lugar de la inmensidad de los pensamientos arremolinados de Atlas se encontraba precisamente lo que Parisa había venido a buscar. Había susurros de conversaciones en su mente, fragmentos. ¿Dónde estaba Libby Rhodes? Perdida por los pecados de Atlas Blakely. Parisa captó retazos de pensamientos, astillas de un recuerdo aleteando como alas errantes o hilos desenmarañados. Encontró los bordes desgastados e hizo lo que mejor sabía hacer.

Tiró.

… malditos libros…
… muerta, larga vida a la Sociedad…
… ¿ha hecho?…
… saben pasar hambre…
… tú y yo, vamos…
… tener a los dos…
… falla, la naturaleza crea uno nuevo…
… la Sociedad está muerta…
… ¿encontrado algo? Pensaba…
… crea uno nuevo…
… Atlas, no eres un…
… y yo, hagámoslo…
… seamos dioses…

Parisa inspiró profundamente y reculó un paso para apartarse de Atlas. Esta respuesta, la que le había robado, era una violación. Parisa lo sabía y también él.

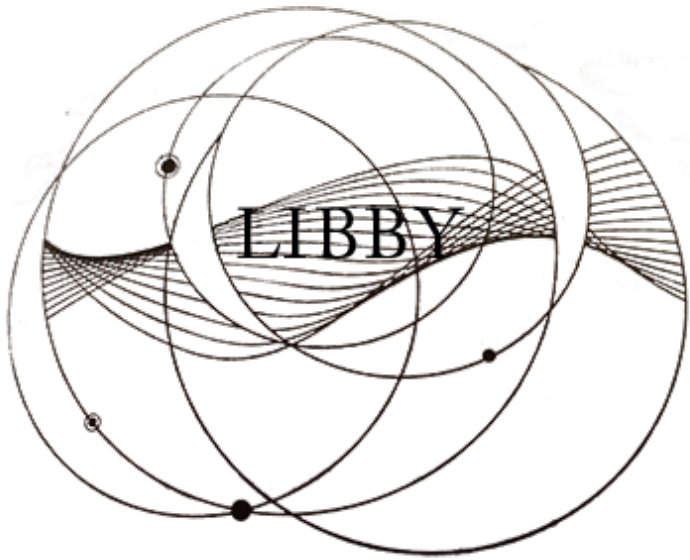
—Supongo que nuestra breve distensión ha terminado ya —murmuró Parisa. Una especie de disculpa.

—Adiós, señorita Kamali —dijo Atlas, y no era un perdón.

Salió del despacho consciente de que él ni siquiera se había molestado por levantar la mirada.

Así y todo, una sonrisa se dibujó en sus labios, se sentía sorprendentemente triunfante.

—Tengo la sensación de que te veremos pronto, Rhodes —comentó a la nada y sacudió la cabeza mientras avanzaba por el pasillo.



Últimamente, Libby Rhodes había estado durmiendo como nunca antes había dormido. ¿Qué había cambiado? Quizá fuera el entorno. Las sábanas frías, la tentación del descanso, la ausencia de nada que hacer más que sucumbir a la oscuridad cavernosa. O probablemente el hecho de que su exnovio la había secuestrado, traicionado y abandonado a su suerte. A saber.

Dormía como una adicta: se le hacía la boca agua ante la oportunidad de acurrucarse, de tumbarse bajo las sábanas, acunada por la agonía de estar perdida. El proceso de conservar su existencia era tan agotador que la única opción que le quedaba era sucumbir a la eterna nada, dejarse llevar hasta el fondo de unas profundidades inexplorables. Cuando estaba despierta, merodeaba por la habitación que se había convertido en su jaula, aburrida y monstruosa, engatusando al humo para que se tornara llama solo para sentir la succión de aire a su alrededor, como si se encontrara en una especie de soga fluida.

No se había rendido.

Era como si todo el sueño que estaba recuperando desentrañara

una idea a medio formar que su mente consciente no podía entender porque estaba, como siempre, demasiado nerviosa, demasiado entregada al pánico exquisito de las hipotéticas huidas. Libby siempre había sido insoportable cuando estaba despierta (pregunta a Nico de Varona o a Reina Mori; pregunta a Tristan Caine o a Parisa Kamali; intenta preguntar a Callum Nova, si es que seguía con vida), y ahora que estaba ella sola, coincidía: era la peor persona que había conocido nunca y la menos divertida con quien quedarse encerrada en una habitación a solas.

A los efectos de establecer la escena, los ingredientes de su cautiverio eran los siguientes:

Una caja con una ventana. La ventana era una ilusión, por lo que, a todos los efectos, no existía nada al otro lado de ella. La observación sugería a Libby, quien ya existía en el universo anteriormente, que esto era un estudio terrible o la habitación de un motel barato. Lo más probable era que Ezra, su exnovio a quien nunca había considerado una persona sádica hasta ahora, no pudiera permitirse gastar magia en una estancia más habitable. Aunque tal vez fuera una cuestión puramente económica. Sus hábitos sugerían que él no vivía aquí, y, además, ¿quién se podía permitir dos alquileres?

Había una puerta cerrada con protecciones, eclipsada. A la derecha había un baño que lamentaba tener que usar. Verse arrastrada de la preciada incubación del sueño meditativo para atender la dependencia consciente de su cuerpo era una de las cosas que menos le gustaban. Pasaba muy poco tiempo allí y no solía abrir los ojos cuando entraba.

A la izquierda estaba la cama y ciertamente no era la de una prisión. ¡Ajá! Un atisbo de afecto o tal vez de humanidad por parte del hombre que en el pasado se había mostrado tan amable al permitir que Libby fuera y viniera a su antojo. Sábanas agradables, de algodón, suaves y lujosas, y también cómodas y humildes. A fin de cuentas, Ezra había dormido en su cama casi tres años. Las sábanas olían a peonías y lavanda, una mezcla de flores frescas combinadas con la tranquilidad suave que le transmitía la crema de manos de su abuela artrítica. Ezra había tenido una maravillosa atención por los detalles, acomodando su pequeña caja como si ella fuera una mascota preocupada y ansiosa. Durante días no comió

nada, preguntándose si intentaría administrarle algo. Acabó comprendiendo que no era peligroso y que, si ella moría, él se disgustaría mucho consigo mismo. Ezra quería que permaneciera aquí, fuera del alcance de cualquiera que fuera la exorbitante tiranía a la que ella contribuía, según él, o de la que era cómplice. Elizabeth Rhodes, destructora de mundos. Solo la idea la hacía salivar por un donut, o tal vez por un pastelito de crema.

Sin perder el hilo de la situación, a menudo pensaba en Tristan de un modo similar. Pensaba en todos ellos, los otros cinco a cuyo grupo pertenecía poco antes, pero cada uno le acompañaba en sus pensamientos de un modo distinto. Nico era incansable, siempre molestándola. *Rhodes, despierta, Rhodes, eres un incendio, Rhodes, arde*. Quería que se fuera porque la agotaba de un modo diferente a los demás. No le dejaba dormir, pero ¿qué podía hacer ella? Buscaba magia a su alrededor para poder escapar, pero esta habitación, sus protecciones estaban diseñadas para ella, contra ella. Cada elemento de magia a su alcance en esta habitación era su enemigo, elaborado específicamente para evitar que saliera.

Reina era una presencia maravillosa en sus pensamientos, muy callada, tranquila, que de vez en cuando miraba a Libby por encima del libro, como diciendo: *Tú, Libby Rhodes, eres una ingenua, y nadie echa nunca de menos a una ingenua*.

Rhodes, eres agotadora, sabía que serías una víctima terrible. (Esta era Parisa). A veces le susurraba al oído de forma lasciva. Otras veces suspiraba, aburrida, enseñando la pantorrilla por debajo del vestido. *Oh, Rhodes, eres un lamentable bulto de desesperación, haz que pare o tendré que encontrar otra cosa con la que divertirme*.

Fíjate en las piezas, Rhodes.

Este era Tristan. Libby se permitía dar forma a algunas interacciones más que a otras, jugar con ellas como si fueran proyecciones en las que yacía tumbada en unas sábanas con olor a flores, en su capullo de algodón. Él se acercaba a ella, con los ojos entrecerrados, hambrientos, con una paciencia aniquiladora. *Fíjate en las piezas, Rhodes, es la única forma de ver el conjunto*. Normalmente, estas incursiones mentales se desviaban de forma salvaje y anhelaba un chute de algo, una dosis de fantasía. Jugaba

consigo misma, permitiéndose saborear las proyecciones de su imaginación e invirtiéndolas luego, cuando se acercaban demasiado para su gusto, reproduciéndolas a cámara lenta para no perderse el sabor agridulce de la construcción.

Pero, inevitablemente, la interrumpía Callum. *A nadie le gustan los mártires, Rhodes*, le decía mientras se examinaba las uñas. *Te ayudaría si me lo pidieras*.

Pero no por ser de ayuda, claro. *Solo porque tu ansiedad me da dolor de cabeza*, señalaba.

En ese momento, Libby se recordaba que probablemente Callum estuviera muerto, que, casi con seguridad, aunque Tristan hubiera fracasado, uno de los otros, tal vez Parisa, hubiera resuelto la situación. Entonces se sentía mejor por un tiempo, pero siempre le costaba más echar a Callum que a ninguno de los otros.

Estás pasando por alto lo importante, le decía.

A lo que ella respondería con lo obvio. Las protecciones. Había algo aquí que contrarrestaba la magia que normalmente acudía a ella con facilidad. Había algo cinético que la adormecía, la volvía perezosa, lenta, como una toxina en el aire. Sabía que estaba aquí y sabía lo que era, y lo que no sabía era qué le esperaría si se marchaba.

¿Dónde había decidido dejarla Ezra Fowler, un hombre del que había hablado con su madre, contándole que podría pasar con él el resto de su vida?

Vamos, Rhodes, ahora estás pensando. No es todo una cuestión de elementos físicos. A menudo todo se reduce a la debilidad fundamental de un solo ser humano. ¿Sabes acaso cuántas fracturas puede tener una persona? Mira tus propios fallos y no seas estúpida. No eres especial porque eres imperfecta, todos tienen piezas rotas. Todos tienen algo que ocultar.

En este punto, Callum se puso en pie y estiró las piernas largas mientras observaba su alrededor con una mirada de desagrado aristocrático. *¿Sabías que la mayor parte de nuestros comportamientos vienen de nuestra adolescencia? Los gustos evolucionan, pero hay una pequeña parte de la juventud que nunca nos abandona. Por algo los llaman «años formativos». Porque siempre regresamos a ellos de algún modo*.

Con Callum, lo importante siempre eran las personas, la fragilidad de los humanos, como si él fuera de otra especie, y tal vez lo fuera. Siempre hablaba manteniendo la distancia de un brazo entre los dos, como si fuera el público de una comedia que estuviera teniendo lugar en el escenario.

Y para Callum siempre era una comedia, él nunca se veía comprometido, nunca involucrado. Libby se preguntaba si le habría resultado graciosa, histérica, la idea de que, de todos aquellos a quienes él consideraba inútiles, hubieran decidido matarlo a él. Libby no podía evitar pensar que seguramente la traición le pareciera entretenida en el sentido más puro, absurda hasta el punto de ser divertida.

Intentó verlo desde la perspectiva de Callum, aceptar el consejo de Tristan y fijarse en las partes que formaban el conjunto, porque la evidencia parecía sugerir que Ezra Fowler estaba completamente convencido de que, al encerrar a Libby, estaba salvando al mundo. Y si había algo que necesitara una supervisión más detallada, era probablemente la idea de que Libby importaba, aunque solo fuera un poco.

No era que a ella no se le ocurriera nada, pero pensar como Callum le daba a todo un sabor un tanto más interesante. ¿Cómo, si no, podría enfrentarse a la posibilidad de ser un sexto de un código nuclear distópico si no fuera tomándoselo a risa y volviendo a la cama? Y eso era lo que hacía Libby, pero ahora estaba empezando a soñar. El adormecimiento crónico que sentía era suficiente para dejarle el cuerpo atontado, vacío, pero su cerebro, que antes estaba ocupado con la academia, más allá de los sueños de cualquier estudiante mortal, no se contentaba con un éxtasis tan distanciado.

Seguro que tiene un gusto musical horrible, comentó Callum, previsiblemente desdeñoso en su suposición de que cualquier enamorado de Libby debía de ser dolorosamente banal. *Seguro que no es capaz de evitar el apego con lo que escuchaba con quince o dieciséis años. ¿Qué sería?*

Ezra tenía una edad similar a Atlas, según afirmaba. Él mismo consideraba que no tenía acento, pero eso era imposible; su discurso debía de pertenecer a una parte del mundo. Ezra había especificado únicamente Los Ángeles, que era un lugar grande que Libby había visitado solo una vez, en unas vacaciones familiares en las que

fueron a un muelle apto para niños que estaba cerrado en ese momento por las mareas altas. Ezra dijo que lo había criado su madre, que no tenía hermanos, que llevaba muchos años sin hablar con nadie de su hogar. Ella asumió que simplemente se habían distanciado, su madre y él, hasta que Ezra la corrigió una noche tras haberse bebido media botella de un champán barato en Año Nuevo. En realidad, su madre estaba muerta. Llevaba muerta mucho tiempo. Murió cuando él era un niño.

Bien, de ahí viene el heroísmo. La culpa del superviviente y todo eso. El peso de la responsabilidad, dijo Callum con tono burlón. Libby conocía esa parte de Ezra, cómo tendía a querer salvarla de sus ansiedades en lugar de escucharla cuando hablaba. Él quería que ella quisiera ser rescatada, y ella pensaba que la decisión ocasional de satisfacerle era algo que hacía la gente en las relaciones. Ego masculino. Las cosas que hacían las buenas novias para mantener la paz.

El ego es algo curioso, comentó Callum que no dejaba de intervenir para interrumpir sus fantasías sexuales o burlarse de su persistente malestar. *Supuestamente, el ego es la versión real, ¿lo sabías, Rhodes? Rhodes, no estás escuchando. No hay muchas personas que entiendan quiénes son de verdad, ¿lo has comprendido ya?*

La Libby de antes replicaría que, por supuesto, se entendía a sí misma, que era ella misma, pero dada la naturaleza de los últimos acontecimientos, sentía que no tenía más elección que retroceder y reconsiderar. Sabía con claridad que no era ella misma en este momento, y eso se acercaba lo suficiente al entendimiento por ahora.

Callum continuó: *No podemos evitar aferrarnos a nuestros orígenes. El pasado parece siempre más ordenado, Rhodes. Parece siempre más claro, más recto, más fácil de comprender. Anhelamos esa sensación de simplicidad, pero solo un idiota perseguiría el pasado, porque nuestra percepción de él es falsa, el mundo nunca fue tan simple. Solo se puede saber en retrospectiva, y, por lo tanto, entenderse*.

Es concebible, sí, aclaró Callum. *Aunque, como ya sabes, el mundo tiene superpoblación de idiotas*. Entonces se rio y levantó de

repente el vaso que llevaba siempre en la mano.

Y así fue como Libby se dio cuenta de que estaba en un sueño, porque bajó la mirada y vio que también ella tenía un vaso, y que más allá de las paredes de la sala pintada, el cielo ardía con la predicción de Ezra de cómo terminaría el mundo. La destrucción que Atlas Blakely les impondría, cayendo como lágrimas de sangre. Ezra no se lo había descrito nunca en realidad, fuera lo que fuere lo que hubiera visto cuando seguía los planes de Atlas, pero había ciertas cosas que Libby sentía que, ellos, como especie, estaban diseñados para predecir. El final de los días siempre parecía igual, sin importar la mano que lo hubiera escrito. Toda la humanidad compartía una sola imaginación lúgubre: fuego e inundaciones, langostas y plagas. La Tierra expulsándonos de su Edén podrido, despojado.

La extinción en masa es un engaño. Es una idea popular entre las mentes pequeñas, las teorías conspirativas. Por supuesto, no hay dinosaurios, hay lagartos y pájaros. Ese Ezra tuyo probablemente no sepa qué vio y, aunque así fuera, ¿quién puede decir que no es supervivencia?, le recordó Callum.

Que pudiera escuchar a Callum hablando con ella con oraciones completas daba mucha credibilidad a la idea de que el negativismo tenía mucha más tendencia a adherirse que el positivismo. Había estado escuchando con tanto interés sus críticas que las recordaba ahora mejor que incluso los resoplidos tranquilizadores de Nico o las correcciones murmuradas de Tristan.

Libby estuvo tentada de contarle a Callum que estaba muerto y que era por lo tanto totalmente intrascendente, pero entonces se fijó en dónde estaba ella y entendió de nuevo que estaba soñando. Ahora estaba en la entrada de su dormitorio del primer año en la UNYAM, mal iluminado y con una moqueta diseñada para que no se notara el desgaste, aunque ese tipo de hechizo era distintivamente institucional. (Parecido a la moqueta de las habitaciones universitarias de los mortales, que eran a menudo del color de la estancia repugnante que debían ocultar).

Se movió de forma mecánica, superficial, como si todo esto estuviera ensayado, y llamó a la puerta de una habitación que sabía vagamente que era incorrecta en cierto modo. Más tarde, cuando se despertó, la ubicaría. (Su mente inconsciente había tomado detalles

de la mansión de la Sociedad y los había mezclado con otros de su viaje de cuarto curso al Museo de Historia Natural).

—¿Gideon Drake? —preguntó Libby—. Soy Libby Rhodes, la encargada de tomar notas de los servicios para discapacitados de la UNYAM.

El hombre que abrió la puerta parecía una mezcla entre Tristan y otra persona a la que Libby no reconoció de inmediato como un sacerdote que le había parecido sexy cuando se encontró con él en la Séptima Avenida el pasado verano, pero sabía que era Gideon igual que sabía siempre quién era la gente en los sueños.

Estaba soñando con la vez que conoció a Gideon, por lo que era con él con quien estaba hablando.

—Libby —dijo Gideon con la cara del cura-Tristan—. ¿Me escuchas?

Las luces parpadearon en el pasillo y ella se giró, sintiéndose de pronto amenazada.

—Tendrías que haberle pedido a Parisa que te hablara del sueño lúcido —señaló Callum, que no estaba ahí un momento antes, pero se encontraba ahora a su lado.

—Mito —respondió Libby, pero Callum desapareció.

—Libby. —Era de nuevo Gideon, aunque su rostro no había cambiado—. Intenta hacer algo. Cambia algo.

Pero estaba muy cansada. Y, de todos modos, así no era como transcurría. Tendría que haber comenzado con Gideon y ella hablando sobre la narcolepsia antes de que le preguntara por qué trabajaba para los servicios de discapacidad (pasarían semanas, si no meses, antes de que se le escapara y le contara a Nico lo de su fútil práctica de tomar notas diligentes en clase, algo que había estado haciendo por su hermana Katherine durante la interminable duración de su enfermedad) y acababa con Libby enterándose de que Gideon Drake era compañero de habitación del capullo que se sentaba detrás de ella en Magia Física 101. En ese momento decidió que odiaba a Gideon por asociación, aunque, por supuesto, no se atrevería a hacerlo en realidad. (No porque sufriera narcolepsia, aunque era un factor, sino porque se trataba de Gideon, y era imposible odiar a Gideon).

Pero esto era un sueño y todo lo que sabía ella de los sueños sugería que estaba en algún lugar en medio de un ciclo REM que no

duraría más de veinte minutos. En breve comenzaría un sueño más profundo y al fin conseguiría su tan merecido descanso de verdad.

—El ambiente es un poco sofocante aquí —dijo Callum, que, al parecer, no se había ido.

—No puedo cambiar el aire —respondió Libby—. Aguántate.

—En realidad sí que puedes —señaló Gideon como el cura-Tristan—. Y deberías hacerlo.

Libby miró a Callum y luego desvió la vista, agotada. ¿Por qué no podía estar soñando con Mira? Echaba de menos a su compañera de habitación de la UNYAM. O podría soñar con Katherine, que, en este contexto, imaginó que parecería una obsesión afectuosa en lugar del sueño recurrente en el que llegaba tarde y Katherine la estaba esperando en algún lugar, fuera de su vista e imposible de alcanzar. Si Libby iba a hablar con una persona muerta, Katherine era la única que le gustaba de verdad. (No conocía a su abuelo tan bien, y saber que había jugado al tenis hasta los noventa años no era un sustituto de conocer de verdad a una persona).

—Sé que no quieres —dijo el cura-Tristan, frunciendo el ceño, concentrado—. Estás en un lugar muy distante, puedo verlo, pero…

—El futuro es muy lioso —señaló Callum—. Muy desordenado. Demasiados resultados. La entropía solo se mueve en una dirección, ¿has pensado alguna vez en ello? Igual que el calor. —Hizo rebotar una bola de goma pequeña tres veces y contempló cómo desaparecía—. ¿Lo has visto? Claro que no.

—¿Libby? —la llamó el cura-Tristan, volviéndose en dirección a Callum—. ¿Eres tú?

—No, ese no soy yo —respondió Libby, aunque por un momento consideró si Callum no tenía un aspecto ligeramente extraño. Estaba haciendo las cosas que solía hacer Callum pero no estaba vestido de forma correcta. Llevaba uno de los *blazers* de Tristan.

De pronto sintió una absurda sensación de oposición. ¿Por qué aparecía siempre Callum cuando pensaba en Tristan? Incluso dentro de su cabeza estaba celosa de él, seguía viéndolos como partes entrelazadas. Qué estupidez.

«Cambia algo». De acuerdo.

Se quedó mirando el *blazer* e hizo un agujero en él. Luego, al ver una pequeña voluta de humo saliendo de la tela, lo incendió entero y se rio.

(*Blazer*, ¿lo captas?, como *blaze*, «llamarada» en inglés).

—Bueno, es un comienzo —dijo Callum, que ya no era Callum, sino la propia Libby.

Lo sabía porque tenía su aspecto y sonaba como ella, y tenía un flequillo poblado que seguía sin tener una longitud normal, como el suyo. Sí, era ella, bien: las llamas se habían enfriado y ahora la propia Libby se levantó de entre las cenizas como una Venus reservada y en absoluto sexy.

—Mierda —se dijo a sí misma—. Todo el mundo sabe que no sirves para nada.

—Libby —la llamó el cura-Tristan, cuyo rostro se había deformado ligeramente—. ¿Puedes cambiar el lugar donde estamos?

Las dos Libbys lo miraron.

—¿Cambiarlo por qué?

—Por otro lugar, el que sea.

—¿Cómo?

—De la misma forma que cuando estás despierta.

—¿Por qué no estoy despierta ahora?

—Tu cuerpo está dormido, pero tu mente está despierta.

—¿De verdad?

—No del todo. Pero sí, más o menos.

—¿Eres Gideon? —preguntó al cura-Tristan.

—Sí. —Sonaba sorprendido y encantado—. ¿Me puedes ver?

Libby parpadeó y lo vio. Ahí estaba, el pelo castaño y las ojeras. Tenía los bordes redondeados por los hombros, de encorvarse. El agotamiento constante. La narcolepsia, pensó, o más bien recordó. Se acordó también de que nunca supo cuál era su especialidad. (Algunas personas eran ridículamente discretas. ¿Qué necesidad había?).

—¿Cómo sé que eres tú de verdad? —preguntó con desconfianza y, encima de ellos, el techo crujió. Levantó la mirada y vio el ábside de la sala pintada. Se maravilló al ver lo suave y dorada que era la luz.

—Estás despertándote, Libby, así que vas a tener que confiar en mí. ¿Sabes dónde estás?

—Eh… no —respondió antes de pensar en lo que Callum, Libby, había dicho sobre Ezra y los asesinos en serie. No, los asesinos en serie, no. Los adolescentes. Adolescencia. Las historias de origen,

pero Ezra no era un villano, ¿no? No, ella era la villana; no, era Atlas; no, era Ezra, secuestrar a las personas no era amable. Algo sobre las formas. *Ladies, let's get in formation*. No, no, formidable, *fromage*, formativo—. Años formativos —murmuró.

—¿Qué? —preguntó Gideon, desconcertado.

Uf, esto era agotador. Ella solo quería dormir. Supuso que entraba en una especie de pseudocoma cuando alguien trataba de lastimarla. Si se tratara de Parisa, el mundo ya habría sido arrasado. Nico miraría a Ezra y estaría muerto, así, sin más. Pum. Muerte, muerte es lo que nos hace ser quienes somos, vivos. La mortalidad, esos pequeños paréntesis inteligentes. Nacimientos y muertes, comienzos y finales.

—Tiempo —dijo.

—¿Estás en el futuro?

—No, por supuesto que no, estúpido —respondió ella; se sentía de pronto irritada y abrumada. Infinitas posibilidades. Disonancia estadística. Caminos divergentes. La entropía se movía únicamente en una dirección. El orden era importante para los secuestros. El crimen requería pulcritud—. ¿Cómo me encontró?

—¿Quién?

—Ya lo sabes.

Libby empezaba a ser consciente de algo. Su vejiga, esa cosa maldita. Maldiciones. Suerte y mala suerte. Intención. ¿Cuál era su intención? Disrupción. Era hilarante pensar en lo corto de miras que debía ser esto. ¿Qué iba a hacer él con ella? Probablemente tendría que matarla. Aún no, iría dándose cuenta, acabaría comprendiendo que no podía devolverla y que no podía esconderla, y ahora era simple, era sencillo, pero estaba adormilada y no quería causar ningún daño porque estaba más interesada en combatir su propia disonancia cerebral, pero sus músculos se atrofiarían al final y su magia sufriría espasmos y padecería ataques de explosividad y Ezra pensaría «oh, nooo, me olvidé de que he secuestrado a una chica mágica», y entonces tendría que matarla y, claro, se sentirían todos mal por ello, pero al final él se olvidaría de la culpa porque tenía la intención de quitársela de en medio y solo había una forma de hacerlo.

—Rupturas, ¿estoy en lo cierto? —le dijo a Gideon. Poco a poco iba siendo consciente de sí misma, de que estaba sobre las sábanas y

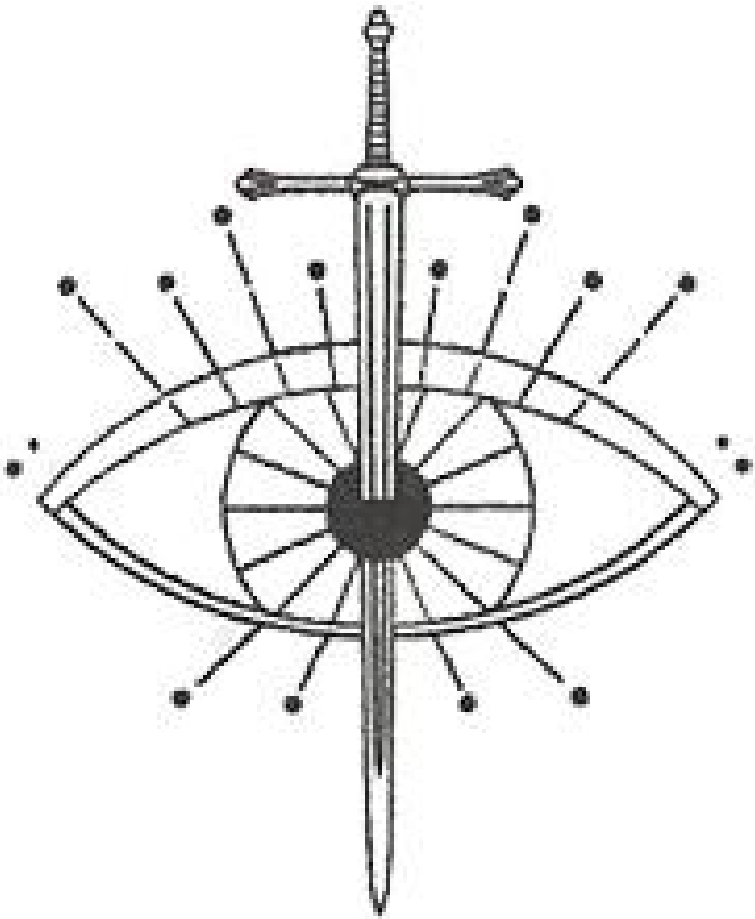
Gideon estaba diciendo algo, pero no lo oía porque era consciente de sí misma, de su forma física, de que había alguien más en la habitación, de que alguien la estaba despertando de su preciado y sagrado sueño.

—Libs. —La voz de Ezra era amable y apenada, familiar y suave —. ¿Tienes hambre?

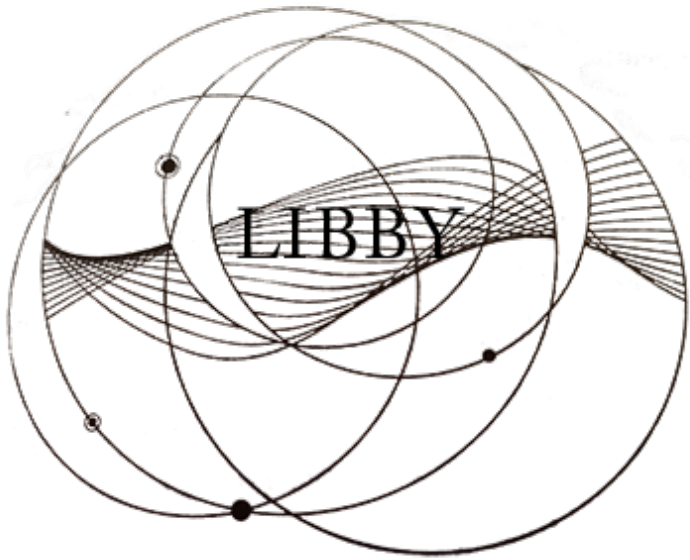
Más tarde, el razonamiento de Libby sería que ni siquiera estaba totalmente despierta cuando extendió el brazo y rodeó con la mano la garganta de su exnovio.

—Sí —respondió con voz ronca—. Me muero de hambre.

IV



ENTROPÍA



Libby salió a trompicones de entre los escombros, tosiendo trozos de pintura y granos de gotelé. El sol que había fuera del apartamento (¿o era un motel? Tenía que ser un motel, y uno sórdido) era brillante, pútrido, cegador. Podía ver el calor flotando por encima del asfalto, nublándole la imagen de las aceras agrietadas alineadas con automóviles deteriorados. Estaba claro que se encontraba en una calle industrial llena de talleres de reparación. Por el sonido, estaba muy cerca de una autovía. Notaba ráfagas de aire caliente del desierto y oía las bocinas de los coches que se alejaban. En el horizonte flotaba una neblina gris tóxica que se alzaba hacia el cielo blanco.

La calle era estrecha, apenas cabían dos carriles en ella. Se estremeció a pesar del calor, notaba las olas de llamas detrás de ella como si tuviera un horno a su espalda. ¿Qué camino elegiría? Miró a la izquierda, luego a la derecha, y decidió que probablemente diera igual. Se alejó rápidamente de la habitación de motel en llamas y eligió una dirección al azar, siguiendo el camino de la calle.

—Eh —dijo una voz masculina detrás de ella que emergió de uno de los garajes cercanos cuando pasó—. ¿Acabas de salir de ese incendio de ahí como si nada?

El corazón le dio un vuelco a Libby cuando el hombre, que llevaba un mono de mecánico, se dirigió hacia ella. Tenía una herramienta en las manos, una llave inglesa o algo similar, y Libby intentó no pensar en ella como si fuera un arma (¿paranoia?), pero no podía quitárselo de la cabeza.

—Eh… sí. Pasaba por ahí —dijo con cierta preocupación, como si no tuviera ni idea de qué podría haber pasado y, lo que era más importante, no fuera responsable de ningún daño de la propiedad ni personal.

Se esforzó por calmar la respiración e intentó reprimir la sensación de aprensión. Normalmente esto se le daba muy bien, pero estaba desentrenada.

—Creo que puede haber gente ahí dentro —indicó, mordiéndose el labio. ¿Sería mejor parecer más femenina? ¿No haría eso que el hombre la viera más vulnerable? Y si era así, ¿sería bueno o peligroso? Nunca había forma de saber quién estaba a salvo y quién en riesgo. Aunque dado que recientemente había volado un edificio mientras estaba solo medio consciente, tal vez estas no fueran preocupaciones importantes.

Podría haber herido a alguien, a alguna persona inocente que pasara por allí. Esperaba que no. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no volver a mirar por encima del hombro. La última vez que lo comprobó, solo había caído una parte del edificio. Y la única persona a la que tenía intención de herir estaba aún muy viva, aunque eso no le garantizaba que nadie hubiera resultado herido.

—¿Puedes pedir ayuda? —preguntó.

—Lo hice cuando oí la explosión. —El mecánico la miraba con el ceño fruncido—. Al principio pensé que era un coche que petardeaba. ¿Y… solo pasabas por ahí?

Había que admitir que no era una buena mentira. El barrio, si es que podía llamársele así, no era muy pintoresco, y Libby Rhodes, una veinteañera de convicciones delicadas (vale, académicas), pertenecía precisamente al grupo demográfico que evitaba este tipo de lugares.

—Oí la explosión y quise comprobar que todo estuviera bien —mintió—. ¿Tienes un teléfono? —preguntó, aunque dudaba de que le diera tiempo a usarlo antes de que alguien se diera cuenta de que había otra persona dentro del edificio.

Peor aún, no sabía a quién llamar.

—La ambulancia viene ya de camino. —El mecánico seguía mirándola con el ceño fruncido, miraba algo que tenía en la cara. Siguiendo su mirada, Libby levantó la mano y se dio cuenta en el mismo momento de que le caía un chorro de la frente. Se lo limpió con la mayor indiferencia que pudo mostrar y notó el olor característico de la sangre que debía de estar ocultando su ahora extrañísimo flequillo.

El mecánico era un riesgo. De un modo totalmente diferente al que sospechaba.

—Si has visto lo que ha pasado… —empezó.

—No, lo siento. —Sus instintos le decían que corriera—. Pero iré a ver si puedo buscar agua o algo. Por si hay alguien atrapado dentro.

Por su mirada, estaba claro que el mecánico sospechaba de ella.

—Es mejor que te quedes aquí —le sugirió con los ojos entrecerrados—. Puede que los agentes de policía tengan preguntas, como si has visto algo…

—¡Ahora vuelvo! —exclamó, se volvió y siguió caminando, cada vez más rápido cuando una segunda explosión estalló en el motel que quedaba detrás de ella. Probablemente una salida de gas. Se estremeció y pensó una vez más que ojalá no hubiera nadie más dentro.

Incluso sin mirar por encima del hombro, le costaba dejar de ver en su mente el lugar donde yacía Ezra inconsciente en el suelo, con el pecho subiendo y bajando. Respiraba cuando ella salió, probablemente lo encontrarían pronto, pero aun así…

Libby apartó la sensación de culpa que sentía por Ezra y caminó tan rápido como pudo en una dirección que esperaba que le sirviera de orientación para saber dónde se encontraba. Había una gasolinera pequeña. A lo mejor tenían teléfono. Sintió un alivio repentino al tener al menos de su parte la luz del día, agradecimiento por no haber hecho estallar la mitad de un edificio en mitad de la noche o a otra hora más peligrosa.

¿Qué había pasado exactamente? No lo tenía claro. Tan solo tenía una ligera sensación de un recuerdo, como algo sacado de un sueño. Algo, un pensamiento, o un concepto, o la letra de una canción se le había metido en el cerebro. ¿Algo sobre poseer menos límites de lo que sospechaba?

Y entonces, por supuesto, lo voló todo por los aires.

Ja.

Bien. Si tenía que haber un momento para que no tuviera límites, probablemente fuera este.

Siguió a paso ligero mientras se aproximaba a la gasolinera, que tenía un aspecto extraño. No pensaba que estuviera en un lugar remoto, pero ¿lo estaría? O no. Le latía la cabeza, el golpeteo de sus pasos largos por el pavimento le rebotaba en el cerebro. Estar despierta resultaba cada vez más opresivo. Todo parecía más ofensivo, desde los vapores de los automóviles y la pintura hasta la solubilidad de las protecciones que dejaba atrás.

¿Dónde estaba? Seguro que a una gran distancia de la casa de la Sociedad. Ezra podía ser un traidor hijo de puta y una farsa de hombre, pero, por desgracia, no era idiota. También era un medellano considerablemente menos mediocre de lo que pensaba Nico, lo que volvió a molestarle. Porque, por supuesto, Nico tenía que aparecer ahora en sus pensamientos, en su momento de necesidad, aunque le resultara del todo inútil.

Tenía la garganta seca, los labios agrietados. Estaba casi deshidratada. No había comido mucho, puede que nada. Todo esto era un plan excelente de Ezra, ese estúpido pero no idiota, que claramente sabía o al menos sospechaba que ella participaría en su propia destrucción si alguna vez trataba de liberarse de su jaula. Tendría que haber reservado sus fuerzas para algo de esta magnitud (si se hubiera visto capaz, lo habría hecho), pero no, por supuesto que no lo había hecho. Ella había hecho la mitad del trabajo de su exnovio por él, permitiendo que sus cimientos colapsaran con el tiempo.

Furiosa, se mordió la piel muerta del labio inferior. Era una chica sensata. Y estaba más enfadada que nunca. Estuviera donde estuviere, no había sido por decisión propia, y, peor, la habían engañado. Esto era el resultado de poseer sentimientos, de ver la bondad en las personas, de bajar la guardia y ser real, honesta y,

por lo tanto, débil. Algún día tendría que tratar ese tema en particular en terapia, pero hoy dejó que la condujera. Dejó que la consumiera. En la mayoría de las circunstancias, sería una decisión muy poco inteligente, incluso peligrosa, pero Nico de Varona haría lo mismo. ¿Y si había hecho el equivalente a meter el dedo en una toma de corriente? Había presionado el botón de autodestrucción y había empujado, algo que probablemente no hubiera hecho si no fuera por el recuerdo distante e inexplicable de que ella era la que tenía el control. El resultado fue explosivo.

Volvía a acelerársele el pulso. Respiraba más rápido y cada vez olía más a humo. Salía de sus palmas y se alzaba de sus hombros. Esperaba que el propietario del lugar tuviera un seguro que cubriera explosiones espontáneas. La mayoría de los seguros tenían en cuenta accidentes mágicos, ¿no?

Sacudió la cabeza al recordar que esto era culpa de Ezra. Ella no había elegido secuestrarse. Todo lo que pasara a partir de aquí era responsabilidad de él. Lo que ella había hecho para asegurar su supervivencia era el resultado de las elecciones ridículas de él, y tendría que irse de allí antes de que pudiera volver a seguirla.

Libby tomó de nuevo aliento para calmarse antes de empujar la puerta de la pequeña tienda de la gasolinera, uno de esos lugares que abría veinticuatro horas seguramente diseñado para los camioneros que pasaban por allí. La cajera no la miró cuando entró, pues estaba concentrada en una transacción con un hombre corpulento que llevaba puesta una gorra vieja, así que Libby se metió rápidamente en el baño. De la puerta del servicio de mujeres colgaba un cartel de NO FUNCIONA, pero entró de todas formas y se detuvo frente al espejo.

Bien. El pelo estaba mal, no le sorprendía. Tenía la cara hinchada y amorfa, los ojos hundidos como pozos profundos en su cráneo. No había tiempo para la vanidad. ¿Cuánto tiempo llevaba fuera? Tendría que encontrar la fecha, descubrir dónde estaba. ¿Tendría sentido comprar un mapa, un periódico? ¿Vendían todavía ese tipo de cosas? ¿Quedaría mal por comprar cosas tan raras? Ojalá tuviera el teléfono para poder mirar dónde estaba y cómo regresar a los archivos. Además, si alguien la perseguía por la explosión, ¿no sería demasiado fácil de recordar? Una chica caminando sola, comprando cosas que nadie usaba ya, con la frente

manchada de sangre (se la quitó con pedazos de papel mojado que se le adherían al pelo grasiento) y, por supuesto, estaba vestida con…

Bajó la mirada y se dio cuenta de que llevaba los mismos pantalones de chándal holgados que solía ponerse, así que no era una opción genial, aunque tampoco ostentosa.

Sacudió la cabeza. De acuerdo, no servía de nada preocuparse por cosas que no podía controlar.

Salió del baño y se abanicó, fingiendo que había entrado para refrescarse.

—Hace calor ahí fuera —le dijo a la cajera antes de recordar que las personas normales no le daban conversación a las cajeras, y que ella ya estaba haciendo un trabajo desastroso intentando pasar inadvertida. Por suerte, la cajera era una mujer mayor que no mostró interés por ella. Bien. Excelente. Libby se acercó a la zona de productos refrigerados y sacó una botella de Coca-Cola que parecía que llevaba sin tocar medio siglo—. Me llevo esto.

Un momento. ¿Tenía dinero? Rebuscó en los bolsillos y se dio cuenta de que, puaj, eran los pantalones de Ezra (¿por qué los hombres tenían siempre los bolsillos útiles?) y no, por supuesto que no, Ezra no había metido un monedero para facilitarle a ella la vida. Puso una mueca, abrió la puerta del frigorífico y dejó la botella de refresco donde estaba. La cajera arqueó una ceja.

—Un día de estos —ofreció como explicación, preguntándose si la mujer pensaría que era una vagabunda. Técnicamente, suponía que era justo eso. Notaba la nariz seca y mocosa al mismo tiempo e inspiró. El sonido sonó demasiado fuerte—. ¿Puedo usar el teléfono?

—Hay una cabina de pago fuera —respondió la mujer, pasando las páginas del periódico. Con el movimiento, Libby recordó de pronto algo que había dicho su padre sobre su afición de abuelos por los chistes de los periódicos. Le resultaba nostálgico, algo antiguo, leer los cómics que salían en los periódicos. Casi tan ridículo como que le dijera que usara la cabina de fuera.

—Ja —respondió ella, que pensó que se trataba de una broma. Comprobó rápido que estaba equivocada, cuando la mujer desvió su atención de ella—. Ah, de acuerdo. —Volvió a inspirar por la nariz con fuerza. Supuso que, si era una vagabunda, no podía esperar que

alguien le prestara su teléfono personal—. Lo usaría, pero no tengo, eh… —Madre mía, ¿las cabinas seguían aceptando monedas? Obviamente, ella no tenía. Aunque tampoco tenía forma de usar una tarjeta de crédito—. De acuerdo, no importa. Gracias.

Dio media vuelta para salir, pensando si habría algún modo mágico de hacer que un teléfono hiciera una llamada (probablemente sí, pero nunca había tenido que usar uno). La cajera colocó las páginas del periódico en vertical y el movimiento captó la atención de Libby. La mujer apartó las páginas de más y las dejó en el mostrador, sin leer.

—Un momento, ¿puedo ver eso? —preguntó Libby y fue a tomar el periódico que la cajera estaba leyendo. Supuestamente, le diría dónde estaba. Por las palabras visibles (NGELES TIMES), adivinó que se trataba de Los Ángeles.

Eso explicaba el calor. Y probablemente la irritación de la nariz. Ezra siempre le contaba que la calidad del aire de Los Ángeles había mejorado mucho últimamente, pero tras un viaje que había hecho a Palm Springs, Libby se quedó con la impresión de que seguía siendo un desierto en esencia. Solía bromear sobre ello con Ezra, refiriéndose a su ciudad natal como un lugar característico por el veganismo y el calor seco.

—Cuarenta céntimos —dijo la cajera sin levantar la mirada, lo que no le pareció correcto a Libby, a pesar de que no había comprado un periódico en… Dios, nunca. Volvió a inspirar por la nariz y luego se la limpió con la manga de la camiseta. Tendría que haber sacado papel del baño.

—No tengo, eh…

La cajera se movió con desinterés, cruzó un tobillo por encima de la pierna y apartó accidentalmente una de las páginas del periódico.

Por fin una vista clara. Era *Los Ángeles Times*. Tenía sentido, ya que Ezra era de algún lugar de Los Ángeles, aunque nunca la había llevado a casa, pues insistía en que no tenía una. El titular de la primera página hablaba sobre los políticos locales, pero los nombres no le sonaban. La fecha estaba ahí, a la vista. 13 de agosto de 1989.

Un momento. ¿Mil novecientos ochenta y nueve?

—Mierda —exclamó Libby con la esperanza de que siguiera soñando—. ¿Es… es el periódico de hoy o.?

La cajera bajó las páginas de los chistes, como si fuera a hacer algún comentario mordaz como respuesta, pero se detuvo. Frunció el ceño, algo captó su atención. En ese mismo momento, Libby se llevó una mano de forma inconsciente a la nariz y reparó en que tenía la manga manchada de sangre.

—¿Te pasa algo? —le preguntó la cajera, examinándola detenidamente por primera vez.

Fuera, pasó una ambulancia que se dirigía al caos que había dejado atrás Libby. Alguien acudiría en su búsqueda pronto.

Si no la encontraba antes Ezra.

—Mi novio. —Se le quedó seca la boca, pero tal vez le convenía contar esta única verdad—. Mi ex ha…

—Oh. —Eso sí lo entendió la mujer. Su expresión se tornó fría y suave al mismo tiempo, levantó la barbilla en su dirección—. Sal por detrás.

¿Tenía que ofrecerle algo, explicarle? No lo creía. Libby se sentía destrozada, pero era una pequeña victoria necesaria después de todas las desgracias con Ezra.

—Gracias —le dijo, apresurándose hacia la puerta trasera de la gasolinera.

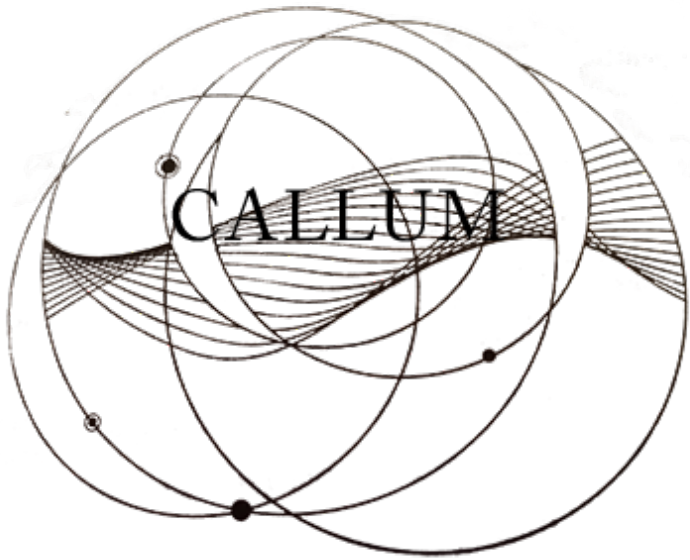
—Espera…

Libby se volvió y levantó una mano para aceptar la botella de Coca-Cola que le lanzó la cajera desde el frigorífico que había más cerca del mostrador.

—Buena suerte —le deseó, y parecía decirlo de corazón.

Libby asintió, sintiéndose ya culpable. ¿Cuánto tiempo transcurriría hasta que la cajera empezara a preguntarse a qué clase de persona había ayudado?

—Gracias —repitió. Salió por la puerta trasera de la gasolinera y se contuvo para no echar a correr.



Era martes o sábado u otro día cuando Callum levantó adormecido la cabeza del sofá de la sala pintada y vio a Reina de pie delante de él.

—Abuso de sustancias —señaló ella, impasible—. Tu imaginación es muy pobre.

Según lo que se molestó en observar Callum, ella iba envuelta en un jersey largo de un tono gris funcional que la familia de Callum solía comercializar para una marca de andrógenos aburridos. Se aferraba a una pila de libros que parecían demasiados para su cuerpo.

La apartó colocando un dedo en su rótula, empujándola poco a poco hacia atrás e intentando al mismo tiempo ponerse derecho. Tardó varios segundos en colocarse totalmente perpendicular al suelo, lo que le pareció muy inadecuado y demasiado pronto, así que abandonó los esfuerzos. Se inclinó hacia delante para apoyar la frente en la mesa.

—No es abuso —indicó con la boca seca—, si los dos disfrutan. Volvió la cabeza y vio que Reina arqueaba una ceja.

—Sigue siéndolo —murmuró ella—, pero vale.

—Cállate. —La cabeza le martilleaba y no podía pensar. Podía sentir algo manar de ella, algo muy agudo, muy molesto. No era como con Libby, se parecía más a la emoción, pero no le gustó. Alzó una mano para aliviar el dolor de las sienes, lo que le ofreció a cambio una convulsión cerca de la pantorrilla—. Auch. Auch, hijo de puta… —Se le montó el músculo, notó primero tensión y luego dolor, y se llevó una mano al nudo para aliviar el dolor. Enseguida regresó el latido en la cabeza—. Joder.

—Bien, en cuanto a nuestra conversación previa —continuó Reina.

—¿Puedes…? —La presión que sentía en la cabeza era abrasadora, punzadas incómodas que se asentaban en un tejido de tristeza como una capa fina de caspa sobre los globos oculares—. ¿Puedes callarte?

—Sé que te dije que vinieras a buscarme —prosiguió como si Callum no hubiera dicho nada—. Pero está claro que vas a necesitar más persuasión. Bien. —Lo contempló un segundo antes de tomar asiento en el sofá, a su lado, al parecer encantada de ignorar la agonía que lo obligaba a doblarse sobre sí mismo con un sudor frío —. Creo que he acotado lo que los archivos se niegan a darme.

Callum apretó los dientes, empezaba a temblar.

—¿Qué?

—Los archivos —repitió más fuerte. Como si el problema fuera el volumen y no el estado actual de su ser en su espacio—. No me concede libros sobre los orígenes de los dioses.

—¿Qué?

—La biblioteca me ofrece mitología. E historias. Pero por más que intento encontrar historias sobre los orígenes de los dioses, algo más allá de lo fundamental, como Zeus y los Olímpicos contra Cronos y los Titanes, o…

—Ve al grano —le pidió Callum, que no tenía tiempo para un resumen de la mitología griega. La personificación narrativa de la tierra y el cielo siempre daba lugar a la indulgencia humana, el vino y la guerra. No le sorprendía. Después de ley y orden llegaban inevitablemente indecencia y arte.

—Los archivos me rechazan —concluyó sin más—, y estoy pensando que es porque tal vez yo sea una.

Eso no se lo esperaba.

—¿Qué?

—Creo que puede que sea una diosa —repitió—. No una diosa de verdad —añadió con cautela—, porque no tengo tu ego. Y estoy segura de que no soy inmortal, aunque vete a saber.

Ahora sí que estaba temblando. Echó mano de uno de los cojines para tratar de cobijarse detrás.

—No creo que seas una diosa, Reina Mori.

Vulgarmente, a ella le pareció un argumento sin importancia cuando debería de haber sido en realidad un hecho.

—¿Por qué no? Puedo crear vida. Y, por lo que yo sé, el Antropoceno está siguiendo el patrón correcto.

Callum se sintió irritado. ¿No podía terminar esto?

—¿El qué?

—Antropoceno. Es la edad geológica actual. Significa que no hay ecosistemas naturales ya que no estén afectados por los humanos.

—Sé lo que significa «Antropoceno», me refería…

—Ah, ¿preguntabas por el patrón? Sí, bueno, en casi todas las culturas hay… —Se detuvo un instante para buscar la palabra—. Generaciones de dioses. Eras, épocas. Las primeras siempre preceden a la civilización. —Se volvió hacia él y colocó una pierna debajo del cuerpo—. Los primeros dioses son en esencia el tiempo y los elementos. La Tierra, el sol, la oscuridad, las tormentas y volcanes. Crean el código por el que sobrevive todo el mundo. Luego dan a luz a la última remesa de dioses, que representan la cultura. La sabiduría, la compasión y… el juego. Los dioses egipcios nacieron del abismo original, luego de Hemsut, del destino y la creación. E incluso el dios judeocristiano tuvo un hijo.

Comprobó si Callum la estaba escuchando y, a todas luces, debía de parecer que no. Estaba concentrado en calmar el dolor que bajaba del cuello hasta los hombros.

Pero también estaba escuchando. Muy bien.

—Entendido. Sigue.

—Es la hora de los dioses nuevos —respondió ella—. Hemos progresado a una nueva generación, una en la que los humanos ya no están a merced de los elementos, sino que son los que les dan forma, los que los determinan. —Una pausa—. Y es por eso por lo que pienso que los archivos no me dan los libros. Porque la

biblioteca cree que busco instrucciones.

—¿Y estás haciéndolo? —Probablemente fuera una locura. Aunque a saber y ¿a quién le importaba?

—No. —Se mordió el interior de la mejilla—. Pero podría sentirme persuadida.

Ah, interesante elección de palabras.

—Hablando de persuasión. —Callum levantó la vista para mirarla—. ¿No te preocupa ni remotamente que pueda estar ejerciendo una influencia sobre ti para que quieras esto?

—Estás destrozado —señaló ella sin atisbo de burla. Era un hecho—. No me preocupa demasiado lo que puedas estar haciéndome.

—Cierto. —Estiró las piernas y giró el cuello, todo su cuerpo se resistía como un acordeón roto—. ¿Y qué quieres de mí?

Reina se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho. Quiero que me uses para que te ayude a influir en los archivos.

Callum tenía el presentimiento de que esto tendría que importarle. Parecerle interesante. Pero no.

—De acuerdo, eres una diosa —resumió—. ¿Y qué? ¿Cuál es el plan?

—Aún no tengo un plan.

—¿Aún?

—Todavía estoy en las primeras fases de la investigación. —Sonaba muy seria, lo que resultaba absurdo. Si Callum no estuviera sufriendo un intenso dolor se habría reído.

—¿Qué es lo que has dicho? Sobre crear vida.

—Puedo crear vida —fue la respuesta reveladora de Reina.

—Bien, pues hazlo —le sugirió Callum, retrepándose en el asiento y señalando el espacio vacío que había entre los dos—. Adelante. Deslúmbrame.

—No puedo hacerlo sola. —Por primera vez, parecía completamente insatisfecha—. Pero sí puedo hacerlo.

Qué conveniente que no pudiera demostrarlo.

—¿Qué necesitas para hacerlo?

—Yo… —Apartó la mirada y al fin sintió Callum algo por parte de ella que no fuera el latido en su cabeza—. No importa. La cuestión es que…

—Te sientes pequeña —comprendió Callum, conteniendo la diversión que sentía—. No vayas a decirme que Varona te ha atrapado de verdad.

Seguía sin mirarlo a los ojos.

—Por supuesto que no. Es un niño.

—Oh, no, no. Falso. —Esto era delicioso. Si el resto de su cuerpo no estuviera sufriendo por el dolor, podría haberlo saboreado—. No crees que sea un niño —la corrigió con un placer oportunista. No le importaba, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien se mostró delirante—. No lo has pensado nunca.

—¿Importa? —Reina parecía irritada, como si no pudiera imaginar por qué podría ser relevante para Callum el trauma obvio de su psique en esta conversación—. ¿Por qué te iba a mentir?

—No lo sé —respondió—. ¿Por qué miente la gente? Porque las mentiras resultan convenientes —respondió por ella— y las verdades son estúpidas, y hacer algo por una razón está basado en una serie aleatoria de elecciones construidas en una moralidad interesada que asegura la supervivencia de la especie. —Vale, hasta él sabía que estaba divagando—. No me importa si estás mintiendo o no —concluyó—. Es solo que no entiendo cómo pasas de necesitar la ayuda de Varona a decidir de pronto que debes de ser Dios.

—No pienso que yo sea Dios —repuso ella con tono impaciente, como si fuera algo obvio y él tuviera que haberlo intuido desde el principio—. Creo que el mundo ha cambiado y hay una nueva definición para los dioses. Como poco se ha establecido que hay generaciones. —De forma brusca, usó un tono de voz que precedía a un argumento perdido—. ¿Sabías que hubo una diosa matriarcal durante milenios antes del patriarcado abrahámico de los últimos seis mil años? Los cultos femeninos neolíticos precedieron al dios hombre…

—Sí, sí, no todos los hombres —murmuró Callum, que no podía molestarse en este momento por defender su cromosoma Y.

—No estoy hablando de géneros —replicó Reina, impaciente—. Estoy hablando de la deificación y el cambio. Los dioses cambian. Han nacido las generaciones. Eso implica que puede haber nuevos.

—Para ser una diosa, no estás consiguiendo convencerme.

—Bien. —Reina se puso de pie, claramente furiosa con él (no, más bien con ella, aunque él no estaba ayudando) e incapaz de

ocultarlo a pesar de sus esfuerzos—. ¿Algo de esto te resulta interesante?

—Me gusta la idea de que los archivos tengan cerebro sobre el que pueda ejercer influencia. —Callum cerró los ojos y se recostó en el sofá al notar que la conversación iba a terminar por fin—. Me atrae un poco.

—¿Un poco?

Sería una buena excusa para la sospecha de Callum de que había partes de él disolviéndose en la putrescencia y la desesperación.

—Piensa en lo divertido que sería que fuéramos todos esclavos de un elemento consciente y sediento de sangre. Imagino que los archivos no son dioses también, ¿no? —reflexionó y Reina exhaló un suspiro, irritada.

—Te estás burlando de mí.

Callum abrió un ojo.

—Claro que me estoy burlando de ti. Eres idiota.

Reina le lanzó una mirada cruel.

—¿Y si hubiera sido idea de Tristan?

Sintió una punzada. Como una pierna dormida sobre alfileres y agujas.

—Tristan no tiene ideas propias —murmuró—. Eso es lo que me gusta de él.

Quería decir «gustaba», pero claramente no importaba. Por suerte, Reina ya se había marchado y Callum no tuvo que defender su estupidez al usar el tiempo presente. Además, a lo mejor Reina lo consideraba una traducción pobre.

Al día siguiente era cuando se suponía que tenían que haber identificado su tema de estudio independiente, más o menos dos semanas desde la fecha en la que les asignaron su programación. Callum, por supuesto, no había pensado en ello. Ya era un iniciado, ¿no? ¿Qué pasaría si decía «no, gracias, ya estoy harto de libros»? Tenía que vivir aquí otro año más. Nadie iba a suspenderle si no realizaba una tesis académica. ¿No estaba contribuyendo a la magia de la casa simplemente existiendo en ella? Había contribuido con las protecciones. Estas se alimentaban de su magia ahora. Si Reina tenía razón sobre la conciencia de los archivos, probablemente se estuvieran alimentando de él a todas horas. La mayor parte del tiempo se sentía fatal y cualquiera que mirara a Nico se daría

cuenta de que estaba bajo tensión. El otro día tosió fuerte y parecía sorprendido por ello. Probablemente estuviera acostumbrado a tener cierto grado de control sobre sus funciones corporales. Seguramente no enfermara mucho, tal vez nunca.

Y eso dejaba a Callum con una extraña sensación que podría llamar «intriga», porque si los archivos (o tal vez no los archivos, pero sí una fuente de magia en la casa) se alimentaban de ellos, los monitoreaban, eso explicaría tanto los archivos estadísticos que había descubierto Callum como el ritual de iniciación que no parecía más que una humillación dirigida por Atlas Blakely. Esa era la suposición de Callum, que Atlas, quien siempre había dejado muy claro que odiaba a Callum, había elegido castigarlo forzándolo a pasar tiempo consigo mismo.

Qué gracioso, pensó Callum. Nadie sabía mejor que él lo terrible que era pasar tiempo con él, excepto, probablemente, Tristan, que tenía intención de matarlo.

Sería gracioso (¡gracioso! Esa era la palabra) si no fuera Atlas Blakely el que estuviera al mando, sino algo mayor, más siniestro. Si se habían presentado para someterse a observación científica y no al revés. A fin de cuentas, eran mágicos, ellos eran los que mantenían las protecciones activas, las luces encendidas, y si la biblioteca tenía conciencia, ¿no iba a querer lo que ellos poseían? Tal vez, en ese sentido, ellos fueran dioses. Callum solía compararse con ellos, sí, pero en un sentido retórico. Nunca se había planteado que fuera uno de verdad.

En algún momento se quedó dormido en el sofá. Alrededor de las dos de la mañana se levantó y se arrastró a la planta de arriba. Después se quedó dormido en su cama y durmió durante esa reunión de la mañana en la que tenían que presentar sus temas de estudio. Luego le dio hambre y se fue al comedor, se sentó en una de las sillas sofisticadas y abrió un paquete de picatostes.

En ese momento notó un golpe en el hombro y se volvió. Era otra vez Reina.

—Le he preguntado a Dalton si podía explicar cómo funcionaban los archivos —le dijo.

—Vale. —Callum tenía sed ahora—. ¿Y?

—Y está justo aquí —señaló, se hizo a un lado y señaló a Dalton Ellery, que estaba a su lado y parecía incómodo. O enfermo. O tal

vez fuera el aspecto que tenía siempre Dalton Ellery y Callum no se había molestado en prestar atención hasta hoy.

—¿Sí? —dijo.

Dalton lo miró con preocupación, como si fuera consciente de que Callum no estaba en plena forma. Aunque, por supuesto, Callum no se imaginaba qué era lo que le había dado esa impresión a Dalton.

—Los archivos no ofrecen todos los títulos a todas las personas —comentó—. No sé si hay una razón codificada que lo explique. Pero tienen que ganarse los contenidos. Os lo contamos antes de que os iniciarais.

—Genial —respondió Callum—. Pregunta respondida entonces. Buena suerte.

Se dio la vuelta, de pronto le apetecían mucho los *biryani* de su madre. No los cocinaba ella, claro, pero sí los pedía y él se los comía a veces con ella, si es que ese día la mujer estaba de buen humor, lo que no sucedía siempre. Su madre era una criatura temperamental y no en un sentido despectivo, sino en el sentido de que su humor cambiaba de forma radical. Pero a veces tenía un humor maravilloso y, en esos días, Callum comía *biryani*.

—No —dijo Reina—. No. No es… no. Tengo más preguntas.

—Señor Nova —se dirigió Dalton a él—, en cuanto al tema de estudio independiente.

—La señorita Mori tiene preguntas —dijo Callum sin mirar, señalándola por encima del hombro.

—Sí. ¿Por qué rechaza algunas peticiones? —insistió Reina—. ¿Cuáles son las especificaciones para que las apruebe o las deniegue?

—Como he dicho, no está exactamente codificado —repitió con tono seco—. Si hay normas concretas sobre el acceso a los archivos, nosotros no las hemos redactado.

—¿Quién es «nosotros»? —La voz de Reina era inintencionadamente acosadora—. ¿Atlas y tú?

—Ninguno de nosotros. Nosotros solo somos los administradores de la biblioteca, no sus dirigentes.

—¿A qué no tenéis acceso vosotros?

—Mi investigación es muy específica. Estoy seguro de que hay una gran variedad de temas a los que no puedo acceder y nunca lo

sabré porque no lo he intentado.

—Pero…

—A lo mejor la biblioteca es como la naturaleza —comentó Callum mientras jugueteaba con la jarra de leche que había puesto allí horas antes para el té—. Solo está tirando el dado.

—Pero la biblioteca no es aleatoria. —Reina sonaba tan molesta que le pareció que podría golpearle—. Esa es la clave. Y si lo fuera, tendríamos algo —discutió—, pero no lo es, es específica. No nos permite acceder específicamente a ciertas cosas. ¿Por qué?

De pronto, Callum pensó que a una versión anterior de sí mismo le había parecido interesante que Libby Rhodes no pudiera acceder a información sobre enfermedades degenerativas.

—Porque son peligrosas —murmuró. La información podría haber matado a Libby. De verdad no, claro. Pero sí le habría cambiado la vida; obtener esa respuesta se la habría destruido, habría extinguido la llama que la hacía continuar hacia delante. Saber con seguridad si su hermana debería de haber vivido habría sido un ancla que la hubiera llevado en picado a un punto muerto en su existencia. Solo estaba viva porque no conocía la respuesta, porque sabía que no podía haber respuesta. Era posible que la biblioteca la estuviera probando, obligándola a seguir insistiendo antes de darle lo que necesitaba. O tal vez solo la estaba protegiendo.

De pronto notó que Dalton lo estaba mirando.

—¿Qué? —preguntó Reina.

Este parpadeó.

—Perdón —añadió Callum con un tono desprovisto de sinceridad—. ¿Parisa y tú seguís haciendo el amor?

Había una arruga diminuta de tensión entre las cejas oscuras de Dalton, aunque seguramente supiera que Callum esperaba verlo sorprendido. Callum, que no había sentido apenas nada los últimos días, esperaba provocar algo interesante en Dalton.

Pero al parecer a Dalton no le iban los juegos en equipo.

—Me temo que tendrías que haber sido más preciso la primera vez.

—Cierto. —Callum sintió una oleada enfermiza de envidia al pensar en tener a alguien. O en estar tan comprometido con ellos que permitías que un émpata abusador de sustancias te atacara con

su burla y no mostrara deferencia alguna, ningún impacto significativo en el resto de tu día—. Ya, sí, pasadlo bien.

—Espera. —Reina dejó allí a Dalton y siguió a Callum escaleras arriba—. Espera —repitió, sin aliento cuando lo alcanzó—. ¿No te importa lo que investiga Dalton?

—No. —Pensó en dirigirse a la cocina. Tal vez podía preparar *biryani* si lo intentaba. O podía beber del grifo y acurrucarse en un rincón hasta que Reina lo dejara en paz al fin.

—Básicamente ha dicho que no se le ha denegado nada —insistió Reina, y repitió—: Nada.

Qué agotador.

—Sí, ¿y…?

—Eso es una anomalía. —Estaba pensando mucho y a Callum le parecía que rayaba lo ofensivo. ¿No veía acaso que a él le estaba sucediendo algo? Claro que no. Estaba muy ocupada tratando de resolver un misterio inexistente.

—Vale, es una anomalía —dijo—. ¿Has terminado?

—No, piensa en ello. —Se puso a morderse la uña del pulgar. Un gesto propio de Libby, extraño, pero ¿quién no había adoptado alguna de las rarezas de Libby? Callum había decidido abandonarse al deterioro existencial, una de las costumbres de la chica.

—A todos nosotros nos deniega algo. Está en nuestra naturaleza buscar cosas que no deberíamos, ¿no? Pero él puede ver todo lo que solicita. —Lo miró con aire triunfante—. ¿Alguna vez te has preguntado qué ve Parisa en él?

Dios, no. Nunca.

—Ha pasado demasiado tiempo en Francia. Sencillamente es su tipo.

—No. Error. —Reina sacudió la cabeza—. A Parisa no le gustan las personas.

—Ni a mí.

—Cierto —aceptó Reina—. Pero tú elegiste a Tristan. ¿Por qué?

—Porque es un masoquista. Y yo un sádico. —Otro día se habría felicitado a sí mismo por tan remarcable concisión.

—No, lo elegiste porque te parecía interesante. —Reina, por otra parte, sonaba cada vez más encantada consigo misma, aunque Callum no imaginaba por qué—. ¿Y qué tiene Dalton de interesante?

—Nada.

—Exacto. —La luz que manaba del rostro de Reina era demasiado intensa. Los rayos de victoria lastimaban los ojos de Callum—. ¿No lo ves? Hay algo mal en él.

—¿No querrás decir que hay algo mal en ella? —Aunque no importaba. Había algo mal en todos ellos. Eso era lo importante. Callum le dijo a Tristan que eran dioses nacidos con el dolor incorporado, y lo eran. Eso era lo que los hacía débiles. Demasiado débiles para ser los nuevos Olímpicos, a pesar de lo que pensara Reina Mori.

—No, no. ¿No lo ves…? —Dejó de caminar, pero Callum continuó. La acabó dejando atrás, en el pasillo, y él se dirigió a la cocina y robó un bote de Marmite. Después se fue a su dormitorio a dormir.

A la mañana siguiente, Callum recibió un sobre por debajo de la puerta.

Señor Nova:

Ha llegado a mi conocimiento que no has elegido un tema de estudio independiente. Por favor, entrega una propuesta antes de que acabe la semana.

La nota estaba firmada con una A, seguramente de Atlas, o de Antipático, lo que mejor valiera. Arrugó la hoja de papel y tiró la bola a la bañera antes de regresar a la cama.

Estaba oscuro cuando oyó un golpe en la puerta. Abrió un ojo y esperó.

Silencio.

Bien.

Volvió a cerrar los ojos y oyó más golpes.

Abrió un ojo.

Silencio.

Cerró los ojos.

Silencio.

Bien.

Y de nuevo los golpes. Salió de la cama muy enfadado.

—¿Qué? —gritó, abriendo la puerta.

Era Nico, y a Callum le dieron ganas de mandarlo a otra ciudad de una patada.

—Sí, hola —lo saludó—. ¿Tienes idea de dónde está Reina?

—¿Por qué me preguntas a mí? —Callum recordó de pronto la imagen de Tristan murmurando con Nico en susurros en el pasillo.

No estaba…

No estaban…

Callum no sospechaba que hubiera nada entre ellos, amistoso o de otra índole.

—No encuentro a Parisa —comentó Nico con el ceño fruncido—. Si no, le preguntaría a ella. —No mencionó a Tristan, lo que significaba que no le había preguntado a Tristan o que Tristan era la razón por la que estaba preguntando, lo que de pronto hizo que Callum enfureciera.

—¿Y yo soy el guardián de Reina? —gruñó.

—No, pero… Pensaba que podrías… sentirla. O lo que sea. —Nico parecía cada vez más avergonzado y eso resultaba gratificante para Callum.

—¿Así crees que es mi magia? ¿Que soy una especie de detector de metales para vuestros sentimientos individuales? —Sí lo era. No pensaba admitirlo, pero cada uno de ellos tenía una firma emocional, y si quería mostrarse útil (no quería), sabría en qué concentrarse exactamente para encontrar a Reina.

—Vale, perdona. —Nico dio media vuelta, nervioso, sin esperar una respuesta, y Callum cerró la puerta.

Regresó a la cama, pero entonces se dio cuenta de que ya no estaba cansado. El agotamiento que lo había llevado al sueño se transformó en una sensación más intensa: curiosidad.

—Mierda —exclamó a la nada.

Se puso en pie y buscó una bata. Salió al pasillo y pasó de largo el salón. Consideró tomar las escaleras y bajar, pensando que las salas obvias eran obvias, pero entonces recordó que solo sabía dos cosas de Reina. Una: le gustaban mucho los libros y la privacidad. Dos: las plantas le molestaban. Interrumpían sus pensamientos y las odiaba por ello. Así sentía su energía, una exasperación constante amarrada.

Cruzó las balaustradas hacia el ala este de la planta superior de camino hacia la capilla. La puerta estaba ligeramente abierta y la empujó. Vio a Reina en el suelo, debajo de las vidrieras. Estaba bañada por la luz de las balanzas de la justicia, justo debajo de la antorcha del conocimiento.

Ella alzó la mirada y vio a Callum, que iba vestido con una bata y estaba descalzo. Volvió a bajar la mirada con desinterés y pasó una página del libro.

—La verdad es jodidamente furiosa —comentó sin volver a elevar la mirada. No lo dijo en inglés, pero a Callum le resultó lo bastante familiar para entender el significado—. Y es terrible. Es mucho peor que estar enfadada —le dijo esta vez para que la entendiera—, porque se supone que no me tiene que importar.

Callum pensó en contarle que el mundo era, en esencia, un lugar estúpido y que ellos tenían los mismos defectos. Había algunas variaciones, pero, funcionalmente, todos eran idiotas.

En lugar de hacerlo, suspiró y avanzó para sentarse a su lado en el frío suelo de madera.

—Si eres una diosa —indicó con indulgencia—, ¿significa eso que eres inmortal?

—¿Cómo voy a saberlo? Además, los dioses mueren. —Su tono era cauto, como si esperara que la contradijera—. Siempre mueren.

Callum se encogió de hombros.

—¿Y qué los hace dioses entonces?

—Que la gente los venere, supongo. —Volvió a pasar una página y levantó la mirada—. ¿Qué decía de mí? Lo que leíste en los archivos.

—Cosas sobre tu familia. —Ladeó la cabeza hacia la pared, aunque por primera vez no sentía dolor ni cansancio. Tal vez por fin lo había desterrado—. Que tienes más poder que nadie, pero nunca podrás usarlo.

Una vez le había contado a Tristan que todos tenían exactamente las maldiciones que merecían. Él entendía la suya, sentirlo todo porque deseaba con todo su ser no sentir nada. Porque no sentir nada supondría no volver a sentir dolor por fin.

—Hay una cita —dijo Reina—. De Einstein. Sobre que Dios no tira el dado. —Hizo una pausa—. No se refiere a dios como el Dios. Significa que nada en el universo es aleatorio.

—Hum. —Callum cerró los ojos.

—Pero yo no me lo creía —continuó Reina—. Creía que el universo era totalmente aleatorio, y eso es lo que nos pasaba por alto. Pero todos queremos creer que somos importantes de algún modo. Somos nuestros propios mitos, nuestras leyendas. Damos

razón a las cosas. Somos criaturas razonables y todo ha de tener su lugar, su propósito. Pero también somos criaturas egocéntricas y nos damos razones a nosotros mismos que no existen.

Callum consideró un mundo en donde nada estuviera justificado ni fuera merecido. Que simplemente fuera.

—Pero ¿entonces tengo poder porque sucedió algo de forma aleatoria en el universo? —prosiguió Reina—. La entropía, el caos… ¿tienen de verdad más sentido? ¿Que todo esto no sea una ironía para castigarnos, sino pura casualidad? ¿Somos solo cosas, insignificancias que rebotan en el espacio tratando de verle el sentido? Puede que sí, puede que no. Pero la naturaleza no es completamente aleatoria, pregúntale a un físico —dijo con tono irónico, o con tanta ironía como podía reunir Reina—. Tiene constantes, criterios. Reglas consistentes que son siempre ciertas y nunca cambian.

—Entonces tu teoría es que la alternativa a un universo aleatorio es… que somos dioses —dedujo Callum.

—Nosotros estamos en todas las formas que importan. —Se encogió de hombros—. El poder es real. La magia que poseemos crea orden, ¿no? Entonces todo puede parecer perfectamente arbitrario. —Tenía la mirada contemplativa—. Pero no lo es para nosotros.

Tenía sentido, por extraño que pareciera. O al menos conseguía aliviar algo doloroso. Probablemente siguiera siendo un sinsentido, pero no era el peor sinsentido que había escuchado nunca Callum. Había sufrido mucho más dentro de su cabeza.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Veamos qué me están ocultando los archivos.

—¿No puedo pedirlo yo por ti?

—Puede. —Reina se encogió de hombros—. Pero ¿no es más interesante experimentarlo de este modo?

Punto válido. A fin de cuentas, su trabajo diario era académico.

—¿Y luego?

—Luego descubrimos qué le están ofreciendo a Dalton.

Sonaba muy segura. Su tono no era frío, sino en cierto modo metálico.

Hierro. Eso era.

Lo respetaba. Y eso era mejor que los picatostes rancios.

Probablemente más interesante que el abuso de sustancias. O al menos, no era un tópico. Aunque no pensaba admitir que Reina tenía razón.

—No estás intentando salvarme, ¿no? —La idea le repugnaba.

—No. No es por alimentar tu teoría de que a nadie le importa, pero de verdad me importas una mierda.

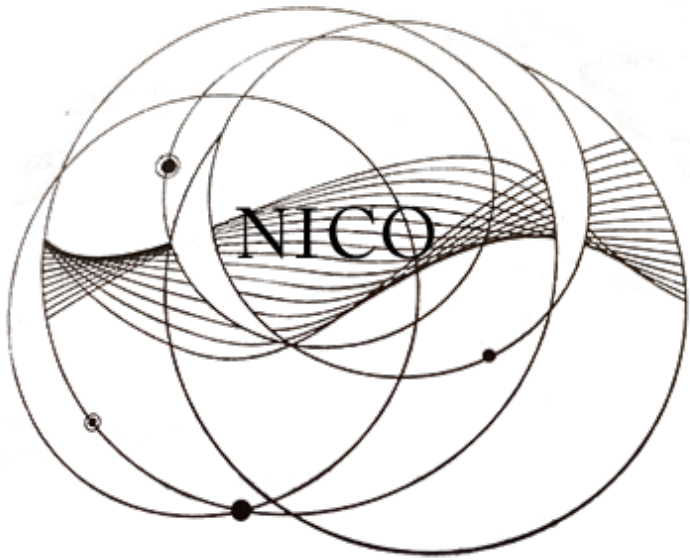
Perfecto.

—¿Lo probamos entonces? La influencia. Podríamos probar primero con una persona.

Vio algo hermoso y siniestro, una luz alrededor de la boca de Reina.

—Sé quién es esa persona —dijo ella.

Y Callum cerró los ojos, satisfecho por el momento.



El pecho de Tristan llevaba varios segundos sin moverse.

Nico estaba agachado sobre el cuerpo del chico en el suelo de la sala pintada. Miró el reloj de la repisa de la chimenea, contando en silencio los tics.

Dieciséis, diecisiete, dieciocho…

A la mierda. La locura de este experimento no iba a funcionar si había daños cerebrales permanentes. Inspiró y dirigió un impacto de fuerza en el corazón de Tristan, arrancándolo como si se tratara de un motor estropeado. El efecto fue inmediato y tal vez excesivo. Nico se tambaleó hacia atrás cuando Tristan se incorporó jadeando, evitando por poco golpearse la frente con los dientes de Nico.

—Joder —exclamó Tristan, resollando. Nico se golpeó el tobillo (de nuevo) con la mesa victoriana que se encontraba en su camino y notó de nuevo el metal en la boca, un sabor radiactivo por el esfuerzo de revivir a Tristan. Se quedó parado, respirando profundamente, hasta que los temblores pasaron. Entonces levantó la mirada y vio a Tristan apoyado sobre los codos, con las piernas como si fueran de trapo mientras recuperaba el aliento.

—¿Deberíamos probar otra vez? —preguntó Tristan, que se parecía tanto a Nico que este no sabía a quién de los dos estrangular. (A Tristan no, ya habían intentado eso).

—¿Por qué? ¿Para ver si puedes morir más despacio con el tiempo? —Nico se sentía irritado por tener que ser la voz de la razón, un papel que no le pegaba y que no debería de haberse visto forzado a adoptar.

Pero Tristan empezaba a tener un aspecto un poco gris por los bordes, lo que significaba que alguien tendría que hacerlo. Parecía una animación mala de sí mismo y Nico no estaba mucho mejor, aunque no pensaba hablar del tema.

—Se suponía que esto iba a ser sencillo —murmuró Nico. También se suponía que sería algo de un solo intento, no el tercer ataque en una noche que era ya la tercera de esa semana—. ¿De verdad no ves nada diferente? —preguntó a Tristan, usando un tono que estaba seguro que le ofrecería una respuesta irracional, que fue justo lo que le dio.

—A lo mejor es culpa tuya —le acusó, pero por supuesto que no —. ¿Tan duro es casi matar a alguien?

—No lo sé, Tristan, dímelo tú —replicó él, y Tristan apretó los labios, irritado.

Estupendo, las cosas iban muy bien.

No había cambiado mucho desde la primera vez que había intentado matar a Tristan, que fue más de un mes antes. Entonces, igual que ahora, Tristan simplemente había rondado la muerte en lugar de cambiar de forma milagrosa su visión para percibir el tiempo y el espacio, tal y como afirmaba que tenía que hacer. Cada vez había sido ligeramente distinta, pero el resultado había sido el mismo: aunque meditara primero, o escuchara *heavy metal*, o durmiera, o se mantuviera despierto toda la noche, el resultado era que al cuerpo de Tristan le encantaba morir y claramente quería hacerlo más de lo que el cerebro de Tristan consideraba aceptable.

—A lo mejor necesitamos una apuesta más fuerte —sugirió Nico —. Un riesgo mayor. —A fin de cuentas, ese era el *modus operandi* que tenía él. Si las cosas no funcionaban, había que hacerlas peor.

Tristan se rascó la nuca.

—¿Como qué?

—No lo sé, tendré que pensarlo. —Quería hablarlo con Reina,

pero Tristan le había dejado claro que no quería que nadie más lo supiera. Probablemente porque parecía una locura, y en efecto lo era—. Pero sea lo que fuere tu magia, está claro que no quiere que la molesten a menos que sea necesario.

—Igual el problema es que no me creo que estoy muriendo de verdad. —Su expresión natural de capullo estaba empezando a molestar menos a Nico, pero solo un poco. En este momento tenía muchas ganas de darle un buen puñetazo en la boca.

—¿Quieres que sea un asesino más convincente? —replicó.

—Es posible. —Tristan sacudió la cabeza y fulminó con la mirada a Nico, quién, cómo no, era el culpable—. Tendría que habérselo pedido a Parisa —murmuró para sus adentros—. No tengo ninguna duda de que ella me mataría si tuviera oportunidad.

—Y ella no te salvaría, lo que suena ideal para mí en este momento. —Echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en el suelo y mirar el techo.

Se había estado preguntando qué hacer con Tristan desde que le habló de su infancia, algo que compartió con él para calmar las llamas entre los dos, estaba claro. Nico pensaba que conocer una parte de lo que convertía a Tristan en quien era lo volvería más compasivo con él, o más paciente. Pero no se le daba muy bien la paciencia, y por muy trágica que fuera la historia de Tristan, esto se les estaba yendo de las manos.

—Mira —le dijo—. No sé cuánto podré seguir haciéndolo.

Oyó que la respiración de Tristan vacilaba, un movimiento en su pecho al contraerse.

—Ah.

—Quiero ayudarte —añadió—, pero puede que tengas razón. Tal vez no pueda hacerlo.

Tristan no dijo nada.

—Porque, para que esto funcione —prosiguió Nico—, tienes que encontrar las condiciones adecuadas para creer que estás a punto de morir. Y si piensas que yo soy demasiado blando para matarte, o demasiado débil, o…

—No lo pienso. —La voz de Tristan cortó el silencio de la habitación—. Creo.

Se quedó callado.

—Creo que probablemente seas una buena persona —murmuró.

Nico no dijo nada, daba por hecho que era un insulto.

—Y al final es el mismo problema —terminó Tristan con voz ronca—. Porque, si eres tan bueno, entonces no puedo creerme que vayas a dejar que me muera. O que estoy en peligro.

—Estupendo. —Nico se quedó mirando las llamas de la chimenea de la sala pintada—. Entonces he perdido un mes de mi vida.

—Sí. —Tristan se puso derecho con dificultad y se detuvo un momento antes de ponerse en pie—. Y te lo agradezco —añadió con desagrado al tiempo que se levantaba.

Nico se preguntó por un instante si le ofrecería una mano para ayudarlo a que se levantara del suelo. Esperaba que no. Había algo en esta situación que empezaba a molestarle. Podía ser que Tristan y él compartieran una especie de desolación, cierto grado de deterioro progresivo que ninguno de los dos quería admitir en voz alta, pero ambos sabían que compartían un nombre. Y ese nombre era Libby Rhodes.

Ayudarse entre ellos parecía empeorar esa desolación.

—Buenas noches —murmuró y cerró fuertemente los ojos. Ahora viviría aquí, en el suelo de la sala pintada.

—Buenas noches. —Tristan se detuvo un instante, pero no mucho más que eso. Salió de la habitación y los pasos se alejaron por el pasillo. Nico abrió de nuevo los ojos y se quedó mirando la chimenea.

¿Qué estaría haciendo Gideon? Se preguntó si habría encontrado a Libby, sí, pero también si se habría reído aquel día o si habría pensado en algo estúpido que solo Nico comprendería. Empezaba a añorar las pequeñas cosas, las cosas ordinarias de existir en la periferia de Gideon. Los detalles que compartía con él durante el día y que constituían una lengua común, una especie de hilo divertido y estúpido que los unía con tanta fuerza que, incluso estando separados, Nico sabía exactamente qué hacía reír a Gideon, y Gideon también sabía que a Nico no le gustaban los huevos revueltos ni que cuestionaran su capacidad. Cómo sabía lo que diría Gideon: «Nicolás, dijiste que lo ayudarías». O: «Te conozco, Nicky, y tú no eres un mentiroso ni un rajado. Aunque seas el idiota más tonto que conozco».

Algo dentro de él dolía y se acurrucó a un lado, de espaldas a la

chimenea. Se quedó así un segundo, escuchando el tictac del reloj. El crepitar de las llamas se disipó hasta que las sombras se alzaron del suelo y la habitación se sumió en la oscuridad.

Entonces se levantó y se dirigió a las escaleras.

Desde la perspectiva de un físico, todo lo que había explicado Tristan sobre sus poderes tenía sentido y tendría que funcionar. Esa era la parte exasperante, que Tristan tenía todo el derecho a tener razón. Su descripción de su magia, la combinación del espacio y el tiempo en el espacio-tiempo, parecía coherente con una cuarta dimensión que tan solo Tristan podía ver. Y su explicación sobre el aspecto, la forma en la que se movían las partículas, sonaba coherente con el movimiento browniano: que los movimientos que parecían arbitrarios no lo eran de verdad, sino que eran ordenados en relación con algo que al parecer Tristan podía entender.

—Si pudiera descifrar sus movimientos —dijo Tristan—, podría controlarlo.

Y lo que Nico no admitió fue que, si Tristan podía controlarlo, entonces podría hacer más que Nico. Más que Libby incluso.

Porque si Tristan podía controlar el movimiento de las cosas en su *quantum* (hasta las partículas fundamentales de su energía), era más que un físico. No estaba limitado por el mundo físico ni por las propiedades de la fuerza. Podía también alterar la química. Podía viajar en el tiempo. Podía identificar los materiales del universo y, si podía encontrarlos, podía moverlos. Crearlos. Podía revertir la entropía, controlar el caos. Más aún, ya no existiría el caos, ni la arbitrariedad, ni la espontaneidad. Ya no sería un mundo formado por cosas, sino por acontecimientos, sistemas, caminos con un diseño mayor, que ellos, ignorantes como eran, habían confundido con algo humano: una voluntad. Destino. Un plan. El universo a través de los ojos de Tristan sería ordenado y eso, más que cualquier otra cosa, era lo más cercano a la omnipotencia que podía imaginar Nico. Se parecía todo cuanto podía parecerse algo a lo divino.

Y Tristan no podía acceder a ello, solo porque Nico no quería que muriera de verdad.

Había algo muy ridículo en todo esto.

—¿Has elegido tu tema de estudio? —le preguntó Dalton ese día cuando se encontró con él en la sala de lectura. Nico llevaba un

libro en las manos, algo que no tenía intención de leer. Su objetivo, se recordó a sí mismo, era entender a Gideon. Hallar respuestas para Gideon. Seguía sin haber para él nada más importante y, por lo tanto, ninguna otra razón para que permaneciera en esta casa.

Pero también había algo que le atraía. El despertar de su capacidad de asombro, algo por lo que culpaba a Tristan Caine. Porque no había nada en la magia de Nico que le hubiera resultado lo bastante interesante antes, ni sus habilidades ni sus limitaciones, hasta que comprendió que se podía tener más. Gideon le había dicho que, si su teoría era acertada, alguien que podía viajar en el tiempo no tenía que ser necesariamente más poderoso que Nico, que esa habilidad podía ser menor, limitada, pero si Tristan tenía razón, esto no tenía por qué ser verdad. Por lo tanto, por primera vez, Nico de Varona pidió a los archivos un libro que no trataba sobre criaturas ni sobre evolución o clasificación o genética, sino sobre la vida.

Aviditas. Apetito. *Aviditas vitae*, el deseo de vivir. El hambre de vivir que lo regía todo. Nico sabía que existía porque había visto a Reina crearlo. Sabía que era poderoso porque creía que Tristan tenía razón. Ahora opinaba que el deseo de vivir era más que filosofía, más que psicología, más, un principio primordial de la física.

Que las cosas se desmoronaran a la mínima de cambio formaba parte de una intrincada infraestructura. La entropía era una ley, la segunda ley de la termodinámica para ser precisos, y estaba escrita en la codificación de la existencia. Animosidad humana, conciencia fundamental, seguía siendo un elemento del naturalismo y, por lo tanto, del mundo físico, pero tal vez dominar la entropía era dominar más que una regla informe de caos. Quizá fuera la posibilidad de control sobre la propia cosmología de la vida.

¿Qué conllevaría crear esa chispa de vida? ¿Controlarla? ¿Crearla o destruirla a voluntad? ¿Qué misterios del universo se podrían destapar si dejaban de asociar todas las formas de peligro con la inevitabilidad de la muerte?

Por eso fue muy fácil abrir la cerradura de la habitación de Tristan. Caminar en silencio y contener la respiración, concentrarse para determinar el movimiento del pecho de Tristan. Decirse a sí mismo que si Tristan estaba equivocado, si los cálculos de Tristan

de estar condenados al fracaso eran remotamente incorrectos, había entonces una lección que valía la pena aprender, una certeza que valía la pena desafiar. Porque esto, que Nico estuviera aquí, vivo, respirando, en la existencia al mismo tiempo que Tristan Caine, a pesar de todas las versiones de sus vidas en las que no se habían conocido, esta confluencia de acontecimientos no era aleatoria, no podía serlo. Esto era relatividad en vivo, ¿no? Que Nico existiera en relación a Tristan y, como resultado, su investigación estuviera entrelazada. Su experiencia era compartida. La preocupación por Gideon había traído a Nico aquí, y existir junto a Libby lo había presionado, y había presionado a Tristan, y todo lo que conducía a la pérdida de su compañera no podía ser aleatorio. No era azar. Estaba diseñado, y si Nico podía ver el diseño, podría de algún modo cambiarlo. Podría cambiar el final y el principio.

Tristan dormía bocarriba, tranquilo. Nico colocó la mano por encima del pecho del chico.

Y entonces la bajó, aplicando la máxima fuerza posible en el corazón de Tristan justo después de que este abriera los ojos de golpe, despertando con un grito estrangulado por el reflejo instintivo del terror.

Algo colisionó contra la magia de Nico, deformándola. No rebotó ni retrocedió, se desvió y se dirigió letalmente hacia la ventana, como un reflejo en el espejo del pecho de Tristan. El cristal se hizo añicos y vio el brillo de las partículas por el rabillo del ojo. El cambio repentino empujó a Nico hacia delante y cayó de cara en la cama de Tristan.

Que estaba vacía.

Intentó levantar la barbilla, pero notó una punzada en el cuello por el esfuerzo. Tendría que hacer algo con eso. Alzó una mano para masajearlo y entonces levantó la mirada y vio a Tristan junto a la ventana.

Que estaba entera.

Nico parpadeó.

—La ventana está…

—Lo sé. —Tristan se miraba la mano, que tenía estirada en la dirección por la que se había ido la fuerza de la magia de Nico.

La ventana no se había roto. La magia de Nico tenía que haber ido a otro lugar, haberse disuelto. Notó la fijación de la estructura

de la casa, como si la dirección de la fuerza se hubiera esparcido en el viento.

Nico se incorporó despacio.

—¿La has…?

—¿Parado? Sí. —Tristan se examinó los huesos de la mano, como si le sorprendiera que no estuviesen rotos. Apretó el puño y volvió a estirar los dedos ilesos.

—Entonces… —Nico frunció el ceño y se puso en pie—. ¿Ha funcionado?

Tristan parecía distinto. La expresión de su rostro no mostraba su rigidez habitual, ni parecía perdido. Nico conocía la diferencia, el cambio. Había nacido con esa sensación. Era una oleada de resistencia que le recorría, hueso a hueso, la columna vertebral. Era el coraje de un hombre que había aprendido que podía recibir un puñetazo y levantarse golpeando.

—Hijo de puta —dijo Tristan sin creérselo, o tal vez asombrado —. Has intentado matarme.

—Sí.

Tristan frunció el ceño, confundido o maravillado, y bajó la mano.

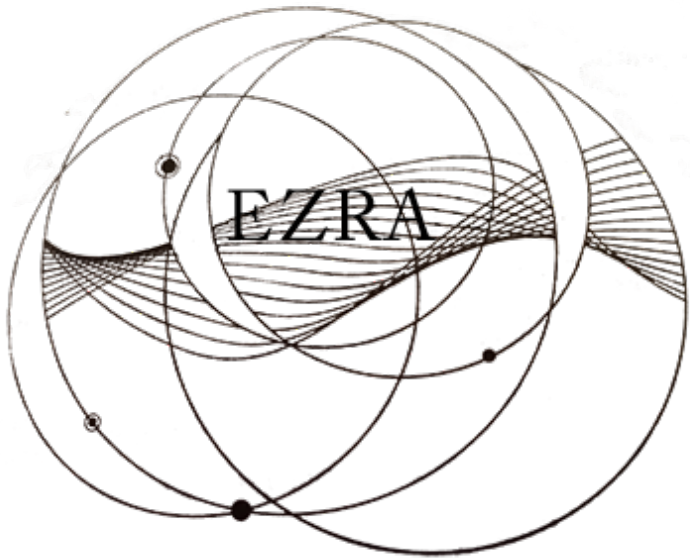
—¿Por qué?

Nico pensó en algo que decir que a Gideon le pareciera productivo. Cambió de idea entonces y optó por algo que haría que Gideon pusiera los ojos en blanco.

—Porque podía, Tristan —respondió Nico de Varona con sinceridad y sintió una nueva oleada de satisfacción al recordar lo que le corría por las venas, que no existía por casualidad. Había nacido así por un motivo y de pronto le parecía importante (no, crítico; no, primordial) cumplir esas obligaciones. Porque lo que era él no se había visto antes y no se podía replicar.

Con una excepción.

—Y porque ahora te nombro personalmente responsable de encontrar una manera de traer a Rhodes de vuelta.



Ezra se estaba muriendo.

De aburrimiento.

Y era una muerte más lenta que por asfixia o inhalación de humo. No le preocupaba eso, pues al menos tenía magia suficiente para alejarse del caos producido por la explosión de Libby Rhodes. Había hecho todo lo posible para evitar el fuego, pero sabía, como el cielo rojo de la mañana, que era inevitable. Cuando ella lo sujetó por la garganta, le vino a la cabeza, con una sensación de alivio o de que lo tenía merecido, que Libby podía matarlo. Tal vez incluso quisiera verlo morir bajo sus dedos. Pero al final lo apartó a un lado y lo dejó a su suerte cuando la habitación ardió en llamas, pero eso no era igual que un asesinato a sangre fría. Aunque tampoco era mucho mejor.

En cualquier caso, Ezra Fowler estaba viajando de nuevo. Algo que hacía a menudo últimamente, asistiendo a reunión tras reunión. Ezra no había ido nunca a Budapest, ni a ninguna parte en realidad en lo que empezaba a pensar como tiempos pasados. Nunca le había interesado mucho viajar, ya que le resultaba más sencillo visitar el

futuro distante que sacarse el pasaporte y transportar su huella de carbono a Francia.

Supuso que era algo bueno, viajar tanto. O, más precisamente, lo que la necesidad de viajar representaba, que era la efectividad de su plan. Y era un plan efectivo porque era un plan sencillo. Cuando se lo presentó a los demás, quedó patente que había escogido bien a sus compañeros de conspiración porque no necesitó muchas palabras para que a ellos también les pareciera un asunto sencillo.

Los seis elegidos de Ezra eran Nothazai, que representaba infamemente al Foro; James Wessex, que era infamemente James Wessex; Julián Rivera Pérez, el tecnomante de la CIA cuyo trabajo era notoriamente inexpresable y públicamente inexpresado; Sef Hassan, el naturalista mineral que representaba los intereses mágicos de la región de MENA; un medellano de la operación Pekín al que era más fácil buscar que nombrar; y una profesora, la doctora Araña, cuyos contratos gubernamentales eran de extrema y remarcable confidencialidad.

Al contrario que los seis elegidos por la Sociedad, la coalición de Ezra no había sido seleccionada para que se destruyeran a sí mismos por el bien de un premio elusivo y exclusivo, sino para compartir un resultado común. Un objetivo común. En realidad, el mismo objetivo que Ezra y Atlas habían compartido hace más de dos décadas: derrocar a la Sociedad y reemplazarla con algo de una distribución más amplia, algo menos cargado de chorradas y secretos y pretensiones de intriga y misterio que solo servían para ocultar el hecho de que bajo la máscara dignificada de justicia había otro mero clan de déspotas que buscaban gobernar el mundo.

—Sé con seguridad que cada uno de vosotros tenéis interés en que la Sociedad quede expuesta —anunció Ezra al grupo la fatídica tarde que los reunió por primera vez.

La mitad de ellos tenía un propósito ideológico, filosófico. Nothazai y el Foro querían exponer el conocimiento cuidadosamente protegido (o maliciosamente acumulado) por la Sociedad. Hassan deseaba que el conocimiento colonizado y robado volviera adonde pertenecía. La profesora, una antigua activista, quería usar los archivos con fines académicos en su laboratorio. Para los otros se trataba más bien de una cuestión de lucro, pero la filantropía por sí sola no pagaba las facturas ni destruía una

sociedad secreta de medellanos homicidas. Lo significativo aquí no era tanto los medios como los fines.

—Yo mismo he accedido a los contenidos de los archivos —dijo, desvelando con cuidado su as. Los demás eran demasiado adeptos para mostrar abiertamente su sorpresa, pero no sentían tanto desinterés como para ocultarla por completo—. Y sé de primera mano que lo que cada uno de vosotros anhela, independientemente de las intenciones, está ahí dentro. —A fin de cuentas, Ezra estuvo un día dispuesto a dejarlo todo para poseerlo. Para gobernarlo y hacerlo con Atlas, y ese fue su error. No había hecho bien los cálculos como para prever que para cuando Atlas pusiera un pie en la Sociedad, ya no necesitaría a Ezra para nada.

Era una oferta conocida, tan tentadora y poco específica como la de la Sociedad. Las miradas de los que ocupaban la mesa demostraban que cada uno de ellos estaba rellenando sus propios espacios en blanco, poblando sus tesoros. La profesora era la única que no se mostraba afectada, ni James Wessex, que parecía contenido.

El multimillonario hablaba sorprendentemente suave. En el momento en el que abrió la boca, los demás se inclinaron de forma instintiva hacia delante en un esfuerzo por escuchar mejor.

—¿Tenemos que creer que la Sociedad te ha permitido entrar y salir con vida? —murmuró Wessex—. Asumiendo que la biblioteca exista de verdad, más allá de los delirios colectivos.

Sus palabras se ganaron una mirada de diversión de los ocupantes de la mesa. Todos sabían que los archivos de la Sociedad existían. ¿Cómo explicar, si no, la propia naturaleza y topografía del poder? ¿O cómo ciertos medellanos parecían destinados al éxito?

La cuestión era qué contenían los archivos y, más relevante aún, cómo demostrarlo. Ezra era el primero que podía hacerlo. Así que continuó:

—Antes de hoy, todo cuanto ha tenido nadie para confirmar la existencia de la Sociedad Alejandrina ha sido su sombra. Los medellanos que nunca regresaron o los que lo hicieron con un poder sin precedentes. Hasta ahora ha sido tema de especulación, de conclusiones del exterior. —Se detuvo para mirar a Nothazai, que lo miraba fijamente—. Pero puedo confirmaros los nombres de los iniciados más recientes, así como sus especialidades. Conozco su

educación, su formación, su pasado. Conozco a sus familias, a sus aliados y enemigos. Y también sé qué candidatos siguen allí.

Hubo un instante de silencio.

—Entonces tu plan es… ¿perseguirlos? —preguntó tranquilamente Nothazai.

—No —respondió, aunque sí lo era, en cierto modo—. El Foro ya tiene sus métodos para perseguirlos y creo que es justo decir que son inefectivos. —Le lanzó una mirada directa a Nothazai.

Este se cruzó de brazos, pero no dijo nada. Él, más que nadie, sabía que el arma más efectiva de la Sociedad era su secretismo. Lo que no podía demostrarse no podía emplearse en su contra. Cada acusación lanzada por el Foro contra la Sociedad tenía exactamente la misma consistencia que el humo.

—Mi plan es capturar oficialmente a los últimos iniciados de la Sociedad. —En el pasado, sin evidencias de delitos, la Sociedad podía enterrar sus secretos con la misma efectividad que habían enterrado a Ezra, borrando su existencia y confeccionando su destino. Eliminaban de forma rutinaria sus pecados, confiando en que la muerte o sus promesas de gloria pudieran comprar el silencio. Por desgracia para ellos, uno de sus miembros era un mentiroso. Lo que significaba que, gracias a Atlas Blakely, Ezra estaba vivo y enfadado—. Podremos tratar a los candidatos de la Sociedad como lo que son, criminales —señaló, haciendo referencia a la cláusula de asesinato del contrato de la Sociedad—, y usarlos para entrar nosotros. Desde ahí, para derrocar a la Sociedad tan solo tendremos que exponer sus secretos más ilícitos. De esos hay muchos. —Al menos uno cada diez años desde que empezaron las bibliotecas antiguas.

Pérez golpeó la mesa con los dedos.

—Solo necesitas a uno de los iniciados para eso. No a los cinco. —A su lado, el medellano pekinés torció la boca lo justo para indicar que estaba de acuerdo.

—Cuatro —corrigió Ezra, porque, según le había informado Libby, uno de ellos estaba muerto. Y otro estaba a salvo—. Si uno fuera suficiente, ¿permitiría la Sociedad que uno cayera antes que arriesgarse a desvelar sus secretos?

Significado: no había duda de que la Sociedad sacrificaría a un medellano por la causa. Lo hacía cada diez años. Solo tenerlos a

todos funcionaría.

Pérez quedó inmediatamente aplacado.

—Cierto.

—Necesitaréis muchos más recursos. Más que solo los nuestros. —Nothazai tenía los dedos en la boca—. Sus sistemas son impenetrables. Solo su cuidador ya es un oponente formidable. —Ezra se contuvo para no crisparse ante la mención de Atlas—. Y, más importante aún, la Sociedad no se desmoronará solo porque una clase de medellanos abra la boca. La biblioteca ha permanecido en pie demasiado tiempo para caer así.

—Su sistema no es perfecto —contrapuso Ezra, que se había colado por un vacío de sus supuestamente impenetrables protecciones esa misma tarde—. Y hay fracturas entre los iniciados restantes. No costará encontrar las grietas en los cimientos de la Sociedad.

Estaba claro que su confianza empezaba a impactar a los demás, que parecían como si hubieran recibido un premio valioso y poco común.

Todos menos uno. Ezra desvió la atención hacia la profesora, que permanecía perfectamente inmóvil mientras que el resto empezaba a asentir con la cabeza.

—¿Qué pasará con la biblioteca una vez que captures a los iniciados? —se interesó Nothazai.

—Se volverá disponible —respondió él, encogiéndose de hombros—. Circulará.

—No todo lo que contiene la biblioteca está diseñado para consumo público —intervino Pérez. Miró al medellano de Pekín, que no lo miraba a él, y a James Wessex, que lo miraba sin pudor.

Pero Ezra ya había oído ese argumento antes. Todos lo habían oído.

—Es mejor que el peligro esté disponible para todos que en las manos de una élite secreta —dijo. Pérez no podía estar en desacuerdo, ni tampoco ninguno de los demás.

A partir de ahí, a todos les quedó claro que los recursos a los que había hecho alusión Nothazai (poder institucional, operaciones de inteligencia y, por supuesto, dinero) eran una parte crítica del plan. Tendrían que expandir su influencia a lo largo del globo, y unir sus objetivos, aunque de mala gana, contra un enemigo común. Y, por

encima de todo eso, el reloj hacía tictac. Una vez librados de sus obligaciones con los archivos, los cuatro peones restantes de Atlas se asegurarían una posición en el mundo, eximiéndose de reproches como había hecho cada miembro de la Sociedad en el pasado. Por ahora estaban contenidos, pero fuera de su alcance. En otro año, podrían ser prácticamente intocables. Pero había una breve ventana de tiempo en la que Ezra tenía una posibilidad de tiro. Solo una. Si fallaba, las consecuencias serían nefastas, sin posibilidad de supervivencia para más que su conciencia. De ahí la necesidad repentina de estar en todas partes al mismo tiempo.

Pero contemplar el vasto e intelectual bosque de salvar al mundo consistía principalmente en tener en cuenta los árboles aburridos y monótonos. Ezra estaba aprendiendo muy rápido que viajar era una especie de dolor de cabeza, incluso cuando usaba los canales medellanos más eficientes que podía permitirse su nuevo grupo de asociados. Los conductos de transporte que poseía y operaba la Corporación Wessex (que funcionaban como las puertas de Ezra entre los puntos del tiempo, pero entre protecciones privadas en ciudades importantes) eran muy convenientes, pero aun así. La logística de tender trampas a los medellanos más peligrosos que jamás hubieran existido no era suficiente para cautivar la imaginación en cada momento del día, y las diferencias horarias eran un verdadero lastre.

—Te acabas acostumbrando —le dijo Eden, que era la secretaria o algo así de James Wessex. Tal vez su asistente. (Ezra, al contrario que Atlas, no tenía buena memoria para los nombres, las profesiones u otras trivialidades). Conoció a Ezra en el hotel en el que Nothazai le había sugerido que se alojara, que tenía un nombre ostentoso y parecía una especie de palacio—. Desafortunadamente, no hemos evolucionado más allá de los ritmos circadianos.

—Cierto. —No era la primera vez que Ezra hablaba con Eden, pero nunca sabía qué decirle. Tenía un porte elevado, como si juzgara a todo el mundo en silencio, en el interior de su cabeza, y probablemente lo hiciera. Era esbelta y bastante alta para ser mujer, casi de su altura. Tenía el pelo castaño y brillante y puntitos de color ámbar en los ojos verdes. Había en ella algo que resultaba muy intimidante. Como si hubiera matado a su última pareja y se lo hubiera comido.

—Nothazai se encontrará contigo en la *brasserie* —le informó—. Yo llegaré más tarde. Tengo que encargarme de unos asuntos personales antes.

Ezra no estaba seguro de si tenía que hacer algún comentario sobre dichos asuntos personales.

—¿Eh?

—Reuniones —respondió ella—. Estamos haciendo un trato aquí. No puedo contártelo o tendré que matarte —añadió con una sonrisa. Le recordó a un zorro. Supuso que era la disposición de sus rasgos. O lo rápido que se movían sus ojos en su cara—. ¿Necesitas algo? —Se detuvo junto a la habitación que estaba reservada a nombre de él.

—Eh, ¿la llave?

Su sonrisa titiló.

—Hay un escáner de retina —explicó tras un momento para recuperar la expresión forzada, señalando el escáner que había junto a la puerta—. Ya no hay llaves. Están muy anticuadas.

—Ah. —Bien.

—Casualmente, mi ex aprobó la tecnología. —Esta vez reservó el desagrado para el ex en cuestión—. Una pena que vaya a morir pronto.

De nuevo, Ezra no sabía si se estaba perdiendo algo.

—Ah, ¿sí?

Ella soltó una risa ronca.

—Es Tristan Caine. Ya sabes, uno de los seis.

—Ah, cierto. —Ezra se sintió irritado y recordó el hilo suelto de sus planes antes de procesar lo que había dicho—. Aunque muerto, no —corrigió—. Capturado.

—Es una figura retórica —comentó alegremente—. Aunque se lo merece.

—¿Vosotros… trabajabais juntos? —Prefirió pensar que la mención al elusivo Tristan Caine era favorable en lugar de despreciativa. ¿Cuán bien lo conocería Eden aparte de en sentido romántico? ¿Sabría más sobre su especialidad mágica que sus profesores o su jefe?

—Ja. No. —Le hizo una señal para que se acercara al escáner, que emitió una luz escarlata antes de abrir la puerta—. Disfruta de la tarde —se despidió y se marchó por donde había venido.

—Bien, gracias. —Ezra entró en la habitación e hizo inventario del bar a su izquierda. La sensación que daba de apartamento abierto era un eco elegante del vestíbulo *art nouveau*, aunque lo más destacado de la decoración era sin duda la vista. Las cortinas estaban descorridas y había una imagen gloriosa del castillo de Buda al otro lado del Danubio. Era tan hermoso que Ezra se quedó con la boca seca y tuvo que toser en el puño cerrado.

Se llevó la mano a la garganta y rozó los moratones que se desvanecían lentamente. Un regalo de despedida con la forma de los familiares dedos de Libby.

Sacudió entonces la cabeza, dejó sus cosas al lado del sofá y salió a la *brasserie* que había al fondo de la calle, preparado para su reunión con los representantes del Foro. En la práctica, el Foro era una organización mundial sin fines lucrativos orientada a un público que no era el de la Sociedad y que iba en contra del propósito principal de la Sociedad. Ahí, sin embargo, era donde las distinciones terminaban (más una cláusula de asesinato). El Foro no era menos formal que la Sociedad, ni menos burocrático por lo que él veía, no estaban menos representados por la estructura y la jerarquía. Cada vez que se reunían con Ezra, era más consciente de lo mucho que distaba de controlar sus marcadores de posición social. No en términos de dinero, sino algo… diferente. Algo que siempre le había faltado a Ezra. Era la misma carencia de autenticidad que atisbaba en Atlas; la sensación de no pertenecer, pero sí de controlar. Era un aura de certeza, de esas que iban de la mano con los privilegios y que Ezra nunca había sabido duplicar. Un aroma de institución que suponía que los hacía sentir dignificados, o justos.

Bien por ellos. Siempre y cuando compartieran el deseo por llegar al mismo fin, le parecía bien.

El interior de la *brasserie* estaba lleno de vegetación que brotaba encima de su cabeza, la barra reflejaba toques de verde del bosque del tapizado de las sillas. Era muy tranquilizador, o lo habría sido, hasta que examinó a la gente que había allí y vio dos cosas.

Primero: la presencia de Nothazai, que mantenía una conversación con uno de los otros dirigentes del Foro. Estaba en una esquina de la sala, camuflado detrás de un helecho muy grande.

Lo otro que vio fue a Atlas Blakely sentado a una mesa junto a la

barra.

Hola, lo saludó en su cabeza. *Faltaste a nuestra última cita.*

Ezra miró a Nothazai, que seguía inmerso en una conversación clandestina, y luego a Atlas, que estaba sentado solo con su habitual abrigo con estampado de tartán. Delante de él había una taza de té, como de costumbre. Frente a la silla vacía había una taza de café americano. Ezra no necesitaba confirmación. No sabía cómo lo había encontrado Atlas, o si sospechaba de él más allá de que hubiera cortado todo tipo de contacto… pero claro, Ezra no había sufrido un tormento por las amenazas de un aficionado.

Además, perdería toda la dignidad si le preguntaba.

Fue a sentarse delante de Atlas.

—Solo tengo un minuto —le dijo.

—Solo necesito uno —respondió Atlas—. Ya dijiste todo lo que necesitabas decir cuando dejaste el cuerpo de Elizabeth Rhodes.

Ezra mantuvo su mente en blanco con cuidado, tan limpia como pudo a pesar del nudo que notó en el pecho y la necesidad repentina de volver a tocarse la garganta, de poner las manos donde las había puesto ella.

Atlas no podía saber que había sido él. No podía demostrarlo. Miró la taza que tenía delante, la giró para tomar el asa y se concentró en canalizar sorpresa, o mejor aún, incredulidad.

—¿Libby ha muerto?

—Ya sabes que no. —Atlas fijó en él una mirada que Ezra no quiso interpretar—. No voy a molestarme en preguntar dónde la has llevado porque sé que no me lo vas a decir. Y estoy seguro de que daría igual aunque lo hicieras.

—No sé de qué estás hablando. —De pronto le picaba el cuello, no podía evitarlo.

—Debías saber que no podrías retenerla mucho tiempo.

Ezra movió un poco la taza de café.

—De verdad que no sé a dónde quieres llegar. —¿Habría cambiado ya las protecciones? Aunque sospechara que había un defecto en la seguridad de la casa, dudaba de que pudiera repararlo él solo. Ezra era más físico que él. A Atlas le costaría enfrentarse a la naturaleza física de las protecciones de la Sociedad. Probablemente lo lograría al final, pero le dolería.

Bien.

—No vas a conseguirlo una segunda vez, ya lo sabes. —Atlas le dio un sorbo al té—. E imagino que ya eres consciente de que esto no va a terminar bien para ti.

Ezra intentó contener una carcajada.

—¿Eso es una amenaza? —preguntó con tono sarcástico—. ¿Vas a encontrarme allí donde vaya y ese tipo de cosas?

—Puedo encontrarte allí donde vayas, sí —confirmó Atlas—. Pero no necesito hacerlo. Sea como fuere el enemigo en el que crees que me he convertido, yo no pienso igual.

Otra risa amarga.

—Entonces podemos seguir siendo amigos, ¿es eso?

Atlas dejó un puñado de monedas en la mesa, se terminó el té y se puso en pie.

—No, Ezra, no somos amigos. Y pagarás por lo que has hecho. Pero no revistes ninguna importancia para mí.

En el pecho de Ezra se encendió una llama que ardía despacio.

—¿Y por qué me has buscando? ¿Por qué me has seguido hasta aquí si de verdad significo tan poco?

Atlas, que se había dado media vuelta para marcharse, se giró de nuevo hacia Ezra y bajó la mirada a las huellas de los dedos de Libby que tenía en la garganta.

—Quería ver qué te había hecho. —Asintió a modo de despedida —. Que disfrutes del café —añadió, empujando el asa de la taza—. Sé lo mucho que te gusta un pedacito de tu hogar.

Ezra se mordió la lengua para no decir nada infantil ni profano.

—Bien. Ya has dicho lo que querías.

—Ah, ¿sí? —Atlas se detuvo para considerar sus palabras—. ¿Sabes? —comenzó, cediendo a su afición favorita de dispensar consejos no solicitados—. Estás demasiado cerca. Espero que no sea muy tarde cuando descubras que estás inextricablemente entregado a algo que solo puede fracasar.

Ezra no dijo nada, ya le había dedicado a Atlas más atención de la necesaria. Examinó el grano de la mesa, pensando únicamente que Atlas ya no podía decirle nada que le importara. Tenía la mente fija, inamovible, por si intentaba indagar en ella. Fue Ezra quien presenció la inminente destrucción del mundo a manos de Atlas, y era él quien estaba preparado para salvarlo. No había nada más que hablar.

Atlas lo miró con pena.

—Tu problema… —dijo cuando él puso una mueca y se apartó —. Tu problema, lo sepas o no, es que sigues allí, en esa habitación, mientras vuelan las balas, eligiendo la vida y odiándote por ello.

Tras los ojos de Ezra apareció un recuerdo explosivo, un destello de dolor. El templo. Su madre. Las puertas. La mirada vacía del atacante; el gatillo mental que solo Atlas podía apretar. Era lo único que no estaba preparado para ignorar, y el capullo de Atlas lo sabía. Atlas se volvió en el segundo que tardó Ezra en salir de su parálisis temporal.

Se quedó mirándolo mientras se retiraba y un rato después de que hubiera desparecido entre la multitud.

—¿Ezra?

Tardó un instante en darse cuenta de que alguien le estaba hablando.

—Es Ezra, ¿no? —preguntó la voz.

Parpadeó, recordó dónde se encontraba y alzó la mirada. Era la mujer, la profesora, una de sus seis elegidas: la doctora J. Araña; la J aparecía de forma pretenciosa por algo que no podía recordar. Era una química menuda de pelo oscuro en la cincuentena con el fantasma de la belleza, a pesar de que en su rostro predominaban ahora unos ojos hundidos y unas mejillas caídas. Estaba especializada en geoingeniería y dirigía un laboratorio universitario privado financiado por el gobierno. Había sido una activista de la guerrilla en la juventud, su trabajo y sus protestas condenaban la naturaleza de la Sociedad, aunque con el tiempo Ezra empezaba a dudar de su utilidad. Parecía demasiado pasiva, demasiado callada. De los seis elegidos de Ezra, la profesora nunca hablaba ni ofrecía recursos. Sí insistía, sin embargo, en asistir a esas reuniones, tal vez por su asociación académica con Nothazai y el Foro. Fuera cual fuere la naturaleza de sus motivaciones, Ezra tenía aún que descifrarla. Su curiosidad parecía al mismo tiempo ambigua e innegable.

En cuanto a Nothazai, un biomante cuya especialidad giraba en torno al diagnóstico del cuerpo humano, su magia era secundaria con respecto a la naturaleza política de su trabajo, o (lo que era más halagador) la filosófica. Su papel como director del Foro era, según Ezra, excesivamente opaco. A primera vista, era un consumado

networker; el Foro, al contrario que la Sociedad, dependía de recaudaciones de fondos, subvenciones, conexiones institucionales, ese tipo de cosas, y daba la impresión de que su instinto era coleccionar recursos como si fueran tesoros, colocándolos en una fila ordenada. Era como una urraca y Ezra intentaba no irritarse por ello, aunque no siempre lo conseguía.

Para Ezra, el problema con el amplio alcance del Foro no era tanto Nothazai como la posibilidad de que cayera todo tipo de migajas por las grietas. El plan ya se estaba extendiendo más allá del control de Ezra, el círculo de sus socios de confianza se hacía cada vez más amplio y expansivo, y por lo tanto menos digno de confianza. Esto no era la Sociedad. Por definición, estas personas no guardaban secretos. Bien, que fuera así, entendido… pero la situación no podía complicarse, se recordó Ezra. Atlas no era desordenado, y Atlas contaba con los recursos de la Sociedad, lo que significaba que cualquier cabo suelto que dejara Ezra tendría que ser atado.

Incluido el que se le había escapado recientemente.

—Sí, disculpa —le dijo rápidamente a la profesora y se apresuró a levantarse y a abandonar sus pensamientos—. Me alegro mucho de que hayas podido unirte a nosotros —añadió, guiando a la mujer a la parte trasera del restaurante donde lo esperaba el resto de su plan.

Había hecho esto por una razón, se recordó. Si hubiera creído que no valía la pena el precio, no lo habría hecho. Sus convicciones permanecían intactas. Si Atlas quería destruirlo, tendría que hacer algo más que conjurar una taza de café y lanzar amenazas vagas en una cafetería húngara. Y en cuanto a Libby…

No, no tenía sentido pensar en eso ahora. Ella no sería capaz de llegar aquí, lo que significaba que estaba a salvo, y por lo tanto él también. Y sus planes. Simplemente tendría que vigilarla, y hasta entonces.

—Ezra —lo saludó cálidamente Nothazai, mirando el reloj—. ¿Y solo diez minutos tarde? Impresionante. —Se volvió hacia el hombre húngaro que estaba a su lado, el motivo de su reunión. Era un experto en inteligencia especializado en criptografía, lo que, hablando en términos mágicos, no era poca cosa. Pero a Ezra le preocupaba cada vez más que, al garantizar el éxito de su plan,

hubiera subestimado la sofisticación de su enemigo.

Que no era Atlas Blakely, por supuesto. Atlas solo era un brazo de la Sociedad Alejandrina, o tal vez un esclavo o un guante. Si se producía su destrucción personal como resultado de sus planes, ello no revestía ninguna importancia para Ezra.

Aunque sería una necesidad.

—… el resto del mundo ya se ha puesto al día con la tecnología de seguimiento de la Sociedad, por supuesto —estaba diciendo Nothazai, a lo que asintió el húngaro—. Y dada la salida de un transporte de dentro de las protecciones de la Sociedad…

—Debe de ser astronómico —declaró con firmeza el húngaro.

—Sí, sí, absolutamente…

Al otro lado de la mesa, la profesora observaba a Ezra con cara rara. Él le devolvió la mirada por accidente y la apartó rápidamente, centrando la atención en otro lugar de la cafetería. No entendía que Nothazai se sintiera cómodo en público, donde cualquiera podía oírlos. Casi parecía que quisiera que lo oyeran, como si las cosas fueran más justas cuando se hacían a la luz y pudiera verlos todo el mundo.

—Fue idea de Ezra, claro. Ciertamente, no esperamos que los nuevos iniciados se vayan hasta que concluya el año, pero siempre existe la pequeña posibilidad de que uno o dos de ellos se aventuren a salir del cautiverio. La cuestión es que ahora conocemos los detalles de las armas de Blakely, a diferencia de antes —añadió Nothazai al húngaro, quien asintió—, lo que significa que podemos prepararnos mejor para cuando lleguen. ¿Té? —preguntó, dirigiéndose a la profesora.

—No, gracias —respondió ella mientras Ezra observaba el pequeño azucarero de cobre, contemplando cómo se deformaba su reflejo a lo largo de su superficie moteada.

—¿Fue idea suya? —se dirigió el húngaro a Ezra, haciendo que levantara la mirada.

—¿Disculpe? —Se dio cuenta tarde de que el húngaro se refería al seguimiento de las salidas mágicas que Nothazai había mencionado, lo que naturalmente se le había ocurrido a Ezra, que entendía cómo realizaba la Sociedad su reclutamiento y también cómo funcionaba su propio método de viaje.

—La cantidad de magia generada por el transporte instantáneo

es excepcionalmente inmensa —comentó el húngaro con aprobación, tal vez incluso felicitándolo, como si estuviera hablando de un preciado ficus. No se equivocaba al insinuar que era inteligente, pero lo más importante era que registraba información. Cualquiera que abandonara la seguridad de la Sociedad por medio de sus transportes medellanos dejaría rastros de energía equivalentes a una bomba al llegar… para alguien que supiera mirar, claro—. Ahora resulta muy obvio, pero a mí no se me habría ocurrido.

Ezra asintió, pero no dijo nada. Obviamente, a nadie se le había ocurrido porque, si no, la Sociedad no sería la Sociedad, pero no le parecía apropiado mencionarlo. La profesora volvió a mirarlo y Ezra fijó la atención en el húngaro, cuya frente ligeramente abultada estaba perlada de sudor por el calor que hacía en la cafetería. De nuevo pensó que no era la ubicación que él habría escogido. Estaban apiñados alrededor de una mesa diminuta en un comedor diminuto lleno de otras personas no tan diminutas. Tenía la camiseta empapada, la parte baja de la espalda pegajosa. El húngaro siguió la mirada de Ezra y se encogió de hombros en un gesto amable; se limpió después el fino rastro de sudoración.

—El joven señor Fowler es una especie de excéntrico —comentó Nothazai al húngaro antes de volverse hacia Ezra y lanzarle una mirada que decía «solo estoy bromeando». A Ezra no le importaba. Por lo visto, tampoco a la profesora, cuyo primer nombre todavía no recordaba. Trató de evocar los detalles de su investigación reciente (la había elegido por su renombre y su pasado académico sustancialmente menos modesto), pero no pudo.

Oyó un estrépito de platos detrás de él y se sobresaltó. Viejas costumbres. No le gustaban los lugares concurridos ni los ruidos fuertes. En particular, los sonidos que parecían disparos. Se acordó de que Libby lo había intuido, que de algún modo lo sabía. Siempre había sido muy cuidadosa al elegir restaurantes tranquilos cada vez que salían a comer.

La última vez que lo comprobó, Libby no estaba muy lejos. Era fácil de encontrar y aún más fácil de seguir. Quizás ella no comprendiera bien cuánto la conocía. Podía sentir sus decisiones, seguir las huellas y los patrones de sus pensamientos tras haber convivido con ella durante años. ¿Qué era la intimidad sino la

memorización de sus pensamientos, sus sueños, sus miedos? Casi había tenido una vida con ella. Eso significaba algo.

Tenía que significar algo.

¿Verdad?

—¿Se encuentra bien, señor Fowler? —le preguntó el húngaro.

Ezra emitió un sonido evasivo a modo de confirmación y luego, al darse cuenta de que no era suficiente, probó a encogerse de hombros con indiferencia. Por el rostro de la profesora a su lado, supo que no había conseguido mermar la incomodidad del momento.

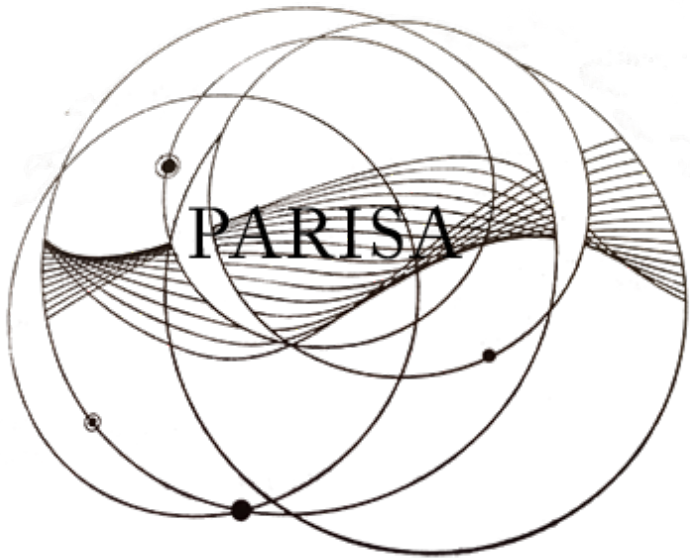
—Perdón, solo un poco nervioso, supongo.

Esa era otra razón por la que Atlas se había quedado atrás, pensó Ezra con tristeza. Atlas estaba mejor preparado para atravesar el presente sin prisa, mientras que Ezra se había retirado por el bien de sus planes. Atlas se ocupaba de la burocracia, dándole a Ezra espacio para desaparecer, lo que en el pasado le parecía necesario. Fue una decisión fácil de tomar: irse él y que se quedara Atlas, porque Atlas era el carismático. Atlas se acordaba de los nombres. Se acordaba de los cumpleaños y celebraba los logros y sabía minimizar los defectos. Él era quien determinaba la energía en la habitación, cambiándola para que se adaptara a él. Su simpatía nunca era suave o genérica. Era un regalo y, en contraste, Ezra era un eterno foráneo. Ezra tenía los rasgos psicológicos torpes de un hombre que había sido testigo de la destrucción de todos aquellos a quien había amado. Hasta hace poco, cuando Ezra comenzó a adoptar un papel más activo en su desaparición.

—Y bien —intervino Nothazai, atrayendo a Ezra a su círculo de confianza—. ¿Qué tal va el plan maestro?

La profesora se movió en el asiento y fijó los ojos oscuros en Ezra con interés claro. Ezra exhaló una bocanada de aire y dibujó una sonrisa en la cara. Si necesitaban destrucción, destrucción les daría.

—Cada día estamos un poco más cerca, amigos míos —respondió y se sentó más derecho en la silla, en el extremo de la mesa, tratando de dar la impresión de que ese era su lugar, la mesa en general o cualquier otro sitio—. Cada día un poco más cerca del inevitable final de la Sociedad.



—Has vuelto —dijo Dalton. El Dalton real no, por supuesto, ese la veía todos los días.

El otro. El que había dentro de su cabeza, escondido dentro del castillo (la fortaleza telepática) diseñado por algún otro medellano.

Su… animación.

La cara del Dalton más joven apareció por encima de la cabeza de Parisa, flotando en medio del aire mientras ella caía en la piedra dura del suelo del castillo. Estaba de nuevo sorprendida por la calidad de este plano astral en particular, y de pronto su espalda se encontró con el frío y la brutalidad del impacto la hizo estremecer.

Esta versión de Dalton seguía mirando a Parisa, expectante, mientras ella se sentaba. Era como siempre una versión más vivaz de sí mismo, aunque menos… completa. Menos compleja. Como una versión ligeramente pixelada.

—¿Sigues la cuenta de mis idas y venidas? —le preguntó.

Él esbozó una sonrisa alegre.

—Estás probándome —observó.

Parisa supuso que no servía de nada negarlo.

—Sí.

—¿Qué estás probando?

—Tienes conciencia. Ahora quiero saber si tienes memoria. —Si podía recordarla en detalle de visita en visita, demostraría entonces que no era simplemente una proyección de su subconsciente.

Dalton parecía divertido.

—¿Crees que soy un bucle temporal?

Era una deducción, y una compleja. Lo añadió a la lista: esta versión podía pensar de forma independiente a su versión corpórea.

—¿Podrías ser un bucle temporal?

—No —respondió sacudiendo la cabeza, como si supiera que estaba haciendo una lista y le pareciera algo banal, una tontería—. Te recuerdo.

—Tenía que intentarlo. —Dejó que la ayudara a levantarse y volvió a fijarse en que era ligeramente menos real que su entorno. Se movía titilando, algo que ni siquiera sus proyecciones del ritual de iniciación hacían.

Convencer a Dalton para que la dejara volver a entrar en su mente había sido… algo de una dificultad inesperada. Y también, técnicamente, inefectivo, lo que supuso una gran sorpresa para ella.

Hace más de dos meses, Dalton le contó a Parisa (a Parisa y a nadie más) que el cadáver que habían dejado en la habitación de Libby Rhodes no era, como pensaban, una ilusión, sino una animación, y una tan efectiva que el único posible creador solo podría haber sido el propio Dalton. Como dijo Dalton, era imposible, pues, ¿cómo podría haber llevado a cabo semejante magia tan importante sin saberlo? Así y todo, parecía no tener ninguna duda de que era obra suya. En las semanas siguientes, que se convirtieron poco a poco en meses, Parisa creyó que las circunstancias de la desaparición de Libby harían que Dalton se inclinara más a dejar que Parisa continuase con su experimentación en su subconsciente, ya que ahora parecía una cuestión de gran importancia. En la actualidad, sin embargo, la pérdida de Libby había tenido el efecto contrario, y había vuelto a Dalton más evasivo que nunca.

No, se corrigió Parisa. No era la pérdida de Libby lo que había generado esa distancia. El fantasma de Libby Rhodes perseguía al resto de los ocupantes de la casa (evitaban cuidadosamente decir su

nombre, se tensaban cuando intuían la ausencia de sus costumbres o preocupaciones morales), pero no parecía haber afectado a Dalton de forma notable, aunque estaba claro que había algo que sí. Algo lo había puesto nervioso y había forzado la distancia entre él y Parisa. Ella sentía que ese algo en cuestión estaba más relacionado con el cuidador que recientemente la había fastidiado.

En resumen: Dalton se había mostrado muy reticente a permitir que volviera a su cabeza. A Parisa le parecía absurdo y culpaba a Atlas. Pero Parisa podía ser muy ingeniosa cuando se proponía algo. Tuvo el presentimiento de que en este momento la forma corpórea de Dalton estaba durmiendo bastante bien tras haber sido satisfecha con pericia.

—Entonces tienes una forma de memoria —le dijo a la versión más joven de Dalton. Esto, junto con sus habilidades para razonar, significaba que las animaciones podían pensar hasta cierto punto. Se producía cierta actividad cognitiva más allá de la simple programación o el instinto biológico—. ¿Te acuerdas de algo aparte de mí?

—Recuerdo haberme despertado aquí —respondió Dalton. De pronto parecía apático, como si acabara de recordar sus limitaciones.

—¿Cuándo fue eso?

—Esto es aburrido. —No la estaba mirando. Había cruzado la habitación hasta los barrotes de la ventana de la torre y los observaba como si no hubieran estado allí antes—. Todo esto es muy aburrido. ¿Sabías que me vigilan ahora? —Sacudió el hierro de los barrotes—. Alguien me está observando.

A Parisa no se le había ocurrido comprobar las vistas por la ventana del castillo.

—¿No te observaba alguien siempre? —preguntó, acercándose. Solo vio bosque, la forma de un laberinto, varias curvas dentro del laberinto. Vegetación densa y una niebla espesa, pero nada de importancia mágica.

—Esto es distinto. —La animación de Dalton se volvió con un suspiro de impaciencia—. ¿Vas a sacarme?

—Lo estoy intentando.

—Bien, pero voy a necesitar ayuda. Para que no vuelva a ganar esta vez.

—¿Quién? ¿Atlas?

—Esa es la parte que no entiende —continuó Dalton, pero no era una confirmación ni una negación. Solo el ego de un hombre que no prestaba atención a la conversación que estaba manteniendo—. No puede ganar siempre. Estuvo a punto de no conseguirlo antes. La probabilidad de que lo logre dos veces es menor ahora. Menor cada día, cada minuto. Y tú… —añadió, encogiéndose de hombros—. Tú estás cambiando las cosas.

—Sí —respondió ella. Estaba muy segura de que era verdad.

—No ganará de nuevo. Y lo sabe. Tendría que ser más cuidadoso. —No estaba claro si hablaba de Atlas, pero Parisa no veía la oportunidad de insistir. La sonrisa de Dalton era resplandeciente, casi cegadora, cuando se volvió hacia ella—. La gente nunca tiene cuidado cuando se acerca a ti, ¿verdad?

—Ni remotamente —confirmó.

Era verdad, pues no había recibido invitación, estrictamente hablando, para esta visita en particular.

La tarde había empezado con Dalton (la versión corpórea) arrinconándola en la sala de lectura para hablar de su tema de estudio independiente.

—No lo entiendo —dijo sin preámbulo, enseñándole la hoja que había entregado ella como propuesta oficial.

—¿Qué es lo que no se entiende? —preguntó ella, mirando la hoja—. Lo he escrito en mayúsculas y todo.

La hoja de papel contenía una palabra: Destino.

—Parisa —le dijo Dalton con un tono de voz que parecía decir «por favor, no me avergüences en el trabajo»—. ¿Hay algo menos… intelectual que puedas considerar como propuesta?

—Primero: soy intelectual —le dijo—. Por definición. Y segundo: lo decía en términos del modelo de Jung. —Es decir, el psicoanalista Carl Jung, que opinaba que la humanidad poseía, como colectivo, propiedades atávicas—. La idea de que todo el mundo nace con acceso a un subconsciente más amplio, interconectado. Algo que compartimos como especie en lugar de algo determinado para nosotros como individuos.

Obviamente, Dalton no la creyó, aunque no se podía imaginar por qué. Era siempre muy franca. Casi nunca podía sospecharse de ella.

—Sé que has estado intentando entender la conciencia de los archivos —dijo Dalton. (Vale, tenía sus momentos).

—Dile a Atlas que en boca cerrada no entran moscas. Es una frase coloquial, pero seguro que sabe lo que significa.

—No ha sido Atlas. —Dalton suspiró—. Y lo que quería decir es…

—Espera, ¿no ha sido Atlas? —Entonces la opción más probable era Reina, lo que casi parecía impresionante. ¿Reina había dedicado un momento para fijarse en que en la Tierra pasaban cosas? Qué poco propio de ella—. ¿Desde cuándo te cuenta cosas Reina?

—No lo hace. —Por desgracia, el investigador estaba manteniendo los detalles bien guardados. No era que fuera imposible colarse en sus pensamientos si Parisa lo deseaba de verdad, pero el esfuerzo de descubrir lo que ya sabía le parecía demasiado para ese momento—. Pero si estás intentando manipular los archivos con el fin de ver cómo funcionan…

—Tenía la impresión de que no se podían manipular los archivos.

—Por supuesto que no, pero…

—¿Por qué entonces iba a intentarlo? —añadió inocentemente, abriendo y cerrando los ojos para darle un efecto mayor—. Además, los arquetipos de Jung me parecen perfectamente académicos. —¿La verdad? Estaba intentando entender la conciencia de los archivos. Al contrario que las animaciones, que, según había insinuado con anterioridad Dalton (y Callum lo había confirmado), estaban vivas, pero no eran del todo conscientes, los archivos parecían ser conscientes, pero no estar del todo vivos. Parisa había hecho uso de la conciencia de la casa, siguiendo patrones que no le parecían iguales al pensamiento. Entonces, ¿sería la biblioteca una bóveda de conocimiento sin vida, o más bien un cerebro?

Llevaba pensando en ello desde la insinuación de la versión proyectada de Callum durante su ritual de que los archivos eran rastreados de algún modo. ¿Qué necesidad tenía la Sociedad de rastrear a sus ocupantes por medio de los archivos? No había nada significativo que extraer de los puntos de información acerca de su comportamiento a menos que el objetivo final fuera modelarlos, prediciendo lo que podrían hacer a continuación. Si ese fuera el caso, solo podría significar villanía o prueba de concepto. Si era la

Sociedad, entonces era aburrido y carente de inspiración. No los hacía mejores que la web 2.0. Pero si realmente los archivos estaban estudiando los comportamientos de sus iniciados… si la tarea de nutrir los archivos, de hacerlos crecer, no era metafórica, entonces era una marca en la columna de los arquetipos atávicos.

Si algo que no estaba calificado técnicamente como vivo podía predecir a los miembros de la clase de iniciados de Parisa, ¿no confirmaría eso de algún modo el concepto de una conciencia colectiva, un destino predestinado? O demostraría simplemente la vigilancia ilegal de Sociedad, lo cual resultaría predecible en lo concerniente a sus planes siniestros, pero merecía la pena saberlo. Fuera cual fuere el resultado, Parisa la consideraba una respuesta que valía la pena descubrir antes de dejar los confines de esta casa sin mirar atrás.

Pero Dalton seguía sin parecer convencido, y recordó que eso requería un poco de intimidad. Compartir era cuidar, por decirlo de otra manera coloquial. O en este caso, al revés.

—He estado pensando en los sueños —comentó Parisa.

—Los sueños —repitió Dalton. Esta vez sonó más curioso que condescendientemente decepcionado. Aunque a Parisa le molestaba que la presionara para que le dijera la verdad, no podía negar que en ocasiones era efectivo.

—Sí, sueños. —Nico, en virtud de revelar la naturaleza de su amigo caminante de sueños, le había dado la idea de que los sueños eran la intersección del tiempo y el pensamiento—. Tienen lugar en un plano astral compartido. Al parecer, en la cuarta dimensión.

—Mmm —murmuró Dalton, pensativo.

—Y cuando entro en tus sueños —añadió con cuidado—, me encuentro con lo mismo. Casi como si una parte de ti viviera allí de forma permanente. —Casi como si. Exactamente como si—. ¿No te parece interesante?

Pero parecía que volvía a cruzar a un territorio problemático, porque la luz de los ojos de Dalton se apagó tan rápido como había aparecido.

—Parisa…

—Fuiste tú quien sacó el tema —le recordó—. Dijiste que tú fuiste quien hizo esa animación del cadáver de Rhodes. —Casi estaban discutiendo, y por regla general Parisa no discutía. No con

un amante, pues era una pérdida de tiempo para todos cuando siempre se podían hacer cosas mejores y más satisfactorias en nombre de la resolución de conflictos. Las personas tenían que preocuparse por el resultado de una pelea para elegir una, y Parisa nunca lo hacía—. ¿Se supone que debo olvidarme de eso?

Dalton negó con la cabeza.

—Es imposible que yo haya hecho esa animación. No tengo explicación para eso.

—No —corrigió Parisa—. No tienes explicación para eso, y por lo tanto sospechas que es imposible. Pero te conozco —le recordó —. Conozco tu mente.

Ese había sido el error de Dalton. La había dejado entrar y ahora ella lo conocía. Se había dado a conocer, y Parisa sería la primera en afirmar que ese era un error crítico.

—Sé —prosiguió— que reconociste tu magia en el momento en el que la viste. Sé que eres consciente de que es verdad, sea posible o no. Tú creaste la animación —lo acusó y él se encogió—. Tu metodología es lo único que hay que debatir. Intentar persuadirme para que no te pregunte cómo o por qué no va a funcionar nunca.

Estaban frente a frente, él con los brazos cruzados, ella con los brazos en las caderas. Eran el retrato de un conflicto. A pesar de todas las reglas de Parisa, a pesar de su buen juicio, aún podía caer en una trampa.

A Dalton no le iba a gustar esto, el repentino abandono de la sutileza simplemente porque se había frustrado, había perdido la paciencia, había explicado las cosas. Parecía una exigencia, algo nada sexy ni seductor. Era lo más parecido a un desacuerdo doméstico que hubiera experimentado nunca Parisa. «Estás equivocado, no, yo tengo razón». Aficionados. ¿Por qué se molestaba siquiera? Dos años en un lugar eran demasiado. Eso, o como sospechaba, la biblioteca le estaba quitando algo. En este caso, su buen juicio. No podía evitar sentir que sus pensamientos habían comenzado a dar vueltas en círculos, trabajando en exceso hasta que todo cuanto quedaba eran sinsentidos y podredumbre.

Estaba aún en el proceso de enfadarse cuando la mano de Dalton se deslizó hasta su cintura, rozándole la cadera con la palma.

—No quiero que discutamos —le dijo, y le pareció terrible a su manera, porque estaba reconociendo que estaban discutiendo y,

evidentemente, no importaba.

Intimidad. Qué desagradable. Era invasiva y repelente; Parisa la dejaba de lado para evitar que las cosas empeoraran o se intensificaran.

—¿Qué propones entonces?

—Te he echado de menos. —Dalton se inclinó y le rozó el cuello con los labios de un modo que haría suspirar a una mujer más blanda—. Últimamente has estado muy concentrada en la destrucción.

—En la destrucción, no. —No deseaba destruir los archivos, solo entenderlos. Aunque si resultaban ser completamente repugnantes, entonces sí, de acuerdo, pero ya quemaría ese puente cuando llegara—. Aunque supongo que me ha dejado cierta tensión —murmuró, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—Deja que lo arregle —fue la sugerencia de Dalton. Las cosas progresaron y ella disfrutó de su habilidad habitual para subir la intensidad. Colarse en sus pensamientos a partir de aquí no era problema, casi una invitación. Bastante sencillo, teniendo en cuenta todo.

Hum.

¿Demasiado sencillo tal vez?

Ahí estaba de nuevo, el bombardeo de pensamientos. Parisa no estaba acostumbrada a discutir con sus amantes, cierto, pero, en retrospectiva, parecía que algo había alterado la secuencia habitual. Una cosa era que Dalton reculara en una discusión, pero otra diferente que dejara su mente tan abierta. Era algo descuidado, un desliz despreocupado que ahora parecía fuera de lugar teniendo en cuenta el control impecable de Dalton. Porque, a fin de cuentas, Parisa lo conocía. Para otro hombre, el error de dejar abierta la puerta principal era común y a veces predecible. Dalton Ellery era un hombre común en muchos sentidos, pero no en este.

De pronto estaba segura, dolorosamente segura. No era posible que el acceso a su cabeza en esta específica noche fuera accidental, o, peor, de carácter romántico, un truco de la luz teñido de rosa como podría haber pensado.

Algo estaba mal.

Convencer a Dalton para que hiciera algo que solía querer hacer con ella no era una hazaña notable, pero ¿dejar una puerta

entreabierta en la misma ocasión? Eso solo podía significar la presencia de un intruso que había entrado y se había ido, la huella de una idea abandonada a su paso, como huellas dactilares.

La repentina sensación de vulnerabilidad la despertó del trance. Hipotéticamente, por supuesto, no de verdad, porque ahora mismo seguía en el interior del subconsciente de Dalton, visitando a su otro yo.

Volvió a mirar la imagen del Dalton más joven, supervisó los muros de su fortaleza mental y pensó cómo no había reflexionado antes sobre ello. Dalton solía ser cuidadoso a su alrededor, ¿qué explicación había entonces para todo esto?

—¿Ves lo que ve él? —preguntó a su yo más joven, a la animación—. Tu portador. ¿Le haces un seguimiento?

—Sé lo que sabe él. —La versión más joven estaba molesta, se mostraba casi infantil—. Él lee. Y lee y lee y lee y lee y…

—Vale. —Muy bien. Entonces debía de haber pasado algo por alto, y cuanto más pensaba qué podía ser, más se preocupaba—. Tengo que irme.

—Espera. —La versión de Dalton volvió a titilar y apareció a su lado—. ¿Vas a volver? Te lo he dicho, hay alguien observándome.

—Estoy segura de que te observa a todas horas —comentó, escuchando solo a medias. Atlas siempre parecía saber cuándo había pasado demasiado tiempo en la cabeza de Dalton. Ahora que lo pensaba, ¿por qué no la había sacado ya de allí? Qué curioso, cada vez la situación le resultaba más inquietante—. Tengo que hacer al…

—Espera. —El rostro de Dalton estaba de pronto al lado del suyo. Se detuvo de nuevo y posó los dedos en su cintura—. Parisa.

Notó un escalofrío que no esperaba al sentir su proximidad. Igual que el Dalton de verdad (o como se llamara la versión de él que sospechaba ahora que la había manipulado), este Dalton poseía una simplicidad hermosa en su construcción. Líneas limpias, ángulos marcados. Parisa, que ella misma era una obra de arte, apreciaba la sofisticación de su minimalismo. Su proximidad era intensa, vivificante.

—Lo sabes, ¿verdad? —dijo él en voz baja—. Por qué sigues volviendo.

Notó otro escalofrío involuntario en la columna.

—Por supuesto —le aseguró—. Me gusta el misterio.

—Ese no es el motivo. —Le agarró la cintura con más suavidad —. Me conoces. Me reconoces.

Por supuesto que lo reconocía, había otra versión de él accesible para ella cada vez que quisiera, eso o algo igual de insignificante era lo que tenía intención de contestarle. Una respuesta que no se veía afectada por él o su cercanía se quedó en su lengua, aunque sabía a qué se refería. Que había algo en él que no solo era reconocible, sino también compartido. Algo en él la atraía.

No dijo nada. Tenía los ojos líquidos, parecían unas piscinas oscuras llenas de insinuación que no deberían de tener ningún efecto en ella. Sabía muy bien cómo funcionaba la química para dejarse llevar por los efectos biológicos del deseo. Ya se había acostado con él esta noche, y volvería a hacerlo, probablemente muchas más veces sin ningún esfuerzo.

Y, sin embargo, cuando se acercó más a ella, no pudo encontrar una razón para apartarse.

—No eres real —comentó. Incluso ahora, era demasiado falso para confundirlo con algo corpóreo; demasiado informe para resultar la distracción que de forma extraña era. Como mucho era una idea, o una pregunta. Era como sentir una atracción sexual por un sabor y un estado mental.

—¿No soy lo bastante real? —Notó su sonrisa contra su boca—. Para ti soy real. Soy innegable para ti al menos en un sentido.

—¿Cuál? —De pronto espirar no le parecía buena idea.

Y él lo sabía, en sus labios brillaba la inquietud.

—Soy lo que has estado esperando.

Parisa se despertó con un gemido, se despegó de su forma astral y comprobó que estaba junto al cuerpo dormido de Dalton. En un instante, la penumbra de la torre del castillo se convirtió en la oscuridad de la casa de la Sociedad, un abismo intercambiado por otro. Tardó un instante en ubicarse, tenía la boca seca y estaba desorientada. La familiaridad de las sábanas de Dalton la trajo poco a poco de vuelta, igual que la conciencia de la casa que se movía a su alrededor.

Unos segundos después, giró la cabeza y contempló a Dalton dormido. Se removía un poco. Parecía que para él había sido un mal sueño e intentó no sentirse muy culpable por ello. Tenía otras

cosas que hacer.

Recogió su ropa, se vistió rápido en la oscuridad y caminó por la galería hacia donde estaban sus dormitorios en el ala oeste. Las habitaciones estaban vacías, lo que le pareció desconcertante. Colocó la mano en la pared y sacudió la cabeza con una furia repentina, obligando a sus pensamientos desmembrados a que se reconfiguraran antes de volverse enfadada hacia las escaleras.

No tenía ni la más remota idea de dónde estaban Tristan y Nico, pero en cuanto sintió a Callum y a Reina sentados juntos en la sala pintada, entendió exactamente qué debía de haber sucedido. A esta hora de la noche formaban una pareja demasiado rara, la confluencia de dos extraños aliados que deberían haberse matado entre sí en lugar de compartir una cama proverbial (y ciertamente no literal), a menos que hubiera algo más en juego. Reina siempre había tenido una extraña obsesión con Dalton, y seguramente Callum sabría cómo capitalizar una oportunidad, por inútil que fuera.

Parisa sabía que estaba buscando a un intruso. Se había olvidado de que sabía exactamente dónde encontrarlo.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Callum, haciendo un brindis con el vaso.

Parisa recordó por un momento y con una repentina sensación de rabia que tendría que haber matado a Callum. Hace meses, el año pasado, ayer. Daba igual no tener un motivo para ello, daba igual que simplemente no le gustara y que fuera razón suficiente para ella.

Callum pudo sentir su resentimiento. Sonrió y le dio un sorbo al vino, un burdeos que reflejaba la luz de forma insidiosa.

—Espero que el buen señor Ellery se haya mostrado al menos tan atento como de costumbre. De todos modos, no era algo que no quisiera hacer.

—No ha podido ser fácil —señaló Parisa con los dientes apretados. Dalton era muchas cosas, pero no era fácil de influir. Incluso para ella, el efecto de persuadirlo suponía mucho estrés.

—Depende de a quién le preguntes —respondió Callum. Estaba claro que estaba entusiasmado por lo que fuera que acabara de conseguir, así que Parisa se volvió hacia Reina, que la miraba con ojos inexpresivos.

—Puedes hacerlo mejor —le dijo con tono tenso señalando a Callum con la mirada.

Reina se encogió de hombros. Miró el cristal en la mano de Callum y se volvió hacia Parisa con expresión aburrida. No, amargada.

—En realidad lo he hecho muy bien.

Y entonces se le ocurrió a Parisa, tarde y con una sensación de estupidez, que tenía que haberse equivocado. No odiaba a Callum. Había tenido razón la primera vez: él no era nada. Peor que nada. Llevaba semanas paseándose por allí en un estado de estupor, meses tal vez, porque por una vez en su vida las cosas no habían salido como quería. Era fácil, muy fácil de destruir. Más fácil incluso que Parisa en sus manos, ¿no era irónico? ¿No era esa la triste y patética verdad, que él usaba a otros como armas con el fin de destruir algo de él que estaba totalmente podrido? Se consideraba intranscendente e insignificante, y tenía razón, y las personas que tenían razón sobre cosas como esa no accedían a su propio poder.

Callum no era el genio aquí.

—¿Qué querías de Dalton? —preguntó Parisa, esforzándose por no ahogarse con el resentimiento. O con la rabia porque hubieran jugado con ella.

—Lo mismo que quieres tú de él —respondió Reina.

Sexo, no. Afecto, no. Lealtad, no. Esas eran cosas que Parisa tenía, pero podría pasar sin ellas fácilmente.

No, era el misterio. El rompecabezas. *Maldita sea*, pensó, y entonces dirigió su pensamiento a Reina. Porque ¿cuándo había tenido algo propio sin que los demás decidieran que también lo querían? Lo único que había hecho era aumentar el valor de Dalton al elegirlo. Deseo por poderes, podría decirse.

Reina dio golpecitos con los dedos en un libro, atrayendo así la atención de Parisa.

Génesis. El mismo libro que había visto que llevaba Dalton. El tema de la investigación de Dalton.

—Creo que estás equivocada en lo que respecta a los archivos —comentó Reina.

Algo dentro de Parisa se encendió en llamas al escuchar eso. Este tipo de violencia no era propio de ella. Generalmente, Parisa era comedida. Calmada. Práctica. Centrada. Respetaba a un

adversario con talento. Respetaba a Reina más por esto.

Pero solo de un modo que la hacía querer agarrar a Reina por la garganta.

—Cuidado —advirtió Callum a Reina con una carcajada, mirando a Parisa—. Vas a ganarte a una enemiga.

Reina se encogió de hombros y se levantó con el libro en la mano. Se dirigió al pasillo y se detuvo ante la puerta, junto a Parisa.

—No me envidies, Parisa —le murmuró con tono burlón al oído —. Témeme.

A Parisa se le erizó el vello de los brazos y notó un sabor a cobre en la lengua. Era un eco de la propia Parisa, un momento de perfecta simetría. Muy bien ejecutado. Si Reina supiera dónde se estaba metiendo al lanzar un desafío que apenas sabía cómo manejar. Esta era una jugada de engaño, no una guerra ganada.

Además, a Parisa no se le escapó que los dos respiraban con dificultad.

¿Qué crees que significa? ¿Qué me has dejado vivir en tu cabeza tanto tiempo?

En el rostro de Reina, apareció una mirada fugaz de odio, pero satisfactoria.

—Bueno. —Parisa enarcó una ceja mientras Callum se bebía lo que le quedaba de vino—. Has pasado de alguien que no podía quererte bien a alguien que no puede quererte en absoluto. —Se cruzó de brazos y observó cómo invocaba la botella para levantarla del suelo—. ¿Qué se siente?

—Lo mismo que siempre —contestó Callum, sirviéndose otro vaso y cerrando los ojos—. Siéntate y tómate una copa —le invitó, dando un sorbo— o déjame en paz.

Parisa pensó en rechazarla.

Pero Callum había elegido una cosecha excelente.

Le quitó la botella de la mano y se sentó a su lado en el sofá.

—Solo para que lo sepas —señaló—. Voy a dejar que te vayas de rositas una sola vez. Pero como se te ocurra influirme sin que yo lo sepa —advirtió—, haré todo lo que esté en mi no poco considerable poder para hacer que lo lamentes de forma dolorosa por el resto de tu corta vida.

Se llevó la botella a los labios y dio un sorbo largo.

—Me lo creo —señaló Callum cuando Parisa tragó e hizo un

brindis—. Salud.

Ella levantó la botella.

—Salud.

Los dos oyeron unos pasos fuera e intercambiaron una mirada. Se encogieron de hombros al reparar en quién era.

—¿Alguna idea de en qué anda metido? —preguntó Parisa, señalando la presencia de Tristan Caine, que se retiraba en silencio.

—Ni idea —respondió Callum—. ¿Y tú?

—No.

Se quedaron en silencio y dieron un largo sorbo.

—Bueno —dijo entonces Callum y se levantó—. Me voy a la cama. ¿Empezamos de nuevo mañana?

Se refería a que su breve tregua se había acabado. Ahora era el turno de Parisa para ejecutar su venganza si así lo quería.

Agotador. Como si tener que enseñar una lección a Reina no fuera lo suficientemente malo ya.

—No. Haz lo que quieras, pero déjame fuera.

No parecía sorprendido.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Sin importar lo perverso que sea?

—¿Quieres destruir el mundo? —se mofó—. Disfruta. Dudo de que te traiga mucha satisfacción.

—¿Destruirlo? No. —Callum negó con la cabeza—. ¿Qué sería de mí sin la existencia de otras personas? No siento tanto odio por mí mismo.

Los dos sonrieron con la broma.

—Entonces ten el mundo si lo quieres. Drénalo si es lo que prefieres. —Parisa se encogió de hombros—. A lo mejor vuelve Rhodes y te detiene.

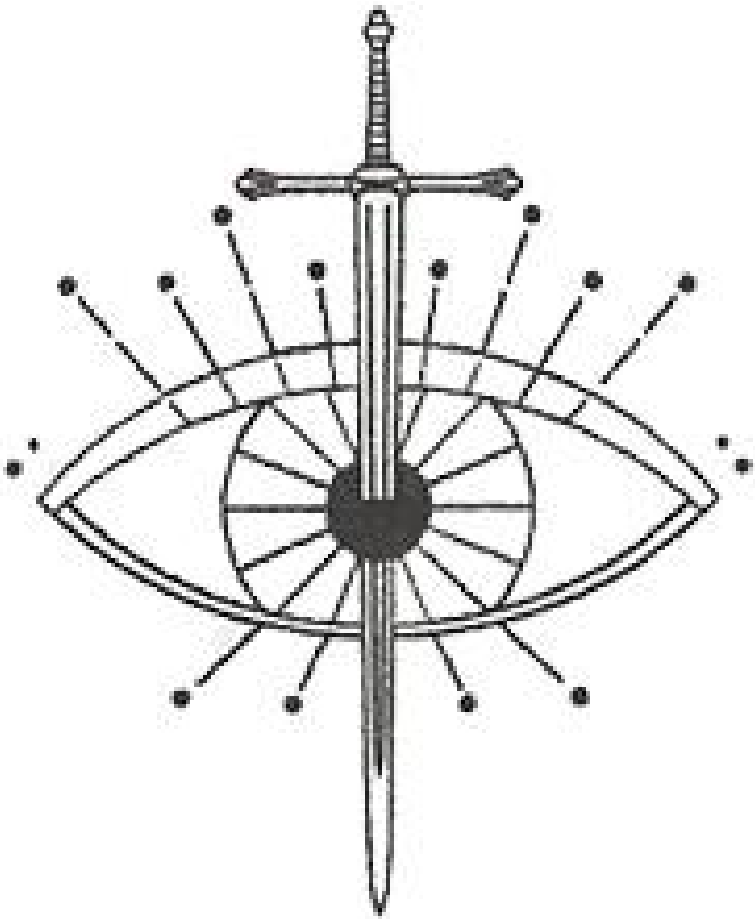
—Ja. —Callum se rio—. Buenas noches, Parisa.

Dejó que se marchara y se quedó mirando las ascuas en la chimenea.

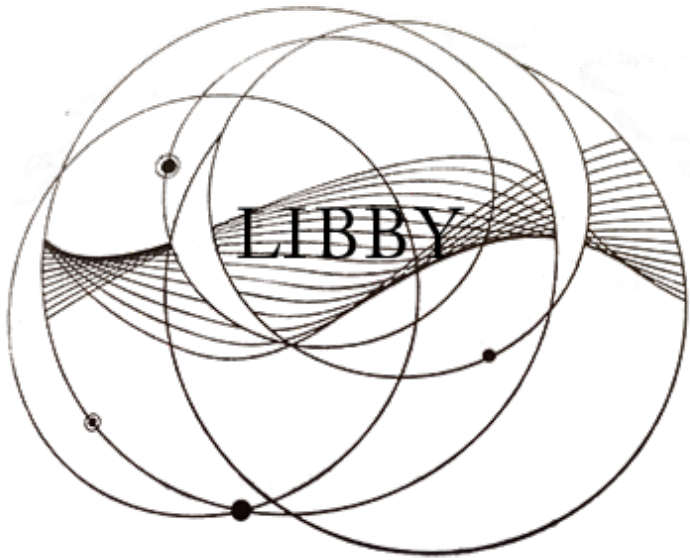
—*Santé* —murmuró entre dientes. Una copa a la salud de él.

Pero que no sobreviviera a la de ella.

V



DUALIDAD



Libby se despertó bocabajo en un suelo de linóleo de cuadros.

Vio unos bloques de un tono turquesa estridente y un tono blanco ceniza que estaba ya casi gris. Le palpitaba la mejilla, pero no era ninguna sorpresa considerando el ángulo en el que debió de caer al suelo. Tenía la boca y la garganta dolorosamente secas, los nódulos linfáticos hinchados.

—Elizabeth —dijo una voz femenina—. ¿Va todo bien ahí? Entonces había funcionado. No esperaba que fuera así. Libby miró el reloj analógico que había en la pared, que marcaba las 08:13 p. m.

Estupendo. Maravilloso. Había estado diez minutos sin conocimiento, lo que explicaba por qué la bibliotecaria sonaba razonablemente nerviosa. Al parecer, Libby no era la primera persona que abusaba de los recursos de la biblioteca, aunque dudaba de que nada hubiera intentado antes algo tan improbable.

—Estoy… bien. —Tenía la voz ronca.

Se sentó despacio, nerviosa. Le dolían las articulaciones, le palpitaba la cabeza y el estómago le rugía. Protestando. Tenía la

ropa sudada, considerando que el sudor fuera lo único que empapaba los pantalones anchos de chándal.

Examinó el desastre en el que estaba sumida en silencio y pensó que esto era lo que se había ganado por la decisión tan propia de Varona de intentar algo que sabía perfectamente bien que no podía hacer ella sola. Teniendo en cuenta el riesgo, era un milagro que no hubiera ido peor. Podría haberse quedado ciega, o incendiar el edificio entero, o no haber despertado.

Idiota, pensó, y se maldijo a sí misma. Para empezar, la sala estaba atestada y ahora los archivos estaban desordenados, las cajas volcadas y esparcidas por todas partes. Había una quemadura en el suelo. Eso no iba a poder quitarlo ni aunque tuviera la fuerza suficiente para hacerlo. La mesa, encima de la cual estaban sus cálculos ahora inútiles, estaba como Libby, hecha pedazos. A pesar de la matemática (un claro «no» del universo), había pensado que podría resultar simple; fácil no, por supuesto, pero sí intuitivo, similar a la explosión que había causado de forma semiconsciente para escapar de la magia de Ezra. Estaba la posibilidad, aunque remota, de que solo tuviera que aferrarse a la chispa que había en su interior, la furia instalada en su pecho, la rabia que había estallado como una llama. Pero le estaba costando acceder a la enormidad de su caos, la omnipotencia de su ira. Se estaba alejando, su alcance estaba disminuyendo, y el brillo, la intensidad de quién era dentro los muros de la Sociedad, se tambaleaba erráticamente cuanto más se alejaba de la casa y los archivos. El poder que encontró allí, puro y sin contención, se rendía a las circunstancias de su condición. El inconveniente del hambre y la falta de sueño, la ansiedad y el miedo, estaban dando forma de nuevo a sus límites.

Eso le recordó que tendría que marcharse. Si Ezra o la policía acudían en su búsqueda, la joven extraña que había sido vista huyendo de una explosión en un motel y que había hecho estallar una biblioteca pública en la misma ciudad no sería difícil de rastrear.

Ojalá hubiera otra persona que pudiera encargarse de esta parte por ella. La temeridad era la especialidad de Nico. Incluso Parisa habría sido una voz bienvenida en su cabeza. Cualquier cosa que no fuera la sensación constante de duda. Necesitaba la ayuda de

alguien, pero ¿de quién?

De la bibliotecaria, no; eso seguro.

—Nos ha parecido oír que algo se rompía —dijo la bibliotecaria. Decir que Libby se puso de pie con dificultad era quedarse corto. Seguro que habían oído algo quebrarse o tal vez estallar—. ¿Se ha caído algo o…?

—Eh, hum… —Todas las estanterías de la sala se habían derrumbado. Estupendo. Maravilloso—. Se me ha caído algo, nada más. —Libby forzó un tono animado que parecía más ineptitud infantil que, digamos, vandalismo intencionado—. ¡Condenadas estanterías!

—Bien, avísanos si necesitas algo —respondió la bibliotecaria, sugiriendo de forma pasivo-agresiva que más le valía dejar de hacer lo que estaba haciendo. Era justo. Más que justo. Libby suponía que la mayoría de los usuarios de bibliotecas no trataban de abrir agujeros de gusano para atravesar el tiempo en una propiedad gubernamental. Aunque podían hacer cosas peores.

—Estoy ordenando esto. Cuando acabe salgo.

—No te preocupes, querida, tómate tu tiempo. —Traducción: bien.

Libby inspiró profundamente y espiró. Ocuparse de las estanterías con magia era su mejor opción. El resto podía explicarlo o al menos ocultarlo hasta que se hubiera marchado. Y se marcharía en cuanto tuviera la más mínima posibilidad. Solo… necesitaba un minuto, solo eso. Para concentrarse. Y descansar.

Y digerir la decepción.

No tenía ningún derecho a sentirse decepcionada. Conocía los requisitos físicos improbables para realizar magia de esta magnitud antes de empezar; solo había conseguido crear lo mismo en miniatura una vez dentro de los muros de la mansión de la Sociedad. Crear un agujero de gusano hacia la cocina, que Nico usaba para ir a buscar humus, los dos juntos, los tres contando a Reina, había requerido tanta energía de los tres que los había dejado doloridos y destrozados durante semanas. Para crear un agujero de gusano hacia el futuro, Libby necesitaba acceder a un poder que sencillamente no poseía.

Fue Tristan quien lo descubrió hace meses, casi un año ya.

—Lo que necesitáis —les dijo con una arruga entre las cejas

solemnes por la concentración— es causar una reacción de fusión pura.

La fusión pura podía compararse a una supernova, la liberación espontánea de energía por parte de las estrellas de verdad.

—Imposible —repuso Libby al mismo tiempo que Nico, que estaba comiendo, dijo tras quemarse la boca con la sopa—: ¿Qué? Mierda, perdón, me he quemado la lengua…

—Es imposible crear un agujero de gusano por ahora —le aclaró Tristan a Libby—, porque ahora es imposible crear suficiente liberación de energía. Una bomba atómica es fisión. Esa es la parte que hace que las cosas estallen. —Otro movimiento, esta vez para juntarlos, que terminó con Tristan estampando una mano en la mesa y volcando el plato de sopa demasiado caliente de Nico—. Perdón —dijo con una impresionante falta de sinceridad—. Pero vamos al grano: la energía estelar no es solo posible teóricamente —señaló con una mirada de desaprobación, que era el aspecto que tenían todas sus miradas por entonces—. No sois siquiera los únicos que intentan hacerlo. La Corporación Wessex también, junto a una docena de organizaciones gubernamentales. —Se encogió de hombros—. Aunque nunca me han invitado a esas salas.

Nico apretó los labios y devolvió el plato de sopa a su estado original.

—Entonces nosotros dos necesitamos causar una reacción de fusión con el fin de… ¿crear más fusión? —Aprovechar el poder del sol. Más o menos una bomba nuclear. La fisión ya era bastante dura, pero la fusión era otra cuestión. Era la diferencia entre romper el mármol en pedazos pequeños y unir dos piezas de mármol para crear una pieza más grande. Una era factible. La otra te dejaba patidifuso.

Nico, que ahora se mostraba más interesado en la teoría, fue quien señaló lo obvio:

—Necesitaremos más que solo nosotros dos.

Un problema que resolvieron más tarde con Reina. Por lo que Libby necesitó a Tristan para que hiciera los cálculos, a Nico para que canalizara los poderes respectivos para que fueran efectivos y a Reina para que les diera el toque de naturalismo que no podían conjurar de ningún otro lugar. Un trabajo para cuatro personas, y por entonces Libby estaba descansada, alimentada, aseada y no

temía por su vida.

No tenía nada de eso ahora.

Libby tardó otra media hora en reparar el destrozo de la sala de la biblioteca y la bibliotecaria regresó entonces para decirle en un tono muy contenido que iban a cerrar, gracias, y que podía irse amablemente a la mierda (implícito), a lo que Libby respondió con un tono demasiado alegre que sí, que muchas gracias por la buenísima idea. A dónde iría a continuación seguía siendo un misterio, pero estaba absorbiendo de forma lenta pero segura los restos de la hospitalidad del sistema de bibliotecas públicas de Los Ángeles. Era hora de ir a algún lugar que pudiera tener cierto grado de la imposibilidad que le faltaba. Aparte de descubrir: 1) a otro físico de su calibre, 2) al naturalista más poderoso de la historia y, bueno, 3) a Tristan Caine, alguna otra fuente de energía tendría que ser suficiente. Nuevamente, más o menos una bomba nuclear.

Aunque idealmente no una bomba nuclear. Suponiendo que no matara a nadie, lo que era un enorme y *si*, esa energía tendría que ir a alguna parte. Libby no estaba especialmente interesada en dejar huellas de radiactividad hasta Canadá, o en romper alguna clase de paradoja del tiempo-espacio que supusiera que nunca hubiera nacido. Aunque una bomba funcionaría, el daño era inevitable. Las consecuencias variarían de duraderas e inevitables a catastróficas e irreparables.

En un par de horas, Libby ya cabeceaba en el autobús. Era menos probable que causara daños significativos a ninguna obra pública aquí, aunque, desafortunadamente, aún existía esa posibilidad dado su estado de agotamiento. Había conjurado un escudo a su alrededor, pero lo perdía cada vez que su atención se dispersaba. Llevaba treinta y seis horas sin dormir (menos diez minutos de inconsciencia, que seguramente no contaban) y seguía sin tener intención de hacerlo. No estaba hecha para la vida a la fuga exactamente, pero tampoco sabía qué otra cosa hacer. Así que así sería.

Cuando se marchó de la gasolinera que había junto a la autovía, fue primero al hospital local, fingiendo que iba a visitar a un paciente; incluso con el desplazamiento en el tiempo, era sencillo mezclarse, excepto por que no llevaba hombreras ni vaqueros pasados de moda. Había pasado tiempo suficiente en hospitales

esperando a que su hermana mejorara, detalles de indumentaria aparte, y conocía muy bien el aspecto que tenía una cuando esperaba malas noticias. Sabía, específicamente, qué aspecto adoptar para que la gente no le hiciera preguntas con la certeza de que las respuestas iban a ser traumáticas. Se quedó allí varias horas, se aseó en el baño y luego aguardó por si veía aparecer a Ezra. No apareció. Ni nadie más.

No sabía cómo lo había hecho Ezra, pero la había dejado atrapada en algún lugar en el tiempo. No dejaba de intentar demostrarse que estaba equivocada, encontrar pruebas de que se engañaba, o de que estaba en un error, pero cada fuente que encontraba en el sistema de archivo del hospital decía lo mismo. Se había librado de él el 13 de agosto de 1989. Libby nació nueve años más tarde.

No había posibilidad de ir a casa.

Podía intentar encontrar a alguien que estuviera vivo en 1989, claro. Sus padres. Uno de sus profesores. Atlas Blakely, aunque no tendría más de once o doce años. ¿Por qué la había traído aquí Ezra? ¿Cómo lo había hecho y cómo podía deshacerlo?

A punto estuvo de echar otra cabezada, el cuello se le venció por el esfuerzo de sostener la cabeza erguida. Se sobresaltó, despertándose, y alguien que iba varias filas por delante de ella la miró. Se estremeció y ajustó el escudo invisible que había conjurado a su alrededor. Probablemente fuera un desperdicio de su esfuerzo, pero le parecía más seguro que ir por ahí sin defensa.

Sus padres. Probablemente fueran demasiado jóvenes y no mágicos para ayudarla aunque supiera dónde se encontraban en este punto de sus vidas (así le iba por poner los ojos en blanco con las historias que le contaban). ¿Y no había algo sobre no jugar con el tiempo? ¿Reglas sobre la no interferencia? Libby no era una experta en el efecto mariposa, pero estaba segura de que no debía intentar hablar con nadie a quien conociera. Además, ¿cómo iban a ayudarla?

Desde un punto de vista teórico, Nico y ella habían demostrado que se podían crear agujeros de gusano, y Tristan y ella habían demostrado que había formas de usar el tiempo. No tenía ni idea de cómo atravesar el tiempo exactamente, pero lo que necesitaba era encontrar una fuente de energía con una magnitud lo bastante

poderosa como para que pudiera funcionar. No tenía ni idea de qué aspecto tenía eso. Tampoco sabía si semejante fuente de poder existía en su propio tiempo, mucho menos en 1989. Pero sí estaba segura de que alguien estaría trabajando en ello, y por eso iba ahora de camino a la Escuela Regional de Artes Medellanas de Los Ángeles.

Fue difícil de encontrar. No porque la institución o sus medellanos intentaran esconderse, sino porque todo era difícil de encontrar. La primera biblioteca a la que había ido ni siquiera tenía un ordenador. Otra biblioteca sí tenía, pero no estaba conectado a internet. Libby probó con los archivos de periodismo. Fue un alivio que, al menos, la tecnología mágica estuviera en desarrollo en la década de 1980, pues era algo que no habría adivinado basándose en su interés en la historia medellana (esto era sarcasmo, no se había interesado mucho, ya que llevaba varios años de retraso en su especialidad mágica cuando entró en el campus de la UNYAM). Tras leer detenidamente prensa antigua, encontró un artículo de principios de los sesenta sobre la apertura de escuelas en todo el país con el fin de facilitar el aumento de la magia como una fuente de energía alternativa, y fue el momento de más alivio desde que había llegado a 1989. No tendría que esconder por completo lo que era. Ahora solo tendría que hallar a un grupo de investigación universitario que pudiera ayudarle.

Y eso la llevó a la ERAMLA, la Escuela Regional de Artes Medellanas de Los Ángeles. La UNYAM no era una opción por la distancia. No sabía si podría acceder a la ERAMLA, pero al menos estaba solo a un trayecto en autobús de distancia.

Volvían a cerrársele los ojos mientras el autobús se dirigía al suroeste. Las luces de los faros iban y venían, los haces de luz del tráfico la mecían rítmicamente, induciéndola al sueño. Las luces de las calles parpadeaban. Se le cayó la cabeza a un lado, como si se estuviera deformando por dentro, retorciéndose y derritiéndose detrás de los ojos. Estaba tan cansada que se notaba borracha, el suelo del autobús se levantaba para encontrarse con ella donde estaba sentada con las piernas pegadas al pecho. El arrullo del movimiento del automóvil era muy tranquilizador, el zumbido del ruido blanco era embriagador. Se sentía adormilada y hambrienta y cálida, aunque se concentró en mantener su pequeño escudo.

Siempre que estuviera dentro de su burbuja, estaría…

—Aquí estás —dijo Gideon Drake. Su pelo dorado resplandecía mientras caminaba por el pasillo del autobús para alcanzarla. Sorprendida, Libby se puso recta, despertándose de golpe.

El pasillo estaba vacío. La persona que estaba varias filas por delante, una mujer de mediana edad, volvió a mirarla. Libby notaba el latido del corazón en la garganta, el pánico disminuía poco a poco. ¿Se lo había imaginado o…?

Parpadeó. Siguió parpadeando. La cabeza se le llenó de niebla.

El sueño era como una manta que volvía a cubrirla de nuevo.

—… ja de hacer esto —dijo Gideon, que parecía muy serio. Esta vez iba vestido como un médico y Libby comprobó que ella había estado corriendo. Llevaba el jersey preferido de Katherine y estaba llorando, y Gideon estaba ahí, pero no estaba ahí, y ella estaba muy muy cansada, y mierda.

Katherine estaba muerta. Libby había perdido ese jersey en el metro tres años antes y se había pasado días llorando.

Esto era un sueño.

—Joder —gimoteó, pero Gideon la agarró para detenerla.

—Estás bien. —Su expresión había cambiado y también la ropa de hospital. Ahora llevaba una camiseta gris y tenía un aspecto normal. Había un perro negro sentado a su lado que parecía estar desvistiéndola con la mirada, pero probablemente eso formara parte del sueño—. Estás bien, Libby. Respira, ¿vale? Solo… esto… — Gideon parecía desconcertado y avergonzado al mismo tiempo. Dos expresiones que nunca habían cruzado el rostro de Nico—. Tú solo… déjate llevar, ¿vale?

El perro miró a Gideon con desconfianza.

—Cállate —le dijo él al animal, fijando la atención en el rostro de Libby—. ¿Estás bien? ¿Dónde estamos?

—Eh. —Miró a su alrededor y comprobó que se encontraban ahora en la sala pintada. Encima de ellos estaba el habitual ábside y, por un momento, se sintió más tranquila, más segura. Como si, tal vez, todo cuanto iba a suceder ahora fuera que Parisa hubiera decidido que se iba a producir un despertar sexual, lo que no era una opción tan catastrófica en retrospectiva—. Estamos en la Sociedad.

—Vale, vale. —Gideon asintió y apartó al perro, que parecía

estar discutiendo con él—. Para. Eh, Libby, ¿me puedes decir dónde estás? O… ¿cuándo?

—¿Qué? —Parpadeó y él se desvaneció por un momento, pero se aferró a ella, agarrándole la muñeca.

—En la vida real. Fuera de este sueño. —Parecía impaciente—. No tienes mucha práctica aquí, así que no tienes mucho tiempo. Intenta darme toda la información que puedas lo más rápido posible, ¿vale?

—¿Aquí? —repitió ella, adormecida. Las llamas de la chimenea de la sala pintada se alzaban, calentándole las mejillas. Registró el movimiento, la suavidad de una carretera, las ruedas girando y girando y girando, rítmicas y…

—Libby, eh. —Gideon chasqueó los dedos delante de su cara—. Hazme el favor. Tengo una teoría. ¿Sabes qué año es?

—Es… —La cara de Gideon volvía a disiparse—. No… Gideon, no…

Se oyó el sonido de los pistones al abrir las puertas del autobús. Libby se puso derecha y comprendió que se había quedado dormida otra vez. El escudo que la rodeaba había desaparecido y volvió a colocarlo.

La mujer de mediana edad había bajado en algún momento. En su lugar había un adolescente con la capucha de la sudadera puesta y unos cascos con cables en las orejas. Libby tragó saliva y miró el mapa del autobús que había robado en la biblioteca. Una parada más. Se limpió una capa delgada de baba de la mejilla e intentó recordar lo que estaba soñando. ¿Su hermana? Recordaba vagamente haber soñado con el hospital, o tal vez era porque había estado en uno poco antes.

El autobús llegó a la siguiente parada: Union Station. La estación de ferrocarril tenía un diseño *art déco* de estilo neomisión español con arcos redondeados, muros blancos y palmeras que se mecían con el viento seco. Libby salió rápidamente, recorrió el exterior de la estación de tren y entró por la puerta principal.

El interior tenía el suelo de terracota, mármol travertino y techos altos con vigas de madera a la vista. Se acercó al mostrador de información que había junto a las ventanillas de expendido de billetes, y de pronto sintió que sus pasos resonaban en el silencio relativo.

—¿El camino más rápido a la universidad? —preguntó, conteniendo un suspiro.

El hombre del mostrador no levantó la mirada.

—El dash.

—¿Qué?

Sin decir nada, señaló una pila pequeña de mapas que tenía delante.

Libby tomó uno y leyó el acrónimo DASH. Era una línea de minibús que atravesaba el centro de Los Ángeles.

—Estupendo, gracias. ¿Puedo…? —Le mostró el mapa.

El hombre movió una mano para decirle que sí, bien, lo que quisiera, y Libby se llevó el mapa. Salió de nuevo de la estación y se estremeció un poco al hacerlo. Hacía más frío de noche de lo que esperaba, o probablemente solo estuviera demasiado caliente por el tiempo que había estado sentada en el autobús. No estaba segura de si usaban tecnología mágica en los autobuses. En los trenes, tal vez. ¿Por qué estaba pensando en esto? Tenía el cerebro agotado, los pensamientos frenéticos. Sintió un temblor bajo los pies y pensó *oh, mierda, un terremoto*, y luego pensó *oh, mierda, ¿ha sido Varona?* Y entonces recordó que no era nada de eso y que se estaba desintegrando poco a poco por la necesidad de dormir.

Volvió a la zona de información al darse cuenta de que necesitaba más que un autobús.

—¿Hay algún hostal por aquí? Algo, eh… —Se miró los pantalones y el billete de autobús que había robado—. Económico.

Esta vez el hombre la miró con cautela.

—Puedes probar el Skid Row. Están poniéndose más duros, pero a esta hora estarás bien.

—¿El Skid Row? —Comprendió, con sorpresa, que había supuesto que era una sintecho. Y lo era—. De acuerdo. Eh, ¿es…? —Sintió una repentina oleada de horror al no saber qué recursos había disponibles—. ¿Hay una especie de refugio o…?

—Qué exigente, ¿no?

—Yo. —Vale, esto no tenía sentido—. Lo siento. Gracias. —Al menos estaba cerca. Bajó la cabeza y se apresuró a salir. Pasó junto a varios bloques y trató de decidir a dónde ir ahora. Fuera había varias personas, algunos taxis vacíos. Vio un banco libre y se sentó. Desplegó el mapa para volver a mirarlo y ubicó el campus de la

ERAMLA.

No era un campus en realidad. Solo un edificio, y lo más probable era que el hombre del puesto de información hubiera dado por hecho que se refería a la universidad mortal, que tendría habitaciones y servicios para los estudiantes. ¿Podría ir allí? Sí, tal vez, aún podía pasar por una universitaria, pero no era posible ir caminando. Apoyó la cabeza en el banco e intentó tranquilizarse. Ojalá hubiera pensado en venir aquí cuando aún era temprano, cuando probablemente hubiera algún lugar al que ir. Ojalá hubiera matado a Ezra o, al menos, lo hubiera usado. ¿Por qué no se le había ocurrido hacerlo? Seguro que podría haberlo… forzado a devolverla, ¿no?

No, pensó con un suspiro. Ni siquiera en su peor momento se creía capaz de cumplir el tipo de amenaza que habría tenido que hacer. Además, quién sabe, quizás él hubiera preferido matarla o morir antes que ayudarla. Decía que tenía un plan.

Libby volvió a estremecerse de miedo al preguntarse si el hombre al que había amado en el pasado era en realidad tan malvado. Dios, estaba exhausta. Tal vez debería de haberse quedado en esa habitación de motel. Podría haber persuadido a Ezra. Suponiendo que hubiera podido soportarlo, podría haberle convencido. Podría haberle recordado por qué les iba bien juntos.

Les había ido bien juntos, ¿no? ¿Siempre había sido una mentira? No lo creía. Esperaba que no. Había una dualidad en sus recuerdos de él, el bien olvidado y el mal invisible que la alcanzaban ahora al mismo tiempo, desorientándola, como un latigazo cervical. Siempre consideró a Ezra raro e incomprendido, era encantadoramente extraño. Se había mostrado muy protectora con él. A Nico le resultaba muy fácil burlarse de él porque Nico era carismático e imposible de odiar de verdad, así que había un elemento de *bullying* en su comportamiento, o eso había pensado siempre Libby. Incluso Gideon fue siempre amable con Ezra, aunque eso no significaba mucho porque Gideon era siempre amable.

—Escúchame —estaba diciéndole Gideon, que estaba aquí, no sabía cómo, a la luz titilante de la calle, siguiéndola en sus pensamientos como una pequeña nube tormentosa encima de la cabeza. ¿Estaba dormida?—. El año, Libby. Dime el año. —Gideon miró por encima del hombro, como si lo estuviera siguiendo

alguien, o tal vez vigilándolo—. O dame una pista. ¿Es…?

—Mil novecientos ochenta y nueve —dijo Libby.

—Ah. —Gideon parpadeó—. ¿Es… verdad? Vale. Vale. —Parecía rendido, estresado. Detrás de él, Libby atisbó a alguien azul, o con manchas azules. Vio una luz cegadora delante de ella y parpadeó para apartarla—. ¿Mil novecientos ochenta y nueve? —preguntó Gideon—. ¿Sabes por qué ese año o…? Mira, no importa —dijo con prisas—, es suficiente.

La persona que había detrás de él emitió un sonido que atravesó la cabeza de Libby como una guillotina.

—Para. Te he dicho que estaría aquí. Libby… Libby, escúchame. Vamos a ayudarte, ¿vale? Vamos a encontrar el modo de traerte de vuelta, te lo prometo. Auch. Auch, para. —Dijo algo en otra lengua, algo que sonaba ininteligible para Libby—. Para. Te he dicho que me dejases…

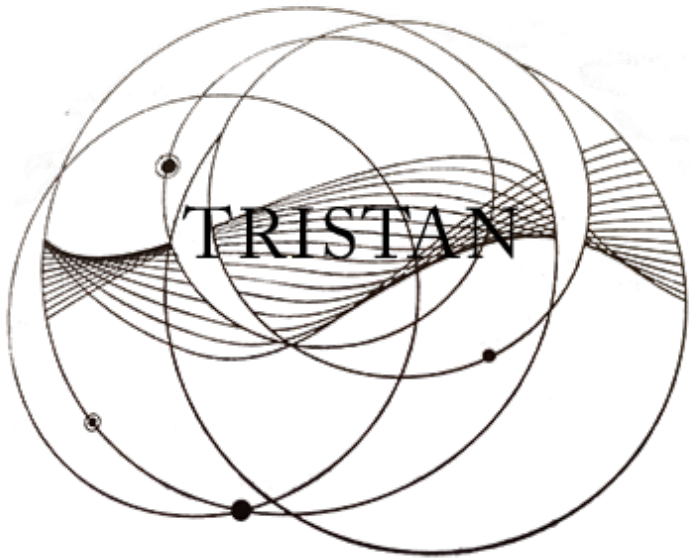
—Oye. —Algo cayó como un látigo al lado de Libby, despertándola de golpe—. No puedes dormir aquí.

—Perdón, perdón. —Se pasó la mano por la boca. Otra vez babas. Siempre babas. Se puso en pie, asintiendo al agente de policía o guardia de seguridad o lo que fuera que parecía muy poco contento de verla. «Están poniéndose más duros», le había dicho el hombre del puesto de información. ¿Podían arrestarla por esto?—. Lo siento, voy.

Miró de nuevo el mapa.

La ERAMLA no estaba tan lejos. Solo tenía que cruzar la autovía y luego seguir unas cuantas calles más. Sí, era tarde, pero ya había sido alumna de una universidad medellana en el pasado y seguro que las cosas no habían cambiado demasiado en treinta años. Tenía que haber alguien trabajando hasta tarde, ¿verdad?

Así, pues, se lanzó hacia la noche, temblando un poco mientras caminaba.



Estaba lavándose los dientes cuando sintió más que oír la puerta abrirse detrás de él. Con la boca llena de espuma de la pasta de dientes, atisbó un destello plateado por el espejo y se dio la vuelta justo a tiempo de ver la hoja delgada que apuntaba hacia su espalda.

Había todavía un poco de demora, un nudo en sus pulmones. No era duda exactamente, sino la diminuta fractura entre saber que la muerte venía por él y reunir los medios para detenerla. El cuchillo siguió siendo un cuchillo un poco más de lo que le hubiera gustado, pero finalmente la materia dejó de luchar contra él. El baño se curvaba hacia afuera; el cuchillo se transformó en partículas cada vez más pequeñas, la energía que había detrás del movimiento se extendió hacia fuera. El vuelo del cuchillo estaba ahora limitado y se desplazó hacia dentro por orden de Tristan. Esta era la clave, cuando podía verlo… cambiar la energía de las piezas del cuchillo y luego usarla para transformarlo en otra cosa, en cualquier cosa que quisiera.

—¿Otra vez? ¿En serio? —dijo la voz de Nico cuando Tristan

abrió los ojos con la pasta de dientes todavía en la mano.

El cuchillo estaba en el suelo, hecho añicos. Nico estaba de pie en la puerta, sacudiendo la cabeza.

Tristan se volvió y escupió en el lavabo, luego se miró los ojos enrojecidos. No dormía bien. Sabía que no iba a morir en ninguna de las infiltraciones de Nico, lo había demostrado ya más que suficientemente en los últimos dos meses, pero no podía explicárselo al resto de su cuerpo. Tenía los ojos rojos y muy abiertos, el corazón acelerado. La adrenalina era una droga. —Tienes que pasar a la ofensiva, no solo limitarte a la defensa— le indicó Nico—. Acabo de intentar apuñalarte por la espalda, joder, ¿y lo único que puedes hacer es destruir el arma? ¿Y si tuviera dos cuchillos, Tristan? ¿Entonces qué?

Tristan exhaló un suspiro hondo en el lavabo.

—Lo digo en serio —siguió Nico—. Si lo único que puedes hacer en una pelea con un cuchillo es un montón de piezas pequeñas de cuchillo…

—Ya lo he entendido, Varona, lo has dejado claro. —Tristan tomó la toalla que había al lado del lavabo y se limpió el exceso de pasta de dientes de la boca—. Pero que conste que esta es la cuarta vez hoy —señaló, volviéndose hacia el chico—. Me preocupa que estés divirtiéndote urdiendo mi muerte.

—Yo no diría que esto alcance el nivel de urdir —replicó él. Tenía los ojos salvajes. Parecía haber recuperado parte de la hiperactividad que Tristan llevaba sin ver desde el comienzo de su año de preiniciación, cuando estudiaron las complejidades del espacio—. Eres muy predecible —murmuró con tono acusatorio—. Incluso te preparas el *scone* siempre de la misma forma…

—Se pronuncia *scone* —lo corrigió Tristan, malhumorado—, y claro que lo hago siempre de la misma forma, porque no soy un animal.

—La cuestión es —lo interrumpió Nico— que tienes que considerar hacer algo más. Algo aparte de romper cosas. ¿Quién va a limpiar esto?

Señaló la pila de pedazos de cuchillo que había en el suelo. Tristan enarcó una ceja y Nico suspiró.

—Vale. —En un parpadeo, el cuchillo era una vez más un cuchillo, y estaba en la palma de la mano de Nico. Tristan, que

seguía considerando impresionantes las habilidades de Nico, se estremeció—. Ah, acostúmbrate. —Le lanzó una mirada impaciente —. Sabes que tú también eres un físico, ¿no? Uno raro, pero bueno… —Se encogió de hombros.

—Yo no hago lo que haces tú —repuso Tristan, y era verdad. La especialidad de él, fuera cual fuere, no era lo mismo que redirigir la fuerza o alterar la gravedad o lo que fuera que hacía Nico para que sucedieran las cosas. Tristan se daba cuenta, incluso ahora, de que no era lo mismo que sentía por parte de Libby. El recuerdo de su magia seguía invadiéndolo de vez en cuando, el latido de su corazón bajo su mano. Ella era diferente, el tirón que sentía dentro de sus venas que inequívocamente le pertenecía a ella.

Lo que él podía hacer no era poca cosa, pero aun así. No servía de nada no admitirlo.

—No importa. —Nico ocultó un bostezo llevándose la mano a la boca. Había una capa fina de sudor en sus brazos y Tristan frunció el ceño. Consideró por un instante decir algo.

No lo hizo.

—¿Cómo le va a tu amigo? —preguntó en cambio, volviéndose hacia el espejo y pasándose una mano por la mandíbula. Debería de afeitarse.

—¿Qué amigo? —Nico se mostró evasivo.

—El que te está ayudando a buscar a Rhodes. —No se creía del todo la teoría de Nico, que Libby Rhodes estaba perdida en el tiempo, pero, por desgracia, tampoco podía descartarla a falta de una mejor. Deseaba que estuviera viva. Si estaba perdida en el tiempo, bien, al menos eso explicaría por qué Parisa no podía sentirla en ningún lugar del planeta.

Tristan tomó la maquinilla de afeitar. El pelo que tenía en la cara raspaba como la lija. No tenía sentido posponer el afeitado, aunque Nico insistiera en sermonearlo mientras lo hacía.

—Ah, sí, ese amigo. —Nico parecía encontrarse en otro lugar—. No lo he visto.

Tristan se detuvo y determinó entonces que Nico probablemente no respondería bien a ninguna muestra de amabilidad. Él no lo haría. Aunque no consideraba un gesto amable preguntar. Y como ninguno de los demás estaba cerca de encontrar a Libby, tampoco era una pregunta evitable.

Encendió la afeitadora y se inclinó hacia el espejo.

—¿Crees que ha abandonado?

—No. —Su voz era firme, apasionada incluso—. Él no abandonaría. No es eso. Pero está… ocupado.

Tristan deslizó las cuchillas por debajo de sus patillas con cuidado.

—Pasa de ti, ¿no?

—Que te jodan.

Nico se rascó el cuello. Tenía los músculos doloridos, observó Nico. No era una buena señal para un físico omnipotente que debería de estar durmiendo bien. Su investigación independiente no era tan exigente, se pasaban la mayor parte del día con libros y nada más. Aparte de aparecer durante el día para asesinar a Tristan, Nico no debería de tener nada en mente además de la investigación.

—Gideon… —Apartó la mirada—. Tiene otras cosas que hacer. O está tardando mucho en encontrarla, no sé. Los reinos del sueño no son fáciles de recorrer.

No necesitaban a un émpata trastornado para saber que estaba mintiendo. (Aunque Tristan sabía dónde encontrar uno si era necesario).

—Mira —le dijo—, no me importa una mierda lo que te esté pasando, pero…

—Entendido —respondió Nico, que parecía asqueado. Sus miradas se encontraron en el espejo y parecieron sufrir el mismo resentimiento ante la posibilidad de compartir un vínculo.

—Es obvio que te estás desmoronando —fue la conclusión final de Tristan antes de volver a concentrarse en afeitarse con pericia—. Algo te está drenando.

—Algo —murmuró Nico, de acuerdo con él, y recorrió las molduras de las paredes del baño con la mirada, distraído. Se daba golpecitos en los muslos con los dedos, una sinfonía de agitación—. Eh, ¿cuál es tu tema para el estudio independiente? —preguntó un momento después.

Vale. Eso.

—Ah. —Como si no lo hubieran molestado ya suficiente con eso. Justo esa tarde, Dalton lo había asaltado en la sala de lectura.

—Atlas —comenzó Dalton con una mirada de represión— quiere que hable contigo sobre tu estudio independiente.

—Estupendo. Puede venir él mismo a hablar conmigo. —Tristan pasó una página del libro y reparó entonces en que Dalton seguía allí y que no parecía tener intención de marcharse—. ¿Sí? —preguntó con un suspiro.

—El tema del tiempo es… —Dalton carraspeó—. Amplio. Muy utilizado.

—Sí, ¿y? —En ese mismo momento, Tristan estaba leyendo sobre la gravedad cuántica, que era un tema que los archivos parecían encantados de ofrecerle. La mayor parte de lo que había encontrado eran notas anónimas escritas a mano.

—Tal vez puedas considerar algo un poco más práctico —sugirió Dalton.

Hablar con Dalton era muy complicado. En parte podía deberse al resentimiento que sentía Tristan, ya que sus sentimientos por Parisa no habían sido positivos últimamente y los estaba extrapolando a su amante. Aunque también podía deberse a la incapacidad total de Dalton de ser claro.

—¿Como qué?

Dalton tomó asiento.

—Has trabajado en la Corporación Wessex.

Ah, bien, así que ahora iban a intercambiar detalles tediosos.

—Sí —respondió con cautela, como si hablara con un niño pequeño.

Dalton no pareció ofenderse.

—Y por supuesto sabes, por tu empleo, que James Wessex empezó su carrera en la tecnología de fisión.

—Sí, claro. —Eso aparecía en la página de Wikipedia de James Wessex. Las empresas medellanas financiadas por la fundación Wessex original, que era anterior a la participación de James, fueron en el pasado fundamentales en la estabilización de la crisis climática, lo que naturalmente dio paso a la energía alternativa. La ganancia de la inversión de Wessex había sido la equivalente a una locura financiera absoluta. James era multimillonario y la mayor parte de su trabajo era tan privada que se especulaba acerca de ello.

—Solo trabajaba para él en el capital de riesgo —le recordó—. Sobre todo en tecnomancia medellana. —La mayor parte de la tecnología con la que había trabajado Tristan no había excedido los productos de lujo ni los softwares basados en el consumidor, e

incluso así, siempre le pasaba su trabajo a los superiores para su aprobación sin ver el resultado final.

Además, ¿qué le importaban a Atlas los detalles del empleo de Tristan antes de entrar en la Sociedad?

Su humor se ensombreció de forma abrupta.

—¿Intentas decirle que Atlas Blakely quiere que compita con la Corporación Wessex?

—No, no. —Dalton parecía horrorizado—. La Sociedad no respalda ningún tipo de ganancia material y nunca buscaría ningún tipo de competición con…

—Ya, ya, pureza académica, integridad del pensamiento, comprendido. —Tristan se estaba impacientando y empezaba a sentirse utilizado—. ¿Entonces por qué sacas el tema?

—La investigación de James Wessex sobre el poder nuclear. Bueno. —Emitió un pequeño carraspeo—. Atlas cree… —Otra pausa —. Tenemos razones para creer —corrigió— que es posible que hayas hecho algún progreso al expandir el uso de tus habilidades.

Tristan se sintió aliviado porque Dalton, al contrario que Parisa, no pudiera ver las diferentes imágenes de Nico de Varona en su mente (ocasionándole un ataque al corazón, intentando estrangularlo, tirándole objetos pesados en la cabeza).

—En cierto sentido, sí.

—Podría decirse más sobre el aumento del alcance de tu consideración —comentó Dalton.

Bien. Profundamente condescendiente, pero bien.

—¿Y qué tiene que ver James Wessex con mi investigación?

—Solo lo saco a colación como ejemplo de… —Se quedó callado —. Bueno, un pensador integral.

¡Qué pena!, pensó Tristan. De nuevo equivocado por su diminuto, diminuto cerebro.

—Ya veo que he escogido una introducción pobre para esta conversación —se apresuró a decir Dalton, interpretando de forma inteligente el silencio de Tristan como desprecio—. James Wessex no es un medellano significativo, obviamente. Pero tú, sí, y supongo que había pensado.

—Quieres que estudie algo más grande que el tiempo —concluyó Tristan por él.

—Sí. Bueno, no. —Dalton parecía muy incómodo—. No más

grande, *per se*. No necesariamente.

—De acuerdo —respondió con tono sombrío Tristan—. Solo más interesante.

—Simplemente tengo la sensación… —Dalton volvió a detenerse —. Siento que tal vez podrías ser una pieza importante para el tipo de investigación que este grupo de iniciados en particular puede proveer.

Tristan frunció el ceño.

—Pensaba que nuestra investigación era independiente.

—Sí, por supuesto… pero cada grupo de candidatos es seleccionado por un motivo. —Se puso de pie, llegando al final de lo que podía ofrecer por medio de la interacción humana—. Tú y el señor de Varona han encontrado intereses comunes —señaló con un tono congratulatorio—. El señor de Varona ha hecho lo mismo con la señorita Mori, y con la señorita Kamali…

—¿Qué? —preguntó Tristan con el ceño fruncido. Esperaba el nombre de Libby, pero no el de Parisa.

—Aunque, por supuesto, hay un pequeño inconveniente —añadió Dalton.

El interés de Tristan se agrió.

—Es decir, Callum.

—Es decir que cabe la posibilidad de que los intereses del grupo puedan… divergir —señaló de forma ambigua—. El señor Nova aún tiene que elegir un tema de estudio. Y la señorita Mori está… —Volvió a vacilar—. Supongo que se podría decir en el precipicio.

—Así que como fracasé a la hora de matar al émpata, ¿estamos todos investigando las cosas equivocadas?

—Todos, no. —Parecía una broma a juzgar por la sonrisa que intentaba esbozar Dalton. No se le daba muy bien la gracia, supuso Tristan—. Pero es posible que haya algo que te pueda resultar más estimulante. Ya que los archivos devuelven basándose en tu sacrificio, que fue… —Una pausa—. Parcial, digamos…

—De nuevo, mis disculpas por mi pequeño descuido —murmuró Tristan.

—… podrías reconsiderar tu tema —terminó Dalton, y esa parecía la cuestión central de toda su conversación.

Con todos los temas que había disponibles en el mundo entero, Tristan había escogido el aburrido. Qué predecible.

—¿Este es el fallo del superior? ¿La orden oficial de Atlas?

—Por supuesto, estudia lo que desees. —Dalton se encogió de hombros—. Nadie va a interferir. Solo te estoy transmitiendo el mensaje.

Dejó a Tristan solo después de eso. Tristan se lo quitó de la cabeza en la cena. Después Nico intentó apuñalarlo en el corazón con una madera que sacó de la balaustrada. Ahora estaba en el baño tras haber reducido a añicos un cuchillo. Y tenía en la cabeza la misma cantinela: piensa a lo grande.

Sé más inteligente.

Haz más.

—Eh, ¿hola? —dijo Nico, que seguía en la puerta del baño, esperando una respuesta. Tristan se dio cuenta de que la afeitadora llevaba encendida casi un minuto sin tener contacto con su cara.

—Sí, perdona. —Se la pasó por la parte baja de la mejilla—. Estoy pensando en cambiar de tema.

—¿Sí? —Nico parecía cuidadosamente desinteresado, lo que significaba que estaba completamente interesado.

—¿Por qué? —Suspiró—. ¿Tenías notas?

Nico asintió como respuesta y el gesto pareció maniático.

—Una o dos —dijo de corrida cuando Tristan volvió a centrarse en su cara a medio afeitar—. ¿Has pensado en la IUM?

Las cuchillas de la afeitadora rozaron suavemente la mandíbula de Tristan.

—¿Qué?

—La interpretación de los universos múltiples. —Nico estaba ya divagando—. Básicamente has demostrado que la física cuántica es filosóficamente correcta, lo que significa que también puedes demostrar otras teorías antiguas. Como si existen mundos paralelos. O variables ocultas. O la misma estructura del espacio. La formación de las galaxias. Si puedes romper cosas en trozos cada vez más pequeños —añadió, emocionado—, ¿qué encontrarás cuando sigas? ¿Qué es el vacío? ¿Es algo el vacío? ¿Qué es la materia oscura? Si todo existe en relación con todo lo demás…

—Joder —exclamó Tristan, que se había afeitado demasiado cerca de la garganta—. Mira, Varona…

Pero cuando miró el espejo en busca de Nico, este se había ido. Parpadeó.

—Varona, yo.

Las luces se apagaron.

En el instante siguiente, notó otro destello por la visión periférica, el brillo de un cuchillo a la luz suave de la luna que entraba por la ventana. Volvió a suceder, el martilleo del corazón en los oídos, el latido en las venas, el miedo a no acostumbrarse nunca, como si nunca pudiera recuperar del todo el aliento. La pequeña demora y luego el repentino cambio en el tiempo y el espacio. La curva del mundo para acunarlo dentro de él.

Había diminutos fragmentos de luz que Tristan reunió, ordenándolos para poder ver dónde sostenía Nico el cuchillo, junto a la garganta de Tristan. La hoja estaba a un suspiro de distancia de su nuez de Adán, ni un milímetro más. Tristan era el alto, pero Nico había usado su relación con la fuerza en su beneficio. Una versión anterior de Tristan habría muerto ya, la garganta rajada de forma limpia, pero esta versión de Tristan había visto el precipicio de la muerte y lo había hecho girar. Tomó el cuchillo y lo reordenó.

Cuando las cosas se calmaron al fin dentro de su cabeza, abrió los ojos. Sostenía con la mano derecha la camiseta de Nico. En la izquierda tenía el pedazo del cuchillo roto y lo apuntaba al pecho de Nico. Los demás fragmentos se derramaban por el lavabo del baño.

Tristan miró a Nico, cuyo pecho subía y bajaba contra su puño.

—Deja de romper cuchillos —resolló Nico.

Lo soltó de mala gana y dejó que cayera contra el lavabo.

—Me has dicho que pasase a la ofensiva.

—Así, no, idiota. No me ataques a mí. Menuda pérdida de tiempo.

—¿Por qué? ¿Porque habría tardado otro minuto en derrotarte?

—No, porque estás desperdiciándola —replicó Nico—. Tu energía, tu talento. Estás desperdiciándolo todo. —Se dio media vuelta con una mano en los rizos oscuros. Después exhaló una bocanada de aire, se llevó ambas manos a la cabeza en un gesto de aparente derrota y se volvió de nuevo hacia Tristan.

—No es un cuchillo.

—Porque lo he roto —murmuró Tristan.

—No. Escúchame. —Dio otro paso hacia él—. No es un cuchillo. Es solo un conjunto de átomos, electrones, *quantum*, como quieras

llamarlo. Solo es un cuchillo porque tu cerebro te está diciendo que es un cuchillo, porque, en este orden, es un cuchillo. La gente ve un cuchillo y es solo eso, un cuchillo, porque esa es la realidad para ellos. Pero tú. —Le lanzó una mirada tan abrasadora que Tristan casi la sintió—. Tú no tienes que verlo como lo ve el resto del mundo. Tú puedes tomar esto. —Levantó lo que quedaba del mango —. Puedes convertirlo en un maldito poni. Un helado. Una bomba atómica. Puedes ver el tiempo, puedes usarlo, por el amor de Dios, Tristan, ¿acaso vas…? De verdad, ¿vas…?

Parecía estar quedándose sin energía, el aire estaba colapsando bajo su monólogo.

—A la mierda. Buenas noches. —Se volvió y salió del baño. La puerta se cerró tras él.

Tristan se quedó junto al lavabo un buen rato.

Después terminó de afeitarse.

Y luego se secó la cara con la toalla con cuidado, recogió los pedazos del cuchillo y los dejó en la papelera antes de bajar al despacho que había junto a la sala de día.

Llamó a la puerta abierta del despacho de Atlas Blakely y no se sorprendió al verlo ocupado.

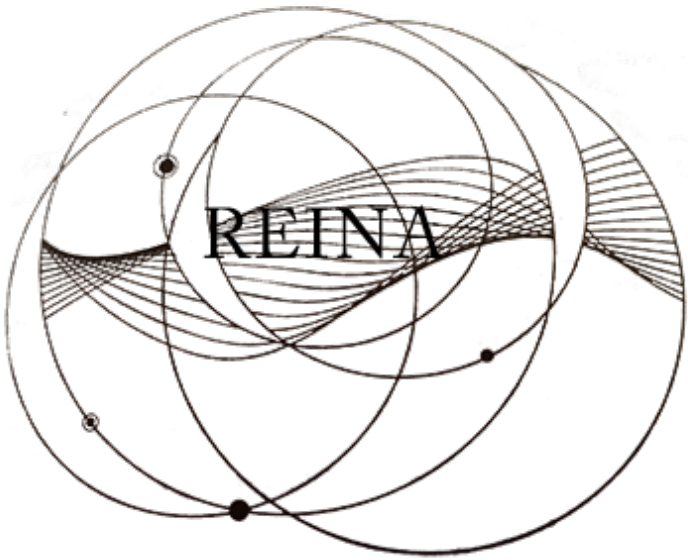
Atlas levantó la mirada, como si lo estuviera esperando.

—Señor Caine —lo saludó y se retrepó en la silla.

Tristan cerró la puerta al entrar y se sentó en la silla que había frente a la mesa. Lo que iba a pasar entre ellos llevaba mucho tiempo acercándose; tal vez desde el mismo día en que Tristan aceptó la oferta de la Sociedad de convertirse en algo más.

—Tenemos que hablar —dijo Tristan, lo que significaba: «No envíes a tu maldito lacayo para que me diga lo que tendrías que haberme dicho tú desde el día uno». Pero Tristan era especial, estaba claro. Era poderoso. Pero también estaba profundamente limitado. Y, por encima de todo eso, era un idiota también, y era hora de que Atlas dejara de hacer el gilipollas y le contara la verdad que no podía ver él solo.

—Sí —contestó Atlas con cuidado—. Opino que sí.



No era una megalómana. Esto no era un complejo de dios.

—No es un que no tengas complejo de dios —dijo Callum. *¡Madre! ¡Cómetelo vivo madremadre eeEEEeeh!*, chilló un helecho distante.

—Es una cuestión puramente filosófica, no religiosa —corrigió Reina—. No soy una diosa en el sentido de necesitar que me veneren.

—Pero eres una diosa de todos modos —comentó Callum.

—En los términos de mi teoría, sí. Y tú también. —Por desgracia —. Y todos los que están en esta casa. —Seguía mostrándose obstinadamente obtuso con el tema, aunque a Reina no le sorprendía. Esto era lo que pasaba cuando elegías a un psicópata depresivo como compañero. Aunque sus elecciones estaban limitadas.

—No se lo digas a Varona —señaló Callum—. No sé si se tomaría la omnipotencia con elegancia.

—Burlarte de la gente no hará que esto vaya más rápido —expuso Reina y señaló el sistema de entrega de los archivos—.

Vuelve a intentarlo.

Callum la miró con una exasperación tan acentuada que, por un momento, casi volvió a sentir respeto por él.

—Que este sea el lugar por donde los archivos entregan las peticiones no significa que esto sea los archivos —dijo con tono impaciente—. No están ahí sentados esperando tu llamada.

—Sí, lo que quieras. —Este choque fundamental de personalidades seguramente no era aburrido, pensó Reina—. No es trabajo mío comprender la conciencia de la casa.

—Vaya, con toda esa omnipotencia que quieres, ¿la omnisciencia queda fuera de menú?

Podría haber dicho: por última vez, no creo que sea sagrada. No soy divina. Lo que soy es un ser poderoso que podría reescribir culturas, restructurar sociedades. Eso es lo que significa ser un dios: imponer una nueva era de cambio. No crear imperios, sino formar una nueva generación. ¿Sabes cuántas veces ha colapsado la sociedad? Volverá a pasar y se reconstruirá, pero ¿cómo se reconstruirá? Piensa en ello. Los dioses antiguos están muertos, nadie cree en ellos, ¿qué queda ahora además de un mundo roto y sin fe? Dame siete días y crearé la luz, crearé el cielo y la tierra. No literalmente, porque no estoy loca. Pero tengo poder y talento, y me fueron concedidos por una razón. Porque si puedo crear vida, entonces estoy obligada a hacerlo.

Pero todo eso parecía una pérdida de tiempo con Callum, así que dijo en cambio:

—Sí.

Callum le lanzó una mirada escrutiñadora y, al parecer, desestimó cualquier reserva que le quedara.

—Bien. —Levantó la cabeza y habló al cielo—. Oh, valiosos archivos, amados compañeros de la Biblioteca de las alturas, bendecidos por la propia diosa…

—Para —protestó Reina con los dientes apretados.

—Bien. —Le lanzó una mirada divertida y le hizo señas levantando la barbilla—. La mano, por favor. O el apéndice que prefieras.

Asqueroso. Reina le golpeó el hombro con la mano.

—Sigo sin estar segura de si es necesaria esta proximidad.

—Ya ha funcionado antes, funcionará ahora. —Se refería a que

había funcionado para ejercer influencia en Dalton Ellery, algo que, según Callum, no había sido ni de lejos tan difícil como esperaba. «No es que no fuera duro, porque usa todos los bloqueos emocionales conocidos por el hombre. Pero faltaba algo», aclaró.

Reina no se molestó en preguntar qué faltaba porque no le importaba ni entendía la construcción de la psique humana en la que traficaba Callum. Lo único que le importaba a Reina era la efectividad con la que lo hizo, y su exploración inicial de lo que podía alcanzar mejorando los poderes de Callum fue inequívocamente un éxito. También tenía la ventaja añadida de haber cabreado a Parisa, aunque eso era más teatrero y no tenía un uso real.

Y ahora Reina sabía lo que estaba estudiando Dalton. Génesis. Inflación cósmica. Orden cosmológico. El universo primitivo. Pero nada de eso tenía sentido para ella y, peor aún, una parte de ella estaba segura de que no era tan carente de sentido para Parisa, que era más inteligente que atractiva y, por ello, dos veces más irritante para Reina que para cualquiera que estuviera demasiado ocupado babeando por ella para darse cuenta. Reina tenía la esperanza de que Callum pudiera expresar algún conocimiento sobre el tema, pero estaba obsesionado con otra cosa específicamente sobre Dalton, cuando era obvio que esto no era un problema de quién era Dalton. ¿Qué importaba qué tipo de persona fuera Dalton o si podía sentir sus emociones con el mismo alcance que los demás? Estas eran irrelevancias, trivialidades como mucho. El problema de que las personas se guiaran por sus propias especialidades era que Callum sentía que las personas eran los únicos misterios reales. Reina, que había conocido a muchas personas que no era misteriosas en absoluto, difería por completo.

En cualquier caso, ahora estaban progresando en su juego, o intentándolo. Habían tardado un tiempo en ponerse de acuerdo sobre qué pedir a los archivos, pero al final era Callum quien tenía el control, para desgracia de Reina. Después de tantos días tratando de convencerlo para que entendiera su punto de vista, ahora llevaba semanas intentando conseguir que lo siguiera de verdad. Al final no había tenido más elección que aceptar el experimento que le había sugerido él, que le parecía inútil. Pero Callum era inamovible, así que allí estaban.

—¿Qué sucedió la última vez que lo intentaste? —preguntó ella con brusquedad.

Quería ajustar el lugar de su mano en el hombro de Callum. Era perfectamente consciente de la calidez del chico bajo su palma de un modo que la ponía nerviosa. Podía sentir cómo le arrebataba algo, poder o energía o lo que fuera que tuviera dentro. Pero a diferencia de cuando lo hizo Nico o cuando permitía que un elemento de la naturaleza lo tomara de ella, se derramaba en Callum de forma más densa. «Supurante» era posiblemente la mejor palabra.

—Lo mismo que pasa siempre. Mi petición fue denegada. —La miró de soslayo, de forma airada—. Estoy concentrándome.

—Vale, perdón. —No parecía que estuviera haciendo nada. Su magia era ciertamente muy desconcertante para ella.

Tras varios segundos, la respiración de Callum cambió. Apareció en su frente una pequeña capa de sudor y entonces le apartó la mano.

—Ya. Debería haber funcionado.

—¿Cómo vamos a saberlo? —Reina miraba fijamente el sistema de entrega.

—Tardó varios minutos cuando lo intenté antes yo solo. Probablemente vuelva a tardar. —Apoyó la espalda en la pared de la sala de lectura, mirándola—. ¿Qué pasa entonces con tu familia?

—¿Qué ponía en tu archivo? —contratacó Reina en voz alta—. Supongo que lo leíste.

—Por supuesto. —Estaba observándola con una sonrisa leve en la cara—. Sabes que mi pregunta es solo una formalidad, ¿no? Ya sé la mayor parte de lo que necesito saber sin que digas una palabra.

—Bien. —Lo fulminó con la mirada y luego la bajó a los zapatos —. ¿No te aburres nunca de saber los secretos de los demás? — Aunque esto no era un secreto, se recordó a sí misma. No mantenía en secreto a su familia porque eso querría decir que le importaba. Simplemente no hablaba del tema porque no revestía ninguna importancia para ella. Eran mortales. E irrelevantes.

—La verdad es que no, nunca me canso —respondió—. Todo el mundo tiene secretos. Y varían mucho según la persona.

Reina podía sentir cómo la miraba y se sacudió como si fuera una garrapata.

—Ya sé que todo el mundo tiene una historia triste, pero yo no.

—Cierto. Tú no eres Parisa. Ni Tristan.

—No soy la víctima de nadie —afirmó con tono neutro.

—Ni ellos. No en ese sentido. —Callum se cruzó de brazos—. Pero si lo piensas, nadie pide nada de esto. Dónde han nacido. Tenemos lo que tenemos y eso ya es una tragedia. Todo el mundo tiene una.

—Mi familia no es mi tragedia.

Callum torció la boca.

—Entonces admites que tienes una.

Reina le lanzó una mirada fría y él se rio.

—Vale, perdón. Te dejaré en paz.

Probablemente no lo haría. No estaba en su naturaleza.

—Es adorable lo mucho que intentas odiarme —añadió—. Debería darte las gracias, creo.

Ah, sí, muy bien. Podría haber reclutado también a Parisa.

(Reina decidió de nuevo que odiaba las especialidades no físicas).

—No tiene por qué hacerte más débil —siguió hablando Callum —. Puedes tener cualidades humanas, estupideces como tristeza, deseos y defectos.

—Odias eso en las personas. —No tenía intención de responderlo, mucho menos de darle la razón, pero le parecía acertado señalarlo.

—No es verdad. No odio a la gente. Odio las cosas predecibles —admitió—. Odio las ansiedades tontas como las de Rhodes. Las personas que nunca superan su forma porque están demasiado ocupadas preguntándose por qué no gustan a las personas, o quiénes están destinadas a ser, o por qué no las quieren, o…

—¿Y no es eso exactamente lo que estás haciendo tú? —lo interrumpió.

Callum tensó la boca de un modo que sugería que lo que había dicho le había molestado de verdad.

Pero entonces llegó algo de los archivos y Callum se agachó rápido.

—¿Es…? —Miraba con voracidad la cubierta del libro, que estaba vacía, como la que Reina le había visto sacar de la biblioteca a Aiya Sato un año antes—. Ábrelo.

Reina pasó la cubierta y examinó la página.

ATLAS BLAKELY.

—Es este —confirmó, pasándoselo por encima del hombro a Callum, que, bien no podía ocultar el hambre o no se había molestado en intentarlo—. ¿Podemos probar ahora lo mío?

Su respuesta fue una risa estrangulada.

—Sé que piensas que mi magia no me cuesta nada —respondió de forma irritante, enterrando ya su atención en el dosier que creía tan crítico para su felicidad—, pero no pienso intentarlo dos veces en un día. Estos archivos no son lo mismo que una persona.

Me cago en la leche, pensó Reina. *Agotador*.

—Vaya —murmuró Callum acariciándose la barbilla con los dedos—. Esto es al mismo tiempo más y menos interesante de lo que imaginaba.

—Qué maravilloso para ti —musitó Reina. Al comprender que no iban a ir más allá, abandonó y se dio la vuelta para salir antes de recordar algo—. Devuélvelo —le dijo, y Callum levantó la mirada, recorriendo un largo camino en sus pensamientos para llegar hasta ella—. En cuanto hayas terminado —aclaró—, devuélvelo.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque él sabe cosas. Y no quiero que sepa esto. —Para ser clara, no tenía miedo de Atlas Blakely. Pero tampoco le apetecía contrariarlo.

Esta era la parte que Callum no comprendía; podría haber entendido a las personas, o cómo tomaban forma sus narrativas, pero subestimaba las acciones que podían llevar a cabo, las cosas que podían haber vivido, las irracionalidades que podía querer perseguir. No había entendido las emociones de Tristan. No comprendía las de Parisa. Y claramente no entendía que un hombre en la posición de Atlas Blakely no llegara hasta ahí si era fácil aprovecharse de él.

—Tú devuélvelo —le advirtió, y Callum se encogió de hombros, lo que tomó como un «sí».

Salió entonces de la sala de lectura; sentía de pronto la necesidad de golpear algo.

Últimamente no era fácil encontrar a Nico. No tenía claro si la estaba evitando por voluntad propia o si por fin había entendido

que ella quería que se alejara. Al principio dudó de que se tratara de lo segundo, teniendo en cuenta que Nico era incapaz de captar las señales sutiles como las respuestas de una sola palabra y la antipatía en general, pero había olvidado que Nico era mucho más experto en inteligencia emocional de lo que la gente pensaba (ejem, Callum). Nico era una persona que agradaba, siempre lo había sido, y no había nada más agradable que alguien que sabía exactamente cuándo desaparecer.

Reina recorrió la primera planta, comprobando los escondites habituales de Nico (la cocina, o el agujero de gusano que había dejado junto a la cocina) antes de salir. El día se había tornado considerablemente más frío ahora, hasta el punto en el que incluso Nico podría considerar la necesidad de ponerse una camiseta.

Lo encontró al lado de las rosas marchitas haciendo precisamente lo que ella tanto quería hacer en ese momento: golpeando cosas. En este caso, un pesado saco que él mismo había conjurado.

—Eh, hola. —Nico se limpió el sudor de los ojos cuando Reina se acercó y le ofreció una sonrisa que la enfureció de inmediato—. No esperaba verte hoy.

Claro que no, pues al parecer no podía molestarse en ir a buscarla cuando estaba haciendo él solo la única cosa que se habían pasado el último año haciendo en pareja. Probablemente fuera culpa suya, pero daba igual. Si había sido tan zorra que había conseguido alejarlo, ¿por qué entonces estaba tan encantado de verla? Injustificable.

—Ya —dijo y la sonrisa de él se hizo más amplia.

—Echaba de menos ese humor. —Le hizo señas para que se acercara más—. ¿Te apuntas a una ronda rápida?

Trató de hacer que pareciera que no era el plan que tenía, que simplemente paseaba por allí y se había encontrado con él y había decidido que sí, claro, por qué no, podía dedicar varios minutos de su vida a esa afición ridícula que tenía él.

—Claro.

—Genial. —Hizo desaparecer el saco y extendió el puño.

—Estoy perdiendo la forma.

—Lo dudo. —Le golpeó los nudillos con los suyos para iniciar la ronda. Nico parecía encantado de verdad. O tal vez aliviado—. ¿Has

estado ocupado últimamente?

—Más o menos. —Lanzó un golpe de prueba y ella lo esquivó, levantando una brisa fresca. Los cornejos expresaron su aprobación desde la distancia—. ¿Te he hablado de en qué anda metido Tristan?

—No mucho. —En realidad nada.

—Ya, bueno… —Rodó de forma fluida por debajo de su gancho —. Es una larga historia, pero, básicamente, estamos intentando que consiga manipular el *quantum*.

—*¿Quantum?* —repitió ella. Lo que de verdad quería decir era: ¿estamos?

—Sí. —Nico danzó alrededor de ella, guiándola en el sentido de las agujas del reloj antes de cambiar de postura para lanzar una patada. Le golpeó con el dedo del pie la parte trasera de la rodilla y, una vez más, a Reina le dieron ganas de estrangularlo. Con cariño, que era todavía peor—. Puede ver más allá de las cosas. Puede ver las pequeñas partículas de magia cuando la usamos. Pero es un inútil total.

—Ah. —Se lo figuraba. Reina siempre categorizó a Tristan como inútil.

—Sí. —Reina movió la rodilla, pero él la bloqueó. Estaban peleando con una fracción de su energía habitual, mostrándose tan delicados con los movimientos que apenas se tocaban—. Da igual. Te he visto con Callum —añadió.

Reina se preguntó si valdría la pena defenderse, pero decidió, como de costumbre, que no debía nada a nadie.

—Sí.

—Me da la sensación de que ha estado muy… —Se detuvo para lanzar un golpe y un gancho—. Borracho.

—Ah, sí. —Reina no pudo evitar poner los ojos en blanco y Nico se echó a reír.

—¿Eres su patrocinadora o qué?

—¿Qué? —Bloqueó su ataque.

—Patrocinadora. Ya sabes, la persona que hace que se reencamine.

—No. —Si estuviera haciendo algo remotamente parecido a eso sería de forma incidental—. También es un inútil.

—Tendríamos que dejarlos juntos. —Nico se apartó de su

gancho, pero no demasiado—. Creo que llevo una semana sin ver a Parisa.

Reina creía saber dónde podía estar Parisa.

—Sabes que se está acostando con Dalton, ¿no?

—Espera, ¿en serio? —Nico se detuvo y bloqueó por poco el golpe de Reina—. Mierda. —Suspiró, por un momento desolado.

Contra su voluntad, Reina se estaba divirtiendo.

—No te parecerá decepcionante, ¿no?

—Él es tan… —Se quedó callado y puso una mueca que generalmente resumía la opinión de Reina sobre Dalton antes de ser influido. Ese Dalton no tenía sentido del humor ni ambiciones evidentes. Era guapo, sí. Todo en su cara parecía estar en el lugar correcto. Pero si Reina buscara la atención de Parisa (Nico no se había molestado en ocultarlo durante el último año), estaba segura de que las cualificaciones de Dalton serían arriesgadamente tímidas para ella.

—He descubierto qué está investigando —afirmó. No tenía intención de contarle nada de esto a Nico, pero había algo en la mecanicidad (o más bien en la concienciación meditativa) del combate que la hacía sentir imprudente, dejando entreabierta la puerta a sus pensamientos recientes.

—¿Sí? —Nico le lanzó una patada lenta a la cabeza y se rio cuando ella lo apartó e hizo que perdiera el equilibrio.

—Es algo físico. Cosmología, creo. —Nico reculó un paso y Reina se acercó a él; luego se agachó bajo su puño—. ¿Tienes idea de lo que es la inflación cósmica?

—¿Qué? —Nico, distraído, permaneció recto en lugar de moverse, por lo que quedó atrapado en medio del gancho de Reina —. Mierda…

Se dobló sobre sí mismo, cubriéndose la cara con la mano cuando Reina se detuvo en un punto intermedio entre un orgullo inmenso por ella misma y un profundo lamento.

—¿Estás bien?

—Sí, eh… —Cuando levantó la mirada, tenía los ojos llorosos. Había una mancha de sangre en su mano cuando se la pasó por la nariz—. Ah, mierda, ¿en serio?

Probó dos veces antes de que se coagulara la sangre.

—Perdona.

—¿Por qué pides perdón? —Reina se quedó mirándolo. Nunca lo había visto tardar tanto en curar una herida. No era mucho tiempo en términos mortales, pero él era Nico de Varona, y era de todo menos mortal.

—Yo… me he distraído, no sé. —Movió la mano para que se apartara—. ¿No sabes lo que es la inflación cósmica?

Y ahí se esfumó su compasión.

—Es obvio que no.

—Es como… —Se tocó la nariz, que estaba hinchada—. Una reacción espontánea. El universo expandiéndose, ya sabes. Un índice inflado. —Maldijo entre dientes y se rascó la mejilla. La tenía roja por el impacto de los nudillos de Reina—. La gente cree que eso fue lo que sucedió tras el *big bang*, que el universo se expandió más rápido que la luz. Y entonces se formó todo a partir del caos.

—Ah. —Por un momento, Reina se preguntó si esa era otra forma de mitología. Una creencia para los científicos que habían decidido que si no había un dios (o un Dios), tenía que haber algo igual de inefable—. Un momento. —Había algo en la explicación de Nico que se le había quedado en la cabeza—. Eh… ¿vida espontánea?

—Bueno… —Nico paró la mano a medio camino de la boca—. Sí, supongo. Iba a decir «creación espontánea», pero sí, supongo que al final significa «vida», ¿no?

—Pero yo puedo hacer eso. Crear eso. —Lo que le recordó algo de repente—. Pensaba que te iba a parecer más interesante. —A fin de cuentas, esperaba que él quisiera más después de que le dejara usar su magia el año pasado.

—Bueno… —Nico frunció el ceño—. Me parece interesante. Pero ya te dije que no puedo hacer nada con eso. No sin… —Dudó al ir a pronunciar el nombre de Libby—. No puedo hacer más de lo que he hecho ya.

—Pero no lo has intentado siquiera. —Reina notó de forma distante que se estaba enfadando. No pensaba que pudiera pasar, pero de vez en cuando veía puntos blancos brillantes y había determinado que eran rabia. Ahora vio uno.

—No pensaba que quisieras que lo intentara. —Ninguno de los dos estaba luchando ahora, aunque estaban enfrentados en una pose combativa—. Llevo semanas sin verte apenas.

—¿Se suponía que tenía que acudir a ti?

—He estado… —Nico se frotó la frente—. Ocupado. Cansado.

—¿En serio? —Reina estaba muy molesta—. Vivimos en la misma casa.

—Ya lo sé, pero…

—¿Y desde cuándo eres tan débil? —preguntó, señalando su nariz. Nico parpadeó, tragó saliva y volvió a parpadear.

—Yo… Vaya. No sé qué decir a eso.

Reina pensó que podría deberse a un problema de traducción.

—Me refiero a que no sueles hacerte daño.

—Ya, bueno, no he sido yo mismo exactamente. No es que tú lo supieras, porque al parecer tú tampo…

Volvió a quedarse callado.

—Da igual —terminó diciendo—. Esto es… Mejor no.

—¿No qué?

—No peleamos de verdad, ¿sabes? Eso me gusta. —Se encogió de hombros—. Lo hace más fácil.

Sí, pensó Reina. *Sí, yo soy muy fácil de olvidar. De ignorar. Porque todo es tan fácil entre nosotros que es lo mismo si estoy o aquí como si no estoy*.

—Me refiero a que no es como con Rhodes —siguió—. Siempre discutiendo. Qué molesto. —Puso una mueca—. Sabes cómo era.

Sí. Sabía cómo era. Molesto. ¿Esa era la palabra que había elegido Nico para Libby Rhodes y su extraño tango cósmico? Sí, Rhodes era muy molesta para él. Tan molesta que, en su ausencia, Nico no era él mismo.

De pronto era incapaz de recordar por qué había venido a buscarlo. Se sentía humillada por ser quien lo hacía todo.

—Me voy —dijo de pronto—. Ha sido una ronda larga.

—Ah, cierto. —Nico parecía estar disculpándose sinceramente, lo que la hacía sentir más arrepentida o más enfadada. A estas alturas, no sabía cuál de las dos—. No era mi intención retenerte. Pero, eh, si quieres hablar, o…

Se interrumpió.

—Probablemente sea una estupidez —dijo más para sí mismo.

Reina tuvo la repentina sensación de que entendía con perfecta claridad qué le pasaba a Nico de Varona.

Se sentía solo.

Porque, por supuesto, lo estaba. En términos muy simples, estaba acostumbrado a ser tan antagónico como quisiera sin dejar de ser adorado. Libby Rhodes le había venido muy bien, le había prestado exactamente la clase de atención que lo hacía alzarse más y más, ser más él mismo. Pero ella ya no estaba y Reina seguía aquí, pero al parecer eso no importaba. Porque Nico no veía en Reina más que alguien con quien sentirse neutral. A quien asignar en sentido más puro y menos impactante de ambivalencia. A quien permitir simplemente que entrara y saliera como le placiese.

En la mente de Reina apareció la cara petulante de Callum. «Fragilidad humana», habría dicho él.

(Lo que no significaba nada de labios de un émpata que siempre estaba ebrio y no tenía amigos).

—Buena suerte con Tristan —le deseó y Nico esbozó una media sonrisa.

—Sí, igualmente. Con Nova.

—No estoy haciendo nada con él.

—Ah. Sí, ya, solo me refería… —Le lanzó una mirada cargada de tensión. ¿Irritación? Probablemente. Estupendo. Ya estaba bien de discutir. Aunque ella tampoco quería.

¡Mátalo!, canturreó la hierba alegre bajo sus pies. *¡Mutílalooooo!*

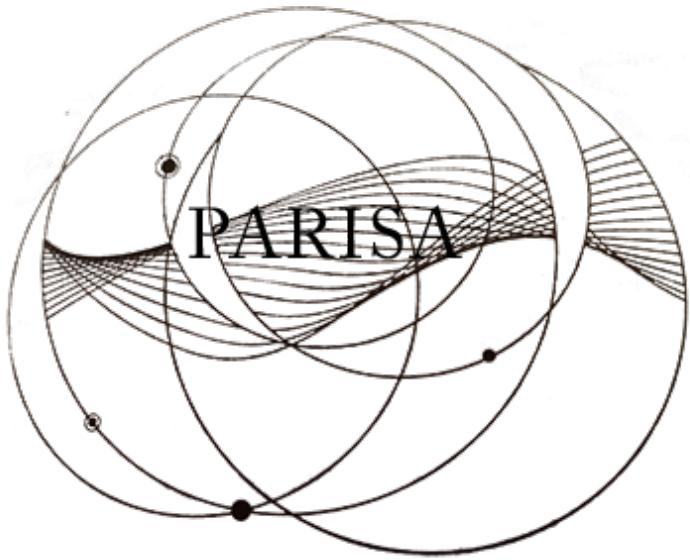
¡Madre hará una sopa con sus hueeeeesos!

—Nos vemos —se despidió Reina.

—Sí. Pronto, ¿vale?

—Sí.

Los dos estaban mintiendo, así que Reina le hizo de nuevo un favor. Dio media vuelta y terminó la conversación, dirigiéndose hacia la casa sin decir una palabra más.



Parisa estaba sentada en la sala pintada cuando la encontró Atlas. Era raro que se buscaran de forma intencionada… o más bien que él la buscara a ella por segunda vez y que se viera obligada a quedarse en el lugar porque la casa le había informado que venía. Al parecer él también había recibido la información de que ella se quedaría a escuchar lo que tenía que decirle, simplemente en virtud al pensamiento que le había entrado en la cabeza. Era todo muy amigable e impresionante.

—¿Ahora somos amigos? —preguntó Parisa, alzando la mirada del libro cuando él entró en la habitación—. ¿O algo así como compañeros de piso que han visto la ropa sucia del otro? —corrigió, encogiéndose de hombros—. Porque, sinceramente, solo tengo una atención necesaria para esto último.

Atlas había regresado a sus habituales camisas impolutas y a su ropa de abrigo formal. Apartó una silla de la mesa y se sentó a su izquierda.

—Me consideraría muy privilegiado si tuviera conocimiento de tus secretos, señorita Kamali. —Parecía cómodo para tratarse de

una persona que había venido a sermonearla, que es lo que ella había pensado. No debía de ser eso, pensó—. Por favor, ¿podrías mantenerte fuera de mi cabeza por el periodo de tiempo que dura una conversación? —le preguntó con tono admonitorio.

Parisa retiró los tentáculos de su magia, pero lo mínimo indispensable para que fuera justo.

Atlas enarcó una ceja.

—Por lo que veo, he traído un cuchillo a un tiroteo. No tengo intención de ofrecer más que detalles logísticos.

—Ah, no te vendas tan mal. Más bien has traído un cuchillo a un torneo de peleas de cuchillos.

—Muy amable.

Tal vez solo fuera su imaginación, pero había algo en él que había cambiado en los meses que habían pasado desde la última vez que hablaron. No estaba del todo aliviado de cargas, pero había algo más, una distracción. Una luz al final del túnel. Lo que fuera que había planeado para Tristan estaba en el horno, cociéndose, y pronto se doraría.

—Solo quería informarte —continuó Atlas— que, como miembros iniciados de la Sociedad, tus compañeros y tú estáis invitados este año a asistir a la gala anual de la Sociedad Alejandrina.

—¿El qué? —preguntó, aunque no tenía que hacerlo. La Sociedad Alejandrina era anticuada en todos los aspectos posibles excepto en el de los contenidos de su investigación. Al parecer, había costos operativos. Gente importante. Actividades recreativas. Por supuesto era una especie de baile burgués.

—Por supuesto, hay un baile —afirmó Atlas y se encogió de hombros—. La mayoría de los alejandrinos lo consideran una forma excelente de hacer contactos.

—De acuerdo. —Parisa frunció el ceño—. ¿Y se celebra aquí?

—Sí. Recordarás que el año pasado os pedimos que abandonarais las instalaciones para organizar el evento.

—¿Esta vez no nos echáis?

—No. —Atlas tamborileó en la mesa con los dedos—. No tenéis la obligación de asistir, por supuesto. Pero estáis invitados.

—De acuerdo. —Esperó más, pero Atlas parecía haber llegado al final de su intervención y ella frunció el ceño—. ¿Por qué me lo

cuentas? ¿Porque soy una mujer y por lo tanto una experta en la planificación de eventos?

—No necesito tu ayuda para organizar la fiesta. —Le lanzó una mirada de eterna paciencia—. Solo te estoy informando porque sé que vas a interferir y preferiría que lo hicieras en la casa, donde pudiera verte.

—Hablando de ver cosas —cambió ella de tema para no centrarse en la insinuación de que era una adolescente rebelde que se amotinaba por el simple placer de la rebelión—. Intensificar tu vigilancia es un poco demasiado, ¿no crees?

—¿Vigilancia? —repitió él.

Parisa no estaba segura de si su expresión de confusión era real o no. *Estás vigilando a Dalton*, aclaró.

—Ah —respondió—. Vigilando, no. Echándole un ojo, sí. Con motivo —señaló—. Teniendo en consideración que la señorita Mori y el señor Novan han decidido recientemente tomar al señor Ellery como sujeto de un experimento muy invasivo.

—¿Sí? —preguntó ella con tono inocente.

La expresión de Atlas permaneció inmutable.

—A menos que me confunda, no creía que un detalle así pudiera escapar a tu conocimiento.

Aquí estaba el sermón. Una cosa era que Parisa interfiriera con Dalton (tras un año de esfuerzos, Atlas parecía haber comprendido que ninguna de sus advertencias para que se alejara de Dalton iban a funcionar), pero ahora, evidentemente, Atlas creía que también debería de asegurarse de que nadie más lo hiciera.

—¿He dejado desatendido a tu juguete preferido? Qué boba.

—No te estoy culpando. La investigación del señor Ellery no es ningún secreto —respondió con tono neutro—. Y es él quien tiene que proteger su autonomía.

—Qué interesante que digas eso. —*Como si no me hubieras desterrado de su cabeza varias veces*.

¿Admites entonces que eres tú la que estás interfiriendo en él?, señaló él, dando más golpecitos en la mesa con los dedos.

—Muy bueno. —*No estoy interfiriendo*.

Aún, añadió Parisa.

—Debo admitir que creía que te vería un poco más preocupada.

—¿Sobre qué? ¿Dalton?

—El señor Nova. —La mirada de Atlas era lo más cercano a una sonrisa que se vería en él—. La última vez que lo comprobé, vosotros dos no teníais una relación amistosa.

—Ah, ¿lo dices porque trató de matarme en un plano astral? Olvidado —señaló, moviendo la mano. *Y, por cierto, tiene un dosier tuyo*, añadió.

Le emocionó sentir la presencia del libro en la cabeza de Callum. El chico no era muy cuidadoso últimamente, si podía considerarse que lo hubiera sido alguna vez, que no. Pero se mostraba particularmente imprudente con su entusiasmo por lo que había descubierto recientemente sobre Atlas Blakely.

No hay nada interesante que descubrir sobre mí. No soy muy interesante. Atlas se encogió de hombros.

Tienes un problema de metro ochenta que sugiere lo contrario, respondió Parisa.

El cuidador le lanzó una mirada que no calificaba como desdén. (Pero tampoco se alejaba mucho).

—La cuestión es que este evento es un riesgo para la seguridad todos los años.

Parisa tardó un momento en recordar que estaba hablando sobre el supuesto baile alejandrino.

—¿Riesgo para la seguridad? ¿Por qué? —*Seguro que sabes cómo mantener el orden en un escándalo respetable*.

Atlas sonrió.

—Porque está invitado el Foro.

Eso sí que era una información sorprendente.

—¿Qué? —preguntó, y lo que quería decir era: «Respeto el viejo proverbio sobre mantener a tus enemigos más cerca, pero ¿en este caso…?».

—Como te he dicho, prefiero que el subterfugio tenga lugar dentro de la casa, donde pueda verlo.

Había algo en su modo de expresar el comentario, el control que parecía ejercer sobre el riesgo, que la dejó sorprendida de verdad.

—¿Es… idea tuya? —preguntó, vacilante.

El hombre asintió.

—Sí, una de mis implementaciones personales en estos años como cuidador.

—Años —repitió—. Espero que no muchos.

—Suficientes. —Se puso en pie—. En cualquier caso, espero que mientras estés aquí, recuerdes que eres una iniciada alejandrina y actúes en consonancia.

Se dio la vuelta para marcharse, asintiendo en un gesto de despedida, pero Parisa lo detuvo, levantándose de forma brusca tras él.

—¿Fueron ellos? —preguntó—. Quien se llevó a Rhodes, ¿fue el Foro?

Atlas parecía estar esperando que le hiciera esa pregunta.

—No lo creo. Pero no estoy seguro de que no estén trabajando con la persona que lo hizo.

—Entonces deberíamos de mantenernos fuera de su vista. —Atlas parpadeó, no seguía lo que quería decirle, y Parisa lo aclaró—: O al menos algunos de nosotros. Para que no sepan si hemos asesinado a un miembro. O a cuál.

—Ah, interesante. —La miró con lo que parecía un interés real —. ¿Cuánto sabes sobre el Foro? Doy por sentado que has investigado —añadió y no lo expresó con un tono halagüeño. (Pero tampoco no halagüeño).

—El señor Ellery —respondió con un tono burlón— no considera al Foro una amenaza válida, así que eso es lo que sé.

—Ah, bien. —Se encogió de hombros—. En esto está equivocado. Puede que no resulten una amenaza físicamente —explicó—, pero ideológicamente son el recuerdo de que toda moneda tiene dos caras.

—¿Y eso es peligroso? —preguntó, aunque ya lo sabía. Porque, por supuesto, no había nada más difícil de desterrar que un pensamiento que había sido cuidadosamente implantado. Y nada más persuasivo que ver las dos caras de uno.

—Señorita Kamali, tengo que admitir que no siempre he apreciado tu insistencia en comportarte como lo haces. —Y añadió: *Y a veces no me he preocupado por ti en general*.

Querido, me halagas, respondió Parisa.

—Pero sé también que eres excesivamente pragmática —continuó—. No suele preocuparme que huyas con tus peores sospechas. Además, estoy seguro de que comprendes que un poco de hospitalidad sagrada puede ser muy útil.

Aquí estaba: esto era una tregua, una rendición temporal de

armas de todas las partes, incluidos ellos. Sabía que tenía que haber una estrategia oculta bajo toda esta docilidad.

—¿Me estás pidiendo que asista a esta gala para que pueda ser tus ojos y tus oídos? —*No confías en que los demás no se dejen persuadir, imagino. ¿Es Nico quien te preocupa?*

Me preocupa mucho el señor de Varona. Era normal, visto el estado que tenía, que seguramente no podrían ignorar los demás. *Pero no en este sentido*.

Parisa consideró sus palabras. Tristan nunca confiaba en nada, mucho menos en un intento de subterfugio internacional, y eso dejaba dos posibilidades.

Bueno, una posibilidad. Una unidad. *Callum y Reina, entonces*.

Atlas se encogió de hombros nuevamente.

—Lo desprecias del todo, ¿no? —No pudo contener una sonrisa —. Te alías conmigo porque crees que, entre los dos, yo soy la menos malvada.

—Eso o que me pareces la apuesta más segura.

De nuevo se burlaba de ella. Delicioso. Como respuesta, Parisa le ofreció su sonrisa más tímida.

—Allí estaré —prometió. *Y, a cambio, quiero que te mantengas fuera de la cabeza de Dalton*.

Al escuchar eso, la expresión de Atlas se tornó sombría. *Señorita Kamali, te aseguro que yo no soy el enemigo que estás buscando*.

Parisa examinó su rostro en busca de cualquier rastro de falsedad y luego se deslizó con toda discreción en sus pensamientos.

Él la invitó a pasar. *No soy yo, señorita Kamali.* El tono del pensamiento era reticentemente real, tal vez irónicamente. Se trataba de una ironía cósmica, el giro de un cuchillo, que negara algo que, bajo otras circunstancias, habría sido verdad. *Te prometo que siento la misma curiosidad por quién puede estar vigilando los pensamientos del señor Ellery. Tal vez hay alguien más, aparte de ti, que lo considera valioso*.

Ladeó la cabeza hacia ella y dio después media vuelta para salir por la puerta de la sala pintada.

Parisa se quedó mirando el lugar por donde se había marchado, contemplativa.

Y entonces entró Callum y ella suspiró, molesta por su presencia,

cuando él sabía perfectamente bien que estaba allí porque quería estar sola.

—¿Te importa? —le preguntó, señalando el libro que tenía delante mientras Callum, que había decidido prescindir de los pantalones (no lo habría tomado por el tipo de hombre que llevaba bóxeres), buscaba una botella que debía de haber escondido detrás de una colección de libros antiguos de citas.

—¿A mí? ¿Importarme? Nunca. —Le dedicó un brindis por encima del hombro con un decantador de cristal—. Como a ti.

—Tienes un problema —observó Parisa, arqueando una ceja.

—Tonterías. Tengo una afición. Son los demás quienes tienen un problema.

Antes de que pudiera responder, oyó más pasos en la puerta de la sala pintada.

—¿Ha visto alguien…? Oh —Tristan se detuvo cuando vio primero a Callum y luego a Parisa—. Sois vosotros dos.

—No somos nosotros dos —replicó Parisa con desagrado. Callum, que tenía la nariz enterrada en un vaso de Martini, le levantó el pulgar—. ¿Y qué estás buscando? —preguntó con una curiosidad repentina.

—Nada. Solo… nada. —Tristan puso una mueca muy típica de él —. ¿Es que vamos a evitarnos el resto del año?

—¿Por qué no? Lo estamos haciendo muy bien —respondió Callum, que se sentó al lado de Parisa y levantó su libro—. Jung, ¿en serio? —Fingió una arcada en el vaso—. Qué europeo.

—Nadie está evitando a nadie —gruñó Parisa, que sí que estaba evitando, y mucho, a Callum, y también a Reina, y técnicamente no a Nico, pero solo porque últimamente parecía estar empeorando y, lamentablemente, sospechaba que podía empezar a preocuparse si prestaba atención. Pero no estaba evitando a Tristan. Tenía muchas preguntas sobre Tristan—. Has estado misteriosamente ausente.

(Si sus observaciones eran correctas, había estado experimentando sustos de los que cambian la vida varias veces al día. Pero si él no sacaba el tema, ella tampoco iba a hacerlo).

—Ya ves, todo es mucho más tranquilo sin vosotros dos tratando de manipularme —indicó, capaz solo a medias de reprimir una mueca—. Duermo como un bebé.

—Eso es categóricamente falso —comentó Callum al fondo de su

vaso.

—Tiene razón —añadió Parisa, señalando a Callum. Y no pudo evitar añadir—: Y porque no te estamos manipulando nosotros, ¿nadie más lo está haciendo?

—Ups —murmuró Callum.

—Ah, a la mierda —exclamó Tristan. Se dio la vuelta y salió, golpeándose el hombro contra la puerta—. Mierda —bramó antes de desaparecer.

En la ausencia de Tristan, Parisa esperó a ver cuál era la reacción de Callum. ¿Bebía más? ¿Menos?

—Tenía buen aspecto —comentó ella a modo de prueba. Y era verdad. Tristan era un hombre muy atractivo y últimamente había estado decayendo a un ritmo razonable.

—No fue así nunca —murmuró Callum, colocando los pies descalzos encima de la mesa que había al lado de ella.

Parisa los apartó, asqueada.

—¿No?

Para entonces, Callum estaba abstraído con Jung, o al menos leyendo a Jung en su cabeza en voz muy alta.

—Vale, no necesito confirmación para llamar a las cosas por su nombre. —Se volvió para marcharse, pero luego retrocedió rápidamente—. Por cierto, ¿qué has descubierto sobre Atlas?

—¿No puedes colarte y comprobarlo? —Callum se señaló la frente sin levantar la mirada del vaso.

—Podría. —Y probablemente también lo haría, después. Ahora tenía que conservar la energía para otras cosas y seguro que Callum no se olvidaría pronto—. No importa.

—Gracias —dijo con desinterés.

Algún día Parisa tendría que arreglar ese problema que tenía.

O no. No era su madre. Y la había matado en una ocasión, por el amor de Dios. Estaría más que encantada de matarlo, por lo que no le importaba en absoluto que eligiera morir por envenenamiento del hígado. No obstante, tal vez fuera su destrucción mutua asegurada lo que le molestaba tanto, porque no era divertido existir sin un rival.

¿Qué se suponía que iba a hacer? ¿Centrarse en Reina?

Se dirigió a la sala de lectura, se sentía inquieta. Todo el mundo estaba resultando del todo inútil al ser tan salvaje e

impredeciblemente impredecible. Atlas se mostraba informativo; Callum, borracho; arriba era abajo, el norte era el sur. Eso, o era que llevaba demasiado tiempo en esta casa y ya no tenía ni idea de cómo tenía que comportarse una persona normal. Casi disfrutó la idea de tener nueva sangre, nuevos enemigos.

El Foro, por ejemplo. No eran enemigos necesariamente, aunque iba a ser agradable un cambio de aires si lo eran. Dudaba de que fueran tan distintos de la Sociedad. La gente siempre ansiaba el poder, era una constante de la humanidad, una regla más verdadera que cualquier ley de la física. Si no recibían poder, lo tomaban. Y por muy elevada y moral que fuera su creencia fundamental, históricamente, la gente no optaba por regalarlo.

Pero ese día tenía otro asunto más inmediato, alguien a quien desentrañar.

Encontró a Dalton en la sala de lectura repasando cuidadosamente sus notas, como de costumbre. Este levantó la mirada, sorprendido, cuando se acercó.

—Señorita Kamali —la saludó con un tono de agradable sorpresa cuando ella le tomó la cara con ambas manos y le pasó con delicadeza los pulgares por las mejillas—. ¿Es esto una muestra de afecto? Qué agradablemente alarmante.

Le estaba sonriendo, todo él invadido por un deleite silencioso y delicadas oleadas de felicidad. Parisa le acarició la mejilla con los labios y depositó un beso como respuesta. Después le tocó los ojos con los labios, la nariz. La pequeña arruga de cansancio entre las cejas. Se cernió sobre su boca y él levantó la barbilla en un gesto de anticipación.

Podía hacerlo de forma sutil, por supuesto.

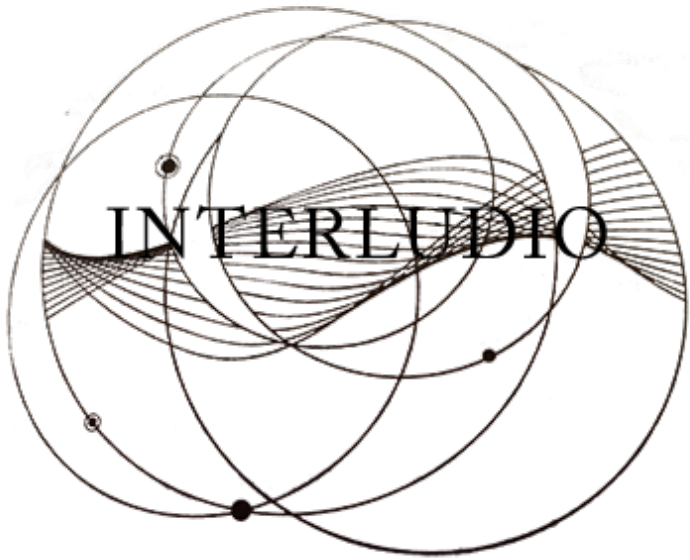
O.

O.

Podía hacerlo sin más.

—Prepárate —susurró. Encontró la puerta de sus pensamientos y la abrió.

Cerró entonces los ojos y se adentró.



El castillo tenía un toque excéntrico, pensó Gideon mientras examinaba con los ojos entrecerrados los parapetos. Se parecía demasiado a un cuento de hadas para su gusto, aunque seguramente a Nico le parecería gracioso. No era su intención pensar en Nico en este momento, porque estar aquí ya era lo bastante desafiante sin la necesidad de invitar a otros pensamientos que venían al acordarse de Nico. En concreto, lamento. Pero Gideon era (también lamentablemente) un hombre de palabra, por muy poco inteligente que fuera, y le había prometido a su madre que le haría un favor. Solo uno.

A su lado, Max gimoteó.

(Parecía todo muy inocente en ese momento).

—¿Puedes hacer esa cosa en silencio? —protestó Eilif, que no estaba invitada. O eso le diría Gideon a Nico después, cuando le preguntara inevitablemente por qué había ido su madre. (Considerando que Gideon no muriera dentro del extraño patio encantado de la conciencia de otra persona. Lo que era algo decisivo).

—Max hace lo que quiere. Y sé amable con mis amigos —repuso antes de añadir—: Mamá.

—No sé por qué te lo has traído —murmuró Eilif, que sospechaba de forma general de los mamíferos. No le interesaba la sangre caliente—. Te dije que sería mucho más sencillo si lo hacíamos nosotros solos.

—Nosotros no vamos a hacer nada. Y no ha sido sencillo. —Esperaba encontrarse protecciones telepáticas, pero esto alcanzaba un grado de dificultad similar a entrar en la Sociedad. Había un laberinto alrededor del castillo lleno de zarzas y cipreses, y alguna que otra criatura onírica que seguramente había nacido en una pesadilla. Si Gideon no estuviera ya acostumbrado al tipo de cosas que acechaban en los reinos de los sueños, no habría llegado tan lejos sin problemas—. Me dijiste que sería fácil.

Era culpa suya por creer a su madre, supuso. No sabía cuánto tiempo llevaba varado aquí, pero estaba seguro de que semanas, si no meses. Esto no era un sueño. No era ninguna capa del subconsciente que conociera, aunque no entendiera, al aceptar la tarea. Quien había creado el castillo había dejado una especie de papel atrapamoscas para Gideon, quien no podía liberarse de su abrazo. Había intentado sin éxito salir del laberinto, y la única opción que le quedaba (aparte de colarse, que parecía menos posible cada día) era forzar un regreso a su forma corpórea y despertarse, algo que no podía hacer porque su madre lo seguiría y entonces estaría a su merced en otra dimensión.

Otra vez.

Suspiró y lo embargó otra oleada de odio por sí mismo. ¿Por qué había hecho esto? ¿Para darle una especie de lección infantil a Nico? Sí, estaba aburrido, pero ¿qué había supuesto esto? Estaba muy cerca de encontrar a Libby, y ahora, por haber pensado (qué idiota) que su madre podría acelerar las cosas, se había quedado atrapado en el interior de un encargo que tan solo debería de haberle llevado unos pocos minutos llevar a cabo.

—Es fácil —insistió Eilif, emitiendo un resplandor azul bajo la luz reflectante de la piedra brillante del castillo—. Te lo he dicho, el Príncipe me envía mensajes y yo…

—Eso no es lo que estamos haciendo aquí —la interrumpió, haciendo visera en los ojos para mirar el castillo. Era de estilo

gótico, con torres delgadas y líneas afiladas—. Los mensajes dan igual en este punto, madre. Está claro que tienen que invitarnos a pasar. Pero pensaba que el propósito de esto era sacarlo a él.

—Por supuesto que sí —afirmó Eilif con un tono que parecía una mentira. Gideon no estaba seguro, pues no sabía muy bien cómo sonaba una verdad en sus labios. Era tan poco habitual, que estaba empezando a confundirlo con el sonido de otra cosa, un coro de ángeles o el carrillón divino que anunciaba la paz mundial.

—A lo mejor deberías irte —le sugirió por enésima vez— y llegar hasta el Príncipe de otro modo. Y contarle después que estamos en la puerta y que estaría muy bien que la abriera…

—Tonterías, estoy bien aquí. —Eilif apartó la mirada—. Excepto por esa cosa repugnante.

—Se llama Max y no es una cosa —la corrigió Gideon cuando Max emitió un sonido grave, claramente molesto—. Y…

De pronto vio un destello procedente del castillo. Como un haz de luz.

—¿Has visto eso? —preguntó, frunciendo el ceño. Max ladró como respuesta.

—Oh, qué agradable —dijo Eilif—. Visita.

No parecía preocupada y eso preocupó el doble a Gideon.

—¿Visita? —repitió—. ¿Te refieres… aparte de nosotros? Pero…

El suelo tembló bajo sus pies, haciendo que Max se tambaleara y chocara contra la parte de atrás de las rodillas de Gideon, derribándolos a los dos sobre la tierra dura. Por un momento, Gideon estuvo a punto de olvidar que estaba en un plano astral; olía y tenía el mismo aspecto que la tierra, fresca y mojada, y le trajo el recuerdo distante de la lluvia. Quien había imitado esto conocía la humedad perfectamente, sin tachas. El creador de esta pequeña prisión mental era, definitivamente, de un lugar húmedo.

—Bueno. —Eilif se protegió los ojos del cielo, que oscurecía rápidamente—. Avísame cuando hayas resuelto esto.

No, pensó Gideon, asustado. No, su madre podía ser una amenaza, pero, si se marchaba, habría una criatura menos, lo que también significaba una fuente mágica menos en un reino que solo podía interpretar, pero no controlar. Si esta tormenta era algo serio o se debía a que alguien había notado su presencia y había venido a por él…

—Mamá, no, por favor… ¡Eilif! —gritó Gideon, pero ya se había ido.

Naturalmente. Pues muy bien. Al menos eso significaba que él también podía irse si…

Oyó un fuerte ladrido seguido de un gemido. El restallido de luz fue cegador, el suelo se onduló de forma salvaje bajo sus pies. El repentino movimiento tectónico dejó aturdido a Gideon, que se tambaleó hacia delante y aterrizó sobre manos y rodillas antes de arrastrarse por las oscilantes mareas de tierra.

¿Quién eres?

La voz resonó en la cabeza de Gideon, profundizando más y más. Notó una fuerte presión en las sienes. Tardó un momento en aclarar la cabeza y cuando por fin pudo levantar la barbilla, tenía los ojos llorosos, húmedos por el esfuerzo y la cortina de la lluvia.

Sí. Quien había creado esta prisión conocía bien la lluvia.

—He venido buscando al Príncipe —dijo Gideon con los dientes apretados y cara de dolor por el latido que notaba dentro de la cabeza. Parecía una migraña, si es que un dolor de cabeza podía alcanzar el punto de ebullición. Su cabeza era lava. Reparó entonces en que no sabía dónde estaba Max, que no podía sentir un dolor duradero en los reinos oníricos a menos que su forma corpórea sufriera un derrame cerebral, que si moría lo haría sin decir adiós y eso sería inaceptable. Levantó la barbilla en un gesto de desafío y reculó tras recibir un golpe que no pudo ver de dónde venía.

¿Quién te ha enviado?

—El Príncipe —repitió, gritando. Estaba sucediendo algo curioso con el sonido, se estaba tragando a sí mismo—. El Príncipe ha requerido mi presencia, yo solo… —La presión restallaba como un látigo. ¿Quién podía estar haciendo esto? Solo un telépata. Probablemente el telépata que dejó al Príncipe aquí, que lo atrapó en este plano astral, lo que significaba que Gideon estaba luchando por su vida… no; por su vida, no, peor aún, por su conciencia, por su lucidez. Contra algo cuya magia superaba con creces a la suya.

Probó a levantar de nuevo la mirada para ver a quién se estaba enfrentando. Aunque no le importaba. Este era el problema que había con Gideon, cuyo talento principal era su habilidad por sobrevivir. Por lo que él sabía, solo había una o dos formas de matarlo de forma permanente. Podían herirlo aquí con la gravedad

suficiente para provocar un aneurisma fuera. O traumatizarlo de tal forma que deprimieran su sistema nervioso, lo que tendría síntomas idénticos a una sobredosis: respiración agitada, pulso débil, ataques o coma. En cualquier caso, su muerte tenía un precio alto. Pero su dolor, no. Y si había alguien capaz de matarlo, sin duda era este telépata en particular.

¿Quién es el Príncipe?

—¡Está en la torre! Está… —La mano de Gideon, que movía por la tierra en busca de algo con lo que poder ponerse de pie, encontró un montón de espinas. El hecho de que el dolor estuviera en su mente era algo siniestro. Que él no pudiera existir aquí físicamente, pero sí notar que se le desgarraba la piel era prueba del sentido del humor cósmico—. Díselo. Dile que me han enviado aquí…

¿Quién? ¿El Foro?

No iban a llegar a ninguna parte con esto. Gideon, que no podía aguantar mucho más, se concentró en su interior. El dolor no es real, se recordó. Es una sensación. Es una ilusión. No tiene que existir. Esto es un sueño del que no puedes despertar, sí, pero no hay leyes de la física aquí, no hay leyes. No tienes que existir como ellos han pensado que existes.

No tienes que morir así.

Se obligó a levantarse, tambaleándose por el estruendo castigador del caos de su mente, y pensó en otra cosa que no fuera el ardor de los músculos, el dolor de cabeza. Pastel. Sí, pastel. Le gustaba el pastel. Como postre, estaba muy subestimado. ¿Qué había mejor que romper una costra mantecosa? Nada. Le gustaban los domingos. No temía los lunes. No temía, el temor era para las personas que querían sufrir dos veces, sufrir tres veces. La mayoría de las personas pensaría que Gideon era un pesimista porque hola, ¿no es obvio? (todo era una mierda), pero no lo era porque le gustaba estar vivo. Le encantaba estar despierto. Echaba de menos estar despierto. Echaba de menos las tortitas. Echaba de menos el café barato y malo. Echaba de menos que Nico lo despertara temprano, demasiado temprano, antes incluso de que hubiera salido el sol. Echaba de menos las peores costumbres de Nico, que nunca encontrara una frase que no quisiera interrumpir. Echaba de menos cómo se sentía al mirar a Max y a Nico y comprender que le habían hecho un espacio en sus vidas especialmente para él, le habían

regalado un lugar en el que encajaba. Echaba de menos lugares donde no llovía, pero también echaba de menos la lluvia. La lluvia de verdad. Echaba de menos perder el autobús. Echaba de menos el horrible olor a cargado del metro. Echaba de menos su primera bicicleta, que obviamente le habían robado, y la segunda bicicleta, que también le habían robado. Echaba de menos caminar con Nico porque le habían robado la bicicleta. Echaba de menos hablar con Nico. Echaba de menos sufrir así pero hacerlo por elección propia, por culpa de Nico, porque Nico estaba al otro lado. Echaba de menos a Nico. Echaba de menos a Nico. Echaba de menos…

El dolor se estaba disipando. Gideon podía ver de nuevo, podía sentir algo aparte de la angustia. Se miró las manos y pensó: *bolas de fuego*, y entonces bum, una bola de fuego. ¡Magia! ¡Magia onírica! No tenía sentido y no necesitaba tenerlo. Aquí no había ciencia, solo sensaciones. Lanzó a ciegas una bola de fuego y alguien se agachó y desapareció de la vista.

Captó la ondulación de una armadura negra estilizada seguida de una melena larga y oscura, como si fuera una vengativa Juana de Arco. Así que la telépata era una mujer. No lo habría pensado de primeras, pero imaginó que la voz en su cabeza era femenina. ¿Quería verla en llamas? En verdad, no. Quería hacer un encargo, que era entrar en el castillo. Sacar al Príncipe de la torre.

Y salir de aquí para volver a ver a Nico.

Gideon despejó el camino a través de las zarzas, separando las espinas. ¿Por qué no había hecho eso hacía años? Ahora era más sencillo, como si se hubiera apartado una nube de los ojos. Estaba ciego, pero ahora veía. Sinceramente, era muy sencillo, la cosa más sencilla. Atisbó el destello de la armadura negra flotando por su periferia y pensó en unas manos de tornado y ahí estaba, una ráfaga de viento. La telépata, fuera quien fuere, corría con él hacia la torre. Llovían balas del cielo, una luz estelar violenta. Gotas de rocío combustible. Hermoso soñador, ¡despierta en mí!

Gideon se deslizó por el camino de piedra fuera del castillo, la armadura de la telépata relucía solo a medio paso por detrás de él mientras él patinaba por los guijarros y pensaba en una forma de subir. Bien, enredaderas. Enredaderas que pudiera escalar. Estas cayeron de la ventana de la torre y Gideon saltó, propulsándose para alcanzarlas. ¡Aquí no hay gravedad, Nicolás!

Voló un hacha en el aire que escindió la enredadera que había creado Gideon. Se echó hacia atrás y se zambulló después de transformar la piedra del castillo en agua, en malvavisco. Sí, este era ahora su terreno, porque estaban en un sueño y Gideon era un soñador. Era un optimista, un príncipe idiota. Vio la posibilidad del fracaso y dijo «hoy no, hijo de perra», volteando los caprichos del destino mientras se zambullía en el infierno.

La telépata no estaba preparada para eso. Era poderosa y rápida, pero ¿qué se suponía que podías hacer con el malvavisco? Era muy pegajoso. Gideon volvió a arrojarse hacia la torre, se aferró al lateral de piedra como una de esas ranas de goma. La telépata quitó las piedras del castillo una a una, eliminándolas del camino de Gideon mientras él escalaba, pero él las reemplazó con ladrillos de juguete, con habichuelas gigantes, con gominolas de colores. Si Nico estuviera aquí, no dejaría que Gideon se olvidara de esto nunca.

Casi había llegado a lo alto de la torre cuando sintió que la telépata le daba alcance y lo agarraba por el talón, aferrándose a él. Sacudió una vez el pie para deshacerse de ella, dos veces, pero era más fuerte de lo que parecía, y por lo visto toda esta magia no le había supuesto ningún coste. Le resultaba familiar de algún modo, como un dolor intenso que ya había sufrido antes. Había algo en ella que le parecía lejanamente reconocible, como un *déjà vu*, o alguien a quien había conocido en un sueño. Notó sus dedos en la pantorrilla, su cuerpo empujándolo por la ventana de la torre, y pensó: Interesante, *estoy seguro de que hemos estado antes aquí*.

Era muy fuerte, o al menos la versión de ella que actuaba en este plano astral era fuerte. Lo colocó bocarriba, dominándolo con facilidad, la brutalidad en el cerebro, delirante de dolor. Gideon se rio. ¿Ya está? ¿Así terminaba la historia, con una advertencia para que llamara a su madre?

Tenía algo en la mano. La empuñadura de una espada. Cómo no. La telépata iba a matarlo, y ella sabía cómo hacerlo, notó que sus instintos violentos eran draconianos hasta el extremo. La investigación de Nico sería inútil. Suponiendo que hubiera investigado algo. Suponiendo que no hubiera olvidado que Gideon estaba vivo. «Gideon, eres mi problema, eres mío», fue fácil para él decir eso. Demasiado fácil. Nico podía sentir cariño por una ráfaga

de viento, pero no Gideon, quien tendía a la devoción. El lado bueno era que si Gideon moría, Nico estaría bien. Nico de Varona no permanecía quieto mucho tiempo.

—¿Gideon? —dijo la telépata justo cuando Gideon se preparaba mentalmente para el final, para que acabara con él. Sentía alivio, tal vez. Vale, no podría despedirse de Nico, pero no pasaba nada. Al menos, si él no existía, Nico no tendría motivos para hacer cosas peligrosas… dijo el caminante de sueños que estaba ahora ocupado poniéndose en peligro y ¿para qué? ¿Para divertirse?

Dios, era un idiota integral.

—Eres Gideon —señaló la telépata. Lo soltó y se apartó, y, maldita sea, era absolutamente preciosa. ¿Formaría eso parte del sueño? ¿Sería la Muerte? Gideon siempre se había preguntado qué aspecto tendría la Muerte, si era que existía, y ahora estaba claro que era… así. La clase de cosa con la que te encontrabas aunque no quisieras morir. Era un ángel vengativo hermoso, una liberación dulce y terrible.

Sin embargo, por el rabillo del ojo vio a otra persona. Un chico. Un hombre. Alguien que parecía la clase de persona a la que Nico disfrutaría rompiéndole la nariz. Un momento, ¡el Príncipe! ¡Era él! Y la Muerte, que estaba aquí por Gideon, estaba distraída. ¡Qué suerte! Ya basta de no ser realista. Ja, ja, ja, Nicolás. Te dije que algún día valdría la pena.

Con las últimas reservas que le quedaban de fuerza y la poca cordura que le restaba, Gideon se abalanzó hacia el tobillo del hombre, el Príncipe, y se lo echó por encima del hombro. El Príncipe era más alto, pero mala suerte, ¡porque Gideon era un optimista! Podía hacer lo imposible porque creía en ello. Detrás de él, la telépata estaba maldiciendo; había liberado la espada de la vaina y los perseguía, pero Gideon era más rápido, imposiblemente rápido. Sujetó al Príncipe y se lanzó por la ventana de la torre. El suelo se alzó rápidamente para encontrarse con ellos, cada vez más rápido y…

Gideon se despertó con un gemido, sudando. Le ardían los pulmones por el esfuerzo. El suelo que había debajo de él estaba seco.

—Joder —exclamó Max, que estaba desnudo, como de costumbre, agachado al lado de Gideon en el suelo del salón,

mirándolo—. Llevas una eternidad sin inspirar, estaba seguro de que habías muerto.

—El Príncipe. —Gideon se incorporó tan rápido que la cabeza empezó a darle vueltas—. ¿Lo he sacado? ¿Se ha acabado?

—Estás despierto. —Max parecía pensar que Gideon seguía soñando—. Gideon, estás despierto. Estás en nuestro apartamento.

Su apartamento. Vale. Los hermanos Mukherjee estaban gritando abajo. El chihuahua ladraba, alguien maldecía en la calle. Casa. Estaba en casa. Casi podía saborear la ropa vieja, notar cómo se derretía suavemente en su lengua.

—¿Dónde está Nico?

Max frunció el ceño, vacilante, y Gideon parpadeó.

—Un momento, no. Perdón. —Vale, estaba en casa. Nico, no.

También estaba babeando. Ups. Se limpió la barbilla.

—¿Ha funcionado?

Max puso una mueca compasiva.

—No lo sé.

—Oh. Vale. —Si había terminado el trabajo, todo estaría bien. Habría cumplido el trato con Eilif y no tendría más obligaciones con ella. Si no lo había logrado…

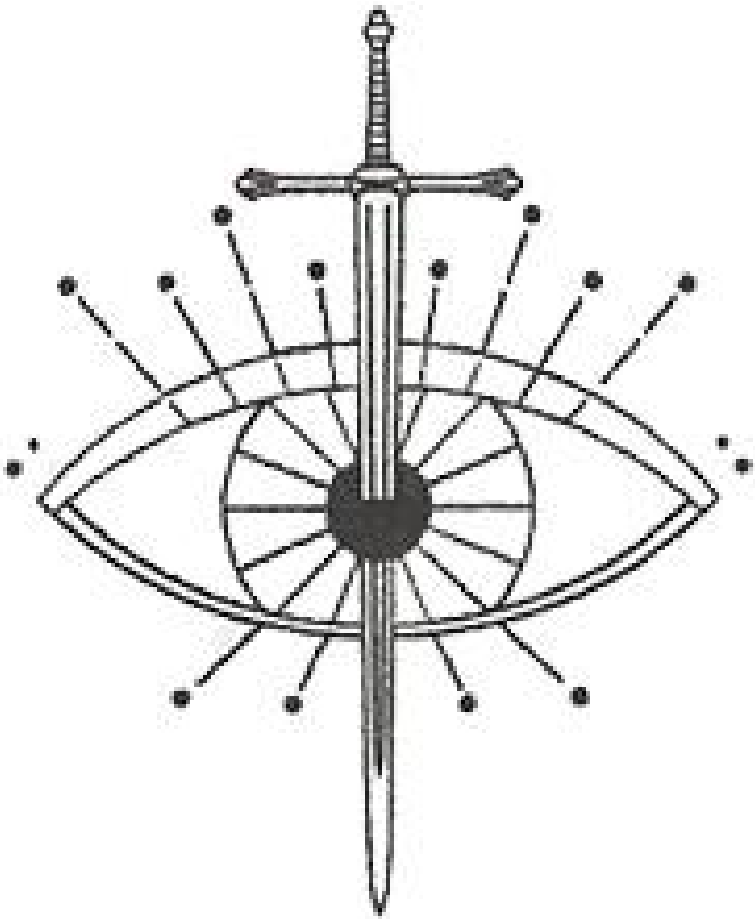
Espiró despacio y cerró los ojos.

—Joder, estoy cansado.

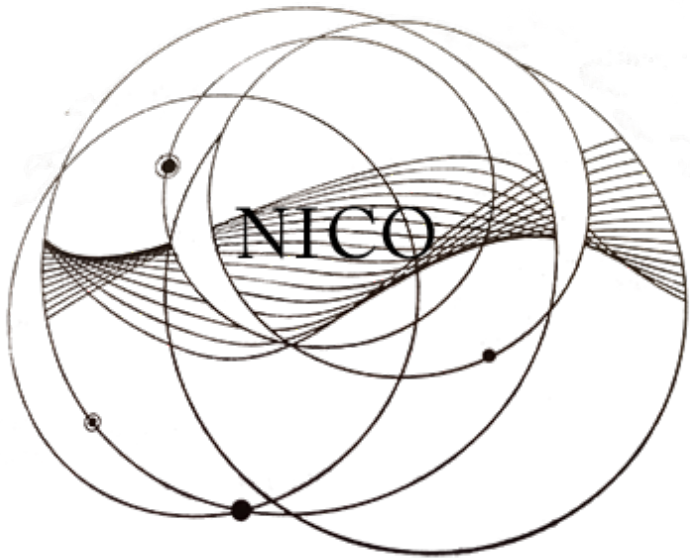
Al escuchar eso, Max esbozó una sonrisa perezosa, como siempre.

—Genial —dijo y se tumbó de espaldas al lado de Gideon—. Me vendría bien una siesta.

VI



EGO



Estaba tumbado despierto en la cama cuando oyó el golpe en la puerta. Miró el reloj y determinó que no podría tratarse de nada importante, así que cerró los ojos.

—Vete, Tristan —murmuró.

Y entonces sintió un fuerte pinchazo en los pensamientos y un extraño reflejo intangible que hizo que se levantara. Como un golpe en la rodilla, solo que se trataba de su cerebro, y como respuesta todo su cuerpo se tensó como un arco.

—Santo cielo —exclamó. Abrió la puerta del dormitorio y vio a Parisa allí esperando—. No sabía que pudieras hacer eso.

—Acaba de suceder algo. —Pasó por su lado, parecía ansiosa, con los ojos desorbitados. Con las prisas se tropezó, algo del todo inusual. Tenía el vestido arrugado, le caía un tirante por el hombro. Nunca la había visto con un aspecto menos que perfecto.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras se paseaba delante de la chimenea. Poco a poco, los diferentes elementos de su apariencia empezaban a transformarse en algo más preocupante. Tenía el pelo extrañamente encrespado. Había sudor en el vestido, manchas bajo

las axilas. Tenía la piel de un tono verdoso, como si hubiera tenido fiebre.

Por desgracia, Nico seguía sintiéndose muy atraído por ella, y eso no ayudaba.

—Tu amigo Gideon. —Se detuvo para lanzarle una mirada fría —. No me contaste que fuera un medellano tan poderoso.

Nico tardó un momento en comprender lo que acababa de decirle.

—¿Has… visto a Gideon? —preguntó, desconcertado. O furioso. O profundamente aletargado. O con una especie de dolor horrible, indigesto.

—Pensaba que estabas preocupado por él. —Dejó de moverse para mirarlo—. Siempre estás preocupado por él. Pensaba que era un inválido o algo así, ¡por el amor de Dios!

—No entiendo qué está pasando ahora mismo —dijo Nico, y Parisa lanzó los zapatos en su dirección con un gruñido, murmurando en francés que era un idiota inútil—. Eh, eso es innecesario. Es verdad —concedió con un suspiro—. Pero me reservo el derecho de no escucharlo en mi propia habitación.

—Llevo aquí demasiado tiempo —indicó Parisa—. He empezado a… —Se detuvo y le lanzó a Nico la mirada más despreciable que había recibido nunca de parte de nadie, y tal vez la mirada más despreciable de la historia del universo—. Preocuparme —susurró.

—¿Por… Gideon? —Nico no podía imaginarse cómo podía ser, pero parecía ser así. Parisa parecía muy pequeña delante de la chimenea de su habitación, y era imposible que no se fijara en ello. Siempre la había considerado una persona más larga que la vida, tan propensa a pegarle un puñetazo en la cara como cualquier otro hombre que hubiera conocido.

—Sí. No. No lo sé. —Volvió a fulminarlo con la mirada y Nico pensó con retraso que probablemente debería de hacerle más preguntas.

—Disculpa, ¿intentas decirme que le pasa algo a Gideon? —La idea de que Gideon se hubiera hecho daño le había pasado más veces por la mente en las últimas semanas de lo que quería admitir. Había razonado, había elegido sentirse molesto antes que histérico, pero ahora algo en el circuito interno de Nico se quedó helado por el pánico.

¿El silencio de Gideon podía significar que…?

—No. —Parisa puso mala cara—. Lo contrario. Está perfectamente bien.

—Ah. —Bien, pero Nico no lo estaba—. ¿Qué problema hay entonces?

—Nada. No hay problema. —Un valioso esfuerzo por mostrar indiferencia, aunque su apariencia sugería lo contrario—. Creía…

Se quedó callada y Nico enarcó una ceja.

—¿Sí?

—Nada. —Se dio media vuelta, frustrada.

Nico no sabía qué hacer con las manos, o con la cara, o con el resto de sus extremidades. Se sentó en el filo de la cama y esperó.

Parisa no dio más detalles. Como Gideon estaba ileso (aunque era probable que fuera un capullo), la agitación de Parisa se convirtió en la preocupación más inmediata de Nico.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Pareces… alterada —comprendió al comprobar el ritmo de sus zancadas en la habitación y se preguntó de inmediato si le habían hecho algo—. ¿Ha sido Callum? ¿Dalton?

—No. Has sido tú. —La mirada que le lanzó era venenosa—. Casi lo mato. Iba a hacerlo. He estado a punto, y entonces… —Apretó los labios—. ¿Cómo es? Gideon.

—Una amenaza —respondió de inmediato Nico—. La mejor persona que puedas imaginar —explicó al ver la profunda arruga de su frente—. Lo que es tan malo como suena.

—Por supuesto. —Parisa exhaló un suspiro y se volvió para caer hacia atrás, tumbándose a su lado en el colchón—. Tú —dijo tajantemente, girando la cabeza para mirarlo—. Te pasa algo.

—Lo de siempre —respondió él. Se giró un poco para mirarla y que estuvieran a la misma altura.

—No, te estás deteriorando. —Parisa levantó la mirada al techo —. Algo te está drenando.

—No. —Sí. Definitivamente sí. Le dolía todo. Cosas diminutas. Cosas normales. Cosas que les pasaban a otras personas cuando envejecían o cuando tenían mucho estrés. Cosas que no les pasaban a los medellanos físicos del calibre más alto, lo que supuestamente era él. Cosas que antes hacía de forma muy sencilla ya no eran como guiñar un ojo. No era nada de lo que quejarse; tenía que

pensar las cosas antes de hacerlas, lo que suponía un segundo de retraso, pero sentía que su cuerpo no era del todo suyo—. Estoy bien.

—¿La echas de menos? —preguntó Parisa en voz baja.

No tuvieron que pronunciar el nombre en voz alta.

—A veces. —Echaba de menos a Libby Rhodes del mismo modo que añoraría la electricidad. O la mano izquierda. No sabía funcionar sin ella.

—Y lo echas de menos a él.

Una vez más, sin nombres. Lo que significaba que Parisa probablemente supiera ya que añoraba a Gideon como añoraría su conciencia o su habilidad para esquivar un golpe. No sabía quién era él cuando no estaba Gideon.

—Es curioso —murmuró Nico—. Esta biblioteca. Todo lo que podemos tener.

—Sí.

—Es todo hasta que se convierte en nada. —Con eso quería decir: ¿por qué lo había dejado todo cuando podía haberse quedado en un lugar y no saber nunca cuánto no sabía?

—Sí —repitió Parisa.

Nico se puso de lado, acurrucándose para mirarla. Ella esta frente a él, los dos se miraban en la cama.

Nunca antes había estado tan cerca de ella. Sus rodillas se tocaban. Siempre pensó que Parisa prefería que mantuviera las distancias, y eso había hecho. Pero ahora tuvo la sensación de que se estaba abriendo una especie de puerta. Como si Parisa Kamali hubiera dejado caer sus muros a cambio de un momento de paz.

Uno de sus largos pelos le hacía cosquillas en la frente y se giró para rascarse la cabeza con el edredón antes de volver a mirarla.

Ella le lanzó una mirada como si comprendiera que iba a pasar algo estúpido.

—¿Qué pasa?

¿Qué tenía Nico que perder?

—Pensaba que olerías a rosas —admitió y, para su sorpresa, ella se rio con ganas. Era una risa sorprendentemente aniñada y dulce. Melódica.

—¿Y cómo huelo?

—Mmm. —La olisqueó hasta que ella lo apartó—. ¿Dulce?

—Para.

—Y a… ¿jazmín?

—Mi champú. —Puso una mueca—. No se lo digas a nadie, pero es una marca de los Nova.

—Voy a contárselo a todo el mundo —dijo Nico enseguida—. Estoy redactando una circular para la casa mientras hablamos.

—Eres un niño. —Exhaló un suspiro.

—No. —Se acercó un poco más a ella en la cama. Sus rodillas entrechocaron—. Por si te lo preguntabas.

—Oh, Nicolás. —Nico se tomó como una victoria que Parisa no se riera al escuchar esto—. Ya hemos hablado sobre esto.

—Ya, pero he pensado subirlo en tu bandeja de entrada por si lo estabas guardando para una revisión trimestral. —Él bajó la mirada a sus dedos. Eran largos, estaban desnudos y tiesos—. ¿De verdad estás casada? —preguntó al recordar lo que había dicho Callum cuando él y Parisa ejecutaron su pequeño vals de traumas emocionales.

—Sí. —Se encogió de hombros—. Aunque eso no cuenta.

—¿Legalmente?

—Vale, solo cuenta de un modo. —Separó las manos y las usó para alzar la cabeza. Él hizo lo mismo—. Pero mejor no hablemos de esto.

Si quería quedarse, era motivación suficiente para que él dejara de hacer preguntas.

—Nicolás —murmuró a modo de advertencia.

Él suspiró.

—Lo siento. He olvidado que estabas en mi cabeza.

—Tú eres el único al que le pasa.

—Ah. —Eso era decepcionante. Era un milagro que no hubiera acabado asesinado, supuso.

—No, es mono. —Le sonrió levemente—. Eres mono.

Nico se sintió certera y brutalmente lastimado.

—¿Sí?

—Sí.

Volvió a acercarse a ella un centímetro. Tal vez dos.

—¿Cuán mono exactamente?

Ella le dio un codazo para apartarlo.

—Sé lo que estoy haciendo —le recordó. Advirtiéndole tal vez.

—Bien. Me encantaría saberlo —respondió él.

Parisa suspiró.

—Estás demasiado preocupado.

—Parisa. —Nico levantó la cabeza con una mano—. No necesito leerte la mente para saber que solo has venido aquí esta noche porque algo ha ido terriblemente mal.

—Ah, sí. Mono y listo. Mi ruina. —Cerró los ojos—. Estoy bien.

—¿De verdad?

—Sí. Pero… —Se quedó callada—. Creo que tal vez estoy volviéndome débil.

Eso esperaba Nico.

—Para —repitió Parisa.

—¿Qué? ¿No puedo tener aspiraciones?

—Algunas personas tal vez. Pero tú, no. —Abrió un ojo y lo miró. Era un gesto muy poco sexy y, aun así, estaba seguro de que nunca había visto nada tan sensual—. Cuéntame algo vulnerable —le pidió—, para que pueda recordar mis repulsiones habituales.

—No estoy muy unido a mi padre —le contó con tono alegre—. Mi madre firma mis tarjetas de cumpleaños por los dos.

—Oh, repulsivo. Háblame más de tu madre.

—Es extremadamente particular. Siempre hace que quiten cosas cuando vamos a restaurantes. Creo que para ella es un juego. Siempre quiere que se cambie algo para que pueda establecer su dominio en la comida.

—Terrible. ¿Algo más?

—Me enseñó a cocinar. Y a bailar.

—¿Y a luchar?

—No, ese fue mi tío. Yo era pequeño —explicó—. Para mi edad. Me hacían *bullying*.

—No —susurró Parisa—. ¿De verdad?

—No lo sé. No lo recuerdo.

Había cerrado de nuevo los ojos y sonreía.

—Bien por ti.

—Eso es lo que dice Gideon. —Se le escapó el nombre—. Dice que mi cualidad número uno es mi tiempo de concentración y que no debería permitir que nadie dijera lo contrario.

—Tiene razón. —Parisa parecía estar conteniendo la respiración, así que Nico continuó.

—Vine aquí por él. Para averiguar cosas para él, para ayudarle. Pero desde que estoy aquí… —Inspiró despacio y espiró—. Lo he intentado, pero la biblioteca no tiene nada. No tiene respuestas para mí. Y tengo muchas otras preguntas, muchas cosas que quiero saber. El universo es muy grande, es enorme, y estudiarlo también repercute en Gideon en cierto modo, porque un universo tan vasto no puede cometer errores. —Tragó saliva—. No comete errores. Gideon no puede ser una especie de accidente estadístico ni una tirada de dados genética. No puede ser… no es un error.

Parisa no dijo nada.

—Si soy sincero, he sido egoísta. —Carraspeó—. Porque he estado pensando… He estado pensando en este poder. Esto, todo lo que soy. Si soy sincero de verdad, quiero usarlo. Si Gideon no es un error y yo no soy un error, entonces hay una razón para esto, un propósito. ¿Por qué existo? ¿Por la misma razón por la que existen los peces? ¿Es puramente para formar parte de un ecosistema, para existir en relación con todo lo demás en la naturaleza, o es… podría ser por otra razón? —Dudó un instante y continuó—: Porque si yo… si algo que tengo… puede crear vida. Si puede crear universos. —Otra pausa—. Si eso es algo que puedo hacer, ¿debería entonces…? Es decir, ¿tengo algún tipo de obligación…?

—Pensó en ti —dijo Parisa con tono suave—. Cuando se estaba muriendo. Pensó en ti.

—Oh. —Nico exhaló una bocanada de aire.

Se dio cuenta de que estaba mirando la cabeza de Parisa cuando vio sus ojos abrirse lentamente, fijarse en su rostro.

Le tocó la sien con un dedo y Nico espiró de nuevo, vaciando los pulmones. Ingrávido.

Cargado.

Notó que Parisa levantaba la cabeza del colchón y se acercaba. Estaba vergonzosamente preparado, se movió para buscar con rapidez sus caderas con las propias. El pelo de Parisa le caía alrededor de los hombros como una cortina, las puntas oscuras le acariciaban suavemente el pecho. Él tomó un mechón y lo envolvió en su dedo.

Era consciente de que el corazón le aporreaba con fuerza el pecho. El efecto que le causaba ella, la colusión de todo lo que aterrizaba en él como un peso. El vacío de su vida, cómo había

intentado llenarlo con algo, cualquier cosa. Libros. Poderes. *Vete*, se había dicho muchas veces. *Vete*. Pero no podía. Sabía que nunca lo haría.

Tengo una teoría, quería decirle. La teoría de que podemos abrir puertas a otros mundos, que podemos crearlos. Que podemos abrir rendijas en el tiempo y el espacio. Creo que recibí estos dones como una herramienta, que aprendí a hacerme preguntas por un motivo. Me hice amigo de un soñador para que yo, con todo mi poder, pudiera soñar por mí mismo.

En lugar de eso, levantó la cabeza para besarla. Ella bajó la barbilla y le devolvió el beso, y en ese momento, Nico ya no anhelaba nada químico ni animal. Entendía ahora lo que ella había querido decirle, que la follaría con todo su corazón. Porque era dulzura y era bondad y era suficiente. Esto, fuera lo que fuere, era suficiente.

Parisa se apartó y él la detuvo con los dedos en su pelo.

—¿Estoy haciendo que sea insoportable para ti? —preguntó y un poco de vergüenza sangraba de su voz.

Ella se quedó mirándolo un momento.

Un momento largo.

—No —respondió y volvió a besarle.

Como esperaba, había en el beso de Parisa una sensualidad que Nico encontró embriagadora en el sentido más soporífero. Deslizó los dedos despacio por el tirante caído del vestido, con pereza, como si no tuviera nada que hacer en ese momento excepto dar cuenta de cada centímetro de su piel. Conscientemente, aclaró la mente de todo menos del movimiento lento de sus caderas, el trozo de tela entre sus rodillas. Siempre había admirado el uso de tejidos de Parisa, la seda que conectaba con el valle de su cintura. Deslizó un dedo hacia arriba por su muslo, presionó el pulgar en los huecos de la parte baja de su espalda, echó la cabeza atrás con un gruñido cuando ella le levantó la boca con una mano. El suelo vibró bajo ellos, un murmullo suave similar al sonido de placer que escapó de la garganta de Nico.

Su mano izquierda encontró la mano derecha de ella. Un enredo de dedos, un pulso de presión. Ella le mordisqueó la base de la mandíbula y él gruñó, gruñó de verdad, y meció las caderas debajo de las de ella, ajustándolas en una marea deliberada, decadente. No

supo cuánto tiempo permanecieron así, con las manos entrelazadas, bamboleándose, sin tomar la decisión de subir un escalón, pero tampoco la de retirarse. Estaba bien, era puramente físico, y por primera vez en meses, Nico no pensaba en nada. Podía sentir algo de ella, parecido a un eco de sí mismo, como si sus movimientos mantuvieran una conversación fluida. Desesperación reflexiva, o algo más tranquilo, profundo, pero más duradero. Como si pudiera preguntarle algo tonto e insignificante, como si se había sentido alguna vez vacía al mirar la luna o si sabía lo que se sentía al llegar a un país con una lengua que no hablaba, y ella no tuviera que responderle porque él ya sabría la respuesta. Simplemente la sabría.

Llevó la mano libre a su nuca, le aferró el pelo y la empujó para darle otro beso, otro. Más. Más. Más profundo, más cerca, más. Nico tenía los ojos cerrados y la piel de Parisa era cálida, líquida. Soporífera. Suspiró en su boca, aflojándose a cada aliento. Le pareció que la cama cedía debajo de él, engulléndolo, cavernosa, mientras él musitaba cosas, palabras embarazosas, todas desaconsejables, con dulzura y desesperación. *Querida mía. Quédate conmigo*.

Los besos se volvieron más lentos. Más dulces. Como el hotel de la miel dorada, gotas lentas de sol veraniego. *Sí, sí, ahí*. Tenía que soltarle la mano. No se parecía en nada a lo que había imaginado, a nada que fuera posible imaginar. Era como un sueño. El anhelo le aplastaba el pecho, el estupor del deseo, la insustancialidad y la opulencia de un recuerdo que no había existido nunca. La suavidad aterciopelada de ella. Ya la añoraba, como si se hubiera marchado.

Se preguntó qué vería ella dentro de su cabeza. Si estaba vacía, sin pensamientos, y si la tenía llena de sensaciones. La dicha probablemente ocupara un espacio. Imaginó que el momento se estiraba como un chicle, como si lo llevara una nube. Sentía que estaba sin huesos, sin piernas debajo de ella, sujeto de forma segura por sus dedos entrelazados con los de Parisa.

La verdad era que esta casa estaba quitándole algo. Este ecosistema. Esta red de respuestas que solo generaban más preguntas. La misteriosa repetición del patrón lo evadía, igual que todos los que habían existido antes aquí. Se sentía volviéndose parte de ello, despacio, incapaz ya de ver la diferencia entre los pensamientos que eran suyos y los de la casa. Antes podía dar

cuenta de cada átomo de sí mismo, pero ahora, ahora le resultaba imposible identificar sus bordes, encontrar los lugares donde el poder de la biblioteca se separaba del suyo, donde terminaba su hambre y comenzaban los archivos. Le habían quitado algunas partes, se sentía más humano y también menos, pero al menos tenía esto. Roce. Sabor. Placer. Algo que no podían robarle. Algo a lo que tampoco él podía renunciar, voluntariamente o no. En algún lugar de la periferia de su mente captó los vestigios de un suspiro rhodesiano, *vamos ya, Varona*, como el acorde proverbial que tocó David para molestar al Señor.

Sí, pensó con una carcajada interna, aliviado. *Sí, Rhodes, ya lo sé*.

Notaba que las palabras se arrastraban, los párpados se volvían pesados, el cuerpo se le relajaba gradualmente. Las piernas hundiéndose en el colchón, las caderas, los hombros, la espalda. Tiró más de Parisa, acercándola más, y se estremeció ante la sensación de placer que le provocaba todo eso, hasta que sintió que ella se fundía con él, que caía más en él. *Oh, mierda*, pensó, a esto se refería ella, mi corazón, mi corazón, el latido del corazón, el pulso, tan rítmico y calmado y seguro. Latía con familiaridad. El suelo tembló y pensó: *Deshazte de mí. Vamos, absórbeme*.

Cuando miró a su alrededor, comprendió dónde se encontraba. La luz de la ventana, la hora dorada en la cocina, café con nata, la vieja sensación de seguridad. Vio un destello dorado por el rabillo del ojo, como una melena castaña.

—Gideon —dijo; la luz se inclinó y su corazón latió extasiado.

—No.

Sintió la voz de Parisa antes de verla. Ahora tenía menos miedo. Probablemente porque era un sueño.

—Perdón —le dijo ella y se apoyó en la pared del apartamento de Nico—. Pero pensé que podrías disfrutar del resto.

—Oh. —Parpadeó—. ¿Significa eso que…?

—¿Te has quedado dormido? Sí. Bienvenido. —Le sonrió—. Pero no te preocupes. Lo he disfrutado mientras ha durado.

Pensó, no por primera vez, que las cosas que parecían demasiado buenas para ser verdad solían serlo.

—¿Algo era real?

—¿Quién soy para decir qué es real y qué no? —Se encogió de

hombros.

Nico tuvo la extraña sensación de que debería de darle las gracias. O tal vez casarse con ella.

Parisa puso los ojos en blanco.

—No te dejes llevar, Nicolás. —Se dio la vuelta—. Disfruta de tu convalecencia.

Cuando ella se volvió, Nico comprendió que debió de ser real, que tuvo que serlo. Al menos las partes importantes. Se había producido una comunión entre ellos, algo real, inconfundible y compartido. No era como una comida o un secreto, parecía más bien un dolor compartido.

Y era dolor. Era pérdida, aunque poco convencional. La rendición del propio futuro, como separarte de una amante a la que no tuviste ocasión de conocer. Nico sabía que lo había engullido cierta enormidad, era consciente de que estaba intercambiando más y más fuerza por la oportunidad de saber al fin lo que había que saber, pero con cada día que pasaba, estaba cada vez más seguro. No había límite en su poder ni en su aflicción. Su vacío lo marcaba de un modo que seguramente ella hubiera leído con fluidez.

—Espera. —Se adelantó para tomarle la mano a Parisa—. ¿No te quieres quedar aquí conmigo?

Pareció sorprendida. O desconfiada. Ambas reacciones quedaban igual de bien en ella, así que no había forma de saberlo.

—¿Qué?

—Me has engañado para que me durmiera —explicó—, y tú tampoco estabas en una forma estupenda, si no recuerdo mal. —La chica debió de darse cuenta, pues había mejorado su apariencia en este plano, o en la cabeza de Nico, o en lo que fuera que estuviera haciendo. Tenía el vestido de nuevo inmaculado, el pelo tan limpio que brillaba—. Aunque tengo que decir que pensaba que recordaría mejor las cosas —comentó, mirando el apartamento—. Este plano cambia los detalles, ¿no?

Ella se quedó mirándolo un segundo en silencio.

—¿Como qué?

—Ah, no lo sé. Detalles. —De pronto sintió nostalgia por el armario descascarillado de la esquina. Un dolor anhelante por las marcas de garras del suelo. Todas esas cosas por las que no les iban a devolver la fianza—. Hay cosas que no están bien, solo eso.

Pensaba que todo sería mejor en mi cabeza.

Parisa inspiró, como si fuera a hablar, pero entonces se detuvo.

Y entonces dijo:

—Te dije que buscaras un talismán.

—¿Qué? ¿Por qué?

Ahora parecía irritada.

—Porque deberías saber que no estamos en tu cabeza.

—¿Qué? —Justo cuando se había hecho a la idea—. ¿Y dónde estamos?

Parisa apretó los labios.

—Intenta no ponerte muy sensible con esto.

Nico frunció el ceño.

—¿Qué?

—Eh… —Parisa espiró, impaciente—. Estamos en la mía. Mi cabeza.

—Tu cabeza —repitió sin comprender.

—Sí. La tuya estaba. —Apartó la mirada—. Me dio la sensación de que necesitabas un descanso.

—Parisa Kamali. —Nico se quedó con la boca abierta. Le dieron ganas de reírse, aunque sentía que eso sería peor porque la idea de que le hubiera dejado entrar en su cabeza era para un telépata más próximo a la intimidad que el sexo—. Tú que me dijiste que no te follara con todo mi corazón…

—Ya basta. Disfruta del descanso. —Lo fulminó con la mirada, pero esta vez no era tan efectivo. No fue en absoluto efectivo, en realidad.

—¿Por qué? —preguntó—. Y más te vale contestarme, porque si no lo haces, daré por hecho que es porque eres una buena persona, y me imagino que eso no es positivo para la marca.

—Me sentía altruista —respondió—. Y ahora me estás molestando, así que lección aprendida. Rhodes hacía bien al odiarte.

—Ah, la mencionas para fastidiarme, pero no va a funcionar —comentó alegremente—. Ella y yo nos despreciamos mutuamente, como ya sabes.

—Sí, por supuesto. Tienes una enorme capacidad para odiar. —Parisa le dedicó una mirada cómplice—. ¿Existe algún límite al odio que sientes por las personas?

—No.

Parisa puso los ojos en blanco.

—Duerme. Me habré ido cuando te despiertes.

—Pero el recuerdo de esta noche perdurará. Su Dulzura Real.

Lo que supuso que no pasó, porque, cuando al fin se despertó, tras casi diez horas, con el cuerpo recuperado y lento, vio que le había robado su jersey preferido y había dejado una nota en su lugar.

Es muy difícil encontrar cachemira buena.

Sería un invierno frío. Nico no estaba enfadado. Se sentía mejor que en mucho tiempo y por eso agarró el teléfono, de pronto alentado por el coraje que tanto tiempo le había faltado.

Soy el más tonto de la escuela, tecleó.

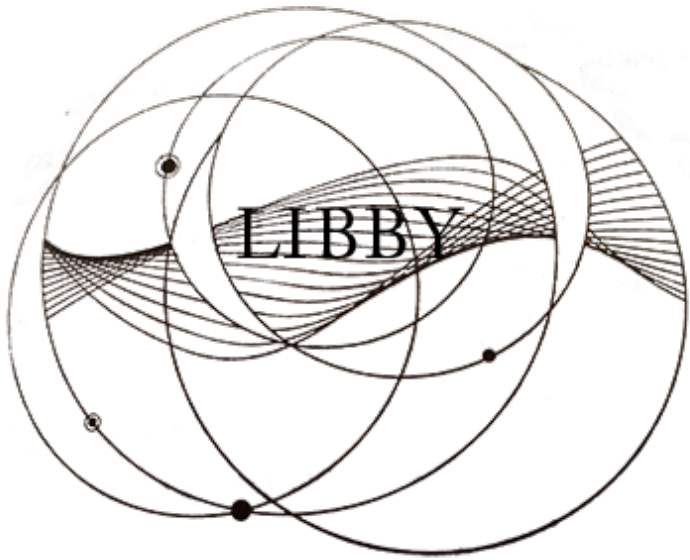
La respuesta de Gideon fue instantánea.

No puedo discutir eso.

Y luego otra vibración:

He estado fuera mucho tiempo, Nicky.

Solo me queda una parada y entonces te veré muy pronto.



—Rhodes tiene razón —dijo el profesor bajo, Farringer. Estaba gesticulando de forma exagerada, de un modo para nada típico de Nico; era más bien algo que Nico hubiera imitado con asombrosa precisión después de clase para deleite de todos sus compañeros (menos Libby)—. La gravedad cuántica tiene más sentido y…

—Por supuesto que tiene razón —comentó el alto, Mortimer—. Pero esa no es la cuestión central del problema.

—Entonces cuál es la cuestión, Mort, porque si vas a seguir con eso cada vez que saquemos el tema de la dinámica y la relatividad…

Conque así habría sido la vida sin Nico de Varona, pensó Libby. Si hubiera sido la única física con talento de la UNYAM, la gente simplemente hubiera estado de acuerdo con ella. Habrían dicho cosas como por supuesto que tiene razón. ¡Y claro que la tenía! Siempre tenía razón. La diferencia era que decía cosas correctamente sin dejar a la vista unos hoyuelos. O con un par de ovarios. Quién podría decirlo en este punto.

Contuvo un bostezo, de pronto notaba que hacía mucho calor en

el aula. Estaba en uno de los laboratorios del sótano donde los especialistas en física básicamente desaparecían, y era una pena, la verdad. La ERAMLA estaba alojada en uno de los edificios más hermosos que hubiera visto nunca Libby. Por fuera era una construcción de ladrillo clásica, de oficinas, tal vez victoriana en su origen, y no esperaba encontrarse al entrar nada más que espacios de trabajo de carácter industrial. Era en parte correcto, pero en realidad no lo era. El interior del edificio tenía una escalera de hierro fundido exquisita y unos suelos de madera ahuecados, como tallados a mano, alrededor del patio. El atrio central era de cristal y estaba abierto al cielo nocturno (cuando lo vio por primera vez, claro) y presentaba una mezcla sin tachas de baldosas mexicanas y mármol italiano. Tonos rojos suaves se mezclaban con el ladrillo industrial y había varios ascensores de cristal con forma de jaulas en constante movimiento contra las sombras cambiantes del día.

Cuando Libby llegó en mitad de la noche la recibieron los profesores, que estaban observando el cielo nocturno por uno de los primeros telescopios medellanos. Tuvo suerte de pasar sus primeras doce horas en la ERAMLA debajo de sus incomparables claraboyas, observando a los estudiantes como copos en una bola de nieve.

Era una maravilla para la vista, pero como los planes de estudios medellanos existían solo desde hacía unas pocas décadas, las plantas superiores con sus techos altos y rellanos decorativos estaban reservadas para estudiantes universitarios con especialidades más llamativas: ilusionistas que contribuirían a la economía mortal, naturalistas que ayudarían en la ingeniería climática que formaría más adelante la base de la versión del mundo de Libby. Desde su llegada, la habían relegado todas las noches a los laboratorios, donde Alan Farringer y Maxwell T. Mortimer (Fare y Mort, para sus estudiantes de posgrado, los siete especialistas físicos que habían continuado sus estudios universitarios) investigaban, escribían documentos y daban clases de vez en cuando (muy de vez en cuando, con tan pocos alumnos).

Como esperaba, consideraron a Libby una rareza cuando apareció. No sabía cómo explicarse, pues, al fin y al cabo, ¿cómo decías cosas como «vengo del futuro» cuando ya tenías el aspecto de una vagabunda inestable? Sencillamente se presentó como Elizabeth Rhodes, física y recién graduada en la UNYAM, y dejó que ellos

rellenaran los espacios en blanco desde ahí. Evidentemente (y no estaba orgullosa de esto, pero era así), las cosas ya eran bastante difíciles para los medellanos, así que no juzgaron su apariencia. Simplemente vieron a una estudiante necesitada y la aceptaron en sus filas, en especial después de haber visto lo que podía hacer por su investigación sobre campos gravitacionales. Le dijeron que antes de que llegara todo había sido una cuestión meramente filosófica. («Y pensar que has estado todo este tiempo en Nueva York», exclamó maravillado Mort, que parecía más molesto que preocupado por su apreciación).

Durante meses ya, había sido una compañera y esperaba que al resultar de utilidad para el equipo de doctores pudiera persuadirlos de que le hicieran un favor. Por ejemplo: encontrar una solución imposible al tema de estar atrapada en el tiempo equivocado. Aunque consideraran el espacio-tiempo como una simple cuarta dimensión por la que podía viajarse a voluntad (algo ya de por sí significativo), no había nada más allá de lo teórico para explicar la ciencia de ir de un punto a otro. En 1989 no existía una investigación ni remotamente parecida a lo que ella había estudiado en la UNYAM, mucho menos a los archivos de la Sociedad. Por lo que sabían todos aquí, la segunda ley de la termodinámica (en esencia, la entropía que hacía que ciertos procesos fueran irreversibles) impedía la posibilidad de viajar en el tiempo. Lo cual era fácil de decir para ellos porque, al contrario que ella, nunca habían visto un agujero de gusano y, además, también al contrario que ella, no poseían la mitad aproximada de la energía necesaria para crear uno.

¿Qué opciones tenía entonces? ¿Someter a la mitad del país a generaciones de efectos nucleares? ¿Intentar que la reclutara la Sociedad de nuevo? Pero aunque lo consiguiera, ¿qué iba a lograr sin Nico, que era, para bien o para mal (para mal, definitivamente para mal), su otra mitad necesaria?

Uf, ese capullo arrogante. Esperaba que no pudiera oír ese pensamiento en particular desde donde estuviera, un lugar idílico, suponía. Porque, por supuesto, estaría en un lugar bonito. Era Nico. Él nunca saldría con alguien que lo dejara atrapado en otro tiempo.

Libby suspiró sonoramente, un reflejo al pensar en Varona, y Fare (que últimamente acostumbraba a usar una chaqueta informal

con unos pantalones de color salmón para parecer más profesional, un pensamiento muy optimista) levantó la mirada de sus anotaciones en el proyector (otro suspiro).

—¿Qué, Liz? ¿Algún problema?

Liz. No se había molestado en corregirlo. Era, sobre todo, Rhodes, porque no había más profesoras mujeres, pero de vez en cuando uno de los otros decidía mostrarse… familiar. La clase de familiaridad que la gente adoptaba cuando esperaban trabajar juntos durante un largo periodo de tiempo. A Libby no le habría importado porque eran amables, y estaban esforzándose por incluirla en sus círculos sociales limitados. No le molestaba la idea excepto por que también estaban… en fin. Treinta años por detrás de la investigación relevante en la teoría cuántica, que no era algo que creyera adecuado mencionar. Como el tema de los mocasines nuevos de Fare.

—No, no pasa nada. —Contuvo un bostezo—. Sigue. ¿Qué decías de los fondos dinámicos? —Dios, echaba de menos a Tristan. (No por Tristan en sí, claro. Aunque sentía una especie de nostalgia por sus pantalones perfectos). La cuestión era que echaba de menos trabajar con alguien que pudiera ver las cosas que ella no podía. Ser la persona más inteligente de la habitación era un aburrimiento.

—En realidad, estábamos hablando de las paradojas —comentó Mort con tono amable. La clase de corrección amable que sugería que amablemente la invitaría a cenar, le daría un beso cariñoso y luego le endosaría la tarea de criar a tres niños obstinados mientras él hacía cosas Muy Importantes en el trabajo—. Es al parecer un tema de debate en la frontera de estados.

—¿Frontera de estados? —repitió, preguntándose qué tenía que ver con eso Oregón (o Nevada).

—Ya sabes, en el área de pruebas Wessex —explicó Fare, de lo que no sabía nada Libby aparte de que, al parecer, los otros dos codiciaban la oportunidad de trabajar allí. Imaginaba que la posibilidad de participar en una investigación privada era un sueño académico en cualquier era del pésimo financiamiento universitario.

—¿Qué opinas de la IUM? —insistió Mort.

—¿Te refieres a los universos múltiples?

—Sí, la interpretación de los universos múltiples. ¿Crees que

tiene algún valor? —preguntó Mort con aspecto de querer corregirla en el momento en el que pronunciara una respuesta.

—No me gusta —intervino Fare—. Creo que es absurda. No nos ofrece respuestas.

—¿Qué clase de respuestas estás buscando? —preguntó un Mort indignado.

Libby pensó que le recordaban a algo.

—Si cualquier posibilidad es real, ¿no nos roba eso cierto tipo de… de…? —Fare se aturulló, y eso no era nunca una buena señal. Significaba que Mort sabría con seguridad que estaba ganando, lo que haría que se volviera doblemente insufrible—. De privilegio, ¿no crees? Entonces nunca tomo decisiones. ¿Soy… soy uno en una colección infinita de resultados aleatorios?

No necesariamente infinita, pensó Libby. Y entonces… oh.

Epi y Blas. Eso era.

—¿Y? ¿No es preferible una de las infinitas opciones aleatorias a la predestinación? —Estaban progresando, y Libby tuvo que contener un nuevo bostezo—. Al menos tú eres autónomo en el momento en el que tomas la decisión, ¿no?

—¡Es igual de malo, Mort! Lo único que dice es que si el destino no te atrapa, lo hará el multiverso.

—Libby. ¿Libby? ¿Estás…? ¿Me oyes?

Libby bajó la mirada y comprobó que Gideon estaba de nuevo allí, y estaba volando. Oh, mierda. Se había quedado dormida.

—¿No es raro que no deje de soñar contigo? —murmuró—. No quiere decir que no tenga ganas de verte, pero no sé. No tiene mucho sentido.

—Ya, pero técnicamente no estás soñando conmigo —dijo Gideon, vacilante, y dejó los detalles a un lado—. No importa. La cuestión es que quiero hablar contigo sobre cómo vas a regresar.

—¿A bajar? —Miró debajo de ella, el suelo, que estaba oculto bajo varias capas de nubes.

—No, me refiero a volver. A… ya sabes. —Volvió a dudar—. Tu época.

—Ah. —Era un sueño muy lúcido. Normalmente, en los sueños no era tan consciente de ciertas cosas, como de que estaba atrapada en el tiempo—. Es prácticamente imposible que lo logre sin la Sociedad. —Y con eso se refería a Nico, pero moriría antes de

decirlo en voz alta.

—¿Sí? —preguntó Gideon.

Libby se dio cuenta de que le habían salido alas para poder alcanzarla, pero ella no tenía. ¿Estaba volando de verdad si todo cuanto hacía era levitar? Tenía la ligera sensación de que había hecho esto antes. Su hermana estaba allí. ¿Por qué nunca estaba Katherine en sus sueños? Libby solo perseguía a su fantasma, despierta o dormida.

—La cuestión es… —prosiguió Gideon—. Creo que podrías encontrar una fuente de poder suficiente… —Esquivó algo que parecía un libro de cálculo y se perdió un instante de vista—. Me refiero a que lo único que necesitas es la cantidad exacta de energía para poder viajar entre los puntos del tiempo. —Volvió a alcanzarla con dificultad.

—Eso es imposible.

—No lo es —señaló él—. Porque ya estás en el pasado.

—Eso es una anomalía. —Exhaló un suspiro—. Además, no puedo encontrar una fuente de energía lo bastante poderosa para controlarla. Excepto… —Excepto Reina. O más bien la combinación de ella misma con Reina y con Nico. Y lo que al parecer podía hacer Ezra. Y tal vez lo que podría hacer Tristan y lo hubiera averiguado ya. Y una bomba nuclear—. La cuestión es que…

—No sé cómo —terminó por ella Gideon y asintió, muy serio—. Vale, sí, vale. Bonita charla.

—¿Qué? —Lo miró con el ceño fruncido y comprobó que las alas eran ahora un paracaídas—. Espera, Gideon, yo…

Entonces cayó algo y Libby se despertó. Estaba de nuevo en la clase del sótano y había tirado sin querer la botella de agua de la mesa.

—Dios, lo siento.

—¿Te estamos aburriendo, Liz? —preguntó Fare medio en serio. Parecía haber adoptado el enfoque negativo de Mort sobre todo eso de criar a sus tres hijos.

—Perdón, yo… —Parpadeó. Volvió a parpadear. La neblina del sueño se iba disipando, pero no el pensamiento que se estaba formando en su cabeza—. En cuanto al tema de la física teórica. —O lo que fuera que estuvieran discutiendo, que no era poco interesante, excepto para alguien que hubiera conocido a los cinco

medellanos más poderosos que había conocido ella—. ¿Tenéis idea de qué clase de fuente de energía bastaría para crear un agujero de gusano en el tiempo?

—¿Qué?

Fare y Mort intercambiaron una mirada y Mort decidió ser la voz de la razón.

—Primero, no hay prueba de que existan los agujeros de gusano…

En realidad, sí había pruebas. En una mansión treinta años más tarde. Usado por un cubano hiperactivo que sufría una dependencia prediabética al azúcar.

—… y aunque hubiera algún modo de demostrarlo, ¿qué clase de fuente de energía sería? —prosiguió Mort—. La equivalente a una bomba nuclear, diría…

—O una línea ley —sugirió alguien que había junto a los pies de Libby.

Libby se sobresaltó al no haberse dado cuenta de que había alguien limpiando lo que ella había dejado tirado en el suelo.

—Dios mío —exclamó y se agachó para ayudar—. Lo siento mucho…

—No es culpa tuya —dijo la chica con tono alegre, haciéndole un gesto para que se apartara. Era una de las alumnas de Mort, si no recordaba mal. Tenía la piel morena y un rostro angelical, era todo mejillas. Libby supuso que era de origen hispano antes de escucharla hablar con alguien en algo que, basándose en su limitada experiencia con un vecino filipino de su habitación en la UNYAM, le pareció tagalo. Si no fuera por las palabras en *espanglish* y las referencias culinarias, Libby no lo habría reconocido.

—Belén —se presentó la chica, leyendo la mente de Libby. Llevaba puesta una rebeca de color rosa claro que parecía más una manta para bebés que una prenda de vestir, y lucía fuera de lugar. Como si fuera a cambiarla por cuero en el momento en el que saliera de la escuela—. Perdón, no era mi intención escuchar…

Libby hizo un gesto para que no se preocupara y recogió la botella que había tirado.

—No, no. Es…

—Las líneas ley son un sinsentido —interrumpió Mort, que tenía tendencia a mostrar su verdadera personalidad cuando hablaba con

alguien a quien consideraba inferior a él—. La geometría sagrada es una teoría conspirativa, como poco.

—Solo porque nadie las estudia académicamente —dijo Belén—. Y en China se llaman «líneas dragón». Tienen ese nombre desde hace siglos —añadió, dirigiéndose a Libby, eligiendo al parecer (y sabiamente) ignorar el tono despectivo del profesor—. Hay una grande en Indonesia. Y hay lugares sagrados en todas partes. Mi madre decía siempre que el Monte Pulag era una.

Libby se acordó de que Reina había leído un libro enorme sobre la magia de las criaturas. Existían sistemas mágicos secundarios en los archivos que eran suficientemente buenos para ella.

—Siempre he pensado en las líneas ley como algo más del tipo de Stonehenge —señaló Libby, jugueteando con la botella.

—Solo era una idea —comentó la chica, Belén—. Pero si los agujeros de gusano no existen, genial. Las líneas ley tampoco. —Le lanzó una sonrisa irreverente a Mort que hizo que Libby recordara a Parisa. No en su lado seductor, sino cuando se mostraba excepcionalmente inteligente y engañosa—. Bueno, os dejo continuar, profesor Mortimer. Solo venía a entregar mi trabajo.

—Un día tarde, señorita Jiménez —comentó chasqueando la lengua, como si fuera un académico distinguido en la cincuentena en lugar de un veinteañero que no se bajaba del pedestal.

—Sí —respondió ella—. Tenía que trabajar, lo lamento…

—Señorita Jiménez, esta no es la primera vez…

—¿Qué tenía que trabajar? No, no lo es, y tristemente para los dos, probablemente no será la última, profesor. —Tenía una sonrisa dibujada en el rostro—. Me temo que mi abuela está en un hospicio en casa, en Luzón. Mi madre es su única cuidadora y yo…

—Si no estás preparada para tomarte en serio tus estudios, tendré que preguntarme qué estás haciendo aquí. Tal vez la beca que recibes por parte de la universidad pueda ser más beneficiosa en otro lugar.

En los ojos de Belén apareció un destello. Mort no lo vio, porque Mort no estaba acostumbrado a reparar en destellos en los ojos de las mujeres que no fueran objeto de adoración (o al menos que él percibía como adoración). Pero había lanzado una amenaza y Belén había respondido, aunque de forma fugaz. Libby percibió un frío repentino en el aire que desapareció tan rápido como había llegado.

—Mis disculpas, profesor. —Belén forzó una sonrisa tranquila—. Haré lo que pueda para asegurarme de que no vuelva a suceder.

Mort arqueó una ceja.

—Mejor que hagas algo mejor que eso, señorita Jiménez.

Belén lanzó una mirada recelosa a Libby que le hizo reparar de pronto en su posición en la sala. Específicamente, su posición de complicidad. Para Belén, o para cualquier estudiante de la ERAMLA, Libby formaba parte del resto de estudiantes doctorandos o doctores. A fin de cuentas, la veían en compañía de profesores, que esperaba que estuvieran más avanzados en las investigaciones medellanas relevantes.

Pero Libby estaba equivocada y ella no era una acosadora como los otros dos. Belén se había dado la vuelta, no con el respeto que le hubiera gustado a Mort, y había salido ya por la puerta cuando Libby comprendió al fin que había apostado por la gente equivocada.

—Toma esto —dijo, dejando la botella de agua en las manos de Fare.

—¿Rhodes…? —oyó con tono de asombro detrás de ella, pero ya corría hacia la puerta para seguir a Belén, y giró la esquina tan rápido que chocó con alguien que venía por el otro lado.

—Lo siento, yo… —Las palabras se quedaron en un suspiro y el corazón le dio un vuelco cuando reparó en la cabeza llena de pelo oscuro y desordenado, en la figura desgarbada que le resultaba tan familiar—. Estaba… —comenzó y tragó saliva. El pulso acelerado alcanzó un pico peligroso y luego, tras un momento de reconocimiento, se calmó.

—¿Sí? —preguntó el extraño. Un extraño, gracias a Dios. Era solo otro adolescente con el pelo de Ezra, con su altura.

Libby sacudió la cabeza.

—Lo siento, no importa, estaba… ¡Señorita Jiménez!

Vio a Belén cuando estaba a punto de entrar en el ascensor del sótano y esta se detuvo al oír su nombre. Libby apartó con todo el respeto que pudo al estudiante que no era Ezra y luego corrió hacia la chica, que sostenía la puerta del ascensor con forma de jaula.

—¿Vas a subir? —le preguntó la muchacha.

—Sí —respondió, ¿por qué no? No sabía de qué otra forma retomar la conversación de «oh, disculpa a los hombres, ¿se te

ocurre algo más sobre otras fuentes de energías enormes y sin precedentes? Hablo en serio»—. ¿Vas a clase?

—No, tengo un descanso para comer. —Belén presionó el botón de la planta principal. Echó un vistazo rápido a Libby, y con suerte no encontró nada sospechoso en sus vaqueros de segunda mano y la camiseta de la ERAMLA que había tomado de entre los objetos perdidos—. ¿Y tú?

—A la planta baja también, por favor. Y lo mismo que tú. —El ascensor empezó a subir, el cristal que daba al patio emergió del sótano para dejar a la vista hordas de estudiantes que pasaban por allí.

Guardaron silencio un momento, Libby pensaba en qué decir. Las dos dirigieron su atención afuera, a las personas que aparecían ante su vista mientras ascendían.

Había una cabeza en particular que se movía entre las demás a un ritmo más lento que el resto. Más pausado. En la dirección equivocada. Una cabeza de pelo negro alborotado. Pero no era, se dijo a sí misma tragando saliva. Claro que no era.

(Y no era. Había muchos jóvenes de pelo alborotado en la ERAMLA. El número de mujeres era significativamente menor, lo que era el motivo principal de haberse metido en este ascensor en particular).

—Parece como si hubieras visto un fantasma —comentó Belén con su tono animado y Libby parpadeó.

—¿Eh? Ah, sí, perdona. —No tenía sentido mencionar a Ezra. Libby la miró y se dio cuenta de que Belén parecía un poco mayor de lo que había pensado previamente. Había una especie de cansancio del mundo bajo la juventud de su rostro. También tenía una belleza que, conforme más miraba, más envidiaba Libby. Belén tenía unas pestañas largas que acompañaban a unos ojos oscuros impresionantes—. Estaba pensando en que tomáramos café u otra cosa juntas. A menos que tengas planes.

—No, me parece bien un café. —Parecía sorprendida, pero encantada. El ascensor llegó a la planta principal y Belén le hizo un gesto de deferencia para que saliera primero ella. *Qué curioso*, pensó Libby con emoción contenida. Fue un pez grande en un estanque enorme en la UNYAM, después estuvo en la Sociedad. Ahora parecía estar en un puesto de autoridad… al menos para

Belén.

—Eres universitaria, ¿no? —preguntó Libby.

—Voy a segundo curso, aunque soy un poco mayor que mis compañeros de clase.

—¿Sí? —Libby se preguntó si tendrían la misma edad. Por la apariencia, podría ser.

—Se suponía que iba a estudiar en Manila —explicó Belén, quitándose la rebeca—. Ese era el plan. Han abierto una universidad medellana allí, pero aún estaban eligiendo al profesorado cuando yo iba a empezar a estudiar. Y salió un programa para que pudiera asistir aquí con un visado de estudiante… —Se quedó callada, probablemente anticipando el aburrimiento de Libby—. Me parecía que venir aquí tenía más sentido. Además, Lola insistió. —Se metió la rebeca debajo del brazo y empezó a tocarse los agujeros de las orejas, que tenía vacíos. La camiseta negra, que llevaba metida por dentro de unos vaqueros negros que le resaltaban la cintura en lugar de cubrirle simplemente la zona púbica (como era tendencia en su época), tenía un logo desteñido. El nombre de un grupo de música que Libby recordaba a medias de la adorada colección de su padre.

—¿Cuál es tu especialidad? —preguntó y Belén se echó a reír. Tardó un instante en darse cuenta de que Libby no estaba bromeando.

—Oh, perdón, pensaba… No importa. Estoy en el programa nuclear —explicó—. Soy química, pero expidieron mi visado para la beca porque también puedo trabajar con la conversión del calor. Quieren que me centre en la fisión específicamente.

—¿Eh? —Una especialidad estrecha pero crucial que estaría al borde de la ubicuidad en unos años. Sin ella no habría una red de transporte medellano, ni habría centrales eléctricas medellanas. No habría economía global medellana—. Pero ¿eres química?

Belén se encogió de hombros.

—Mi especialidad originaria era la mejora de la alcalinidad del mar. Disolución. —Se refería a la disolución de bicarbonato en las aguas ácidas del océano para reducir las emisiones de carbono globales. Que era otra cosa que ya se había resuelto antes de que naciera Libby—. Yo y todos los que han traído del tercer mundo —añadió con tono bromista.

Salieron a la ola de calor tan poco propia de la estación de Los Ángeles. Belén siguió hablando y Libby escuchando.

—Es un programa inteligente, la verdad. Muy centrado. Y tengo asegurado un empleo aquí después de la graduación, así que todo es para bien. Suponiendo que el profesor Mortimer no me suspenda. —Soltó una carcajada.

—Seguro que no —señaló Libby con tono tranquilizador, aunque tenía la certeza de que no era verdad. Sabía que Mort y Fare estaban en una competición silenciosa por ver quién podía poner los exámenes más complicados. Se enorgullecían con los fracasos de sus estudiantes, que interpretaban como que sus estándares eran elevados y no como que no eran buenos educadores.

—Bueno, podría hacer mucho como química en casa. —Belén se encogió de hombros, como si fuera un argumento que ya hubiera dado a otra persona antes. Tal vez a su abuela—. A nosotros las cosas nos van desproporcionadamente peor. Y a Indonesia, Tailandia, Vietnam… ya sabes, nuestras islas tontas con sus terremotos y tormentas. —Le lanzó una mirada rápida de indiferencia—. Si no fuera por Lola no me hubiera molestado en venir aquí. Pero ya sabes, la oportunidad de estudiar en Estados Unidos —dijo, terminando la frase ahí, como si eso lo explicara todo.

—Ya —indicó Libby. Se detuvieron en la esquina y de nuevo Belén dejó que decidiera a dónde ir—. Mira —dijo, tomando el camino de la izquierda—, yo ya tengo mi propia investigación, sobre la posibilidad de mejorar las fuentes de energía existente. Algo para crear volúmenes más altos de energía de forma más eficaz. —Algo para ayudarla a abrir el universo y caer por él a… otro lugar.

Otro lugar muy muy específico.

—¿Te refieres a una alternativa a la fisión? —Adivinó Belén, que parecía interesada. Más que con la mirada tolerante que le había lanzado a Mort—. ¿Cómo la energía estelar? ¿O la fusión?

—Fusión pura sería lo ideal —reconoció con cautela—. Aunque imposible.

Belén frunció el ceño, pensativa.

—No sé si imposible, pero el coste por semejante cantidad de magia sería ciertamente inmoral. Y por supuesto caro. El profesor

Mortimer tenía razón sobre lo de la bomba nuclear, y no me parece seguro jugar con eso. —Intercambiaron una mueca—. Pero imagino que ya sabes que hay una especie de subvención de la Corporación Wessex que ha solicitado el profesor Mortimer. Por eso estoy en su asignatura, a pesar de que mi plan de estudios está financiado por el gobierno —expuso antes de que Libby tuviera oportunidad de responder a la referencia de James Wessex, un villano para la Sociedad, por segunda vez ese día—. No sé de qué trata exactamente, así que no podría decir si ha llegado muy lejos. Supongo que ese tipo de cosas están muy por encima de mi categoría salarial y, además, Mortimer me odia. ¿Estás escribiendo para una organización específica? —preguntó.

—Oh… —Libby comprendió con un ramalazo de culpa que Belén pensaba que su supuesta investigación estaba financiada y no se debía únicamente a un interés personal. Tenía sentido, pues probablemente creyera (erróneamente también) que Libby era una estudiante de doctorado o una profesora de una universidad en lugar de una mentirosa que de vez en cuando enseñaba temas de Física 101—. Es más bien… —De nuevo le costaba explicarse—. Bueno, una fuente de poder alternativa como las líneas ley de las que me has hablado sería beneficiosa para complementar la geoingeniería —comentó—. ¿Una alternativa a las emisiones de carbono?

—Sí, lo sería —coincidió Belén—. Y sería un cambio agradable que ese tipo de investigación recibiera financiación. —Le dedicó una mirada de admiración—. Empezaba a pensar que a nadie le preocupan ya las medidas preventivas.

Parecía haber alguna implicación más oscura.

—¿Eh? —preguntó Libby con cautela.

—Bueno, es solo que… a nadie le importa si la casa de mi abuela termina bajo el agua. Siempre y cuando la gente de aquí no tenga que cambiar su estilo de vida. —Volvió a soltar una carcajada triste—. Sí, la tecnología de alcalinidad está aquí lo bastante obsoleta como para pagar mi educación para que trabaje en otra cosa, pero aún no ha recaído en nadie del mundo en vías de desarrollo, así que… —Se detuvo para mirar a Libby, las mejillas de pronto sonrosadas—. Perdona. Me estoy poniendo demasiado antisistema demasiado pronto, ¿no? Lo lamento, profesora, vamos…

—No, no, tienes razón. —Tal vez mejor que nadie, Libby comprendía que la tecnología medellana seguiría siendo prohibitivamente cara durante al menos las siguientes décadas. Los avances en biomancia que podrían haber salvado a su hermana (si esos avances existieran) tampoco tendrían un precio razonable en el nuevo milenio.

Incluso en el mundo de Libby, la magia era más cara de lo que un individuo (cualquier individuo) pudiera permitirse. Solo los ricos tenían los recursos para tomar decisiones «éticas», por no decir nada de otros países, mucho menos de otras clases sociales o especies secundarias. Si Belén pensaba que el estado de las emisiones de carbono era crítico en 1989, tenía suerte de no saber lo que se había hecho para cambiar las cosas en el futuro.

En el mundo de Libby había estabilidad. Gracias a un esfuerzo conjunto de medellanos y expertos en lobby, la mayoría de las corporaciones importantes contribuían ahora a los esfuerzos de descarbonización para los cuales tan necesaria fue en el pasado la especialidad de Belén. Pero ¿medidas preventivas? La mayoría de los desastres naturales seguían considerándose una crisis aislada y no el resultado del declive sistemático global. El sistema de sanidad estadounidense seguía teniendo ánimos de lucro. La Corporación Wessex seguía siendo el principal distribuidor de tecnología medellana en el mundo. La magia había arreglado cosas en la época de Libby, pero seguía sin ser gratis, ni tampoco era libre de políticas. No se creaba ni destruía nada sin que hubiera un intercambio de dinero.

Tal vez esta reunión fuera casual. Más que eso. Sin ánimo de romantizar su situación, Libby tenía la sensación de que la alianza que acababa de encontrarse era demasiado fructífera para ser casual. ¿Qué probabilidades había de que sucediera?

—¿Qué te parece esta? —sugirió al darse cuenta de que Belén seguía esperando a que eligiera una cafetería. Señaló una que había al final de la calle—. Imagino que no tendrás ningún interés en ayudarme con mi investigación, ¿no?

Un destello de pelo negro reflejado en la fachada de la tienda que había junto a la cafetería demandó la atención de Libby y con la consiguiente aceleración del pulso no captó la respuesta de Belén. Percibió el tono de entusiasmo, pero notó que estaba absorbiendo

otro pico inesperado de adrenalina. El pánico le dejó la garganta seca.

—… encantada —terminó Belén, que volvió a detenerse para que Libby fuera primero.

No era nada, se recordó a sí misma, y se apartó para que pasara el grupo de extraños. No era Ezra.

(Aquí no).

(Aún no).

—Estupendo —respondió e hizo todo cuanto pudo para calmar el pulso. Abrió la puerta de la cafetería. El rostro que había visto, si era que lo había visto de verdad, había desaparecido, o tal vez no estuviera ahí—. Perdona. —Belén estaba mirándola expectante—. Entonces, ¿estás interesada? —confirmó, haciéndole un gesto para que entrara—. ¿Aunque no tenga que ver con tu especialidad actual?

—Oh, absolutamente, profesora.

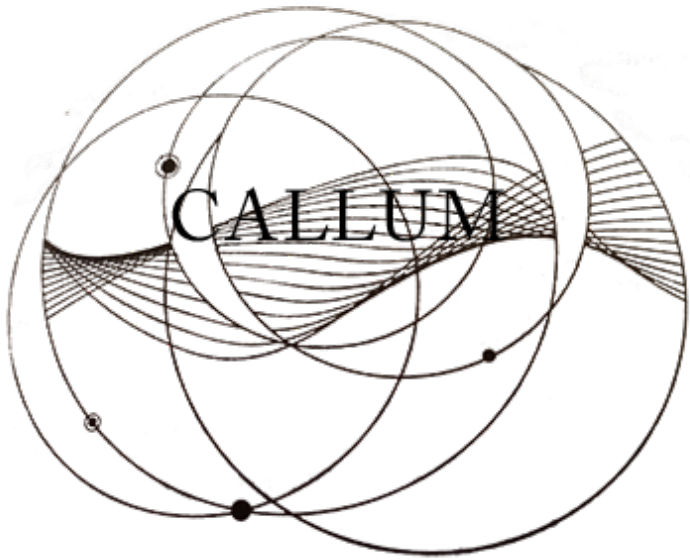
Libby miró por encima del hombro con el ceño fruncido y permitió que Belén entrara primero.

Nadie. Nada. No había visto a Ezra. Él no la había encontrado. Estaba a salvo.

(Por ahora).

Inspiró profundamente y luego espiró.

—Bien. —Se volvió hacia Belén y recordó que tenía que decirle que la llamara «Libby» y no «profesora»—. Bien, vuelve a hablarme de las líneas ley.



Dos cosas estaban quedándole muy claras a Callum. Una era que Reina estaba loca. Consideró mencionar lo obvio: que las circunstancias de su nacimiento, haber nacido en una familia que básicamente no la quería, estaban haciendo cosas muy extrañas en sus procesos emocionales. Valoró la opción de explicarle que en realidad la infancia es muy frágil y técnicamente no puedes superar las fracturas. No se puede deshacer el daño, y fingir que el daño no existe o tratar de superarlo de alguna manera, para volverse más grande, más invulnerable que el dolor, definitivamente era algo que no debería de intentar por su cuenta alguien con la ineptitud emocional de Reina. Peor aún sería para ella ejercer influencia en una biblioteca mágica antigua para que le diera cosas para las que claramente no estaba preparada.

No es nada personal, pensó en decirle. No es que tú personalmente estés haciendo algo astronómicamente estúpido. Mucha gente sufre este tipo de insuficiencias y de verdad que no deberías tomarte como un insulto que te dijera que esto no te dará el amor que nunca tuviste cuando tenías cinco años. Pero,

lamentablemente, todo parecía un follón (¿y quién tenía tiempo para ese tipo de gestión de vulnerabilidades?), así que Callum decidió no decir nada.

La segunda cosa que le quedó clara conforme los días se acortaban y se hacían más fríos fue que Atlas no quería que Callum asistiera a la gala anual de la Sociedad y estaba probando una especie de psicología inversa para asegurarse la conformidad de Callum.

—Estás invitado a asistir —fueron las palabras exactas de Atlas, que dirigió a Callum sin preámbulo cuando el joven se demoró después de una de sus ahora escasas reuniones en la sala pintada. Atlas les comunicó la invitación a todos ellos como grupo antes de permitir que se fueran. (Era difícil saber quién estaba más descontento con este cautiverio. Cada uno de ellos parecía tener la sensación de que tenían un lugar mejor adonde ir).

—Creo que la señorita Kamali ha expresado ya su intención de asistir —respondió Atlas a la pregunta sin formular de Callum—, por lo que tal vez podrías consultarle sobre el atuendo que piensa llevar.

¿Sin amenazas turbias ni sugerencias encubiertas?

—¿Se supone que tengo que olvidar que me querías muerto hace unos meses? No trates de negarlo. —Se lo planteó de forma amigable a Atlas, quien mostraba una gran empatía y (quizás) una mente sana. Todo esto le parecía irreconociblemente decente y, por lo tanto, improbable y, como le había pedido, Atlas no lo negó—. Y ahora quieres que asista a tu fiesta —se burló— como tu… ¿invitado honorífico?

—Como miembro de la Sociedad —le corrigió Atlas—. Lo que eres, independientemente de mis sentimientos al respecto. —Lo miró fijo—. No fue decisión mía si vivías o morías. Estás vivo y, por lo tanto, estás invitado.

Qué inconcebiblemente cívico, suponiendo que fuera verdad.

—Entonces es que quieres vigilarme, ¿no?

—Tengo las manos ocupadas vigilando a personas —respondió Atlas—. Ve o no. Disfruta de los aperitivos o no. A mí me da igual.

Se dio la vuelta y a Callum le vino a la cabeza un momento diferente.

—En una ocasión me dijiste que me faltaba algo —dijo a la

espalda de Atlas. Este se paró, como si hojeara unos documentos—. Ausencia de algo. Imaginación, ¿no?

—Si bien lo recuerdo, lo que dije fue que admiraba tus elecciones —comentó Atlas sin levantar la mirada—. Las cosas que habías decidido no hacer.

Ah, sí, una retórica adorable entre admiradores.

—Pero también…

—Cuestioné por qué no las habías hecho, sí, lo sé. —Miró por encima del hombro una vez que había terminado de hojear los papeles logísticos que parecía tener delante de él y se encontró con los ojos de Callum—. ¿Lo cuestionas tú ahora?

Por supuesto que no. Callum no tenía ningún interés en… ¿Qué había dicho Atlas? La guerra. La existencia. La supervivencia de las especies. Magnanimidad sin sentido, según su opinión. Solía preocuparse por males más pequeños, más intensos.

Retributivos.

—He elegido un tema para el estudio independiente —anunció y Atlas enarcó una ceja, al parecer encantado.

—Ah, ¿sí? No sabía si recordabas las condiciones de tu iniciación. —Su expresión era tensa, más impaciente que seria—. Estás en deuda con la Sociedad…

—Y ella está en deuda conmigo, sí, lo sé. Pregunta rápida. ¿Es muy mala?

Atlas se estaba esforzando por no ponerse nervioso.

—¿El qué?

—Esta época del año —respondió con tono frío con la seguridad de que un telépata con la destreza de Atlas no necesitaría una aclaración—. El cambio de temperatura, la monotonía. ¿Te afecta mucho? A tu magia, quiero decir —aclaró—, no a tu estado de ánimo. Aunque para ti son lo mismo, ¿no? Has sido maldecido con la claridad de pensamiento cuando el tuyo es tan terriblemente lúgubre.

Callum dio gracias al comprobar que, como esperaba, Atlas tuvo que hacer una pausa antes de responder. No esperaba que respondiera de forma emocional, por supuesto. Esa no era la cuestión. No importaba si perdía los nervios o rompía a llorar, o si de pronto decidía agarrarlo por la garganta y arrojarlo al jardín de fuera.

Lo que importaba era esa décima de segundo de tensión. La necesidad de considerar de qué forma responder. Qué angustia maravillosa. Como morderte la lengua y después, solo por un instante, notar el sabor de la sangre.

—¿Cuál es el tema que has escogido? —Qué elegante, qué distinguido. Que jodidamente civilizado y aburrido.

—Los efectos de la depresión clínica en las especialidades telepáticas —respondió con tono alegre. Como el estallido de un tomate cherry. Un dulce y suave *pop*.

—Ah. —Atlas esbozó una sonrisa leve—. Terreno trillado, me temo.

—Se me ha ocurrido considerar también otros factores. Estrés postraumático. Culpa del superviviente.

El control de Atlas, su silencio, era adorable y tenso, como un escaparate de caramelo.

—He pensado que, bueno, soy un émpata, ¿no? —murmuró—. ¿Dónde está la separación entre la enfermedad mental y la realidad emocional? Seguro que hay cierta validez ahí. Un… terreno trillado, como dices.

¿De qué estaba hablando? No estaba seguro. No había pensado en el tema, pero tenía sentido. Parisa estaba leyendo al condenado Jung, ¿difería eso de la influencia de emociones? Cuanto más lo consideraba, más empezaban a cobrar sentido sus burlas. ¿Por qué no estudiar la química del cerebro? Después de todo, eso era lo que alteraba él, ¿no? ¿Qué eran las emociones sino hormonas y debilidad, falsedad de la mente?

—Muy buena propuesta, señor Nova. —Por desgracia, probablemente hubiera llegado a la misma conclusión que Callum. Eso, o Callum, que ya se había bebido una copa de vino (bueno, más bien una garrafa), no estaba siendo lo bastante cuidadoso para ocultar su incursión inintencionada en las artes académicas—. Aunque probablemente yo ampliaría el rango —le aconsejó—. De las especialidades telepáticas.

—Tal vez. —Hum, qué desafortunado que Callum sintiera ahora intriga por el tema cuando en realidad solo quería provocar a Atlas con su pasado, despertar sus muchos fantasmas—. Supongo que entenderás por qué he acudido a ti para hacer una prueba —comentó. No estaba preparado para abandonar el juego.

Atlas sonrió brevemente.

—Qué halagador.

—¿Es molesta para ti esta época del año? —volvió a preguntar, señalando el exterior, la nieve que salpicaba los caminos del jardín.

—Soy susceptible a ciertos trastornos cuando cambian las estaciones —respondió—. Como les sucede a muchas personas.

—No. Me refiero a lo otro.

Atlas se quedó callado.

—Es muy interesante —observó Callum—. Tu sentido de la responsabilidad.

Atlas no dijo nada.

—Me preguntaba —prosiguió Callum, divagando— por qué sería alguien tan devoto a algo tan notablemente desalmado.

Atlas estaba en silencio.

—Matar —concretó, retrepándose en la silla para evaluar mejor a Atlas—. Nadie me ha preguntado si yo lo habría hecho. Si habría asesinado a uno de los demás. Simplemente han dado por hecho que sí.

—Por un buen motivo —murmuró Atlas.

—Sí, cierto. Por eso me desprecias, por mi existencia. —Probablemente Atlas se estuviera refiriendo al destino del medellano despachado por Callum durante el ataque en su primera noche de residencia. O puede que al resultado de la batalla de ingenio contra Parisa el año anterior. O a un buen número de cosas, la verdad. Callum nunca había dicho que fuera inocente, pero podía saborear su delantera—. Pero tal y como lo veo yo, la sangre que tengo en mis manos no es nada.

—¿Sí, señor Nova?

—Al menos nada comparada con la tuya.

Al fin Atlas parecía dispuesto a hablar con él. A dispensar finalmente algo de crueldad, burla, ambos sabían lo que se sentía. Por un momento dio la sensación de que Atlas podría ceder a sus impulsos más bajos, la necesidad de golpear a Callum, de ponerlo en su lugar.

Callum lo habría recibido de buena gana. Qué humillante que todo lo que en el pasado le había dicho a Tristan fuera verdad sobre sí mismo. Tristan era el quien debería de estar castigándolo, quien debió de sentirse tan repelido por él que tramó la muerte de

Callum.

Pero Tristan estaba madurando, estaba mejorando, estaba floreciendo.

¿Cuándo fue la última vez que miró Tristan en la dirección de Callum o le deseó al menos una inmensidad de desgracias? Semanas, tal vez meses incluso, y esto era culpa de Atlas. Callum lo culpaba a él. Estaba seguro de que Atlas Blakely merecía una dosis de sufrimiento.

—Todo villano tiene una historia —respondió al fin Atlas a la burla de Callum—. ¿La mía te parece decepcionante?

—Ni lo más mínimo. —Eso era aún más desafortunado, y era verdad—. Todo lo que has hecho ha sido espantosamente irracional. No me puedo imaginar por qué sigues con vida.

—Ni yo —respondió Atlas. Recogió entonces sus cosas y salió de la habitación.

Si Callum hubiera estado más sobrio, tal vez lo habría detenido. Pero como no lo estaba, no lo hizo y ahora era hora para la gala de la Sociedad, que, a pesar de la ambivalencia fingida de Atlas, era una oportunidad para que Callum hiciera lo que mejor hacía: ser tremendamente divertido en las fiestas.

Piénsalo, consideró Callum mientras se ponía su mejor traje, mirando su reflejo en el espejo. Imagina las cosas que podría hacer con las emociones de Atlas Blakely. No había hablado con nadie sobre lo que había descubierto leyendo el archivo de Atlas, pues no había encontrado un compañero de conspiraciones que no le hiciera desear lanzarse de cabeza a un lago. Parisa era demasiado creída, Reina demasiado imperfecta, Nico demasiado Nico. Pero ¿y si alguien más sabía lo que sabía él? ¿Y si alguno de los otros podía entender la profundidad de los pecados del cuidador?

Callum dobló la bufanda de seda de su madre y se la metió en el bolsillo de la chaqueta, sacudiendo la cabeza.

Esa clase de culpa ni siquiera necesitaba a un émpata para su interpretación. No había posibilidad de que Atlas no pasara un día de su vida a merced del trauma y a Callum solo le faltaba descubrir por qué.

Salió de su dormitorio, observando las puertas cerradas, y se dirigió a la galería. Era periodo vacacional para los mortales, pero la Sociedad evitaba los adornos de las festividades para celebrar la

gala, y había elegido en su lugar su paleta habitual de pesadumbre, aunque con una iluminación más interesante.

Desde las balaustradas se veía lo rápido que se llenaba la casa de una gran variedad de sospechosos habituales. Políticos, filántropos, medellanos importantes de todas clases. No estaba claro si eran todos miembros de la Sociedad (probablemente no, pensó Callum), pero los que sí pertenecían a la Sociedad eran fáciles de distinguir. Todos evitaban inspeccionar la casa o entretenerse para admirarla, como si sospecharan que las vigas de madera del suelo tuvieran una memoria demasiado clara.

Callum bajó tarde, por supuesto, como haría cualquier persona razonable, y comprobó que Parisa había tenido la misma idea. Llevaba un vestido de seda que le abrazaba la figura y caía de su cuerpo como lágrimas. En lugar del tono negro habitual, era de un dorado resplandeciente. Llegó hasta donde estaba, parada en las escaleras, calculando cuidadosamente cuándo bajar. Los otros, si era que tenían intención de asistir, estaban ya abajo o decididos a llegar demasiado tarde.

Cuando Callum estuvo al lado de Parisa, ella lo miró un segundo antes de desechar el pensamiento que se le había ocurrido. Probablemente que tenía buen aspecto o que podría morirse. O ambos, lo que no era insólito.

—¿Vamos? —Callum le ofreció el brazo.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Arréglate la cara —le advirtió.

Puede que no fuera lo del buen aspecto.

—¿Arreglarla?

Parisa respondió sin inmutarse.

—Eres terriblemente llamativo. ¿Alguna vez has intentado mezclarte?

—Podría preguntarte lo mismo —le dijo, deslizando la mirada por la curva de su cadera.

—La gente no me recuerda a menos que yo se lo permita. —Le amonestó levantando la ceja, como si él debiera de saberlo.

—¿Quién dice que no puedo hacer yo lo mismo? —Pero parecía suponer demasiado trabajo, así que retiró una de las ilusiones—. ¿Mejor?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué has hecho, echar hacia atrás el nacimiento del pelo? —Levantó la mano y él se apartó. Parisa le rozó con la punta de los dedos el pico heredado que se le formaba en el borde del cabello.

—Vuelve cuando empiecen a salirte canas —le dijo Callum. Ella sonrió, se encogió de hombros y él volvió a ofrecerle el brazo.

—Se suponía que tenías que quedarte en tu habitación —señaló Parisa, aunque posó la mano en su brazo esta vez y bajaron las escaleras—. Sabes que te odia, ¿verdad?

No había burla en su referencia a Atlas. Interesante.

—Claro que me odia. —Como debe hacer—. ¿Viene alguien más? —le preguntó cuando llegaron a la planta baja, señalando por encima del hombro el resto de las habitaciones.

Parisa se encogió de brazos y lo soltó.

—Muy bien.

Caminaron en silencio hasta el vestíbulo, mezclándose con los demás asistentes. Rodearon la tapicería de terciopelo, los tapices en tonos caoba y vino. Los adornos elegantes eran más deslumbrantes incluso que de costumbre, los arcos grecorromanos tallados y los pilares relucientes ahora resaltados con joyas que parpadeaban por el movimiento sutil de los candelabros. Todas las miradas recayeron sobre Parisa y luego, tal y como había dicho ella, más allá de ella, apartando la atención.

—Estás muy callada —señaló Callum.

—¿Sí? —No parecía molesta ni impresionada por la observación —. Supongo que necesito una copa.

—¿Voy a buscarte una?

—No. —Lo miró y parecía confundida—. No tendrás pensado pasarte toda la noche siguiéndome, ¿verdad?

—No. —No tenía ninguna intención de nada. No tenía motivos para hacer nada más, o para no hacer cosas. Era muy liberador. O deprimente, pero él no era el único deprimido—. Solo sé que él no quería que viniera, así que aquí estoy.

Parisa siguió su línea de visión y vio a Atlas de pie junto a las puertas del gran salón, riendo por algo que le decía el primer ministro canadiense—. Has descubierto algo en su expediente, imagino.

No le preguntó cómo sabía eso.

—Orígenes modestos. Contexto humilde.

—Claro. Las personas nacidas para la riqueza son intolerables, sin importar lo que hagan. —Le sonrió con suficiencia.

—Mi madre era pobre.

—Bien por ella —respondió Parisa y sus ojos captaron una bandeja muy oportuna que pasaba con copas de champán—. Imagino que no fue capaz de transmitirte ninguna diligencia —murmuró.

Callum se encogió de hombros.

—Supongo que no.

—Evidentemente no. —Parisa se apartó de él y captó la mirada de otra persona cuando alcanzó una copa de champán—. Pon una marca en este extraño momento que estás viviendo, ¿sí? —se dirigió a él con desinterés por encima del hombro—. Y no bebas más, vas a ponerte macabro. Y no mates a nadie —añadió un instante después —. O sí. No es asunto mío.

—¿Has estado enamorada alguna vez? —le preguntó Callum.

Parisa parecía asqueada.

—Madre mía, no importa. Toma. —Le dejó la copa de champán en las manos—. Nos estás avergonzando a todos.

—Correcto. —Se bebió la copa entera, pero, cuando terminó, ella ya se había ido.

Callum lanzó el cristal por encima del hombro, pero se disolvió antes de romperse. Qué pena. Supuso que habría todo tipo de magia por el lugar, magia que Tristan sabría cómo ver, pero, por supuesto, no Callum. Tristan podía ver muchas cosas que otras personas no verían nunca. Como que Callum era en realidad muy muy miope, tanto que siempre entrecerraba los ojos. Lo había arreglado, por supuesto. Porque él arreglaba cosas. Era, en general, un solucionador de problemas. Durante un tiempo se había dedicado al negocio de arreglar a la gente, pero, uf, todo eso lo drenaba demasiado. Y nadie permanecía arreglado para siempre. Esa era la parte mala. Que la gente era muy cambiante, siempre dispuesta a cambiar. Un día te quería y al día siguiente no. Callum había visto cómo desvanecía su importancia en las vidas de demasiadas personas y sí, vale, eso no era excusa para… ¿qué era lo que Tristan despreciaba de él últimamente? No sabría decirlo. Tenía demasiados defectos maravillosos entre los que elegir. Por suerte, nadie permanecía el tiempo suficiente para que le importara.

Miró a su alrededor y vio algo. Una ausencia. Atlas se había ido. Eh… interesante. Había también una mujer moviéndose entre la multitud. ¡Atlas, menudo perro! Fue a buscar otra copa de champán y falló, invocándola torpemente en su mano. Se la bebió y siguió a la mujer hasta el despacho de Atlas, aunque entreteniéndose en el camino.

La puerta estaba medio abierta.

—Profesora J. Araña —estaba diciendo la voz de Atlas—. Tu reputación te precede. Dime, ¿la J. es por…? Ah, sí, Jiménez —observó y se sentó a la mesa—. ¿Estás ahora casada o eso solo un seudónimo?

—Es el apellido de soltera de mi abuela. —La voz que respondió era comedida, madura. Sonaba mayor incluso que Atlas. Según lo que podía sentir Callum, sus emociones eran, sobre todo, una mezcla de repulsión y rabia. Quería despojar a Atlas de sus piernas, pero se estaba conteniendo por una razón, por desgracia.

—Ya veo. ¿Y qué puedo hacer por ti, profesora?

—Morir. Lenta y dolorosamente.

—Comprensible.

—En realidad solo he venido aquí para matarte —declaró, y en este punto Callum estaba a punto de interrumpir, de decir algo como «oh, nooooo, no, no, eso es lo que él quiere, no lo hagas, señora», pero entonces la mujer siguió hablando—. Pero la verdad es que no se trata de ti. Si mueres, otra persona te reemplazará sin más. Como las cabezas de la hidra.

—Cierto —confirmó Atlas.

—El veneno es institucional. Es más grande que tú.

—Siempre lo es. —Atlas parecía comprensivo—. Lamento no poder ofrecerte más, Belén.

—Sí. —La mujer, la profesora, parecía de pronto agotada. Como si el velo del propósito de su vida se hubiera caído. *Oh, oh*, pensó Callum. *Eso no es bueno, nunca es bueno. Atento a eso*—. Bien, se acabó la fiesta entonces.

—Me pegaré un puñetazo en la mandíbula, si sirve de algo —dijo Atlas y a Callum no le pareció un comportamiento muy deportivo. La mujer ya estaba bastante deprimida. No necesitaba condescendencia.

—Muy condescendiente, gracias —respondió y se dio la vuelta.

Salió del despacho y se detuvo junto a los pies de Callum—. Disculp…

—Sigue —le susurró Callum. Encontró un pequeño dial y lo subió por un momento, como si estuviera tomando el sol. Calentándose junto a la chimenea. La mujer no parecía exactamente del tipo que se daba por vencida, pero a Callum le complacía más pensar que el fuego seguía prendido, que las luces seguían encendidas—. No pares.

Ella lo miró. Era menuda, pero robusta, un poco fornida.

—¿Te conozco?

Callum la soltó y se apoyó un momento en la pared, deshecho. Las burbujas del champán que se había bebido amenazaban de pronto con desalojar sus instalaciones por medio de un eructo. O peor. Se estabilizó inspirando profundamente y vio las estrellas.

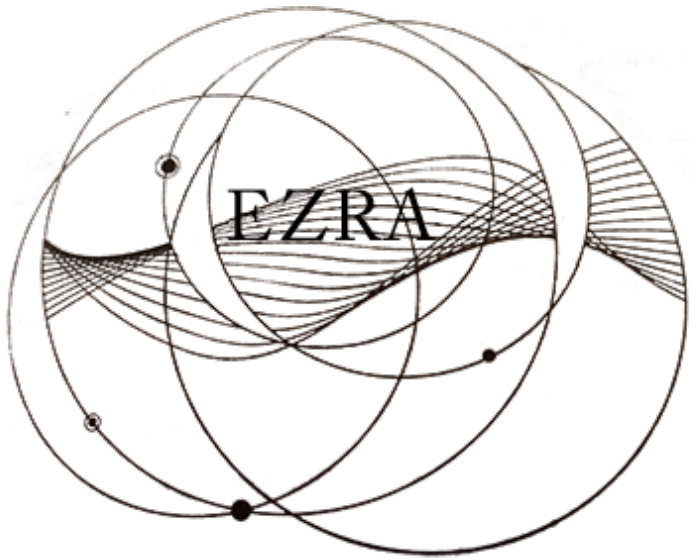
—Señor Nova —dijo la voz de Atlas. La mujer se había ido, al parecer—. Tal vez podrías probar un aperitivo. O una reconciliación.

Callum estaba seguro de que lo último se lo había dicho en su cabeza, y eso era pasarse. ¡Qué inexplicablemente maleducado! ¡Qué vil e invasivo! Qué idea más estupenda y terrible por la que Atlas Blakely debía de pagar, y rápido.

—Tú los mataste —le susurró Callum.

No recordaría la respuesta de Atlas, el resto de la noche quedó perdida en una niebla chispeante, una confusión indistinguible. Creía recordar que había algo por el rabillo del ojo. Un halo de hechizos de ilusión de la marca Nova, como un nido ilegal de las huellas de su familia. Y a Tristan.

Pero por la mañana no lo sabía con seguridad.



—Hola —dijo la mujer más asombrosamente bella que había visto nunca Ezra—. Medirás un metro ochenta aproximadamente, ¿no? Interesante. ¿El aseo?

Ezra tardó un instante en responder.

—Por ahí —indicó, carraspeando.

—Y sabes moverte por aquí. —Esbozó una sonrisa deslumbrante —. Fascinante. ¿Tu nombre?

—Ezra. —Su intención era mentir o más bien no hablar. Daba igual si sabía su nombre o no. Aquí nadie lo conocía aparte de Nico de Varona, y para eso, había ajustado las ilusiones (pelo sin gracia y olvidable, ojos grises, el aspecto general de alguien con quien todos habían ido al instituto).

Miró a su alrededor buscando a Nothazai, que estaba en alguna parte. Tenía que llegar Atlas aún.

—Disculpa, estaba… buscando a alguien.

—Ah, no te preocupes, él también te está buscando a ti. —La mujer era más menuda que Libby. No sabía por qué comparaba siempre a las mujeres con Libby, teniendo en cuenta que ella era de

una altura media, o probablemente un centímetro o dos más baja. No era un punto de referencia apropiado para todas las mujeres. Esta llevaba tacones muy altos, pero no lo suficiente para alzarla hasta donde llegaba la cabeza de Libby. ¿Por qué narices seguía pensando en Libby?

—Muy interesante —comentó la mujer, llevándose el vaso a la boca.

Justo entonces, Ezra recordó en qué clase de lugar estaba.

—Eres una telépata. —La especialidad que menos le gustaba y la única para la cual su rostro cuidadosamente enmascarado con ilusiones no funcionaría bien—. Eres Parisa Kamali.

Ella abrió mucho los ojos, pero no de sorpresa, por desgracia.

Por el… triunfo. O la emoción.

—Vaya, esto es demasiado delicioso —señaló y le hizo un brindis con la copa de champán—. Me encantan los giros de los acontecimientos. Disfruta la velada, Ezra —murmuró y casi sonaba embriagada de contento.

Y entonces hizo desaparecer la copa y se esfumó entre la multitud, camuflada entre el resto de la élite de medellanos antes de que Ezra pudiera preguntarle qué le parecía tan delicioso. En ese mismo momento vio a Nico, que merodeaba por la casa tirándose del cuello rígido de la camisa, que se le pegaba a la nuez. Esperó a que la mirada distraída de Nico pasara por él y se volviera después.

Sacudió la cabeza y volvió a buscar a Nothazai, o a la profesora. No sabía qué era lo que estaba buscando, se sentía como cuando iba al frigorífico y encontraba el mismo contenido que cinco segundos antes, o, más importante, qué le había poseído para venir a este evento.

Bueno, no era verdad. Sí lo sabía. Lo sabía exactamente. Porque necesitaba demostrar a Atlas el tipo de influencia que ejercía, el tipo de amigos que tenía. Específicamente, en puestos altos. Porque Atlas, que tendría que haber cambiado las cosas con Ezra, había elegido convertirse en parte de esta cosa que ambos odiaban, y ahora Ezra necesitaba que él supiera que hacer eso no era impresionante, no era innovador, que apenas era poderoso. Carecía de inspiración y era predecible y obsoleto.

Era… decepcionante.

Pero le picaba el traje y hacía demasiado calor en la casa y Ezra

lo sentía, sentía cómo lo habían extirpado de las protecciones. Las habían vuelto a coser y eso, a su manera, dolía. Se quedó allí, inútil, como un parásito despojado.

—¿Fue en 1988? —le preguntó una voz al oído—. ¿O en 1989?

Ezra se sobresaltó y el pulso se le aceleró de pronto.

—¿Si fue qué?

—El año en que murió tu madre. —Atlas se había acercado a él y le estaba ofreciendo una copa de champán—. Perdona, ¿es un recuerdo doloroso? —le preguntó, llevándose la copa a los labios—. Supongo que no tendría que preguntar. —*Como de costumbre, eres muy fácil de encontrar, Ezra*.

Ezra no dijo nada y aceptó la copa sin responder.

—¿Sabes? No soporto a Nothazai —señaló Atlas—. No porque se oponga a mí y a todo lo que hago o digo. Es un comunicador inefectivo. Habla sin cesar. —Miró a Ezra—. No sabía que tuvieras un traje.

—Cuidado —advirtió Ezra, dando un sorbo a su copa—. Da la sensación de que estás hablando con alguien lo bastante joven para ser uno de tus iniciados, por si te has olvidado de las apariencias.

—Yo nunca me olvido de las apariencias. —*Cierto*, pensó Ezra —. Solo me estoy poniendo al día con un viejo amigo. Supongo que has venido por la conversación, pues sé que no eres muy fan del paté.

Ezra desvió la mirada hacia Atlas, que tenía una sonrisita en la cara.

—La estás vigilando, espero —comentó Atlas y le dio un sorbo a la copa—. No me gustaría que se metiera en problemas. Piensa en lo culpable que te sentirías si resultara herida.

Ezra no dijo nada.

—Está en la ERAMLA, por cierto. Pero eso ya lo sabes. —Otra mirada mientras Ezra intentaba no pensar en otra cosa. Intentaba no pensar en nada. Un lienzo en blanco, una pared vacía—. Está girando en una rueda para hámsteres que has hecho tú, ¿no? Suponiendo que no sea más inteligente de lo que crees, lo que es una suposición peligrosa.

—No voy a dejar que lo hagas —murmuró Ezra—. Sé lo que planeas. Y lo que estás haciendo…

—¿Qué estoy haciendo exactamente? Tomar champán en una

fiesta. —Hizo un brindis con él—. Yo nunca he secuestrado a nadie, que yo sepa.

—Has encontrado una forma de engañar a los archivos, sé que lo has hecho. —Un engaño, aunque casi certero. Los archivos solo entregaban el conocimiento merecido, y no era posible que Atlas mereciera la omnipotencia. Ezra murmuró con la boca chica, aunque nadie lo estaba mirando—: Sé que tienes que estar haciendo que alguien acceda a los textos que no puedes obtener tú.

Al menos eso era cierto. Incluso sin los detalles de su plan, sin ser testigo de los acontecimientos que habían llegado al resultado que Ezra había visto, Atlas le había mostrado a Ezra quién era de verdad más de veinte años antes.

—Tú —le dijo Ezra a Atlas— no eres un dios.

—Y lo lamento cada día —respondió Atlas con indiferencia.

La vieja chispa del resentimiento de Ezra se convirtió en una llama de protesta al recordar el momento en el que conoció a Atlas, la afinidad que sintió, la cercanía que pensaba que compartirían. Reprimió ambos impulsos.

—¿Dónde está? Tu animador. —Ezra no esperaba una respuesta, pero quería que Atlas supiera que estaba al tanto. Que alguien, en alguna parte, estaba haciendo las preguntas adecuadas. Buscando en los lugares correctos.

Quería que Atlas supiera que alguien sabía quién era en realidad.

—No ha venido —respondió—. No se encuentra bien.

Ja, seguro.

—Has sellado las protecciones. ¿Ha sido difícil?

—Mucho.

—Bien. —Ezra se volvió y le pegó la bebida a Atlas en el pecho —. Gracias por la copa.

—Disfruta de la fiesta —fue la absurda bendición de despedida de Atlas.

Ridículo. Estaba claro que no tendría que haber venido…

Aunque…

Aunque las cosas no eran del todo como las había imaginado. Por una parte, Atlas tenía razón acerca de Nothazai. Y aunque no habían hablado de James Wessex, Atlas probablemente también tuviera razón sobre él. Ezra no sabía aún qué pensar de la profesora

J. Araña. Al principio era demasiado callada, pero ahora parecía… no ruidosa exactamente, pero tampoco correcta. Su activismo, que fue lo que le atrajo de ella al principio, estaba comenzando a parecerle… bueno, agresivo. Inespecífico. Incontenido. Sabía que la habían intimidado para que se encerrara en su laboratorio de alcalinidad como una especie de técnica institucional para silenciarla, pero escucharla dar sus opiniones era menos productivo de lo que esperaba. Cuando ella hablaba, sus críticas no parecían tratar del tema en cuestión, o de los iniciados. Había algo estrepitoso bajo sus argumentos, algo que se estaba liberando.

Como si estuviera a nada de desintegrarse y, por lo tanto, fuera susceptible de mandar al traste todo su plan.

No sabía cómo explicarlo porque no era un telépata, pero la cuestión era que la gente a la que había elegido para esta tarea no comprendía del todo la emergencia de la situación. Les había advertido de la clase de omnipotencia a la que aspiraba Atlas Blakely. ¿Qué clase de despotismo intentarían sus iniciados si tuvieran la oportunidad? Pero, cada vez más, los demás veían a Ezra como una herramienta, o quizás un centinela. Era Paul Revere llorando porque venían los británicos cuando en realidad lo que quería hacer era aclarar que los británicos ya estaban aquí.

El plan se estaba volviendo más complicado cada día. En la mente de Ezra era simple: centrarse en los nuevos miembros de la Sociedad y neutralizar la amenaza que suponían antes de que su influencia, la influencia de Atlas, pudiera imponerse en el mundo. Una cosa era centrarse en la Sociedad filosóficamente con el propósito de unificar su misión, pero en la práctica la Sociedad era demasiado grande, demasiado intangible como enemigo para buscar su destrucción. ¿No lo entendían sus reclutas? Una vez que apartaran a Atlas Blakely, ¿volvería a ser la Sociedad una colección de hombres ricos y libros antiguos? Apenas una amenaza excepto tal vez para el ego. A Ezra no le interesaba nada el ego. A Ezra le interesaba la continuación del mundo tal y como lo conocía. Atlas era el problema, Atlas y sus armas eran la amenaza y, sí, Ezra podía matarlo ahora y acabar con esto, pero ¿cómo podía saber si Atlas no había puesto ya en acción su plan? Los nuevos miembros de la Sociedad estaban ya en su segundo año de estudio independiente. Lo que les habían ofrecido hasta ahora los archivos era de un valor

incalculable, y ese era el problema. Callum Nova estaba eliminado, Libby estaba atrapada, pero aún quedaban cuatro armas mortíferas a punto de salir al mundo. Y Ezra sabía, aunque ellos no lo supieran, que Atlas tenía un plan para ellos. Atlas tenía un plan para todo el mundo.

Por lo que él sabía, ninguno había intentado salir de la casa desde que había dado comienzo el plan de Ezra. No obstante, acabarían saliendo y estaba claro qué había que hacer: tenían que detener a Parisa Kamali, Tristan Caine, Nico de Varona y Reina Mori. No podían permitir, bajo ningún concepto, que siguieran el camino que había diseñado para ellos Atlas… y Ezra hace tanto tiempo.

Ezra deambulaba malhumorado por el entorno de la burguesía festiva y rodeó a un hombre rubio con ojos vidriosos que prácticamente caminaba dormido por la casa. Parecía demasiado indulgente. Dios, Ezra odiaba las fiestas. Todo este exceso era repugnante y, peor, no sabía cómo moverse en él. Le recordaba también la última vez que había estado en esta casa como iniciado. Para él, solo unos años antes, y hace casi dos décadas para Atlas. Los otros iniciados de su clase sentían rechazo por Ezra. ¿Dónde estarían? ¿Qué estarían haciendo? ¿Brindarían por Atlas antes de la fiesta y reirían por la estimada pérdida de Ezra? No había visto a ninguno de ellos aún, aunque eso no significaba nada; a Folad le encantaban las fiestas, a Neel le encantaba la atención, e Ivy… con suerte nadie era tan estúpido para dejar a Ivy suelta en una multitud. Ezra supuso que se habrían mezclado entre la gente, absorbidos ya en el núcleo del privilegio. (Se estremeció al pensar en la posibilidad de volver a encontrarse con Alexis Lai. Bastantes escalofríos le daba ya cuando tenía veintiocho años).

Ezra estaba buscando a Nothazai para excusarse (no había mucho que sacar de esta reunión y, además, la Sociedad les había entregado a todos unas pulseras que básicamente eran amortiguadores, por lo que se desmayaría si intentaba abrir una puerta y burlar una protección aquí dentro) cuando alguien lo detuvo con una mano en el hombro.

—Ezra, ¿no?

—Tristan —dijo Ezra, alarmado y bastante confundido, antes de calmarse y fingir lo que esperaba que pasase como sorpresa. ¿Podía

tratarse de un error? Seguro que sí, porque las ilusiones…

Se volvió y vio a un Tristan cabizbajo a su lado que tan solo se había comprometido de forma parcial con el código de vestimenta formal. Parecía haber bajado a buscar algo y haber abandonado después la tarea.

—No esperaba verte aquí —dijo Tristan, que, por desgracia, no mostraba señal de haberse equivocado, a pesar de su oportunidad para fijarse bien en la cara anodina de Ezra por las ilusiones—. Menuda pesadilla —añadió, estremeciéndose, y contempló a la gente con una mueca—. Demasiados ricachones en una misma habitación.

Estaba claro que Tristan no tenía dudas sobre quién era Ezra, lo que al menos abordaba el misterio sobre su reclutamiento en la Sociedad. Lo que fuera que pudiera hacer Tristan, las ilusiones no debían de tener la más mínima importancia para él, y no estaba relacionado con ninguna especialidad que se hubiera encontrado antes Atlas. Y que Atlas no hubiera mencionado, por supuesto.

(La lista de motivos para matar a Atlas estaba llenándose cada día más).

—No me había dado cuenta… —Tristan se quedó callado y lo miraba con el ceño fruncido, confundido—. Pareces más joven de lo que recuerdo, o supongo que más joven de lo que esperaba. Pensaba que eras de otro plano astral cuando me encontré contigo.

Ezra, que pensaba muchas cosas antes de hoy, forzó una sonrisa. Por suerte, Nico estaba demasiado lejos para verlo. Se encontraba hablando con una mujer asiática que vestía con un traje negro que parecía casi líquido, llevaba el pelo peinado hacia un lado y miraba por la ventana.

—Mi estilo de vida europeo —le dijo a Tristan, seguro de que Nico seguía distraído—. Todo ese vino tinto y la asistencia sanitaria. Soy mayor de lo que aparento.

—Ja. —Tristan lanzó una mirada distraída a la multitud—. ¿Cuándo te iniciaste? Creo que no te pregunté.

—Oh, yo… —Eh, complicado. Por suerte, Tristan no estaba prestando atención—. ¿Y tú?

—¿Eh? Oh, perdona. —Exacto, Tristan no estaba escuchando en absoluto. Seguía con la mirada al hombre rubio ebrio que se tambaleaba y había desaparecido en el interior de un salón.

—Dejan que entre cualquiera en estos sitios, ¿eh? —comentó y al fin captó la atención de Tristan.

—Es verdad. He oído que hay miembros del Foro aquí. —Tristan sacudió la cabeza—. Casi esperaba encontrarme con mi antiguo jefe.

Ezra sabía que James Wessex no había recibido invitación. Su asistente, Eden, estaba muy enfadada y se dedicó a despotricar por ello.

—Supongo que el Foro es más… liberal como enemigo —señaló Ezra y Tristan se encogió de hombros—. Mucho más filantrópico.

Esta vez, la arruga en el ceño de Tristan era vacilante.

—¿Sí?

¿No era esa la cuestión?

—No son una sociedad secreta. Están entregados a la distribución de la información.

—Puede ser, pero dudo de que esa información sea gratis. Todo tiene un precio. —Tristan volvió a mirar a su alrededor y luego a Ezra—. No te convence, ¿no?

—¿El Foro? —Antes sí. Supuso que, después de todo, seguía dispuesto a ello.

—Bueno, tú has estado ahí fuera, en el mundo. Supongo que los has visto en acción.

Eso era verdad. Ezra había visto a Nothazai codeándose con académicos y políticos, tal y como imaginaba de Atlas. Era una necesidad, decía Nothazai, lo que también era verdad. Por supuesto que era verdad. ¿Cómo iba a comprometerse el Foro con la mejora de la humanidad si no podía permitirse encender las luces? ¿Con qué recursos podrían haber contado sin el respaldo institucional? Lo importante era la transparencia, cómo informaban de todo a sus miembros. El detalle crucial era la distribución de información, la repartición de recursos. Justo el mes anterior habían impugnado con éxito una patente medellana en los tribunales norteamericanos. Ahora todo el mundo podía usarla.

Bueno. Todo el mundo podía permitirse usarla.

Funcionalmente, era mejor que los archivos de la Sociedad, que estaban limitados a solo unas personas de esta habitación. Los socialistas de boquilla. Ezra vio que Tristan fruncía el ceño y tomaba una copa de una bandeja que pasaba por allí mientras

esperaba su respuesta.

¿Qué pensaba él sobre el Foro?

—Creo que todo el mundo dice mentiras —decidió.

Tristan se atragantó al beber y se rio.

—Es verdad. —Le lanzó una mirada de apreciación, o tal vez celebración—. Brindo por eso.

Ezra sintió otra punzada aguda de impaciencia. No… de sensación de pertenencia. Este no era su lugar, nunca lo fue. Ni tampoco quería que lo fuera.

Sintió el destello de otra vida. Una cabeza conocida que se inclinaba, una mirada furtiva. Cómo se mordía Libby las uñas mientras leía. Le pidió a Ezra que la ayudara a dejarlo, pero a él nunca le molestó, todos sus hábitos incómodos de los que no se sentía orgullosa. A él le gustaba, le agradaba ser la persona que calmaba su agitación, que veía todas las grietas y los defectos y se prometía protegerlos, mantenerlos a salvo. Parecía que recuperaba el tiempo perdido. Salvando a alguien, a cualquier persona, pero esto era mejor por tratarse de ella. Porque era amable y más poderosa de lo que ella misma creía.

Volvería a hacerlo, razonó, de la misma forma. Lo que ella pudiera haber hecho después de la Sociedad, después de conocer a Atlas, habría arruinado esa ternura frágil que había en ella. ¿No sabía él eso mejor que nadie? La versión del mundo de Atlas Blakely era ilimitada y estaba llena de bordes afilados, dientes a la espera de morder el optimismo frágil de Libby, su moralidad, su esperanza. Si odiaba a Ezra, que así fuera. Él había salvado más que su vida.

¿Cómo le iría en la ERAMLA? ¿Qué estaría leyendo? ¿Qué idea brillante estaría pensando hoy y estaba compartiendo con alguien que no era él? No estaba tan mal, pensó, porque Libby estaba viviendo una vida. Su vida, que él solo podía experimentar en miniatura, contemplar a vista de pájaro.

La vio en un centro comercial, The Galleria, donde escuchaba atentamente a su acompañante, un profesor que Ezra ya sabía que no atribuiría su innovadora investigación a una mujer. Esta mujer, Libby, pensaba que no deberían de rechazarla tan fácilmente. Llevaba pantalones de ciclista de colores eléctricos, un rosa que causó un impacto abrasador en Ezra. La había oído reír, sin sinceridad pero tranquila.

Se deshizo del recuerdo y tragó saliva. Esto no era arrepentimiento. Ni remordimiento. No estaba equivocado.

No podía estar equivocado ahora.

Ezra buscó a Nico para confirmar que seguía en la esquina con la mujer asiática. Para su desolación, los dos se habían ido. No era en absoluto posible que Nico se fijara en él. No obstante, de pronto el propósito de encontrarse aquí le parecía insustancial.

—Bueno, tengo que irme. Odio esto —le dijo a Tristan.

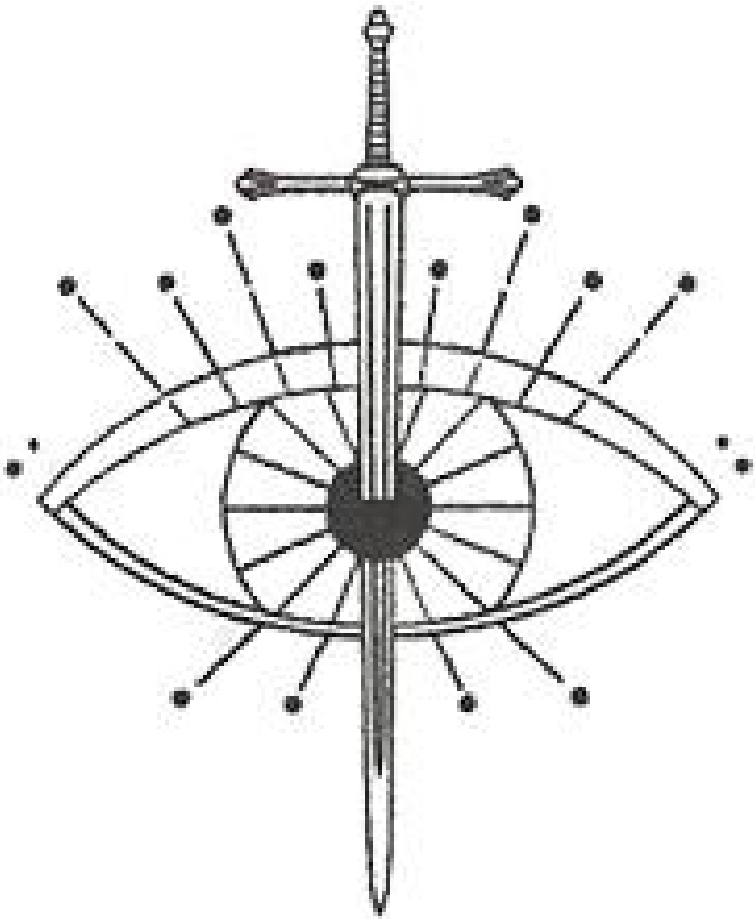
La risa de su acompañante fue un gruñido suave.

—Hasta la Sociedad y más allá —respondió. Atlas Blakely ya se lo había metido en el bolsillo, más de lo que Tristan probablemente supiera. Igual que el animador, Tristan era, en el mejor de los casos, una de las herramientas de Atlas, y, en el peor, su discípulo. Si no lo era ya, lo sería pronto.

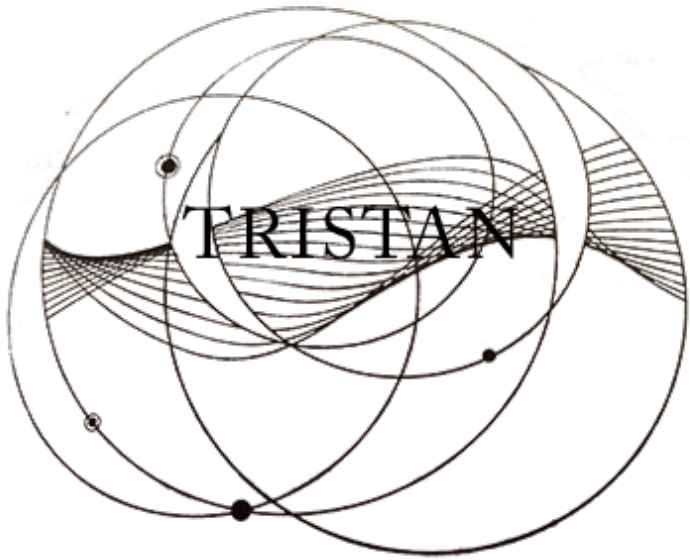
Por el rabillo del ojo, Ezra captó a Atlas riéndose y pensó que tal vez debería de cuidar personalmente de Tristan. Solo para asegurarse.

Por el momento, Ezra inclinó la cabeza en una despedida y se alejó, comprometido de nuevo con la promesa de salvación que le aguardaba.

VII



ALMA



—¿Ya puedes usarlo? —le preguntó Atlas a Tristan en su despacho. La atmósfera estaba cargada de estática, algo eléctrico. No era tensión, no era ansiedad.

Emoción. Algo que Tristan no estaba acostumbrado a sentir, tal vez nunca.

—Casi —respondió—. Casi.

Atlas se puso a dar golpecitos en la mesa con los dedos, pensando.

—Probablemente necesites algo más eficiente que tu estrategia actual. Por muy entregado que parezca a la causa el señor de Varona —añadió con tono irónico.

Cierto. Eso sin mencionar que Tristan empezaba a preguntarse si el miedo diario a morir podría pasarle factura.

—Puedo hacerlo rápido y apresurado o despacio. Muy despacio —comentó con una mueca—. Parece una tarea que dura todo el día.

La expresión de Atlas no mutó.

—¿Y qué sucede? Cuando lo haces.

—Puedo cambiar la realidad. Ver cosas.

—¿Moverlas?

Romperlas.

—Algo así.

—¿Manipularlas?

—En cierto modo.

Atlas parecía concentrado de nuevo.

—Esperaba que pudieras pasar el año perfeccionando tus habilidades —indicó tras unos segundos—. Pero igual tenemos menos tiempo de lo que pensaba.

—¿Tenemos? —En un instante, las alarmas de Tristan saltaron —. ¿Tienes intención de usarme?

Atlas le dedicó una mirada de algo que podría parecer impaciencia en alguien menos frío.

—No es la intención que tengo en tu caso, Tristan. A fin de cuentas, estamos comprometidos con los archivos. Debemos hacer nuestra contribución, como os dije en el momento en el que cruzasteis esas puertas.

De nuevo la primera persona del plural.

—¿Le pides lo mismo a Parisa? ¿O a Callum?

—Les pido lo mismo a todos —contestó—. Nada. No tengo ningún interés en juego más allá de promover los objetivos de la biblioteca.

—De la Sociedad, querrás decir —observó Tristan con voz grave.

—No. —Atlas se levantó y se detuvo junto a la ventana que daba al lado este de los terrenos de la casa—. Tengo una teoría — comentó, volviéndose para mirar a Tristan—. No quería compartirla contigo antes de que comprendieras tus habilidades. Pero es tu decisión perseguirla o no. Son tus capacidades, no las mías.

Tristan se preparó.

—¿Qué teoría?

Atlas volvió a mirar afuera y luego regresó despacio a la silla y se llevó lo dedos a la boca.

—Empiezo a ser consciente de que va a sonar a locura.

—Prueba —sugirió Tristan, que llevaba meses, si no más, considerando a Atlas un loco.

—Bien. —Atlas suspiró y se acomodó en la silla—. Eres un físico para el cual no existe aún nombre, Tristan. Esas han sido mis sospechas todo este tiempo. Puedes ver y modificar el *quantum*, lo

que te hace aún más poderoso que un atomista, que es lo que más se acerca a describir las habilidades del señor de Varona. Tu habilidad consiste en ver el mundo en una nueva dimensión que abre la puerta a más pruebas.

—¿Pruebas de qué? —Armas, adivinó Tristan. Había trabajado tiempo suficiente para James Wessex para saber que estas cosas acababan en violencia. El dinero estaba en la guerra… o tal vez fuera más acertado decir que la guerra era dinero.

—Mundos —respondió Atlas.

Tristan parpadeó al escuchar la respuesta, y luego frunció el ceño.

—¿Disculpa?

—¿Estás familiarizado con la investigación del señor Ellery? ¿O con su especialidad?

Por supuesto que no. Tristan no había pensado en ningún momento en Dalton más allá de para preguntarse cómo podía soportar Parisa estar con él.

—No.

—Dalton —comenzó Atlas, mirando de nuevo por la ventana— es un animador. Hasta cierto punto, sus habilidades pueden crear conciencia de la nada.

—Pero eso es… imposible.

—Sí —confirmó Atlas, mirándolo—. De ahí el área de investigación de Dalton. Ha dedicado su estudio académico durante la última década —explicó— a la naturaleza de lo que parece ser, pero no puede ser, creación espontánea. La biblioteca nos demuestra que, a pesar de la convicción teológica o científica, no hay un momento primordial en este universo, un átomo primigenio del que partió nuestra chispa de vida. Milenios de investigación sugieren una alternativa: que nacimos del vacío, un vacío que no es la nada. Algo nos precedió y nos sobrevivirá. No hay nada especial en este universo, excepto que es nuestro. Y si nosotros no somos especiales, no somos singulares. No somos únicos. —Atlas tenía la vista perdida—. La cuestión —continuó, dirigiéndose más a la fila de cornejos de fuera que a Tristan— es que debe haber alguna balanza delicada, pero conocible, una cantidad de materia y antimateria, a partir de la cual se formó el mundo… y podría identificarse, podría recrearse.

En este momento se volvió hacia Tristan.

—El tema de investigación de Dalton son esas fluctuaciones. La posibilidad de que el caos original no fuera en absoluto caos, sino una fuerza ordenada de un vacío vivo. Magia, tal vez, o puede que tú demuestres que se trata de una disposición de *quantum*. —Sacudió la cabeza—. Eso no lo sé ni tampoco puedo adivinarlo. Pero esto es lo que sé —concluyó, inclinándose hacia delante con un brillo en los ojos que podría describirse como siniestro, o maniático, o simplemente infantil—. La señorita Mori es capaz de albergar esa chispa. Puede originar una fluctuación primordial. El señor Ellery puede invocar el vacío, el elemento de inflación cósmica. Tú puedes verlo. El señor de Varona y la señorita Rhodes pueden darle forma y…

—¿Quieres usarnos para crear otro universo? —lo interrumpió. No sabía si había oído correctamente.

Atlas negó con la cabeza.

—Crear, no. De la nada, no. No hay creación de la nada, ¿lo entiendes?

—Entonces ¿qué…?

—Este universo no tiene nada especial —repitió—. No hay nada que sugiera que esto sea lo mejor que pueda ofrecernos la creación. Tiene que haber otros.

Tristan sentía que no lo seguía.

—¿Otros…?

—Otros mundos. —En este punto, Atlas se mostró firme—. Otros universos. Versiones de este, tal vez.

Tristan frunció el ceño.

—¿Te refieres a un multiverso?

—Tal vez. —La palabra salió apresurada, con cierto alivio—. Tal vez no. Pero la cuestión es que contigo, con tu visión del mundo, tal vez podamos al fin tener una respuesta a esa pregunta. Si el universo no es un vacío, si es algo, y tú puedes ver su construcción, puedes entonces identificar su forma. Y si puedes ver dónde nos encontramos en este universo…

—Sabré dónde nos encontramos en el multiverso —remató de forma abrupta.

—Sí. —Aquí y ahora, esta era la conclusión de Atlas. Todo su propósito—. Sí. Precisamente.

—Pero… —Tristan lo consideró, porque todo lo que acababa de escuchar debería de ser una tontería.

—El único principio que sé que es verdad es el de la balanza —le informó Atlas—. Materia y antimateria. Orden y caos. Suerte y mala suerte. Vida y muerte. —Atlas estaba estirado en la silla, tenía las piernas largas extendidas y los brazos por encima de la cabeza —. Este no puede ser el único mundo.

Tristan pensó en las divagaciones de Nico, en su teoría de los múltiples mundos.

—Pero ¿y si lo es?

—Si lo es, pues ya está. ¿Qué más da? Todos moriremos y entonces no importará nada. —Se encogió de hombros y prosiguió —: Lo importante no es la respuesta, sino la pregunta. Es el hecho de que todo esto sea desconocido.

—¿Quieres entonces saber si el gato de Schrodinger está vivo o muerto? —Tristan no podía creerse el sonido de su voz, que no era inexpresivo pero tampoco mecánico, sino más bien intrigado. Esto le parecía interesante. Menuda falta de juicio.

—Sí —respondió Atlas.

—Quieres abrir la caja. —No solo la caja que contenía al gato. La caja de Pandora. La caja que albergaba una respuesta tan descomunal que suscitaría inevitablemente un dilema ético.

¿Qué pasaría si pudiera crearse otro universo? ¿Quién decidiría qué universo es adecuado, verdadero, correcto?

Y más importante aún, ¿qué sería de este universo?

—No —contestó Atlas—. No quiero abrir la caja. —Una pausa—. Quiero que tú abras la caja.

—Pero… —Y, de nuevo, una pausa—. ¿Y si me niego?

Otra vez se encogió de hombros.

—Pues niégate.

—¿Y si no estoy de acuerdo con tu teoría?

—Pues estás en desacuerdo. El propósito de la Sociedad es alimentar el conocimiento dentro de nuestros muros. Estar en deuda con los archivos, tal y como estamos, significa buscar y seguir buscando.

—Pero esto es más que un experimento sencillo. —Empezaba a dolerle la cabeza.

—No es un experimento menor que las curas médicas en

nuestros archivos —expuso Atlas—. No es menos ética una pregunta que la investigación que ya existe aquí y que nunca ha sido compartida.

—Quieres abrir la puerta al multiverso y… —Tristan parpadeó —. ¿Mantenerlo en secreto?

—Quiero abrir la puerta —afirmó—. Lo que suceda después no es nada.

—Nada —repitió Tristan—. ¿Este es el plan maestro de Atlas Blakely? ¿Abrir una puerta sin considerar las consecuencias?

Atlas negó con la cabeza apresuradamente, un gesto de repentina vergüenza.

—Disculpa; nada, no. Por supuesto que no es que no sea nada.

Pero el desliz quería decir algo, ¿no?

O puede que no.

—Lo importante —continuó Atlas— es que creo que dado el amplio alcance de tu poder, Tristan, podrías ser capaz de todo esto y de más. Las respuestas sobre la creación del universo estarían disponibles para ti. No estás obligado a creer en mi hipótesis —añadió—. Eres libre de teorizar como quieras. Pero el poder que podrías alcanzar, las respuestas que podrías proveer…

A Tristan empezaban a hormiguearle las manos.

—¿Sería capaz de? —El condicional parecía fatídico. Implicaba, entre otras cosas, una alternativa.

Atlas le lanzó una mirada comprensiva.

—Entiendo que es pedirte mucho. Pero no soy yo quien te lo pide, Tristan, sino más bien tu búsqueda de…

—No dejas de llamarme «Tristan» —comprendió y levantó la mirada de su regazo—. A los otros los llamas por los apellidos. —Notó un golpeteo en el cerebro, algo pinchándole. La voz de Callum.

«Blakely me odia. Tú le encantas».

Atlas, que en el transcurso de la conversación se había ido animando, se detuvo de pronto.

—¿Te molesta?

—Te gusto.

Atlas vaciló.

—Como te dije en una ocasión, yo estuve en tu posición en el pasado.

—¿En qué? —preguntó—. ¿Capital de riesgo? ¿Futuro yerno de un multimillonario? ¿Comprometido con una mujer que se acostaba con tu amigo? ¿Qué parte?

Entonces Atlas fijó la mirada en él.

—Sabes qué parte.

En su cabeza, vio la imagen de su padre. No, no solo la imagen, sino el recuerdo, cómo se cernía sobre él, proyectando una sombra en él. No, no el recuerdo de su padre, sino el resultado, la sensación de soledad, de ineptitud, la penetrante tristeza. El ir de puntillas, el peligro de que dar un paso en falso en cualquier momento pudiera romper algo, despertar a la bestia que llevaba dentro su padre. Pudiera resucitar al titán que gobernaba su felicidad, que intensificaba su ya de por sí intensa baja autoestima. Notó el sabor acre del miedo, el pensamiento de que no era en realidad un pensamiento, sino la sensación de salir huyendo. El «pelea o huye», amargo y rancio. La rabia en su pecho, latiendo al ritmo del corazón. El temor a que la rabia que sentía fuera heredada. Que su propia alma, igual que la de su padre, fuera defectuosa.

Cuando volvió a parpadear, notó las lágrimas, calientes y punzantes.

Estaba avergonzado. Sacudió la cabeza y lo miró enfadado a los ojos.

—¿Así piensas que estamos? ¿Deprimidos?

Atlas no dijo nada y Tristan se puso en pie.

—Que te jodan.

Entonces se dio media vuelta y salió del despacho. Subió las escaleras.

En las semanas que siguieron a esa conversación, Tristan no sabía qué hacer consigo mismo. No sabía qué hacer con lo que sabía, o con lo que Atlas pensaba que sabía, o con lo que fuera que estaba haciendo todavía en esta casa, con todos sus secretos, venganzas y maldad. Odiaba a Callum, odiaba a Parisa, nunca le gustó Reina y no sabía qué hacer con Nico, porque la posibilidad de que Nico hubiera entendido del arrebato de honestidad de Tristan lo que Atlas había entendido del interior de su cabeza hacía que sintiera algo mayor que el odio.

Volvía a sentirlo. Anhelo. Algo desenfrenado, una necesidad de que lo calmaran. Pensaba que Libby era su crisis existencial, pero

ella significaba más que eso para él, ¿no? Ella no era solo la causa, era parte de ello. Una pieza de algo que su estúpido cerebro no podía comprender. Ella era la razón por la que no podía acceder a la totalidad de sus poderes. No estaba, y mientras permaneciera ausente, a él siempre le faltaría algo. Su… ¿bondad? ¿Su moralidad? Algo crítico. Algo que no entendía.

No tenía intención de asistir a la ridícula gala de la Sociedad, pero entonces decidió que estaba hambriento y todo olía bien, igual que el dinero. Decidió que no tenía sentido odiar a Atlas. ¿Qué era Atlas? Cuando se marchó el otro viajero, Ezra, Tristan observó cómo se llevaba Atlas una copa de champán a los labios y hacía un gesto afirmativo al primer ministro de vete a saber dónde.

A Tristan todo le parecía estúpido: la Sociedad, los archivos, el mundo y, por extensión, Atlas. A fin de cuentas, era solo un humano más con faltas, con defectos y curiosidades, y sus propios planes. Fuera de esta casa existían hombres peores con expectativas más egoístas.

Fuera quien fuere Ezra, tenía razón. Todos mentían. No se trataba de que Atlas fuera malo, o de que la Sociedad fuera mala, sino de que el mundo fuera como era.

O tal vez Atlas tuviera razón y este mundo fuera solo uno de muchos.

En el preciso momento en el que lo pensó, vio que Nico caminaba hacia él. Asintió.

—¿No estabas con Reina?

—Ella me odia y me quiere muerto por razones desconocidas. O a lo mejor solo tiene hambre. ¿Quién era ese? —Nico señaló con la barbilla a Ezra, que se alejaba—. ¿Alguien importante?

—Oh, era… —Reparó entonces en que no tenía mucha idea, pues no lo había estado escuchando—. Ezra.

—¿Ezra? —Nico puso una mueca—. Perdona, la costumbre. Solo conozco a un Ezra y tiene la personalidad de una rebanada de pan. Diría que es mi eterno enemigo, pero no se me ocurre que pudiera hacer nada que merezca la pena odiar. —Paseó la mirada de forma distraída por la multitud, desde Reina, que estaba enfurruñada en un rincón, hasta Parisa, que se reía en medio de un pequeño grupo de hombres muy atentos—. Probablemente ya hayas oído suficiente de él.

Tristan lanzó una mirada molesta a Nico, tal vez por la insinuación de que coleccionara anécdotas sobre la vida personal de Nico, o cualquier otra sugerencia inapropiada acerca de que eran amigos.

—¿Por qué iba a saber nada de una persona cualquiera contra la que tienes pendiente una *vendetta*?

Nico parecía mosqueado.

—Apenas alcanza la denominación de *vendetta* —murmuró—. Y pensaba que te lo habría contado Rhodes.

—¿Rhodes? —Se le aceleró el pulso—. ¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Su novio. Exnovio ya, imagino. —Por primera vez en la conversación, se miraron el uno al otro, igual de confundidos—. ¿Por qué te estás poniendo tan nervioso?

—¿El novio de Rhodes se llama Ezra? —preguntó con el ceño fruncido.

—Sí. Era. No lo sé. No está muerto. O a lo mejor sí, no me importa en absoluto. —Al ver la expresión de Tristan, añadió—: Pero no era ese. Ese tipo era todavía más anodino que Fowler, lo creas o no, así que no sé por qué estás tan pensativo.

—Llevaba ilusiones. —Tristan no sabía por qué de pronto le parecía tan importante, dado que la conversación tan solo había durado unos segundos—. Pero es una fiesta, un evento formal. —Casi todos llevaban ilusiones o mejoras en la habitación—. Pensaba que sería por motivos normales.

—¿Ese chico? —Nico se quedó mirando el lugar donde había estado Ezra, aunque no servía de nada, pues ya no estaba allí—. Fowler tenía el pelo negro. Un poco más bajo que tú, de la altura de Callum tal vez. Suele tener aspecto de preferir estar en cualquier otro lugar. No ha llevado encima más que libros en toda su vida.

Mierda, pensó Tristan. Eso podría describir a muchas personas en el mundo. Seguro que no era nada, pero…

—¿Y ese chico? ¿Qué aspecto tenía?

—Eh, ¿pelo rubio? ¿Castaño claro? Su cara era… ya sabes. Una cara…

—No. Ese no… —Tristan negó con la cabeza—. No. Pelo negro. Rizos. Y la primera vez que lo vi no llevaba ningún encantamiento ni ilusión.

Nico parpadeó, lo miraba de forma acusadora, como si hubiera debido de sacar el tema mientras se trenzaban el pelo el uno al otro.

—¿Cuándo lo has visto antes?

—En los terrenos de la casa. Cerca de las protecciones.

—¿Qué protección?

—¿Importa? —Tristan estaba inquieto por algo.

—¿Qué protección? —repitió Nico.

—Yo… —Mierda—. Una temporal.

—¿En serio? Una protección temporal. —Parecía furioso—. Te dije que el tiempo era la única dimensión que no habíamos considerado ¿y no se te ocurrió mencionar que te habías encontrado con el exnovio de Rhodes junto a una de nuestras protecciones?

—¿Cómo iba a saber que era su exnovio? —gruñó Tristan—. ¿Y qué especialidad es la suya?

—Es… —Nico se quedó callado y frunció el ceño—. Mierda. Rhodes me lo ha dicho cien veces, pero… no me acuerdo. Algo estúpido, algo… aburridísimo.

—Ah, ¿sí? —siseó Tristan—. ¿O es un maldito viajero en el tiempo?

En ese mismo instante los dos lo entendieron.

—Hijo de puta —exclamó Nico. Dejó la copa de champán en una bandeja y salió corriendo hacia el pasillo.

Tristan lo siguió, conteniéndose apenas para no salir corriendo.

—Puede que no sea nada. —Alguien tenía que ser el adulto en esta situación. Alguien tenía que mantenerse alerta—. No podemos demostrar que esté perdida en el tiempo, mucho menos que la haya raptado un viajero en el tiempo. —Tristan resollaba mientras avanzaban entre los asistentes a la fiesta—. Puede que sea solamente una coincidencia.

—¿Tú crees? —respondió Nico con tono mordaz, como si Tristan no pudiera decir una estupidez mayor aunque lo intentara.

—Tú mismo has dicho que ese chico no es nada, que es aburrido. Además, Rhodes habría…

Llegaron al pasillo vacío cuando Tristan oyó de pronto las palabras de Callum en su cabeza.

«Conocía a la persona que le hizo esto».

Lo reprimió, como un escalofrío.

Podía ser mentira, se recordó a sí mismo. Podía no ser nada. Era

Callum, por el amor de Dios, y…

—Se ha ido —dijo Nico, deteniéndose en el vestíbulo vacío, delante de las protecciones de transporte—. Mierda. No está aquí.

—Sí, Varona, ya lo veo —contestó Tristan. Intercambiaron una mirada de irritación, los dos inmersos en una discusión silenciosa con personas que no estaban presentes.

—Podrías haberme dicho antes el nombre —murmuró Tristan un segundo después. Lo invadía la frustración.

—¡Y tú podrías haber mencionado que había alguien en las protecciones! —replicó Nico.

—Pensaba que era… —Apretó los labios. No podía explicarle nada de esto a Nico—. Nada. Esto es absurdo. —Lo miró, fastidiado —. Ni siquiera sabes cuál es su especialidad. Ni siquiera si era él.

—Ah, pues iré a llamar a su casa entonces. Le preguntaré en qué anda metido, si tiene a Rhodes encerrada en el armario. —El candelabro que había encima de ellos estaba vibrando a una frecuencia baja pero indiscutible, por la ira de Nico de Varona.

La excitación inicial de Nico, la adrenalina de la caza, estaba cediendo a algo más primitivo, más frágil. Furia. Dolor. Decepción. Tal vez porque Nico, igual que Tristan, se había dado cuenta de que lo que acababa de pasar no era garantía de mucho, excepto de que los dos estaban demasiado atados emocionalmente a la situación de ver las cosas con claridad, que era como admitir que nunca encontrarían a Libby.

—No está aquí —indicó Nico, llegando a la misma conclusión a la que había arribado Tristan. Que habían buscado a Libby Rhodes en cada centímetro de esta tierra y no habían encontrado nada. El peso recayó sobre los hombros de Nico cuando se produjo ese momento de claridad—. Lo sabes tan bien como yo. Ella no está aquí. Y aunque por algún maldito motivo yo tuviera razón acerca de que Fowler es un pedazo de mierda, mi teoría sigue siendo una teoría, y sigo sin poder encontrarla, y nadie puede hacer nada al respecto. Aunque —añadió, vacilante— nadie está intentándolo.

Le lanzó a Tristan una mirada de odio evidente y se apartó, chocando con el hombro de Parisa por el camino. Ella lo miró con el ceño fruncido y luego miró a Tristan.

—Lo has enfadado de verdad —comentó. Había un hombre al lado de Parisa, que siguió la mirada de desconfianza del chico hacia

su último posible amante antes de volverse hacia él y encogerse de hombros—. ¿No puedo tener hobbies? Callum tiene uno.

—Por el amor de Dios —exclamó Tristan. Quería desesperadamente golpear algo, pero optó por tomar un trago.

Y luego otro.

Por suerte, el tiempo tendía a despejar la mente, aunque el champán no era de ayuda. Al acabar la tercera copa, subió las escaleras rápidamente para aporrear la puerta del dormitorio de Nico.

—Varona —bramó al no recibir respuesta, volviendo a golpear la puerta.

Al otro lado del pasillo, Reina salió en pijama de su habitación y le hizo un corte de mangas.

—Sí, sí —murmuró Tristan, haciéndole un gesto para que se retirara. Nico abrió la puerta, adormecido.

—Uf, otra vez tú —comentó sin ningún tono en particular, sofocando la reacción con un bostezo—. Mira, puede que me haya puesto un poco…

—Vístete —le pidió.

Nico lo miró adormilado.

—¿Eh?

—Que te vistas —le repitió, irritado, antes de decidir que la tarea no requería unos pantalones—. No importa. Vamos.

Nico frunció el ceño y se rascó un ojo.

—¿A dónde?

—Fuera. En coche.

—¿En coche? —repitió Nico, bajando la mano que tenía libre—. ¿De dónde vas a sacar un coche?

—¿Eres o no eres mágico, Varona? —replicó Tristan, un sinsentido, aunque para Nico evidentemente sí cobró sentido.

—Entendido. Dame cinco minutos. —Nico cerró la puerta y desapareció tras ella.

—Os habéis vuelto locos —comentó Reina detrás de Tristan.

Se volvió para mirarla y pensó de pronto que, antes de esa noche, no había hablado con ella en semanas. El traje chaqueta que llevaba en la fiesta estaba ahora encima de una pila de libros en un rincón. Parecía distinta. Más… centrada. Como siempre, ella permaneció completamente inescrutable.

—¿Qué has estado haciendo durante los últimos seis meses?

—Entendido —dijo y cerró la puerta, aunque la pregunta era sincera. No tenía ni la más mínima idea de qué había estado haciendo o investigando. Sin las conferencias diarias de Dalton, no había habido muchos motivos para que interactuaran entre ellos.

¿Sabría Reina que Atlas la consideraba parte de su plan? ¿Estaría enterada desde el principio? Fue a llamar a su puerta para preguntarle, pero antes de que pudiera hacerlo, Nico salió de su dormitorio.

—¿A dónde vamos entonces? —Nico estaba absolutamente frenético. El suelo vibraba con la energía y los apliques del pasillo estaban temblando.

—Al norte. —Tristan se apartó de la puerta de Reina. Esa conversación podía esperar. Ni siquiera estaba seguro de si quería oír la respuesta. ¿Y si todos en la casa tenían un propósito y Tristan era el último en saberlo? Qué vergüenza—. Muy al norte.

—¿Esto es por Fowler? ¿Vamos a seguirlo? —preguntó Nico mientras bajaban las escaleras. Abajo, los candelabros repiqueteaban como dientes.

—¿Puedes hacer algo con eso? —Tristan señaló las luces. La fiesta se había trasladado ya al gran salón. Tristan se preguntó si Callum se habría ido a la cama, pero probablemente no. Últimamente se dedicaba a merodear por la casa a todo tipo de horas, aunque a él le daba igual.

—Sí, perdona. No me había dado cuenta de lo mucho que quería salir hasta ahora. —Estiró el cuello para mirar el pasillo—. ¿Entonces vamos a por Fowler?

—No. —Aún no. Hasta que no sonaran como unos lunáticos por sugerirlo, no—. No sabemos con seguridad a dónde se ha llevado a Rhodes, o si puede hacer algo remotamente parecido a lo que pensamos que ha sucedido. —Seguramente Libby lo habría sabido si hubiera puesto sus manos en un psicópata omnipotente, pensó Tristan, desesperado—. Además, vamos a hacer algo mucho más importante. A menos que tengas cuestiones más urgentes que atender. —Comprobó por el rabillo del ojo que Nico estaba mirando el móvil.

—Nada. —Se metió el móvil en el bolsillo—. He escrito a gente que conozco en Nueva York para ver si saben algo de Fowler, pero

no he recibido aún respuesta, ni siquiera de Max…

—La gente tiene vida, Varona.

—Ya, pero… —Nico puso una mueca cuando llegaron a los medios de transporte que había en la zona oeste de la casa—. No importa. Cuando dices norte…

—Lo sabré cuando lo vea —respondió sin más Tristan.

—¿Lo verás sin que yo intente asesinarte? —Nico arqueó una ceja con desconfianza.

—Lo sabré cuando lo vea —repitió Tristan, con más énfasis esta vez. Presionó el botón por segunda vez para solicitar el transporte, y luego una tercera vez, lo que sabía que no servía de nada. Las puertas con aspecto de ascensor permanecieron inmóviles—. Estoy buscando algo grande. Una fuente de poder.

Nico asintió con la cabeza.

—Porque…

—Porque si tu teoría de mierda es verdad y Rhodes está en alguna parte del tiempo, entonces va a necesitar un poder inmenso para regresar —contestó con total naturalidad antes de decidir que era una locura, que tal vez ninguno de los dos estaba manteniendo la mente clara.

—Ah. —Nico se quedó pensando mientras Tristan presionaba un botón para King's Cross.

—Tomaremos el coche y conduciremos —señaló Tristan sin querer adentrarse en su teoría. Cuantas más cosas decía en voz alta, más estúpida sonaba.

—Vale. —Nico estaba sorprendentemente en silencio cuando las puertas se abrieron de nuevo y el transporte los dejó en la estación. Dentro, la luna se filtraba por la mezcla de vidrio y ladrillo antiguo a lo largo del vestíbulo occidental, que estaba demasiado tranquilo. Tristan se había olvidado de lo pacífico que podía ser Londres durante la madrugada. Hacía un año había salido por última vez de los confines de la casa de la Sociedad y había pasado más tiempo incluso desde que esta ciudad era su hogar.

Caminaron en silencio por varios minutos. Ya habían atravesado el vestíbulo de la estación, Tristan por delante con pasos más violentos conforme crecía su inseguridad, cuando Nico volvió a hablar.

—Auroras —comentó.

—¿Qué? —La respuesta de Tristan fue un golpe inintencionado. (Parecía que no tener ni puta ida de lo que estaba haciendo lo había puesto de los nervios).

—Auroras —repitió Nico—. Son energía eléctrica de erupciones solares.

Tristan se detuvo. Él no era la Enciclopedia Británica, pero al parecer la conclusión podía ayudar de alguna manera.

—Sí, ¿y…?

—Y —siguió Nico, levantando la barbilla— estás intentando encontrar una fuente de poder que nadie más pueda ver. Pero probablemente emitiría energía del mismo modo, ¿no? Si estás buscando un montón de… no sé, olas…

Parecería una aurora. Para Tristan, solo para él. Que era lo que sospechaba de forma irracional y no quería confesar en voz alta, no fuera a quedar como un idiota. Agradecido, murmuró:

—Enhorabuena, Varona, eres un genio.

—Es verdad —coincidió Varona—. Dicen que Dios no da con las dos manos, pero…

—Cállate. No, sigue hablando. —Tristan salió andando en la dirección opuesta—. Vamos, el coche no importa. —Ese era el plan de un maníaco optimista y este, aunque en teoría seguía siendo igual, estaba remotamente informado—. Vamos a ir en medio de transporte hasta Inverness, y luego…

—Ah, ¿las Tierras Altas? Mágicas —señaló Nico. Bajo el brillo de las luces de la estación, Nico de Varona era de pronto la imagen de la salud. No tenía tan buen aspecto desde hacía meses. Tal vez fuera la promesa de la rebelión, aunque Tristan, que no había hecho ninguna travesura en muchos años, se sentía fortalecido. Probablemente se debiera a la emoción de tomar aire fresco o a la ausencia de émpatas. Nico, percibiendo tal vez el momento de paz de Tristan, siguió—: Respóndeme a esto, Caine. ¿Qué haces una vez que encuentras una misteriosa fuente de poder?

Esa era la pregunta que había estado evitando. Era muy consciente de que estaban en mitad de la noche y de que solo había apostado por las formas de Nico de actuar de manera precipitada antes que por su propia lucidez. No sabía qué iba a hacer cuando lo encontrara, si lo encontraba. Lanzarse a la noche para buscar un grupo de piedras de hadas no era el avance científico del siglo.

Decirlo en voz alta seguramente no ayudaría. ¿Podría acaso expresar con palabras esta urgencia, la necesidad de expandirse y ver qué podía hacer su magia? Tristan era consciente de que le había admitido a Atlas que le faltaban habilidades. No sabía qué estaba logrando al tratar de probar que Atlas tenía razón o no, o si eso era lo que pretendía hacer. Las preocupaciones de Tristan se habían estrechado cada vez más hasta que todo parecía girar en torno a una única necesidad apremiante.

—Entonces buscamos una manera de llevar a Rhodes a casa —contestó en voz baja.

Esa era la única cosa a la que Nico de Varona no iba a oponerse.

Como esperaba, la expresión del chico cambió a una de total claridad. Abrió la boca pare responder, pero se detuvo.

—Yo —comenzó y frunció el ceño—. Tristan. —Miró a su alrededor. Hubo un pulso de retraso o aparente confusión—. ¿No está esto… muy vacío?

—¿Qué? —preguntó Tristan, ofendido por ese otro momento de vulnerabilidad espontánea—. Es de noche, Varona, no creo…

—Agáchate —le indicó Nico de pronto, empujándolo al suelo.

En el mismo momento en el que las rodillas de Tristan tocaron el suelo, atisbó la presencia de alguien, dos personas ocultas por ondas de magia, justo antes de que algo saliera de la palma de la mano de Nico. Le pitaron los oídos y le temblaron las piernas, y notó algo demasiado familiar.

El sonido de un arma al dispararse.

Se puso en pie con dificultad y giró, todo a su alrededor estaba cambiando. Ahora estaba sucediendo más rápido, el caleidoscopio de su entorno se movía a su voluntad, y entonces se encontraba en el interior de las ondas de la magia de Nico. El escudo que Nico debió de erigir como un globo de azúcar alrededor del lugar en el que estaban los dos. En el espacio de tiempo que duraba una inspiración, Tristan desarmó la bala. *No, un momento, deja de destruir cosas, Caine, por el amor de Dios, ¿vas a aprender alguna técnica ofensiva?* Volvió a componerla, recalibrando la fuerza necesaria para devolverla por donde había venido.

Justo entonces, Tristan pensó que tal vez los intentos de asesinato espontáneo se habían convertido en un inconveniente real o, tal vez, más alarmante aún, no había sido Nico de Varona.

La bala redirigida de Tristan se alojó en el pecho del atacante original justo antes de que Nico, que había disuelto el escudo que había erigido en torno a ellos, lanzara una bola de fuego con fuerza a la cabeza del segundo asaltante.

—¿Has visto eso? —resolló Nico, que agarró a Tristan por el hombro y salió corriendo—. Su cara, ¿la has visto?

—¿El qué? —A Tristan le faltaba el aliento y siguió con paso inestable a Nico cuando saltó a la escalera mecánica detenida, buscando un punto que le ofreciera ventaja.

—Estaba sorprendido. —Empujó a Tristan detrás de una esquina y se detuvo con la mano en los labios, escuchando—. Han venido a por ti —murmuró como explicación.

—¿Qué?

Esperaron en busca de pruebas de que estaban siguiéndolos. Era muy improbable, pensó Tristan, teniendo en cuenta que un hombre estaba sangrando y el otro estaba inconsciente. ¿Deberían llamar a la policía? ¿Qué hacía alguien en un ataque como este? No se trataba de un atraco promedio.

—Han venido a por ti —repitió Nico, señalando una salida de servicio—. Vamos.

Nico apagó las alarmas, que, al parecer, no tenían seguridad medellana. Como suponía. Tristan había valorado sistemas de seguridad medellanos para James Wessex y estaban todos privatizados, las marcas y patentes tenían precios que rozaban la locura.

—¿Qué quieres decir con que han venido a por mí?

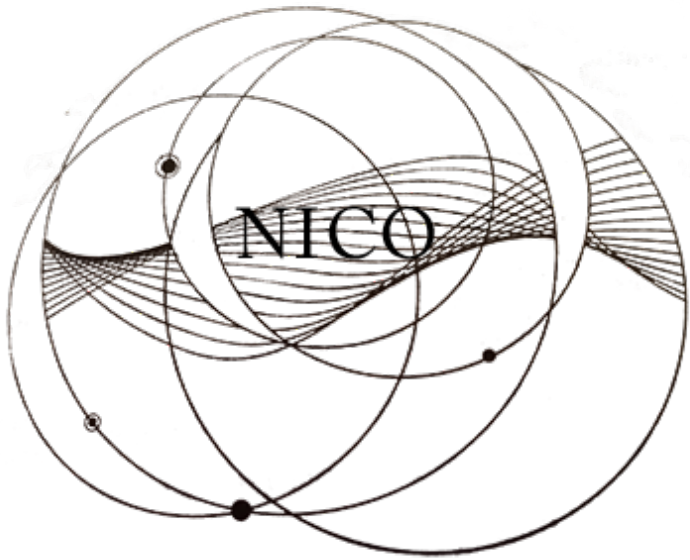
Fuera, el aire era frío, a Tristan le dolían los pulmones por el esfuerzo y Nico tenía las mejillas rojas.

—Parecía como si te estuvieran esperando. Como si supieran que llegarías. Pero yo he sido una sorpresa. —A pesar del frío y del sudor, Nico parecía vibrante—. Alguien debía de saber que estarías aquí —dedujo.

—Pero si lo he decidido hace unas horas. Esta noche. —Tristan frunció el ceño—. ¿Y quién iba a quererme muerto?

Nico tenía los ojos brillantes por la intriga.

—No lo sé, pero creo que deberíamos averiguarlo.



A media mañana del día siguiente de su partida de la casa de la Sociedad junto a Tristan, Nico llegó a las protecciones del ala oeste con una noticia y unas prisas que no había sentido desde… bueno, desde que Libby seguía aquí. Irónicamente, en ese momento estaba feliz porque Libby no estuviera, pues ella no se habría tomado nada bien la noticia de sus recientes viajes. El sermón habría sido interminable.

Entró en el pasillo principal de la casa y salió corriendo. Examinó primero la sala pintada en busca de alguna señal de actividad, atravesó después la planta baja en dirección a la sala de lectura.

—¿Parisa? —gritó al tiempo que regresaba al vestíbulo de la entrada.

No obtuvo respuesta. Se detuvo junto a las escaleras y las subió de dos en dos para dirigirse a los dormitorios.

—Parisa, ¿estás aquí?

Silencio. Llamó a la puerta de su habitación, pero no hubo respuesta y supuso que no había muchas posibilidades de que se

encontrara dentro. No oyó una protesta de «Nicolás, tus pensamientos son demasiado ruidosos», lo que significaba que debía estar aquí.

Bien. Hora de mirar en los jardines. Bajó de nuevo las escaleras y ya se disponía a salir cuando le vibró el teléfono.

¿No te he dejado muy claro que esto era una emergencia?

El nombre del contacto era «Capullo (despectivo)» para diferenciarlo del contacto de Max, que era «Capullo (cariñoso)».

Encuéntrala y vuelve aquí, fue el siguiente mensaje.

—Un consejo muy útil, Caine, gracias —murmuró Nico y se metió el teléfono en el bolsillo. Rodeó por poco un obstáculo en el camino.

—Cuidado —le dijo Callum, que iba de la cocina al comedor—. Hueles a irresponsabilidad —añadió con tono reprobatorio, lo que era irónico teniendo en cuenta que el sándwich a medio comer que llevaba seguramente perteneciera a Dalton.

—Gracias —respondió Nico y, como al parecer no tenía una opción mejor, preguntó—: ¿Has visto a Parisa?

—No. —Callum ya estaba distraído, su atención había pasado a Nico de largo y estaba fija en algo que había por delante—. Adiós para siempre.

Nico parpadeó, alarmado.

—¿Qué?

—Nada. Es solo una broma —contestó con tono vacilante, aunque se detuvo para mirar de nuevo a Nico con los ojos entrecerrados.

—¿Qué? —preguntó este a la defensiva.

Los dos bajaron la mirada cuando el bolsillo de Nico vibró. Probablemente fuera otra queja de Su Eminencia. *Tic, tac, Varona*, etcétera, como si Nico no fuera ya consciente de que tenían un asunto urgente entre manos. No era su culpa que no encontrara a Parisa, ¿qué iba a hacer él?

Aunque en lugar de Parisa…

Callum debió de notar el cambio en la cara de Nico.

—No —dijo con su aire usual de condescendencia y Nico suspiró.

—Mira, necesito… una habilidad específica.

Por supuesto, Tristan iba a matarlo por esto. Pero Tristan iba a

ser un capullo de todos modos y como Parisa no estaba en la casa, era esto o dar un paseo por el jardín.

—No —repitió Callum, volviéndose, pero Nico movió una mano. Por extraño que pareciera, Callum no anticipó el movimiento y se dirigió directo al muro de fuerza conjurado por Nico, como si colisionara con una pared de verdad—. Hijo de puta —protestó y se llevó una mano a la cara de inmediato—. Santo cielo.

—¿Estás ocupado? —le preguntó Nico.

—Eres un maldito niño —murmuró Callum, que se estaba pellizcando el puente de la nariz con dos dedos.

—Eso he oído. —Agarró a Callum por el hombro y lo llevó a la entrada oeste, más allá de las protecciones de la casa.

Fuera de la casa señorial había un camino rural, campos, un tedio pastoril. Eso y un coche de alquiler barato y un Capullo (despectivo) muy irritado.

—No —dijo de inmediato, frunciendo el ceño cuando vio a Callum y a Nico procedentes del otro lado de las protecciones de la Casa. Tristan estaba apoyado en el coche, pero se puso recto y dio un paso hacia la carretera en el momento en el que la participación de Callum se hizo obvia—. Absolutamente no. Queremos que siga con vida…

—Dios mío —exclamó Callum. Según se fijó Nico, había decidido un espectáculo exagerado para el encuentro. Como de costumbre, llevaba solo una bata que parecía pertenecer a un rey loco. Tenía una mancha de sangre en el labio superior que le hacía parecer especialmente inestable, aunque Nico diría que solamente estaba achispado y no borracho de verdad—. Varona, ¿me has traído a un cautivo?

Callum se acercó danzando al coche y miró por la ventanilla. Se mostró maravillado con el contenido del asiento trasero, como alguien que observara a un oso en el zoo.

—Fascinante —murmuró, lanzando una mirada a Tristan por encima del hombro que incluso Nico determinó más sobria de lo que el propio Callum parecía estar.

—Te he dicho que buscases a Parisa —siseó Tristan a Nico.

—Sí, bueno, querías manipular a alguien, ¿no? —murmuró Nico. Por desgracia, Callum, que estaba haciéndose una foto con el cautivo dormido por la ventanilla del asiento trasero del coche,

sonrió en su dirección y les levantó el pulgar—. No necesitas a una telépata para eso.

Tristan le fulminó con la mirada, pero no dijo nada, lo que Nico supuso que era buena señal. A fin de cuentas, llevaban dos días intentando asesinarlo y Nico estaba seguro de que esas cosas no mejoraban mucho el humor.

Era como un reloj, sucedía cada pocas horas, o esa era la sensación que tenía. Alguien los arrojó de pronto por encima del mostrador de alquiler de coches. Alguien puso una trampa para los neumáticos en la carretera. Empezaba a sentir que a intervalos cada vez mayores, aparecería alguien nuevo de la nada para atacar a Tristan Caine a la mínima oportunidad de que abandonara las protecciones de la Sociedad, como si le hubieran puesto una diana. Al principio, Tristan y Nico simplemente despachaban sin mucho esfuerzo a sus asesinos, que variaban de mortal a mágico sin motivos aparentes. Sin embargo, al final Tristan detuvo el coche en el arcén y arrastró al último medellano (que los atacó en la carretera mientras discutían sobre el contenido del rollito de salchicha de Nico) al asiento trasero, todo con una cara que denotaba algo más metódico que la rabia.

—¡Esto es ridículo! —protestó Tristan y giró el coche con tal cantidad innecesaria de fuerza que Nico pensó que estaba presenciando otra capa de Tristan Caine. No sabía que Tristan tuviera esas agallas y por un momento fue emocionante acompañarlo y olvidar que tomar rehenes tal vez no fuera la mejor idea que habían tenido durante el día.

No pudieron meter al medellano cautivo en la casa por las protecciones; entre otras cosas, violaba la regla número uno de la Sociedad, por lo que el plan era que Tristan esperara en el coche (y, por extensión, su pasajero) mientras Nico entraba a buscar a Parisa. Un cambio repentino, un poco de lectura mental y *bum*, sabrían exactamente por qué alguien (aparte de Nico) intentaba matar a Tristan.

Pero el recuerdo de la existencia de Callum era, por desgracia, también el recuerdo de que a veces era necesario un plan be.

—Lo que no queremos —siseó Tristan en dirección a Nico— es jugar al ratón y al gato. —Lo que quería decir que no consideraba a Callum capaz de no jugar con la comida antes de comérsela, lo que

era justo, aunque inútil—. Solo necesitamos las respuestas y después depositar… esto —decidió usar esa terminología para referirse al ocupante del coche de alquiler— en algún lugar, y después seguir tratando de ver si…

—Una historia entretenida, chicos —anunció Callum, abriendo la puerta del asiento trasero y metiéndose dentro—. Aquí vuestro amiguito brujo está despierto.

—¿Brujo? —preguntó Nico, pregunta que Tristan ignoró. Un mago se refería a alguien capaz de hacer magia, pero sin la calificación universitaria que definía a un medellano. Lo único que sabía Nico sobre los magos era que tenían sus propias reglas y el padre de Tristan era uno—. Parecía muy bueno siguiéndonos con la señal satélite…

—Y no está despierto —gruñó Tristan, adelantándose con los puños cerrados, como si tuviera intención de golpear en la nariz a toda esta situación—. Lo he visto yo mismo, está dormido y es…

—Un brujo —le confirmó Callum a Nico, que estaba ahora ignorando a Tristan—. El dominio de las máquinas no está necesariamente a la altura de la tecnomancia. Preséntate, por favor —se dirigió Callum al brujo, que era mayor que Nico, pero no que él. Parecía una versión más sosa de Callum, una manifestación más curtida y menos penetrante de pelo rubio y ojos azules.

—Hola —saludó obligado el brujo, que se levantó del asiento trasero del vehículo como si estuviera en trance—. Soy Jordy Kingsworth.

—Hola, Jordy Kingsworth —respondió Callum alegremente, echando un brazo por encima de los hombros del brujo—. Cuéntanos, Jordy Kingsworth, ¿qué empresa tienes con mis amigos?

—Soy su rehén —contestó con un tono amable y relajado que sugería que no estaba hablando de su propia voluntad.

—Sí, por supuesto —coincidió Callum dirigiéndose a un Tristan agitado y a un ligeramente arrepentido Nico en un extraño espectáculo de seudoventriloquía—. Pero ¿antes de eso?

—Recibí una notificación de que Tristan Caine había abandonado la protección de la Sociedad. —El brujo tenía los ojos vidriosos, como si acabara de comer demasiado pavo de Acción de Gracias—. Las mismas advertencias en Osaka, París y Nueva York para Reina Mori, Parisa Kamali y Nicolás Ferrer de Varona.

—¿Debería de sentirme insultado? —preguntó Callum, haciendo referencia a su ausencia de las listas con un puchero exagerado.

—Callum Nova: muerto —respondió Jordy Kingsworth—. Si la ubicación del resto de los iniciados cambia…

—Parece que esté leyendo de un informe —indicó Nico con el ceño fruncido. Pasó por alto la mirada de odio que estaba lanzando Tristan a Callum—. ¿Alguien nos persigue? ¿Quién?

Jordy Kingsworth murmuró algo como respuesta, arrastrando las palabras.

—¿Qué has dicho? —preguntó Callum llevándose una mano a la oreja—. Dilo otra vez.

—El Foro está interesado en el paradero de los iniciados de la Sociedad —repitió Kingsworth, más alto esta vez—. En colaboración con la Policía Metropolitana. Los medellanos antes nombrados serán arrestados de inmediato.

—Ah, eso explica todo —comentó Callum, quitando una placa de policía del bolsillo del pecho de Kingsworth y ofreciéndosela a Tristan antes de cambiar de idea y metérsela en el bolsillo en el momento preciso en el que Tristan tendía la mano—. Me la quedo. ¿Algún plan para vuestro rehén? —preguntó a Nico.

Buena pregunta. Nico miró a Tristan, que tenía los labios apretados.

—Suéltalo.

—¿Seguro? —preguntó Callum, que parecía encantado, como si supiera que la respuesta carecería totalmente de inspiración—. ¿Sin más? ¿No queréis más preguntas? ¿Ninguna… palabra de ánimo especial?

La promesa de algo siniestro parecía muy muy palpable, y Nico dudaba de que Tristan lo hubiera pasado por alto.

—Suéltalo —repitió Tristan y la sonrisa de Callum se expandió en su cara.

—Hay una cosa más —dijo Callum con la mano en la nuca de Jordy Kingsworth—. Has dicho que los miembros de la Sociedad serán arrestados, no atacados. ¿Quién ha puesto entonces la diana en nuestro buen amigo Tristan? —le preguntó al brujo con una mirada de placer en el rostro.

Esa respuesta pareció extraída como un diente. Al lado de Nico, a Tristan se le entrecortó la respiración.

—Adrian Caine —contestó Jordy Kingsworth.

—Maravilloso. —Callum le dio una palmada en la espalda antes de abrir la puerta del conductor y acompañarlo—. Disfruta.

Kingsworth se despidió alegremente de ellos con la mano antes de salir a la carretera a una velocidad increíblemente respetable.

—¿A dónde va? —preguntó Nico, mirando el coche con el ceño fruncido.

—A tirarse de la colina más cercana —contestó Callum, pero al ver la mala cara de Tristan, le aclaró—: Es broma. Habrá ido al *pub* más próximo a beberse una pinta. De pronto tiene mucha sed. —Tristan seguía sin decir nada—. Tranquilo. —Callum suspiró—. No puede alcanzarte dentro de nuestras protecciones, ¿no? No es una amenaza.

Tristan se volvió y salió disparado hacia la casa. Callum miró a Nico y se encogió de hombros.

—No sabe encajar una broma.

Nico, que imaginaba que la búsqueda de Libby probablemente quedara en pausa debido a las circunstancias, arqueó una ceja.

—Podrías haber dejado fuera la parte de que su padre lo quiere muerto.

Algo titiló en los ojos de Callum. Era la primera señal de lucidez real que observaba en él en semanas.

—Podría —afirmó—. Aunque, por extraño que parezca, me parece la mejor parte —murmuró, encaminándose hacia la casa.

Nico esperó a que Callum accediera a las protecciones primero y lo siguió después, pensando en las implicaciones de que los estuviera rastreando el Foro. ¿Qué planeaba hacer exactamente con los iniciados de la Sociedad? ¿Sería otra consecuencia que no le habían contado de la iniciación? Les habían dicho que pertenecer a la Sociedad conllevaba riqueza y prestigio, no un arresto inmediato. ¿Sería esta otra mentira de Atlas o estaría relacionado con el secuestro de Libby? ¿Sería el Foro el responsable?

Estaba tan concentrado en sus pensamientos que estuvo a punto de chocar con la espalda de Callum, cuando llegaba a la entrada oeste de la casa. Tristan y Parisa estaban ya discutiendo dentro de la casa.

—… no es exactamente nuevo, ¿no? —estaba diciendo Parisa—. No sé por qué estás tan sorprendido. Alguien vino a por Rhodes.

Vendrán a por nosotros. ¿Y qué haces fuera de la casa, por cierto?

—Eso —bramó Tristan— no es asunto…

—Ondas electromagnéticas, ¿en serio? —Parisa había decidido leer la mente de Tristan en lugar de tratarlo como a un adulto. Al lado de Nico, Callum parecía entretenido en la puerta.

A cierta distancia, detrás de donde estaban discutiendo Tristan y Parisa en el pasillo, Reina se detuvo. Probablemente fuera a los archivos, aunque quién sabe. Lo único que sabía Nico de Reina en los últimos meses era que quería que desapareciera de la faz de la Tierra lo más rápido posible, gracias.

—No me digas que has salido a buscar unas piedras de hadas y círculos en los cultivos —estaba diciendo Parisa en lo que Nico registró como un tono rhodesiano—. Varona —le advirtió Parisa sin mirarlo—, que una mujer exprese que un hombre está siendo estúpido no quiere decir…

—Esos mitos existen por un motivo —la interrumpió Reina.

—Nadie te ha preguntado —replicaron Parisa y Tristan al unísono.

—Me encanta cuando actúan en conjunto —señaló Callum, apoyándose en el hombro de Nico. Este se apartó rápidamente.

—¡Cállate! —gritaron Tristan y Parisa.

—Las criaturas escogen sus ubicaciones ancestrales por una razón —continuó Reina, como si nadie hubiera hablado, y lanzó una mirada dura a Nico—. Lo leí en el libro que me dio Varona el año pasado.

Nico notó un tufo a acusación por su parte, lo que no tenía sentido, pues estaba seguro de que era inocente de prácticamente todo.

—Ah —respondió en un tono ofensivo que transmitía su confusión.

No hubo suerte. Al parecer se enteraría de qué le había hecho a Reina solo cuando estuviera bien muerta.

—Hay muchos lugares en el Reino Unido que tienen una actividad electromagnética aumentada —prosiguió después de mirar a Nico, como si este le hubiera arruinado personalmente el día—. Clava Cairns, Lago Ness, Kilmartin…

—¿Algo notable? —preguntó Tristan. De pronto había olvidado su discusión con Parisa, quien miraba a Reina con el ceño fruncido.

Reina se encogió de hombros.

—¿Las piedras de Callanish tal vez? Está en Escocia. Podéis echar un vistazo al libro.

—Genial. —Tristan salió disparado, lanzando una mirada de odio a Parisa y dejando al resto allí, como si no hubieran hablado nunca.

—¿Me estabais buscando? —preguntó Parisa, que se volvió de pronto hacia Nico.

Al tener toda su atención, se sintió de pronto muy incómodo.

—Sí, pero…

Antes de que pudiera terminar la frase, Tristan había vuelto al pasillo.

—Me gustaría recordaros a todos vosotros que dijisteis que ayudaríais a Varona a encontrar a Rhodes —anunció con una voz irritante—. Y ninguno de vosotros ha movido un dedo. Obviamente no sois de ninguna ayuda —añadió mirando en la dirección de Callum—, pero el año casi ha terminado y ninguno de vosotros ha mencionado siquiera su nombre.

—Yo… —comenzó Nico, pero lo interrumpió Parisa.

—Varona es quien la está buscando —replicó, hablándole muy despacio a Tristan, como si sospechara de que sufría un estado crónico de idiotez—. ¿Qué más quieres que hagamos? Cuando la encuentre, le ayudaremos.

—Bien… —volvió a intentar Nico.

—Diría que es más importante el hecho de que nos esté rastreando una especie de comando del Foro —continuó Parisa y Reina frunció el ceño.

—¿Qué?

—Al parecer, preferirían tenernos en su posesión y no están interesados en pedirlo amablemente —le murmuró Parisa a Reina sin mirarla—. Muy típico de unos filántropos, sinceramente…

—¿Qué importa que no estén rastreando? —preguntó Tristan—. No podemos cambiar eso desde dentro de la casa, pero en la cuestión de traer de vuelta a Rhodes…

El teléfono de Nico vibró en su bolsillo. Todo el mundo parecía haber perdido el interés en él, así que lo sacó, lo miró para comprobar si Max se había dignado al fin a responder el mensaje que le había mandado. (Mira, la amiga de Libby, solo le dijo que no

había visto a Ezra últimamente, suponía que estaría triste por la ruptura. Otro mensaje un día después decía que en el piso había un nuevo inquilino, pero la rotación de alquileres en la ciudad no era ninguna sorpresa. El apartamento era demasiado bonito para una sola persona y, además, Mira pensaba que lo odiábamos. *Ah, y Nico, sé que estáis superocupados haciendo cosas increíbles de físicos pero, por favor, dile a Libby que me conteste los mensajes*…).

Pero no era Max. Ni Mira.

bonjour

Nico tragó saliva.

vine, vi y vencí

o lo que sea

la cuestión es que tengo noticias

¿estás despierto?

A Nico se le aceleró el pulso con la sorpresa/alarma/actividad.

—Chicos. —Tenía la garganta seca.

—… al menos tener una estrategia —estaba diciendo todavía Parisa en voz muy alta— para que no seamos presa fácil cuando llegue el momento, ¿sí?

La expresión de Reina estaba tensa por la irritación.

—Eso es justo lo que yo…

—Ah, pero creen que Callum está muerto —anunció Tristan, moviendo la mano en dirección a Callum.

—Obviamente —respondió Parisa en un tono que parecía diseñado para molestar a Tristan.

Funcionó y Tristan se dirigió a ella muy enfadado.

—¿A qué te refieres con «obviamente»? Ha estado paseándose a la vista de todos, ¿cómo va a ser tan obvio?

—Chicos —volvió a probar Nico—. Voy a…

Señaló el teléfono, pero se quedó callado cuando comprobó que nadie, aparte de Callum, estaba mirándolo.

—¿Una cita caliente? —le preguntó Callum con una sonrisita.

Nico exhaló un suspiro y subió las escaleras de dos en dos, después de tres en tres. Desde ahí, tan solo tardó unos minutos en llegar a su habitual celda de visita en los sueños.

—Ah, hola —lo saludó Gideon, el bastardo. Nico tenía ganas de darle un puñetazo en la boca.

—Hola —respondió—. ¿Cómo estás? —preguntó en español.

—Bien, más o menos. Y t… —respondió él en la misma lengua.

—Cállate. Tú cállate. —Nico se acercó a los barrotes y experimentó una euforia frustrante—. Hola.

—Ya hemos hecho eso, Nicky. —La sonrisa de Gideon era débil e injustificable—. Tengo buenas noticias —continuó—. A Libby se le da deliciosamente mal esto, pero al menos ha sido informativa. Y… ¿qué?

Nico parpadeó y se dio cuenta de que Gideon lo miraba inquisitivamente mientras esperaba una respuesta.

—¿Qué quieres decir con «qué»? —preguntó, de pronto cohibido —. Sigue. ¿Sabes dónde está?

—Sí, solo estaba… —Torció la boca en un gesto divertido y luego se encogió de hombros—. Puedo resumirlo, si quieres. Iba a decirte que está…

—Puedes pasarte el día entero hablando —le dijo Nico—. En serio. Recita poesía, no me importa.

—Está en Los Ángeles. En 1989.

El corazón le dio un vuelco a Nico.

—¿En serio?

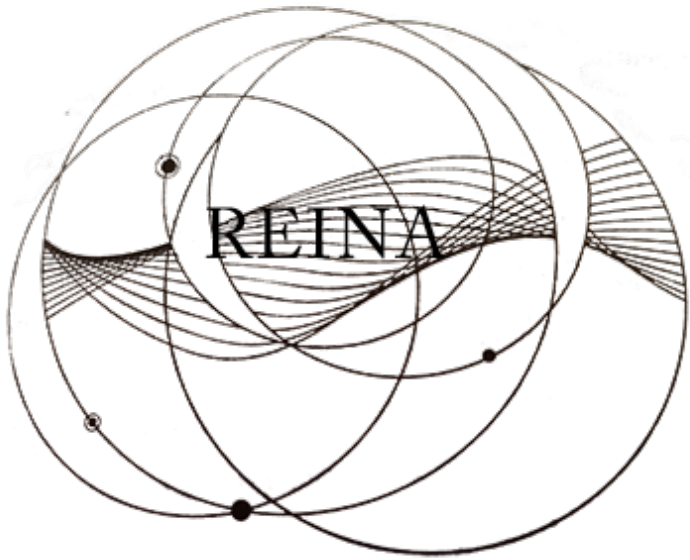
—Bueno, 1990 ahora, supongo. ¿Qué? —volvió a preguntar Gideon, enarcando las cejas—. No paras de mirarme, Nicky.

—¿De veras? —Nico estaba sin aliento—. No importa. ¿Algo más?

—Sí, tengo una teoría.

Eran las palabras más bonitas que había escuchado Nico de Varona en toda su vida. No importaba que acabara de enterarse de que alguien estaba dispuesto a matarlo. No importaba que los últimos dos días lo hubieran intentado varias personas. De pronto, era todo muy simple. Gideon estaba aquí y tenía respuestas. Tenía una teoría. Nunca nada había parecido una sincronicidad más divina que esto.

—Cuéntame —le pidió, acomodándose en lo que acabaría siendo una siesta muy larga—. Te escucho. Adelante.



Con la ayuda («ayuda» era un término muy generoso) de Callum, Reina pudo extraer (como si fuera un diente o veneno) de los archivos de la biblioteca una colección de libros de mitología que, por cualquier motivo, estos no querían que tuviera ella. Los habría tenido disponibles en cualquier universidad. Todas las culturas tenían una explicación para el universo, para la vida creada en siete días o vomitada de un estómago o transformada a partir de una gota de leche, y buscar esa información no debería de haber sido un problema. Pero cuanto más pedía, más se resistían los archivos a complacerla. Lo que estos no querían que tuviera eran específicamente las historias de dioses que actuaban cuando fracasaban los hombres: conteniendo el desorden que los rodeaba, permitiendo que renaciera una tierra muerta.

Comúnmente se malinterpretaba el concepto de *samsara* y su ciclo de reencarnación, algo que Reina ya sabía. El karma se tergiversaba de forma continua con la balanza de la justicia cuando, en realidad, era una cuestión de continuidad eterna. La rueda de la fortuna que giraba y giraba no era un asunto de un punto único

arriba o abajo, sino de la ausencia de medida, la irrelevancia del tiempo. No había comienzo ni fin. Solo había naturaleza, y magia, que no había nacido y, por lo tanto, no moría. Existía y existiría siempre. No había final para este mundo, ni comienzo, ni salvación de algo superior, ni necesidad de ello. El Olimpo estaba vacío. Los dioses ya estaban aquí.

Reina se había dado cuenta de que los archivos empezaban a considerar este pensamiento preocupante.

Por fortuna, ella no confiaba en los archivos ni en su cerebro, si era que lo tenían. Suponía que era una programación, como un código, y que había alguien responsable de su comportamiento. Si se trataba de Atlas Blakely o de cualquier otro miembro de la Sociedad no le preocupaba.

Bueno, no era que no le preocupase. Estaba segura de que había algo en marcha, algún mecanismo de control.

Madre veeeee, dijo el helecho de la sala pintada. *Madremadre sabe, pero madre no estamos solas*.

Era un fastidio. El tema de las plantas siempre había sido un incordio, pero se habían vuelto cada vez más expresivas. Parecían no estar de acuerdo con algo, con toda la lectura que estaba llevando a cabo tal vez, o con la sensación de comodidad que sentía cuando se quedaba en la cama, leyendo pilas interminables de libros. Las enredaderas empezaban a perforar el cristal de la ventana de su dormitorio, a colarse por las grietas del alféizar. A pesar de los frutos de sus estudios, parecía que la naturaleza quería que saliera, que tocara la hierba.

Había pasado una semana más o menos de la ridícula fiesta de la Sociedad («Estáis invitados a asistir», les había dicho Atlas, lo que hizo que la higuera se riera a carcajadas) cuando Reina cedió al fin y salió. Había espacios con nieve junto a los cornejos. Bajo sus pisadas crecían brotes verdes.

El momento fue fortuito. Oyó una discusión y se detuvo entre las ramas que se estaban riendo.

—… te dije que lo dejaras, pero no. No pudiste. No puedes querer a nadie, ¿verdad?

Era la voz de Dalton. Reina recordó entonces que Atlas les informó la semana anterior sobre la enfermedad de Dalton. No había pensado mucho en ello, estaban en época de resfriados.

Olvidó (por falta de interés, seguramente) que aparte del flirteo de Callum con el alcohol, eran medellanos que no enfermaban.

—¿Eso es lo que piensas que es esto? —fue la respuesta de Parisa—. ¿Amor? ¿Y qué posible final le ves?

Dalton no parecía estar escuchando.

—Por ti estuve a punto de no poder acabar lo que empecé. A saber si puedo hacerlo aún. —Su voz era afilada e inusitadamente cortante—. Atlas tiene razón… esto no va a aguantar… no. Y cuando inevitablemente falle.

—¿Quieres hacerme responsable a mí de tus decisiones? Bien. Parece que has olvidado que sabías exactamente a qué le estabas diciendo que sí. —Parisa parecía mostrarse más fría con la agitación de Dalton, cada vez más distante conforme crecía la frustración de él—. Olvidas que fuiste tú quien me dejaste entrar.

Reina miró desde detrás del tronco de un olmo cercano y vio que Dalton tensaba la mandíbula en un gesto de algo que no creía que fuera del todo frustración. Ni tampoco ira.

Tristeeeeee, musitó el olmo.

—Bien. —El hombre se apartó de Parisa y se marchó sin decir una palabra más. Vio a Reina cuando pasó por su lado, pero la adelantó de forma brusca.

Parisa, sin embargo, no se movió de donde estaba.

—Sé que estás ahí. —Bajó la mirada a la hierba y luego volvió a mirar al frente cuando Reina se dirigió a regañadientes hacia ella—. Puedo oír todo lo que oyes tú —añadió con indiferencia—. Y tienes razón, la hierba es una cabrona.

Reina se acercó a ella en silencio.

—Ya veo que esta vez no sientes pena por mí —observó Parisa sin mirarla—. Supongo que he conseguido al fin convencerte de que no merezco compasión, ¿no?

—Creo que sea lo que fuere lo que le has hecho, merecías eso. —La voz de Reina parecía haber perdido la práctica. De pronto reparó en que llevaba días sin hablar con nadie, la última vez que necesitó la ayuda de Callum, simplemente lo levantó del comedor, donde estaba dormido, y lo arrastró hasta los archivos. Él permaneció despierto el tiempo suficiente para que ella consiguiera la historia oral de los pastores fulani e inmediatamente después se durmió de nuevo.

—Ah, sí lo merezco —afirmó Parisa—. Y resulta interesante, porque en raras ocasiones recibo lo que merezco. —Parecía divertida consigo misma, lo que rayaba lo repugnante.

—¿De verdad te consideras tan deseable? —Reina la miró de soslayo—. ¿De verdad esperas que te quieran sin condiciones?

Parisa se encogió de hombros.

—Dalton no me quiere.

—Igual solo quieres pensar eso. Porque tú no puedes amar a nadie.

La risa de Parisa era oscura, cargada de melancolía.

—No vayas a decirme que eres una romántica, Reina. —Exhaló un suspiro—. Arruinará la buena opinión que tengo de ti.

—No tienes una buena opinión de mí —murmuró ella.

—Qué boba, se me había olvidado. —Parisa se volvió por fin para mirarla. Fue un golpe duro, frío, un impacto de blanco invernal.

Callum tenía razón, su belleza era una maldición. Ocultaba la ausencia de algo más profundo.

Parisa sonrió sombríamente.

—Ya veo que no has pensado en qué harás cuando termine el año —comentó.

—Ni tú. —Obviamente no, teniendo en cuenta la conversación que acababa de mantener con Dalton.

—Oh, yo sí sé qué voy a hacer —respondió con condescendencia —. Lo mismo que todos. Envejecer, gastar dinero, morir.

La hierba que había debajo de ellas crujía, o se marchitaba.

—¿De verdad es eso todo cuanto has venido a hacer? —preguntó Reina, irritada.

—No. —Se encogió de hombros—. Venir aquí formaba parte de eso.

—¿Pero no tienes una investigación? —Como siempre, Reina se preguntó por qué se molestaba en proseguir con esta conversación, pero había algo en la filosofía de Parisa que quedaba fuera de su alcance.

¿Sería su apatía? ¿Su aparente insistencia en que tener vida, ser algo, no significaba nada?

—Por supuesto que he investigado. Pero ¿qué importancia tendrá aquí encerrada, en los archivos, para que la siguiente ronda

de medellanos la use en secreto?

—¿Preferirías entonces difundirla? —Como el Foro.

—Ah, mierda, no. —Parisa miró a Reina como si fuera la chica más estúpida—. No, ¿estás de coña? La humanidad no ha de tener todo lo que está aquí oculto. —Señaló por encima del hombro en dirección a los archivos—. La Sociedad tiene razón al menos en eso.

Reina frunció el ceño.

—Entonces…

—¿No lo comprendes? El mundo carece de sentido, está jodido. Pensaba que entendías eso.

Reina la fulminó con la mirada.

—Tú no me entiendes.

—En realidad, sí, Reina. —Sonaba aburrida—. No eres tan diferente de mí. O de Rhodes. O de nadie. No quieres que te utilicen. Pero lo permitirás, lo permites, porque aunque te quedes aquí, aunque te mueras delante de tus preciados libros… —En este punto mostró un atisbo de rabia real—, seguirás siendo una herramienta de algo. De alguien.

—¿Y?

—Dios, ¿eres así de obtusa a conciencia? Y nada. Y todo. —Parisa parecía asqueada—. O te crees que eso de ahí tiene un cerebro, o al menos un par de ojos que nos observan, o no te lo crees. Y si no te lo crees, entonces ¿qué coño hago aquí explicándote nada? —Levantó las manos en un gesto de exasperación—. La cuestión es que conozco las mentes. Eso —señaló de nuevo con la barbilla la casa que había detrás de ellas— es una. Y has de saberlo porque a pesar de tu insistencia en que careces de cualquier tipo de habilidad, lo que haces cada día es estar en comunión con algo que vive y respira y piensa por sí mismo.

Aquí estaba otra vez. Otra persona de esta casa que trataba la magia como si fuera un dios. Como si el naturalismo fuera una fuerza con la capacidad de tomar decisiones por sí misma.

—La naturaleza no piensa por sí misma —repuso Reina—. Quiere que piense yo por ella.

—No, quiere que hables por ella —corrigió Parisa—, pero te dice qué pensar.

Reina soltó una carcajada.

—Entonces la naturaleza es muy estúpida.

—Estúpida, no. —Parisa sacudió la cabeza—. Bueno, por elegirte a ti como portavoz, tal vez sí. Está claro que no comprende la naturaleza humana lo bastante bien para saber que obligar a alguien a hacer su voluntad requerirá que se pase el día entero esforzándose.

—¿Qué harías tú? Si tuvieras mis habilidades en lugar de las tuyas.

—Confinarme con libros. —Parisa la miró de reojo.

—Vale. Si yo tuviera tus… talentos —dijo Reina con la misma mirada de desprecio—, creo que les daría un mejor uso, gracias.

—Ah, sí. —La voz de Parisa estaba cargada de sarcasmo—. Porque no hay diferencia alguna entre tu poder y mi cara. —Se rio —. ¿Crees que este mundo es algo más que una serie de accidentes? Eso es todo cuanto es. No hay diseño, solo… probabilidad. La genética es un juego de dados, solo eso. Cada resultado, cada supuesto don o maldición, es solo una estadística posible. —Sonaba inusualmente derrotada.

—Dios no juega a los dados —murmuró Reina, obstinada.

—No le digas a Dios qué hacer.

Entonces se dio la vuelta, al parecer cansada de la conversación. Cuando estaba a punto de marcharse, sin embargo, Reina comprendió que estaba enfadada por algo que aún no entendía del todo.

—Dalton tiene razón, ¿no? —preguntó a la línea rígida de los hombros de Parisa—. No puedes querer a nadie.

Bajo sus pies, las raíces del olmo se expandieron y crujieron. Parisa le lanzó una mirada glacial a Reina y por un momento, cuando sus miradas se encontraron, Reina sintió una fisura en su pecho. Remordimiento, tal vez, o un deseo inexplicable. Se sentía abierta y expuesta, pero no era un pensamiento. No era una idea. Era solo un dolor diferente.

Y entonces Parisa apartó la mirada.

—He conocido a muy pocas personas a las que valga la pena querer —expuso, y entonces se sopló en los dedos para calentarlos y regresó a la casa.

La mansión estuvo más tranquila en las semanas siguientes. Reina comprendió que había una tensión extraña que crecía entre

los ocupantes de la casa conforme los días de su supuesto compañerismo se sumaban peligrosamente. Qué curioso que llegaran a la iniciación con la intención de colaborar y que el propio ritual de iniciación los hubiera separado, desenredando cualquier lazo que hubiera podido forjarse entre ellos. El sacrificio que deberían de haber hecho. Atlas dijo que los encantamientos aguantarían, pero había otra cosa, algo igual de importante que se había fracturado. Callum estaba vivo, Libby había desaparecido y como resultado los demás se estaban deshaciendo.

Derrumbándose, como si la casa se estuviera aprovechando de sus fallas geológicas.

Parisa tenía razón sobre una cosa. La vida en los archivos de la Sociedad no tenía sentido. No porque la investigación no fuera abundante y poco común, Reina habría vivido una vida feliz entre los libros si hubiera querido, pero entonces lo oiría durante los siguientes ocho años o tal vez por el resto de su vida: la carcajada de Parisa, la mofa por la decisión de Reina de quedarse allí. Cada vez más, era consciente de la deficiencia de su objetivo vital. Igual que Callum y el vino, su vicio era un obstáculo sin imaginación. De pronto le parecía vergonzoso que, a pesar de todo el poder que había en el mundo, lo único que ella quería de verdad era esconderse.

Esa era también un área que Parisa había intuido correctamente. Y si Reina necesitaba motivación, era demostrar que Parisa estaba equivocada.

—Escucha —le dijo a Callum, que había apoyado la cabeza junto a las chuletas de cordero de la cena—. Eh. —Le dio un golpecito y él se sobresaltó, la miró con los ojos entrecerrados y volvió a apoyar la cabeza tras limpiarse la boca con la manga—. Escúchame.

—¿Qué? —Su voz sonaba ahogada por una servilleta—. Estoy leyendo.

Reina se fijó en que eso hacía, que tenía un libro en algún lugar debajo de su boca babosa, aunque si estaba leyendo de verdad era cuestionable.

—Pensaba que no estabas haciendo ninguna investigación.

—He cambiado de opinión. Y vete. —Apartó la mano de Reina cuando intentó sacar el libro de debajo de su codo para mirar el título—. He dicho que te fueras.

—¿Estás leyendo sobre… física? —Reina miró con el ceño fruncido el título del libro, que estaba en griego—. ¿Sabes leer griego?

—¿Qué quieres? —gruñó Callum.

Bien, que se quedara con sus secretos.

—Tu ayuda.

—¿Con qué? ¿Un libro? Estoy ocupado.

—No. Con… —Vaciló un instante—. Un… plan. Una idea, en realidad.

—¿Para qué?

—Para después.

—¿Después de qué? —Callum era un cascarrabias cuando no descansaba bien.

—Después de esto. —Señaló la casa—. Después de que regresemos todos.

—Regresemos. —Callum se sentó derecho.

—Sí. El propósito de esta Sociedad no debería de ceñirse únicamente a contribuir a ampliar los archivos. Debería de ser sacar los archivos al mundo.

Callum parecía decepcionado. O molesto porque esperaba una respuesta mejor.

—¿Estás sugiriendo que el Foro…?

—No, no me refiero a distribución —corrigió Reina—. Acción.

—«Acción» significa… ¿qué, exactamente? Y pensaba que ibas a quedarte aquí. —Ahora la miraba como si tuviera comida en la cara, o como si saliera luz de ella.

Reina lo ignoró.

—El resultado inevitable de venir aquí es ver las cosas de forma distinta. Venimos para existir fuera del mundo y luego volvemos a entrar en él. Es necesario cambiar eso.

El filodendro del pasillo estaba chillando algo ininteligible. Reina no entendía qué era porque en su mente estaba inmersa en algo muy emocionante. Las cosas estaban a punto de cambiar. Iba a llegar algo innato y atávico. ¿No era por eso por lo que estaba aquí, en esta casa, en estos archivos? ¿No había nacido por eso? El mundo anhelaba algo. Una revitalización, un renacer.

¿Por qué, en la era del Antropoceno, con tanta violencia y destrucción que había surgido con el auge de las máquinas y los

monstruos, iba a haber nacido una niña que podía oír el sonido de la naturaleza? Era hora de que la rueda girara. De que el alma del propio universo encontrara el equilibrio. El área de estudio de Dalton era la génesis, el origen de la vida, pero para avanzar lo importante no era cómo empezaron las cosas.

No se trataba de unas plantas chismosas. Ni de crear o destruir vida. Bueno, sí, pero no en el sentido en el que se lo habían inculcado a ella los demás: mejorar las cosechas, dar fruto. Se trataba del resurgimiento, la resurrección.

Se trataba del poder, como todo. Un poder que, muy pronto, Reina tendría que elegir enterrar o usar. Le planteaba un dilema filosófico: quédate aquí, con los libros y la investigación y el aislamiento de un mundo avaricioso, codicioso, o vuelve a acceder a él con un nuevo propósito, una nueva visión, una nueva idea de qué y quién era ella.

Esto conllevaba ser una diosa, pensó Reina. No vivir para siempre, sino restaurar el orden de las cosas. Traer la era de algo nuevo.

Callum estaba mirándola.

—¿Quieres que ejerza una influencia en… el mundo? Supongo que no te refieres a las plantas. —Lo pronunció muy rápido, como si los pensamientos estuvieran colisionando entre sí.

—No, a las plantas, no. —El filodendro se sentía profundamente insultado y se lo hizo saber usando palabras muy cortas—. Creo que para bien o para mal el mundo consiste en humanos y cosas que han alterado los humanos. Eso lo deberías entender —añadió.

Callum tenía los ojos entrecerrados, serios, como un padre decepcionado.

—La gente no suele estar de acuerdo con mi forma de comprender las cosas.

—Estás vivo —señaló Reina.

Él brindó con un vaso invisible.

—Aunque no porque no lo hayan intentado —bromeó.

—No, me refiero… —Espiró, molesta—. Estás vivo. No deberías. Estábamos todos de acuerdo con que murieras.

—Ah, bien. Por favor, no te vayas por las ramas. Dime lo que piensas de verdad.

—Que estés vivo y no te hayas entregado a la venganza —

continuó— significa que tienes alguna idea de cómo pasar el resto del tiempo que se te ha asignado de forma arbitraria…

—Te lo repito, no hay necesidad de mostrarse amable.

—… o bien que estás esperando algo. Un propósito. —Se quedó mirándolo—. Estoy aquí para darte uno.

Callum se retrepó en la silla.

—Se te está yendo de las manos este complejo de diosa, Mori.

—No es un complejo —murmuró ella por enésima vez—. Y si crees que esto te ha pasado por un motivo o…

—¿Crees que no voy a vengarme? —la interrumpió.

Reina apretó los labios.

—Si es así, lo estás haciendo muy mal. Tristan está vivo. Está bien. Sus camisas ni siquiera están arrugadas.

—Pero resulta que sé que todas sus etiquetas pican —respondió Callum.

—La cuestión es que tienes tiempo —concluyó Reina, ignorando su intento absurdo de mostrar ambivalencia a pesar de las señales que dejan evidencia de su descontento, por ejemplo, tratar de ahogarse en un barreño de vino—. Tienes un tiempo que se suponía que no debías de tener. ¿Qué vas a hacer con él?

—Se me había ocurrido comprar otro velero.

Reina le lanzó una mirada de odio evidente.

—Vale, no tengo ni idea —contestó Callum—. Solo estoy aquí para molestar a Blakely y luego no lo sé. Volver a casa, ganar dinero y morir.

Reina no podía comprender cómo las dos personas de la casa que estaban más íntimamente familiarizadas con la naturaleza humana, los más hábiles para manipular la naturaleza humana, no pudieran pensar en algo más importante que desperdiciar la vida en el capitalismo.

—Ah, y follar probablemente —añadió Callum, que seguía considerando sus objetivos vitales—. Y desarrollar en algún momento lo que imagino que será un colesterol terriblemente alto…

—Para —le pidió Reina—. Me estás deprimiendo. Y no puedes volver a casa. Ninguno de nosotros puede volver a casa. El Foro sabe quiénes somos —señaló—. Dudo de que hayan dejado de interferir.

—¿Qué vas a hacer entonces? —insistió Callum, que parecía

interesado de verdad—. Y no creas que no noto que te estás enfadando —añadió, moviendo una mano en dirección a Reina—. El fanatismo es un sabor raro en ti. Muy incómodo.

—No soy una fanática. Estoy… —Una pausa para pensar—. Inspirada.

—Una bonita palabra para la locura —señaló Callum con tono suave—, pero locura al fin y al cabo…

—Mejor loca que borracho —contratacó Reina y se hizo un silencio repentino.

En el momento exacto en el que el reloj sonó en la repisa, Reina decidió que pasarse buena parte del año tratando de convencer a Callum para que la escuchara iba a ser una pérdida de tiempo. Estaba claro que él quería morir. Pues bien. Tal vez ella estaba malgastando el tiempo de ambos impidiendo que hiciera lo que quisiera. Parecía que la casa se hubiera apropiado de las impurezas de su alma, así como del estado físico de Nico. Los estaba exprimiendo a todos, drenándolos de todo aquello que no estaban dispuestos a ceder voluntariamente. Libby Rhodes había desaparecido, un truco barato, y ahora los castigaban por ello. Puede que a Reina más que a nadie, haciéndole creer que cualquier cosa fuera de estos muros podía ser diferente.

Se dio la vuelta, enfadada y humillada, cuando Callum se puso en pie y la agarró de la muñeca.

—Solo voy a decir esto una vez. No me falta talento. El poder que tengo no es… —Se quedó callado y la soltó para apretar el puño—. Si lo uso —eligió con cuidado las palabras—, el resultado no será simple. Esto no es como la magia física, en la que ejerces una presión contra algo y algo ejerce la misma presión de vuelta. No hay límites de conservación con lo que puedo hacer yo, no hay leyes predecibles de la física. La gente es más compleja que eso. Y radicalmente más frágil.

Reina esperó a que llegara a la conclusión.

—¿Y?

—Y nada. —Sacudió la cabeza—. Lo que sea que esperas lograr, no vas a conseguirlo. Pero si con ello yo puedo lograr un momento de represalia…

El humor de Reina se oscureció.

—¿Represalia contra quién?

—¿Es eso asunto tuyo? Yo no te he preguntado por tu plan. —La miró a los ojos—. Somos seres prácticos, ¿no? Orientados a las tareas. En busca de resultados. Si creyera otra cosa, no me molestaría en perder el tiempo.

Reina intentó aunar la energía para sentirse preocupada. No tenía importancia. La sensación de dominar un propósito era pesada ahora, magnética.

—Bien. Limítate a no ejercer influencia sobre mí —le advirtió—. Y yo te prometo no interferir si tú no lo haces.

Ooooh, madremadre madre, susurró un ficus, ladeando las hojas hacia los cristales helados de la ventana. *Madre está equilibrada, madre es reina…*

—Muy bien —aceptó Callum—. ¿Algo más?

Sí, pensó Reina. *Arregla tus mierdas*.

Pero eso se parecía demasiado a ofrecerle ayuda.

—No dejes que nadie te mate —le sugirió y dio media vuelta para salir de la habitación.

Detrás de ella, Callum sacó el libro de debajo de la servilleta.

—Sabio consejo. Probablemente más útil de lo que piensas.

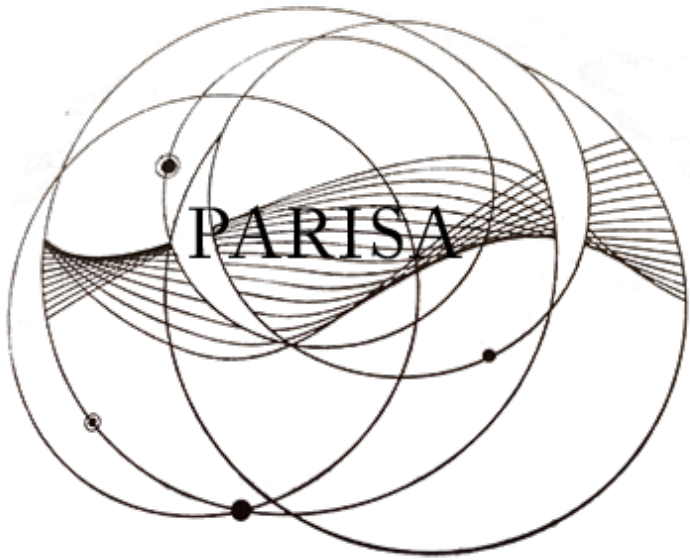
Reina se detuvo y lo miró por encima del hombro.

—¿Qué significa eso?

—Que mejor sería que deseáramos que Rhodes estuviera muerta, eso lo primero. El resto ya lo averiguaré y te lo diré. —Le guiñó un ojo y ella puso los ojos en blanco—. Disfruta de tu engaño, Reina. Alguien debería.

Cuando se marchó y subió las escaleras para ir a su habitación, Reina tuvo la sensación de que había hecho un trato con… no con el diablo, eso no. Callum no era tanto. Pero si el equilibrio era el rey, tal vez fuera una cuestión de su naturaleza. Lo había escogido a él porque su existencia, el poder que no podía usar, necesitaba al suyo; él era la encarnación del Antropoceno, era la naturaleza, y así continuaría el ciclo. La rueda que giraría invariablemente. Oyó la voz de su abuela en la cabeza: «Reinachan, naciste por una razón».

Bien. Estaría preparada cuando lo estuviera la rueda.



Parisa estaba familiarizada con las pesadillas. Las había tenido toda su vida. Algunas confusas, algunas de otras personas. Cosas que había leído o intuido de otras mentes externas. Pero ahora, lamentándolo para ella, los sueños que tenía eran propios. Una recurrencia del mismo pánico y el mismo momento de error inesperado…

—¿Gideon?

No dejaba de revivirlo: el momento de duda que había dado paso al estallido repentino de energía del soñador. La fuerza que invocó para ponerse en pie y agarrar a Dalton, para tirar de él por la ventana de la torre y…

En la vida real, Parisa fue arrastrada fuera de la cabeza de Dalton y se despertó apoyada en la mesa de la sala de lectura.

En ese momento le costaba entender qué era sueño y qué realidad. La línea entre estar despierta y dormida era borrosa, como atravesar la frontera entre la vida y la muerte. La sala de lectura estaba más brillante de lo que debería, iluminada por las formas de las cosas, ideas, recuerdos, estallidos de forma y estructura, pero

menos permanente, cambiante, movible. Como ver una rosa abrirse ante tus propios ojos. Como los fantasmas, pero vivos, vivos de verdad, al doble o triple de velocidad que el tiempo normal, dejando a Parisa deslumbrada, desorientada. Giró la cabeza y vio la fuente de magia.

El animador.

La habitación y sus fantasmas no eran las únicas cosas que parecían estar operando en un continuo de tiempo separado. Dalton el académico, Dalton el hombre, se retorcía de dolor, encorvado, con las manos presionadas en las sienes, los ojos. Parecía cambiar con cada grado de perspectiva, cada truco de la luz, como un holograma barato. Parisa, inestable, giró la cabeza un centímetro a la derecha y ahí estaba, emergiendo de la columna de Dalton como un cuchillo clavado por la espalda: Dalton el recuerdo. Dalton el medellano que estaba encerrado en una jaula que otra persona había creado.

Dalton el Príncipe, quien había erigido un reino dentro de su propia mente.

Vio que solo uno era, a falta de una palabra mejor, real. Solo uno estaba físicamente presente, dolorido. El otro parecía una sombra, un espectro con su forma, pero ese era del que no podía apartar la vista. Ese era el Dalton al que había perseguido por el tiempo y la conciencia, y él la veía ahora, sus ojos se encontraron con los de ella como un tiro que detectaba su objetivo y por un momento parecía que se reía.

Pero entonces…

—Busca a Atlas —siseó Dalton, resollando para conseguir aire; despertando, emergiendo de un trance. En la transición entre el plano astral y la realidad, también Parisa perdió el punto de apoyo. Se tambaleó al oír el sonido de su voz, inspirando con dificultad y ahogándose, tosiendo. Había algo nocivo en la luz parpadeante, algún vapor psicosomático o miasma. Le vino un dolor en el estómago y no podía respirar.

Cuando logró tomar aliento, lo perdió de nuevo por el Príncipe… o más bien por la repentina ausencia de él. Ya no estaba ahí, en la misma silueta que había visto, pero aún sentía la amenaza de su presencia, la idea de que un intruso no desaparecía sin más. Sentía aún la presencia de sus pensamientos, la forma arrítmica y

extraña en la que se replegaban entre sí, colisionando. ¿Qué le estaba haciendo a las paredes, donde había figuras translúcidas que danzaban y se mezclaban? Parecía que estuviera hablándole a la casa, drenándola de sus recuerdos. La habitación estaba respirando, aullando ansiosa, y su prioridad habitual de pensamiento se había inflamado hasta convertirse en algo viral, algo pestilente y barroco en el sentido corrupto, opulencia hasta el punto de resultar grotesco. ¿Era seducción o tormento? Ni siquiera para Parisa, que debería de haber conocido la diferencia, estaba claro. La casa siempre había sido consciente, pero nunca de este modo. Nunca con dolor o éxtasis, fuera lo que fuere esto. Nunca viva.

De ahí la pregunta: ¿era esto real? Parisa estaba conmocionada, mirando las perlas de sudor que empañaban la frente meticulosa de Dalton. La habían echado de su conciencia demasiado rápido. La vida real y la telepatía se habían mezclado y tenía la visión empañada. Dentro y fuera de su periferia merodeaban atisbos de otra vida, otra versión. Un sueño dentro de un sueño.

—Ve a buscar a Atlas ya —gritó Dalton con la respiración entrecortada—. ¡Tráelo aquí ya!

Se produjo un estallido en la puerta que había detrás de ella cuando las animaciones que había a lo largo de las paredes se alzaron como lenguas de fuego y los archivos parecieron estremecerse. Dalton la apartó a un lado con brusquedad y Parisa chocó contra la mesa. Un moratón que duraría semanas.

—Te quedan unos segundos —le estaba diciendo Dalton a alguien que había detrás de ella—. Tal vez menos…

—Siéntate. —La voz de Atlas era tranquila, confortante—. Siéntate, voy a entrar. —Miró a Parisa, como si no fuera más que una distracción—. Vete.

Parisa se había puesto con mucho esfuerzo en pie y los miraba a los dos.

—Pero…

—Márchate —bramó Dalton antes de que Atlas lo sentara con firmeza en la silla.

Vete, le dijo Atlas en su cabeza, y, de nuevo, un reflejo que hizo que siguiera sus instrucciones.

Salió corriendo de la habitación al primer lugar que se le ocurrió. Tenía el corazón acelerado, le dolían los pulmones, y

necesitaba ir a un lugar donde pudiera recordar dónde estaba, quién era… un lugar en el que pudiera encontrar algo, cualquier cosa, para culpar…

En el sueño recurrente, siempre despertaba antes. Antes de su llegada a la habitación de Nico, alterada. Desesperada por encontrar descanso en alguna parte, por calmarse. Como si la casa la acosara ahora con la recurrencia de la tensión, pero sin el alivio, recordándole constantemente qué era lo que había visto. «Idiota, has rotos tus propias reglas, te quedaste demasiado, te importó demasiado…».

Inspiró con una mano en el pecho y espiró.

Una vez. Dos. Contó hasta veinte y luego se tumbó, cerró los ojos y se durmió de nuevo.

—… puedes querer a nadie, ¿no?

La voz de Dalton regresó a ella entre la niebla del sueño.

—Te pedí que lo dejaras —protestó—. Te dije que te mantuvieras alejada de mí.

Cuando dijo eso, Parisa se rio amargamente, sin gracia. Así lo recordaba ella. Pero, al parecer, al salvar su vida desvelando el juego de la Sociedad tantos meses atrás, Dalton creía ahora que ella le debía su corazón.

Qué estereotipado. Qué decepcionante.

—¿Desde cuándo iba esto de amor?

Poder. Siempre poder. A lo que renunció ella en el momento en el que se quedó aquí demasiado tiempo. Aquí, en esta condenada casa, tantísimo tiempo.

Volvió a abrir los ojos con los recuerdos en la mente. Qué cosa más maravillosa, la mente. Muy muy útil.

—¿Qué era eso? La versión de ti en tu cabeza —le preguntó Parisa a Dalton en la vida real—. Pensaba que solo era una animación. —Fue su primera conversación tras su error con el amigo soñador de Nico, ese pequeño desliz que tuvo. El sonido percutor de su estúpido corazón, que la había traicionado.

—Lo era —respondió sin más Dalton—. Y no lo era.

Eso fue días más tarde, casi una semana. El tiempo había pasado muy lento mientras Parisa esperaba a que fuera a buscarla, a que le diera una explicación. Recordaba el silencio opresivo, otra inesperada debilidad, una grieta en su armadura o, peor aún, un

talón de Aquiles inesperado.

Nunca le gustó que la castigaran con silencio. Era la táctica preferida de su hermana Mehr, porque a pesar de toda la supuesta falta de inteligencia o de belleza de Mehr, siempre había tenido el don de la crueldad.

—Le pedí a Atlas que lo hiciera —explicó Dalton. Por entonces, era de nuevo él mismo, más o menos, o al menos había desaparecido la aspereza—. Mi investigación, necesitaba acabarla. Pero los archivos me estaban negando cosas. —Se quedó mirando a Parisa con seriedad. Quería algo de ella, pero lo estaba conteniendo.

—No lo entiendo. Esa cosa de ahí ¿eras… tú? —preguntó ella con el ceño fruncido—. ¿Un aspecto de tu conciencia o…?

—Sí. Una parte de mí. Mi… —Dalton se quedó callado y miró a otra parte—. Mi ambición, supongo que podría decirse. Mi hambre.

Diseccionar una parte de Dalton (una parte que era aparentemente su yo entero, su alma real) excedía el poder de un telépata. A menos que Atlas hubiera subestimado sus habilidades, algo improbable.

—¿Cómo lo hizo?

—Tuve que hacer una animación. —Dalton parecía repugnado al confesar esto—. Con esa parte de mí. Ese… defecto. —Se estremeció —. Lo traje a la vida y luego lo separé del resto de mi conciencia. Y luego hice lo que pude para olvidar que estaba ahí.

Entonces él había hecho la disección. Una cirugía en sí mismo. Con razón parecía tener reparos.

—¿Y luego?

—Atlas construyó esas protecciones dentro de mi conciencia. Mantuvo contenida esa parte de mí por petición mía. —Dalton se llevó una mano a la boca; parecía mayor. Cansado—. Estuvimos de acuerdo en que era lo mejor. La única forma. Yo pensaba. —Otra pausa—. Pensaba que solo era una fracción de mí mismo. Una parte pequeña. —*Una grieta en la armadura*, pensó Parisa. Era curioso cómo este tipo de cosas podían destruirte poco a poco con el tiempo. Solo hacía falta una diminuta fractura para destruir unos cimientos enteros.

—¿Entonces tú creaste la animación de Rhodes? —le preguntó.

—Sí. Tuve que hacerlo. —Tensó la mandíbula—. Supongo que no había considerado la posibilidad de acceder a mi subconsciente

desde el lugar que ocupaba él en mi mente consciente. Sabía que no había forma de que él escapara de allí, pero nunca pensé…

—Él —repitió Parisa. Como si fuera otra persona. Evidentemente, con el nivel de destreza mágica de Dalton, un medellano dividido en dos era, funcionalmente, dos medellanos. Dos animadores—. Entonces el amigo de Nico, el soñador, ¿te ha liberado?

—Tú le ayudaste. —La mirada que le lanzó era fría y acusadora, amarga y segura—. Se suponía que yo no debía de ser consciente de su existencia. Atlas lo selló. Pero cuanto más accedías tú a esa parte de mí, más fuerte se hacía él.

—Estás hablando de ti mismo, Dalton. —Que esa parte se le escapara de forma repetida era absurdo. Parisa había conocido a hombres que se negaban a aceptar la culpa, pero esto, la personificación de su propia debilidad, era ir demasiado lejos—. Tú me dejaste entrar. Tú confiaste en mí, tú…

—Cometí un error —aceptó Dalton—. Pero tienes que escucharme, Parisa. Tiene que acabar. Si voy a terminar lo que comencé, tienes que mantenerte apartada.

—Apartada —repitió ella—. ¿De esa parte que encerraste en tu cabeza?

Su respuesta fue una mueca condescendiente.

—De mí. De todas mis partes. —Una pausa—. De cualquier parte de mí.

Parisa se rio.

—Ya veo. —¿Estaba rompiendo con ella? Menudo histérico. Con razón estaba dando tantos rodeos, lanzándole miradas tiernas—. Me estás dejando con amabilidad, ¿no?

—Iba a terminar en algún momento. Tú te ibas a marchar.

—Dalton. —Tenía que oír lo estúpido que sonaba—. ¿Te has vuelto a encerrar? ¿Y esperas que funcione? —Pensó en la proclamación de su otro yo, que no sería capaz de manejarlo de nuevo. Que su verdadero yo, su verdad, acabaría saliendo.

—Tengo los días contados. Pero estoy cerca. Demasiado cerca para dejarlo ahora. Atlas lo ha vuelto a encerrar y ahora…

—Y ahora vas contrarreloj. —Esto era ridículo, inútil—. Dalton —dijo, exasperada—. ¿No entiendes cómo funciona la conciencia? —Atlas sí debería saberlo, aunque Dalton no lo supiera. Atlas

debería conocer la naturaleza de la mente. El alma era inherente, prácticamente inefable, no algo que pudiera extraerse y descuartizarse. Esa no era la naturaleza de la personalidad, de la humanidad, sin importar las habilidades del medellano.

—No importa —dijo Dalton—. Confío en Atlas. —Entonces era un idiota. Estupendo.

—Puedes confiar o no en él —continuó Parisa—, la cuestión es…

—Parisa, si me quisieras, me dejarías en paz.

Y era aproximadamente cuando, en la vida real, Parisa se estremecía con desagrado por la acritud del recuerdo. Pensamientos intrusivos. Terrible. No podía dejar de vivir la artificialidad del momento, la forma en la que lo comprendió: *Dios mío, hemos estado jugando a juegos diferentes*. Dijo algo como «lo siento» y Dalton dijo algo como «siempre te recordaré con cariño» y juntos fingieron un romance. Hasta, por supuesto, la inevitable acusación.

—¿Acaso puedes querer a alguien?

Absurdo. ¿Qué pensaba él que era el amor? ¿Dolor? ¿Eso era lo que todo el mundo pensaba del amor? ¿Que si no dolía, si nadie sufría, entonces no existía, no había existido nunca? ¿Un árbol que caía en el bosque sin que nadie lo oyera?

Aunque no era la primera vez que la acusaban de la falta de algo. Como si ella fuera una especie de vaso vacío que esperaba a llenarse. Por supuesto que sí amaba. ¿Cómo, si no, iba a estar tan llena de agujeros como este si fuera de verdad tan impermeable, tan incapaz de herir? Solo que para ella el sexo y el amor y el deseo y el afecto eran cosas distintas, algunas de las cuales necesitaba o quería, y otras no. Porque el amor, al final, no era siempre dolor, pero sí decepción diaria. El silencio de su hermana Mehr. La traición de su hermano Amin. El diminuto y terrible error de haber mostrado compasión por un soñador que no conocía solo porque en sus últimos momentos de vida pensó en Nico de Varona, y eso lo jodió todo.

Y Parisa no era quien buscaba a Dalton. ¿Que él no la deseaba? Bien, Parisa no era masoca y, a pesar de la opinión popular, tampoco era una sádica. No iba a perseguirlo.

Él era quien siempre la encontraba a ella. Porque la otra versión de él, la que estaba en su cabeza, era la que tenía razón. Fuera cual fuere la magia que había estado retenida diez años hasta la llegada

de Parisa, había sido obra de una primera vez, una exhalación tímida de imposibilidad. No podía hacerse con éxito dos veces.

Cansada de sus esfuerzos por dormirse, Parisa salió de la cama y se acercó a la puerta para abrirla. Pasó los nudillos por la pared, buscando un pulso particular.

Como esperaba, encontró a Atlas en su despacho con la cabeza apoyada en las manos.

—Por favor —le dijo él sin levantar la mirada—. No me sermonees hoy.

Parisa cerró la puerta al entrar y se sentó frente a la mesa.

—¿Te duele la cabeza?

—Siempre. —Extrañamente sincero para tratarse de él. Una pena que a ella no le importara.

—Podrías habérmelo contado. —Posó los pies descalzos encima de la mesa y él se los apartó—. Lo habría dejado en paz si…

—¿Si qué? ¿Si hubieras sabido que una parte recluida de su conciencia estaba operando de forma independiente dentro de su cerebro? —Atlas la miró con desconfianza—. Por favor. En todo caso debería de haberme complicado la vida para hacer que te pareciera más aburrido antes.

Tenía razón, supuso Parisa.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó, porque tenía que saberlo.

—Cada mente tiene su propia estructura. —Otra mirada fija—. Eso lo sabes.

—¿Tú le construiste ese castillo?

—Dios, no. Lo dejé en una caja. Él hizo el castillo. —Atlas se retrepó y suspiró. Parisa se acordó del brillo metálico, de la deformación que veía de vez en cuando en la prisión mental de Dalton—. Ha tenido casi una década para hacerlo. Supongo que era una buena señal, que tal vez lo había hecho porque estaba aburrido y solo.

—¿Cómo era antes? —Se había preguntado mucho cómo sería la versión de Dalton que no conocía.

—No muy diferente a ti. —Le lanzó una mirada escrutiñadora—. Era una persona. Todas las personas son complejas.

—Interesante apunte de alguien que recauda talento —observó Parisa.

—Yo no te recaudé. Te escogí.

Parisa no veía la diferencia, pero le daba lo mismo.

—¿Y qué te hizo idear ese plan? ¿Alguna necesidad demente de gobernar el mundo?

—¿Gobernarlo? No. Entenderlo, sí.

—Pero la investigación de Dalton… Es creación —resumió Parisa—. ¿No?

—No exactamente. —Parisa enarcó una ceja—. Bueno, en esencia —concedió Atlas—. Pero yo sigo sin ser el déspota que sospechas.

—No sé qué otra cosa piensas que puede hacerse con una investigación sobre la creación del mundo —comentó con un resoplido burlón muy poco femenino—. ¿Crees que dar ese tipo de información a los archivos es tan inocente? Lo que harías o no harías tú personalmente no es lo que importa.

—Dale el mundo a un hombre y tendrá hambre en una hora —murmuró Atlas—. ¿Enseñas a un hombre a crear el mundo y le haces un bien?

—No sé si me gustas más o menos cuando haces bromas.

—Cierto, esa era exagerada. —Se rascó la barbilla y Parisa volvió a poner los pies encima de la mesa. Él la observó, pero dejó que lo hiciera—. ¿Qué haces despierta?

—No finjas que no lo sabes. —(Le dijo un telépata a otro).

—Pensaba que era educado dejar que tú me dieras la respuesta. —La miró y se llevó ambas manos a la cabeza—. Tengo que admitir que estoy sorprendido. No pensaba que te importase mucho el señor Ellery.

—Que me estén acusando de psicópata todos los días empieza a sacarme de los nervios.

—Psicópata, no —la corrigió Atlas, encogiéndose de hombros—. Sientes, eso es obvio. Pero no te tomaba por una romántica.

Parisa miró la negrura de la noche por la ventana.

—Me está buscando —dijo.

Estaba empezando otra vez. Las miradas. Los roces suaves. De vez en cuando, la rozaba cuando pasaba por su lado en el pasillo. Podía oírlo pronunciar su nombre en sueños.

Era lo bastante lista para no ir a buscarlo, pero esta vez era diferente. Había un cambio de sabor sutil. Ahora era como un anillo del humor que cambiaba de color a todas horas. El antiguo Dalton

era un sabor penetrante, un toque de humo, una amenaza de intimidad, pero este era una sorpresa para los sentidos telepáticos. Según la hora era una versión diferente, más compleja. Parisa no se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que lo había probado. La diferencia. La novedad en el paladar era un nuevo espectro de tentación.

—No —le advirtió Atlas.

Parisa se volvió para mirarlo.

—Entonces cuéntame la verdad.

—¿Qué verdad? Ya te lo he dicho. Su investigación es valiosa.

—¿Para quién? ¿Para ti?

Atlas no dijo nada.

—¿Para qué me querías a mí? —preguntó Parisa—. No me necesitabas.

—En realidad sí te necesitaba —respondió antes de aclarar—. Te necesito.

—Pero pensabas que te estaría agradecida, ¿no? —Sacudió la cabeza—. Pensabas que podrías convencerme para que te ayudara. Te calmara. —Le miró los pulgares, retorcidos, y notó el golpe sordo en las sienes de Atlas, como el retumbar de su propio pulso—. Odias esto, ¿no? Lo que eres.

—¿Tú, no?

Parisa le sostuvo un momento la mirada.

Después se puso en pie con un suspiro.

—Toda esta autocompasión —comentó, dirigiéndose a la puerta —. La llevas muy mal. —De pronto hacía frío. Ojalá se hubiera puesto una bata, pensó—. Y lo más importante es que no tengo ningún interés en quedarme en esta casa.

—¿Quién ha dicho que tengas que quedarte aquí? —Sonaba divertido.

—Tú. Quieres una secuaz, alguien leal a tu causa. Lo encontraste en Dalton, pero no lo vas a encontrar en mí.

Atlas inclinó la cabeza. Acuerdo tácito.

—Lo imaginaba. Pero pensaba que tú podrías encontrar más dentro de estos muros de lo que pudieras buscar fuera de ellos.

Y pensar que creía eso de verdad.

—Me prometiste riquezas más allá de mi imaginación. —Su sonrisa no era sincera—. Creo que la investigación será muy

gratificante. *—¿Y por qué iba a quedarme? ¿Porque me has preguntado?*

—Tal vez. *—Llámalo por su nombre, señorita Kamali. Ese sentimiento contra el que has intentado luchar es soledad*.

Se quedaron en silencio y Parisa acabó encogiéndose de hombros.

—Otro hombre más que cree que puede salvarme. Agotador.

La sonrisa de respuesta de Atlas fue igualmente sufrida.

—Sí, debe serlo.

—Quédate a Dalton —añadió. *Considéralo un regalo de despedida*—. No interferiré.

Atlas inclinó la cabeza, bien como reconocimiento o dándole las gracias.

—Buenas noches, señorita Kamali.

Reconoció la despedida en sus palabras. Con varios meses de antelación, pero sí. ¿Qué razón tenían para continuar la discusión? Habían escogido sus bandos, sus respectivos propósitos en la vida. Habían depuesto las armas y las habían empuñado de nuevo. En la mente de Parisa, era para bien.

Esta no era una casa normal. Cuanto más averiguaba de los archivos, más segura estaba de ello. Había fantasmas aquí, operaciones de una mente más grande. Atlas estaba en deuda con ellos, con un plan que no conocía o bien no había compartido con ella. Lo que fuera que esperaran obtener de ella los archivos, no lo conseguirían. Si habría represalias por negarse no le importaba por el momento.

En cuanto abandonó el despacho de Atlas, supo que alguien la esperaba en el pasillo. Sintió la presencia desconocida y se detuvo cuando el dorso de sus dedos le rozaron los suyos, tirando de ella hacia las sombras.

—Claro que no lo quieres —le dijo la voz de Dalton al oído, los labios junto a la mandíbula—. Pero a mí no me importa a quién o qué quieres —murmuró contra su cuello.

La novedad que había en él era embriagadora. Parisa cerró los ojos y dejó que le acariciara la mejilla y la boca con los nudillos.

—¿Qué has descubierto? —le preguntó. Este nuevo compuesto de Dalton. El total.

Su verdadero yo.

—Es inevitable —dijo, aclarándose la garganta—. El impulso para alcanzar tu máximo potencial. No va a acabar aquí. —Recordó la presentación oral de Dalton, la prueba del destino que había extraído del cuerpo de Viviana Absalon, la medellana cuya especialidad era la vida. Vida que había invocado su muerte, como los dos lados de una moneda. Subida y bajada, el giro de una rueda. Aunque Parisa no creía en esas cosas.

Así y todo, había algo en él que siempre le había atraído. Tal vez significara algo que hubiera sido ella quien lo había sacado.

Dalton tomó su barbilla entre dos dedos y la levantó para mirarla. No era la locura de su animación, la chispa de energía frenética, ni era la solemnidad que tenía antes, los puntos de vista nobles. Estaba acomodándose de nuevo en sí mismo, en su propia eventualidad.

—No se lo diré si tú no lo haces —dijo con tono suave, metiéndole un mechón de pelo detrás de la oreja.

Ja. Y pensar que Atlas la consideraba solitaria. Este era el problema de creerla vulnerable, o de tratar constantemente de ocultar un defecto inherente. La presunción de que ella estaba destrozada solo porque en el pasado se había quebrado era peligrosa. Fácil de malinterpretar, y de subestimar.

Ocultó una sonrisa y tocó la mejilla de Dalton. En un momento se desvanecería y aparecería su antiguo yo, batallando aún con los demonios que la jaula de Atlas no podía contener, pero la máscara de sus virtudes no duraría. No era que esta versión de él fuera estrictamente mala y la otra versión buena, o que ninguna persona pudiera contener una parte de sí mismo sin la otra. Eso era lo que Dalton, y tal vez Atlas, no había entendido. No había manera de deshacer la ambición de Dalton en su trabajo, ni tampoco Parisa podía separar la tristeza de su propósito, ni la amargura de la felicidad.

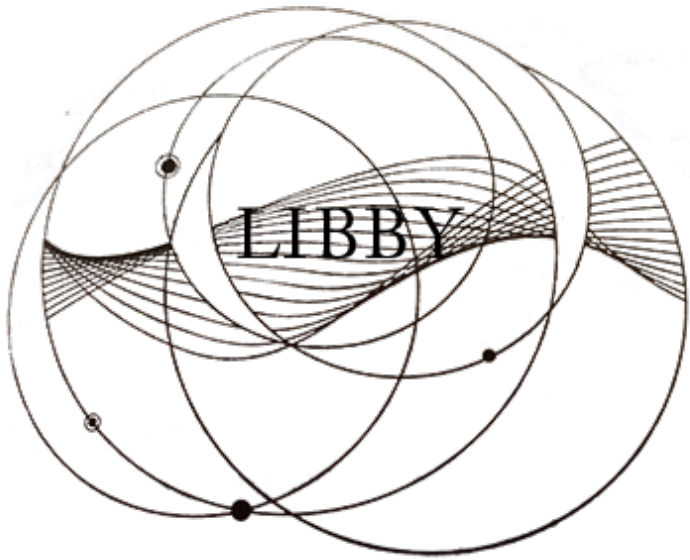
Este era el peligro de toparse con la mente consciente de una persona, porque nadie estaba hecho solo de materiales fuertes. No eran dioses, la debilidad de la imperfección permanecía en ellos. Dalton había retirado la sombra de sí mismo que hacía que los archivos se mostraran recelosos, pero había más en el hambre que en la maldad. También estaba la maravilla de la niñez, el deseo innato de crecer. Contenido en el hambre de Dalton estaba el

cianotipo de su viaje, la adaptación a su destino. Los caminos que habría tomado invariablemente con el fin de convertirse en algo más.

Recluir sus partes peligrosas, su hambre de poder, era suficiente para engañar a la conciencia, pero no a la vida. Una persona era solo ella misma. En qué se convertía, quién era, era inseparable, irreversible. Si para otros eso significaba irredimible, que así fuera.

Ese era el problema, ¿no? Con las mentes y las almas.

—Hasta la próxima —le murmuró Parisa a Dalton y se marchó ella sola por el pasillo iluminado por la luna.



Libby se despertó jadeando y encontró una taza de café delante de ella en la mesa.

Ya. El aula del sótano. ERAMLA.

Todavía atrapada en el tiempo, pero al menos sabía dónde estaba.

—¿Estás bien? —le preguntó Belén al captar el sobresalto de Libby. La joven estaba bebiendo de su taza y mirando el mapa que había delante de ellas. Acababa de terminar de trazar un pentáculo de líneas de energía desde Siberia hasta Mesopotamia. La esquina estaba un poco despegada de donde lo habían pegado en la pizarra con cuidado de preservar la mayor parte de la lección de Mort de ese día. (No era nada revolucionario, pero aun así. Mejor no enfadar a nadie con su absurda investigación).

Libby se enderezó despacio y se alisó una arruga en la mejilla del puño doblado del jersey.

—Un sueño raro, creo. —Sacudió la cabeza—. Nada importante. —Era otro inquietante en el que Ezra la perseguía por una especie de laberinto, uno de esos con espejos, como sacado de la juventud

de Libby. Y entonces, de pronto, Gideon estaba ahí.

Empezaba a sentir que el sueño de Gideon era muy recurrente. Eso o un *déjà vu*. Juraría que Gideon y ella ya habían estado antes ahí.

Libby estiró los brazos por encima de la cabeza y miró el mapa en el que había estado trabajando Belén mientras ella dormía encima de sus notas.

—Perdona, ¿me he perdido mucho?

Belén apartó la mirada del mapa y sonrió.

Como de costumbre, Libby encontraba tranquilizadora la presencia de la otra chica.

Se había preguntado ya muchas veces por qué Belén era necesaria, pues podía encargarse ella sola de la investigación, pero había muy pocos casos aún en los que se sentía segura. Y este, la iteración de esto (que era a veces unas risas compartidas con un café frío o sencillamente mirarse a los ojos por encima de un mapa), esto, para bien o para mal, era uno de esos momentos de seguridad. Intimidad accidental de una clase muy extraña e inesperada.

—Solo has dormido veinte minutos. —Belén se pasó una mano por el pelo oscuro y bostezó—. No te culpo, en serio. Pero tendré que irme pronto, así que…

—Oh, Dios, lo siento. ¿Trabajo? —Uno de los muchos empleos de Belén era el turno de mañana en una panadería peruana que había cerca de allí.

—No, por desgracia, no. El profesor Mortimer va a crucificarme si no entrego la lista de recursos a tiempo —respondió alegremente, aunque siguió las palabras persignándose, quizá por la blasfemia. Se había dejado puestos los pendientes (con cada hora extracurricular que pasaba con Libby había empezado a abandonar su disfraz de niña buena de forma gradual, la rebeca o el colgante de perlas de plástico, de uno en uno) y el juego de candados pequeños y plateados de las orejas tintineaba contra el cuello de la chaqueta de cuero de segunda mano que llevaba. Era al menos cuatro tallas demasiado grande. («Probablemente falsa», le había asegurado Belén la primera vez que se la puso, «pero no está mal, ¿verdad? Aunque huela al lechón que prepara mi abuela»).

Libby contuvo un bostezo e intentó recordar si Belén había mencionado antes que estuviera trabajando en una lista de recursos.

—Pensaba que habías terminado los trabajos del trimestre.

—Oh, no es para clase. Es algo que se necesita para la subvención Wessex. —Puso los ojos en blanco—. Me ofrecí voluntaria, claro, soy masoquista.

Libby notaba la boca seca. Un día de esos tendría que dormir decentemente una noche y dejar de quedarse inconsciente sobre sus notas.

—¿Otra vez fisión?

—Sí, ya sabes. —Movió una mano despectivamente—. Para las armas de destrucción masiva y demás. Lo de siempre.

—Un momento, ¿qué?

—Es broma —le aseguró Belén—. Bueno, más o menos. No tengo claro por qué una corporación medellana británica iba a necesitar una localización de pruebas en medio del desierto de Nevada, pero… —Se encogió de hombros—. Intento no acusar a mi profesor de crímenes de guerra. Por educación.

—Comprensible —respondió Libby, y Belén sonrió.

—Sí. —Se encogió de hombros y estos desaparecieron dentro de la chaqueta—. Así que eso es lo que voy a hacer el resto de la noche. A menos que quieras que me quede…

—No, adelante. Aunque… ¿has comprobado Escocia? —preguntó. Se limpió la comisura de los labios, que le sabía un poco a la magdalena de arándanos que se había comido en lugar de una cena de verdad. Se lamió los labios discretamente y puso una mueca —. ¿Ya había mencionado comprobar las piedras de Callanish o lo he soñado? —El libro aguardaba ya en su lengua, preformulado, como si fuera algo que hubiera dicho antes, aunque no podía imaginar por qué. No le resultaba familiar.

Belén se rio y rozó con las botas el suelo de linóleo al poner una chincheta azul encima de una de las secciones transversales del mapa.

—Habrá sido un sueño. ¿Escocia? Pensaba que nos estábamos centrando en Asia. —Antes de que Libby pudiera responder, Belén añadió—: Lo cartografié, pero no lo habías mencionado antes.

—Ups. —Libby se puso en pie, mirando el mapa—. Sí, no sé por qué me ha venido a la mente.

Belén la miró por encima del hombro, medio sonriendo.

—¿Te ha aparecido en un sueño?

—Ja. —Mejor eso que sus sueños actuales, que parecían consistir en Ezra persiguiendo a todos sus seres queridos. O queriendo prender fuego a Nico—. Supongo.

—No es una mala idea. Probablemente más sencillo llegar allí que la mayoría de los lugares de los que hemos hablado. —Belén retrocedió junto a Libby, que de pronto se sentía ordinaria y ridícula con sus zapatillas de imitación, los vaqueros sin alma y la coleta desarreglada que era muy… castaña. Aunque Belén no parecía desaprobarla, ni importarle. El hombro de la joven rozaba el de Libby mientras las dos contemplaban el mapa.

El diminuto roce de un contacto en otro caso anodino hizo que le diera un escalofrío, la resurrección de un reflejo dormido. Por un momento, estuvo segura de que la chica se había dado cuenta, o de que el movimiento… no, la cercanía era intencionada, calibrada, pero no sabía qué podía significar semejante observación.

—En cualquier caso —dijo Belén, volviéndose para mirar a Libby—. No sé cómo vas a empezar a hacer pruebas sin ir de verdad allí. ¿Has recibido noticias sobre la financiación?

—Ah, eh… —Correcto, el pequeño problema de la financiación no existente. Era un tema de conversación normal, o al menos más normal que «eh, gracias por la piel de gallina, amiga»—. Aún no. Tal vez sea buena idea probar en el Reino Unido primero. Hay muchas más investigaciones ya realizadas sobre las líneas ley gaélicas.

—Ah, sí, porque si lo dice un estudiante británico, debe ser importante. —Belén bostezó y se frotó los ojos (que últimamente se pintaba con un delineador) antes de lanzar una mirada de disculpas a Libby—. Eh, no es culpa tuya. La academia es, naturalmente, parcial. Hay dinero para la investigación en Reino Unido y no tanto en… —Movió una mano por encima de la parte sur de Asia del mapa—. Ya sabes. Eso.

—¿Crees que costaría mucho llegar a Escocia? —preguntó Libby —. Suponiendo que tuvieras tiempo —añadió deprisa. Belén volvió a bostezar, pero asintió rápidamente.

—Claro que tengo, sí. Me encantaría tener la oportunidad de probarlo. Además, ya sabes, poner mi nombre en un documento académico.

Ah, eso.

—Claro, por supuesto.

—Sería un gran avance hacia la legitimidad por aquí. —No era la primera vez que Belén señalaba que la incapacidad de Libby para pagarle merecía el sacrificio si con ello podía descubrir más fuentes de energía renovables que no requiriesen emisiones de carbón ni que miles de medellanos tuvieran que emigrar—. Y deberías poder usar los transportes medellanos, ¿no? —Belén recogió la mochila del suelo y se la echó sobre un hombro—. Es decir, sé que siguen estando en periodo de desarrollo, pero oí que los académicos fueron los primeros en usarlos.

—Ah. —Libby no había reparado en que los transportes medellanos no estaban en funcionamiento en ninguna parte, aunque suponía que el sistema pudo haber estado en desarrollo durante mucho tiempo antes de abrirse a un uso más amplio—. Sí, puedo preguntar al profesor Farringer si sabe algo de eso.

—Uff, espeluznante. —Belén puso una mueca ante la mención de Fare—. Lo siento, sé que sois amigos…

—No exactamente amigos. —Ni tampoco colegas. Ni nada—. Y sí, supongo que lo es. —Probablemente peor con sus estudiantes, comprendió Libby. En particular, sus estudiantes que eran muy guapas y muy reacias a dispensarle la autoridad que él creía que merecía.

(Uf, hombres).

—La cuestión es que deberías de poder usar un transporte, creo —continuó Belén—. Investigué un poco antes y creo que la universidad la pagará si pides una especie de subvención educativa. —Reprimió otro bostezo y esbozó una sonrisa—. Lo siento mucho…

—Toma esto. —Libby le dio su taza de café—. Tú la necesitas más que yo.

—Sin ofender, pero creo que eso es probablemente falso. —Belén se rio y salió del aula—. ¿Nos vemos a mediodía?

Como siempre, pensar en la ausencia de la chica llenaba a Libby de un repentino temor.

—Sí, gracias.

Al despedirse Belén, Libby captó su reflejo en el dispensador de servilletas de papel de aluminio brillante que había junto a la puerta.

Dios, el flequillo por debajo de los ojos estaba volviéndose

absurdo. Se llevó la taza de café a la boca y suspiró. Ya estaba frío. Menos mal que Belén no lo había querido.

Calentar la taza probablemente le costaría la misma cantidad de energía que este café malo de la ERAMLA pudiera proveerle, así que se lo bebió de golpe. Hacía mucho frío en el laboratorio. Suspiró con la vista fija en el mapa.

Como posible fuente de poder, las piedras de Callanish era una idea increíble, pero no estaba en su lista corta. ¿De dónde había venido la inspiración?

No se le ocurría ningún lugar, así que dejó de pensar en ello. Estaba exhausta.

—Hora de volver a casa —informó al mapa. Lo enrolló y lo guardó antes de que Mort pudiera preguntarle por él (y que llegara después la pregunta inevitable acerca de cuándo había perdido la razón).

Cerró la puerta del aula y volvió a activar la protección. La ERAMLA había sido más que generosa al dejar que trabajara en el campus, que se quedara en los dormitorios universitarios. A cambio, Libby había estado enseñando una parte para principiantes sobre la manipulación de la fuerza y la magia física. Mayormente, se había guardado para ella sus habilidades, pues sabía que algo demasiado remarcable llevaría a que alguien se pusiera en contacto con la UNYAM, que revelaría su falta de existencia. Por eso tampoco había intentado conseguir subvenciones ni financiamiento. Pero si Belén tenía razón en lo que a los transportes se refería, tal vez merecería la pena intentarlo. Decidió que probaría en algún momento.

Entró en el ascensor con forma de jaula y subió a la planta principal desde el sótano. Después salió. Por la noche, el centro de Los Ángeles parecía una versión primitiva de su Nueva York, aunque a una escala más pequeña, menos alta. Caminó hasta su habitación, en el edificio donde la ERAMLA albergaba a profesores y alumnos. El estudio de Libby, anteriormente ocupado por un medellano que trabajaba ahora para el Departamento de Transportación, era una unidad en la tercera planta.

Comprobó el cerrojo y las protecciones dos veces y luego se tumbó en el sofá con un suspiro, mirando la guirnalda de luces que había encontrado en la basura unos meses antes. La reparó y la colgó, se había convertido en una urraca que recopilaba objetos

brillantes para intentar compilar una vida. Sentía como si viviera en una animación suspendida, esperando a que sucediera algo. A que alguien le contara que todo esto era una broma. O un sueño.

Se sirvió un vaso de vino barato y se acercó a la ventana para mirar la calle. Abajo, alguien gritaba a la nada, chapurreando su discurso al aire antes de tirarse a la alcantarilla. Precioso. Libby sacudió la cabeza y miró al otro lado de la calle.

Había alguien allí, medio oculto en la sombra.

Se le cayó el vaso de la mano y se hizo añicos. Cerró los ojos y volvió a abrirlos.

Espiró. El pelo negro alborotado había desaparecido.

Se llevó el talón de la mano al corazón acelerado y sintió otra oleada de náuseas. Esto se le estaba yendo de las manos. Los sueños, la paranoia, la sensación de que la estaba vigilando alguien. Era incansable. La semana pasada alguien le contó que un hombre había estado preguntando por ella y su primer pensamiento no fue «oh, se han enterado de que estoy mintiendo», sino *Ezra, es Ezra, me ha encontrado*. La acechaba como un fantasma.

Necesitaba hallar un modo de salir de aquí. De este tiempo, de esta vida. Recordó cuando sus sueños siempre eran sobre Katherine; costaba creer que había sido una época más sencilla. Durante mucho tiempo, la gravedad de la muerte la mantuvo impactada. En cierto punto, comprendió que nunca se libraría de su hermana, que nunca dejaría de rodear esquinas y esperar ver a Katherine allí de pie, y lo había asumido. Pero ¿ahora?

Había una delgada voluta de humo que se alzaba de un cristal roto a sus pies. Libby saltó y se apresuró a apagar la pequeña llama que estaba chamuscando las fibras de color berenjena de la alfombra de su apartamento en la ERAMLA.

Esto tiene que parar, pensó de nuevo cuando se agachó para recoger los fragmentos del vaso roto, con la mente deshecha.

Tardó varios días en obtener permiso de la universidad.

En gran parte porque al principio se la rechazaron porque Libby no era una profesora a tiempo completo, por lo que tuvo que falsificar los formularios de aprobación y entregarlos ella misma. Se coló en el despacho del fax para recibirlos y luego coqueteó abiertamente con Fare para convencerlo de que dejara que Belén se tomara una semana libre de su curso sobre desgaste químico

totalmente banal (pero brillantemente abordado, tal y como le aseguró Libby al profesor), que era un requisito para que la chica obtuviera la beca y, por lo tanto, el visado. De nuevo se preguntó si Belén era de verdad necesaria y de nuevo se contestó que sí, indudablemente sí.

En una semana estaban listas para partir.

—¿Va a enviar un equipo la academia escocesa? —preguntó Belén, que llevaba puestos unos pantalones de cuadros que en cualquier otro caso hubieran resultado horribles mientras sonreía encantada en lugar de enfadada dado el hecho de que no iba a haber participación de la Academia Escocesa, ni fuente de energía alternativa, ni… bueno, nada. Ella no sabía esto, por supuesto. Y Libby no tuvo el valor para contárselo. No obstante, Belén no dejaba de hablar sobre el impacto que iba a causar su trabajo. Libby, que venía de varias décadas en el futuro, sabía ya que el mundo tal y como Belén esperaba que fuera no existía en 2020. Tal vez mucho más tarde, quizá. Pero no valía la pena mencionarlo.

—Solo vamos a hacer unas pruebas —le recordó Libby. Esperaba poder hacer la parte de las pruebas ella sola, sin tener que desvelar mucho sobre qué (y quién) era ella en realidad. Suponiendo que hubiera suficiente energía en la línea ley. Suponiendo que la línea ley existiera, o que los campos magnéticos rotatorios pudieran producir fraccionalmente tanta energía como deseaba ella. Desde luego, no iba a ser una nimiedad (el motor de inducción de Tesla ya había probado eso), pero tenía que poseer un poder inimaginable para llevar a Libby desde el punto A (1990, le había deseado feliz año nuevo a la nueva década mientras esquivaba el intento torpe de Mort de darle un beso) hasta el punto B (lo más cerca posible del momento en el que había desaparecido, dependiendo de lo precisa que fuera al elegir el punto de aterrizaje).

—Sí, de acuerdo. —Belén estaba nerviosa por tener que tomar el transporte medellano. Aunque, según decía, no prefería los aviones. Era supersticiosa y llevaba el rosario de su abuela, en el que supuestamente no creía, pero, al mismo tiempo, no podía soltar.

—Prefiero no enfadar a ningún espíritu —dijo.

—¿Es un objeto católico? —preguntó Libby.

—Más o menos. Es el salto del colonialismo —respondió la chica.

A Libby le gustaba mucho Belén.

Un problema en realidad, porque necesitaba la ayuda de Belén, pero no quería contarle por qué necesitaba su ayuda. ¿Cómo iba a explicárselo? «Ah, por cierto, resulta que yo solía tener acceso a una biblioteca mágica consciente por la que estaba dispuesta a matar. Me gustaba, la echo de menos y ahora quiero volver. En realidad, Belén, soy una viajera en el tiempo que viene del futuro y que puede que se acostara, o algo así, con uno o dos de sus compañeros, con quienes también le gustaría (puede) acostarse de nuevo». (¡Y estaba también el pequeño asunto de sus padres! No los olvides).

Pero los transportes al menos eran sencillos. Eran iguales. La versión de estos en el futuro de Libby incluía más destinos, pero Los Ángeles a Nueva York y luego a Londres (había una escala, no era lo ideal, pero tampoco era algo terrible) era bastante fácil. Desde ahí tendrían que abordar un tren y después un autobús. Y un ferri. Y al final, una vez que llegaran a la Isla de Lewis, irían al círculo de piedras.

—No sé tú, pero yo estoy exhausta —señaló Belén cuando el tren paró en Inverness—. ¿Vamos a buscar una habitación para la noche?

Libby estaba prácticamente muerta.

—Vamos.

Encontraron una capilla del siglo XVIII reformada con una habitación libre y aceptaron el cargo sin discutir. La habitación estaba en lo alto de una escalera increíblemente estrecha en la que Libby se golpeó la espinilla dos veces antes de decidir subir con magia el resto del camino.

—Creída —resolló Belén cuando abrió la puerta unos minutos más tarde.

Por entonces Libby ya estaba en el lado derecho de una cama de matrimonio, a punto de quedarse dormida.

—No te importa, ¿no? —murmuró.

Belén se tumbó en la cama, a su lado.

—Gracias a Dios —exclamó y añadió algo más, aunque Libby no la oyó, pues se había quedado dormida en la calidez de la habitación, la suavidad de las sábanas.

—¿… bien?

Libby parpadeó, sorprendida por encontrarse a Gideon una vez

más a su lado. Estaba sentada en una piscina con Katherine, aunque Katherine no estaba allí. Era Gideon.

—Tú otra vez.

—Yo otra vez —confirmó Gideon. El chico llevaba puesto un bikini muy parecido a uno que le encantaba a Libby cuando iba a octavo curso, y estaba sumergido en el agua hasta la cintura, aunque no parecía estar mojado—. Alguien va a por vosotros.

—¿Qué?

—Alguien va a por vosotros —repitió. Libby estaban evitando mirarle el pecho expuesto, era tan pálido que parecía más un espejo que piel—. Todos vosotros.

Qué extraño. No parecía un sueño normal, era más bien nostálgico, emergente.

—¿Todos quiénes?

—Vosotros, el resto de vosotros. Nico y la telépata. Toda la Sociedad.

—Ah. —Exhaló un suspiro—. Eso. Sí, lo sé.

Gideon ladeó la cabeza.

—¿Lo sabes?

—Bueno, parece que hay un plan. Algo sobre capturarnos a todos con el fin de salvar al mundo. —El sol brillaba alto y sofocante, o puede que el calor proviniera de otra parte.

—Él lo sabe todo sobre nosotros. —Al mencionar a Ezra, el cielo se volvió más oscuro. Libby reparó en la presencia de escombros, ceniza flotando.

—¿Él? —repitió Gideon y sonaba un tanto triste—. ¿Sabes quién es? Porque… —Inspiró hondamente, luchando consigo mismo—. Esto va a sonar a locura, lo sé, pero ¿tiene algo que ver con…?

Alto captó la atención de Libby, distrayéndola. Una pequeña deformación en la periferia que la alejaba del humo ardiente. Captó el olor de algo distinto, algo más ligero. Romero tal vez. Lavanda.

—Ah, venga —dijo Gideon—. Libby, espera…

Libby abrió los ojos al cosquilleo de los pelos de Belén y de pronto era muy consciente del calor insoportable de las mantas. El olor a hierbas del jabón del hotel que la había arrastrado a la realidad repentina de estar aquí, en esta pequeña cama. Recordó algo, una piscina, su hermana. Un cielo crudo y oscurecido.

Ezra, que estaba intentando matarla.

Se incorporó con un gemido. Fuera, el cielo estaba oscuro y el reloj le indicó que era por la tarde.

Temprano, casi la hora de cenar, y Libby estaba completamente despierta.

—Mierda —gruñó, porque de nuevo las zonas horarias le habían frustrado los planes. Se puso en pie y se acercó a la ventana que había junto a la cama. Pasó un dedo por la cuerda de terciopelo de las cortinas, contemplando la quietud de la calle estrecha.

—¿Tú también estás despierta? Lo siento. —Belén suspiró y se puso bocarriba—. No quería despertarte, pero soy una removedora.

Libby se dio la vuelta.

—¿Removedora?

—Sí, no puedo evitarlo. Me remuevo mucho. —Belén se incorporó, se estiró y la camiseta se le subió por encima del ombligo, que Libby se esforzó por no mirar—. Podríamos seguir —sugirió la chica que, al parecer, no se había fijado en la desconcentración de Libby—. Si las dos estamos despiertas.

Libby carraspeó, agradecida por la distracción.

—¿A esta hora? —Se acercó a la mesita de noche para tomar el horario de los autobuses y le echó un vistazo—. No va a haber ningún ferri disponible cuando lleguemos.

—Ups, se me había olvidado eso. —Belén suspiró. Le dio una palmada al espacio de la cama que había a su lado y buscó el mando a distancia—. ¿Te importa que ponga la tele? —propuso con un acento escandalosamente incorrecto.

Libby volvió a mirar por la ventana la oscuridad de la calle tranquila, una carretera de un solo carril alineada con casas de ladrillo y pintorescas habitaciones para huéspedes. Atisbó una sombra que hizo que se estremeciera, y corrió rápidamente las cortinas. Despierta o dormida, era lo mismo.

Belén la estaba mirando.

—¿Hay algo bueno? —preguntó Libby, señalando la televisión y jugueteando con su pelo. Viejas costumbres. Por suerte, Belén no hizo ningún comentario.

—Ni idea. —La chica volvió a centrarse en la televisión y pasó los canales, tratando de determinar qué decir—. Me he despertado un par de veces —comentó un momento después—. No duermes bien, ¿verdad? Hablas en sueños.

Libby se rodeó el cuerpo con los brazos, de pronto estaba congelada.

—Ah, ¿sí?

—Parece que hablas con alguien. —Belén se quedó un momento en silencio—. ¿Ezra?

Sintió que su nombre, que no resultaba del todo inesperado, era una entrada ilegal. Un asalto repentino a su atmósfera de paz.

—Ah… Qué… —Tenía en la punta de la lengua una negación dudosa. «¿En serio? Qué raro. No es nada», pero tras muchos meses mirando por encima del hombro, la tentación (la desesperación) de contárselo a alguien, a quien fuera, era.

No, pensó, tragando saliva. *A quien fuera no*.

Se trataba de Belén, que era la única amiga de verdad que había tenido en cerca de un año. Belén, que había confiado en Libby, que confiaba en ella. Que se había despojado de la ilusión de sí misma como si mudara de piel, dejando a la vista la autenticidad que yacía debajo: pendientes de candado, medias de rejilla, un pequeño tatuaje de una araña en la escápula. Cosas que ocultaba a todo el mundo.

A pesar del viaje en el tiempo, parecía bastante normal tener un pasado romántico. O futuro. Fuera cual fuere la cronología en este punto. La cuestión era que este era un secreto seguro, y elegir no compartirlo cerraría la puerta que Belén había dejado amablemente entreabierta.

—No tienes que contestar —comentó Belén con cautela al notar la duda de Libby.

—No, yo… —Libby tomó aliento—. Lo siento. Es que… es un ex. Ezra. Es mi ex, de la universidad. Tuvimos una relación seria —indicó de corrido—. Muy seria. En cierto modo, yo fui quien lo echó a perder.

—Lo dudo. —Belén parecía solemne.

—No, es verdad. Pero luego él lo arruinó todavía más —añadió, riéndose sin ganas.

Trató de reunir el resto de la historia, o al menos una versión de la historia que pudiera contarle sin traicionar los detalles más complicados de su situación. Por desgracia, no le vino nada a la mente y volvió a mirar hacia la ventana en silencio.

—¿Sabes? —dijo Belén—. Te investigué un poco.

—Ah, ¿sí? —Libby se volvió hacia ella.

—Sí. —A Libby le martilleaba el corazón en el pecho y Belén buscó su rostro con sus ojos oscuros—. No había ningún registro tuyo en la UNYAM —señaló—. Libby, nadie parece haber oído hablar de ti allí. Vienes de allí de verdad, ¿no? No —determinó de pronto sin dudar—. No respondas. Ya sé que no.

Libby esperó sin saber qué decir, pero la chica no parecía estar juzgándola. Como mucho, parecía… amable. Puede que tierna.

—También sé que te has estado escondiendo de algo desde el momento en el que llegaste aquí. Sé que has estado asustada, tal vez aterrada, y sola. —Ladeó la cabeza y sonrió—. Libby, no tienes que contármelo.

Libby tragó saliva.

—Yo…

—No tienes que contármelo —repitió Belén— porque ya lo sé. Te amenazó, ¿verdad? ¿Te hizo sentir que iba a ir a por ti? ¿Castigarte? O puede que lo haya hecho ya —añadió en voz baja.

Libby se estremeció y cerró los ojos. Tomó aliento y luego los abrió.

—Sin importar de dónde vengas —prosiguió Belén—, puedes guardarlo para ti. No voy a contárselo a nadie. —Sus ojos se encontraron un segundo y Belén esbozó una ligera sonrisa en un gesto de compasión, o tal vez promesa—. Tu secreto está a salvo conmigo, Libby Rhodes.

Miró a Libby con una expresión extraña y le sostuvo la mirada durante un latido o dos del corazón cansado y dolorido de Libby.

Entonces se volvió hacia la televisión, donde había lo que parecía una serie cómica. Libby vio cómo sonreía con una broma, sus labios con forma de rosa relucientes con una calma nostálgica, antes de bajar la mirada a sus manos. La risa era escandalosa y Libby se acercó para bajar el volumen.

—No tenemos que ver nada —dijo y la anticipación resonaba en su garganta.

Belén siguió el movimiento de los dedos de Libby cuando ella apagó la televisión. Luego alzó la mirada al rostro de Libby antes de volver a tumbarse y ponerse de lado. Libby hizo lo mismo, se metió en la cama y se puso de frente a su amiga, sus rodillas se tocaban bajo el edredón.

—Se está bien aquí —comentó Belén.

—Sí —coincidió Libby. Así era. Ya no se estremecía ni sentía frío. De pronto la envolvía la comodidad. En calidez de la franela áspera. En la sensación de que aquí, si mantenía los brazos y las piernas debajo de la manta, no aparecería ningún monstruo del pasado o del presente.

—¿Es incómodo? —preguntó de pronto Belén. Tenía los ojos oscuros muy abiertos, líquidos.

Justo entonces Libby vio con claridad que estaba a un lado de un puente intangible, pero crítico. Cruzarlo era confesar todo tipo de cosas inadmisibles.

Tragó saliva. Luego espiró.

La respuesta era sí, por supuesto, sí era incómodo. La clase de incomodidad que precedía al borde de un acantilado, una caída dura. Un sorbo de absenta y un primer beso. Libby sabía que estaba integrándose demasiado en esta época, que no era la suya. En esta vida, que no era para ella.

Pero en ese momento esas cosas parecían triviales. Imposibilidades e inevitabilidades, ambas demasiado amplias para comprenderlas.

—Sabes que no soy una profesora de verdad, ¿no? —le preguntó con la boca seca de pronto.

Belén esbozó una sonrisa lenta como respuesta y su voz sonó como un murmullo grave.

—Sí. Pero no me importa llamarte así —respondió y la atrajo con una mano.

Los labios de la chica eran un susurro de Pepsi de cereza y chicle dulce. Pero incluso esto, un beso cauto de la cuidadosa boca de Belén, estaba lleno de sensaciones. La ligera presión fue como una llama en la imaginación de Libby que encendía algo dormido en su pecho. Se le escapó un ronroneo de satisfacción de los labios a la boca sonriente de Belén.

—Esperaba que dijeras eso —murmuró Belén, acariciando la lengua de Libby con la punta de la suya mientras los dedos de Libby danzaban por debajo de su blusa.

La piel suave de Belén era tan impactante que volvió a gemir y sintió un escalofrío de satisfacción. Libby cerró los ojos y se puso bocarriba mientras Belén depositaba besos en la mandíbula, detrás

de la oreja, en la garganta. Espiró cuando notó un calor creciente en la barriga, el cuerpo totalmente relajado bajo el peso de las caderas de Belén. Esta se quitó el jersey. Se quitó la camiseta. Libby se acercó a ella y vio cómo se estremecía ligeramente el vientre de la chica bajo sus caricias. Oyó los vestigios de la voz de Parisa en su cabeza. «Toma lo que quieras, Rhodes».

«Tú tómalo».

—Tú —comenzó Libby y tragó saliva. Tenía el pulso acelerado —. No deberías.

Belén se detuvo de inmediato y se apartó.

—Lo siento mucho, tendría que haber preguntado. Si no quieres…

—No, no. Me refiero a… permitírmelo. —Libby la apartó y la dejó bocarriba—. ¿Puedo? —preguntó en voz baja, dibujándole una línea desde la garganta hasta las costillas con la punta del dedo.

—Sí. —Belén parecía embelesada—. Sí, por favor.

Libby se subió a horcajadas sobre las caderas de Belén y le colocó los brazos por encima de la cabeza cuando se agachó de nuevo para besarla. El pelo caía en ondas alrededor de las dos. Tenía el pelo más largo ahora, demasiado. Lo bastante para que Belén enredara los dedos en él mientras gemía suavemente al oído de Libby.

Libby se apartó para quitarse el jersey y volvió a acercarse. Las llamas de su piel se encontraron con las de Belén y ambas se estremecieron. Envalentonada por el impacto, Libby le mordisqueó la clavícula y bajó una mano entre sus caderas para acariciarle la curva del muslo.

—Tal vez no deberíamos de llegar tan lejos —susurró Belén, tensando los dedos sobre la piel desnuda de la cintura de Libby—. No quiero acelerar esto.

—¿Eso es lo que dice el catolicismo? —preguntó Libby y Belén soltó una carcajada.

—Me gustaría poder decir que aunque sea uno solo de los muchos sermones de Lola ha sido efectivo —murmuró Belén mientras Libby enterraba una sonrisa en su pelo—. Pero no. Trágicamente, estoy colada por ti —confesó.

—¿Qué?

Libby se apartó, parpadeando, y Belén se mordió el labio.

—Lo siento, ¿me he pasado?

—Ehh… —Sí. No. Así porque sí, no. Aunque suscitaba la pregunta de si Libby quería hacer esto de nuevo. Y la respuesta era un sencillo «sí, por supuesto». Sí, definitivamente, más de lo que resultaría deseable, quizás incluso ideal. Sospechaba que Belén no era la única que estaba colada.

Pero Libby tenía que negociar con el tiempo. El futuro, su futuro, la esperaba en alguna parte. No podía prometerle un mañana, mucho menos una extensión de mañanas. Belén podría estar dispuesta a ofrecerlo, o quererlo.

Libby tuvo la sensación que sus dudas eran demasiado evidentes. Belén parpadeó y mantuvo una expresión reservada al hablar.

—No me refería a que hiciéramos de esto algo serio. —Tragó saliva—. No me hagas caso, solo…

—No, tienes razón. Tendríamos que ir más lento. —Se apartó de ella. El aire entre las dos se había enfriado, estaba cargado de algo que esperaba que Belén interpretara como autocontrol y no como rechazo—. Hay mucho tiempo, ¿no?

Otra mentira en una montaña de mentiras. Pero esta, al menos, hizo sonreír a Belén, aunque fuera solo por el momento.

—Sí —respondió, poniéndose de lado para mirar a Libby—. Claro. Por supuesto.

Libby se puso bocarriba, preservando con cuidado un espacio para sus piernas y sus falsedades. Las sábanas eran de pronto ásperas, demasiado calientes, y tuvo la sensación de que Belén sacaría mucho más de la distancia de precaución que había puesto entre las dos que de su tono tranquilizador.

—¿Intentamos dormir un poco?

—Sí. —La voz de la chica sonó distante—. Sí, buena idea.

Cuando volvió a mirar, se encontró con la imagen de la espalda de Belén, su respiración tan agitada e irregular que no podía estar dormida. A Libby se le revolvió el estómago. Una cosa era no hablarle del futuro que ya conocía, de la decepción inevitable. Otra cosa era mentir como estaba mintiendo. Para ocultar una verdad crítica.

A la mañana siguiente, el autobús se tambaleaba por las carreteras estrechas de Escocia. El ferri llegó a tiempo, el viento transportaba voces con acentos incomprensibles. Llegaron al hostal

que había reservado Libby y entonces volvieron a salir hacia las piedras de Callanish. Ninguna de las dos estaba dispuesta a entregarse a la ociosa convivencia del sueño, sus cabezas a centímetros de distancia en la diminuta habitación, el espacio estrecho entre las dos camas. El dueño del hostal bromeó sobre los círculos de hadas y Libby se rio por compromiso; la sonrisa de Belén fue más forzada.

Salieron del autobús y siguieron a un puñado de turistas. Belén y Libby permanecieron atrás, las dos inusualmente calladas. Tal vez Belén fuera demasiado perceptiva. O Libby demasiado mala actriz. En cualquier caso, ambas cargaban con una sensación tácita de nostalgia.

—¿Y si llegamos allí y no pasa nada? —preguntó Libby, aunque solo fuera para romper el silencio. Belén se tensó al oír el sonido de su voz y se miró los zapatos. El cielo cargaba la promesa de la lluvia.

—Volvemos a casa y seguimos buscando, imagino.

—Sí. —Era surrealista, la posibilidad entre nada y todo. Entre la probabilidad de salir de aquí con las manos vacías y la posibilidad distante de regresar. Algo tenía que funcionar, pensó Libby en silencio. Sino era esto, sería otra cosa.

Algo tenía que hacerlo.

Desde la distancia, el círculo de piedras era como las imágenes que había visto Libby de Stonehenge. Belén y ella esperaron, con respeto o quizá vacilantes, a que los que iban delante de ellas hicieran fotografías, reclamaran su derecho a comprobar el mito y la leyenda y luego retrocedieran riendo o tomando una pinta.

Poco a poco fueron alejándose los rezagados, excepto uno. Había un hombre solo en el centro del círculo, de espaldas a los demás. Miraba la infinita línea de campos de las Tierras Altas, las ondulantes colinas que arrugaban el estado prístino del cuello planchado de su camisa. Levantó una mano y se la pasó por la nuca antes de detenerse, como si hubiera sentido algo por encima del hombro.

Cuando se dio la vuelta, sintió una especie de memoria muscular. Como un tirón pasado, antinatural, una sensación invisible, sin palabras, junto a una corriente familiar de tiempo y espacio.

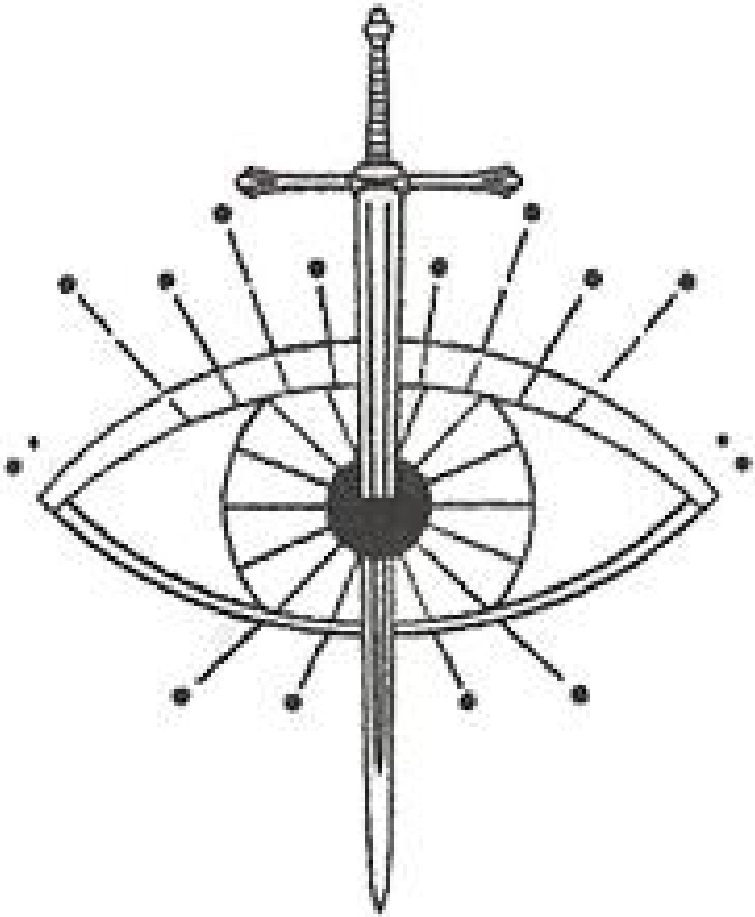
Por un momento, Libby se quedó impactada, como golpeada por un rayo, por una familiaridad efímera, la repentina presencia de una versión anterior de ella misma. El latido de su pulso quedó suspendido y resucitó después. El hombre que había en el círculo frunció el ceño, la frente arrugada por la concentración, o la expectación, y entonces sus miradas se encontraron.

—Tristan —musitó Libby sin previo aviso y la garganta se le quedó seca al pronunciar el fantasma de su nombre.

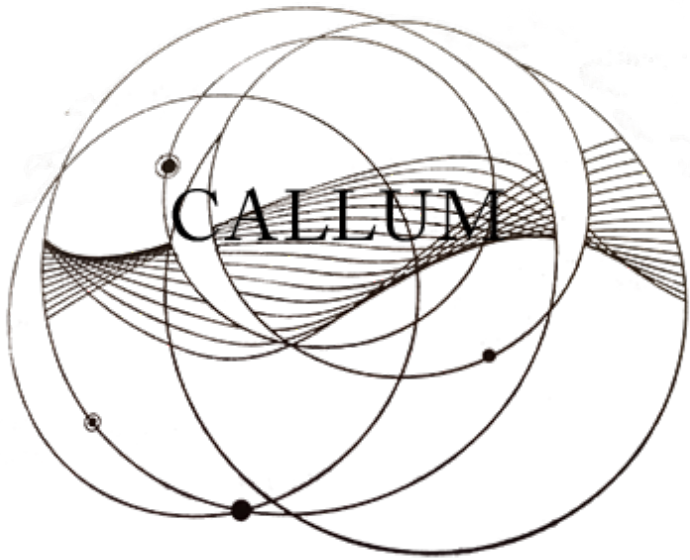
La boca seria de Tristan Caine se abrió y a Libby se le aceleró el corazón.

—Hola, Rhodes —la saludó.

VIII



DESTINO



Pasaron tres días del incidente con el cautivo hasta que Tristan acudió en su búsqueda. Ridículo. Como si fueran escolares que esperaran tres días para contestarse a los mensajes.

—Por fin —dijo Callum sin levantar la mirada del libro. (Porque sí, sí sabía leer, gracias, Reina). Estaba sentado en la sala pintada, delante de la chimenea, con las piernas cruzadas y una paciencia efervescente—. Has tardado lo tuyo, ¿eh?

Era la primera vez que estaban solos a propósito desde aquella noche casi un año antes, y semejante detalle no escapaba a la atención de ninguno de los dos. Tristan se sentó en el extremo opuesto del sofá, preparado para la discusión.

—¿Le has obligado a decirlo? El nombre de mi padre —preguntó al fin con la voz cargada de tensión—. Lo sabes. Sabes lo que significa eso para mí. Por lo tanto, imagino que sabes por qué tengo que preguntarte.

Callum soltó el libro con un suspiro de irritación y se volvió para mirarlo.

—Sí —respondió y Tristan palideció, tal vez prediciendo lo que

seguiría a continuación—. Pensé: ¿sabes qué sería divertido? Inventaré una historia bonita que perseguirá a Tristan durante tres días y después le diré que era todo una broma, ja, ja. Para nada es una situación extremadamente tensa —añadió—. Al fin y al cabo, ¿qué voy a saber yo de semejantes enredos emocionales tan frágiles? Nada en absoluto, creo…

—Vale, entendido. —La expresión de Tristan, siempre helada, se tornó todavía más amarga—. Entonces mi padre quiere matarme. Maravilloso. Qué novedad más excitante para mí. —Se hundió más en el asiento y se puso a tamborilear con los dedos en el reposabrazos.

—Creo que es más complejo que eso.

—¿En qué sentido? —preguntó Tristan con una mirada de soslayo.

—Oh, no tengo ni la más remota idea —le aseguró Callum, encogiéndose de hombros—. Simplemente me limito a dar por hecho que estas cosas son complejas, eso es todo. Si no emocionalmente, tal vez sea el asunto de la eliminación lo que tu padre quiera complicar. En cualquier caso, dudo de que sea tan simple.

—Tú. —Tristan se levantó de golpe—. Eres un capullo incorregible.

—Sí, lo sé. Por cierto —añadió, lamiéndose un dedo y pasando una página del libro—, en cuanto a Rhodes…

Tristan se detuvo, como era de esperar.

—Yo no he olvidado nuestro pequeño acuerdo con Varona —señaló Callum—. Aunque nadie se ha molestado en preguntarme.

El deseo de Tristan de huir y el de permanecer allí colisionaron entre sí de una forma encantadora.

—¿Me estás diciendo que te has pasado los últimos meses investigando cómo traer de vuelta a la persona que más odias de esta casa? —preguntó con voz tensa.

—Falso —respondió Callum—. No odio a Rhodes. Ni siquiera me disgusta Rhodes. Simplemente no me importa.

—Vale, entonces ¿por qué…?

—En realidad, si Rhodes volviera, me parecería de pronto muy muy necesario acabar el trabajo —continuó.

—Eh… —Tristan parpadeó—. Disculpa, ¿qué?

—Eso es un aparte, por supuesto. No es de tu incumbencia. La cuestión es que sí, he investigado un poco —indicó, sacando un documento muy ordenado y bien preparado del interior del libro, que era *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, elegido por sus maravillosas técnicas. Por ejemplo, una forma de gustar a las personas era sonreír, lo que hizo Callum ahora mismo—. Sé que Varona y tú tenéis una teoría muy inteligente sobre las ondas danzantes del espacio, pero considero que tal vez no sea suficiente.

Tristan se había quedado anclado en el tema anterior.

—¿A qué te refieres con acabar el tra…?

—Resulta que he prestado mucha atención en clase, a pesar de las acusaciones de que estoy aquí por los motivos equivocados. En realidad, he hecho bastante bien los cálculos de lo que necesitamos para traer a Rhodes de vuelta —comentó—, y como ya sabes, pero has decidido estúpidamente ignorar, para crear el agujero de gusano que Varona y Rhodes hicieron, también tuvieron que crear una explosión controlada de una magnitud enorme. En comparación, fue pequeña, por supuesto, porque lo que ellos crearon fue también pequeño. ¿Cuánta energía supones que es necesaria en este caso en particular? Algo mucho menos inocuo. Y con suficiente poder para asegurar precisión. Para hacer que aterrizara en el momento en el que se fue.

Tristan no dijo nada.

—Aunque consigáis encontrar el poder necesario para ese tipo de resultado mágico, tenéis que canalizarlo de forma correcta. No se puede hallar control en las tierras salvajes de Escocia —concluyó—. Por eso, esa pequeña excursión que estáis planeando (de forma poco inteligente e ingenua, y con los ojos llenos de estrellitas) no va a funcionar.

Tristan apretó los labios, testarudo.

—¿Entonces no merece la pena intentarlo según tu opinión? —Puso los ojos en blanco—. Sobrecogedor.

—No, no, del todo incorrecto. —Callum cerró el libro con un movimiento firme y se puso en pie—. No solo quiero que lo intentéis, Tristan. Quiero que lo consigáis. Quiero que lo consigáis con tanta valentía y colorines que te creas invencible e invulnerable y una versión evolucionada de ti mismo. Pero, por supuesto, no vais a hacerlo —terminó y suspiró—. Y me parece muy triste, de verdad,

porque soy un optimista.

La confusión que manaba de los poros de Tristan tenía un sabor agrio.

—Me estás manipulando. Sé que estás intentando disuadirme para que no lo haga.

—No estoy haciendo eso, Tristan, por Dios. —Callum empujó sus notas detalladas en dirección a su acompañante—. Toma, incluso te he preparado los cálculos. Esto es lo que necesitáis para generar una reacción de fusión pura.

Tristan se acercó a la hoja de anotaciones como si pensara que fuera a morderle.

—¿De dónde has sacado esto?

—¿Sabías que hay una biblioteca entera aquí detrás? —Callum abrió mucho los ojos para representar al ingenuo favorito de Tristan.

Al ver la mueca de Tristan, Callum respondió a su pregunta.

—Ya te lo he dicho, he hecho los cálculos. Hace años. Y tres *whiskies*, debería de añadir. Soy mucho más inteligente de lo que pensáis, lo que resulta absurdo. E injusto. E inexplicablemente rudo. —Callum, que no había probado una gota de alcohol en los últimos tres días, se sentía ebrio de alegría—. Además, soy el único en esta casa que te ha resultado de ayuda, Tristan, así que de nada.

Tristan estaba escrutando la página, buscando el engaño, como si estuviera escrito con tinta invisible.

—¿Dónde está el truco?

—¿El truco? —Hilarante. Muy gracioso—. ¿Es que sigues sin verlo?

La mirada cruel que recibió de Tristan fue de una implacable belleza.

—Rhodes —explicó— solo puede transportarse por el tiempo por medio de la creación de una explosión inmensa. ¿Cuán inmensa? Excelente pregunta, Tristan. Estamos hablando de nuclear —dijo con tono alegre—. Una fuerza letal. Una unión de isótopos de hidrógeno tan pesada que sería como regenerar una estrella. Tan enorme y no probada que la zona seguiría estando radiactiva durante años, de una magnitud que causaría la muerte a cualquiera que estuviera a kilómetros de allí. —Miró a Tristan para comprobar si lo seguía. Por la mirada cenicienta de su rostro, seguro que sí—.

La única posibilidad de Rhodes de crear un agujero de gusano de esa magnitud es, como imagino que ya sabes, haciendo uso de la energía creada por un arma de fusión perfecta, que nunca antes ha existido y que solo puede existir si Rhodes decide iniciar una explosión con un potencial de daño exponencialmente mayor que el de la bomba atómica.

Tristan no dijo nada. Sabía esto, lo desesperanzador que era, y Callum también sabía que no había nada más terriblemente vacío que determinar que habías tenido razón durante todo este tiempo.

—Podéis vencer las leyes de la física, Tristan —prosiguió—, y con la ayuda de Varona, puedes vencer las leyes de la naturaleza… pero…

Se acercó más a él y contempló cómo se preparaba Tristan para un estallido de rabia.

—Nunca vencerás la naturaleza de Rhodes —concluyó, triunfante—. Y eso, amigo mío, es, tal y como llevo advirtiéndote durante casi dos años, el punto crucial de todo esto.

Vio que Tristan sabía que tenía razón porque podía saborearlo, la sensación deprimente, el miedo. Tristan no levantó la mirada de la hoja de Callum en la que estaban los cálculos sorprendentemente precisos, porque ¿qué iba a encontrarse?

Ah. El delicioso sabor de la esperanza marchitándose.

No había más conclusiones. No había alternativas. Para traerla de vuelta en el tiempo y el espacio, Libby Rhodes tendría que elegirse a ella por encima de todos los demás. De todo lo demás. Tendría que encontrar el poder para desafiar a su propia moralidad y decir: «A la mierda. Yo soy más importante».

Y eso era del todo imposible. Una comedia de errores de un nivel superior. ¡Y Tristan había elegido esto por encima de Callum! Esto era lo que había hecho, y en lo más profundo del turbio conducto del corazón no existente de Callum, anhelaba que Tristan sufriera por ello. Esperaba que le doliera durante el resto de su vida, y si por algún motivo no era así, Callum tenía otros planes en mente. Él era más inteligente de lo que pensaban los demás. Se había pasado un año emborrachándose y llegando a la inevitable conclusión de que nada de esto importaba en realidad porque no había un mal mayor. No había un villano. Atlas podía querer a Callum muerto, pero eso no lo convertía en el malo. Tristan podía

haber traicionado a Callum, pero él no era el malo tampoco. Esto era el mundo, solo eso. Confiabas en personas, las querías, les ofrecías la dignidad de tu tiempo y la intimidad de tus pensamientos y la fragilidad de tu esperanza, y ellas lo aceptaban y se preocupaban o lo rechazaban y lo destruían y, al final, nada de eso dependía de ti. Esto era lo que te llevabas. Un corazón roto era inevitable. La decepción estaba asegurada.

Callum había llegado a esta conclusión y no le gustaba. La aceptaba. La comprendía. No le preocupaba.

Sin embargo, todavía quería joder un poco más antes de que todo acabara.

Así que aquí iba.

—Yo no tengo vela en este entierro —comentó, conteniendo una sonrisa. El pobre Tristan seguía mirando los cálculos que tenía en la mano y, por supuesto, no vio el placer apenas contenido de Callum al asestar este golpe delicioso y perfecto—. Sé que sabes que tengo razón. En esto —dijo, señalando la hoja que tenía Tristan en la mano— y en lo que respecta a Rhodes. Pero también sé que llegarás a las conclusiones que tú decidas y que nada de esto tiene que ver conmigo.

—¿Por qué lo has hecho entonces? —preguntó Tristan. Tenía la voz cargada de resentimiento, tal vez amargura. Puede que incluso tristeza, pero ¿qué más le daba a Callum?

—Porque dije que lo haría —respondió con tono frío—. Porque el día que pasamos los ritos de iniciación, alguien me hizo prometer algo. Di mi palabra y la he mantenido. —Era muy sencillo en realidad. Eran las decisiones con las que podía vivir Callum. No le importaba lo que le pasara al mundo o si Atlas Blakely creaba uno nuevo. Atlas Blakely podía crear todo un jodido universo y daría lo mismo, porque no importaba nada. ¡Y era una ironía encantadora! Atlas Blakely quería hacer un mundo nuevo porque era un burócrata mágico clínicamente deprimido que ya sabía que nada importaba.

Sinceramente, Callum llevaba bastante bien su dolor.

—Aun así, voy a traerla de vuelta. —Levantó la mirada y esta emanaba una seguridad radiante (Dios, qué agotador).

—Es imposible.

—Somos diferentes —insistió Tristan—. Todos nosotros. Por

haber estado aquí. Por haber recorrido esos pasillos, leído esos libros…

—Sí, una experiencia mágica, de verdad —coincidió Callum.

—Puedes reírte —espetó Tristan—, pero no somos las víctimas de nuestras debilidades que obviamente crees que somos.

Interesante, pensó Callum. Parecía que no lo había escuchado.

—Para ti, esto no suponía nada —continuó Tristan—. Solo otra oportunidad en una vida llena de oportunidades, genial. Puedes salir de aquí igual que entraste, bien por ti. Pero para el resto de nosotros, para mí…

—¿He dicho que tuviera que ver contigo? —lo interrumpió Callum mostrándose neutral, pero, por una vez, Tristan logró sorprenderle.

—Por supuesto que tiene que ver conmigo —bramó Tristan, y la chimenea crepitó y saltaron chispas—. Yo estaba allí, Callum. Estaba allí, joder.

El pecho de Tristan subía y bajaba por la angustia y Callum se quedó muy quieto, soportando el peso inesperado de sus palabras.

—Lo quieras o no —siguió Tristan con la voz cargada de ironía —, esto, lo que había entre los dos, fue real para mí. Puedes fingir que no importó. Que fui yo quien te falló. Que tú no tuviste nada que ver con cómo sucedieron las cosas. Que tomé una decisión sin basarme en nada, solo en mis propias inseguridades y defectos. Pero no soy tan idiota, no estoy tan desprovisto de sentimientos —espetó — como para no ser absolutamente consciente de que tú y yo teníamos algo poco común por lo complicado y jodidamente significativo, y al final solo se rompió porque yo lo rompí.

Callum sintió de pronto como si un mazo enorme le golpeara el pecho.

—Por lo que sí —concluyó Tristan con una mueca—. Sé que esto tiene que ver conmigo.

No dijeron nada en varios minutos. Que Callum recordase, era la primera vez que no podía sentir algo intangible en la habitación o en los sentimientos que había dentro de ella. Comprendió más tarde que fue porque él era quien estaba sintiendo cosas. Sintió que la victoria se tornaba rabia, rabia pura. Sintió furia con la intensidad de un dolor incandescente. Igual que le pasaba al principio de este maldito año, quería asesinar a Tristan. Agarrarlo por la garganta,

cortarlo en tiras y servirlo como si fuera un asado, y quería también tejer de forma meticulosa y con gran inconveniencia una corona de flores cargada de un significado no correspondido que adorara la cabeza increíblemente estúpida y perfectamente funcional de Tristan.

Más que nada, deseaba que Tristan sufriera profundamente por cada palabra honesta que había salido de su boca.

Estaba de nuevo donde había empezado.

Aliviado por el éxtasis final de su conclusión, Callum suspiró. Y sonrió. A la gente no le gustaba que la contradijeran, había dicho Dale Carnegie, maestro de la influencia. Era mejor no criticar, ni cuando las personas estaban equivocadas con tonterías como dónde habían depositado sus lealtades.

—Buena suerte —dijo Callum—. Con todo. Espero que funcione lo que hay entre Rhodes y tú.

La expresión de Tristan se ensombreció.

—¿No acabo de decir…?

Pero Callum pasó por su lado, ignorando el impulso de detenerse y escuchar. Ignorando también el impulso de tomar un trago. Ignorando la mayoría de los impulsos, en realidad, porque ahora tenía un plan, y eso era más importante. Igual que Atlas Blakely, Callum se iba a ceñir a su plan, aunque fuera imperfecto y condujera al despotismo o las lágrimas.

Se encontró con Dalton, que iba a la sala pintada.

—Perdón —dijo Dalton entre dientes, asintiendo a Callum y evitando mirarlo.

Callum se detuvo.

Miró por encima del hombro.

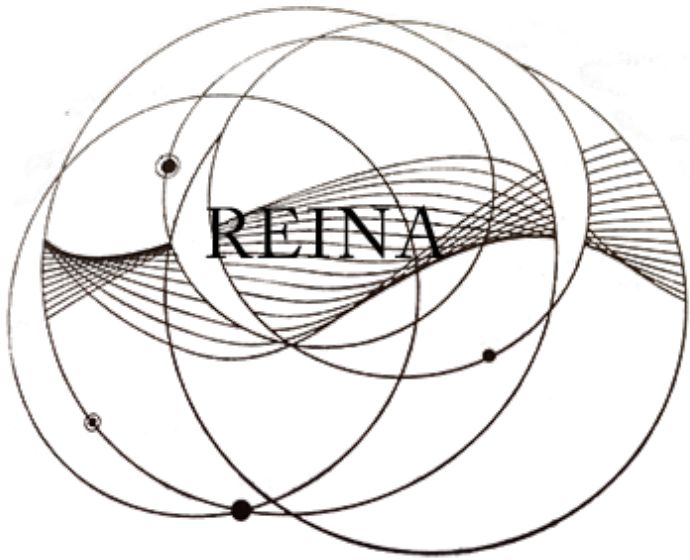
Qué inusual ver a Dalton, que estaba enfermo según Atlas, aunque a Callum no le importara, por supuesto. No obstante, según veía, Dalton estaba perfectamente sano. No, lo extraño no era la presencia de Dalton, que nunca había sido una cuestión de relevancia para Callum. Pero había algo. Una novedad distintiva, evidente.

¿Era…?

Sal. Fuego. Una mezcla de ambos. Inusual en Dalton. Algo estaba mal, dedujo Callum, frunciendo el ceño. Había algo más profundo ahí que no estaba antes.

Pero eso era problema de Parisa, o tal vez solo de Dalton, así que lo ignoró y subió escaleras arriba silbando *La vie en rose*. Era muy liberador tener un plan, pensó Callum al pasar frente a una ventana abierta por la que entraba un aire invernal. Entendía por qué se aferraba Atlas tan desesperado al suyo. Pronto llegaría la primavera, seguida del verano, seguida del inevitable ataque de todos sus enemigos, o, para ser más precisos, la inevitable desesperanza y sensación de pérdida que suponía ser humano y estar vivo. Maravilloso.

Para tratarse de un hombre responsable de la muerte brutal de cuatro personas (sus amigos), Atlas Blakely tenía razón.



Reina sospechaba que había soñado con su abuela, o quizá solo con la casa de su abuela. No solía hacer un seguimiento de sus sueños, pero esa mañana se despertó con la sensación de que recientemente se había sentido muy pequeña.

No, recordó ahora, en una neblina, una especie de vapor. No era su madre la que la hacía sentir pequeña, era el Empresario, su padrastro. Se trataba de nuevo de un recuerdo, el mismo que le sobrevino mientras contemplaba el ritual de iniciación de Nico. Miraba a través de ella en la cafetería de Osaka. El Empresario, o más bien el cosechador, cuyo negocio era la guerra y, por lo tanto, la muerte. Soñó con la misma situación, el mismo nombre extranjero, las mismas palabras iracundas.

«Lo ha hecho antes, puede hacerlo ahora».

No había vuelto a pensar en esto desde el día que Nico se lo trajo a la mente, pero debió de desencadenar algo en su cerebro. Algo en la punta de la lengua, porque aquí estaba, pensando de nuevo en el Empresario, algo que no hacía casi nunca, y en el inglés que lo había enfadado, que en ese momento no le pareció relevante.

Entonces le parecía algo ubicuo. Sin importancia. Pero volvió a recordar el nombre con un significado repentino, como si un color que estaba de fondo saliera de pronto a la luz.

—He tenido un sueño extraño —comentó cuando Nico pasó por donde estaba ella, junto a los pies de la escalera. Él estaba silbando algo mientras se dirigía a la sala de lectura, pero se detuvo al oír su voz, sorprendido.

—Dios mío. —Se llevó una mano al pecho, como si le hubiera disparado, y retrocedió hasta ella—. Perdona, no te había visto…

—No me he olvidado. Ya sabes, de Rhodes. En realidad —añadió —, pensaba que íbamos a trabajar juntos para encontrarla. —Se detuvo—. ¿No fue ese el acuerdo?

Nico parpadeó, parecía un niño pequeño esperando una bronca. Y entonces se recompuso.

—Aún podemos hacerlo. Aún no ha terminado el año.

—¿Qué hacía Tristan para la Corporación Wessex? —preguntó Reina, ignorando la respuesta de Nico. Muy poco, muy tarde—. Sé que se encargaba del capital de riesgo. ¿Qué clase de tecnología financiaba?

—¡Yo qué sé! —Nico se encogió de hombros—. Tecnológica, supongo. *¿Software?* ¿Pomos de puertas?

—¿No lo sabes?

—No somos exactamente amigos. —Nico la miraba con cara rara —. No pensarás que te he cambiado por Tristan, ¿no?

—Solo pensaba que el año pasado, Rhodes y tú… el agujero de gusano. La reacción que causasteis. Tuvisteis que liberar suficiente energía para crearlo, ¿verdad?

—Tú nos ayudaste a hacerlo. Sin ti, no habríamos…

—¿Qué más podría crearlo? —preguntó Reina, que no buscaba halagos—. Una fusión. De ese tamaño.

—Ah. Eh… —Nico se mostraba inseguro, desestabilizado—. No lo sé.

Esa no parecía toda la verdad.

—¿No lo sabes?

Nico se rascó la sien, pensando en cómo explicarse.

—La mayoría de las cosas así, resultados con mucha energía, requieren fisión para comenzar la reacción. —Fisión: romper un átomo en núcleos más pequeños—. Eso es lo que genera la energía

necesaria para la fusión. —Fusión: combinar diferentes partículas para liberar energía—. Normalmente se pierde energía en la fisión y eso evita una reacción de fusión más explosiva, pero Rhodes y yo… y tú —aclaró rápidamente— pudimos evitar esa pérdida de energía, por lo que la reacción fue… —Frunció el ceño y concluyó—: Bueno, mayor, supongo.

—De acuerdo. —Reina ya sabía eso—. ¿Qué podría reemplazaros a Rhodes y a ti entonces?

—Eh… Que yo sepa, nada. —No parecía más petulante de lo habitual, así que debía de ser verdad y no una hipérbole—. Ese tipo de problema —admitió, lo que explicaba su tono de duda anterior —. Crear una reacción de fusión pura como esa tendría que ser de forma mágica y a la energía liberada tendría que canalizarla un medellano de gran destreza. Pero para que funcione a un tamaño significativo, también tendría que ser una reacción mayor que cualquier cosa que pudiera producir un medellano, por lo que incluso alguien con gran destreza necesitaría poder…

—¿Me habrías matado? —preguntó Reina.

Nico parecía perdido.

—¿Qué?

—¿Me habrías matado? —repitió Reina—. Si se hubiera convertido en una competición.

—Ah, ¿te refieres al año pasado? No, Dios. No. Por supuesto que no. —Sacudió la cabeza de forma enérgica.

—Qué fácil decirlo ahora —observó Reina—. Ahora que nadie más tiene que morir, ¿eh?

—Aun así. No lo habría hecho. —Se encogió de hombros.

—¿Habrías matado a Callum?

—Yo… no. —Parecía contrariado—. Probablemente no…

—¿O a Tristan?

Nico tenía el ceño fruncido.

—No…

—Y definitivamente tampoco a Parisa ni a Rhodes —comentó Reina—. Básicamente no habrías matado a nadie. —Intentaba decidir si le parecía decepcionante cuando Nico se puso a la defensiva.

—¿A dónde quieres llegar con esto? —preguntó, irritado. Estaba molesto, era obvio, y no porque no hubiera considerado esto antes,

sino porque se había visto obligado a admitir algo que no tenía intención de confesar.

—Supongo que solo me estoy preguntando qué demonios haces aquí.

Nico se quedó mirándola.

—¿Y ya está? —preguntó, o más bien exigió—. ¿Te pasas meses sin hablarme y esto es lo que tienes que decir? ¿Preguntarme por qué diablos existo?

—No por qué existes —repuso con tono impaciente—. Solo… aquí. Estabas dispuesto a matar a alguien hipotéticamente.

Nico frunció el ceño.

—Sí, ¿y…?

—Pero no era una teoría. Ni una hipótesis. Era un requisito real.

—¿Y? —Se cruzó de brazos—. ¿Has estado muy rara casi un año entero y ahora te enfadas porque no te habría matado?

Sí.

—Puede.

—¿Qué…? —Inspiró. Espiró.

—Tampoco habrías matado a otra persona para mantenerme con vida a mí.

Nico enfureció.

—Mira, si Nova se hubiera acercado a ti con un cuchillo, estoy muy seguro de que no me habría quedado allí mirando…

—Muy seguro —repitió Reina y el rostro de Nico se retorció. Frustración infantil.

Dios, de pronto parecía muy joven.

—Vale, ¿qué? —preguntó él y pasó a la burla—. Como si tú me hubieras salvado. Al parecer no te importa mucho si vivo o muero.

Reina sintió una repentina caída en picado que le preocupaba que fuera algún tipo de sentimentalismo repugnante. Por suerte ya se había ido. Muerto. Ahogado. Un asesinato piadoso. Porque el precio de admitirlo era demasiado alto. El coste de una confesión era demasiado elevado. No, Nico, yo habría prendido en llamas a cualquiera con la más ligera intención de lastimarte, y esa es la clase de amiga que soy cuando elijo ser amiga. Algo que nunca soñé que me atrevería a hacer.

Hasta que llegaste tú.

—Vale. —Ella dio media vuelta para subir las escaleras.

—Reina. —Sonaba frustrado—. ¡Reina!

Se dijo a sí misma que esto era una táctica. Responsable, incluso. Callum lo había dejado muy claro.

—Mira —le dijo Callum la noche anterior. La abordó cuando estaba ocupada mirando las notas que habían presentado a los archivos durante su primera unidad de espacio—. Solo te digo esto porque creo que es importante que no hagas nada estúpido. Y tengo la sospecha de que para mantenerte alerta vas a necesitar todos los hechos.

—¿Cuáles son? —preguntó ella sin levantar la mirada. No solía asociar a Callum con hechos. Parecía excepcionalmente emocional, y eso era lo que los demás parecían olvidar de él. Si era de verdad un psicópata, probablemente habría hecho mucho más.

Callum acercó una silla para colocarla enfrente de la suya y de pronto le dio la sensación de que ocupaba demasiado espacio.

—Atlas Blakely está deprimido —anunció.

—Vale, ¿y quién no? —respondió ella sin más.

—Y como está deprimido —continuó Callum como si ella no hubiera dicho nada—, está buscando una forma de abrir un portal a un hilo diferente del multiverso. Creo —aclaró—. Dudo de que esté intentando empezar un nuevo universo desde cero.

—Oh. —Reina parpadeó—. ¿Puede… hacer eso?

—Cree que sí —afirmó Callum—, pero te necesita para hacerlo. Tiene todas las piezas que necesita excepto una. Bueno, dos, por todo este problema con Rhodes, pero eso no es importante. Eres tú quien me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque el tiempo está a punto de acabar. Y creo que se le da bastante bien asegurarse de que la gente tome las decisiones que él quiere.

Reina arqueó una ceja para indicar que sí, que las personas manipuladoras tendían a hacer eso. Su compañía actual incluida.

Callum sonrió.

—Cumplido aceptado —dijo—. Pero tiene truco. Algo que no te va a contar.

—¿Algo que sale en su informe? —adivinó Reina, preguntándose si se trataba de algo ridículo como el matrimonio de Parisa. Al parecer, algo sin ninguna relación con el caso y personal que

Callum encontraría interesante pero no Reina, porque Reina no era…

—Ha matado a cuatro personas —respondió Callum—. Sus amigos.

—¿Qué? —La palabra la abandonó como si le hubieran asestado un buen golpe, como una ráfaga de sorpresa.

—Bueno, vale, no de verdad —indicó Callum, con una risita. Como diciendo: cosas de la semántica—. Pero se siente responsable de la muerte de los otros cuatro iniciados de su grupo.

De nuevo, una oleada de sorpresa y confusión.

—¿Qué?

—No tengo claros los detalles —admitió, encogiéndose de hombros—, pero sé que algo que hizo Atlas causó la muerte de los otros cuatro. No al mismo tiempo. Ni en un accidente ni nada de eso. Pero cuando la Sociedad reclutó a la siguiente clase de iniciados, habían muerto todos. Uno recibió un disparo en el pecho. Otro envenenado. El tercero por un cáncer agresivo. —Reina puso una mueca—. EL último murió durmiendo. Presuntamente.

Sonaba shakespeariano y muy dramático.

—Vale, ¿y?

—Y tengo la sensación de que algo debió de salir mal en el ritual de iniciación de Atlas. No aparece en su expediente, algo que no me explico. A lo mejor él llegó antes, no lo sé. Pero supuestamente fue él quien mató al quinto miembro, al cordero al que iban a sacrificar… y sé… —dijo en voz baja—. Sé que la sangre que mancha sus dedos es de segunda mano.

Preocupante, si es que era cierto. Y era un enorme «si».

—Son suposiciones —señaló Reina—. No hechos.

—Bien. Solo pensaba que podría parecerte relevante… porque nadie de nuestra clase de iniciación fue asesinado, ya sabes. —Se levantó—. Lo que significa que aún se debe un cuerpo a los archivos.

—Pero…

—Piensa en ello. —Su expresión era extrañamente cándida—. Nos ha estado robando algo a cada uno de nosotros, ¿verdad? Varona está hecho un desastre. Parisa está muy nerviosa. Tú eres… tú —indicó con una ceja enarcada que Reina quiso borrar de un tortazo—. Todos estamos deteriorándonos con el tiempo que

pasamos aquí. Si Atlas te convence para que sigas aquí, lo que obviamente no será difícil…

—No —repuso Reina—. No, te lo dije. Ya he decidido que voy a irme.

—Eso lo dices ahora. Pero en el fondo no puedes resistirte a que te digan que eres especial. Única —murmuró con la boca demasiado cerca de su oreja—. Necesaria.

—Sé qué soy. —Lo fulminó con la mirada y lo ahuyentó como a un mosquito, pero él se limitó a reírse.

—No, piensas que sabes qué eres, pero no. Piensas que eres fría, insensible, pero no. —Volvió a inclinarse hacia ella y Reina se puso rígida—. En el momento en el que te permitas amar, Reina Mori, será tu muerte. Te lo prometo.

Al recordarlo ahora, Reina se estremeció. No había sido cruel, y eso era lo peor de todo. Había sido honesto, profético e intrusivo, y fuera verdad o no, algo ardía en su interior. La humillación por ser vista.

Perdida en sus pensamientos, estuvo a punto de chocarse con Parisa, que aguardaba en las escaleras. A lo mejor la había oído discutir con Nico y se había quedado allí para vengarse por haberse quedado escuchando su conversación con Dalton.

—Cuidado —le advirtió Parisa.

Si parecía más omnisciente que de costumbre, Reina no tenía tiempo para esto. Ni para esto ni para nada. Empujó a Parisa contra la pared, como si estuvieran en una batalla, aunque, por supuesto, Reina ya no hacía eso. Ahora solo luchaba.

—Qué delicada —observó Parisa y Reina se dio cuenta de que respiraba con dificultad. No era difícil arrinconar a Parisa, que era más menuda de lo que se había fijado nunca, sino porque de pronto sentía que algo en su interior se estaba rompiendo. Su cordura, o su corazón.

Decidió que no le iba a contar a nadie lo que había descubierto. Nada sobre el Empresario, ni sobre James Wessex ni su emplazamiento para la prueba de armas. Nada sobre sus sospechas. Si Libby Rhodes volvía o no, Reina ya no tenía que mantener su promesa. Se había cansado de esta condenada Sociedad. Se había cansado de la sensación de ser insignificante y pequeña.

—Te odio —le susurró a Parisa. Le escocían los ojos.

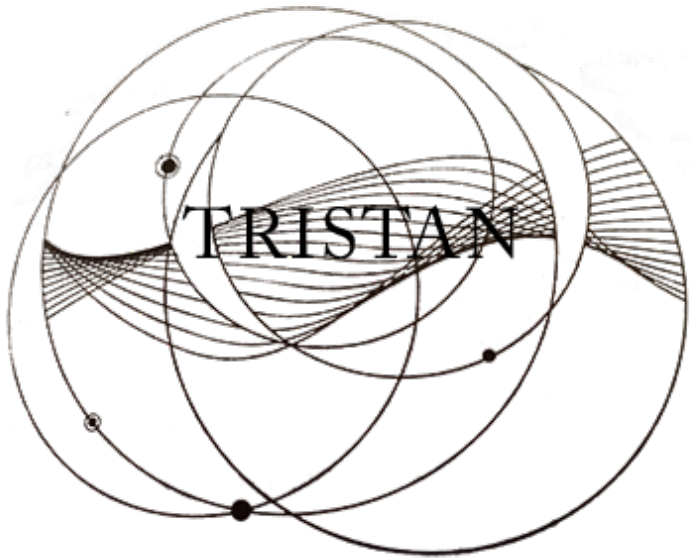
Parisa la miró a la cara y asintió.

—Lo sé.

La idea de luchar abandonó a Reina con la misma rapidez con la que había aparecido. Soltó a Parisa y caminó lentamente hacia su dormitorio, la tensión por fin expulsada de su interior. Entró, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella, apretando los puños. Estaba cansada de esto, de todo. Le alegraba ahora haberse mostrado discreta, y caminar sola. Era más sencillo así. Más seguro. Menos complicado.

Y si lo que decía Callum era verdad… si alguien venía a por ella… Eso era incluso menos complicado.

Atacaría a matar.



Nico tenía razón sobre la radiación electromagnética. Más allá de los bordes de las piedras de Callanish (según Nico, una vista agradable, pero por lo demás sin nada especial) había, para Tristan, una cinta de fluorescencia, verdes y morados que se entrelazaban entre sí y luego se deshilachaban como bengalas de luz. Los colores se elevaban hacia el cielo y se separaban en ondas, en auroras cristalinas, bajo las cuales se encontraba Libby Rhodes. Un año mayor. Sin flequillo. Sin libros en la mano. Llevaba un impermeable amarillo y un jersey de cuello alto negro debajo de una sudadera gris desteñida que había metido por dentro de los vaqueros. Parecía más delgada de lo que recordaba y más alta, como si estuviera estirándose, pero llevaba meses sin dormir bien. Se fijó en las pequeñas partículas que había en ella y las encontró alteradas. Cambiadas.

—Qué alegría verte aquí —le dijo y se rio, nerviosa, casi histérica, como si en cualquier momento (¿ahora tal vez?) fuera a romper a llorar.

—Rhodes. No hagas eso. —Tristan dio un paso hacia ella y Libby

se rio de nuevo, esta vez arrepentida, y reculó medio paso.

—Yo… ¿Cómo estás haciendo esto? ¿Es real? Últimamente he tenido unos sueños muy vívidos. —Lo miraba como si pudiera quedarse contemplándolo horas, días, meses, vidas enteras.

—No estoy físicamente aquí contigo, Rhodes, así que no te emociones demasiado. Sigo en mi época. —Compartir su dimensión en un plano astral había sido bastante simple, pero era como mirar a través de una lente. Había viajado, pero no físicamente. O, más bien, no en el sentido de que lo acompañara su cuerpo. El resto de él estaba en el mismo punto geográfico, pero a más de tres décadas de distancia—. Pero no es un sueño.

Tristan se preguntó si el tiempo estaría pasando de la misma forma para Nico, a quien Tristan había llevado consigo para que montara guardia. Él estaba ahora flotando entre estados de permanencia, con Nico a un lado y Libby al otro. Como si hubiera subido a un puesto de vigía y mirara hacia abajo, pero solo pudiera mirar en una dirección cada vez.

No creía que Nico se estuviera tomando bien el silencio. En parte porque Nico era Nico y no se le daba bien esperar, pero también porque tenían motivos para creer que iba a producirse un ataque. Los otros también habían dejado claro que no les gustaba la ausencia de dos medellanos de la seguridad de la casa, que aún debían de proteger. «¿Eres idiota?», fue el estribillo de Parisa (subrayado por la mirada de desaprobación de Reina). Entonces Nico les recordó que todos le habían hecho una promesa, etcétera, etcétera, y, por supuesto, fue Callum quien dijo alegremente que tenían las cosas bajo control, gracias.

Tristan puso una mueca al pensar en Callum, a quien bien podrían darle por culo. Aunque ahora no tenía tiempo para desearle el mal a nadie. Con toda la magia que estaba usando, a los enemigos de la Sociedad (y a su padre) les iba a resultar increíblemente fácil seguirlo, lo que significaba que solo tenía, como mucho, unos minutos para hablar con Libby.

—Es *quantum*, ¿verdad? Lo sabía —estaba balbuceando Libby —. Sabía que tenía que haber algo…

—Rhodes —dijo Tristan con un tono tranquilo que esperaba que verbalizara el doble sentido de «es importante» y «te he echado de menos, hola»—. Tengo malas noticias.

—¿Peores que estar atrapada en el pasado? —Libby parecía de un extraño buen humor, como si todo esto fuera muy divertido.

—¿Has encontrado una forma de salir?

—Esperaba que esto funcionara. Voy a probar.

Lástima, aquí llegaba la parte mala.

—No va a funcionar —indicó Tristan—. Lo siento.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo sabes? Ni siquiera he empezado a…

Tristan vio cómo comenzaba a asimilar la información.

—Pero… ¿Entonces cómo…? ¿Estás diciendo que estoy…?

Se puso pálida. Oh, Dios, pensaba que le estaba contando que estaba aquí atrapada de verdad.

—Hay otro modo —se apresuró a decir, aunque temía la conversación que seguiría a sus palabras. Solo empeoraría las cosas, pero tenía que informarle—. No tengo mucho tiempo, así que vas a tener que escucharme, ¿de acuerdo?

De pronto Libby parecía preocupada, desconfiada incluso, como si debiera haber sabido que era un chico tonto que no podía cuidar de sí mismo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada. Me están buscando cazarrecompensas. Pero nada. —Se rio y ella pareció alarmarse. Verla así, nerviosa de nuevo, fue un bálsamo inesperado—. No te preocupes por mí, Rhodes. Tengo a Varona haciendo guardia. —Hubo un destello en sus ojos al mencionar a Nico, una sensación de reconocimiento que decidió ignorar por el momento—. La cuestión es que necesitas una reacción, Rhodes, una grande. Un lugar como este es un amplificador, pero necesitas más que eso.

—Mierda. Me lo temía.

Tristan sintió un tirón en la espalda, como el restallido de un látigo.

—Necesitas un aluvión de poder que es esencialmente…

—Nuclear. —Su rostro se ensombreció—. Pero algo tan grande, aunque pudiera crearlo, el efecto sería… —Se quedó sin aliento—. Las consecuencias durarían años. Podría afectar a las personas durante décadas, o generaciones. Yo… nunca podría.

Y aquí venía la peor parte.

—La cuestión es que… Rhodes, creo que… ya lo hiciste.

No fue Tristan quien encontró la respuesta, o tal vez la palabra más apropiada fuera «escapatoria». Durante semanas intentó encontrarla, pero al final fue Parisa, cómo no. Semanas después de que Callum le hubiera comunicado alegremente la noticia de que Libby Rhodes preferiría comerse viva antes que cometer la brutalidad necesaria para regresar, Parisa apartó la silla que había junto a Tristan en la sala de lectura y se acomodó en ella con delicadeza, como un cervatillo tumbado en la hierba del prado.

—¿Qué hacías para James Wessex? —le preguntó.

No parecía consciente de la reticencia de Tristan a hablar con ella. Supuso que llevaba ya demasiado tiempo guardando rencor, pero costaba dejar las cosas de lado.

—¿Qué? —preguntó bruscamente.

—Para la Corporación Wessex. —Parisa lo miraba con una intensidad extraña, reflectante—. Trabajabas en capital de riesgo, ¿no?

—Sí. —Lo dijo en un murmullo, tal vez porque la pregunta parecía haber estado siguiéndolo el último año—. Hacía valoraciones de tecnología mágica.

—¿Armas?

Otra vez esto.

—No. James se encargaba de eso. ¿Por qué? —Lo dijo todo de corrido.

—¿Decías que Rhodes está en 1990?

Esa era la información que les había dado Nico. Tristan lo había presionado para que le contara cómo lo sabía, pues pensaba que esa información era improbable e imposible, pero Nico fue firme y al final Tristan decidió simplemente que, de todos ellos, Nico era el que menos posibilidades tenía de mentir.

—¿Qué tiene eso que ver con nada?

Parisa hizo a un lado su preocupación.

—Ya llegaremos ahí. Pero está en 1990, ¿no? ¿En Los Ángeles?

—Según Varona —murmuró como un niño enfurruñado.

—Mira —le dijo Parisa.

Le pasó un libro por encima de la mesa, pero no era un libro de verdad, sino un informe muy largo. Un expediente. Lo abrió y vio un artículo de prensa.

—Reina no consideró importante mencionártelo —señaló Parisa

—, pero yo he pensado que te gustaría saberlo. Supongo que puedes adivinar de qué va todo esto.

Tristan examinó la página y la pasó. La siguiente era un mapa del estado de Nevada, con el desierto que había a las afueras de Las Vegas señalado en rojo.

—James no me dejó acercarme nunca a ninguna tecnología armamentística. Quería encargarse él solo. Él…

Pasó a la siguiente página.

—Un momento. —Frunció el ceño mientras contemplaba el informe—. ¿De dónde has sacado esto?

Parisa se encogió de hombros.

Tristan leyó la página.

Parpadeó. Volvió a leerla.

—No. ¿En serio?

—Tu interpretación es tan buena como la mía. —Parisa se levantó y se alejó, como si no hubiera pasado nada. Como si lo que acababa de descubrir no fuera nada en absoluto.

—Parisa —dijo entre dientes, poniéndose en pie rápidamente y sujetándola por el codo—. ¿No crees…?

—Mira, esto es lo que sé. —Se soltó de él y lo miró con impaciencia—. Somos todos personas distintas por el hecho de haber venido aquí. Algunos de nosotros —añadió con desinterés— más que otros.

—Vale, insulto aceptado —respondió Tristan porque, aunque no sabía con exactitud qué quería decirle, podía suponerlo.

—Ella te gusta porque es inocente, Tristan. Porque es moral. Porque es buena. Porque representa algo para ti que el resto de nosotros no tenemos, porque vinimos aquí, y porque tomamos decisiones. —La expresión de Parisa era tensa y dura, y ligeramente punitiva—. Pero ella también tomó una decisión, Tristan. Conocía las consecuencias.

Se quedó en silencio por un momento antes de tocarle con suavidad la sien a Tristan. Casi con ternura.

—Libby Rhodes no es tu diosa, Tristan —le advirtió. Sujetándolo, como preparándolo para la decepción—. Ella es su propia llama viva.

Tristan estaba esperando volver a ver a Libby, poder asegurar que Parisa estaba equivocada, que, por supuesto, Libby no era su

diosa, pero también por supuesto, por supuesto que era buena, y eso era lo que había echado de menos todo este tiempo. Desde ese día, había estado viviendo su vida en una parálisis ociosa, no sabía si quería que tuviera razón Parisa o él. Para demostrar que la Libby que conocía y la Libby en la que se había convertido eran solo refracciones de una verdad fundamental: que no era corrompible. Que, al contrario que él, ella no podía equivocarse.

Pero si eso era verdad, entonces Callum tenía razón, y ese era el peor desenlace posible.

Porque Tristan preferiría tener cualquier versión de Libby en la que se hubiera convertido que enfrentarse a la idea de no tener a Libby.

Apartó el recuerdo y miró a Libby a la cara. La Libby que le resultaba al mismo tiempo familiar y no. La que, para bien o para mal, era real y no la idea torturada de sus pensamientos.

—En mayo de 1990 —comenzó Tristan—, hay una explosión en Nevada. En una extensión de desierto entre Reno y Las Vegas que pertenece a la Corporación Wessex. —Su voz era comedida y cautelosa—. Nadie resulta herido. Nadie… nadie muere. Pero la magnitud es… significativa. —Carraspeó y dejó de lado el resto de las cosas que sabía. Habría radiación. Enfermedad. Discapacidad. Cáncer. Gente afectada. Pero nadie moriría entonces, en el infierno del estallido. No había por qué mencionar los efectos posteriores en voz alta—. Armas atómicas, armas nucleares, dependen de la fisión para crear la energía necesaria para una explosión —continuó, y era la misma información que ya le había contado—. Pero esta explosión en particular… —Quería suspirar, tal vez. Expresar remordimiento.

No lo hizo.

—Es mágica. Es un arma de fusión perfecta que nunca ha sido replicada por nadie desde entonces. Empezó por una fuente de poder lo bastante incendiaria para generar energía sin el uso de la fisión. Suficiente, según tus propios cálculos, para abrir un agujero de gusano a través del tiempo. Y, por lo tanto, suficiente para enviarte de vuelta —concluyó como guillotina final.

Durante un buen rato, Libby se quedó mirándolo. Esperando, como si hubiera una moraleja mejor.

—¿Qué estás diciendo?

—Un arma de fusión perfecta, Rhodes. —Suspiró, tratando de mostrarse paciente, aunque estaba deseando ver su reacción—. Solo hay dos medellanos en el mundo que podrían hacerlo —señaló—. Pero solo tú estás viva en 1990.

—No. —Sacudió la cabeza inmediatamente—. No, no voy… no es posible que pueda…

Esto se iba a convertir en una espiral infinita si él se lo permitía. Por desgracia, ninguno de los dos contaba con tiempo.

—Rhodes —dijo con firmeza—, fíjate en los hechos. Has desaparecido. Todas tus huellas. No encontramos nada. —Ella se quedó mirándolo, sin comprender—. Si hubieras permanecido en el pasado, habría algo, algún hilo del que pudiéramos tirar. Habrías envejecido, te habrías encontrado contigo misma y te habríamos encontrado. Incluso aunque hubieras… muerto. —Pronunció las palabras de golpe—. Te habríamos encontrado —repitió, aclarándose la garganta—. No tienes ni idea de la clase de recursos que tenemos, cómo puede la Sociedad…

—A la mierda la Sociedad. —Libby respiraba con dificultad, reculando—. No puedo, Tristan. No podría.

Se produjo un movimiento borroso al lado de ella y Tristan comprendió, tarde, que no estaba sola. Había otra mujer a su lado, de pelo oscuro y callada, con una chaqueta de piel ajada, como si fuera un escudo o una capa. ¿Tendría que haber evitado la mención de la Sociedad? Pero entonces oyó un chasquido proveniente del otro lado de su proyección astral, otra pequeña fisura de emergencia.

—Rhodes, ya está hecho. Mitigas los riesgos. Debes hacerlo. —No tenía ninguna prueba de ello aparte de saber quién era ella, de conocerla. Confiaba en ello—. Lo haces cuidadosamente, con mucho cuidado, estoy seguro de ello. Y… —Sacudió la cabeza—. Y tienes que volver. Necesito… —se interrumpió a sí mismo—. No puedes quedarte allí. Estarías absolutamente loca si te quedaras allí.

Ella puso una mueca.

—Tristan…

—Por favor. —Estaba suplicando y debería parecerle repulsivo, pero no sabía qué otra cosa hacer—. Rhodes, por favor.

—Tristan, ¡no puedes estar…!

Notó un terrible dolor punzante en el hombro, imposible de

ignorar esta vez. Soltó un grito silencioso y cayó en picado hacia atrás, como si lo hubieran arrancado del cielo. La aurora se disipó y desapareció, y la fuerza de la magia de Nico fue tan intensa que a punto estuvo de divorciar sus pulmones del interior de su pecho.

—Varona… —Se puso a toser.

—Tenemos compañía —respondió él sin disculparse, con la frente perlada de sudor. Lo obligó a ponerse en pie y los dos se tambalearon por el impulso—. He eliminado a dos —añadió de forma estúpida, como si Tristan no fuera capaz de contar los dos cuerpos que había tirados en el suelo—, pero están en comunicación con alguien. Por cómo suena, vienen más.

Tristan, que se mantenía en pie con dificultad, se tropezó con la bota de uno de sus asaltantes y siguió a Nico hacia la carretera más cercana.

—¿Dos qué? ¿Medellanos?

Nico negó con la cabeza.

—No estoy seguro. Ninguna magia específica, solo destreza en combate. Aunque no son mortales.

—Brujos entonces. —Oh, no. Hoy no, en serio, no. Si eran la banda de asaltantes de su padre, estaban claramente organizados e iban de camino. Tristan dejó de correr y se detuvo para mirar a su alrededor y comprobar sus puntos de acceso—. Estamos en una maldita isla, Varona. ¿A dónde cojones vamos a ir?

—Si quieres que nos quedemos y luchemos, me quedaré y lucharé. —La expresión de Nico era sombría cuando se detuvo sin aliento junto a Tristan—. Pero no creo que quieras quedarte atrapado en tu pequeño trance astral mientras te disparan. O lo que sea que hayan usado. —Le enseñó la quemadura que tenía en el hombro.

Por supuesto. Por supuesto, joder. Tristan recordó la primera vez que había visto esa herida en particular. Su intención era enseñarle una lección, asegurarse de que no volviera a tocar las armas de su padre. «Mantente alejado, Tris, no estás capacitado para soportar esto, ¿sabes lo que me costó conseguirlo?». Tristan sintió el fantasma del escozor en la mano, el golpe que recibió ese día en los nudillos. La mirada dura en el rostro de su padre: «Tienes suerte de que no sea peor».

Estaba sucediendo.

—No, tenemos que irnos. —Preferiría quedarse (¿quién es ahora el inútil, papá?), pero había formas mejores de vengarse que no incluían dejar que la banda de su padre cayera ahora sobre él.

Se volvió hacia Nico, contemplándolo.

—¿Hasta dónde podrías llevarnos? Si apartara las cosas del camino. —Nico era en esencia un ariete humano. Tristan era al menos lo bastante hábil para ayudar.

Nico lo miró, calculando.

—¿Como en un transporte medellano?

—Casi. —Suponía cómo tenía que funcionar—. ¿Puedes hacerlo? —Era un resultado explosivo de energía, pero al menos no tenían que viajar por el tiempo.

—He desayunado bien —comentó Nico—. Podemos recorrer unos cuantos kilómetros.

Un coche derrapó en la carretera, los neumáticos chirriaron al detenerse cuando la mano de Tristan tocó el hombro de Nico. Notó el calor abrasador de una explosión bajo su palma, el suelo empezó a temblar. Tristan imaginó unos marcos de cuadros rústicos traqueteando, las ovejas expresando su desagrado, los lugareños sorprendidos sujetándose a las superficies temblorosas de sus muros de piedra pastoriles.

En respuesta a la explosión de Nico, los poderes de Tristan se activaron, el mundo se pixeló y se reorganizó en partículas y ondas, auroras y granos. La magia de Nico era una onda, por lo que despejar un camino de menor resistencia era cuestión de propulsar la energía de Tristan hacia fuera. Como Nico había dicho, era el equivalente a usar un transporte medellano, solo que estaba alimentado únicamente por ellos dos, por la energía que habían soltado. No fue suficiente para llevarlos a Edimburgo, que habría sido el lugar más sencillo donde tomar un transporte mágico de vuelta a casa, pero cuando aterrizaron en un aparcamiento, quedó claro que se habían alejado lo suficiente para evitar al grupo que les perseguía.

—Vamos —exclamó Nico, que fue el primero en ponerse en pie. Se lanzó al vehículo más cercano y salió disparado con un estallido de lo que fuera que le corría por las venas. Tristan lo siguió, aturdido, y colisionó con Nico, que se había ido en línea recta hacia el lado del conductor.

—Al otro lado, Varona —siseó, metiéndose en el asiento del conductor de un coche diseñado para una persona mucho más pequeña—. Stornoway —leyó en una tienda de regalos, respirando aún con dificultad. Se habían transportado al otro lado de la Isla de Lewis. En comparación, el agujero de gusano hacia la cocina parecía una nimiedad—. Podemos tomar el ferri desde aquí. —Tristan notaba la vista borrosa por el agotamiento. No podía imaginarse cómo se encontraría Nico.

—Bien. No está mal para un primer intento. —Los dos estaban pálidos y comprobaban los objetos del coche mientras Tristan ponía la marcha atrás—. Es de alquiler.

—¿Qué? —preguntó Tristan, que estaba ocupado buscando la carretera más cercana que los llevara hasta el ferri.

—Es un coche de alquiler. Espero que con seguro. ¿Qué te ha dicho Rhodes?

Estaba claro que Nico trataba desesperadamente de no parecer desesperado.

—No sé —respondió Tristan mientras tomaba el primer desvío —. Solo me ha dado tiempo a contárselo todo y salir.

Nico asintió, parecía drenado.

—¿Crees que lo hará?

—Ya te lo he dicho, Varona, ya lo ha hecho. —Tristan no verbalizó su propia duda: que, tal vez, solo tal vez, fuera una simple coincidencia. O que tal vez, al no hacerlo, podría alterar el futuro. ¿Cómo funcionaba exactamente el tiempo?

Pero una voz más alta, una que intentaba acallar, le dijo precisamente lo que Parisa le había dicho. Que ahora eran distintos, todos ellos. El control que tenían los archivos sobre ellos era fuerte, más fuerte que cualquier otra cosa. Porque ¿cómo podía ver una persona lo que ellos habían visto y decidir aun así que el destino era algo aparte de eso a lo que ellos habían dado forma con sus dos manos? Esta era la paradoja. Que Libby Rhodes podía al mismo tiempo viajar en el tiempo y negarse a hacerlo. Que podía saber ahora cómo salvarse y aun así verse obligada a decidir si podía rechazar o usar ese conocimiento.

Era la misma idea que resonaba en la cabeza de Tristan cuando abandonaron el coche robado, subieron al ferri y viajaron a Londres. Esa sensación de augurio, la llamada de lo desconocido, se

hizo más intensa. Se preguntó si habría alguna forma de evitarlo, aunque tratándose de Rhodes, sabía ya que no.

Tristan estaba en deuda con los archivos igual que estos estaban en deuda con él.

—De acuerdo —dijo, parándose en la puerta del despacho de Atlas Blakely. Este levantó la mirada.

—¿De acuerdo? —repitió Atlas.

—De acuerdo. —El corazón le martilleaba en el pecho, pero ya no era por la rabia. O no era solo rabia. Ni la rabia de alguien cuyo padre lo quería muerto por un precio. Ni la furia de un hombre que acababa de huir de Escocia, donde había visto a la mujer que amaba por primera vez en un año, y había comprendido que haría cualquier cosa por ella. No, era en cambio agonía, la inevitabilidad de un chico que había ardido y que se había convertido en un hombre inmune a las llamas.

—Vamos a crear un mundo nuevo —declaró Tristan. Le ardían los pulmones—. Reglas nuevas.

—¿Vas a quedarte aquí entonces? —Atlas enarcó una ceja.

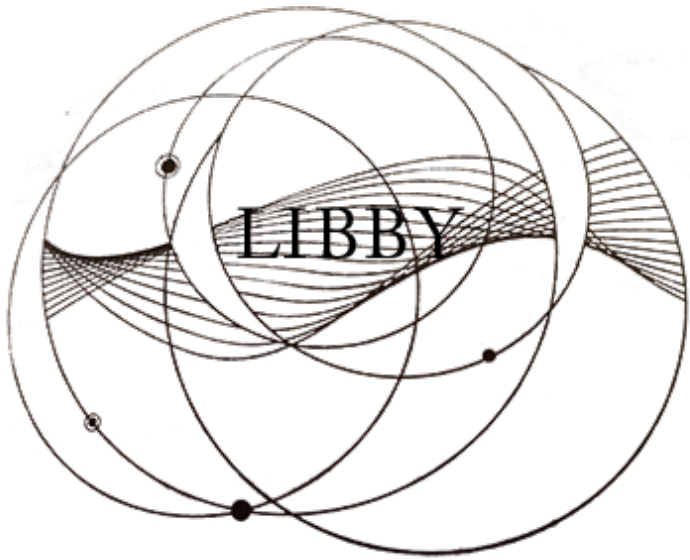
—Sí. —Tristan ya sabía lo que le aguardaba fuera de la casa. La banda de brujos de su padre. Coches de alquiler robados que no le importaban una mierda. Nico todavía se preocupaba por las cosas, así que había aún esperanza para él. Pero no para Tristan. Él solo quería que los puentes que había quemado le iluminaran el camino.

—Muy bien, señor Caine.

La expresión de Atlas era indescriptible, pero a Tristan le daba lo mismo. En alguna parte, un reloj estaba sonando; el filo de un cuchillo aguardaba, llamándolo, destellando.

—Estoy deseando trabajar contigo —dijo Atlas y Tristan asintió. Lo sabía igual que sabía que tenía pulso: Libby Rhodes iba a volver y él estaría aquí. Esperando.

Cuando la rueda girara inevitablemente, Tristan estaría arriba.



—¿Quién era ese? —preguntó Belén, sobresaltando a Libby —. ¿Y qué es la Sociedad?

Por un momento, Libby se había olvidado de que la chica seguía a su lado. No a su lado, en realidad, pero a una corta distancia detrás de ella, aguardando justo fuera de su periferia.

—¿Qué? —preguntó Libby, aturdida. Ver a Tristan había sido como viajar en el tiempo, la sensación de ser ella misma, solo que exactamente un año antes. La mención de Nico, que debería de haber recibido poniendo los ojos en blanco, le había producido un desgarramiento severo en el pecho, de algo necesario, como una arteria. Estaba sangrando internamente y, aun así, se encontraba perfectamente bien.

Atrapada, pero perfectamente bien.

—Ese chico ha dicho algo sobre una sociedad. ¿Y por qué hablas de viajar en el tiempo? —Belén tenía la frente oscura arrugada, señal de algo que no era del todo confusión. En realidad, parecía bastante menos confusa de lo que Libby esperaba—. Pensaba que el propósito de este viaje era encontrar una fuente de energía

alternativa.

Libby jugó a un juego que ya era familiar para ella, el de sopesar el valor de contarle la verdad.

—Sí, claro. Pero soy una física —dijo de corrido—. He trabajado en el pasado con la gravedad cuántica. Obviamente, es una cuestión que hay que tener en consideración.

Era una excusa poco sólida y sabía que Belén lo sabía. A fin de cuentas, había escuchado todo lo que le había dicho Tristan, y aunque no entendiera lo que significaba, no era idiota.

—¿Por qué estás buscando líneas ley? —preguntó Belén con un tono que Libby le había oído usar antes. Normalmente para responder a Mort o a Fare. Tenía un matiz peligroso, como la sensación de que en cualquier momento podía estallar algo.

—Ya sabes por qué. Energía alternativa. Esa ha sido siempre la cuestión. —Libby sentía que de pronto le faltaba el aliento.

En respuesta, la expresión de Belén era rígida.

—¿Por qué ha mencionado el emplazamiento de pruebas de Wessex?

—No lo sé. Yo no tengo nada que ver con eso. —Y era verdad.

Probablemente.

Belén entrecerró los ojos.

—¿Quién es?

—Un colega. —Libby inspiró con dificultad—. Un viejo amigo.

—¿De cuándo?

—De antes. De mi investigación previa.

—En donde sea que estuvieras, que no era la UNYAM. —La voz de la chica estaba cargada de algo. Duda, tal vez.

Libby se volvió para mirarla.

—Creí que anoche habías decidido por fin ser honesta conmigo. Pero sigues mintiendo, ¿verdad?

—No miento —comenzó Libby—. Solo…

—Quería confiar en ti. —La arruga que había entre las cejas de Belén se hizo más profunda—. Quiero confiar en ti —señaló, y parecía herida—. Y si me dices que es algo estúpido, un error administrativo o una confusión del registro, te creeré. —Tragó saliva con dificultad—. Pero no es eso, ¿verdad?

Belén tenía los ojos llenos de lágrimas de ira. Libby podía verse reflejada. Era horrible sentir rabia y querer estrangular algo pero

caer presa de la debilidad de las hormonas, sentir una enorme e inadecuada tristeza cuando lo que quería era gritar.

—¿Qué quieres que diga? —preguntó Libby, impotente.

—Que me cuentes la verdad. —Se estaba acercando otro pequeño grupo de turistas, pero Belén no se movió—. Toda la verdad. Ahora.

Bien, pensó Libby con un suspiro. *Bien*. Seguramente fuera algo inevitable.

—Nací en 1998 —comenzó. Belén parpadeó—. Me gradué en la UNYAM, pero no en 1988, como dije. Me gradué en 2020. —Se aclaró la garganta—. Ese mismo año, fui reclutada por la Sociedad Alejandrina, los cuidadores de…

—Para. Cállate. Para. —Belén estaba parpadeando muy rápido —. No. Eso no es posible. Hay leyes… Termodinámica, entropía, yo… —Se quedó callada un momento—. Eso no es posible.

—Yo no quería que me dejaran aquí —señaló Libby rápidamente. Le pareció importante dejar eso claro, que ella no había pedido esto. Nada de esto—. Mi ex, el chico del que te hablé, es un medellano. Él hizo esto. Está intentando matar a todas las personas que me importan en ese lugar, esa época de la que salí. Y estoy segura de que me está siguiendo desde que me dejó aquí, así que…

—Así que me has estado mintiendo. —Belén tragó saliva—. Sobre la subvención. La investigación. Y sobre… —Su mirada estaba empañada de angustia—. Sobre todo.

Libby siempre supo que era un error acercarse tanto a ella. Lo sabía cuando tenía los labios presionados en su cuello, lo sabía cuando le recorría el pecho con el dedo, y lo sabía antes, cuando la miró desde el otro lado de una mesa llena de café y pensó: *No puedo hacer esto sin ti*.

—Belén, escúchame, si no hubiera pensado que era… —Dudó—. Que eras necesaria…

—Deberíamos irnos. —Belén se cruzó de brazos, como si de pronto le preocupara que Libby pudiera ver a través de ella—. ¿No? Ya tienes la respuesta que necesitabas. Hemos acabado.

Libby notó una punzada en el pecho.

—Esto no ha sido inútil. Ya lo has escuchado —dijo, suplicante —. Sí hay una especie de poder aquí…

—Pero no suficiente, ¿de acuerdo? No suficiente. No importa. —Se volvió y echó a andar. Libby, que no sabía qué hacer, corrió tras ella.

—Mira, ya sé que parece… —Volvió a dudar—. Sé que suena mal, pero…

Belén se giró para mirarla.

—¿Estás diciendo que en el futuro hay una sociedad que sabe cómo hacer esto? ¿Viajar en el tiempo? ¿Agujeros de gusano?

—Sí. —Libby se sentía ligeramente abatida—. Sí, y…

—Pues entonces lo arreglan ellos, ¿no? Todo lo malo que hay en el mundo. Emisiones de carbono, virus, pobreza… lo revierten, ¿no? —Su mirada era ahora distinta. Esperanzada, tal vez.

—Bueno… más o menos. —La respuesta sonó torpe en los labios de Libby—. Es decir, sí.

Belén entrecerró los ojos.

—¿Es sí o es más o menos?

—Bueno… —Libby suspiró—. Lo que tú puedes hacer, la alcalinidad… lo ralentiza todo. Pero para arreglar de verdad las cosas…

Belén retrocedió un paso.

—¿No lo arreglan?

—Yo… —Libby no encontraba las palabras—. Yo no… lo entiendo del todo. La política. ¡Pero hay investigaciones! —se le ocurrió de pronto, porque ¡claro! ¡Era obvio!—. Hay laboratorios por todo el país en mi época, y uno de ellos podría ser tuyo.

—¿Crees que es una buena noticia? —preguntó Belén con una voz que sugería que Libby era una imbécil integral—. Dentro de treinta años, ¿crees que es bueno que alguien haya ignorado todo lo que ya sabemos sobre el mundo justo ahora? ¿Y hay una sociedad secreta que sabe cómo arreglarlo, pero no lo hace?

—No es que una sociedad secreta pueda gobernar así sin más el mundo. —La actitud defensiva de Libby se estaba convirtiendo rápidamente en frustración—. Que exista información no significa que la gente vaya a actuar conforme a ella. ¿No es esa la cuestión? Puedes decir todo lo que quieras, pero no significa que la gente vaya a creerte.

Supo que era un error cuando vio que la chica tensaba la mandíbula. El concepto de la creencia era una bofetada a la lealtad

de Belén, a su fe tierna y bienintencionada. Las palabras «tu secreto está a salvo conmigo, Libby Rhodes» parecieron golpearlas a las dos al mismo tiempo.

Los ojos líquidos de Belén estaban rojos ahora.

—Me has manipulado —dijo con voz temblorosa.

—No. —Libby sacudió la cabeza con firmeza. Callum era el manipulador. Parisa también, y Ezra, y Atlas. Ella había hecho solo lo que era necesario, y le había dolido hacerlo todo este tiempo—. No, yo no quería hacerte daño…

Dio un paso hacia ella, pero esta se apartó rápidamente, rodeándose el cuerpo con los brazos con más fuerza.

—¿Seguro? Porque has estado todo un año viendo cómo dejaba de lado mi vida y a mi familia por algo que sabías que nunca iba a suceder.

Belén se dio la vuelta y sacudió la cabeza con la vista fija en las ruinas que tenían al lado.

Pero no era ningún truco. No era ningún plan malvado orquestado por Libby, quien no había pedido nada de esto. Sintió una oleada de la ira que llevaba reprimiendo casi un año, que se había visto enterrada por el miedo y la soledad. De pronto era complicado contener la rabia y Libby notó el sabor del humo en la punta de la lengua.

—¿Qué iba a decir? —preguntó—. ¿Déjalo, no sirve de nada? ¿Cómo iba a funcionar? ¿Qué bien nos habría hecho?

Belén dijo algo que Libby no entendió.

—¿Qué?

La chica tardó un momento en mirarla. Y, cuando lo hizo, Libby reparó en que había una gran cantidad de cosas que había pasado por alto en sus prisas por llegar hasta aquí.

—Mi abuela murió —dijo Belén—, la semana pasada. Y yo vine aquí, contigo. Porque me dijiste que me necesitabas. Porque me hiciste pensar… —Se quedó callada y se limpió la nariz con la manga—. Porque me necesitabas.

—Yo… —Libby se vino abajo, pero entonces se recompuso—. Lo siento, por supuesto que lo siento. —Su voz sonaba dura incluso para ella, pero no había nada que hacer ya—. Podrías habérmelo dicho, pero…

—Vas a hacerlo, ¿verdad? —la interrumpió. Se pasó la mano por

los ojos en un gesto acusador, como si desafiara a Libby a que se fijara en las huellas de las lágrimas, que fuera testigo de primera mano del daño que le había causado.

—¿El qué? —preguntó Libby, aunque ya lo sabía. Sabía exactamente a qué se refería.

—Eso. La explosión, el arma de fusión de la que estaba hablando ese chico… esa tú —escupió Belén y el impacto cayó cerca de los pies de Libby—. ¿Te has dado cuenta de que no ha dicho que no vaya a haber efectos secundarios? Ha dicho que nadie murió en la explosión. Una expresión muy específica.

—Yo no he dicho que iba a hacerlo —respondió con cautela, o tal vez con irritación, y entonces el rostro de Belén se contorsionó, adquirió un matiz maníaco. Soltó una risa histérica.

—¡Por supuesto que vas a hacerlo! —bramó—. Siempre he sabido que estabas ocultado la extensión real de tu magia. Pensaba que era por Fare y Mort, que tal vez no querías que te robaran la investigación, o simplemente no querías que te encontrara tu ex, pero… —Sacudió la cabeza, de pronto despectiva—. Te he visto la cara, Libby. Te ha dicho que estaba predestinado, que ya estaba hecho, y en ese momento has decidido hacerlo. No te importa el precio. Lo veo ahí, en tu estúpida cara de mierda.

—Eso no lo sabes —repuso Libby. Belén no era Parisa, no era Callum. No era ninguno de ellos seis, ¿cómo podía saberlo? ¿Cómo podía entender nadie lo que significaba lo que ellos habían visto y lo que habían decidido?

En la mente de Libby, apareció algo horripilante, similar a una llave en un cerrojo. Algo disponible para Libby Rhodes. Tal vez crueldad. O necesidad. Porque la verdad, tal y como la veía ella ahora, era que Belén no era en realidad gran cosa.

Tenía suficiente magia en las venas para cierto tipo moderno de alquimia, pero eso era todo. Su abuela había muerto, pero al menos su abuela había vivido una vida, había tenido hijos, a alguien que la amaba. La hermana de Libby había muerto y ella no tenía nada de eso. Belén quería que tomara una decisión moral basada en sus propias limitaciones, pero Libby no tenía limitaciones porque lo que ella tenía era un condenado exnovio con complejo de dios y los medios para llevarla a casa de un modo que nadie en la Tierra había hecho. Cuando no había nadie vivo que pudiera hacerlo.

Esta era la cuestión, el punto crucial de todo, que Libby tenía el poder, que tenía las fórmulas, los cálculos… tenía los jodidos medios, ¿y qué supondría para ella vivir su vida ahora, decidir ser insignificante, ser indefensa a propósito? ¿Qué iba a hacer? ¿Encerrarse dentro de su mente, su mente que tenía todas las respuestas, su vida que le había sido arrebatada, que ella, y solo ella, tenía los medios para recuperar? Si ya sabía que Belén iba a pasarse la vida luchando una batalla política que nunca daría frutos, ¿qué clase de vida quedaba para Libby?

¿Y qué jodido sentido tenía sobrevivir a Katherine si no hacía nada con su condenada vida?

—No puedo creerte. —Belén se apartó de ella, sacudiendo la cabeza como si pudiera ver a dónde habían ido a parar los pensamientos de Libby—. Mentira tras mentira tras mentira. ¿Para qué? ¿Para que te ayudara? ¿Para qué necesitabas mi ayuda?

—No la necesitaba. —La respuesta se apoderó de Libby, se aferró a ella—. No la necesito —comprendió con un hondo suspiro. Todo este tiempo había estado desesperada por contar con ayuda, porque alguien la apoyara, por recibir algo de consuelo, algo que la hiciera sentir que no estaba sola. Pero estaba sola. Estaba sola y esta decisión la tenía que tomar ella. Sola.

Así que eso era.

—No me importa lo que diga él —dijo Belén con voz temblorosa —. No me importa que digas que ya está hecho. No te creo. Yo… — El temblor de la voz se convirtió en una fractura—. Yo puedo cambiar las cosas. Tengo que poder cambiar las cosas.

Libby atisbó la duda, pero trató de no comentar nada al respecto.

—No sé qué quieres que te diga.

—Quiero que me digas que tiene algo de moral —espetó Belén —. Quiero que me digas que no vas a ir a Nevada ahora mismo a volar por los aires cincuenta kilómetros de desierto solo para volver a casa…

—¿Y por qué volver a casa es algo tan poco importante? —El aire estaba cargado de ceniza, como en una de sus pesadillas—. ¿Y si fuera tu vida, Belén? ¿Si te hubieran robado tu vida? ¿Qué harías para recuperarla?

—¡Me roban mi vida cada día! —Ahora se enfrentaban con ira,

discutiendo como amantes delante de las piedras de hadas—. Me acabas de decir que he abandonado a mi familia para… ¿qué? ¿Para que un país, o tal vez dos o tres en el mejor de los casos, puedan seguir adelante con normalidad?

—Yo no soy quien toma decisiones sobre quién vive o muere —replicó Libby y la otra chica la miró como si quisiera pegarle.

—Sigue convenciéndote de eso. —Las lágrimas se habían secado ya, canales pálidos de miseria perdidos en su rostro—. Dudo de que seas la única.

Se dio media vuelta y se alejó. Libby se quedó mirándola, enfadada y después con remordimiento. Ese momento en la cama del hostal, sus rodillas tocándose como si fueran manos en oración, parecía muy muy lejano.

—Belén —la llamó. La burbuja de ira de su pecho se estaba quebrando, la adrenalina de la pelea se había esfumado y no le había dejado más que vacío—. Venga, me necesitas para volver a casa.

Belén no la escuchaba.

—¿Quieres que te diga que no voy a hacerlo? —Estaba gritando ahora mientras corría detrás de ella. Probablemente debía parecer una trastornada a ojos de las ovejas que había allí—. ¿Eso es lo que quieres? ¿Que lo deje, que me quede aquí?

«¿Contigo?», no añadió.

Belén no se detuvo. No se volvió. Al final Libby dejó que se marchara, suponiendo que ya hablarían después en el hostal. Esperó junto a las piedras de Callanish y subió al último autobús.

Cuando llegó allí, la habitación estaba vacía. Cuando fue a subir al transporte, no había rastro de Belén.

* * *

Un mes después, Libby Rhodes se despertó en la habitación de un motel a las afueras de Las Vegas. Abrió los ojos y vio el cartel de HABITACIONES LIBRES que parpadeaba al otro lado de la ventana. Pasó una mano por las sábanas ásperas con la sensación de que había tenido otro de sus sueños recurrentes.

Gideon estaba allí. Estaba segura de que le había dicho que Nico le deseaba buena suerte para hoy. Y entonces dijo algo más. Le preguntó algo sobre Ezra… y aquí había otro agujero en su memoria, no recordaba su pregunta y no estaba segura de si le había respondido. O puede que Gideon no hubiera dicho nada sobre Ezra y que Ezra hubiera aparecido sin invitación, como solía hacer. Pero entonces, en el sueño, Libby no sentía las piernas, intentó correr, pero no pudo. Y entonces, gracias a Dios, se despertó.

Salió de la cama y se miró al espejo del baño. Aunque habían pasado solo unas semanas desde el viaje a Escocia con Belén, se sentía ahora una persona diferente, aunque no tuviera un aspecto muy distinto. Solo estaba cansada. Se masajeó un nudo que notaba en la garganta y se recogió el pelo a un lado. Buscó la pasta de dientes. Se lavó los dientes. Después se acercó al armario y recogió su ropa, que había comprado en la tienda de regalos del aeropuerto de Las Vegas, y sacó la tarjeta con su nombre del trabajo.

No había vuelto a la ERAMLA. No podía. Había aceptado un empleo como guarda de seguridad medellano para la Corporación Wessex en el emplazamiento de pruebas de Estados Unidos. Antes era del gobierno, pero ya que habían privatizado la geoingeniería, ¿por qué no también la tecnología militar de defensa? La magia podía salvar al mundo… y acabar con él. La propia Libby había ayudado a descubrir cómo hacerlo.

Tocó el borde de la etiqueta con el nombre y comprobó que su reflejo no cambiaba. Sabía cómo hacerlo. Sabía qué hacer. La pregunta era cómo iba a vivir con ello, pero no era una verdadera pregunta teniendo en cuenta la alternativa.

Pensó de pronto en las lecciones en la sala pintada. Suerte y mala suerte. Flechas letales. Destino. Antes creía en el destino y admitía que pensaba en el suyo de vez en cuando. Ahora, sin embargo, lo odiaba. Porque si la historia de su vida era enamorarse de un hombre que la traicionó, secuestró y acosó como a una presa hasta que cedió bajo el peso de su control, entonces el destino no era nada. Ninguna parte de ella estaba dispuesta a rendirse al modo en que se había alterado su camino.

Tendría que buscar una salida.

Volvió a mirar su reflejo. Esta vez se obligó a ponerse más recta. A poner los hombros más derechos. A desprenderse de la carga de

lo que inevitablemente causaría esto. ¿Quién vivía sin culpa? Nadie. Con lo que no podría vivir Libby sería con arrepentimiento. Sabía demasiado. Ese era el truco de todo esto, saber.

Nico había tenido razón durante todos esos años.

Si no usaba esta vida, entonces la estaba desperdiciando.

Hoy era el día. Existían dos versiones de ella al mismo tiempo: la Libby Rhodes que era suficiente y la que nunca lo sería.

Dicho así, era un asunto sencillo. Primero originaría un pequeño fuego controlado para hacer saltar las alarmas y evacuar el edificio. Seguido por una reconfiguración de las cámaras de seguridad. La estructura de contención del reactor nuclear de Wessen que no funcionaba (que no podía funcionar y no lo haría sin la asistencia mágica de alguien que no había nacido aún) consistía en un reactor, barras de control, tuberías de vapor y turbinas y bombas. Era todo una distopía desalmada, maquinaria brillante y esterilidad.

Bueno, excepto ella. La medellana que podía alimentar las estrellas.

Se quedaría allí, debajo del generador. Cerraría los ojos y rememoraría la fiebre en sus venas, la furia en sus pulmones. La rabia e inquietud. El dolor y la impotencia. Con todo lo que sabía sobre teoría medellana, sus cálculos, lo que significaba unir los núcleos atómicos y forzar a dos cosas obstinadas a que se fusionaran, comprendía que no era una cuestión de exactitud. Hacer esto era sostener una supernova en la palma de sus desesperadas manos humanas. Dejarse colapsar y luego estallar en el tiempo no era una cuestión de contener las cosas en su interior. Ya había estado enfadada antes, pero lo había dirigido todo hacia dentro, sola, humillada, desconsolada. Esta vez no iba a funcionar.

Esta vez, cerraría los ojos. Inspiraría profundamente. Haría lo que ya había hecho antes, pero esta vez no se iba a permitir fallar, porque ya no tenía miedo. Ya no sentía dolor. Ya no estaba desesperada por contar con la fe de otra persona. Por primera vez desde que abandonó los muros de la Sociedad, por primera vez desde que entró en la oficina de secretaría de la UNYAM, por primera vez desde que conoció a Nico de Varona, por primera vez desde la muerte de su hermana, el día en que perdió la mitad de su corazón, no iba a permitirse ser deficiente. No iba a dudar del poder de su cuerpo. No iba a cuestionarse si era merecido.

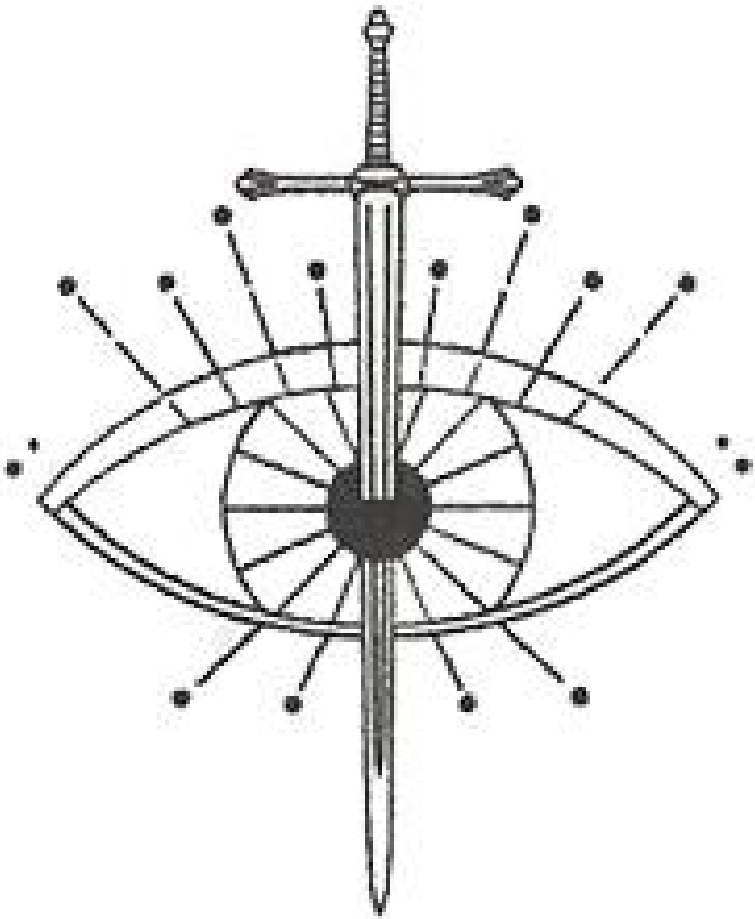
Iba a hacer esto y lo iba a hacer ella sola.

Después no se acordaría de los detalles, solo del poder. El curso que tomó dentro de su pecho para usarla como conducto y como fuente de poder que ninguna otra máquina ni hombre ni mito podría alcanzar nunca. No recordaría la historia, la absoluta locura de portar energía estelar dentro del mismo corazón que se había ido rompiendo periódicamente desde que tenía doce años. No recordaría los detalles de lo que le costó, no catalogaría su excreción de sudor, no podría registrar el cambio de temperatura en su sangre ni el agarrotamiento de los músculos, el temblor de los dedos o la deshidratación, el sufrimiento, su pulso agonizante tambaleándose. Experimentaría los momentos en retrospectiva, los destellos, pero no la ceguera, el dolor más absoluto.

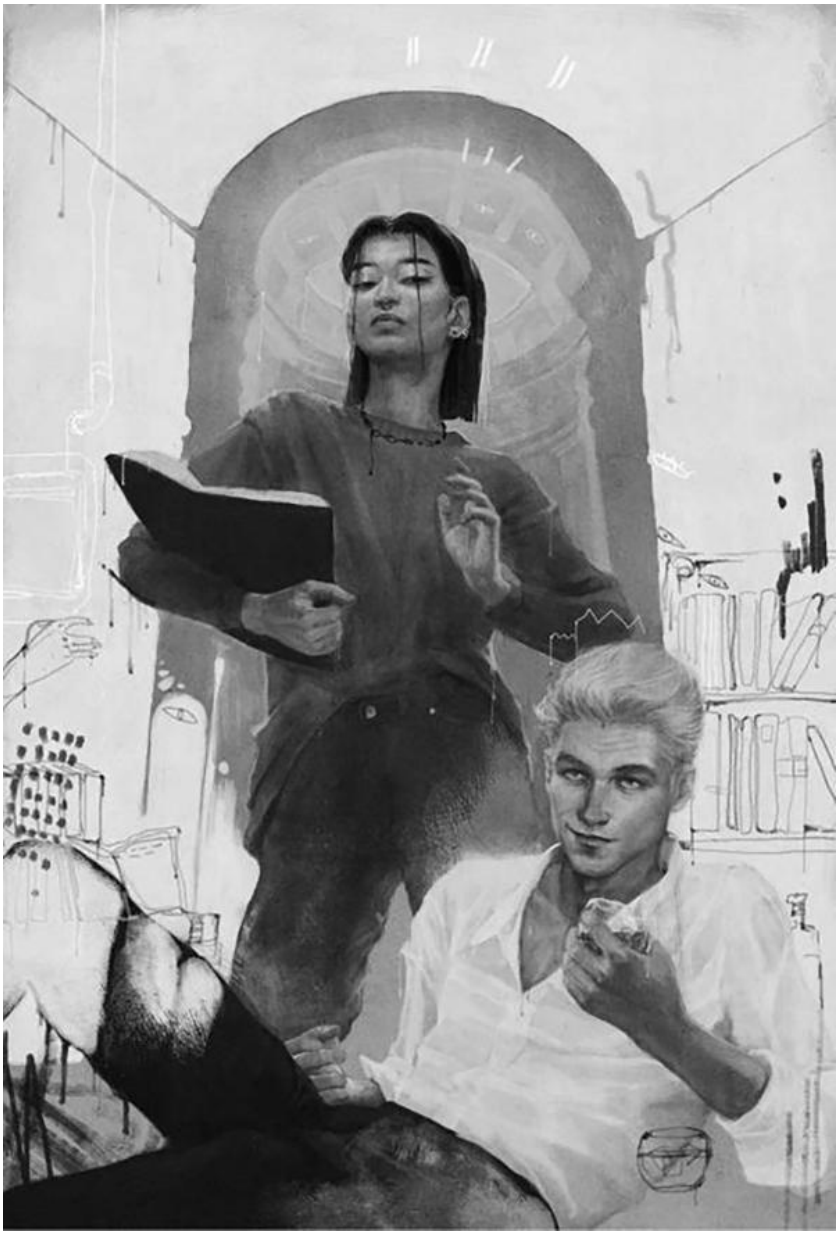
Entre toda la niebla de después, lo único que recordaría con seguridad sería esa mañana. Cómo se puso la placa, la enderezó, la limpió hasta que quedó reluciente y luego pensó para sus adentros: *El destino es una elección*.

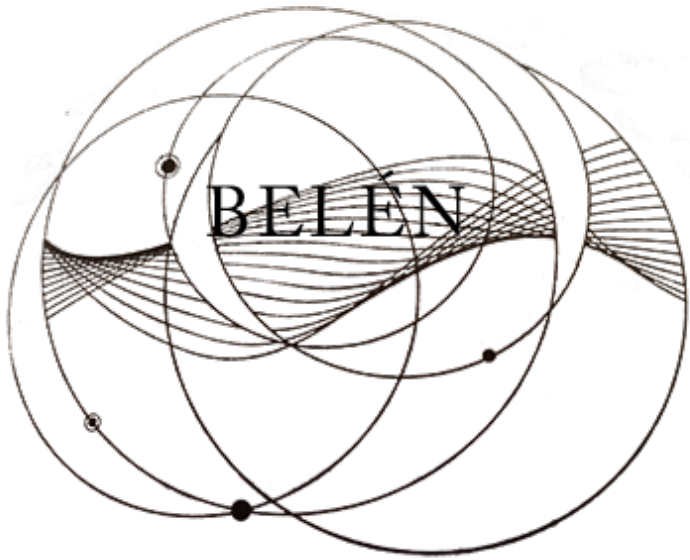
Era hora de incendiar este desenlace y dejar que el hijo de puta ardiera.

IX



OLIMPO





Más adelante en su vida, Belén Jiménez miraría atrás, a los días siguientes a su pelea con Libby Rhodes en las piedras de Callanish, y determinaría que su respuesta había sido tanto una pérdida de dinero atroz como el comportamiento de un niño enfurruñado. Por una parte, se había gastado la totalidad de su cuenta bancaria en un billete de avión con muchas escalas, y para cuando el enfado se había disipado un poco (en algún lugar por encima del Atlántico), comprendió que podría haber vuelto a casa gratis y haberse permitido comprar verduras una vez que estuviera allí. La rabieta, aunque con suerte efectiva para demostrar algo, no había sido su decisión más inteligente.

Pero eso fue más adelante en su vida. La versión de Belén que llegó a la ERAMLA estaba famélica, enfadada y suspendiendo su curso de física, el que había empezado por Libby Rhodes, quien nunca regresó a Los Ángeles. Probablemente porque puso una bomba y luego se marchó al futuro, sayonara, amén.

Lo más extraño fue que no oyó ni una sola palabra sobre el tema. Ni pío. Tardó años en descubrir que la Corporación Wessex

presentó una patente para un arma de fusión pura, y solo se enteró después de aceptar un contrato con el gobierno y escabullirse tras de un montón de trámites burocráticos, arriesgando su autorización de seguridad. Pero para entonces era mediados de la década de 2010 y ya no le importaban una mierda cosas como la autorización de seguridad. En el pasado (en sus días más optimistas), predijo que el supranacionalismo sería el futuro de las políticas internacionales (¡la Unión Europea! ¡El Tratado de Libre Comercio de América del Norte! ¡Las jodidas Naciones Unidas!), pero el optimismo no le había servido tanto como, bueno, la rabia. La clase de rabia que hizo que indagara en documentos confidenciales, que encontrara la explosión nunca replicada de 1990, que decidiera que estaba absolutamente harta de trabajar con los contratos de mierda de un país colonialista y procediera a atacar por su cuenta.

No tardó mucho en encontrar el Foro, cuyo logo inmaculado en *sans serif* y su página web curada tenía una interfaz de usuario muy agradable y una agenda. Cada mes, sus comunicados de prensa estaban llenos de todo tipo de «transparencia innovadora» y «llamadas a la acción» y «futuros brillantes» para la «comunidad global» que no significaba absolutamente nada aparte de señalar que tenían dinero que provenía de alguna parte. Belén ya había entendido para entonces eso del mundo: que donde había una interfaz de usuario limpia y promesas de una transparencia innovadora, probablemente también hubiera dinero. Grandes cantidades de dinero. El Foro «no tiene jerarquía de liderazgo, profesora, somos todos iguales aquí» (chorradas), pero al final descubrió a Nothazai, un hombre más o menos de su edad que paradójicamente estaba lleno de propósitos claros a pesar de sus relativamente pocos logros, tal y como solía pasar con los hombres de su edad. Como si los catastróficos errores políticos y económicos que había vivido fueran culpa de otra persona. De ellos no, por supuesto. Después de todo, ellos eran de una transparencia innovadora. Tenían que albergar esperanza, decían, porque cuando moría la esperanza, todo se desmoronaba. Pero no era esperanza, quería decir Belén, era una sensación extraña de privilegio. El fracaso al creer en el fracaso, o en aceptar las cosas y adaptarse, parecía una forma extrema de narcisismo. No le dijo eso a Nothazai. Él no la habría creído.

Nadie la creyó.

Estaba bien cuando era universitaria. Su esperanza, sobre todo. Su sentido de que había una forma de seguir adelante, una necesidad de no abandonar. ¡Adorable! Había unos cuantos artículos sobre ella. Elogiándola como una heroína. La nombraron persona del año en la revista *Times* una vez, junto a un desarrollador mortal de software y al resto del mundo (ese fue el año en el que el contenido global generado por el usuario pasó a ser importante, por lo que el consumidor medio era ahora la persona del año… ingenioso, pero no exactamente falso). Fragmentos del discurso de Belén en el recinto de las Naciones Unidas se hicieron… bueno, virales no (eso no existía aún), pero sí reconocidos ampliamente en círculos académicos de aprendizaje progresivo. Su país natal, Filipinas, la felicitó, y su país de adopción, Estados Unidos, le ofreció varias subvenciones (no cambiaron nada en sus políticas, pero era de esperarse). La consideraron incluso para el premio Nobel de la Paz. (Se lo llevó el presidente estadounidense de ese año, que al parecer había evitado la guerra con otro país del primer mundo con la misma oportunidad de causar un daño global duradero, así que supuso que no podía enfadarse).

Cuando su esperanza comenzó a perder parte de su lustre, Belén decidió enfadarse. Los países desarrollados estaban robando, señaló. Usaban más recursos y culpaban al tercer mundo de todo lo que faltaba solo porque ellos, con sus mercados libres de mano invisible, se habían permitido la tecnología para compensar sus errores. (Nadie recordaba por qué los países que fueron generosamente colonizados por otros países no habían evolucionado. A lo mejor solo eran… ¿estúpidos? Quién sabía después de tanto tiempo).

Después las felicitaciones se volvieron un poco más turbias.

Algunas personas pensaban aún que ella tenía razón, pero otras empezaban a sospechar que tal vez había estado gritando sobre nada. La gente empezó a hacer preguntas como si eso fuera racismo invertido. ¿No importaban todas las vidas? Tal vez esas naciones más pequeñas, esas islas, deberían simplemente adoptar el reciclaje como medio de vida. ¡O comer menos carne! La huella de carbono de la carne era importante. Y en este punto, ¿no estábamos todos informados de todo, dadas las medidas filantrópicas tomadas en busca de la transparencia global?

¿No dependía del consumidor elegir ser consciente socialmente?

¿Qué se suponía que debía hacer Estados Unidos si la gente de África seguía quemando árboles?

Y, en cualquier caso, preguntaban: ¿cómo exactamente preveía que iba a ir esto? Los elementos procesables eran intangibles (no, repetía Belén, en realidad era muy simple, todo lo que tenías que hacer era responsabilizar a las corporaciones por sus emisiones, pero por alguna razón algo parecía ahogar su voz, generalmente anuncios conmovedores en los que limpiaban el petróleo de los patos con un jabón para platos muy eficaz). Y también señalaron: ¿de dónde se suponía que iban a sacar el dinero? Belén dijo que de un impuesto a los ricos, y los ricos dijeron «eh, perdón, ¿qué?». No importaba, probablemente fueran problemas de comunicación. Ya no era guapa, no como antes, y la mayoría de las personas se podían pasar el día sin sentir los efectos de lo que enfadaba a Belén, había muchos otros temas que les parecían más atractivos. Más deseables. Parecía un matrimonio que se había estancado.

Cuando se sentó en una habitación y vio a un joven balbucear sobre la Sociedad Alejandrina de la que escuchó por primera vez cuando tenía veintidós años y aún creía en ideales, Belén, que tenía entonces cincuenta y dos años que parecían doscientos dado el dolor prematuro de huesos que resultaría ser solo ciática, ya había comenzado su transición a abuela sin hijos, dejándose el pelo gris como la bruja del pueblo de los cuentos. Estaba publicando discretamente su antigua investigación sobre fisión y la investigación que había mantenido en secreto, financiando obstinadamente las inevitables demandas de propiedad intelectual con los beneficios de su laboratorio gubernamental. El mundo occidental, los países asiáticos ricos podían permitirse la tecnología medellana que compensaba las emisiones de carbono, pero otros todavía estaban luchando, todavía en camino de perder miles de millones de dólares y millones de vidas (aparentemente insignificantes) si las cosas empeoraban. Belén estaba canalizando tiempo, dinero y cuidado (su maldita vida entera) en gente que quería que el mundo ardiera, así que cuando Ezra Fowler, ese pobre idiota, comenzó a hablar sobre salvar al mundo de las seis personas más peligrosas del planeta como si fueran distintas a la gente que había sentada a su lado (James Wessex, por ejemplo, o Nothazai,

que había amasado una fortuna a partir de algo que ella dudaba de que fuera filantropía), de pronto la invadió el deseo de incendiar el lugar. El daño al ozono se vería compensado por el trabajo que había hecho en la veintena, que había asegurado la supervivencia del planeta el tiempo suficiente y para las zonas del mundo suficientes, para que ella pudiera estar aquí sentada, en esta habitación, escuchando a un niño hablar del fin del mundo.

Belén supo enseguida quién era.

Ezra.

Recordaba el nombre igual que recordaba todo lo que había salido de los labios de Libby Rhodes cuando Belén estaba aún hambrienta de algo. Reconocimiento o afecto o amor. Perder un curso por Libby Rhodes casi le costó su beca en la ERAMLA, pero, por suerte, dispensó un trabajo tan valioso al complejo militar-industrial estadounidense que le pidieron que repitiera el curso, veintiséis unidades en un semestre. Una carga de estudio que eclipsó su habilidad para trabajar. Vivió cuatro meses a base de fideos calentados en el microondas y dejó de llamar con frecuencia a casa. En ese tiempo, su madre fue una de las víctimas del inmenso terremoto en Luzón, no del impacto, pero sí de la falta de suficiente ayuda global. El personal militar de Estados Unidos estaba allí, y por eso se enteró Belén, pero había muchas cosas en las que el ejército podía gastar antes que en algo tan… poco significativo.

La madre de Belén murió varios meses después de la erupción del volcán Pinatubo, originada por un terremoto. Al pensar en ello, en que su madre murió por «complicaciones», parece como si hubiera muerto de verdad por una tontería.

Todo estaba relacionado. Esto era lo que nadie parecía entender. Que aunque una familia alimentada con maíz en Iowa no pudiera sentir la pérdida de los filipinos ahora, algún día tendrían que hacerlo, porque los ecosistemas estaban conectados, porque la vida sí importaba, porque nada en este mundo podía desaparecer sin dejar huella. Y así desapareció el motivo para que Belén regresara a casa.

Se sentía incendiada cuando recibió la invitación de Atlas Blakely para asistir a la farsa de baile de la Sociedad Alejandrina en Londres. Qué irónico que la invitaran después de los esfuerzos de media vida por sacar los secretos de la Sociedad a la luz. Qué

estúpidamente transparente el intento de recibirla como si tuviera algo que ofrecer, o como si alguien quisiera escuchar algo de lo que tenía que decir. Nothazai ya se estaba reuniendo con gobiernos por entonces, intercambiando la información que le había ofrecido Ezra sobre los sistemas de rastreo de la Sociedad a cambio de la cooperación militar de otros países, la ayuda de su policía. Todo para atrapar a los seis medellanos más peligrosos del mundo, liderados por Atlas Blakely, un conocido asociado de una sociedad secreta que podía cambiar todo esto pero no lo hacía. Un hombre con acceso a unos archivos tan preciados, tan valiosos, que podrían cambiar el curso de la existencia humana. Y lo único que hacía él era cruzarse de brazos.

La congratulatoria ceremonia en el gran salón de la Sociedad era desalentadora. Tan mala que fue a buscar al cuidador pensando que este le animaría la velada. Un poco de jugada ofensiva para el paladar. Pero no, ni siquiera pudo tener eso, porque estar en el despacho de Atlas Blakely fue, con diferencia, el momento más deprimente de la vida de Belén Jiménez.

Algo ridículo, en realidad. Porque su vida ya era muy deprimente.

No tenía amigos íntimos. Su familia había muerto. Nunca se había casado. No tenía hijos. Había tenido muchas aventuras, pero ninguna de importancia; no había disfrutado de pequeñas cosas que al recordarlas más tarde parecieran grandes. Nada que romantizar.

Una vez se había enamorado de una profesora que no era una profesora, que representaba el poder y la feminidad y la promesa de tomar las cosas que merecía, que resultó ser solo otra chica blanca que pensaba que aquello por lo que había nacido valía más la pena que el futuro entero de Belén. Enhorabuena, quería gritar, ¡por ser tú! ¡Por ser guapa! ¡Por estar cargada de magia para la que no tenías un uso real! ¡O por haber nacido en un país que decía que tenías derecho a sobresalir y a ser increíble!

Pero no. Incluso aquel momento, cuando estaba en Escocia con Libby Rhodes, no fue tan deprimente como mirar a Atlas Blakely y comprender, con un pitido ensordecedor en los oídos, que él también era solo… un hombre.

—Profesora J. Araña —le dijo, pronunciando su nombre como si fuera una amenaza—. Tu reputación te precede. Dime, ¿la J. es

por…? Ah, sí, Jiménez.

Belén se encogió ante el recuerdo. Se había desprendido de su antiguo nombre, de su antigua vida, cuando estaba íntimamente asociada con la persona a la que el eminente doctor Maxwell T. Mortimer (el hombre antes conocido como Mort, que era ahora un teórico cuántico) había fallado y quien, posteriormente, había llegado a reírse al mencionar a Belén Jiménez en su entrevista para la Medalla Fields.

—¿Estás casada o es solo un seudónimo? —le preguntó Atlas.

Seguro que sabía la respuesta. Capullo.

—Es el apellido de soltera de mi abuela.

—Ya veo. —Atlas era más joven de lo que pensaba, y también mayor. Parecía igual de cansado que ella, a pesar de tener diez años menos—. ¿Y qué puedo hacer por ti, profesora?

—Morir —respondió—. Lenta y dolorosamente. —Se decepcionó al comprobar que no lo odiaba. No sentía nada por él, y eso era casi peor. Era… anticlimático. Patético.

Triste.

—Comprensible.

—En realidad solo he venido aquí para matarte —declaró, y era verdad. Empezaba a pensar que los rodeos de Ezra podían resolverse de forma más eficiente con una dosis segura de ataque preventivo, como matar al bebé Hitler—. Pero la verdad es que no se trata de ti. —Suspiró y puso fin a todo tipo de fantasías homicidas, que era todo lo que le quedaba últimamente—. Si mueres, otra persona te reemplazará sin más. Como las cabezas de la hidra.

—Cierto —confirmó Atlas.

—El veneno es institucional. Es más grande que tú. —A la mierda.

—Siempre lo es —respondió Atlas, y vale, lo odió un poco por eso, porque ¿qué sabía él en realidad? Nada. Él era tan británico que podría extenderlo en un *crumpet*—. Lamento no poder ofrecerte más, Belén.

—Sí. —Ya estaba. Había echado un vistazo detrás del velo y solo había visto a un inglés. ¿Este era el villano? No era nada. Y ella era menos aún que nada—. Bien, se acabó la fiesta entonces.

—Me pegaré un puñetazo en la mandíbula, si sirve de algo —

dijo Atlas. Esto le parecería divertido. La miraba raro, como si supiera exactamente lo deprimente que era todo esto y sintiera pena por ella.

Genial.

—Muy condescendiente, gracias —respondió ella y se preguntó si no debería matarlo solo por diversión. Pero ¿qué sentido tendría ya?

¿Qué sentido tenía nada?

En su entrevista para la revista Time, un periodista premiado con el Pulitzer llamado Frank le preguntó por qué había luchado tan duramente ese año para presionar al Congreso por una política institucional de medio ambiente. Era una pregunta estúpida y la trató como tal. Como si le preguntaran: «Eh, ¿por qué te parece importante que todos los seres humanos sean tratados con dignidad, casi como si importaran?». Estuvo tentada a decir: «Bueno, Frank, ¿por qué iba a dignarme siquiera a responder tu pregunta? Tienes familia, un anillo en el dedo, un tejado sobre tu cabeza, ¿por qué debería tratarte como si importaras cuando podrías haber nacido mujer, o mosquito, o residente de la ciudad natal de mi madre?». La realidad, que a él no se le hubiera ocurrido nunca pensarlo, la enfadó en ese momento, pero ahora solo la desmoralizaba. Lo había odiado durante años, pero no había pasado nada como resultado de ese odio.

A ella se le había puesto el pelo gris. Habían hecho una película ganadora de un Oscar basada en él.

¿Qué sentido tenía? ¿Qué sentido tenía? ¿Qué sentido tenía?

Al final se dio media vuelta, salió del despacho de Atlas Blakely y se tropezó con alguien.

—Disculp…

No sabía qué había pasado exactamente. Fue como si estallara una bomba en algún lugar de su cabeza. Algo explosivo de lo que no podía regresar. No podía abandonar. Porque si abandonaba, entonces ganaría él. No sabía quiénes eran ellos exactamente, pero eso no era importante. Ella iba a ganar. No iba a dejar que el futuro que Libby Rhodes había predicho fuera el único futuro posible. Belén conseguiría que alguien la escuchara. Conseguiría que alguien la escuchara y de pronto ya no importaría cómo, ni cuánto tiempo había tardado, ni qué principios había dejado de lado para lograrlo.

* * *

Después de la fiesta, Belén aumentó la productividad de su laboratorio.

Ya no rechazaba proyectos por una cuestión moral.

No respondía a las llamadas de Nothazai, descartó los objetivos del hombre por ser demasiado elevados, su adorada transparencia por tener un precio muy alto.

Durante años tuvo acceso a la clase de investigación medellana que se vendería bastante bien en los mercados negros. Si el dinero hacía que girase el mundo, estupendo. Si era dinero lo que necesitaba para hacer que la gente cerrara la boca y escuchara, entonces conseguiría dinero.

Conseguir, no, por supuesto. Recoger, no. Gastar.

Estaba ahora armando de forma activa a medioambientalistas guerrilleros que se oponían a las políticas del gobierno de países dirigidos por hombres idiotas.

En lugares como Indonesia y Vietnam, comenzó a financiar discretamente revueltas sindicales. «A la mierda la cadena de suministro», rugió mientras enviaba dinero a muchos enemigos del Estado.

Violaría todas las malditas patentes y revelaría todos los condenados secretos comerciales y así los mansos heredarían la Tierra. ¡Tendrían que hacerlo! Serían los únicos que quedaran para heredarla, porque Belén se encargaría personalmente de que todos los capitalistas sangraran.

—Me preocupa que estés perdiendo de vista nuestro propósito —dijo Nothazai, a quien le pareció apropiado hacerle una visita en el laboratorio. Ezra estaba con él, ese imbécil. No podía tener más de veinticinco años y aquí estaba, acorralándola. Como si fuera una adolescente rebelde. Como si él no estuviera llevando a cabo una especie de guerra ideológica por la culpa que lo invadía.

(Ahora no importaba, pero cuando Belén tenía su edad, era mucho más atractiva que él).

—No tengo ni idea de cuál es tu propósito, Nothazai —respondió con calma, aunque su apariencia bien podría sugerir lo contrario. Llevaba varios días sin lavarse el pelo y había tirado

todos sus pintalabios y bases de maquillaje, había retirado los encantamientos de ilusión que usaba en el pasado para procurarse una apariencia más digna y/o cuerda—. ¿Tú sabes cuál es tu propósito?

—Nuestro objetivo es el mismo de siempre —contestó Nothazai estoicamente—. Sacar a la luz la verdad de la Sociedad. Hacer público el preciado conocimiento que esconden tras unas puertas cerradas…

—Primero: todo lo que merece la pena saberse ya se sabe —comenzó Belén—. La gente tiene conocimiento sobre el trabajo forzado. Tiene conocimiento sobre las políticas de geoingeniería. Tiene conocimiento sobre las prácticas laborales poco éticas. Tiene conocimiento sobre los rescates financieros corporativos y el vacío legal de las tasas y las malditas Islas Caimán. ¿Y qué hacéis al respecto?

Se dio cuenta de que estaba hablando rápido, tal vez demasiado. Nothazai no parecía comprenderla. Ezra, si entendía algo, había fijado su atención en sus zapatos.

—Lo que hace la gente con información que no es asunto suyo. —Ahora era Nothazai el que hablaba con calma, como para tranquilizar a un tigre salvaje, aunque Belén no lo era. Ella era una mujer extremadamente cuerda que simplemente estaba aquí con gente que la había ignorado durante treinta años—. No podemos controlar lo que el mundo elige hacer con el conocimiento. No es nuestro.

—Tonterías. Entonces, ¿de quién es ese trabajo?

—J. —se dirigió a ella de forma tranquilizadora—. Sé razonable.

—Mi nombre no es J., imbécil pretencioso. Mi nombre es Belén. Me pusieron el nombre de la prima de mi madre. Mi madre, que está muerta, por cierto —le informó a Ezra, que miraba a todas partes excepto a su cara—. Y su prima, que también está muerta, y claro, puede que sencillamente estuviera escrito en sus cartas, pero ¿le importó a alguien? ¿Le importa a alguien?

—Profesora —dijo Nothazai.

—Estás haciendo esto mal —le habló ella a Ezra, porque ahora él era un niño que aún podía aprender algo y no un perro viejo con trucos viejos. No podía imaginarse cómo podía ser este el hombre que había ocasionado tanto terror a Libby Rhodes, pero la verdad

era que no entendía en absoluto a Libby Rhodes—. ¿Crees que esto va de seis personas? —Vio cómo palidecía—. Estás equivocado. No se trata de seis personas. Ni siquiera del mundo. —Vale, tal vez esta vez su carcajada sonó un poco demente, incluso para ella—. Nunca se ha tratado del mundo, Ezra. Solo de una persona —señaló y, gratificantemente, parecía estar escuchándola al fin—. Todo lo que haces. Todo lo que crees. Cada error que has cometido y cada sueño que has tenido. No se trata de los diez mil millones de personas que nunca has conocido… solo de una. Solo se reduce a una persona.

Libby Rhodes, hija de perra. Te añoro y te odio.

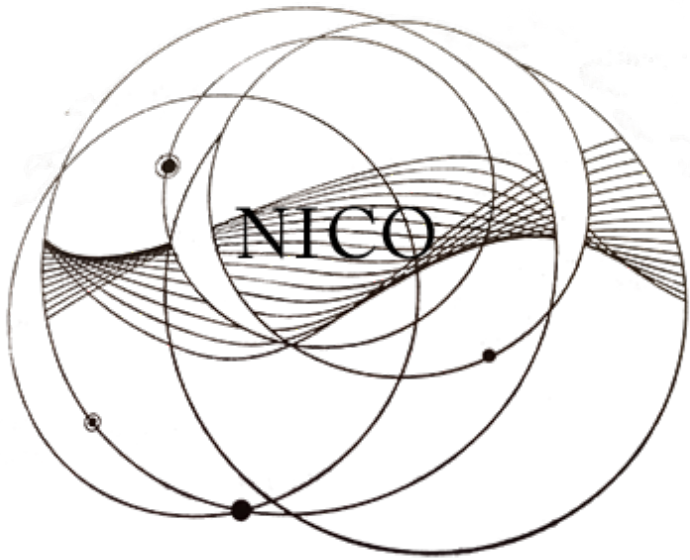
Ese era el último pensamiento consciente que recordaba Belén. Todo lo demás estaba borroso. Un movimiento de las manos de Nothazai (escoria biomántica), una mirada asqueada de un Ezra que parecía avergonzado, el ascenso del suelo de linóleo. En ese momento ella se estaba riendo, la garganta empezaba a dolerle por ello, por la risa. Aún le quedaba una cosa en su mente cansada e iracunda. El mismo pensamiento, repetido:

¡Qué te jodan, Libby Rhodes!

¡Qué te jodan, Libby Rhodes!

¡Qué te jodan, Libby Rhodes!

Hasta que la pequeña llama de la ira que llevaba tres décadas encendida en el corazón de Belén al fin chisporroteó y se apagó.



—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Nico después de cinco minutos de silencio incómodo en la sala pintada. La fecha llevaba indicada en el plan de estudios casi un año; hoy concluía su estudio independiente y Nico pensaba que el momento estaría marcado por la pompa y la circunstancia, o al menos solo por la pompa. Tristan, que estaba sentado a la mesa, se encogió de hombros. Callum, que estaba mirando por la ventana, no se dio la vuelta—. Pensaba que íbamos a compartir nuestra investigación.

Nada.

—¿En serio? —insistió Nico.

—Necesitas pasar más tiempo en el mundo, Varona. —Parisa entró por fin en la habitación, con las gafas puestas, como si hubiera salido a dar un paseo y solo viniera porque el tiempo había cambiado. Pero no, hacía un día precioso. Eso era lo más frustrante —. No has venido a presentar un examen final —le dijo, sentándose en el borde del sofá, como si esperara que alguien le sirviera una copa.

—Claro que no —contestó Nico, cuyas notas había preparado

cuidadosamente en el transcurso de la larga noche anterior, sin tiempo que perder, igual que había hecho con todos sus cursos anteriores—. ¿Y dónde está Reina?

—Aquí —respondió desde la puerta de la sala pintada. Reina entró y se sentó en el extremo opuesto de Parisa con un libro enorme pegado al pecho.

—¿Veis? Reina ha traído… algo. —Nico movió una mano en su dirección—. Nos asignaron un estudio independiente por un motivo, ¿no? ¿Para investigar? ¿Para hacer con los archivos lo que los archivos hacen con vosotros?

—Están confundiendo a Atlas con la Biblia —observó Parisa, y Callum y Tristan se rieron entre dientes e inmediatamente después trataron de borrar ese momento de sincronicidad mirando en direcciones opuestas—. Nadie ha dicho que tuviéramos que presentar nuestros hallazgos —añadió Parisa—. Nos han dicho siempre que esto no es un colegio. La única instrucción que teníamos era contribuir a los archivos con nuestra investigación personal.

—Hacerlos crecer —recitó Callum, imitando el tono profundo de Atlas.

—Vale, ¿y? —preguntó Nico, moviendo una mano—. ¿Dónde está esa investigación?

—Contribuida —contestó Parisa. Miró a Reina, que seguía abrazada a las notas—. Pero creo que la pregunta es dónde está Atlas, ¿no?

—No va a venir —afirmó Tristan.

—¿Ahora eres su discípulo? —intervino Callum sin volverse.

—Que te jodan, y no —replicó Tristan—. Simplemente no está aquí.

—¿Y Dalton? —se interesó Nico.

—Enfermo —dijo Callum lanzando una mirada elusiva a Parisa que ella ignoró.

—Ah. —Nico parpadeó y después frunció el ceño—. ¿Qué hacemos aquí entonces?

Como respuesta, Reina se levantó y se volvió hacia la puerta para salir, pero Parisa suspiró y la agarró de la muñeca, deteniéndola.

—Es nuestra última semana aquí —comentó y luego miró a

Tristan—. Bueno, para la mayoría de nosotros.

Tristan no dijo nada. Nico, que no sabía nada de eso, se volvió hacia él.

—¿Qué? ¿Desde cuándo? Pensaba que Reina iba a…

—No —respondió Reina, irritada—. ¿Hemos acabado ya?

Miró a Parisa con resentimiento.

—Siéntate —le pidió Parisa.

Reina se sentó.

—Buena chica. —Reina puso los ojos en blanco—. Por si lo habéis olvidado, alguien nos está buscando. —Miró a Nico, que puso una mueca, y a Reina, que apartó la mirada—. Podríamos hablar sobre nuestra estrategia de salida, esté o no Atlas presente. A fin de cuentas —añadió—, no es a él a quien van a capturar una vez que ponga un pie fuera de esta casa.

Reina le lanzó una mirada de irritación persistente.

—Solo sabrán cómo encontrarnos si vamos a donde esperan que vayamos —murmuró Reina—. Así que podemos ir a otro lugar. Listo, problema resuelto.

—Acabarán encontrándonos —señaló Parisa—. Lo que hallo un poco inconveniente para mi gusto.

Nico reconoció el tono en la voz de Parisa, era el que más disfrutaba, el timbre de la formulación de un plan.

—Tienes mi atención —dijo y Parisa le hizo un saludo militar irónico.

—Mirad, sabemos que la Sociedad tiene enemigos. Sabemos que han decidido venir a por nosotros. Después de dos años en este condenado lugar, seguramente esperen que volvamos a nuestra casa. Y sabemos que esperan que al menos uno de nosotros esté ya muerto. —Miró directamente a Callum, que la estaba observando en silencio desde cierta distancia—. Intuyo que enviarán a alguien para que nos capture uno a uno hasta que el trabajo esté terminado. Así que en lugar de quedarnos sentados esperando lo inevitable, yo digo que desmontemos la amenaza creando la nuestra propia… con alguien a quien no esperarán.

Nico frunció el ceño.

—Te refieres…

—Alguien enviado para atrapar a una telépata en París no debe de estar muy bien preparado para un físico —concluyó Parisa,

encogiéndose de hombros—. Igualmente, alguien que espera a un físico en Nueva York puede ser fácilmente derrotado por un émpata. Particularmente uno con… la especialidad de Callum. —Le dedicó una sonrisita de deferencia burlona y él enarcó una ceja, pero no dijo nada—. La cuestión es que tenemos la oportunidad de encargarnos nosotros de las cosas antes de que reanudemos la ocupación en el mundo en general. Que no es un mundo nuevo donde tengáis que seguir entregando deberes —añadió, dirigiéndose hacia Nico—. Para que lo sepáis.

Nico notó un tamborileo en el pecho a pesar del golpe.

—¿Estás diciendo que quieres que peleemos?

—¿Por qué no? —Parisa se encogió de hombros y luego miró a Reina, retándola para que discutiera—. A menos que tengáis otra idea.

—No. —La respuesta de Reina fue sorprendentemente rápida—. No, me parece un buen plan.

—A mí también —dijo Callum.

Parisa se puso de pie y se alisó el vestido.

—Bueno, eso ha sido fácil. Tú puedes ir a Londres —le indicó a Reina, repartiendo el resto de destinos no asignados—. Y yo iré a Osaka.

—De acuerdo —aceptó Reina, que no parecía afectada por la sugerencia. Nico supuso que estaría ya cansada de todos ellos.

—Estupendo. Excelente. Ya estamos todos, entonces. —Parisa se volvió hacia la puerta y se preparó para salir.

Reina se levantó para seguirla, y luego Tristan, antes de que Nico supiera qué estaba diciendo, ya había hablado.

—Pero ¿no vamos a despedirnos?

Los demás se volvieron despacio para mirarlo.

—Lo siento —dijo y parpadeó—. No, no lo siento. No me parece algo poco razonable pensar que podríamos considerar hablar un poco entre nosotros antes de marcharnos. ¿Y cómo coño va a seguir Dalton enfermo? —añadió, enfadado, en parte porque nadie había visto a Dalton en semanas y también porque la presencia de Dalton solía indicar un Evento Oficial Académico. Nico se sentía decepcionado porque esto no lo era—. No podéis pensar en marcharos y luego… nada —balbuceó—. ¿No?

Reina lo miró con rostro circunspecto. Parisa tenía la mano en la

boca en un gesto de afecto caritativo, como si hubiera dicho algo especialmente encantador y adorable. Tristan suspiró hondamente.

—Bien —dijo Tristan con voz sufrida, como si nunca nadie hubiera estado tan cansado como él y por ello no pudieran siquiera soñar con imaginar su trauma—. ¿Cenamos juntos? ¿Nuestra última noche?

—¿Una última cena? —observó Parisa—. Suelen ser eventos inestables.

—Que nadie lleve cuchillo —señaló Callum.

—Que te jodan —espetó Tristan—. ¿Es eso un «sí»?

—No es un «no» —respondió Parisa.

—De acuerdo. —Tristan miró a Reina, que se encogió de brazos —. Nos veremos al final del fin de semana. ¿Satisfecho? —se dirigió a Nico.

—Supongo —murmuró Nico, que no esperaba sentirse como el niño más dependiente del campamento. Pero, al parecer, fue suficiente para los demás porque unos minutos más tarde todos habían abandonado la habitación.

—Supongo que no puedes culparlos —dijo Gideon desde el exterior de la jaula habitual de los sueños de Nico—. Esto siempre ha sido solo un trabajo para ellos, ¿no? Tú eres el único que aún no había trabajado.

—Supongo —musitó Nico, aunque se alegró al recordar que, en unos días, ya no tendría que ocupar la celda de una cárcel para hablar con Gideon—. ¿Quieres quedar conmigo en París? —sugirió, inesperadamente nervioso.

—¿No se supone que estarás luchando con alguien? —preguntó Gideon.

—Sí.

—Entonces sí, claro. Aunque creo que tal vez mi yo corpóreo necesite tomar vitaminas antes.

—Estira —le advirtió Nico.

—Gracias —respondió Gideon en español.

—De nada —dijo Nico en el mismo idioma—. Y trae *bagels*.

—No. Puedes comprarlos tú mismo.

—A menos que me asesinen.

Gideon enarcó una ceja.

—Es broma —aclaró Nico—. Nunca me asesinarían a menos que

fuera una ex, mientras duermo. En ese caso estará bien merecido.

—Muy bien merecido —coincidió Gideon.

—Hablando de ex. —Nico puso una cara de repulsión, que Gideon interrumpió.

—No hay rastro de él —le informó, sacudiendo la cabeza—. Mandé a Max a que preguntara, pero nadie ha sabido de Fowler en más de un año.

En absoluto sorprendente.

—¿Y…?

—¿Los padres de Libby? Es extraño, han estado en contacto con ella, o eso creo. —Al ver la cara de sorpresa de Nico, Gideon se encogió de hombros—. Al parecer alguien les ha estado enviando mensajes desde el teléfono de Libby a intervalos semirregulares. Mensajes normales para decir «hola, os quiero», ese tipo de cosas.

Por el amor de Dios.

—¿Quién haría eso? —murmuró Nico, disgustado—. Un sádico.

—O alguien que se preocupase —sugirió Gideon con tono neutral empleando su mejor voz de marca Gideon.

Increíble. Menuda amenaza.

—¿Podría tu autoritario sentido de la compasión encontrar por favor límites racionales? —gruñó Nico—. Por una vez, Gideon, deja de intentar obligarme a querer a la gente y acepta que he sido extremadamente razonable y correcto todo este tiempo…

—¿No tendrías que estar encantado? —repuso Gideon—. Solo estoy apoyando tu teoría de que alguien que se preocupa por ella ha hecho esto.

Nico sentía que se trataba de una trampa.

—Sí, bueno… aun así, yo… —se interrumpió a sí mismo, ruborizado—. Como si él pudiera hacer esto y seguir preocupándose por ella. Honestamente, ¿cómo iba…?

Gideon sonrió.

—¿Sabes algo de Rhodes? —preguntó Nico en cambio, y notó que se le encogía el corazón al pensar en ello. Supuso que no era de extrañar que hubiera hecho algo tan completamente embarazoso como pedir a sus compañeros que se vieran una última vez. Había estado sin Libby un año y, al parecer, eso significaba que se había convertido en ella en su ausencia.

—Le transmití el mensaje. —Gideon se encogió de hombros—. Y

por si sirve de algo, no la encuentro en ninguna parte de los reinos, así que lo haya hecho o…

Se quedó callado, dando un aspecto particularmente etéreo.

—No va a morir —indicó Nico rápidamente—. Rhodes no se dejaría matar nunca.

—¿A menos que sea un ex mientras duerme?

Por mucho que a Nico le encantara la idea de tener razón en cuanto a Ezra Fowler, la odiaba en la misma medida. Mejor asumir que lo peor no era en realidad lo peor.

—Ya le gustaría —se burló Nico, apartando cualquier atisbo de preocupación real—. Probablemente sea considerada con sus amantes.

—Qué pena que tenga tan pocos enemigos —comentó Gideon—. No como tú.

—Exacto.

La sonrisa de Gideon estaba cargada de afecto.

—Nos vemos pronto, Nicky.

—*Bagels* —le recordó Nico.

—Se lo diré a Max —respondió Gideon, chascando los dedos para que Nico se despertara.

El día siguiente pasó con una rapidez absurda. Nico no podía creérselo, que algo tan supuestamente impactante pudiera desaparecer así, sin ceremonia, de forma inadvertida. Pero supuso que uno de los que empezaban la beca normalmente estaba muerto ya, así que tal vez fuera él el raro.

—Puedes llamarme cuando quieras —le dijo Nico a Reina en su última cena. Callum llegaba tarde. Parisa estaba frente a él, mirando un mapa del epicentro mágico de Osaka, y Tristan estaba apuñalando con el tenedor su ensalada con furia.

—Gracias —respondió Reina. Nico esperaba poder arreglar lo que fuera que se hubiera perdido entre los dos, pero no parecía probable. Ella parecía ansiosa por irse y Nico no podía entenderlo.

—Estaba seguro de que querías quedarte —murmuró y ella lo miró como si hubiera dicho algo horriblemente vulgar.

—¿Por qué? Tú no te habrías quedado.

Nico vaciló, sin saber cómo responder.

—Bueno, no, pero…

—No hay forma de ganar esta —le dijo Parisa—. Dile a Reina

que es muy inteligente y peligrosa y se sentirá mucho mejor.

—¿Qué? —Nico se volvió para mirar a Reina—. ¿Es verdad eso? Porque…

—Buenas noches. —Reina apartó la silla y antes de salir soltó los cubiertos, que repiquetearon al caer. Chocó los hombros con Callum, que al fin se dignaba a aparecer y entraba silbando.

—¿Qué ha pasado? Oh, no me lo digáis. —Apartó su preocupación con un movimiento de la mano—. Con ella nunca se sabe. ¿Sabéis que piensa que es una diosa?

—¿Qué? —preguntó Nico.

—No es importante —respondió Parisa—. Cómete tu ensalada.

—Lamento mucho esto. —Nico suspiró.

—Yo también —coincidió Tristan, que parecía estar intentando explotar un tomate cherry con la mente. Que era algo que podía hacer ahora gracias a Nico, pero mencionarlo le parecía un poco triste. Como ver un vídeo de sus mejores momentos y decir «aaah», como parte del público.

—¿Ha hablado alguien con Atlas? —preguntó Nico en lugar de decir algo sentimental («os voy a a echar de menos» o «que tengáis un buen verano» parecían afirmaciones fuera de lugar).

—Sí, yo acabo de hacerlo —contestó Callum, señalando el pasillo con la cabeza—. Al parecer, iba a unirse a nosotros esta tarde, pero ha recibido una llamada. Me ha dicho que alguien de la Sociedad estará en contacto con nosotros cuando nos vayamos de aquí.

—¿Y ya está? —Todo esto estaba exasperando a Nico—. ¿Quién?

—Quien esté a cargo de las carreras, imagino. —Obviamente, Callum estaba bromeando. Bueno, eso parecía. Para ser justos, Nico no podía imaginarse la logística de la Sociedad, que se iba a volver… bueno, menos mágica cuanto más se alejara de ella.

Aunque poner cierta distancia entre los archivos y él le iba a venir bien.

—Ah. —El reloj de la repisa de la chimenea sonó mientras comían en silencio. Nico miraba el tenedor—. Bueno —comenzó y Parisa le dio una patada por debajo de la mesa.

—Lo sabemos, Varona. No hagas que esto se vuelva incómodo.

—Pero…

—Es algo que hicimos todos, solo eso —intervino Tristan.

—Para hacer que la siguiente cosa fuera interesante —añadió Callum.

—Pero…

—¿Pan? —Parisa le ofreció a Nico la cesta.

Nunca antes se había sentido más niño.

—De acuerdo.

Al día siguiente, Dalton tuvo al fin la decencia de aparecer, aunque solo fue para explicar el proceso de transporte, como si Nico no se hubiera transportado nunca mágicamente.

—Y si tenéis la necesidad de consultar los archivos, tendréis que poneros en contacto con el cuidador —añadió Dalton y le dio a Nico una tarjeta en la que ponía ATLAS BLAKELY, CUIDADOR, como si eso también fuera algo que no hubiera visto antes.

—Vaya —exclamó Nico—. Vaaaaaaya.

—Sí —respondió Dalton. Estaba muy derecho y muy callado, como si diera por hecho que la interacción había terminado ya.

—Muy bien, pues adiós —murmuró Nico, mirando por encima del hombro para buscar a Reina. No había rastro de ella. La habitación de Parisa estaba ya vacía. No se molestó en decir nada a Tristan porque estaba seguro de cómo iba a ir la cosa, y Callum… era Callum.

—Ah, señor de Varona. —Era la voz de Atlas y Nico dejó escapar un suspiro hondo de alivio. Esto al menos tenía que ser importante. Tal vez hubiera una placa.

Atlas, sin embargo, solo le tendía la mano.

—Buen viaje —le deseó—. Espero que nos volvamos a ver pronto.

—¿Has visto mi investigación? —preguntó Nico, y sonó más rhodesiano que nunca.

—Sí. —Atlas asintió—. Muy rigurosa.

Eso parecía ser todo. Nico tendió una mano para estrechar la de Atlas.

Entonces, como era un idiota, preguntó:

—¿Por qué no me pediste que me quedara?

—Eh…

La respuesta dejó apurado a Nico.

—Le pediste a Tristan que se quedara. Y a Parisa. Y, bueno, Callum es otro cantar, pero… —Se mordió el labio—. Pensaba que

mi investigación te parecería… interesante.

Dios, se sentía un idiota integral. Aún fue peor que Atlas le sonriera.

—Volverás —le dijo a Nico con un tono paternalista, dándole una palmada en el hombro—. Tengo la sensación de que te veré pronto.

—¿Por qué? —preguntó Nico, desesperado—. ¿Cómo?

—Porque la señorita Rhodes va a regresar.

Esta información caló fuerte en Nico. Como el sol que golpeaba sus ojos, cegándolo.

—Ah —dijo, confundido, y Atlas se apartó y le señaló los transportes que había al lado oeste de las protecciones.

—Buen viaje —repitió, asintiendo en dirección a las puertas cerradas del transporte.

Nico tragó saliva y se detuvo un instante, en silencio. Después, con el codo, presionó el botón de París y esperó a que el transporte lo dejara allí. Las puertas se abrieron de nuevo y parpadeó al ver la luz.

El sol estaba alto sobre el Puente Nuevo, y el Sena relucía debajo de él. Se dio cuenta por primera vez de lo mucho que se había desacostumbrado al ruido en los últimos dos años. El sonido de los coches y la gente era alarmantemente fuerte, las vistas y los olores, una novedad sobrecogedora, viva. Pasó una bicicleta por el empedrado y a Nico le dieron ganas de arrodillarse y besar el suelo.

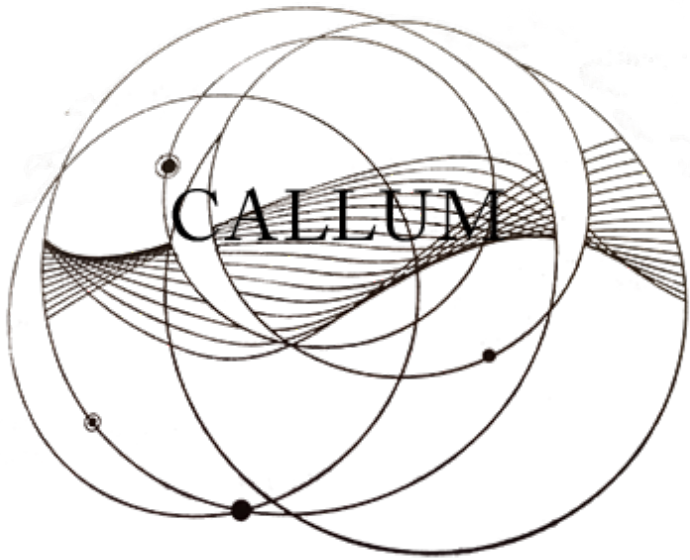
—Qué curioso verte aquí —dijo una voz a su izquierda.

Nico se volvió y se encontró a Gideon apoyado en una de las farolas icónicas. Tenía un aspecto pálido, soñoliento y desaliñado en general. A Nico se le aceleró el pulso, como un perro que mueve alegremente la cola.

Bonjour, le hubiera gustado decir, o algo culto e inteligente, pero Gideon frunció el ceño antes de que pudiera hacerlo.

—Nicky, ¡detrás de ti!

Pero lo sintió antes incluso de que lo avisara Gideon. La tierra rugió debajo de él con la emoción repentina y Nico se volvió, mareado de expectación, y miró a los ojos a la última persona que lo quería muerto.



Cuando se encontró con Reina en la calle estrecha detrás de St. Paul, ella había reducido los cuatro atacantes a solo dos. Así y todo, a Callum le dio la sensación de que Reina lamentaba el tiempo que había pasado leyendo libros y divagando sobre la divinidad (o lo que fuera que hiciera en su dormitorio) en lugar de luchando, como había hecho el año anterior, porque el coste que le había supuesto era considerable. Era obviamente más lenta y la magia física que era capaz de producir era más atenuada cada vez que se centraba en su objetivo, así que Callum se mostró caballeroso y le dio un golpecito a uno de los asaltantes en el hombro, al más robusto de los dos. Ese hombre estaba acostumbrado a aceptar órdenes de gente más pequeña pero más inteligente que él, y eso era un buen comienzo.

—Vete —le sugirió y al brujo le pareció una idea excelente. Se puso derecho y se marchó de inmediato, más rápido incluso que el memo al que Callum persuadió en una ocasión para que dejara en paz a su hermana mayor, a quien Callum consideraba el idiota más descerebrado del planeta. Al parecer, algunas personas no elegían

bien a sus soldados.

Mientras tanto, Reina había acabado arrinconada. Callum no solía luchar mucho, o nunca (por extraño que pareciera, no tenía muchos enemigos antes de esto), pero estaba muy seguro de que Reina había violado varias leyes esenciales de combate al dejarse arrinconar contra una pared. Al menos tenía un arma, un estilete que era muy elegante y no del todo inútil, ya que el brujo al que se estaba enfrentando tenía que cubrirse los ojos. Pero aparte del cuchillo, Reina no parecía preparada para la trampa que le aguardaba, y Callum veía que respiraba con dificultad, y tenía el pelo sudado, que le tapaba los ojos en el momento justo en el que lo vio a él. Al parecer, su almacén de magia de batalla se había vaciado ya.

Reina frunció el ceño cuando lo vio acercarse, un momento de despiste en el que casi acabó contra el puño de su atacante. Callum silbó y aprovechó la distracción para detener al brujo más menudo con una mano en su hombro.

—Para —le indicó.

El brujo se paró, parecía aturdido.

—Siéntate —le sugirió Callum.

El brujo se sentó.

—Quédate ahí —concluyó Callum y, cuando estaba seguro de que la situación estaba controlada, se volvió hacia Reina, que estaba resollando y parecía a punto de desmayarse—. Mala elección —dijo con tono de desaprobación—. ¿Nadie te ha advertido que había un grupo de brujos buscando a Tristan Caine?

—Supongo que Parisa ha debido olvidarse esa parte por accidente. —El pecho de Reina subía y bajaba tan lento que por un momento a Callum casi le preocupó su bienestar físico. Pero entonces ella lo miró con mala cara, así que supuso que se encontraba bien—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tú y yo teníamos un trato, ¿no? —Se encogió de hombros—. Además, la situación en Nueva York está bajo control.

En realidad, fue más extraño de lo que esperaba, porque además de los asaltantes mágicos, también se encontró con una sirena azulada que pareció muy decepcionada al verlo. Nunca antes había intentado manipular a una criatura (ella fue quien ejerció una especie de manipulación en él, que, por supuesto, pudo evadir

porque no tenía ningún interés en una jodida sirena) y no estaba seguro de si el efecto había sido completo. En cualquier caso, ahora estaba aquí, y si la sirena era digna de credibilidad, Nico de Varona tenía ciertamente un amigo muy valioso; era bueno saberlo. (Más tarde indagaría los detalles si era necesario). La cuestión era que estaba todo bien allí, y que Callum estaba aquí ahora, y que no había más cosas sensibles respirando junto a su cuello, y que todo el mundo se estaba comportando bastante bien. Incluso, o tal vez en especial, el brujo que había sentado plácidamente a sus pies.

—No necesitaba tu ayuda —dijo Reina, lo que era totalmente falso. Callum podía sentir cada pizca de remordimiento que había emergido de ella desde que había dejado ese día la mansión, perlas de duda que se aferraban a ella como gotas de rocío, empañando la superficie de su piel. Estaba exhausta y furiosa porque nadie hubiera intentado hacer más por ayudarla. No había árboles útiles ni enredaderas, no estaba Nico, ni tampoco había recibido ni una palabra de Atlas, quien esperaba que le suplicara que se quedara, pero que no lo había hecho, obviamente. Estaba muy triste y ella pensaba que se trataba de ira, y probablemente por eso creyera que tenía que culpar a Callum. Pero él no podía ponerla triste, no iba a ponerla triste. Él no tenía ningún efecto en ella en absoluto, lo que era bueno para los dos.

—No he venido a ayudarte. Pero creo que es bueno que me asegure de que no acabes muerta.

Reina estaba recuperando poco a poco el aliento. Puso una mueca y se miró los pies.

—¿Vas a ocuparte entonces de esto? —preguntó, alzando la barbilla—. ¿A meterlo en su propia pesadilla privada, como sueles hacer?

—No, creo que no. Vamos —le dijo al brujo, que se puso en pie alegremente—. Dios mío, qué buen comportamiento. Vamos, Mori —llamó a Reina, que lo miraba con el ceño fruncido incluso cuando Callum había empezado ya a caminar.

Lo alcanzó y se tambaleó un poco.

—¿Un calambre? —preguntó Callum con tono jovial.

Ella lo fulminó con la mirada y presionó la mano en el costado.

—No es nada.

—Sobrevivirás —confirmó Callum. Nada de qué preocuparse, al

contrario de lo que sospechaba que les pasaría si no encontraban un modo de completar el ritual de la Sociedad antes de que los efectos de la distancia empezaran a podrirlos como una niebla espesa de descomposición. O como la niebla de Londres, pensó, mirando hacia el cielo con los ojos entrecerrados—. ¿Algo que deba saber sobre los objetivos?

Ella seguía concentrada en el dolor.

—¿Qué?

—Planeas cumplir tu propósito divino, ¿verdad? ¿Por dónde vas a empezar? No creo que nadie se sorprenda si te pones a caminar por el agua —comentó, señalando al brujo que los guiaba por una calle, alejándose del Támesis—. Mágicamente hablando, aunque este tipo probablemente pueda hacerlo.

Reina puso una mueca.

—No quiero atención. No necesito que nadie me vea.

En realidad, Callum pensaba que eso era precisamente lo que necesitaba. Pero si ella no sabía ya eso, no iba a ser él quien se lo contara.

—¿Vas a iniciar tu propio Foro? —le preguntó—. ¿Distribuir información entre las masas? ¿Comunidad de un mundo?

—No. —Reina había puesto mala cara, por la repulsión al escuchar sus palabras o por el dolor, no lo sabía—. Solo quiero que las cosas sean diferentes.

—¿Qué cosas?

Ella se encogió de hombros.

—Todo.

—Establece objetivos alcanzables, es lo que digo siempre —comentó con una inclinación de cabeza. Ella lo miró con odio y él se encogió de hombros—. Parece que vas a seguir usándome, ¿sí? Así que tal vez sí que necesitas mi ayuda —añadió, moviendo los dedos en dirección al brujo que los conducía.

—Yo… —Sí, ella lo sabía. Pero no le preocupaba. Notó otra oleada de duda nauseabunda provenir de la dirección de Reina—. Ya te lo he dicho. Podemos ayudarnos entre nosotros.

Ah, sí, qué persona más igualitaria. Muy *quid pro quo*.

—Por si te interesa —señaló Callum—, dudo de que sea la última vez que sepas de Atlas Blakely. —Ella le lanzó una mirada de enfado—. No lo niegues. Esperabas tener ocasión de decirle que se

fuera a la mierda, pero él ni siquiera te ha dejado esa oportunidad, ¿no? Lo hará —le aseguró—. Simplemente sabe que este no es el momento de preguntarte, porque vas a decirle que no. —Aguardó a que dijera algo, a que mostrara su desacuerdo, pero había fijado la mirada en el camino empedrado que tenían por delante—. Esperará hasta que estés desesperada. Hasta que fracase tu otro plan. Cuando no te quede nada más, entonces acudirá a ti.

—Casi pareces admirado —murmuró Reina. No era la reacción que esperaba Callum, aunque supuso que tal vez tuviera razón. Había llegado a admirar ciertos aspectos del estilo de Atlas Blakely. Irónicamente, cuanto más comprendía a Atlas, más lo respetaba. (Esto no se metía en el camino del odio que sentía por él, por supuesto. Eso estaba implícito, seguía su curso invariable).

—Es muy efectivo en lo que hace —comentó—. Por eso es importante que establezcas objetivos alcanzables.

—Correcto —respondió con amargura.

—Porque si no…

—Sí, lo entiendo —espetó Reina—. No soy estúpida.

—Claro que no. Si lo fueras, probablemente serías la mejor. —Sonrió con antelación a su inminente mueca—. Ten un poco más de fe ciega, Reina. O rabia ciega. Lo que sea que hagas, hazlo a ciegas —le sugirió—. Es mucho más sencillo así.

Ella le hizo un gesto grosero cuando el brujo dobló una esquina. La última, sospechaba Callum, y tenía razón. Apareció delante de ellos un *pub* con un aspecto dickensiano.

—Podemos seguir solos desde aquí —señaló Callum, haciendo que el brujo se detuviera—. Ya puedes irte a darte un baño, si quieres.

El brujo se resistió un momento (claramente estaban cerca de la fuente que había dado las instrucciones originales al brujo, pero a Callum no le faltaba talento) y se volvió entonces en la dirección por donde habían venido.

Reina giró la cabeza y siguió con la mirada al brujo.

—No le habrás sugerido que se ahogase, ¿no? —le preguntó, mirando incluso cuando el brujo ya había desaparecido.

—Por supuesto que no —respondió Callum. Llamó entonces a la puerta del pub. Se encontró con otro hombre que probablemente fuera un brujo, este impregnado de los vapores pútridos de un

perfume caro con una capa de trucos baratos y una armadura invisible—. Llévanos dentro.

El brujo ladeó la cabeza.

—Que te jodan —le respondió.

Reina se acercó más a Callum al presentir que era el momento oportuno, y él posó una mano en su hombro.

—Llévanos dentro —repitió, y su magia se aferró a la de Reina y despegó como una bola de cañón.

Callum sospechó que el resultado había sido exagerado. El brujo parecía comatoso cuando se volvió y se tambaleó en la dirección del despacho trasero; le costaba caminar. La siguiente vez se moderaría un poco. Reina se volvió para mirarlo y se encogió de hombros.

Siguieron los dos al brujo a las entrañas de una cocina respetable. Aquí al menos había una actividad normal. Claramente, el establecimiento tenía el uso de un *pub* de verdad, aunque tal vez también sirviera de tapadera para otra cosa. ¿Blanqueo de dinero? ¿Tráfico de armas? Probablemente todo eso. El brujo, el que tenía un agresivo olor a avaricia, llamó dos veces a la puerta trasera.

—Jefe. Visita —murmuró.

—Gracias —dijo Callum, que no era una persona maleducada.

El brujo gruñó y se quedó atrás cuando Callum entró en la habitación con Reina a medio paso por detrás.

—Buenas tardes —saludó Callum al brujo de la mesa antes de que levantara la cabeza y le ofreciera una mirada con los ojos entrecerrados—. He venido por un conocido que tenemos en común.

—Ah, ¿sí? —preguntó el brujo. Desvió la mirada hacia Reina antes de volver a fijarla en Callum—. Buena compañía —le felicitó, señalando a Reina con burla. Callum estaba seguro de que había una pistola debajo de la mesa que le apuntaba al pene.

—Solo hemos venido a hablar —le aseguró, tomando asiento. Reina le lanzó una mirada de «eso no es lo que hemos acordado», pero juntó las piezas en un segundo. Tal vez menos. No era estúpida —. Como he dicho, estamos aquí por un conocido que tenemos en común.

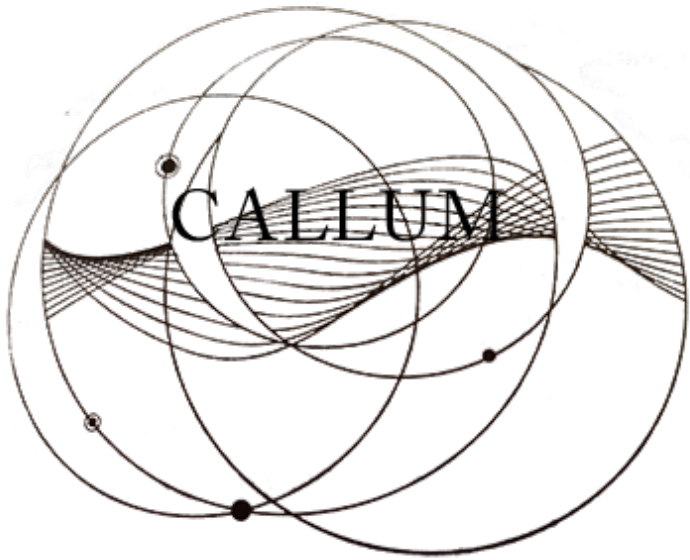
—¿Y quién es esa persona que conocemos los dos? —preguntó el brujo con fingido desinterés.

Ah, maravilloso. Incluso el escepticismo le resultaba familiar.

—Tu hijo —respondió Callum.

Reina se tensó a su lado. Los ojos entrecerrados de Adrian Caine adoptaron una mirada de claridad y, por un segundo, Callum se preguntó si a Tristan le rompería el corazón saber que había heredado todos los gestos de su padre. Eso esperaba.

—Bien —dijo Adrian Caine, apartando la pistola y descargándola. La dejó encima de la mesa como una señal de paz—. Hablemos.



No me quieres.

Aparta la mirada.

No soy lo que buscas.

Uno a uno, los cuatro atacantes (cada uno de ellos en un lugar diferente de la plaza) devolvieron la atención al lugar donde estaban ocultos en el momento de la llegada de Parisa. Uno de ellos estaba leyendo un periódico. El otro estaba concentrado en una llamada telefónica falsa. El tercero fingía que estaba alterando los encantamientos de la fuente central, vestido como un obrero de mantenimiento. La cuarta era una mujer que empujaba un carrito donde no había ningún bebé y que llevaba el pelo recogido con dos cuchillos.

Contrariamente al plan de acción sugerido antes de abandonar la casa, Parisa no planeaba matar a ninguno de sus atacantes. Ya se ocuparían de ellos entre sí, una vez que ella disfrutara de un té con leche y los dejara a merced de lo que decidieran sus mentes (cortesía del poder de la sugestión telepática) para aprovechar la tarde. Por ahora, seguirían ocupados en su tarea, igual que ella.

Algo había aprendido de Callum.

Parisa entró en una cafetería y llamó a la camarera. Se sentó a una mesa en la esquina y sacó un libro. Hacía mucho tiempo que no leía puramente por placer. Siempre le habían encantado los libros de misterio. Le relajaba no poner la mente a trabajar.

Llegó el té y le dio un sorbo agradable mientras oía los pensamientos que la rodeaban. Alguien preocupado por su madre enferma. Otro preocupado por sus hijos problemáticos. Alguien que miraba las piernas de Parisa. Cosas normales, mundanas. Alguien había soñado recientemente que su tía muerta lo miraba desde los pies de la cama.

Parisa también había tenido un sueño extraño.

—Tú eres la telépata que estableció las protecciones del subconsciente —dijo el hombre en su sueño, que no era del todo blanco, ni del todo nada. De cerca y bajo unas circunstancias menos urgentes, se habría fijado que tenía un aspecto mestizo, étnicamente hablando, y también era confuso si se trataba o no de una persona. A primera vista, era una cosa, pero ahora era obvio que algo no estaba bien. Había en él cierto toque de impermanencia en general.

—Así es —confirmó Parisa, incorporándose para observar su alrededor. Nunca había estado en el interior de su propio subconsciente y lamentó no haber dedicado más tiempo a hacer que tuviera un aspecto menos similar a una prisión. Los barrotes no eran una atmósfera agradable—. Eres Gideon.

—Así es —confirmó él—. Y he venido para darte las gracias por no haberme matado, aunque me siento un poco menos agradecido por lo que me hiciste pasar después. —Señaló por encima del hombro, seguramente la trampa de la que acababa de escapar.

Parisa tenía una idea de todo lo que debió de experimentar para pasar las seguridades telepáticas de la Sociedad. Sobre todo, dolor. A Parisa se le daba muy bien el dolor.

—Tenía que hacer el trabajo —comentó Parisa.

—Y lo hiciste bien.

A punto estuvo de poner una mueca al escucharlo.

—Menos la parte de dejar que escaparas.

—Menos eso. —Gideon le lanzó una mirada con algo que Parisa tenía intención de leer, hasta que dijo—: ¿Funcionó?

Eso la tomó desprevenida. (Sus pensamientos no eran normales).

—¿Qué?

—El Príncipe. No supe si había funcionado. Y Nico no lo sabe.

—Ah. —Nico sabía muy poco. Qué lástima. Regresaría a la casa de la Sociedad en un mes, tal vez menos. Estaba segura—. No.

—Oh. —La voz de Gideon sonó decepcionada—. Eso es malo.

—¿Por qué?

—Mi madre va… —Puso mala cara—. Me buscará.

Ah.

—Los hombres con madres disfuncionales son los peores.

—Totalmente —coincidió Gideon y suspiró.

Parisa se puso en pie y se colocó justo delante de él, examinándolo desde detrás de los barrotes.

—Hazme un favor —le dijo—. No le cuentes a Nico lo que pasó exactamente cuando te vi. —Incluso después del resultado relativamente benigno, no le gustaba recordar el descuido de lo que había hecho. O no hecho, según el caso.

—¿Por qué? —Gideon parecía divertido—. ¿Temes que piense que te gusta si sabe que me salvaste la vida?

—Claro que no. A mí no me gusta nadie. Y, más importante, yo no te salvé la vida. Cometí un error y escapaste. Y no pasará dos veces —señaló.

—Bien —respondió Gideon con tono amable y un brillo en los ojos.

—Vigila a Nico —añadió Parisa—. Es un idiota.

—*Oui, tres vrai.*

Se sonrieron educadamente igual que hacía la gente antes de enfrentarse en el cuadrilátero.

—*Bonne chance* —le deseó Parisa—. *Ne meurs pas*.

«Buena suerte. No mueras».

—Le diré a Nico que has dicho eso —fue la respuesta de Gideon. Y entonces despertó y, unas horas más tarde, los dos años más extraños de su vida habían terminado.

Se preguntó si los añoraría. Jamás le gustó la nostalgia, era mejor pasar página.

Justo en ese momento alguien entró en la cafetería con paso lento y familiar. Parisa levantó la mirada cuando se ocupó la silla que tenía delante.

—Hola —dijo.

Dalton cruzó una larga pierna por encima de la otra, hundiéndose en la silla.

—Ha sido agotador —comentó.

Sus pensamientos habían cambiado por completo en las últimas semanas. Habían pasado de ser ordenados a estar cubiertos de maleza, a extenderse como enredaderas o malas hierbas. A expandirse más y más. Su letra había cambiado. Su voz había cambiado. Su comportamiento había cambiado. Esconderse de todo el mundo había supuesto un esfuerzo hercúleo. Si no hubiera sido porque los demás estaban absortos en sus propias vidas, alguien se habría dado cuenta, seguro. Por suerte, si algo podía destacarse de las personas, era su narcisismo. Todo el mundo se encontraba en algún lugar del espectro del egocentrismo y, dadas las circunstancias, los otros cuatro estaban más alejados del eje que la mayoría.

—Ya se ha acabado —señaló Parisa pragmáticamente y bebió el té—. ¿Ha dicho algo Atlas?

¿Lo sabría Atlas? Últimamente pensaba mucho en cuánto sabría Atlas de verdad. Era posible que el cuidador hubiera cometido muchos errores críticos, entre ellos subestimarla.

Pero parecía… nada propio de él. No podía evitar sentir que ella seguía formando parte de un plan. Todavía una pieza, o un engranaje, o un mecanismo, parte del funcionamiento invisible de algo que no podía ver. O tal vez empezaba a gustarle Atlas, algo muy poco inteligente.

—No —respondió Dalton, y sonaba aburrido—. ¿Qué iba a decir? He terminado la investigación. Puede seguir con sus jueguecitos si quiere. —Miró por encima del hombro a la mujer que había fuera, la que iba con el bebé falso—. Siempre he querido uno.

—¿Eh? —murmuró Parisa, que seguía pensando en Atlas antes de reparar en que Dalton estaba mirando el carrito que había fuera —. ¿Qué? ¿Hablas en serio? ¿Un bebé? —Le dieron ganas de reírse.

—Sí. Pero no. —Se volvió y le sonrió. Era una sonrisa nueva, traviesa y cómplice. A Parisa le gustó—. Disfruto de la vida, eso es todo.

Parisa pensó en el recuerdo de la infancia de Dalton, que había revivido a un árbol pequeño que más tarde murió igualmente, porque esas cosas pasaban. Porque toda la vida tenía un fin.

Empezaba a notar la extraña fijación del hombre con la muerte, casi una paranoia. Como si quisiera desesperadamente superarla.

Esta era una nueva observación, porque fuera cual fuere esa fijación, la versión previa de él no la tenía. Parisa comprendió que, sin la totalidad de él mismo (sin ambición y por lo tanto sin formulación del futuro, que era algo que Parisa creía que tenían en común hasta que reparó en que la versión que tenía él de una página en blanco era diferente de la de ella), nunca había visto las complejidades de Dalton.

Sus sueños. Sus anhelos. Sus miedos.

—Nunca pensé que yo fuera a ser madre. —Parisa pensó en las plantas de Reina, cómo se aferraban a ella como si fueran sus hijos. Hablando de madres antinaturales—. No creo que tenga la capacidad de no mostrarme egoísta.

—Creo que tener progenie es inherentemente egoísta —observó Dalton, aburrido. Se volvió hacia Parisa. Las fracturas no se habían sanado del todo y ahora el Frankenstein de la conciencia de Dalton lo había dejado con algunos agujeros, piezas superpuestas. Era un conjunto roto—. Forzar a que exista algo que no tiene poder de decisión sobre la materia es un acto de puro egoísmo.

Parisa soltó una risita en el té.

—Cierto. ¿Y lo harías de todos modos?

—Yo nunca he dicho que no fuera egoísta. —Le sonrió con tanta dulzura que le recordó un poco a Gideon. Casi lamentó haberle mentido, dada la preocupación obvia por su madre, pero no veía ningún beneficio en contarle la verdad. (Además, si tenía problemas con su mamá, no iban a desaparecer pronto. O nunca. Mira a Callum).

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dalton.

—Pensaba que íbamos a sacar a la luz el Foro —sugirió Parisa—. Averiguar qué clase de recursos tienen, quiénes son en realidad. Tengo la intuición de que se están preparando para una apropiación hostil. —O una muy elegante, al menos. Cruzó los pies con sus nuevos Louboutin por debajo de la mesa.

—Suena bien. —Dalton movió la rodilla, inquieto—. ¿Y los físicos?

Parisa se detuvo.

—¿Qué pasa con ellos?

—Los quiero. ¿Dónde está la otra?

Parisa dejó la taza de té en la mesa.

—Sabes cómo se llaman.

—Correcto. Varona y Rhodes. —Le ofreció otra sonrisa tranquilizadora—. Y la otra también. La batería. Vamos a necesitarla.

Parisa abrió la boca, pero se quedó callada un momento.

—¿Estás diciendo que quieres vencer a Atlas en su propia investigación?

—Mi investigación —aclaró Dalton.

—Cierto. —Era verdad. Era justo—. Es solo que no creía que estuvieras interesado en crear otro mundo.

—Oh, no, no se trata de crear uno completamente nuevo —dijo rápidamente Dalton con un ligero dejo de impaciencia, como si hubiera pasado los últimos diez años probando que era un sinsentido, y eso mismo había hecho—. Sino de encontrar una forma en uno ya existente. Abrir una puerta a otro mundo. A muchos mundos. A todos los mundos. Aunque, en cierto sentido, eso es crear uno nuevo. —Sus palabras se atropellaban de la forma que solían hacerlo, en un patrón de discurso apresurado y maníaco.

—¿Y tú quieres eso? —preguntó Parisa—. ¿Una puerta?

Dalton sonrió y le tomó la mano por encima de la mesa.

—Lo quiero todo. ¿Tú, no?

Eh…, pensó Parisa. *Inquietante*.

Había un trasfondo peligroso, un pequeño repique de locura. Algo ligeramente discordante, como un violín desafinado. Nadie le había preguntado nunca qué era lo que quería ella. Con interés real, como si importara de verdad. La gente la quería a ella, y eso era otra cosa diferente. Así y todo, la realidad era que quererlo todo era peligroso, y que buscar poder en aras del poder era fútil. Que probablemente existía algo así como demasiado poder, porque tener aunque fuera solo un poco podía hacer que una persona se enfermara de deseo por poseer más.

Pero al mismo tiempo, tenía razón.

—¿Para qué me necesitas? —le preguntó porque aún tenía un cerebro y prudencia.

Dalton se encogió de hombros.

—Por la misma razón por la que te quiere él.

—Quería —corrigió Parisa y Dalton negó con la cabeza.

—Quiere —repitió.

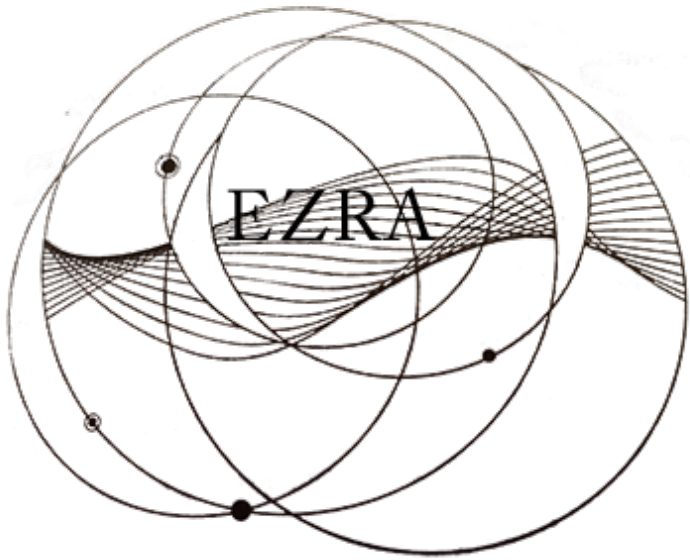
De nuevo, Parisa se preguntó dónde se encontraba ella en los planes actuales de Atlas Blakely. ¿Estaría ya en medio de todo antes de saber siquiera que había empezado? Recordó la vez que conoció a Atlas, el espejo que le enseñó. Cómo se había topado con su propio rostro en medio de los pensamientos de él.

Jung decía que el yo era la suma total de la psique de una persona. La parte que pensaba en el futuro, el proceso de individualismo, la misión de convertirse en algo más. Tal vez fuera esta la parte que le faltaba a Parisa después de un año investigando el inconsciente colectivo, el sentido atávico de la humanidad, la unidad de la existencia. Una existencia que estaba llena de traición y buscaba a ciegas un significado. Una existencia, como el propio Dalton había dicho, que era garante invariable de dolor.

Parisa se había estado preguntando si ella le debería algo al mundo, si tendría que pensar en cuándo parar para encontrar sus límites, pero a la mierda. ¿Qué había hecho el mundo por ella?

—Vamos a crear uno nuevo —le dijo a Dalton. Sus ángulos principescos captaron la luz y la reflejaron con una sonrisa.

—Imaginaba que dirías eso —respondió, inclinándose por encima de la mesa para acercarse a ella. La taza de té se había enfriado.



Ezra recordaba con claridad que era temprano por la mañana cuando llegó por primera vez a la mansión de la Sociedad. La luz brillaba, colándose por las ventanas altas y estrechas del gran salón de la casa. Recordaba las ventanas con forma de serpiente, la luz destellaba por las rendijas, cegadora. Incluso ahora, cuando pensaba en el tiempo que había pasado allí, lo veía aún en destellos, inquietantemente dorados y brillantes.

Ahora, sin embargo, la casa estaba sombría, las sombras caían como cortinas mientras caminaba, la luz iluminaba las molduras del suelo. Tenía un aspecto fúnebre. Tranquilo.

Se detuvo en la puerta del despacho del cuidador y vio a Atlas mirando por la ventana, con los dedos en la boca. De nuevo, Ezra se quedó impactado por lo envejecido que estaba. Lo cambiado. Supuso que Atlas ya lo sabía, que podía sentir la presencia de Ezra y seguramente también sus pensamientos.

—Me has dejado entrar —declaró en voz alta.

Atlas desvió la mirada hacia él, diligente, y luego volvió a mirar por la ventana.

—Has vuelto —respondió.

Ezra entró en el despacho y se sentó en la silla que había delante de la mesa de Atlas.

—¿Ha ido todo como soñabas que sería? —preguntó Atlas en un tono que parecía juvenil. Una especie de acusación burlona, porque ya debía de saber que la respuesta era «no».

—No podía permitir que te salieras con la tuya. —Ezra se miró las manos—. Vi el camino que estabas siguiendo, Atlas, y tenía que pararte. Lo siento.

—¿De verdad? —Al fin se volvió hacia él, los ojos oscuros neutros por el desinterés—. Si eso es cierto, debería pensar que estás peor de lo que imaginas.

—He dicho que lo siento, no que me arrepiento. Siguen siendo peligrosos. Aún hay que detenerlos. —Una pausa—. A ti —aclaró—. A ti hay que detenerte. —Costara lo que le costara. Que, a cada momento que pasaba, parecía ser más de lo que podía soportar.

Las cosas se iban a torcer, pensó Ezra. Tristan, con quien pensaba encontrarse, no había ido a ninguno de los lugares donde lo esperaban. Tal vez estuviera en Osaka, donde no habían saltado alarmas, o en Ciudad del Cabo. Debieron de enterarse de que iba alguien a por ellos. Las herramientas que le quedaban a Atlas estaban obviamente preparadas para una emboscada y ahora, a pesar de un año de planes, Ezra había perdido el elemento sorpresa.

Un golpe, aunque su ventana aún no estaba cerrada. ¿Cuánto tiempo podrían permanecer escondidos los cuatro medellanos más fáciles de rastrear cuando medio mundo sabía que existían y quería que desaparecieran? La sorpresa era solo un arma entre muchas, y Atlas seguramente lo supiera ya.

La habitación, igual que la propia casa, estaba siniestramente tranquila. Ezra se preguntó si Atlas tendría planes para defenderse o si esto era una trampa. Probablemente, el animador seguiría por alguna parte, cerca. Dalton Ellery parecía creer en todo lo que ofrecía Atlas y que Ezra había terminado rechazando.

—No —dijo Atlas en respuesta a los pensamientos de Ezra—. Dalton se ha ido.

Ezra enfureció. La condenada telepatía era el menor de los pecados de Atlas, pero seguía siendo un fastidio.

—¿A dónde?

El cuidador se encogió de hombros.

—No creo que sea de mi incumbencia.

Sorprendente. O quizá solo vergonzoso.

—¿No lo sabes?

—Tengo mis sospechas. —Trazó una línea contemplativa a lo largo de su labio inferior—. Pero no es mío, no puedo controlarlo. Ni tampoco tú.

—Pero lo intentaste —murmuró Ezra.

Atlas sacudió la cabeza.

—No.

—Sí, por supuesto que lo intentaste. —Al pensar en la reescritura de su experiencia, a Ezra lo invadió un repentino temblor por la frustración—. ¿Hablas en serio? Dejaste muy claro que si no estaba de acuerdo contigo…

—¿Has venido a matarme? —lo interrumpió—. Porque si es así, puedes ponerte a ello. —Sonaba aburrido, tal vez agotado incluso —. No estoy seguro de que me queden energías para otra de tus conversaciones con el corazón en la mano.

—Tonterías. —A Atlas le encantaba su retórica. Seguro que quería pronunciar un discurso, convertir todo esto en algo ceremonioso.

—No, en verdad soy mucho más realista de lo que imaginas. Y ya he usado los escenarios. —Atlas lo miró a los ojos—. Si no me matas, entonces todo esto ha sido para nada. Todo lo que has sacrificado ha sido totalmente en vano.

Ezra levantó la barbilla, desafiante, como si Atlas, quien no había hecho más que ascender en la vida, pudiera entender el sacrificio.

—¿Qué es lo que piensas que he sacrificado? ¿A Libby? Porque te aseguro que ya había roto conmigo.

—Sí, la señorita Rhodes es una de las cosas que has apartado imprudentemente —coincidió, como si Ezra no hubiera dicho nada —. Pero es más que eso. No es solo ella.

Ah, bien, otro apunte conmovedor de la experiencia de vida de Ezra. ¡Qué suerte tenía!

—Me encanta cuando te tomas el tiempo de agasajarme con mis propios pensamientos. —Exhaló un suspiro, pero, por supuesto, Atlas continuó.

—Echaste por la borda tu oportunidad de tener una vida. Tu paz mental. Tiraste tus convicciones, Ezra. —Una pausa—. Comprendiste de nuevo que no tenías el control, ¿y cómo pretendes vivir ahora con eso? Después de todo con lo que has tenido que vivir. —Parecía casi comprensivo, y para Ezra eso era prueba de que había sido siempre un completo sociópata—. Siempre te ha perseguido el momento en el que viste la muerte a tu alrededor y elegiste permanecer con vida —repitió Atlas.

No. No, eso no era justo.

—No vayas a decirme qué es lo que siento, Atlas. —Ezra apretó los labios—. No puedes moldear mi vida.

—Fuimos amigos en el pasado —señaló Atlas. Se puso a dar golpecitos con los dedos en la mesa—. Yo no te robé eso. Tú me lo diste.

—Ja. Yo nunca…

—Ezra —lo interrumpió—. Por favor, dame algo de crédito.

De nuevo, Ezra sintió el embate de la agitación. Un restallido de repentina furia al pensar que Atlas seguía considerándolo la víctima de todo esto. Como si la venganza fuera solo cosa de Ezra.

—Te he dado mucho crédito.

—Sí. Más del que merezco. Si no, no seguirías preocupándote por mí.

—¿Perdona? —Ezra se levantó de golpe, mirando a Atlas—. ¿A qué te refieres con preocuparme por ti? ¿No entiendes que todo lo que he hecho ha sido por ti? —Estaba claro que no, lo cual era una desilusión del más alto grado—. ¡Tú eres el corazón de todo esto!

—¿Y qué es lo que imaginas que he causado? —preguntó Atlas con un tono amablemente divertido que enfadó aún más a Ezra. Al parecer, esa era su intención, burlarse de él con su impotencia—. Es obvio que crees que estás evitando que haga cosas crueles y terribles —dijo con indiferencia—. Si no, no habrías asesinado a cinco personas para conseguirlo.

Escuchar en voz alta la acusación fue inesperadamente desgarrador. Ezra se quedó impactado por unos segundos.

—Yo no he matado a nadie.

—¿Crees que tus manos están limpias? —Esta vez, el tono divertido distaba mucho de ser amable. Era compasivo. Como si Atlas creyera que era Ezra quien tenía que confesar sus pecados—.

Has organizado de forma efectiva la muerte de cinco miembros de la Sociedad —le recordó—. Has secuestrado al sexto.

Conque este era el plan de Atlas. Salvarse pagando a Ezra con su misma moneda, convirtiéndolo en el culpable.

—Uno ya estaba muerto —afirmó Ezra, irritado—, gracias a tu preciada Sociedad…

—No. —La interrupción de Atlas fue discordante y Ezra se tambaleó—. Callum Nova salió esta mañana de aquí, vivo.

Ezra parpadeó.

—Yo… —Se detuvo—. Yo nunca he dicho que iban a morir. Y en cuanto al émpata…

—¿De verdad crees aún que las cosas van a salir acordes a tu plan? ¿Qué crees que pasará por sacar a la luz sus nombres, sus especialidades mágicas, sus familiares y amigos? ¿Sus ubicaciones? ¿En serio crees que esa información solo se usará para comprender? —Ante el silencio de Ezra, Atlas concluyó—: Conoces la naturaleza humana tan bien como yo, Ezra, y sabes qué va a pasarles. Los has convertido en objetivos y sus muertes están en tus manos.

—Tú los convertiste en armas —replicó—. Sin ti…

—Sin mí, tal vez nunca habrían descubierto las cosas que han descubierto. O tal vez sí, ¿quién sabe? —Atlas permanecía sentado, siguiendo con la mirada a Ezra, que se removía, agitado—. Pero sin ti, no habrían ido derechos a una serie de trampas. Parece que estamos en un punto muerto.

¿Era una broma?

—Tú no sabes si los van a matar. —Pero Ezra oyó su propia duda, el atisbo de la inseguridad, y supo que también Atlas la había oído.

—Vas a tener que matarme —repitió Atlas, encogiéndose de hombros—. Tendrás que hacerlo o todo lo que has hecho que te ha traído hasta este momento será un desperdicio. Una traición a tus propias creencias.

Se levantó con las manos abiertas, como para mostrarse como un objetivo más fácil, más accesible. Ezra nunca lo había querido más muerto. ¿Era un suicida? A Ezra le gustaría que la muerte de Atlas sucediera de un modo más divino, por medio de un rayo de las alturas, por ejemplo. Esperó, pero evidentemente no había nadie arriba. El Olimpo estaba vacío y también el infierno. Los demonios

estaban todos aquí, en esta casa.

—Tienes razón —dijo Ezra—. Tendré que matarte.

Lamentablemente, sonaba como si siguiera intentando convencerse a sí mismo. Una pena, dado lo que estaba en juego, pero Atlas siempre había sacado a relucir su lado manso, pequeño, insignificante. Atlas tenía una inmensidad, un brillo que era imposible apagar… pero ahora Ezra tendría que hacerlo. Debía hacerlo.

—Pero esa no es la razón por la que estás aquí —apuntó Atlas y la atención de Ezra se desvió hacia él nuevamente.

—¿Qué?

—Tienes que matarme —repitió—. Créeme, lo sé. Lo comprendo. Percibo la lógica que te ha llevado hasta aquí, hasta mi habitación. Hasta este momento. Tiene que acabar aquí. —Una pausa—. Pero no es por eso por lo que has venido.

—Ah, estupendo. —La risa de Ezra era enfermiza, cargada de amargura ante la idea de otro de los dones cerebrales de Atlas Blakely—. Dime entonces por qué estoy aquí si no es para deshacerme por fin de ti.

Atlas parecía sentir lástima por él.

—Porque al final has comprendido que hay algo ahí fuera peor que yo.

Ezra se puso tenso medio segundo. Como si, una vez más, Atlas le hubiera leído la mente. Pero estaba empleando todos los bloqueos telepáticos conocidos por el hombre.

—Oh, por favor… —respondió.

—No, tienes razón, no es eso —aceptó Atlas—. Pero sí te has dado cuenta de que hay otros como yo. Que yo no soy el problema —adivinó—, porque el problema eres tú, porque tú no encajas. Porque lo que tú crees, lo que te importa a ti, no mejora el mundo para nadie más, y por ello no van a creerte nunca, no van a escucharte nunca. Has venido aquí a salvar este mundo y lo único que has hecho ha sido destruir cosas, lo único que has hecho ha sido dar a hombres destructivos la justificación para su violencia. —Atlas volvió a quedarse callado un instante—. Yo no era quien tú querías que fuera, Ezra, pero ellos tampoco. Nada de esto es lo que tú querías. No es lo que tú pensabas.

Ezra se dio la vuelta y miró por la ventana.

—No tienes ni idea de lo que…

—¿De lo que has sacrificado? —terminó Atlas por él.

Ezra sentía que lo estaba mirando, pero no se volvió.

—¿Crees que no entiendo todo el conflicto que hay dentro de ti ahora mismo? —Atlas soltó una carcajada—. Hace veinte años, yo elegí un vacío. Decidí hacer mi propio plan, mi propio mundo. ¿Y sabes lo que sucedió por haber tomado mi decisión?

Que te jodan, pensó Ezra. *Que te jodan, Atlas Blakely, no se te ocurra intentar…*

—Los otros cuatro murieron —prosiguió y Ezra se volvió hacia él por accidente, sin darse cuenta de que lo había hecho hasta que ya estaba hecho—. ¿Te acuerdas de ellos? Puede que no. Recuerdo que yo tampoco pensaba mucho en ellos, y al principio no parecía importarme. Puede que se tratara de un accidente, pensé. Tal vez solo mala suerte. —Atlas estaba inmerso en la nostalgia, jugueteando con los nudillos de la mano derecha—. Pero entonces comprendí que había sido culpa mía, porque me dijeron que tenía que hacer un sacrificio, y en cambio me elegí a mí mismo. Elegí ceñirme a mi plan y lo hice contigo. Y entonces elegí esto —dijo, refiriéndose a su despacho—, porque acabé llegando a la misma conclusión que tú: que si no me convertía en cuidador, si mi plan no tenía éxito, tendría la sangre de cuatro personas en mis manos por nada.

Ezra no podía tragar saliva, respirar. Pensar.

—¿Están muertos?

—Sí.

Ezra frunció el ceño.

—Entonces ¿por qué…?

—¿Por qué estoy yo vivo? —Atlas se encogió de hombros—. Al parecer, porque yo me quedé aquí, cerca de los archivos. Sigo en esta casa, donde aún puede usarme, donde la magia puede seguir pudriéndome por dentro y quitándome todo lo que me queda. Me importan los archivos y ellos me permiten algún grado de libertad —explicó con cierto sentido de deferencia—, pero aún les debo mi vida. Mi sacrificio.

—Quieres que te mate. —Ezra respiraba con dificultad—. De verdad quieres que lo haga, ¿no?

—¿Por qué no? Si no lo haces tú, será otra persona. —Se

encogió de hombros de nuevo—. A lo mejor uno de tus nuevos amigos. Probablemente los propios archivos. En cualquier caso, voy a morir, Ezra, algún día. ¿Qué voy a conseguir antes de que eso suceda para poder compensar todo el peso de mis pecados?

El Atlas que conocía Ezra no se había mostrado nunca tan derrotado. A Ezra casi le parecía ahora que todo su propósito carecía de sentido. Su visión. Su motivación, su sentido del significado, su razón de existir. Si Atlas no estaba, si la Sociedad seguía adelante sin él, ¿para que había servido la vida de Ezra?

—¿Es esto…? —Hizo una pausa para humedecerse los labios—. ¿Es esto alguna clase de psicología inversa? ¿Intentas convencerme para que así no lo haga?

Atlas soltó una carcajada triste y sacudió la cabeza.

—No. Lo que creo es que hay un cianotipo de nuestras vidas, Ezra. Y creo que elegimos los caminos equivocados, tú y yo. —Lo estaba mirando raro, con una expresión que Ezra era incapaz de leer—. Creo que si me permites que acabe mi investigación, tendré la oportunidad de enderezarlo. De arreglar las cosas que se torcieron.

—Dios mío. —A Ezra le dieron ganas de reírse—. ¿Estás intentando reclutarme? ¿Otra vez?

—No. —Atlas negó con la cabeza—. Estoy intentando explicarte que todo lo que he hecho, todo lo que he intentado hacer —aclaró —, ha sido al servicio de mi conciencia. Porque sí, te he permitido que creyeras ciertas cosas de mí en mi fracaso para contarte la verdad, pero lo he hecho porque estaba convencido de que no debías cargar con la verdad.

—Oh, vale, muchas gracias —respondió Ezra, casi gruñéndole, y se puso a dar vueltas por delante de la mesa, furioso—. Gracias a Dios que me lo has ocultado para que no tuviera que sufrir, ni siquiera remotamente. Qué magnánimo por tu parte —exclamó con una mueca congratulatoria— haber decidido por mí lo que yo debía saber…

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó Atlas—. Con Libby.

—Yo no… —Ezra vaciló al escuchar su nombre—. ¿Qué?

—Sabes que no puedo conseguirlo sin ella, admito que es verdad. Así que la has eliminado de la ecuación por el momento. Pero si no vas a matarme, entonces ella sigue siendo una amenaza

para ti y tus planes. Ella es la pieza que sabes que necesito. ¿Qué vas a hacer con Libby?

—Yo… —De nuevo, otra pausa—. Eso es irrelevante porque voy a matarte. Es. —Dudó, le costaba expresarse por la frustración—. Por eso estoy aquí, Atlas. Porque no puedo permitir que continúes, no puedes… —Tenía la garganta muy seca—. No puedes jugar a ser Dios, Atlas.

—Quieres odiarme, Ezra —observó Atlas—. Pero no me odias.

—Cállate —bramó—. No vayas a decirme qué hay en mi cabeza. Este era nuestro plan, no el tuyo…

—No va a permanecer perdida en el pasado —dijo Atlas—. Ella es tu verdadero traspié. Tu mayor error no fue conducirla hasta aquí, a mí, sino permitirle que se volviera peligrosa. —¿Dónde estaba el ataque?, se preguntó Ezra. ¿Cómo era posible que esto no acabara para Atlas en fuego e inundaciones, pestilencia y violencia? Parecía haber una guerra en el interior de su pecho, devastación, una letanía de plagas—. Si de verdad quisieras detenerme, sabrías ya cómo hacerlo. Y deberías de saber desde hace tiempo que si no la podías matar a ella, sería siempre tu talón de Aquiles.

—No me digas lo que es Libby para mí. —Incluso para él, sonaba fatigado, desequilibrado—. No tienes ni idea de lo que es ella para mí…

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que no lo entiendo? —La voz de Atlas sonaba áspera, cargada de algo. Honestidad no, pensó Ezra. No podía tratarse de honestidad—. Ezra, termínalo aquí. —Atlas suspiró—. Deja que concluya mi investigación y deja luego que todo acabe para mí aquí.

Ezra tenía los ojos empañados de sensaciones. Conflicto. Tristeza. Odio.

—Puedo matarla —le dijo como si fuera una amenaza.

—No puedes. —Otra vez compasión—. No vas a hacerlo porque no puedes.

—Sí, sí puedo. Tengo que hacerlo. No habría hecho esto si no fuera… —Tomó aliento y espiró temblorosamente—. Si no fuera algo en lo que creo incuestionablemente…

—Cambia de rumbo. Ezra, cámbialo.

—No. No. —Tenía la visión borrosa—. No puedo. He llegado demasiado lejos. No puedo retroceder ahora.

—Solo será más difícil vivir con ello, Ezra.

—No me digas con qué puedo vivir. ¡No tienes ni idea de con qué puedo vivir! —Se le estaba quebrando la voz y pensó en algo: ahora, tiene que ser ahora. Tiene que ser ahora, en este momento, porque, si no, se va a acabar el mundo. El mundo tal y como lo conoces, el mundo que hace mucho que te ha vuelto la espalda, el mundo por el que has hecho todo lo que estaba en mano hacer… va a acabarse.

«No se trata del mundo. Nunca se ha tratado del mundo», le había dicho la profesora, y ahora sonaba a advertencia.

Sí, pensó a la desesperada. Tiene que serlo. Tiene que serlo porque, si no es por el mundo, entonces he pasado este último año sufriendo por nada. He traicionado a la mujer que amo, la he visto sufrir y no he levantado un dedo para ayudarla, y le he vuelto la espalda al único amigo que he tenido nunca. Me he traicionado a mí mismo, mis creencias, los libros que no eran nada, que no significaban nada porque el conocimiento es una jodida maldición. El conocimiento no es nada, podría haber vivido una vida entera y no haber conocido su significado ni la razón de la existencia, y así y todo, podría haber tenido felicidad, o dulzura, o suavidad…

—Tiene que morir —concluyó Ezra y las palabras sonaron entumecidas entre sus labios—. Tiene que morir. Tú no lo entiendes. —Sonaba vacío, alimentado por la pena, o tal vez por la falsedad, porque seguramente Atlas supiera que no lo decía de verdad. Atlas, ese hijo de puta, conocía la debilidad cuando la veía, y al fin sabía la verdad: que Ezra era débil. Que no había venido en busca de venganza, ni de represalias, sino de redención. En busca de perdón. Para confesar que sí, que había cometido un error, que pensaba que estaba eligiendo el menor de los dos males, pero que seguía siendo un mal, que era una elección equivocada. Pero ahora era imposible. Ahora nunca podría decirlo—. Tú no lo entiendes.

No oyó el sonido de los pasos detrás de él.

Ni siquiera notó la presencia en la puerta hasta que Atlas levantó la mirada.

Solo entonces comprendió que había perdido el control del momento, que había perdido el reconocimiento de sí mismo en el tiempo y en el espacio. Se volvió y se encontró de frente con su ajuste de cuentas.

Esto era lo que estaba esperando.

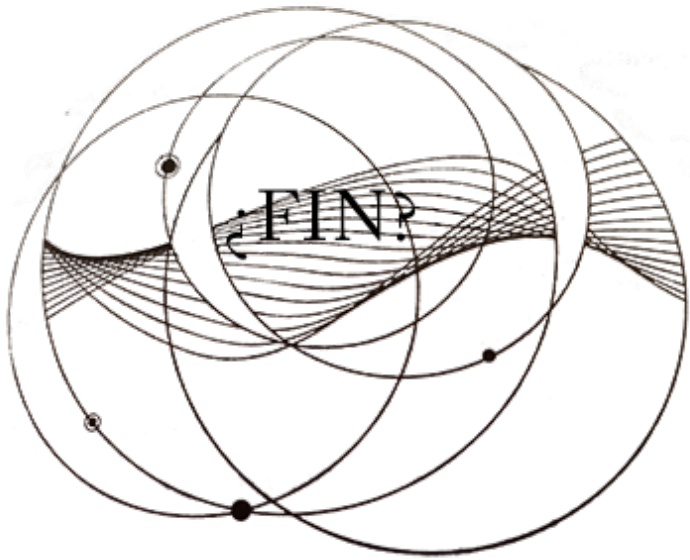
La conclusión de toda una vida de espera; la certeza de que al final llegaría su hora. Le cedieron las rodillas por el miedo, que era al mismo tiempo alivio.

Estaba ardiendo. Estaba chamuscada. Tenía la ropa quemada y se encontraba ante él en la puerta como una diosa vengadora furiosa.

—Que te jodan, Ezra —dijo Libby, el pecho invadido por la angustia.

La explosión de la palma de su mano fue ardiente y, por una vez, no había puertas que pudiera atravesar. No había rendijas por las que colarse. Ningún modo de escapar. Y en el momento en el que ardía, languidecía, perecía, Ezra Mikhail Fowler miró a la muerte a los ojos y pensó: *Ja, esto es el destino*.

Este era el destino.



Gideon Drake no era una persona muy combativa. Ni un luchador. Había muchas cosas que no le parecían que merecieran el tiempo ni la energía; no tenía una vena violenta, ni tampoco ego. Siempre se había considerado una persona sosa, en realidad, y la única prueba de lo contrario era su amistad con Nico de Varona, que era tan vivo y tan poco soso que casi era una vergüenza que perdiera el tiempo con Gideon.

Dicho esto, sugerir que Gideon no era un luchador por naturaleza no significaba que no fuera formidable si se le presentaba la ocasión.

—Muy buena —dijo Nico sin aliento, que, fiel a su costumbre, se había detenido para dar una palmada a Gideon en el pecho después de un golpe bien asestado al lateral de la cabeza de su atacante, diseñado para confundir y desestabilizar el oído interno. Gideon era particularmente bueno en este tipo de impactos especiales. Al contrario que Nico, a él no le gustaba alargar las cosas.

Esta, sin embargo, no era tanto una cuestión de disfrute para Nico, sino una trampa muy bien construida. Irónicamente, la

trampa designada para Parisa Kamali no era diferente a las trampas que la propia Parisa había puesto a Gideon en el pasado. No había personas normales, ni policías, ni brujos como los asaltantes que Nico se había encontrado en Inglaterra. Eran medellanos, cada uno elegido específicamente para atacar a la telépata con más talento que había conocido nunca Gideon. Uno era un biomántico que parecía poseer control sobre la materia muscular; Gideon no dejaba de notar calambres musculares y de resistirse a la sensación de que iba a desmayarse en cualquier momento. Otra era un especialista en multipotencia, que podía replicar su conciencia para poder estar en varios sitios al mismo tiempo, una forma inteligente para combatir la telepatía, al parecer para crear una cámara de eco del pensamiento, aunque no era muy eficiente contra el uso de la fuerza de Nico. El tercero era un físico especializado en conversión de energía, lo que supuso una inconveniencia para Nico (y algo más que eso para Gideon). En última instancia, era una prueba para comprobar quién podría resistir, resaltar y superar mágicamente.

Y no era un sueño. Era la realidad, donde la mortalidad era un problema, tal vez más que el dolor. El dolor era temporal. El dolor podía terminar. La conciencia podía apagarse, y ese era un resultado mucho más preocupante. Gideon notó las escápulas de Nico alineadas con las suyas, los dos espalda con espalda mientras los tres medellanos rodeaban su periferia, formulando su próximo ataque.

—Voy a necesitar que hagas algo estúpido —le dijo Nico a Gideon, respirando con dificultad. Conjuró un delgado escudo que empuñó para detener el ataque de uno de los medellanos, la multiplicadora, que se había dividido en tres.

Los otros dos, que esperaban a su siguiente ataque, eran, en esencia, especialistas físicos. Gideon no lo era. Volvió la cabeza para escuchar las instrucciones de Nico.

—¿Cuán estúpido exactamente?

—Necesito que vayas por ahí. —Señaló con la barbilla el Sena—. Y que luego te zambullas.

—De acuerdo —respondió con inseguridad, no sabía si había lugar para negarse—. ¿Y cuándo quieres que…?

Pero Nico ya estaba rodando y el escudo que había conjurado se disipó en el momento en el que su ataque golpeó el suelo

adoquinado. Gideon suspiró, pero hizo lo que le había dicho, agitando un rayo de chispas mientras se lanzaba al lado opuesto del puente.

Alguien gritó para que lo siguieran, eso lo sabía, y si conocía a Nico (lo conocía bien), a continuación habría algo explosivo, así que Gideon cerró los ojos y salió disparado por el borde del puente, describiendo un arco alto, más hacia arriba que hacia fuera.

El tiempo se deceleró, el viento aullaba en sus oídos, y algo ruidoso, como un disparo, resonó encima de su cabeza. Después todo volvió a acelerarse, demasiado rápido, la adrenalina circulaba por sus venas, la fiebre primigenia de la mortalidad. El impacto contra el río iba a ser duro, y no había forma de romper la tensión de la superficie. *Tú vive. Vive*, se dijo Gideon.

En el medio segundo antes de hacer contacto con el agua, los ojos cerrados contra la inminente superficie vidriosa del Sena, la fuerza del impacto de Gideon se colapsó de pronto bajo él. Gimió, respirando con dificultad, con la cara a no más de dos centímetros del agua cuando algo revertió el curso, impulsándolo hacia atrás, hacia el ahora parcialmente destruido puente de piedra. Faltaba un pedazo del muro, la pila de escombros chamuscados a su paso ocultaba una imagen de extremidades inmóviles.

Gideon aterrizó de espaldas y tardó otro momento en recuperarse del roce temporal de la muerte.

—Muy buena —le dijo sin aliento a Nico, que sonreía con su enloquecedora arrogancia.

—Siempre —respondió, ofreciéndole una mano.

Gideon aceptó el tirón para ponerse en pie y miró a su alrededor, el pequeño grupo de gente que se había reunido en torno a ellos.

—¿Te preocupa esto? —preguntó, refiriéndose a la sirena de la policía que se acercaba.

Naturalmente, no. Nico se encogió de hombros.

—Lo pondré en la cuenta de Blakely.

A Gideon le pareció razonable. Aunque evidentemente había sufrido un golpe en la cabeza o tal vez se tratara de un destello desorientador del sol, porque le pareció ver un borrón de algo al levantarse.

—¿Dónde están los otros dos?

—Eh, uno se ha caído —respondió Nico con una mano en el pelo —. Y el otro…

Gideon percibió una luz por la periferia, más un movimiento que un objeto.

—Nico, ¡agáchate!

Apartó a Nico del camino y notó un impacto en el lado de la cabeza, como si se hubiera golpeado con la esquina de una mesa. Sintió un traqueteo en el cerebro, la piel de la sien ardiente por el impacto, los ojos tan llorosos que oyó, pero no vio, la bola de fuego en la palma de Nico, dirigida hacia arriba desde la posición de su amigo, donde Gideon lo había arrojado al suelo. Gideon giró con un estallido de dolor, extendió a ciegas un brazo y agarró al medellano por la garganta, lo inmovilizó mientras Nico, todavía en el suelo, le tiraba de las rodillas. Gideon atrapó al medellano cuando cayó, esta vez con otro de sus movimientos de combate especiales. A este lo había aprendido cuando era un niño adoptivo de un cazador que era conocido por reducir a osos rabiosos. Fue rápido y brutal, con un sonido que Gideon no olvidaría nunca.

En cuanto acabó, le dieron ganas de vomitar, pero tendió una mano a Nico y le susurró, sin aliento:

—¿Estás bien?

—Estoy bien, Sandman. —Nico parecía deslumbrado, eufórico, emocionado—. ¿Dónde coño has aprendido eso? Te dije que dejaras de jugar a videojuegos.

—Cállate, capullo. —Nico estaba resollando, con arcadas por la fatiga, cuando por fin la visión se le aclaró lo suficiente para ver que se estaba riendo a su costa. Los dos estaban de frente, como reflejos de un espejo, ambos agachados, agarrándose las rodillas.

Nico tenía una mancha de sangre en la mejilla cuando Gideon lo miró. Un pequeño hilo que caía lentamente del cuero cabelludo, un corte en la mandíbula. Gideon notó un rugido de algo furioso y fiero en su interior, levantó la mano para apartar la sangre, pero se detuvo.

—¿Qué? —preguntó Nico y reprimió una carcajada.

—Nada —respondió Gideon.

—¿Qué?

—Nada.

—Gideon, vamos, no te hagas de rogar… —dijo en español.

No me hagas suplicar. Ja, como si fuera a hacerlo. Como si pudiera.

Nico volvió a reírse y a Gideon le dolió en lo más profundo; las piernas le cedieron tras una parálisis retardada. Eso, o un ataque de nervios liberado de forma gradual. Al principio, miedo de haber evitado algo por poco, por tan poco que había estado a punto de ser un desastre, un desastre del que Gideon no se habría recuperado nunca. Alivio de que nadie hubiera puesto fin a esa risa arrogante. De que Nico de Varona no supiera aún lo frágil que era Gideon en realidad. De que Nico se creyera invencible, y Gideon también lo creyera a veces, hasta los momentos aterradores en los que no. Como ahora.

—Siempre se me olvida lo bueno que eres en todo —estaba balbuceando Nico con apreciación, todavía hablando, todavía riendo, todavía feliz y ridículamente vivo, y la locura que había en el interior del pecho de Gideon tomó la decisión por él. Se inclinó hacia delante y tomó la boca de Nico con la suya en algo de una fuerza punitiva, un golpe cautivo. Más un gemido que otra cosa, en realidad.

Aunque técnicamente era un beso.

Los labios de Nico estaban secos y su boca, caliente, atónica, desprevenida y metálica, concentrada. Gideon sintió el aliento de Nico en su lengua, un sonido de sorpresa, y entonces Nico se apartó y Gideon pensó *no, no, no*…

—Oh, ¿esto? —dijo Nico. Tenía los ojos escrutadores y sorprendente y confusamente brillantes. En respuesta, Gideon se sentía sellado y puro, como si se hubiera rasgado el corazón en dos y le presentara la prueba a Nico para que la evaluara.

—Sí. —La respuesta salió ronca, pero a la mierda. Llevaba viviendo tiempo suficiente en su garganta—. Sí —volvió a probar—. Sí, esto.

La sonrisa de Nico se ensanchó.

—Bien. —Le estrujó la camiseta y tiró de él de nuevo—. Bien.

El corazón de Gideon latía con fuerza en el pecho, abrió los labios en un éxtasis absoluto. Oyó entonces un ruido detrás de él. Era inconfundiblemente mágico, inevitablemente. La apertura de un transporte mágico.

Gideon se dio la vuelta, estirando un brazo de forma instintiva

hacia el pecho de Nico para colocarse entre él y su nuevo asesino, pero entonces parpadeó, sorprendido. Detrás de él, sintió el pulso de Nico acelerarse. Oyó la confusión en su voz.

—¿Rhodes?

Libby Rhodes estaba ante ellos en la acera. Había sangre en su ropa, claramente de otra persona, y ceniza en su pelo, pero no había duda de que era ella. Había encontrado la forma de volver a través del tiempo, el espacio y la imposibilidad. Era Libby Rhodes, y estaba aquí.

Decir que estaba ilesa sería falso. Tenía los ojos descentrados, excepto por cómo se encontraron con los de Nico. Gideon notó que Nico parecía, por primera vez, demasiado impactado para hablar, con una mano todavía presionada en la boca y el fantasma del beso de Gideon.

—Varona —dijo Libby y dio un paso hacia él—. Tenemos que hablar.

Y entonces Libby se derrumbó en los brazos de Gideon.

AGRADECIMIENTOS

Que tengas este libro en tus manos es 1) la confirmación de que estamos en la línea del tiempo más extraña y 2) un testamento real de lo que se puede conseguir con tan poco sueño que no habría confiado en mí misma para conducir un vehículo. Debo dar las gracias primero a mi madre, porque si ella no lo hubiera dejado todo para vivir conmigo y mi familia durante cuatro semanas cuando mi hijo era un recién nacido, nunca habría existido un primer borrador. También tengo que agradecer a todos los que han leído los primeros borradores de este libro, porque los edité con mi iPhone y contenían todo el tipo de caos con el que podría soñar el autocorrector. A Molly McGhee y Lindsey Hall, mis brillantes editoras de Tor, estoy más que agradecida por vuestra genialidad, vuestra percepción y vuestra fantástica habilidad para decidir cuán acalorada puedo hacer una escena si me lo propongo de verdad. A Amelia Appel, mi adorada agente y ojo editorial más perspicaz, te debo algo crucial. Si alguna vez necesitas un riñón, allí estaré de rodillas. (Y también muchísimas gracias a mis fans empatados en primer lugar, Debbi y Sam).

A Little Chmura, mi ilustradora y amiga, nunca deja de sorprenderme la suerte que tengo de trabajar contigo. Cada nueva aventura en la que nos embarcamos juntas es un recuerdo de cuánto me gusta crear arte contigo; siempre sacas la mejor versión de la creadora que hay en mí. Trabajar contigo es un placer y un regalo.

A mi equipo de Tor: otra ronda de agradecimientos a Lindsey por apuntarse, arma cargada, a cualquier cosa que esté haciendo aquí. A mi excelente diseñador de cubierta Jamie Stafford-Hill y a la diseñadora del interior Heather Saunders. Mis publicistas, Desirae Friesen (constantemente en mi bandeja de entrada para salvarme la

vida) y Sarah Reidy. Mi equipo de marketing, la reina de los GIF, Eileen Lawrence, y la genia perfecta Natassja Haught. Dakota Griffin, mi editora de producción, mi director editorial Rafal Gibek, mi gerente de producción Jim Kapp y mi increíble agente editorial Michelle Foytek. Mis editores Devi Pillai y Lucille Rettino. Chris Scheina, mi agente de derechos de traducción. Christine Jaeger y su increíble equipo de ventas. A Steve Wagner y los fantásticos actores de doblaje James Cronin, Siho Ellsmore, Munirih Grace, Andy Ingalls, Caitlin Kelly, Damian Lynch, Steve West y David Monteith. A Troix Jackson, por quedarte cerca para seguir leyendo.

A mi equipo de Tor UK/Pan MacMillan: muchas gracias a mi editora Bella Pagan, y también a Lucy Hale y Georgia Summers. A Ellie Bailey y el resto del equipo de *marketing*: Claire Evans, Jamie Forrest y Becky Lushey, y también a Lucy Grainger, de *marketing* de exportación, y a Andy Joannou, de marketing digital. A Hannah Corbett por su brillante magia en las relaciones públicas, a Jammie-Lee Nadone y Black Crow por una increíble campaña de publicidad. A Holly Sheldrake y Sian Chivers, de producción, y a Rebecca Needes, de servicios editoriales. Al diseñador de la cubierta del Reino Unido, Neil Lang. A Stuart Dwyer, Richard Green y Rory O'Brian, de ventas; Leanne Williams, Joanna Dawkins y Beth Wentworth, de ventas de exportación; y a Kadie McGinley, de ventas especiales. Al equipo del audiolibro, Rebecca Lloyd y Molly Robinson. Y, por último, pero no por ello menos importante, gracias a Chris Josephs por unos mensajes hermosos.

A los traductores y editores que han llevado este libro al resto del mundo en muchas muchas lenguas que no sé hablar: gracias infinitas por vivir en mis palabras y por contar mi historia por mí.

Al Dr. Uwe Stender y al resto del equipo de Triada. Gracias a Katie Graves y Jen Schuster, de Amazon Studios, y Tanya Seghatchian y John Woodward, de Brightstar, por ser mis compañeros creativos.

Un enorme gracias a los buenos ciudadanos de BookTok, BookTwt, BookTube y Bookstragram. Estáis absolutamente locos (con cariño). A todos los increíbles libreros que he tenido la fortuna de conocer desde que comenzó este sueño. A todo aquel que se ha metido alguna vez en las redes (o, incluso, en la vida real) para proteger que otras personas lean este libro. Hay muchas huellas en

la arena. Todas las huellas menos la mía. (¿Lo captas? Es porque me has llevado contigo).

A los chicos: Theo, Eli, Clayton, Miles, Harry y sus respectivos padres: Lauren y Aaron, Kayla y Claude, Lauren y Matt, Carrie y Zac, Krishna y James. A mi familia, en especial a Megan, mi compañera de signo de aire, y Mackenzie, que leyó mis libros antes de que estuvieran aprobados en BookTok. A David. A Nacho y Ana. A Stacie. A Angela. A Melina. A todo aquel que me ha ayudado a mantenerme cuerda, o algo parecido.

A Henry, mi rey, mi duende del caos, mi niñito suave, puede que esto te avergüence en tus años de adolescencia y más allá. Mi príncipe travieso, qué suerte tengo de ser tu madre. Llegaste a mi vida y creaste un mundo nuevo para mí. Os quiero mucho a ti y a tu padre.

A Garrett. Oh, mierda, no puedo darte las gracias sin ponerme a llorar. Algún día me quedaré sin poesía boba para ti, pero hoy no. Eres mi puerto seguro, mi lugar preferido. Eres el privilegio de mi vida. Gracias por creer en mí. Gracias por elegirme. Yo te escojo siempre.

A ti, lector: sin ti no soy nada, solo una boba insomne que grita desesperadamente al vacío. Gracias por escuchar y por dar a mi historia un lugar en el que aterrizar. Espero que algo de aquí te haga pensar, o recapacitar, o sonreír, o reír, o soñar. Espero que te haga sentir. Y si no lo hace, siempre es un honor escribir estas palabras para ti. Espero sinceramente que hayas disfrutado la historia.

Olivie

OLIVIE BLAKE es el seudónimo bajo el que firma sus novelas **Alexene Farol Follmuth**. Escritora y guionista, reside y trabaja en Los Ángeles junto a su familia. Nacida en California en 1989, Blake decidió comenzar a escribir tras abandonar sus estudios de Derecho.

Es la autora best seller de The New York Times de *Los seis de Atlas* y *La paradoja de Atlas*. Como Alexene Farol Follmuth, es autora también de la comedia romántica juvenil *My Mechanical Romance*. Vive en Los Ángeles con su marido, su bebé y un pitbull rescatado.